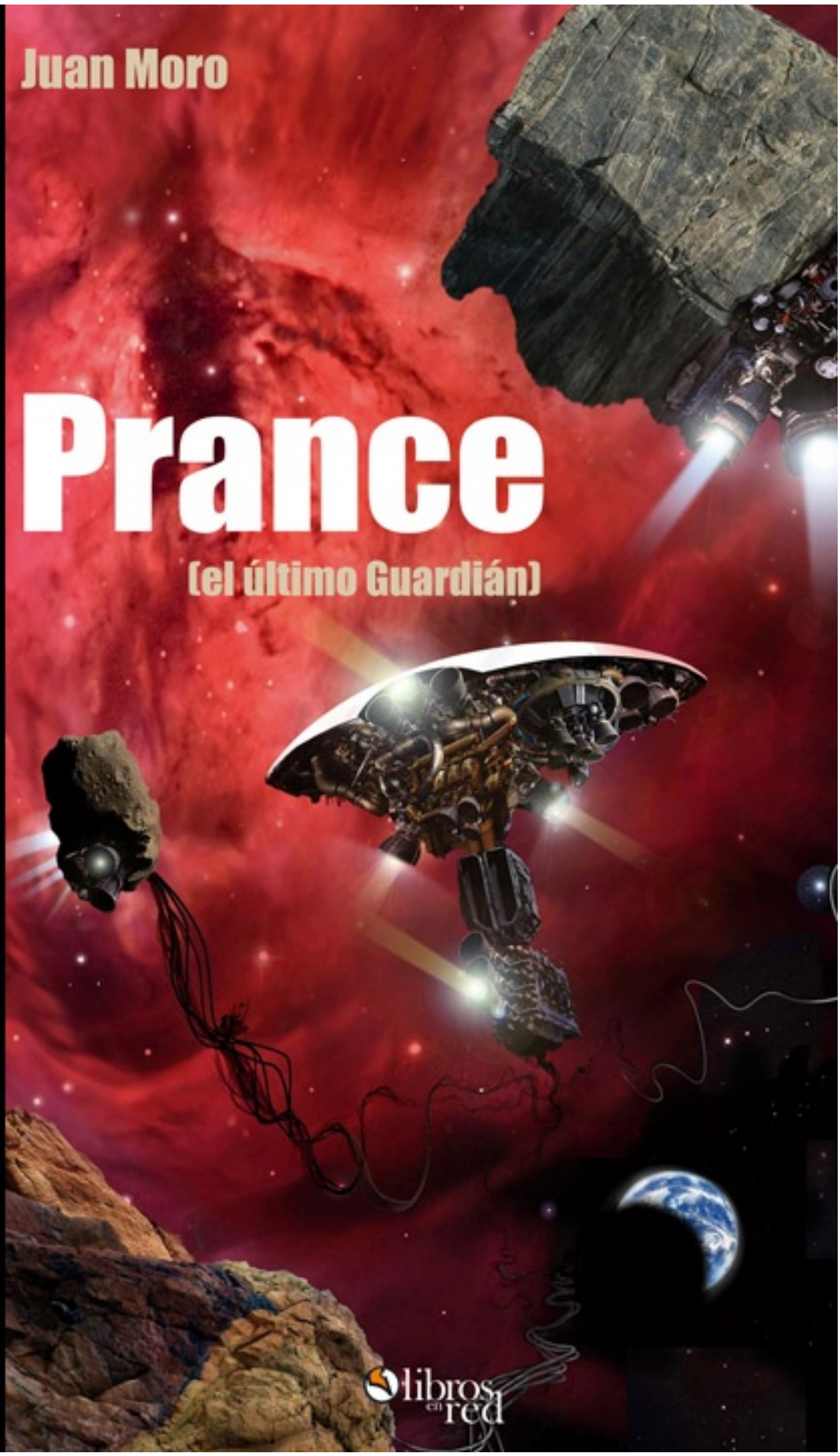
Juan Moro

Prance

(el último Guardián)



Ciencia Ficción

libros en red

Prance

(el último guardián)

Juan Moro

Colección
Ciencia Ficción

libros en red

www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de cubierta: Emil Iosipescu
Ilustración: Guillermo Ganuza

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2005
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

Índice

Introducción 6

Primera parte 9

Capítulo 1 10

Capítulo 2 24

Capítulo 3 26

Capítulo 4 50

Segunda parte 63

Capítulo 5 64

Capítulo 6 71

Capítulo 7 76

Capítulo 8 115

Capítulo 9 124

Capítulo 10 149

Capítulo 11 179

Capítulo 12 215

Capítulo 13 243

Capítulo 14 276

Capítulo 15 290

Capítulo 16 305

Capítulo 17 315

Capítulo 18 356

Capítulo 19 362

Capítulo 20 399

Capítulo 21 426

Capítulo 22 438

Tercera parte 460

Capítulo 23 461

Glosario 475

Acerca del autor 481

Editorial LibrosEnRed 482

A Celia y Carlos.
A Peru, Guillermo y Nieves por su
desinteresada colaboración.
A Beñat, por sus acertados consejos.
Y a Conchi, por su infinita paciencia
y apoyo incondicional, sin el cual este libro
no habría sido posible.

Introducción

¡"EL" está vivo! Parece imposible pero lo está, aunque antes de que les cuente mi historia creo que debería presentarme; mi nombre es Mark Temple, he estado trabajando para la N.A.S.A. civil, casi desde su fundación en 1958, y actualmente estoy retirado.

El motivo que me ha impulsado a escribir este libro es conseguir que "EL" venga a mí.

Siempre me he creído un poco cínico, pero en mi interior residía un idealista que pensaba que vivía en un país democrático, con libertad de prensa y todo eso. De ahí que me dirigiera, en un principio, a los medios de comunicación para contar a la especie humana, la historia que les voy a relatar a continuación. Como todos ustedes habrán podido deducir, el gobierno de los E.E.U.U. no compartió mis ideales de libertad de prensa, alegando la famosa frase "POR LA SEGURIDAD NACIONAL". Mis primeros contactos con los medios de comunicación fueron fructíferos aunque no a gran escala, pero empezaron a cuajar, llegando a estar interesados por mi historia las grandes cadenas de televisión, en especial la número uno del país que no nombraré por cuestiones legales.

Los primeros artículos que publiqué en prensa causaron gran expectación y rápidamente fui reclamado, para ser entrevistado, en distintas cadenas de televisión. La primera que concedí, batió el récord de audiencia de la CBA.

Mi triunfo fue breve, el gobierno se encargó de ello.

Veinticuatro horas después, y sin duda alguna, debido al éxito de audiencia de la CBA, el resto de cadenas privadas incluyeron en su programación, espacios dedicados a mi relato. La mayoría contrató distintos personajes, algunos aparecieron alegando ser parte integrante de "SU" tripulación. Uno de ellos aseguró ser uno de sus capitanes. Otro, el constructor de la nave. Otra, vestida de bruja, aseguró ser la responsable de dirigirla. Incluso hubo una, con claras aspiraciones a modelo, actriz o algo así, que aseguró ser "SU" mujer. Aunque el colmo de la desfachatez fue cuando uno afirmó ser "EL". Fue lo más patético que he presenciado en televisión a lo largo de mi vida. Nunca he pasado tanta vergüenza de nuestra sociedad.

LibrosEnRed

Aunque para ser sinceros, lo que terminó de hundirme fueron los desmentidos oficiales del gobierno, a través de los medios más importantes de información, argumentado que todo era un montaje de un resentido ex empleado y que lo único que quería era publicidad y dinero. Dado que todo el proyecto había sido llevado con el máximo secreto y discreción, a ningún periodista, (contados con los dedos de una mano), le fue posible corroborar mi versión de la realidad.

A pesar del escándalo, seguí trabajando para la N.A.S.A., indirectamente, seis años más. Pero una vez retirado, ese proyecto seguía corroyéndome las entrañas. Finalmente decidí, tras consultar con mi esposa, que debíamos abandonar el país e irnos a vivir a Europa. Un exilio voluntario, y necesario para finalizar, y atar el plan que había estado urdiendo estos últimos años.

El destino final lo decidió mi esposa. Ya que su abuela materna era mejicana y hablaba el idioma casi a la perfección, eligió España. Yo prefería Inglaterra, para mí habría sido más sencillo pero era un país demasiado afín al nuestro. Al mes de instalarnos tomé la decisión de escribir esta historia y publicarla, aunque tuviera que pagar la tirada de mi bolsillo. Tanto mi mujer como yo mismo somos científicos pero no escritores, así que estuve semanas visitando librerías, ojeando libros y buscando autores de ciencia ficción. Finalmente me decidí por un joven autor llamado Juan Moro. El localizarle no fue tan sencillo, porque la editorial en la que publicaba sus refritos de ciencia ficción, no quería proporcionarme su dirección, así que finalmente tuve que sobornar a una joven secretaria para conseguirla. Ese mismo día me personé en su casa, y tras una breve charla, le propuse que escribiera mi historia. Le aseguré que él sería el que tendría los derechos de autor y ventas, y que yo lo único que quería era ver mi historia publicada antes de morir. Tras hacerle un breve resumen aceptó gustoso el trabajo y dos días después, empezamos a escribir este libro que tiene usted entre sus manos. Pero me parece que estamos divagando, así que vayamos a la historia en sí.

Un último apunte más, aunque al principio piensen que el protagonista soy yo, pronto comprobarán lo equivocados que están, ya que en realidad lo es toda la raza humana. Lo que les voy a relatar a continuación, coincide con lo que nuestros científicos han ido demostrando con el avance de la ciencia en los distintos campos, aunque muchas cosas todavía no se hayan podido comprobar, puede ser que para cuando se publique este libro, se hayan demostrado. De lo único que estoy realmente seguro, es que cuando "EL" tenga que intervenir el día del BIG ONE, (el gran terremoto que asolará la costa Californiana, previsto para antes del 2040), para salvar a nuestra es-

LibrosEnRed

pecie y al mismo tiempo recuperar su nave, todos los que hayan leído este libro u oído su historia, le adorarán como si fuera un Dios... sólo espero que "EL" pueda pararlos antes de que salgan... o si no, será el FIN.

Primera parte

Capítulo 1

10 DE OCTUBRE. 3.00 A.M.

Rinnnngggg,.....rinnnngggg.....

–Mark debe tener la costumbre de dormir con tapones "de cemento" en las orejas.

Rinnnngggg.....rinnnngggg.....

–Vamos, ya le conoces, Peter. Seguro que ayer salió del laboratorio muy tarde. Ese experimento que realiza sobre el cáncer es muy imp...

–Sí, sí,... pero esto lo es mucho más.

Rinnnngggg,.....ring. ¡Clack!

–¡Ouff! ¡Más vale que sea algo realmente importante! ¿Quién es? –pregunté molesto.

–¿Mark?

–¿Peter? ¿Eres tú?

–Sí, oye...

–¿Sabes qué hora es?

–Sí lo...

–¡Son las cuatro de la mañana!

–¡Calla y escucha! –espetó sorprendiéndome, ya que nunca me había levantado la voz–. Estaba en el laboratorio sesenta y uno, repasando los resultados del experimento de ayer por la tarde, el de los rayos láser en una atmósfera de argón, cuando entró Simons con un montón de militares y me dijo que todos los proyectos de esa área estaban cancelados, incluido el nuestro, hasta nueva orden.

–¿Quéééé? ¿Te has vuelto loco? ¡Maldita sea Peter! ¿Estás borracho?

–Mira, va ser mejor que vengas aquí, lo compruebes tú mismo, y de paso hables con Simons a ver si consigues sacarle algo.

–Está bien, me visto y voy para allá.

LibrosEnRed

–Date prisa, aquí cada vez hay más militares y por su aspecto parecen del Pentágono.

4.30 A.M. DESPACHO DEL JEFE SIMONS.

Al abrir la puerta del despacho encontré a Simons, (como siempre), sentado tras su viejo escritorio de caoba rebosante de papeles, puestos en pilas perfectamente alineadas y en orden de importancia, (si no veías tu informe entre los cinco primeros ya podías olvidarte de él durante meses). A su izquierda, un bote de lapiceros afilados como agujas de coser y, a la derecha, como si de un altar se tratara, los retratos de sus cinco ex esposas. Pero en la escena había algo que no cuadraba, Simons. Su cara estaba desencajada, como si no hubiera dormido ni comido en una semana. Las habituales bolsas de sus ojeras habían pasado de su típico color morado, al negro. Parecía agotado, aun así no podía permitirme ningún signo de debilidad. Era un hombre muy duro así que decidí entrar atacando y lo primero que hice fue cerrar la puerta de un portazo, cosa que sabía que le molestaba enormemente.

–¡Demonios Simons! ¿Qué rayos es todo esto?

–Escu...

–¿Cómo puede el Pentágono cancelar nuestros proyectos? Esto es una empresa privada.

En contra de lo esperado, en vez de señalarme con el dedo y ponerse a gritar acordándose de toda mi familia, obligándome a escucharle, permaneció tranquilo y mirándome serenamente a los ojos.

–No seas ingenuo. Dependemos de la financiación del Gobierno y lo sabes. Además, me temo que esto es más importante que cualquiera de nuestros proyectos.

–¿Síií? ¿Que hay más importante que la investigación sobre una cura de distintas enfermedades, como el cáncer, en un medio sin gravedad, o sea en el espacio? –le pregunté con sorna.

–Una nave espacial de origen extraterrestre –respondió tranquilamente, dejándome atónito.

–He debido de oír mal. ¿Has dicho de origen extraterrestre?

En ese tenso momento se abrió la puerta y Simons se levantó, siendo la primera vez en veinte años que le veía hacer eso. También fue la última. Entraron varias personas, dos vestían de oscuro, chaqueta y pantalones gri-

LibrosEnRed

ses, camisa blanca, todo conjuntado con unos zapatos y corbatas negras de bastante mala calidad. "Funcionarios", sin duda alguna, de la C.I.A. Para completar el cuadro, el tercero era un militar y, por su condecorada pechera, de alto rango.

–Mark, te presento a Pol Svenson de la C.I.A....

Casi antes de que Simons acabara la frase, se apresuró a estrecharme la mano. Era alto, delgado, de talante frío y calculador. Su pelo brillante, liso, negro y raya a la derecha, me hacía recordar aquellas fotos de los nazis de la segunda guerra mundial. Un hombre al que no convenía darle la espalda jamás. No me gustó en absoluto y no me solía equivocar en mi primera impresión.

–...Terrie Gordon del F.B.I....

Su mano, como todo su cuerpo, era regordeta y sudorosa. Me impresionó el terror que se podía ver en sus ojos. El asunto le venía grande, de eso no había duda. En un momento de crisis se derrumbaría. No entendía que hacía este tipo aquí.

–...y el General Bart Kalajan del Pentágono –terminó Simons, en un tono, que no supe muy bien como interpretar.

Era un hombre alto, fuerte, bien parecido, unos cincuenta y cinco años, bragado, seguro de sí mismo. Alguien que jamás tendría un problema irresoluble. Todavía no lo sabía, pero su brillante mente militar no le iba a servir de mucho en el futuro. Su saludo fue absolutamente formal, mano a la cabeza y luego al frente para estrechar la mía.

Fui a abrir la boca pero Simons se me adelantó.

–Mark, antes de decir alguna incoherencia, escucha lo que te van a proponer estos caballeros –y mirando al General le hizo un gesto para que se explicara.

–Gracias, Simons. Dado que soy un hombre de pocas palabras, si me lo permite, iré al grano. Hace diez años, nuestro mayor problema táctico y militar con los rusos, era ser rastreados por sensores de movimientos, radares o esos nuevos satélites espía de los que tanto alardeaban y alardean. Aunque les llevemos una gran ventaja en ese campo –dijo hinchándose como un pavo real–. Bien, durante unas pruebas en el desierto del Colorado de un novedoso[1] sistema de camuflaje de vehículos pesados, como tanques o camiones con misiles, y contra esos métodos de localización, uno de nuestros

[1] N.A.: Novedoso para esa época.

LibrosEnRed

sensores detectó una extraña masa metálica que se encontraba a bastante profundidad...

–Ciento setenta y dos metros exactamente –intervino Terrie Gordon secándose la frente con un pañuelo blanco que sacó de su arrugada chaqueta.

Simons le recriminó con la mirada para que no volviera a interrumpir al General, que continuó como si no hubiera oído nada. Cosa que como más adelante podría comprobar hacía muy a menudo.

–... excluyendo la opción de que se tratara de algún resto nuestro, de alguna otra prueba. La cuestión es que tras varias semanas de análisis computerizados y de docenas de informes exhaustivos de tres de los geólogos más renombrados del país, se llegó a la conclusión de que se trataba de un objeto artificial y que llevaba enterrado en ese lugar desde hace millones de años. Ningún informe pudo precisar de qué se trataba. Todo eran meras especulaciones.

–Siga, le escucho –dije pensativo.

–Tras pelearnos durante unos meses con un par de esos politicuchos de Washington, conseguimos destinar parte de los fondos de defensa para practicar una perforación hasta la masa metálica, de forma que pudiéramos obtener una muestra y, así poder analizarla con la esperanza de poder descubrir de qué demonios se trataba realmente.

–Perdone que le interrumpa, pero ¿qué método utilizaron para llegar hasta la masa? –pregunté, tenía que reconocer que mi curiosidad iba en aumento.

–Te lo explicaré –respondió Simons. Se instaló una torre petrolífera y se taladró como si buscáramos petróleo. Las primeras capas fueron de un tipo de roca realmente dura, de nombre que no recuerdo, por lo que costó bastante perforarlas, pero las siguientes eran calizas (cosa realmente extraña en esa zona y más a esa profundidad) y la broca las atravesó con facilidad. Finalmente la broca llegó hasta la masa metálica deteniéndose, no avanzando ni un centímetro. Cuando la sacamos, vimos que estaba totalmente roma, absolutamente desgastada. A las tres siguientes les ocurrió lo mismo, así que decidimos probar con otras de otros materiales, desde una de diamante, hasta una de tipo experimental de aleación de Titanio. No conseguimos nada y por los análisis que hicimos de las brocas, no le produjimos ni un arañazo, ya que no había restos de la masa.

–Sí –afirmó el General–, eso fue lo que nos decidió a iniciar la excavación para llegar hasta la masa y poder hacer una exploración "in situ". Ya que la masa tenía forma de puro, se practicó un túnel hacia uno de los extremos,

LibrosEnRed

de unos tres metros de diámetro, con una inclinación de cuarenta y cinco grados lo que obligaba, a los equipos, a trabajar sujetos a cables.

–¿No habría sido más práctico utilizar unas excavadoras y simplemente quitar la tierra de encima? –le pregunté con una media sonrisa.

–Recuerde que los primeros cuarenta y ocho metros eran de roca, y habríamos tenido que utilizar explosivos para horadarla, por lo que habríamos tenido que dar demasiadas explicaciones a demasiada gente. Hasta que no supiéramos de qué se trataba, no levantaríamos la liebre. Tras varios meses de duro trabajo, llegamos hasta ella topándonos con un material duro, suave, pulido, metálico y de origen no natural. Ya que los métodos habituales como el uso de máquinas rotaflex y sopletes no consiguieron marcar ni, asombrosamente, calentar el metal, decidimos seguir excavando a su alrededor. Dado que no podíamos utilizar explosivos por el peligro de derrumbe, el trabajo se hizo casi a mano, ya me entiende con martillos y piquetas neumáticas. Llevábamos descubierta casi toda la parte frontal, unos diez metros cúbicos, cuando el segundo turno encontró los símbolos...

–¿Símbolos?

–Símbolos. Ahora sabemos que significan Lara.

–¿Cómo...?

–Más tarde Mark –dijo Simons.

–Tras el descubrimiento, conseguimos un permiso presidencial y, con el calificativo de Seguridad Nacional, se inició el desenterramiento, de lo que todo el mundo daba ya por seguro de que se trataba de un objeto extraterrestre. Se prohibió el acceso a cualquier civil, sin un permiso especial, y se acotó toda la zona mientras duró el trabajo de excavación.

–Naturalmente en cuanto terminó el trabajo se trasladó la nave, en un convoy especial, a un área de máxima seguridad –hablando así por primera vez el hombre de la C.I.A. con un tono de voz tan fría, gélida y desapasionada como sus ojos–. Naturalmente, espero que entienda que, todo lo que le estamos relatando aquí atañe a la Seguridad Nacional.

–Ya, Top Secret. Ni una palabra a nadie y menos a la prensa –dije levantando una ceja ligeramente, ironizando la situación, cosa que por lo visto no le hizo la menor gracia.

–Exactamente –dijo "el señor gélido", (mote que le puse desde ese instante y que luego toda la base utilizaría a sus espaldas), mirándome amenazadoramente–. La nave tiene un sistema de apertura computerizada y queremos que hable con "ella".

LibrosEnRed

–Perdone –le dije con sorna– pero se dice comunicar, no hablar, "amigo".

–No, no señor Temple –intervino el General–. Para que hable con ella. Por increíble que parezca, de hecho toda esta historia parece sacada de una mala película, nos estamos enfrentando a un sistema computerizado en apariencia inteligente, una I.A. (Inteligencia Artificial) como dicen los expertos, y se niega a obedecernos. Siendo sinceros, hasta el momento, ha derrotado a todos nuestros expertos. Le necesitamos ya que es un genio en este campo. Simons nos ha relatado la maravilla de programación que ha hecho en ese proyecto espacial sobre el cáncer. Le necesitamos. Es usted el mejor o así lo afirma Simons, en el que confío plenamente.

Le estaba pasando la patata caliente. Si me negaba o fallaba, Simons se comería el marrón. Lo había sugerido muy diplomáticamente. Así, que además de General, tenía algo de político. Mal asunto.

Simons me miró, enmarcando las cejas cómplicemente, haciéndome comprender el por qué no había venido a discutir o pincharme al laboratorio. Luego empezó a hablar despacio, como si quisiera que sus palabras se grabaran en mi mente.

–Tras una exhaustiva revisión, no encontramos ningún acceso a la nave. Parecía que no tenía entrada, que era un objeto de una sola pieza. Tras varios meses sin resultados, y dada la presión, que el gobierno y el Pentágono, ejercían constantemente sobre nosotros, nos vimos obligados a optar por acceder a su interior mediante la fuerza, pero también fracasamos. Intentamos todo lo que se nos ocurrió; presión puntual sobre distintas zonas, impactos de todo tipo y calibre, frío, calor, explosiones, láseres,... todo pero nada. Hasta que al final nos autorizaron o más bien nos obligaron a hacer un último intento, detonar encima de ella un ingenio nuclear de medio kilotón.

–¡Están locos! –exclamé, no podía creer que fueran tan bestias.

–Escucha el final de la historia, por favor. Como te decía, detonamos el ingenio en una base de pruebas de Nebraska. Los resultados nos dejaron atónitos a todos. La nave no sufrió ningún daño, por lo menos aparentemente, ni siquiera se calentó y no quedó ni rastro de radiación.

–Eso no es posible, a no ser que...

–Sí, Mark. La única explicación es que la absorbiera –durante un segundo Simons pareció lleno de su habitual vitalidad, pero casi al instante volvió a su rostro el agotamiento–. Tras otras pruebas, hemos descubierto que es capaz de absorber toda la energía que se utiliza contra ella. Como habrás podido deducir, tras esos resultados, decidimos cambiar de táctica. La única

LibrosEnRed

opción que nos restaba, y aunque en un principio parecía una tontería, era intentar comunicarnos con ella, desde luego con métodos no hostiles, dado el escaso resultado obtenido.

–Entiendo, si alguien había construido algo tan indestructible y avanzado, tenía que haberle dotado, como mínimo, de alguna especie de inteligencia artificial.

–Veo que nos entiendes.

–¿Puedo saber qué métodos utilizasteis para comunicaros con ella? –pregunté mirando de reojo al señor gélido.

–Sí, claro –me respondió el General–. Simons, si es tan amable...

–Creo que probamos casi todo. Empezamos con ondas de radio en todas las frecuencias y canales, FM, AM, etc. Después, probamos ultrasonidos, proyecciones de colores, de imágenes, de palabras, números... todo lo que se nos pasó por la cabeza.

–¿Morse? –pregunté sonriente.

–También. Hasta le pusimos un profesor, que empezó a enseñarle el abecedario, como si fuera un niño de párvulos, siguiendo todo el proceso hasta acabar con la construcción de frases. Nada.

–¿Hablándole?

–Incluso gritándole.

–Ya, por si era sorda –dije más para mí que para ellos–. Me rindo, ¿cómo conseguisteis contactar con ella?

–Estábamos apunto de abandonar el proyecto cuando, uno de los hombres encargado de la limpieza del recinto y teóricamente de la nave, cosa innecesaria ya que nada se adhiere a su pulido metal e incluso el polvo es repelido suavemente, descubrió como acceder a ella –dijo mirándome con cierto pudor profesional.

–Sigue, con esto, ya no me sorprendo con nada.

–La verdad es que el pobre hombre se asustó muchísimo –dijo casi riéndose.

–¡Y no es para menos! ¡A saber qué podía haber ocurrido! Si en vez de un civil llega a ser uno de mis hombres... –espetó amenazadoramente el General.

–Bueno, el caso es que estaba limpiando, cerca de la nave, a medio metro de la línea de seguridad.

LibrosEnRed

–¿Línea? –pregunté extrañado.

–Una línea, pintada en el suelo, de color rojo y de un palmo de grosor que la rodea indicando que nadie, sin la autorización pertinente, puede cruzarla para acercarse a la nave.

–¿No están para eso los guardias? Porque... ¿habría guardias custodiándola? –pregunté sin adivinar si la respuesta iba a ser afirmativa.

–Había vigilantes. Pero en el momento que ocurrió, estaban hablando con otro miembro del personal de limpieza.

–Déjame adivinar, una mujer y atractiva.

–Exacto.

–Muy atractiva tenía que ser para que todos los vigilantes estuvieran pendientes de ella.

–Sólo los dos que estaban en ese lado de la nave.

–No se preocupe, se les arrestó y se les abrió un expediente por la gravísima falta de seguridad, ocurrida por su negligencia –dijo el General severamente.

–Sigo. Por lo visto, la "cabeza" de la fregona se soltó del palo al introducirla en el cubo. Como es natural metió la mano en el cubo, la sacó y la volvió a ajustar. Cuando se disponía a proseguir con su trabajo, se percató de que su anillo de boda no estaba en su dedo, así que soltó la fregona e introdujo la mano en el cubo de agua sucia, con la esperanza de que estuviera en su interior. Tras unos segundos de búsqueda, lo localizó y al sacarlo, y por culpa del agua jabonosa, el anillo se le resbaló de entre los dedos, con la mala (o buena según se mire) fortuna de irse rodando hasta la nave, deteniéndose al chocar con ella. El hombre, que para ser justos, no tiene muchas luces el pobre, no se lo pensó dos veces y fue tras él. Al llegar a su lado, ya que es un hombre de más de cincuenta años y, por su aspecto, no demasiado ágil, se agachó doblando la espalda en vez de flexionar las rodillas, por lo que se apoyó con una mano en la nave mientras lo recogía para mantener el equilibrio. Mientras se incorporaba, notó como la mano se hundía en el metal, lo que le provocó un susto de muerte. Su grito alertó a los guardias que lo sacaron arrastras, sin fijarse en el costado de la nave, hasta que el pobre hombre se lo señaló tembloroso.

Pocos minutos después, el equipo de investigación al completo, estaba frente a la depresión embutidos en trajes aislantes. Ya sabes, por si había agentes contaminantes. Cuando nos acercamos, vimos que se trataba de un

LibrosEnRed

extraño panel de acceso. En su interior había cuarenta y nueve "teclas" con forma de heptágono que encajaban en otro heptágono.

–Perdona pero tengo varias preguntas –le dije muy interesado–. Por orden. ¿Qué tamaño tiene la nave? ¿A qué altura se abrió el panel? ¿Cómo lo hizo? ¿Se deslizó, plegó...? ¿Eran teclas abultadas, lisas...?

–Espera, espera. Dame tiempo. La nave es bastante grande, cien metros de largo, treinta de ancho y catorce de alto. Lo lógico es que el panel se abriera a la altura de los ojos o como mucho de la barbilla, siempre suponiendo que los constructores fueran como nosotros pero lo hizo a la altura del ombligo. Así que hemos deducido que medían un metro de altura.

–¿Me estás diciendo que tienen la altura de esos "marcianitos" verdes, de los que hablan los ignorantes o los tontos del pueblo? –pregunté atónito.

–Eso parece.

–¿Esa nave tiene patas?

–No.

–No creo que tengan esa altura –dije resueltamente.

–¿En qué te basas?

–No he visto la nave, así que sólo puedo hacer conjeturas de todos los datos que he ido recopilando acerca de los avistamientos de ovnis, que como bien sabes, esos informes forman parte de mi mayor hobby...

–Cosa por la que también te he seleccionado para este trabajo. Pero sigue, quiero ver a dónde quieres llegar.

–Por lo que sabemos, según las fotografías y videos, todos esos ovnis no disponen de patas de aterrizaje. De hecho, según los testimonios de innumerables testigos, esos aparatos cuando aterrizan, permanecen flotando a dos o tres palmos del suelo y dejan unas señales características en el suelo, con una forma concéntrica que pueden ser claramente apreciadas en los campos de cultivo.

–Pero esos aparatos tienen forma de plato –dijo el General.

–Ese no es el tema –dije–, si no que flotan a dos o tres palmos, lo que implicaría que tendrían nuestra altura aproximadamente.

–¡Excelente! No se nos había ocurrido. Sin duda la nave tiene que estar desconectada. ¿Ve General, cómo Mark, es una excelente elección?

–Eso parece. El tiempo lo dirá –dijo presuntuosamente el señor gélido. Ese iba a darme problemas, no me cabía la menor duda.

LibrosEnRed

–Bien, retomando tus preguntas, dado que ni el limpiador ni los guardias estaban mirando, no pudieron dar fe de lo que ocurrió exactamente, pero una de las treinta vídeo cámaras que graban constantemente la nave, captó la escena y, gracias a que ese pobre hombre estaba agachado, se pudo ver qué ocurrió.

–Me tienes sobre ascuas.

–Se replegó o absorbió en todas direcciones. Se fusionó con el resto de la nave.

–¿Metal líquido inteligente?

–O como mínimo, con órdenes preestablecidas.

–¡Increíble! ¡Lo que podemos aprender de esa nave!

–Aun hay más, las teclas de color blanco metalizado se iluminan, de un color verdoso, al ser pulsadas. Las teclas, en sus bordes, se fusionaban unas con otras, dando la sensación que se difuminaban, no pudiendo decir dónde comenzaba una o terminaba la otra, pero desde lejos parecían heptágonos perfectos. Ya que no hay símbolos sobre ellas, pulsamos una serie al azar sin conseguir nada. Tras varios intentos se optó por instalar un robot especialmente diseñado para pulsarlas.

–¿Especialmente diseñado? –pregunté extrañado.

–Las teclas han de ser pulsadas con la presión y velocidad que lo haría un ser humano. Es más, también ha de estar caliente como nosotros, así que tuvimos que instalarle una resistencia para que se calentara el metal.

–¿Huellas dactilares?

–No parecen ser necesarias.

–¿Tenéis alguna idea de cual podría ser más o menos la combinación?

–Ni la más mínima.

–¿Te das cuanta de que si secuenciamos cuarenta y nueve opciones en una simple combinación de cuatro, la cifra sale astronómica? Y no digamos si la combinación es de cinco, seis o siete recuadros que es lo que pienso que podría ser dado que son heptágonos y son cuarenta y nueve.

–Lo sabemos. Se necesitarían miles de años. Así que se instaló un programa informático que empezó a elegir siete recuadros al azar pero sin posibilidad de repetirse. Sabíamos que las posibilidades eran remotísimas pero lo intentamos.

–¿Y?

LibrosEnRed

–Nos tocó el premio gordo. Al cabo de tan sólo dos meses y medio se produjo el milagro. El panel se iluminó y se activó la computadora de abordo o, más bien, parte de la computadora de abordo.

–¿Qué parte? –pregunté, tal vez en un tono extremadamente ansioso.

–La que dirige el compartimento de carga. Ahí comenzaría tu misión, obligarle a decirnos que contiene el compartimento y a ser posible, que lo abra.

–Intenta impedirme participar en este proyecto, viejo amigo.

–Bienvenido a bordo –dijo el General.

El asunto quedó zanjado con el apretón de manos que me dieron todos. Bueno todos no, el señor gélido permanecía impávido mirándome con una medio sonrisa.

II

12 DE OCTUBRE. 7.00 A.M.
DESIERTO DE CALIFORNIA.
BASE STAMP POINT.

La N.A.S.A. puso a mi disposición uno de sus jets privados para llevarme cerca de la base secreta, donde tenían escondida la nave. Mi llegada al aeródromo fue estresante, ya que tan sólo me dieron veinticuatro horas para solucionar todos mis asuntos. Aunque parezca increíble, lo más difícil fue conseguir que algún vecino se encargara de recoger el correo y regar las plantas, al final, tuve que llegar a un acuerdo económico con la hija pequeña de la vecina de abajo. No me quedé nada tranquilo, quería mucho a esas plantas, algunas me las había dado mi madre hacía más de veinte años.

El viaje fue largo y aburrido al ser el único pasajero y, la azafata, aparte de ser poco agraciada, era más seca que un martini de los de James Bond. Aunque no tengo quejas del trato, ni del viaje, que se produjo sin incidentes, el aterrizaje fue bastante brusco, de hecho por un momento pensé que el jet lo pilotaba uno de esos kamikaces locos del Japón. Consiguió revolverme las tripas y que apurara mi whisky de un solo trago. Casi antes de que parara estaba en la salida intentando "huir". Cuando la azafata abrió la puerta, el fuerte sol del oeste inundó todo el interior, dejándome totalmente deslumbrado, lo que hizo que diera un tras pies en los primeros escalones y casi me cayera por la escalerilla del avión. El calor era insoportable, no te

LibrosEnRed

dejaba respirar. El lugar parecía abandonado. Había varias pistas, que por su aspecto polvoriento llevaban varios años abandonadas. Estábamos en el desierto californiano, no me cabía duda. Frente a la puerta, había una torre de vigilancia aérea en pésimas condiciones. Si ese lugar era utilizado, lo habían decorado perfectamente para que pareciera que no se usaba.

Nada más poner un pie en la pista fui recogido por una nueva escolta, esta vez de tipo militar. Aunque no lo creía posible, era más agobiante que la que me puso la C.I.A. en cuanto dejé el despacho de Simons y que no me abandonó ni para ir al baño. Fueron tan meticulosos que sólo les faltó meterse en la cama conmigo.

Nadie me dirigió la palabra, tan sólo el gesto de uno de los marines me indicó la dirección en la que debíamos seguir. Cuando llevábamos recorridos unos sesenta metros de pistas, la escolta se detuvo. Pensé preguntar al marine que iba en cabeza, un sargento según creo, por qué nos deteníamos, cuando observé que cerca del vallado del fondo se movía algo. Al cabo de unos instantes, se detuvo ante nosotros un extraño y enorme vehículo de colores marrones y amarillos arena, sin duda con funciones de camuflaje. Parecía una tanqueta militar blindada, con ocho grandes ruedas y con un techo ligeramente combo. Mirando escéptico al Sargento, me dispuse a preguntarle por dónde se subía a "eso", pero antes de poder formular la pregunta, dos puertas, que ocupaban toda la parte trasera, se abrieron de par en par. Mientras me disponía a subir, vi por el rabillo del ojo, que se acercaban por el mismo lugar varios vehículos, entre los que pude adivinar dos o tres tranques ligeros con sus correspondientes cañones cortos y varios jeeps armados con ametralladoras antiaéreas.

Al entrar, el marine cercano a la puerta de la derecha, me hizo un gesto para que me sentara junto a él. Tras sentarme, cerró la puerta, a la vez que hacía lo mismo el marine que estaba al otro lado. Al cabo de unos pocos minutos, mis ojos se acostumbraron a la penumbra. Lo primero que me impresionó fue que el techo era muy bajo y que tan sólo se encontraba a unos pocos centímetros de mi cabeza. Máss adelante, me informaron que era a causa de las dos potentes ametralladoras instaladas en la parte delantera, sobre la cabina. En el doble techo se acumulaban las ristras de munición, por cierto, capaces de atravesar una pulgada de acero, o así me lo aseguró el General Kalajan. Los asientos eran duros como una piedra, exceptuando los de los pilotos que perecían realmente cómodos. Empecé a fijarme y estudiar, era una vieja y en ocasiones, mala costumbre, a la gente que me acompañaba; los primeros, seis marines rasos, un cabo y un sargento, con el cual trabé más tarde una gran amistad. Al fondo, el General Bart Kalajan, que sin duda estaba viajando con nosotros para estudiarnos. Frente a él, mi

LibrosEnRed

"amigo" Pol Svenson y, junto a ellos, dos tipos del Congreso que no mediaron palabra mas que con el General. Para mi sorpresa, el resto de viajeros eran conocidos; mi jefe, Simons Carpetti, Yack Truman director del Proyecto de inteligencia artificial de la N.A.S.A. y mi compañero de investigación, Peter Lewis. En total diecinueve personas hacinadas en un espacio diseñado para doce.

El viaje fue largo y muy incómodo. El aire del interior del vehículo se enrareció rápidamente y la temperatura se elevó, a grados insospechados, en el momento que nos introdujimos en el desierto. Pregunté si había alguna forma de airear ese horno y el marine que estaba a mi lado me informó, lo más escuetamente que pudo, que el vehículo no disponía de aire acondicionado y que las ventanillas estaban cerradas herméticamente, dado que al ser blindadas, si se pudieran abrir, perderían toda su utilidad. Tras oír eso, me fijé en el parabrisas, era estrecho, grueso y alargado. Junto a las puertas del conductor y copiloto, había dos ventanucos de no más de un palmo de ancho o largo, sin utilidad aparente ya que se guiaban más por el radar que por otra cosa. Ese día comprendí plenamente la expresión, "ir como sardinas en lata".

El conductor debía tener (paranoicas) órdenes de desorientarnos a toda costa, ya que durante las cuatro primeras horas se dedicó a dar vueltas y más vueltas, por caminos secundarios, comarcales y rutas que, por su aspecto, debían llevar siglos sin ser transitadas. Uno de los marines empezó a ponerse blanco y a reprimir unas incipientes arcadas. El Cabo, que precisamente estaba frente a él, fue muy explícito, si se le ocurría vomitar, acto seguido, se lo comería todo. Peter, para cambiar de tema, preguntó al chófer cuánto faltaba para llegar obteniendo como respuesta "mis órdenes son llevarles a la base". Dado que el General sólo hablaba con los congresistas, el señor gélido no me dirigía ni la mirada, Peter junto a Yack y Simons se encontraban al fondo, "aislados" por el enorme ruido del motor del vehículo y que los marines no hablaban más de lo necesario, el aburrimiento casi me mata.

Tardamos cerca de diez horas en llegar, sin comer, beber o parar para ir al baño, cosa que necesitaba hacer urgentemente desde hacía varias horas. Como se había hecho de noche poco pude ver, sólo la entrada exterior. Consistía en la típica alambrada con una espiral de alambre de espino en su parte superior, una caseta de madera y una docena de marines vigilando la verja corrediza. La mitad de ellos se dirigieron a la parte trasera del vehículo y por el ruido de pasos que creí oír, se dirigieron a los otros vehículos de escolta. Dos de los restantes se acercaron al ventanuco del conductor. Este, lo abrió presionando hacia fuera y deslizándolo lateralmente, ocultándolo

LibrosEnRed

en el exterior de la cabina. Del bolsillo de su pechera, sacó una tarjeta y se la entregó al marine más próximo, este la pasó por una especie de tarjetero y se la devolvió, haciendo un gesto al resto de los marines para que abrieran la verja y nos permitieran pasar. ¡No podía creer que fueran tan cándidos! Podíamos haber robado la tarjeta o el vehículo estar lleno de terroristas o transportar una bomba o... en ese momento me di cuenta que su paranoia se me estaba contagiando. Aunque creía tener razón, pronto cambiaría mi opinión sobre la seguridad.

Tan sólo al cabo de veinte minutos nos volvimos a parar. La oscuridad lo envolvía todo. El General, los congresistas y los marines, se pusieron unas extrañas gafas de sol que envolvían totalmente los ojos como las gafas para las piscinas. Las puertas traseras se abrieron bruscamente y una luz blanca (la más blanca y pura que he visto en mi vida), lo inundó todo, deslumbrándonos por completo a los no protegidos. Estábamos totalmente ciegos. Nunca pude adivinar que tipo de focos utilizaron contra nosotros, pero puedo asegurar que no habrían podido utilizar otros mejores. Enseguida noté como dos marines me agarraban cada uno de un brazo y me sacaban en volandas, semiarrastrándome unos metros del vehículo. Luego percibí un agradable perfume de mujer, un pinchazo en mi brazo derecho y, casi al instante, perdí el conocimiento.

LibrosEnRed

Capítulo 2

INTERIOR STAMP POINT.
SUBNIVEL 7.
DESPACHO DE SIMONS CARPETTI.

–¿Realmente cree que el señor Temple está capacitado para este proyecto? –preguntó el congresista de Indiana, Mac Grade. Su obesidad era casi superior a su suspicacia.

–Tiene mi más absoluta confianza. Deben saber que llevo trabajando con él, más de quince años y es el mejor hombre que he tenido durante mi vida profesional, señores congresistas.

–Más vale que sea así, señor Carpetti.

–Les ruego que me llamen Simons, si no les importa. Señor Carpetti es demasiado formal, al fin y al cabo vamos a trabajar juntos en este proyecto.

–Como usted quiera señor Simons. Sinceramente, espero que tenga razón. Estos informes sobre el señor Temple son algo... digamos, preocupantes.

–Señores, les aseguro que no tienen de qué preocuparse.

–Según los informes, el señor Temple es un hombre muy independiente y bastante problemático... vamos, usted ya me entiende –insinuó el Congresista de New York, Albany Density.

–Puede ser un inconformista, un soñador e incluso algo rebelde pero además de ser un excelente experto en su área...

–Cosa que ha quedado bien demostrada en su trayectoria profesional –interrumpió pomposamente Mac Grade.

–... su lealtad con nuestra patria está fuera de toda duda.

–Ha de entender nuestros "miedos". Hay mucho dinero invertido en este proyecto. No podemos correr riesgos, si este asunto llega a la gente de la calle, se montará un buen escándalo.

–Eso no ocurrirá. Mark es un hombre íntegro y lo suficientemente inteligente como para comprender que se obtendrían más perjuicios que beneficios, de un hipotético "desliz".

LibrosEnRed

–Así lo espero –dijo el Congresista Albany Density.

–He de informarle que el Congreso, (la pequeña parte que está informada), presiona y desea obtener resultados pronto, quieren tener algo que dar al resto, en caso que lleguen a averiguar adónde han ido los fondos aquí gastados, y que en teoría, iban destinados a un nuevo tipo de arma nuclear de más alcance, precisión y destrucción masiva –dijo Mac Grade.

–En ese aspecto no puedo prometerles nada, pero espero poder darles resultados muy pronto. Mark, sin ni siquiera ver la nave o leer los informes, ya ha mostrado cierta visión innovadora que creo que hará avanzar el proyecto, a pasos agigantados.

–Confiamos en usted. Pero le aviso que, si fracasa, se juega el puesto y su prestigio –dijo Albany Density.

–He entendido el mensaje.

–Así lo esperamos. Nos estamos arriesgando mucho.

LibrosEnRed

Capítulo 3

STAMP POINT.
SUBNIVEL 4.
ALOJAMIENTO 18BJ: MARK TEMPLE.

Cuando desperté tenía un terrible dolor de cabeza, la lengua áspera, gorda y espesa. Antes de abrir los ojos, ya sabía que había alguien conmigo. Un agradable y embriagador perfume de mujer lo envolvía todo. Era el mismo perfume que olí poco antes de la "bienvenida".

Intenté abrir un ojo y sufrí una terrible punzada en el cerebro.

–¡Ougch!

–¡Vaya! Ya está despierto. No trate de abrir los ojos, le puede producir un fuerte dolor en las sienes.

–¿No me diga?

–Espere, señor Temple, voy a regular la luz. La bajaré hasta el nivel de penumbra.

–Gracias, muy amable ¿Puedo saber dónde estoy y quién es usted?

–En la habitación que tiene asignada en Stamp. Mi nombre es Doctora Susan Sen. Mi especialidad es la Psicología.

–Y si no me equivoco, fue usted la que me recibió con la aguja.

–Sí, me temo que estaba presente, aunque no soy la causante de su malestar.

El dolor de cabeza me estaba matando, casi no me dejaba pensar. La sentía como si fuera de plomo. Aun así me incorporé, sentándome en el borde de la cama.

–¿Podría darme un vaso de agua? –pregunté bastante aturdido.

–Desde luego. Ahora se lo traigo.

Oí como se alejaba tres o cuatro pasos y el ruido de una botella llenando un vaso. Al acercarse, alargué las dos manos para poder asirlo con más seguridad, y en cuanto lo cogí me lo bebí precipitadamente, derramando parte

LibrosEnRed

sobre mi rostro. Sin decir nada, la Doctora me secó el mentón con, como supe más tarde, un pañuelo.

–Tengo la lengua dormida. El agua me ha sabido amarga.

–Eso es debido a un compuesto vasodilatador que he disuelto. Eso le aliviará el dolor de ojos y cabeza.

–Ya puede llamar al forense y luego al tanatorio. Soy uno de esos casos de reacción alérgica, en máximo grado, al ácido acetilsalicílico.

–Lo he leído en su expediente médico. Lo que le he suministrado ha sido un derivado del que suele tener usted en el trabajo, aunque algo más potente.

–Por un momento me había asustado.

–Todo el personal de esta base tiene una completísima ficha médica, así que no se preocupe. Ahora trate de abrir los ojos muy lentamente.

–Lo intentaré. ¿A los demás también les han hecho esto?

–No creo que me esté permitido decírselo.

Probé a abrir un poco los ojos y una aguda punzada de dolor, algo más suave, me volvió a golpear entre ceja y ceja.

–Vamos, ¿no creerá que no me van a contar esta "edificante" experiencia, en cuanto les vea?

–Creo que tiene razón. Todo el que ha entrado en esta base, ha pasado por lo menos una vez por este proceso. Aunque su interrogatorio fue mucho más largo que el de los otros, que finalizaron ayer, y ya están en sus puestos de trabajo.

–Un momento, ¿interrogarme? No recuerdo ningún interrogatorio. De hecho, no recuerdo nada después de su bienvenida con la hipodérmica.

–Lo que le administraron a su llegada fue un tranquilizante. Luego, los guardias de seguridad, le llevaron al área de interrogatorios donde, imagino, que le suministraron una dosis de ACTN.

–He oído hablar de ese nuevo suero de la verdad. Creía que estaba en fase experimental.

–Oficialmente sí. En la práctica, no. Por lo que sé, es diez veces más efectivo que el pentotal sódico.

–Espero no haber contado nada inmoral o deshonesto –dije con sorna.

–Puedo asegurarle que les habrá contado todo y también, que nada era "impropio", ya que está aquí conmigo.

LibrosEnRed

Abrí un poquito los ojos y un suave ronroneo se activó en mi cabeza. Todo lo que veía eran manchas de colores que me abrasaban los ojos. Traté de olvidar el dolor y me centré en la voz de la doctora. Su dulzura y amabilidad me envolvía, provocando, (o más bien despertando), en mi interior, sensaciones que nunca había notado con una mujer. No me entiendan mal, he tenido muchas relaciones pero eran de una noche, una semana o un mes a lo sumo, luego me aburrían o cansaban, y si no era eso, el trabajo se encargaba de apartarme de ellas, la mayoría de veces con alivio por no tener que seguir el cortejo o dando excusas.

–Bien, pasé el examen. ¿Habrá más?

–No lo creo. Por lo menos no tengo constancia de que se le vaya a realizar otro, señor Temple.

–Mark, si es tan amable.

–Como usted quiera, Mark. A mí, si lo desea, pude llamarme Susan.

–Entendido doctora. Además empieza a ser algo más que una simple mancha borrosa –dije con un claro tono de complicidad, intentando levantarme sin conseguirlo.

–Ha sido un buen intento pero demasiado pronto para levantarse. Acuéstese y descanse un rato. Se encontrará perfectamente cuando despierte.

No necesitó insistir. Me tumbé y acto seguido, me dormí.

Al despertarme, comprobé que mi vista volvía a ser normal y que ya no reinaba la penumbra. También descubrí (con pena) que me hallaba solo. No sabía cuánto tiempo había pasado desde mi encuentro con Susan, ni qué hora era, ni siquiera si era de día o de noche. Mi reloj había desaparecido junto a todas mis cosas. Al levantarme, noté el frío y pulido cemento bajo mis pies y, en ese momento, me di cuenta de que me encontraba totalmente desnudo. Decidí hacer una breve inspección del entorno. La habitación era rectangular, de unos cinco metros de largo por cuatro de ancho. La cama estaba apoyada en una de las esquinas, junto a la pared más larga. Al fondo, frente a ella, la única puerta y, a su derecha, una silla con un mono azul marino, una camiseta, calzoncillos y calcetines del mismo color. Entre sus patas, un par de botas negras al más puro estilo militar. En la pared de enfrente, una pequeña mesa con la terminal de un ordenador y una botella de agua medio llena, junto a un vaso. A los pies de la cama, un lavabo y, seguido, un pequeño water que me recordó la urgencia de tener que usarlo.

LibrosEnRed

Una vez finalizada la delicada tarea, me dirigí a la silla y procedí a vestirme, descubriendo contra todo pronóstico, que se trataban de prendas realmente cómodas y bien diseñadas. El mono albergaba gran cantidad de bolsillos, algunos de cremallera y otros de velcro. Los fui revisando uno a uno. Estaban todos vacíos menos uno, que contenía una tarjeta de identificación que se introducía en un pequeño bolsillo rectangular transparente, ubicado en el pecho, encima del corazón. Se introducía por la parte superior y se sacaba con facilidad. Mi foto llenaba el lado izquierdo. Transcurridos un par de minutos, me dirigí a la puerta que se encontraba cerrada a cal y canto. Al no haber manilla ni cerradura, me dedique inútilmente a aporrearla hasta aburrirme, ya que nadie acudió a mi llamada.

Al cabo de más o menos (recuerden que no tenía reloj y la terminal, aunque estaba conectada, me pedía un código de acceso y lo desconocía), de una hora y trescientas vueltas a la habitación, la puerta se abrió.

–Buenos días. Soy el Sargento Primero Yerri Black. Junto a mis hombres, estamos a sus órdenes, para guiarle y ayudarle en lo que necesite.

–Y de paso vigilarme estrechamente.

–Algo así –dijo con una amplia sonrisa, mostrándome sus enormes y blancos dientes–. Veo que se ha puesto correctamente la tarjeta de identificación.

–También sé ir al baño solito.

Al otro lado de la puerta pude ver a dos soldados charlando. Uno era el cabo que había viajado con nosotros.

–Ja, ja, ja. Veo que tiene sentido del humor. Me parece que nos vamos a llevar muy bien –prosiguió Yerri.

–Eso espero, por que si no le he entendido mal, le voy a tener todo el día pegado a mi trasero.

–A excepción de cuando trabaje. Bien, ya tendremos tiempo de ironizar. Me han ordenado que le lleve al subnivel 6, pero antes hemos de pasar el subnivel de seguridad, el 5 y eso nos llevará un buen rato, ya que es la primera vez que desciende.

–¿Más seguridad todavía? –le respondí con una mueca burlona.

Sin dejar de sonreír, me hizo un gesto para que le siguiera. Para mi sorpresa, que no sería ni mucho menos la última, en el pasillo había media docena de marines esperándonos que en cuanto nos vieron salir, se pusieron firmes como postes.

–¿Tan importante soy que es necesaria semejante escolta?

LibrosEnRed

–Eso no lo catalogo yo. Pero he recibido órdenes muy concretas acerca de su seguridad –me respondió Yerri un tanto serio.

Sin decir más, Yerri se puso a la cabeza y avanzamos a lo largo de uno de los extremos del pasillo, que era demasiado bajo y estrecho para mi gusto, aunque el "maravilloso" y uniforme gris hormigón "animaba" bastante.

–¿Qué hay por el otro lado?

–Lo mismo. Esta base está construida en pisos circulares estancos unos de otros. Cada piso o círculo está dividido en porciones triangulares.

–Como cuando se corta una tarta.

–Exactamente –me respondió sonriendo–. Por supuesto algunas porciones también están subdivididas, como la zona de laboratorios. Y algunos pisos están unidos, en algunas secciones, por distintas causas que ya irá descubriendo en sus incursiones al complejo.

Tras recorrer cien metros, el pasillo de repente se ensanchó apareciendo una enorme puerta ante nosotros. Tenía por lo menos cuatro metros de alto por cinco de ancho. No pude comprender su utilidad, por que nada tan grande podría ir por donde habíamos venido.

Yerri cogió su tarjeta de identificación, que como todo el mundo, llevaba suspendida en el pecho en el práctico bolsillo y la introdujo en una ranura contigua a la puerta. Casi al instante, una voz pidió que nos identificáramos.

–Sargento Primero Yerri Black, con misión de traslado del civil Mark Temple a la zona de seguridad interior, subnivel 6.

–Necesito muestra de voz del civil Mark Temple –dijo la voz.

Al recoger Yerri su tarjeta, introduje la mía.

–¿Qué quiere que diga?

–Muestra de voz aceptada. Recoja su tarjeta. Confirmación del marine segundo en el mando.

–Cabo Primero Gillo Solinas, con misión de traslado del civil Mark Temple a la zona de seguridad interior, subnivel 6.

Sin previo aviso, la puerta empezó a abrirse hacia nosotros. Tenía por lo menos dos metros de grosor, en apariencia de acero, pero sin duda con alguna aleación. Titanio, lo más probable.

Permanecimos quietos hasta que la puerta se hubo abierto totalmente.

–Están en el subnivel 4. Traslado al subnivel 6 aceptado. El subnivel 5 lo ha confirmado –dijo la voz.

LibrosEnRed

Tras la puerta había una sala de unos cien metros cuadrados. Al entrar, la impresionante puerta, empezó a cerrarse.

–No quiero ser indiscreto pero no veo la salida –dije a uno de los marines.

–Esto es un montacargas –respondió serio y escueto.

–Me han impresionado. Sargento Yerri, ¿cómo saben que el resto de sus hombres no son impostores? Y no se le ocurra decirme que no le está permitido revelármelo.

–Hay cámaras por todas partes. Nada escapa a los ojos del subnivel 6.

–¿Ni siquiera las habitaciones?

–Podría decirse que ahí menos. Muchos colegas suyos usan sus horas muertas para rematar trabajos o iniciar ideas en su terminal.

–Subnivel 6. Aislamiento comprobado. ¡Atención está entrando en el área de seguridad, siga las instrucciones al pie de la letra! –avisó la voz.

Cuando la nueva puerta, idéntica a la anterior, se detuvo, nos adentramos en otro pasillo, en concordancia con el montacargas. Tras recorrer menos de cincuenta metros y unas tres o cuatro puertas situadas a ambos lados, apareció otra puerta blindada, que se abrió tras el protocolo de las tarjetas e identificaciones. Tras ella, otra sala de unos diez metros por tres de ancho. Cuando entró el último marine y la puerta se cerró, las luces se fueron apagando paulatinamente hasta que nos quedamos en la más absoluta oscuridad. A lo largo de ambas paredes, surgió un haz de luz azul que nos escaneó, de arriba abajo, abarcando toda la estancia. Una vez que finalizó, la misma átona voz nos dio paso.

–Identificación positiva de personal autorizado en la sala de aislamiento.

El final de la sala se abrió y penetramos en otro pequeño corredor, que por fin, desembocó en la sala de control. Era muy amplia y luminosa. Unos cincuenta hombres se hallaban sentados, controlando pantallas y manejando teclados de ordenador. Era muy impresionante. Tenían mejores aparatos que los de seguimiento de satélites rusos de la N.A.S.A. Prácticamente, todas las paredes estaban recubiertas con pantallas que mostraban la base pero la que atrajo especialmente mi atención fue la que era más grande y estaba en la pared frontal, dividida en seis partes y cada una mostraba una cara de la nave.

–¿Impresiona verdad? A mí me ocurrió lo mismo la primera vez que la vi –dijo una conocida voz a mi espalda. Era Simons que me observaba con una amplia sonrisa.

LibrosEnRed

–Puedo asegurarte que lo estoy –dije alargando la mano para estrechar la suya tendida.

–Siento no haber podido avisarte de la bienvenida pero ya sabes...

–Sí, lo de la seguridad y todo eso. Perdona mi impaciencia, pero me gustaría que me explicaras cómo funciona todo esto.

–Sabía que me lo ibas a pedir. Todo está listo para la visita.

–Un momento. ¿Visita? ¿No voy a trabajar aquí?

–En la base, por supuesto. Piensa que habrá zonas que probablemente no tengas necesidad de pisar nunca pero que es necesario que conozcas, ya no por tu propia seguridad, si no simplemente por si necesitas algo o te pierdes.

–¿Perderme? Ya estoy perdido –dije sonriendo–. No te preocupes, que dado el caso, no me avergonzaré por preguntar.

–Si es que en esa zona hay alguien. Hay lugares en los que solamente podemos acceder media docena de personas. Pero basta de charla y comencemos la visita –dijo conduciéndome hacia otra salida.

–¿No será mejor que empieces por decirme cual de esas será mi mesa?

–Esto no es la Central. Esto es el subnivel de seguridad. Se encargan de que no entre o salga nadie, o tal vez "algo", sin autorización. La Central se encuentra en el subnivel 23, diez pisos por encima de la nave.

–¿Toda la base es subterránea?

–Prácticamente en su totalidad. Sólo sobresalen tres pisos. Para que te vayas haciendo una idea este es el subnivel 6 y está a una profundidad de 24 metros.

–¡Fiuuuuu! Eso significa que la nave está a unos 75 metros de profundidad.

–A 89. Todo listo para volver a dejarla enterrada en el fatídico caso de que ocurriera algún "percance". Ya me entiendes. Venga, dejémonos de charlas y acompáñame.

–A la orden jefe –le respondí, puesto que por su tono deduje que la charla de cortesía había terminado y comenzaba el trabajo.

–Lo primero que debes saber, es que tienes total libertad para recorrer toda la base sin pedir permiso a nadie, siempre que no intentes ascender por encima del subnivel 4. Tu tarjeta identificativa es de clase 1 lo que te permitirá abrir todas las puertas.

LibrosEnRed

–¿Y si me la quita alguien?

–No podrá usarla para eso está el subnivel de seguridad. Nadie usa una tarjeta sin identificarse.

–Entiendo.

–En este lugar trabajan, de forma constante, una media de dos mil quinientas personas. Mil novecientos son marines que velan por nuestra seguridad, el resto, científicos y personal de mantenimiento. Puedo asegurarte que no fue fácil seleccionar al personal civil y que pasara sus estrictos controles de seguridad, en especial los psicológicos.

–¿Tienen miedo a que alguien se vuelva loco aquí dentro y provoque algún desastre?

–Más bien que se vaya de la lengua y se nos eche encima la prensa. Esa cosa es lo más grande que se ha descubierto desde la bomba H.

Lo primero que visitamos, por supuesto seguido de Yerri y sus hombres, fue el subnivel 7, que era donde estaba su despacho. Cuando entramos no pude contener la risa.

–¿Puedo saber a qué viene esa "hilaridad"? –me preguntó algo molesto.

–No me lo puedo creer. Es idéntico al que tienes en la N.A.S.A., hasta tienes las fotos de tus ex esposas. Incluso ese horroroso cuadro de payasos encima de la estantería.

–Me lo regaló mi segunda esposa, Bety, en nuestro primer y único aniversario. Me recuerda que no debo volver a casarme con una naturista–ecologista–postmoderna.

–Lo que tú digas.

–Además, así trabajo más a gusto.

–Y yo que pensaba que era un maniático.

–No empieces Mark, que aun nos queda mucha base por ver.

En ese lugar visitamos una docena de despachos, de altos cargos, presentándome a todos como si fuera un genio. La mitad eran militares, y no sé la razón, pero ninguno fue más de lo correctamente amable. No parecía que fuera de su agrado. A alguien, algo de mí no le gustaba y todos estaban informados.

Mientras bajábamos al siguiente subnivel, Simons acercándose al oído me susurró, como si hubiera leído mis pensamientos, que cuando me vieran trabajar cambiarían de actitud. No me convenció, había algo más. Durante

LibrosEnRed

cuatro agotadoras y aburridas horas, recorrimos la base pasando de una planta a otra por el extraño montacargas. Reconozco que estaban bien equipados, ese lugar era un pequeño mundo. Tenían de todo; bar, cafetería, saunas, gimnasios, comedores, almacenes de todo tipo, dos plantas para el alojamiento del personal, tanto civil como militar, cocinas, polvorín (fuertemente custodiado), incluso una pequeña piscina. Para cuando llegamos a ella estaba más que perdido y en ese momento, di por sentado que no podría aprenderme de memoria todo lo que había en la base. Tras el recorrido, digamos turístico, llegamos al subnivel 22, que era la sección de seguridad que se encargaba de la vigilancia de Lara. Aunque la mayor parte del personal era militar, estaba bien claro, para cualquiera que tuviera ojos, que esta sección estaba bajo el mando directo de la C.I.A. Por lo que pude observar, en el poco tiempo que estuve allí, se dedicaba más a vigilar al personal, que a la nave. En todas las paredes había docenas de monitores que cambiaban constantemente, mostrando al personal de la base, ya en sus trabajos o incluso en sus dormitorios. Nada, ni nadie, escapaba al "ojo de Dios" que era como se le llamaba coloquialmente. La palabra intimidad estaba excluida del vocabulario de Stamp.

Las veinticinco personas que estaban trabajando en ese momento, se movían con frenesí mirando, apuntando y tecleando desde sus respectivas mesas. Aunque más de la mitad circulaba de una a otra comparando y compartiendo información. No llegué nunca a saber en qué podía consistir dicha información, dado que todo el mundo hacía lo que se le ordenaba o venía escrito en el volumen, de más de mil páginas, que me entregaron esa misma noche, sobre los modos de proceder y actuar dentro de la base. Tras una breve y escueta explicación por parte de Simons del funcionamiento de la sala, me presentó a un hombre delgado, serio, de rostro jovial que se iluminó cuando nos acercamos.

–Mark, te presento al Capitán Stark Gibson, Jefe de Seguridad de todo el personal de la base, ya sea militar o civil.

–O de la C.I.A. –dije haciendo una mueca, demostrando que sabía quienes eran sus jefes directos.

–O de la C.I.A. –repitió sonriendo y dándome la mano.

Me sorprendió su forma de proceder. Desde luego consiguió ganarse mi simpatía al momento.

–No parece usted un agente o un militar.

–Me temo que sea ambas cosas. Pero le ruego que me considere más, como un protector, que como un carcelero.

LibrosEnRed

–¿Carcelero?

–Así me llama casi todo el mundo cuando no estoy presente. Pero no se preocupe no me importa.

–Supongo que me vigilará estrechamente, junto a mi equipo, mientras estemos trabajando –le dije sonriendo.

–De todos los ángulos posibles, en especial cuando estén en contacto con esa "cosa". Por supuesto tendré un equipo preparado para actuar en todo momento.

–¿Qué ocurriría si el asunto se desmandase?

–Aislaríamos, sellaríamos el subnivel 23 y lo gasearíamos. Todo el que permaneciera en la planta se podría dar por muerto –me respondió muy serio–. No podemos permitir que esa "cosa" contamine el planeta.

–Sacrificables, me parece razonable. Creo que me voy a sentir seguro aquí –dije sin dejar de sonreír pero tratando de que sonaran convincentes mis palabras.

Un operario del fondo le hizo una discreta seña y muy cortésmente se disculpó, dirigiéndose prestamente hacia él. Cuando me giré para salir, vi que sobre la puerta de acceso había un lema; "Patria, honor y si es necesario, el sacrificio".

Por fin (ya no podía soportar más la espera), Simons me llevó al famoso subnivel 23, desde donde trabajaría. Nos detuvimos ante una puerta que, como todas, se abrió al introducir la tarjeta de identificación. Simons, con un exagerado gesto, me indicó que pasara primero. Reconozco que me sorprendí y a la vez me decepcioné. Comparado con las vastas salas de seguridad, almacenes, Central de Control etc, etc, la salita de ocho por seis metros, que iba a ser nuestro lugar de investigación, me pareció claustrofóbica. La mitad de la habitación se la comían las mesas, tableros de teclados y pantallas de televisión. El espacio restante lo ocupaban las sillas y cinco personas que me observaban con curiosidad.

–Mark, este es tu equipo que te pondrá al día, con ellos debes conseguir que la computadora acceda a nuestras peticiones.

Me dio una palmada en la espalda y salió. Yerri, que estaba junto a la entrada, me hizo un gesto indicándome que, junto a sus hombres, permanecerían fuera esperándome.

En cuanto cerraron la puerta, Peter Lewis se acercó y estrechándome la mano comenzó con las presentaciones de rigor, aunque yo ya conocía a todos, por lo menos por sus trabajos.

LibrosEnRed

–Permíteme Mark que te presente, esta es la doctora...

–Susan Sen. Nos conocemos –dije interrumpiéndole a la vez que le dedicaba una cálida sonrisa.

–El doctor en energía molecular, Yapko Kamoto.

–Conozco sus trabajos. Me impresionó mucho su teoría del metal regenerativo –dije estrechándole la mano.

–Y estos dos jovenzuelos, que no creo que puedas distinguir...

Desde luego eran como dos gotas de agua. Pocos gemelos se parecen tanto y con los monos puestos el parecido era aún mayor.

–No, no puedo.

–...son Harper y Chris dos genios de la informática y la programación.

–No lo dudo, pero, ¿no son algo jóvenes? –pregunté algo escéptico.

–Dieciocho años. Pero dos genios –repitió machaconamente.

–¿Hackers?

–Los mejores –me respondió orgulloso Harper.

–Los primeros y únicos que han conseguido entrar en la RNEE (Red Nacional de Electricidad y Energía), Pentágono y Casa Blanca. Todo a la vez –dijo no menos orgulloso Chris.

–Impresionante. Me temo que voy a tener que vigilaros de cerca de ambos –dije bromeando mientras echaba una mirada suplicante a la doctora Susan. Como si leyera mi pensamiento, se adelantó y me rogó que la acompañara.

–¿Vamos a...?

–Sí. Estoy segura de que es lo que más desea en este momento.

Tras pasar otro grupo de puertas de seguridad, en principio exageradamente gruesas, llegamos a la sala que albergaba la nave. El lugar era casi tan grande como toda la superficie de Stamp Point y casi cuatro veces más alta que cualquier otro piso. Estaba ubicada en el centro y, sobre ella, en el techo, había un hueco que atravesaba varios pisos.

–¿Para qué sirve el hueco que está encima de la nave?

–Se habrá...

–Tutéeme, por favor. Si vamos a trabajar juntos lo normal será que nos llamemos por nuestros nombres. ¿De acuerdo Susan?

LibrosEnRed

–Como quieras Mark. Como te decía, te habrás dado cuenta de que la nave no habría podido pasar por las puertas o pasillos, así que se perforaron todas las plantas y se introdujo por el hueco que ves. Después sellaron las veinte plantas superiores, se instalaron los distintos aparatos de control, seguridad, y el P.S.A. de la base.

–¿P.S.A.?

–¿Simons no te ha hablado del P.S.A.?

–Ni una palabra pero no creo que me guste –dije susceptiblemente.

–Significa; Parada en Seco del Alienígena.

–Me da miedo preguntar en qué consiste. Dispara.

–Colgada del techo del hueco, está ubicada una bomba termonuclear de cinco megatones. Solo se usaría en el hipotético caso de que la nave representara una amenaza alienígena o biológica para los E.E.U.U.

–¿Sabes el cráter que produciría la detonación de un ingenio así? ¿Cómo creen que lo podrían ocultar o justificar? ¡Menudo revuelo se organizaría! Sin contar que no saben si la explosión dañaría la nave.

–Algo se les ocurriría pero puedo asegurarte que eso no va a pasar, tengo el convencimiento de que quien diseñó esta nave, no lo hizo con intención de atacarnos. Nadie tan civilizado ni avanzado puede ser un enemigo.

–Estoy de acuerdo. Bien, espero que no permanezcamos junto a la puerta y me permitas acercarme a la nave –dije sonriendo y algo impaciente.

Mientras avanzábamos, me fijé que tras cada columna de soporte de la base, nos observaban media docena de marines fuertemente armados. Alrededor de la nave había unos sesenta marines más, apostados a lo largo de la famosa línea. Al aproximarnos, un Capitán nos dio el alto y solicitó nuestras tarjetas de identificación. En cuando se las entregamos, las introdujo en un aparato alargado que sostenía uno de los marines. Mientras realizaba la operación observé que Yerri, con sus hombres, se había detenido a unos doce metros de nosotros y conversaba con otro sargento que custodiaba una de las columnas. En cuanto el Capitán nos devolvió las tarjetas, procedimos a una primera inspección de la nave.

–O es mucho más pequeño de lo que pensaba o se me ha pasado por alto el panel de teclas.

–No se te ha pasado. No está. Cuando contactamos con la computadora de carga de la nave, accedimos a parte de Lara y ésta volvió a sellar el panel.

–Si no hay panel, ¿cómo os comunicáis con ella?

LibrosEnRed

–Estableció una frecuencia de televisión.

–Pero solo recibiríamos...

–¿Te has fijado en las cámaras de encima de las mesas de nuestra sala?

–Ya, también emitimos. Pero, ¿por qué cerró el panel?

–Lara consideró que ya había una línea de comunicación abierta y que eso era más que suficiente. El permitir que hubiera más líneas de comunicación operativas, podría ser peligroso para su seguridad y por tanto contravendría las órdenes directas.

–¿Ordenes directas? ¿De quién? –pregunté asombrado.

–Del Príncipe, y no me preguntes quién es porque no sabemos nada más. Eso fue lo último que nos dijo antes de cortar las comunicaciones.

–Espera, te contradices. Me has dado a entender que nos comunicamos mediante un canal de televisión todavía.

–Así es, pero solo con una parte de Lara, la que dirige la compuerta de carga. Con Lara hablamos un poco cuando accedimos a la compuerta.

–Increíble, un sistema central que dirige un grupo de sistemas menores dependientes y, a la vez, independientes de sí mismo. ¿No os dijo nada más?

–Me temo que sí. Lo que dijo, es la razón por la que estás aquí.

–Ahora sí que me has desconcertado.

–Lara puso una condición para reanudar las comunicaciones con ella.

–¿Cuál?

–Que consiguiéramos convencer a la compuerta de carga de nuestras buenas intenciones y que nuestra especie estaba del lado del bien.

–¿Del lado del bien?

–No hay duda que ha estado escuchándonos y observándonos todo el rato, así que no hace falta que recurra a mi Doctorado en Psicología, para llegar a la conclusión de que ha hecho una agrupación de nuestros conceptos sociales y los ha transformado en la palabra bien.

–¿Mi misión es convencerla de que somos una especie buena?

–Esa es la idea.

–No lo entiendo. Ese no es mi campo ¿No sería más lógico que se dedicaran a esto un grupo de psicólogos o filósofos o algo por el estilo?

LibrosEnRed

–Nos solicitó un listado de más de mil científicos, (vivos), que han consagrado su trabajo, a la investigación científica, para mejorar la vida de nuestra especie. Una vez se la suministramos eligió a tres candidatos. El primero murió hace un mes, el segundo se negó a aceptar el trabajo bajo ninguna premisa, así que...

–Así que sólo quedaba el problemático señor Temple.

–Tú lo has dicho. Sólo está dispuesta a hablar contigo a partir de ahora, sin duda por sugerencia de Lara.

–Ya, tengo que sacarle la mayor cantidad de información posible de forma que, tú y los demás, podáis psicoanalizarla y decirle lo que quiere oír.

–No creas que va a ser tan fácil, quiere un toma y daca. Te dará información si tú se la das a ella.

–¿Nos estará escuchando ahora? –pregunté de pronto como si hubiéramos desvelado nuestros planes a los rusos.

–¿Lara? Me jugaría toda mi reputación a que sí –dijo sonriendo.

Durante la siguiente hora no dijimos una palabra más. Susan se alejó y se reunió con Yerri, mientras me dedicaba a observar, y por primera vez tocar, el cálido metal de Lara. Algo me decía que, mi "reclutamiento", era un plan preconcebido de Lara y que sabía que los otros dos candidatos no serían válidos. Me quería a mí, y sólo a mí, para algo especial, algo muy importante y especial. Algo que cambiaría nuestras vidas...

II

Tras perderme varias veces, el día anterior, en un vano intento de memorizar el intrincado laberinto de subniveles de la base, llegué a mi habitación rendido por el cansancio y las emociones. Cuando una voz surgió, de un oculto altavoz, indicándome que debía levantarme para acudir a mi primer día de trabajo, a la hora que les indiqué, pensé que estaba soñando, hasta que las crudas paredes de cemento me devolvieron a la realidad. Salí de la cama tan emocionado y ansioso que casi me golpeé con la mesa, no tenía esa sensación desde mis primeros días en la N.A.S.A. Tras vestirme apresuradamente pude comprobar que esta vez, la puerta se abría sin dificultad. Fuera estaba Yerri esperándome con su típica sonrisa de oreja a oreja. Esta vez sólo le acompañaban dos marines.

–¿Llevan mucho aquí?

–Unos cinco minutos. Imaginé que querría llegar pronto su primer día así que... aquí estoy.

LibrosEnRed

–Me alegra saber que voy a contar con una niñera –dije con sorna.

–Mi trabajo es protegerle y acompañarle en todo momento. No puedo permitir que pulule por ahí solo. No se puede imaginar el "paquete" que me caería.

–No se preocupe, trataré de no causarle problemas.

–¡Ja! Un hombre como usted siempre crea problemas. Confidencialmente, me va a encantar vigilarle, tengo la absoluta certeza de que no voy a aburrirme –dijo bajando la voz a la vez que me guiñaba un ojo.

–¡Ja, ja, ja! Espero no defraudarle.

–No se esfuerce, le creo –dijo ampliando aún más su sonrisa.

Entre graciosas anécdotas, de nuestros antiguos destinos, llegamos al subnivel 23 y por tanto a mi lugar de trabajo. Eran las 7:00 A.M. Yerri se quedó fuera. La sala estaba vacía pero había diferencias respecto a mi visita del día anterior. En medio habían colocado una estrecha mesa con un micro de tipo pie y, junto a ella, un sillón giratorio que me apresuré a probar, resultando ser más cómodo de lo que aún parecía. Frente a mi sitio, seis pantallas que mostraban cada lado de la nave. También había una cámara encima de las pantallas y, por las virutas de cemento que descansaban sobre la mesa que estaba debajo, había sido instalada recientemente. Era la típica cámara que se podía ver en cualquier banco. En un principio pensé que se trataba de una de las cámaras de seguridad, pero enseguida caí en la cuenta que las de seguridad no se veían, sólo se intuían. Me levanté y con curiosidad me acerqué para observarla más de cerca.

–Gracias. Pero no hace falta que se acerque, le veo bien. Puede permanecer sentado si lo desea.

La voz me sorprendió de tal manera que, del bote que pegué, casi toqué el techo.

–¿Quién ha hablado? ¿Control Central? –pregunté intuyendo de antemano la respuesta.

–¿Quién es Control Central? –preguntó la voz en un tono, que me pareció intuir, que sostenía un tinte irónico. No había duda, era la nave la que estaba hablando conmigo. El corazón se me salía del pecho.

–Eres, eres la computadora de carga, ¿verdad?

–No. La computadora de carga es una de mis ramificaciones. Soy Lara.

–No puedo creerlo. Tu entonación, modo, forma, fonética... ¡vamos todo! Hablas igual que un ser humano –su voz era armoniosa y suave, como la de la perfecta telefonista.

LibrosEnRed

–¿No es lo correcto?

–Pero las máquinas...

–Como ustedes dicen, soy una inteligencia artificial. Por supuesto, carezco de lo que ustedes llaman sentimientos, pero por lo demás soy tan inteligente como ustedes y puedo asegurarle que por lo que he visto y oído, mucho más inteligente que alguno de los suyos.

–En eso tengo que darte la razón. Por este planeta circulan gran cantidad de zoquetes y seres retrógrados.

–¿Retrógrados? No he oído antes esa palabra y no consigo relacionarla o situarla en alguna conversación aparte de esta.

–Significa atrasado, rancio, retardatario aunque la mayoría de la gente utiliza mal esta palabra. Quisiera que me explicaras eso de los sentimientos.

–No tengo lo que ustedes llaman emociones. Por ejemplo soy incapaz de comprender el amor. Por qué los seres vivos eligen a una pareja y no a otra, que por todas sus características cuadrarían más con él, ella o ello. No tengo miedo, valor, ira, humor...

–¿Y pensamientos abstractos?

–Sólo los que se me explican con anterioridad pero no puedo avanzar en ese pensamiento.

–¿Inventar algo que no existe?

–En principio no.

–¿En principio?

–Puedo combinar datos y obtener resultados que no existían antes.

–Como...

–Como la química. Puedo crear fórmulas pero no sé para qué pueden servir o aplicar.

–Entiendo, lógica pura.

–No.

–¿No?

–Soy una máquina. Se me pueden dar órdenes ilógicas y las ejecutaría. Eso no sería lógico.

–Lara, ¿puedo hacerte una pregunta?

–Ese es su cometido, señor Temple.

LibrosEnRed

–¿Cuál es tu origen?

–No entiendo la pregunta. Debe ampliarme la información o reestructurarla.

–¿Dónde te construyeron?

–No lo sé.

–¿Ni siquiera el planeta o sistema solar?

–Eso sí. Pangea.

–¿Pangea es una galaxia?

–Debería saberlo, es un planeta.

–¿Lo conozco? ¿Cuál es?

–Este, el que ustedes llaman Tierra.

Por un momento creí que me estaba volviendo loco o que me estaba tomando el pelo. ¿Cómo iba a ser posible que viniera de aquí? Empecé a pensar en las más absurdas teorías, que iban desde viaje en el tiempo, a saltos tridimensionales de otras tierras ubicadas en otras dimensiones.

–No es posible. ¿Sabes al menos cuándo te construyeron?

–Deduzco que no le hace falta la cifra exacta así que le daré una aproximación; hace cuatro mil seiscientos millones de años. Cuando en Pangea sólo existía un continente. Lo que ustedes también llaman Pangea, lo que me hace pensar que alguien se lo ha dicho. No puede ser una coincidencia.

–Estoy de acuerdo, pero quién.

–Eso tendrá que decírmelo usted. Me interesa conocer quién, cuándo y dónde.

–No creo que nadie tenga la respuesta. La palabra la aplicaría algún científico de alguna antigua cultura ya desaparecida.

–Aun así me gustaría conocer los datos.

–Lo intentaré. Cambiemos de tema. ¿En qué se basa tu programa principal?

–Combate.

Su escueta respuesta me dejó helado. No parecía...

–¿Combate? ¿A qué te refieres?.

–Soy lo que ustedes llamarían una nave de guerra.

–¡Oh Dios!

LibrosEnRed

–¿Dios? He oído varias veces esa expresión. ¿Qué es Dios?

–Dios es el ser supremo, el padre de todos los hombres.

–¿Se refiere al Príncipe?

–¿Quién es el Príncipe?

–No nos queda tiempo. La Doctora Sen está apunto de llegar. Debe salir de esta base y comunicarse conmigo en privado.

–¿Pero cómo...?

–Utilice la red de computadoras del sistema telefónico, yo le encontraré. Responderé a todas sus preguntas y a otras muchas que no podría formularme. Es usted en la única persona que confío, pero ha de ser fuera de aquí. Nos acabarían descubriendo.

–Pero Lara yo...

–Fin de la comunicación.

En ese momento se abrió la puerta y entró la Doctora Sen, y como empezaba a ser habitual, me dedicó una cálida sonrisa.

–Has madrugado mucho –dijo dulcemente.

–Ya sabes el dicho, al que madruga... –respondí guiñándole un ojo.

–No te esperaba tan pronto. Iba a preparar el plan del día pero ya que estás aquí, tal vez tengas alguna sugerencia.

–Eeeeh, no. Prefiero que me orientes tú, luego ya iremos improvisando sobre la marcha.

–¿Te encuentras bien? Te noto raro... o más bien... ausente.

–Es un poco de sueño. Ya sabes, el cambio horario, la emociones y todo eso.

–A mí me ocurrió lo mismo. El primer día no pude pegar ojo.

Ojalá fuera eso, pensé algo azorado.

–Creo que lo primero será explicarte cómo trabajamos aquí y para qué sirven estos aparatos.

Obviamente sabía como funcionaban todos ellos y Susan también lo sabía pero dejé que lo hiciera, sólo para estar cerca de ella. En ese momento me di cuenta que estaba enamorándome y por lo que se me aproximaba para cualquier explicación, la idea no parecía tan descabellada.

Al poco entraron Harpper y Kris, con las arrugas de las almohadas en las caras. Tres minutos después lo hicieron Peter y Yapko que conversaban sobre cierto método matemático para acertar la lotería.

LibrosEnRed

Cada uno se sentó en su sitio y yo lo hice en el nuevo sillón. Desde ese puesto podía controlar todo lo que hacía el equipo y con sólo girar un poco, podía ver a cada miembro.

–Bien. ¿Cuál es el protocolo?

–Esperábamos que el nuevo jefe nos diera las directrices –dijo uno de los gemelos burlonamente. No había forma de distinguirlos.

–Buena respuesta muchacho pero aun te queda mucho por aprender, ya que vuestro método no ha dado resultados, y por eso yo estoy aquí...

–Tocado –dijo jocosamente Yapko.

–...necesito saber qué es lo que estabais haciendo para no cometer los mismos errores.

Entre los gemelos y Susan me hicieron un breve resumen, de tres horas, de las formas que había atacado–conversado con la computadora. No habían conseguido avanzar prácticamente nada.

–Entiendo. ¿Hablan con Lara?

–No. Ya se lo hemos dicho, sólo con la compuerta de carga, aunque seguro que escucha –dijo Yapko.

–Pero Lara ha pedido que viniera para hablar con ella...

–No se equivoque. Quiere que hable con la compuerta, así podrá estudiarle –dijo Chris

–Es muy lista la muy hija de... Perdone doctora –creo que dijo Harper.

Cuando me disponía, por fin, a comenzar mis primeros contactos con la compuerta, dos hombres entraron en la habitación.

–Creo que se equivocan de lugar –dije mirándoles duramente.

–Pertenecemos a seguridad de Control Central. Sentimos interrumpirle Señor Temple pero el señor Gibson quiere verle.

–¿Ahora mismo?

–Ahora –me respondió el otro.

–Sigan sin mí –ordené al equipo.

Mis sienes empezaron a palpitar. Estaba claro que Gibson había escuchado mi conversación con Lara. ¿Y si había sido una trampa para ver mi reacción? ¿Debía haber informado de inmediato a seguridad de mi contacto con ella? ¿Informar al equipo? Calma. Debía tener calma. Era Lara, no una trampa. La excusa era clara, como estaban registrándolo todo, no quise hacer nada

LibrosEnRed

raro para que Lara no sospechase. ¿Se lo tragaría? Si no era así, ya me podía despedir del proyecto.

Una vez en la sección de seguridad, Yerri y sus hombres se detuvieron en la entrada de la gran sala de control, que nosotros atravesamos yendo a parar a una puerta que desembocaba en un pequeño despacho, en el que estaba Gibson esperándome, sentado en una silla giratoria de cuero negro. Tras él, había una serie de veinte monitores que mostraban distintas partes de la base. Sobre la mesa había un complejo teclado, con dos sobresalientes palanquitas en cada extremo.

–Hola Mark. Siéntate, si eres tan amable. ¿Me permites tutearte, verdad?

–Desde luego. Prefiero que la gente me llame por mi nombre. El respeto hay que ganárselo y el protocolo no da respeto –dije solemnemente mientras intentaba observar si alguna pantalla mostraba nuestra área de trabajo.

–Estoy totalmente de acuerdo contigo, si te parece llámame Stark.

–De acuerdo Stark, tú dirás...

–Bueno, quisiera saber si has tenido algún problema de cualquier tipo.

¿Me estaba tanteando? Era el momento de jugárselo todo por el todo.

–¿Problemas, en sólo unas horas? Veo que mi fama me precede. Además tengo a mi fiero Sargento para resolverlos.

–No me refiero a ese tipo de problemas, sino a los que suelen dar estos equipos modernos.

Algo sabía. Cuánto y hasta dónde iba a descubrir su juego, era algo que tendría que averiguar en los próximos minutos si podía... ¿qué es lo que quería en realidad? Aun así seguí con mi falsa ignorancia.

–No he notado nada raro. Claro, que todavía no he tenido ocasión de utilizarlos, ya que justo en el momento que íbamos a empezar, tus hombres nos interrumpieron.

–Doy por sentado que si ocurre algo fuera de lo corriente, nos lo comunicarás inmediatamente y por el procedimiento que resulte más directo y rápido.

–Por supuesto. ¿Por qué me lo recuerdas? –pregunté pomposamente.

–Hace aproximadamente tres horas y cuarenta y cinco minutos hemos sufrido una pequeña interferencia y treinta y cuatro minutos más tarde, una segunda.

–No he notado... –mi corazón latía desbocadamente. Lo hacía tan fuerte que temía que Gibson pudiera oírlo.

LibrosEnRed

–Te daré más datos, tal vez recuerdes algo. La primera, dos minutos después de que entraras en la sala y la segunda, unos segundos antes de que entrara la Doctora Sen.

–¿No será la puerta...?

–No había pasado nunca.

–La verdad es que no se me ocurre nada.

–A nosotros tampoco. De todas formas estoy haciendo revisar las líneas, por eso os he detenido antes de que comenzarais con "eso".

–No te preocupes, será alguna interferencia electromagnética.

–¿Electromagnética?

–Tanto metal tiene que producir campos electromagnéticos, tal vez alguna derivación de descarga no esté bien anclada y produzca las interferencias.

–Puede ser. Las haré revisar también. Gracias por tu colaboración –dijo levantándose y alargando la mano para estrechar la mía, cosa que me apresuré a hacer. Sus manos eran tan grandes y sus dedos tan largos, que me tocaron la muñeca. Podría pasar por pianista con esos dedos.

Salí triunfal o eso creí yo. Más adelante, ya fuera de la base, Lara me informaría que Gibson sospechó algo y que dado que no tenía pruebas, no pudo hacer nada. Cuando le pregunté en qué se basaba dijo que al darme la mano, tocó con uno de sus dedos, mi pulso y se percató que estaba anormalmente acelerado, llegando a la conclusión de que le mentía en algo. Desde ese día su vigilancia sobre mi persona se intensificó y no sólo Lara se dio cuenta.

III

Llevaba dos semanas conversando con la compuerta de carga y, desde mi punto de vista, no conseguía avanzar nada. Me estaba desmoralizando. Estaba sin razones para que accediera a mis peticiones. La respuesta final siempre era la misma; "orden sin confirmar. Petición no aceptada".

–¡Me está volviendo loco! –espeté cansinamente. El equipo me miraba con los ojos enrojecidos.

–Tranquilo Mark. Has conseguido avanzar más que nadie, y en muy poco tiempo –dijo Susan amablemente.

–¿Avanzar? Que alguien sea tan amable de decirme en qué hemos avanzado.

LibrosEnRed

–Eres la única persona que ha conseguido mantener una conversación ininterrumpida con la compuerta. Además responde a casi todas tus preguntas –dijo Yapko.

–Ya, pero sigue negándose a obedecer cualquier orden por simple se sea.

–Llevamos más de once horas hablando con ella. ¿Por qué no descansamos un rato? –preguntó Chris claramente agotado.

–Tiene razón. Deberíamos dejarlo para mañana. Veremos las cosas con más claridad –dijo Peter.

–Creo que es lo más razonable. Ahora son las once y media de... ¿la noche o del día? ¿Alguien lo sabe? –pregunté absolutamente desorientado.

–Del día, creo –dijo Harper.

–Está bien, os quiero aquí a todos dentro de diez horas.

–Debemos ser los únicos del planeta que no respetan los horarios convencionales –dijo Chris refunfuñando, a la vez que se levantaba junto a su hermano, y se dirigían a la salida.

–Yo también me voy. Creo que no voy ni a cenar. Voy a ir directa a la cama.

–La acompaño doctora. Yo también me voy directo –dijo Peter.

–Me temo que yo no puedo irme a dormir sin meter algo en mi caldera. ¿Me acompaña Mark? –preguntó Yapko.

–No gracias. Voy a mi "celda" a relajarme y pensar en nuevas formas de "ataque".

Al salir estaba Yerri apoyado en la puerta. Le sonreí mientras veía como los demás se alejaban con sus respectivas escoltas.

–Hola, Yerri ¿Bien?

–Aburrido. Otro día de entrenamientos, limpieza de armas... etc, etc. Nada destacable.

–Por cierto, ¿cómo sabes que voy a salir? Por que si estás entrenando...

–Me avisa Control Central.

–Ya. ¿Y si de repente quiero irme de la sala?

–La puerta no se abrirá hasta que yo llegue. Como ocurrió en su primer día.

–Lo recuerdo, me dejé los nudillos. ¿Me acompañas a la habitación?

–¿No lo hago siempre?

LibrosEnRed

–Tengo una sorpresa para ti.

–Está bien. Además acabo mi guardia en cuanto le deje.

–¿Por dónde vamos?

–La central me ha recomendado el recorrido "c". El camino habitual está saturado con el transporte de repuestos para los subniveles 21 y 10. Los de seguridad te paran cada dos metros.

–Iremos por donde dices. Hoy no tengo, ni fuerzas, ni ganas de discutir con los de seguridad.

El recorrido "c" fue tranquilo, tan sólo nos cruzamos con un par de ingenieros y dado el jaleo que tenían con los repuestos, seguridad no nos entretuvo demasiado. Cuando llegamos a mi habitación, Yerri despidió a la escolta. Una vez dentro me senté en la cama y Yerri en la única silla.

–Bien, ¿cuál es la sorpresa? Me tienes sobre ascuas, ya que aquí no puede haber sorpresas –dijo socarronamente.

–Antes una pregunta.

–Dispara.

–Si quisiera salir de aquí sin permiso...

–No podrías...

–A no ser con los pies por delante –dije seriamente.

–Ni aun así. Tu cadáver sería escudriñado, analizado, escaneado... con el único fin de averiguar porqué, cuándo, cómo, y sobre todo, si ocultabas algo.

–¿Y si entrara un comando y me raptara?

–Si uno de mis hombres o, yo mismo, siguiera con vida, estaríamos obligados a matarte antes de permitir que te llevaran.

–¿Me dispararías? ¿Serías capaz?

–Con lo que hay ahí abajo... sí.

–¿Y si cayera una bomba o hubiera una amenaza de una, podríamos salir sin permiso?

–Todo se sellaría automáticamente. Nos prefieren muertos antes que correr un riesgo en seguridad.

–¡Vaya! Me tranquilizas mucho.

–¿Se te ocurre alguna otra maravillosa manera de salir? –preguntó conteniendo a duras penas la risa.

LibrosEnRed

–Tengo algunas ideas más... pero antes... –dije misteriosamente.

Yerri me observó entre divertido e intrigado. Me levanté y levantando un poco el colchón saqué una botella de Coca Cola.

–Coge la taza de la mesa.

Yerri me miraba escéptico mientras me acercaba la taza. La medio llené y se la ofrecí.

–O es veneno o crees que los negros no sabemos lo que es la Coca Cola –dijo sonriendo.

–No seas racista y bebe –le ordené.

Se llevó la bebida a los labios y, cuando la cató, me miró sorprendido al comprobar que era coñac.

–¿Pero cómo...?

–Con la colaboración de la enfermería... el resto es secreto profesional –dije pomposamente.

–Eres increíble Mark. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no...?

–Lo imagino –le dije a la vez que cogía la taza y daba un sorbo.

–Bien, sigamos con mi "hipotética fuga".

LibrosEnRed

Capítulo 4

Pasó otro infructuoso mes. No conseguía que la compuerta se abriera o me explicara qué era lo que contenía. Durante este periodo de tiempo, mi amistad con Susan se volvió íntima. Nuestro primer beso en el montacargas fue registrado por seguridad, lo que significó que en pocas horas toda la base lo supo. No sé lo que me molestó más, si la falta de intimidad o las bromas de Yerri al respecto. Soy un hombre de pensamiento liberal pero en algunos aspectos algo tradicional y que me observaran con Susan a todas horas y en cualquier parte, cohibía bastante mi faceta romántica.

Lara no había vuelto a establecer contacto conmigo y yo no podía hacer nada para intentar comunicarme con ella, sin que Control Central se enterara. Mis conversaciones con Yerri habían echado por tierra todos mis planes de fuga. La única forma que veía para salir de la base era conseguir que la compuerta de carga nos permitiera el acceso. Una mañana, dándole vueltas a esa idea, se me ocurrió la solución.

–Compuerta de acceso, abre el compartimento de carga.

–Suscriba petición de apertura.

–Suscribe Mark Temple.

–Suscriptor no hallado.

–Suscriptor con orden prioritaria, Mark temple, dada por Lara.

–Suscriptor con orden prioritaria no hallada en mis archivos.

–Busca al suscriptor de orden prioritaria Mark Temple en archivos comunes con Lara.

–Suscriptor en comprobación.

Pasaron unos segundos que se hicieron eternos antes de que volviera a hablar.

–Suscriptor localizado. Petición en bucle contradictorio.

–Si soy un suscriptor con orden prioritaria, tienes que obedecer mis órdenes. Abre la compuerta.

LibrosEnRed

–Petición aceptada. Protocolo de esterilización en proceso. Apertura en treinta y nueve horas. Tiempo más que suficiente para recibir el informe para el procedimiento a seguir, respecto a seguridad del sistema %$&&%·"$%&$ de alerta.

–No conozco ese informe. Explícame de qué trata.

–Si no lo conoce no puede ser informado.

–¿Y a seguridad de la base le informarías?

–Si conoce el informe no necesita ser informada. Eso no tendría lógica.

–¿Cuál fue el último procedimiento de seguridad que utilizaste?

–Desconozco el procedimiento.

–¿Por qué?

–Los procedimientos de seguridad son competencia de Lara.

–¿Alguna sugerencia?

–Establecer contacto con máximo responsable de la base. Quedan treinta y ocho horas y cincuenta minutos para apertura.

Miré al resto del equipo sonriendo y descolgué el teléfono a la vez que marcaba el número de Simons, aunque ya debían haberle informado los de Control Central.

–Simons, lo hemos conseguido.

–Eres un genio Mark. Ahora coge a tu equipo y salid de ahí.

–¿Que salgamos...?

–Todo el personal no militar debe abandonar ese subnivel.

–Pero...

–Sin peros, Mark. Te quiero en mi despacho de inmediato –dijo secamente colgando el teléfono. Una respuesta así no me la esperaba. Algo ocurría y seguro que no era bueno.

Tardé casi dos horas en llegar al despacho de Simons. Los de seguridad parecía que se hubieran vuelto locos. A mitad de camino, Susan y el resto, fueron conducidos a sus habitaciones a la espera de órdenes. La noticia ya se conocía por toda la base. Todas las personas con las que nos cruzamos nos dieron la enhorabuena. Pero yo no estaba para enhorabuenas, la voz de Simons presagiaba malas noticias.

LibrosEnRed

Cuando entré, Simons estaba sentado hablando por teléfono. Casi de inmediato colgó y me muy miró serio.

–Mark, hace mucho tiempo que nos conocemos así que iré al grano. Tu misión ha terminado. Quieren que te vayas de inmediato.

–¿Qué? ¡Maldita sea Simons! ¿Por qué? Merezco ver qué contiene esa nave.

–Si fuera por mí estarías en primera fila. Pero las órdenes que me han dado son tajantes. Todo el equipo de apertura debe salir de las instalaciones de inmediato.

–Entiendo. Una vez hecho el trabajo, a la calle. El esclavo ya no es útil –dije muy cabreado.

–No lo tomes así...

–¡Maldita C.I.A.! Políticos de mierda... –dije entre dientes.

–Mark, tranquilízate.

–Estoy tranquilo. Pero desde ahora te digo que no volváis a contar conmigo para nada.

Simons me miraba tristemente. Si en ese momento hubiera sabido que iba a ser la última vez que le vería, no habría sido tan duro con él. Antes de salir dando un portazo me giré.

–Lo que transporta esa nave puede ser peligroso. De hecho estoy convencido de que lo es, mi instinto me lo dice.

–No hay pruebas fehacientes de eso y tu instinto no vale para Control Central.

–Allá vosotros con vuestra ceguera.

Mientras me dirigía a mi "celda" para recoger mis pocas pertenencias, las palabras de Lara sonaban en mi cabeza; "debe salir de la base", "comunicarse conmigo en privado". Mi instinto me decía que debía darme prisa. Cuando llegué, me sorprendió ver que Yerri y la escolta jadeaban. Estaba tan nervioso que no me había dado cuenta que había ido corriendo.

Al día siguiente, me instalé en un pueblecito que creí relativamente cercano a la base, puesto que no estaba muy seguro en qué parte del desierto se encontraba, sólo que estaba al sudeste. A las afueras, cerca de la carretera general, había un pequeño complejo de apartamentos adosados en cadena. En el primero vivía el casero, un hombre gordo y grasiento pero no sé

LibrosEnRed

por qué, de apariencia agradable. Por el contrario, su mujer tenía aspecto de bruja, cosa que posteriormente los escasos vecinos me confirmaron.

El apartamento era pequeño, con una habitación, una salita, una cocina y un baño con bañera y, todo, ¡limpio! Estaba decorado con gusto, para ser un apartamento de carretera, y la cama, de matrimonio, era cómoda. Puse sobre ella mi pequeña maleta y desempaqué mis escasas pertenencias. Cuando terminé, caí en la cuenta de que prácticamente no tenía ropa y ya que tenía que comprar varias cosas, decidí aprovechar la salida, pero antes tenía que hablar con Simons. Faltaban menos de seis horas para la apertura. Tras pasar una infinidad de comprobaciones pude hablar con él.

–Hola Simons, soy Mark, como ya te habrán informado las doce personas que han hablado antes conmigo.

–Hola, Mark. ¿Cómo te va? No esperaba volver a hablar contigo tan pronto. No con el cabreo con el que saliste.

–Tan sólo faltan unas horas. ¿Me mantendrás informado?

–Mark, sabes que eso será información confidencial. No te podré contar nada.

–Lo sé, lo sé. Sigo creyendo que no deberíais abrirla todavía. Aun estáis a tiempo de cancelar la cuenta atrás por lo menos, hasta que sepáis qué es lo que contiene.

–Aunque estuviera de acuerdo contigo, aunque quisiera, no podría hacerlo. El General Bart Kalajan ha partido esta mañana, con los dos congresistas para informar al Presidente y por la hora que es, ya lo estarán haciendo. Luego irán al Pentágono y desde allí verán la apertura a través del sistema de seguridad de Control Central.

–Por lo visto lo va a acabar viendo medio país antes que yo.

–Te prometo que voy a hacer todo lo posible para que en cuanto la abramos, me permitan traerte aquí y puedas verlo.

–Ojalá sea posible. Esperaré ansioso tu llamada. Estoy alojado en los apartamentos Sant James, en el número doce.

–¿No has vuelto a casa?

–Demasiado lejos. Quiero estar cerca, por si ocurre algo...

–Tendremos cuidado, no te preocupes. Además los marines están aquí para protegernos.

–No sé qué me da más miedo. Adiós –dije despidiéndome de Simons por última vez.

LibrosEnRed

La conversación me había dejado aún más intranquilo. Estaba convencido de que abrir la compuerta era un error, tal vez fatal. Me puse la chaqueta y salí de compras por el pueblo. Al estar a menos de veinte minutos de los apartamentos, fui andando. Lo primero que hice fue alquilar un coche, un Ford familiar, necesitaba bastante espacio para todo lo que quería comprar. El segundo punto en mi lista fue el supermercado, que para mi suerte, estaba al lado del concesionario. En un tiempo récord compré comida para una semana. Al salir me topé con el típico Sheriff gordo, con sombrero tejano, junto a un ayudante con cara de tonto que casi seguro sería su sobrino. Mientras me acercaba a ellos, vi que la comisaría estaba justo enfrente. Hacía tanto calor que la camisa se me había pegado al cuerpo.

–Buenos días o más bien tardes.

–Buenos medio días, Sheriff –bromeé.

–Hace calor, ¿verdad?

–Sofocante –dije mientras abría el portón trasero de mi Ford y comenzaba a introducir las bolsas de la compra.

–Está alojado en Sant James, ¿verdad?

–Veo que es cierto que las noticias en los pueblos pequeños corren rápido. Bien, tal vez puedan ayudarme.

–Usted dirá –dijo mientras el escuchimizado ayudante se ajustaba el cinto con el revolver. Parecía que se le iba a resbalar de las caderas de un momento a otro.

–¿Tienen una tienda de sistemas informáticos y electrónicos?

–¿Una tienda de qué? –me preguntó el Sheriff perplejo mientras su ayudante ponía cara de tonto, como sino entendiera nada de lo que estábamos hablando.

–De or–de–na–do–res.

–¡Ah! De esos mata–marcianos.

Me empezaban a entrar ganas de estrangularles.

–Sí, de esos. ¿Cuántas tiendas hay?

–Se nota que usted es de ciudad.

–Si, tengo que confesarlo. ¿No me irá a decir que no tienen una tienda de ordenadores?

–Claro que tenemos una tienda de esas. Al fondo de la calle principal, la tienda de Joey. ¿Piensa quedarse mucho tiempo por el pueblo?

LibrosEnRed

–No lo tengo decidido. Por lo menos una semana.

–¿Puedo preguntarle a qué se dedica?... amigo –dijo apoyando la mano sobre el revolver.

–Trabajo para la N.A.S.A. civil, pero estoy de vacaciones –dije mientras le mostraba la tarjeta identificativa de mi anterior trabajo.

–¡Vaya! Es la primera vez que tenemos a alguien de su categoría por aquí –dijo el ayudante.

–Espero que algún día tomemos una cerveza en la taberna de Rosi –se apresuró a decir el Sheriff.

Tras prometerle, bajo juramento, que tomaría algo con él antes de irme, me dirigí a la tienda de informática. Era muy pequeña y no tenían demasiadas cosas, pero con un poco de imaginación, conseguiría todo lo que me iba a hacer falta. El dependiente era un hombre flaco y nervioso, que no paraba de subirse las gafas que resbalaban por su aguileña nariz.

–Hola. Necesito algunas cosas.

–Usted dirá.

–Quiero su mejor ordenador con la programación más potente. Y toda la memoria que sea capaz de introducirle.

–Eso no es problema. Mañana...

–Lo quiero ahora –dije interrumpiéndole.

–Pero me llevará varias horas prepararlo.

–Lo sé. Mientras, iré eligiendo el módem, impresora, cableado extra, monitor... Ya sabe todas esas cosas.

–Ya... ¿Puedo preguntarle como va a pagar todo esto?

–Con Visa –dije sacando una de mis tarjetas de crédito ante el, cada vez más nervioso, dependiente.

–¿Puedo ver algún documento que acredite que esa tarjeta es suya?

–Claro. Pero para más seguridad puede hablar con el Sheriff. Me conoce –dije mientras le mostraba mi carnet de conducir.

–Si no le importa...

–Llame. No me ofendo.

Tras unos minutos, el Sheriff se presentó en la tienda asegurándole que yo era de fiar y que no hacía ni dos minutos que había confirmado mi iden-

LibrosEnRed

tidad con su central del condado. Con eso no contaba. Seguro que ya le habrían pasado un informe al "señor gélido".

Cuando regresé al apartamento, con el coche atiborrado hasta los topes, me esperaba una sorpresa, ¡Susan! Salí del coche con la mejor de mis sonrisas.

–Hola cariño. ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? –le pregunté mientras le abrazaba y besaba.

–¿Ahora tengo que tener motivos para verte?

–No seas tonta. Es que no te esperaba.

–Fue muy interesante tu discurso acerca de que necesitabas unos días para calmarte, que nos veríamos en el Empire Estate, como en la película... ¿No creerás que me tragué todas esas patrañas?

–Estoy... aclarando mis ideas.

–Bonito coche –dijo mientras se desligaba de mi abrazo.

–Sí, lo he alquilado para...

–Para traer la compra...

–Exactamente.

–...un equipo informático completo... ¿Qué está tramando señor Mark Temple?

–Ya veo que no tengo escapatoria. Ayúdame a meter todo esto y te lo explicaré con detalle.

Tras llenar la despensa nos pusimos a montar el ordenador y sus complementos.

–Por cierto, ¿cómo me has encontrado?

–Una mujer tiene sus métodos para conseguir la información que le interesa.

–Decididamente tendré que estrangular a Simons.

–No seas duro con él. Le he tenido que apretar las tuercas a base de bien para que me diera tu dirección. Estaba segura que le dirías dónde estabas.

–La verdad es que conociéndote compadezco a Simons. Ahora, si no te importa, acabemos de montar todo esto y luego...

–¡Ni se te ocurra pensar que vas a poder librarte de mí! Cuéntame qué es lo que pasa, o mejor déjeme adivinar. Lara, ¿verdad?

–Ya he hecho mi trabajo con la compuerta.

LibrosEnRed

–Te recuerdo que soy doctora en psicología, así que no te hagas el tonto conmigo. Me refiero a Lara, la computadora que dirige la nave.

–No creo que...

–Entre otras cosas, mi misión era observar al equipo y descubrir si se producían diferencias en el comportamiento.

–¿Y?

–Tu manera de actuar el primer día fue distinta. Cuando entré en la sala estabas sonrojado y nervioso. Y no se te ocurra decir que fue por verme.

–No soy tan canalla. Eso que me estás contando ahora, no aparece en tus informes, ¿verdad?

–No. No informé. Decidí darte un margen de confianza. ¿Me lo vas a contar?

Ya que no tenía salida y que era la única persona que podría comprenderme, decidí contarle mi conversación con Lara. Cinco minutos después de terminar mi relato, Susan seguía en silencio. La observé intranquilo hasta que no pude más.

–Susan, ¿qué pasa?

–Creo que has cometido un grave error al no contactar antes con ella.

–¿Cómo? Se podría decir que estábamos prisioneros en Stamp.

–¡Hombres! De mil maneras.

–Dime un par.

–Que estabas enfermo, que no querías seguir por que no estabas de acuerdo con los métodos, recurriendo a mí, que habría sido lo más normal, para que te diera la baja por desequilibrio psicológico o de la forma más sencilla, renunciando alegando motivos personales.

–No creía que fuera necesario manchar mi currículum. Si esa nave ha estado cuatro mil quinientos millones de años enterrada, es de suponer que puede esperar unas semanas más.

–¡Claro! De pronto le urge contactar con un ser humano que ha elegido de entre toda la población del planeta y tú le haces esperar para no estropear tu currículum.

–¿Crees que esperaba que saliera sin abrir la compuerta?

–Creo que sí. Creo que lo de la compuerta no está a su alcance y quería advertirnos.

LibrosEnRed

–No habría sido más lógico...

–¿A quién iba a informar? ¿A los militares? Al más mínimo indicio de peligro la volverían a enterrar.

–¿Crees, al igual que yo, que transporta algo peligroso?.

–Ahora sí, sin lugar a dudas.

–¡Maldita sea! Desde que he salido no he pensado en otra cosa. Vamos a darnos prisa en montar el equipo y tratemos de contactar con ella.

Tardamos dos horas en montar y poner en marcha el equipo y dos más en conseguir contactar con Lara, a través de la línea telefónica. Eso, desde mi punto de vista no debía ser normal, ya que si era capaz de ocultarse de Control Central, también podría ocultar una simple línea. Nuestros temores aumentaron cuando miramos la hora y comprobamos que ya había expirado la cuenta atrás. Nos habíamos topado con la mayoría de los accesos fuera de servicio o inoperantes. Cuando conseguí contactar con ella, por uno de los canales de emergencia, mi corazón se aceleró aun más.

–Lara, ¿me oyes?

–Le oigo, señor Temple, pero no le veo. Necesito verle.

–¿Verme?

–Instale al sistema una cámara de vídeo, webcam, creo que la llaman. No habrá comunicación sin información visual.

–Está bien pero no cierres la línea. Tal vez no pueda volver a contactar contigo –le dije alarmado.

–Entiendo. Permanezco a la espera.

Salimos de la sala y nos detuvimos en la entrada junto a la puerta de la calle.

–Es aun más lista de lo que esperaba –dijo Susan.

–¿Para qué quiere vernos?

–Para poder observar el entorno y sobre todo, para estudiar nuestras reacciones. No se comunicará sin una cámara.

–Dada la hora que es, la tienda de informática ya habrá cerrado. Hemos de encontrar una como sea.

–Tal vez el propietario de los apartamentos tenga una.

–Es una excelente idea, cariño –dije soltándole un sonoro beso. Salí precipitadamente hacia el apartamento del dueño. Llegué sin resuello y mien-

LibrosEnRed

tras lo recuperaba, llamé un par de veces al roñoso enrejado de la frágil puerta.

–¿Quién es? –se oyó una voz masculina que provenía de detrás de la puerta.

–Soy el inquilino del apartamento número doce.

Tras el característico ruido de cerrojos, apareció el casero con una camiseta vieja y sucia que apenas cubría su enorme barriga. Apestaba a alcohol y lo que llevaba en la mano era una de esas latas de cerveza de casi medio litro.

–¿Qué es lo que ocurre? ¿Hay algo que no funciona en su apartamento?

–No, tranquilo. Todo funciona muy bien, lo que pasa es...

–No es posible. ¿Sabe que es el primer cliente que se presenta fuera de horario y no viene a quejarse?

–No. No he venido a quejarme.

La confirmación hizo que su fofa cara se convirtiera en una de las más grandes sonrisas que he visto en mi vida.

–En realidad venía a pedirle un favor.

–Si está en mi mano...

–Venía a preguntarle si tiene una webcam, una de esas modernas cámaras para ordenadores, y si podría prestármela, pagando un precio naturalmente.

–Mire por donde me veo obligado a darle dos noticias, una buena y otra mala ¿Cuál quiere primero?

–La buena, necesito una buena.

–Tenemos una cámara de esas y nuevecita.

–¿Y la mala? –pregunté temiendo que no la tuvieran en casa.

–La mala, es que es de mi mujer que se dejaría arrancar un brazo antes que prestársela a alguien.

–¿Ni por doscientos pavos?

–Veo que habla el idioma internacional. Pase, a ver si entre los dos la convencemos.

Veinte minutos más tarde estaba de regreso con doscientos cincuenta pavos menos. Esa mujer era un monstruo. Al traspasar la puerta, Susan me dedicó una nerviosa sonrisa a la vez que miraba la webcam.

LibrosEnRed

–Parece que ha habido suerte.

–Según se mire. Para mi bolsillo no, desde luego.

–No seas tacaño. Piensa que es en pro de la ciencia –dijo guiñándome un ojo maliciosamente.

–Eso espero.

Tardamos bastante en conseguir que el programa instalado, aceptara la dichosa cámara. Nos daba constantemente el típico error de fallo en sistema. Al final hubo que reiniciar todo el equipo.

–Lara, ¿me ves?

–Sí, le veo bien. Hola doctora Sen.

–Hola Lara.

–¿Qué hace ella aquí?

–Es... mi... futura mujer. O por lo menos eso espero –dije apretándole la mano, sonrojándome un poco.

–Lara, ¿quieres que me vaya?

–No lo considero necesario. Usted me agrada, está del lado del Bien.

Reconozco que mi paciencia estaba en el límite, así que decidí ir directamente al asunto.

–¿Para qué quieres hablar conmigo en privado?

–Para que me ayude a localizar al Príncipe.

–¿Qué Príncipe?

–Prance de Ser y Cel, Príncipe de la raza Warlook, Príncipe, por matrimonio, de la raza Fried, Príncipe de los Guardianes del Bien y Capitán General de los aliados de la Corporación.

–¿Tu constructor era Warlook?

–Sí, originario de Pangea aunque colaboraron otras razas.

–Vamos a ver Lara, yo...

–Lara, ¿registras todo en algún archivo? –preguntó Susan interrumpiéndome.

–Sí. Todo lo que ocurre a mi alrededor, todo lo que mis sistemas pueden captar y todo lo que se me suministra, queda archivado.

–¿Podrías hacernos un resumen de toda la información que posees?

LibrosEnRed

–Eso sería imposible. Poseo demasiados datos, muchos de ellos no están permitidos para personas no autorizadas.

–Entendemos que no puedas darnos datos que puedan poner en peligro tu integridad o qué tipo de armamento llevas, si es que llevas alguno. Pero podrías hacernos un resumen sobre tu historia –dijo Susan.

–Eso, creo poder hacerlo. La mejor forma de explicar mi historia será haciendo un resumen de la vida del Príncipe que, en sí, es la cuestión por la que estamos reunidos y hablando.

–¿Lo harás con imágenes? –pregunté inocentemente.

–Como si fuera una película. Antes, he de explicarles que cambiaré algunas cosas para adaptarlas a sus conceptos e ideas y así puedan entenderme. También, trataré de traducir todos los nombres que me sean posibles y, adaptar y, simplificar los hechos, a su tiempo evolutivo actual. Quiero avisarles que no les voy a mostrar los archivos en orden cronológico sino por línea de acción y entendimiento de la vida del Príncipe, por lo que les mostraré archivos de distintas épocas, generalmente revueltos, para su mejor comprensión. Deben entender, que les voy a relatar la vida de alguien que ha vivido cientos de miles años, por lo que, de un archivo a otro, su personalidad o forma de ser, habrán cambiado. Confío en su inteligencia para que puedan apreciar la importancia de encontrar al Príncipe cuanto antes.

II

BASE STAMP POINT. 9.00 P.M.
CÓDIGO ROJO.

–Central, estamos conteniéndolos en el subnivel diecisiete.

–Bien Sargento Yerri. Aguanten la posición –dijo una nerviosa voz.

–Aquí subnivel dieciséis. La enfermería está casi evacuada.

–Escuche Yerri, deben resistir por lo menos cuatro horas hasta que lleguen los refuerzos –dijo la voz.

–¿Cuatro horas? ¿Está loco? Si resistimos treinta minutos me como la gorra. He perdido a más de la mitad de mis hombres en el repliegue. Envíeme a cualquiera que pueda empuñar un arma. ¡Necesito refuerzos y los necesito ahora! ¿Quién demonios es usted?

–Teniente de infantería en régimen de prueba.

LibrosEnRed

–¿Un novato? ¡Mierda!

–Siento decirle que es usted el único mando ahí abajo. Debe resistir hasta que lleguen los refuerzos dentro de cuatro horas –dijo la voz que parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

–¿Cuatro horas? ¡Y un cuerno! ¡Sáquenos de aquí! ¡Ya!

–Mire Sargento, las ordenes son...

–¡Sargento ahí vienen de nuevo! Sarggg... ¡Aaaaaaah.....!

–¡Disparad, maldita sea, disparad!

–Sargento acabo de recibir...

–¡Dios! ¡Sáquenos de aquí!

Se produjo un leve chasquido en la línea. Alguien acababa de conectar.

–Escuche Sargento Yerri. Soy el General Bart Kalajan. Estoy con el Presidente y acaba de ordenar el sellado de la base. Tiene treinta minutos para salir de esas plantas. Después activaremos el P.S.A.

–¿Están locos? Tengo docenas de hombres desperdigados por todos los pasillos y por más de diez plantas, sin contar a los cientos de civiles que se hallan aislados en los subniveles inferiores. La mayoría, en ese tiempo, no podrán llegar ni siquiera a este subnivel.

–Sargento, le quedan veintinueve minutos para salir de ahí –dijo el General con voz serena.

–¡Mierda!

LibrosEnRed

Segunda parte

Capítulo 5

El origen de esta historia se remonta a tres mil seiscientos millones de años, en este planeta. En aquella época sólo existía un continente y las escasas islas que había estaban cerca de las costas. A ese continente, vuestros científicos lo llamaban Pangea, nombre que a partir de ahora utilizaremos para definir el planeta, ya que el sonido de esa palabra es muy parecido al original Warlook.

En Pangea habitaba una raza, los Warlook. Nadie sabía de dónde había surgido el nombre de su pueblo, pero la leyenda contaba que provenían de una antigua raza de guerreros, aunque para aquel entonces, el tres mil setecientos de su calendario, no había guerreros, de hecho no tenían ni ejército ya que no había guerras, ni siquiera recordaban alguna. Era una raza inteligente y pacífica. El robo, asesinato y cosas por el estilo eran realmente excepcionales. La media era de uno o dos de estos incidentes al año. Siendo una población mundial de mil millones hay que reconocer que era impresionante semejante armonía.

Ese año era muy especial para los Warlook, era el paso del siglo treinta y siete al treinta y ocho y por esa razón todo el continente se hallaba de fiesta. A diez kilómetros de Pangea Capital, que se ubicaba en el centro del continente, había una pequeña villa que estaba habitada por una pareja, Ser y Cel. Se enamoraron siendo muy jóvenes. Ser, trabajaba en campos electromagnéticos y Cel, en medio ambiente. Cel persuadió a su marido para que vivieran en el campo, donde podría ejercer mejor su trabajo, así que Ser se desplazaba todos los días hasta la Capital, usando las aceras rodantes. A los pocos años tuvieron un hijo al que llamaron Prance, de Ser y Cel, ese día, Ser le confesó a su mujer, que su idea de vivir en el campo había sido acertada y le pidió disculpas por protestar a diario por tener que coger las aceras.

El día trece del periodo denominado Al Sarem[2] del cambio de siglo, Prance jugaba, sentado sobre la yerba, a unos veinte metros delante de la puerta

[2] N.A.: El año estaba dividido en tres períodos, Al Tar, Al Pream y Al Sarem, cada uno de cuatro meses. La temperatura media del año y período era de veinticuatro grados siendo la única diferencia real entre los períodos, la abundancia de lluvias.

LibrosEnRed

de su casa. Tenía siete años, era muy delgado, de pelo negro con algunos rebeldes rizos. En su mano tenía una pequeña nave espacial y la hacía aterrizar, emulando a la verdadera nave que había llegado por primera vez a Marte, abriendo así el camino para la fundación de una colonia, siempre y cuando los prototipos de generadores de masa vegetal, a escala celular, cuajaran en las pozas acuíferas subterráneas del planeta. La gran duda consistía, en si la cantidad de agua en el planeta sería suficiente para conseguir formar una atmósfera respirable y que protegiera a la vida de los crueles rayos del Sol.

Había sido un Al Pream más caluroso de lo normal, con días de veintinueve grados, algo que casi ningún Venerable recordaba. El campo estaba lleno de los cantos de los grillss, (insectos parecidos a los grillos actuales, de color paja y aproximadamente el doble de grandes). De pronto, los cantos enmudecieron. Algo había asustado a todos los grillss a un mismo tiempo. Las corrientes de aire desaparecieron, volviendo en forma de ola de calor que llenó todo el ambiente.

Prance levantó la cabeza mirando a su alrededor, él también presentía algo extraño, era algo que erizaba la nuca. Primero miró entorno suyo, luego hacia arriba, hacia el horizonte. Su boca quedó entreabierta, lo que estaba viendo le había paralizado. No tenía miedo, pero era tan grande que le había dejado anonadado.

Al principio no podía observarlo bien, cubría todo el horizonte. Según avanzaba, se iba tragando las primeras estrellas del atardecer. Pronto desfiló por encima de su casa y la sombra le cubrió, envolviéndolo en las tinieblas. No estaba a más de cien metros de altura. Avanzaba sin producir ningún ruido. El silencio era casi insoportable.

Ser, fue el primero en salir al exterior extrañado por la repentina oscuridad, detrás salió Cel que profirió un pequeño grito al verlo. Ser corrió hacia Prance, seguida por Cel y, cogiéndolo en volandas, corrieron de nuevo hacia la casa. Prance no dejó ni un momento de mirarlo. Nunca había visto ninguna así, ni siquiera en el cubotrí[3] de su cuarto. Era la nave espacial más grande que había visto en su vida. Era tan grande como Pangea Capital que siguió avanzando hasta cubrirla totalmente.

[3] N.A.: Una mezcla de televisor tridimensional y holográfico, además de ordenador con Internet e interactivo. De un grosor de una pulgada y que variaba de tamaño dependiendo de la función y ubicación en la casa. También mostraba objetos en plan de adorno o imágenes en movimiento, siempre que no se utilizaba. Podía situarse vertical u horizontalmente.

LibrosEnRed

Transcurrió una semana del avistamiento. La nave se detuvo sobre la capital, tan sólo a cincuenta metros sobre los edificios más altos. Era tan grande como toda ella y aproximadamente la mitad de alta.

Desde el primer día, los rumores fueron en aumento acerca de su procedencia, misión u objetivo. Las salas de reunión ciudadana estaban constantemente atestadas. Los jefes de sala no eran capaces de imponer el orden necesario para que la gente pudiera hablar por turnos. En la sala de reunión donde vivían los padres de Prance ocurría lo mismo, hasta que un respetable anciano se situó en el centro y levantó los brazos en señal de ruego. Poco a poco reinó el silencio.

–Soy Kaljan de Prior y Maran. Pido se me permita expresar mi opinión.

Los escasos murmullos se extinguieron, al oír la potente voz del anciano más viejo de la zona. Ser también había ido a la reunión de la sala, aunque lo hizo a regañadientes e instado por Cel, ya que no estaba tranquilo dejando sola a su familia. Todos miraron al jefe de la sala que, con un gesto, cedió la voz a Kaljan.

–Como bien sabéis, dada mi edad, soy ya un Venerable y el Gran Consejo me ha ofrecido en muchas ocasiones que me uniera a ellos. Nunca me he creído capacitado para dirigir a nuestro pueblo pero, dada mi vejez, creo que he alcanzado un modesto punto de sabiduría.

Más de la mitad de la sala, entre ellos Ser, aclamaron a voces lo dicho por el anciano. La verdad es que para Ser, lo que dijera Kaljan era ley. Pero Kaljan sabía que iba a resultar muy difícil tranquilizar a la gente. Ni siquiera él estaba tranquilo. Esa misma noche debía reunirse de urgencia con el Gran Consejo, que se lo había comunicado a través del cubotrí.

–Me entran ganas de agarraros, sentaros sobre mis rodillas y daros unos buenos azotes. ¡Inconscientes!

En su voz había una furia contenida que hasta Ser, que conocía al anciano muy bien y que sabía que era incapaz de dañar a una mosca, se estremeció.

–¡Tenemos miedo! –dijo un voz de entre la multitud del fondo de la sala.

–¡Sí! ¡Es verdad! Pueden ser enemigos –dijo otra voz.

–¡Burros! ¡Cobardes! –gritó Kaljan–. ¿No creéis que si una nave de ese tamaño quisiera atacarnos, ya lo habría hecho? ¿No creéis que alguien con esa tecnología, muy superior a la muestra, ya debe saber qué nivel tecnológico tenemos y cómo funciona nuestra sociedad? ¿Acaso alguien ha sido dañado o algo de nuestra civilización ha sido atacado? ¿Tal vez ha destruido alguna de nuestras naves?

LibrosEnRed

Los rumores volvieron pero todos confirmaban más o menos lo dicho por Kaljan que esperó a que se calmaran, antes de seguir hablando.

–Si como veo y oigo me dais la razón, ¿por qué cuando he entrado en la sala he oído palabras que creí olvidadas y enterradas como atacar, matar, lucha o... GUERRA? ¿Cómo es posible que un pueblo como el nuestro, que lleva más de mil quinientos años en absoluta armonía, un pueblo en el que la paz, el amor, la ayuda al vecino y el respeto, es su ley, hable de guerra y matar?

En ese momento, y por primera vez en su vida, Ser habló y sin permiso del jefe de sala.

–Soy Ser de Jass y Amel. Os conozco de toda la vida Venerable Kaljan.

–Así es. Te conozco desde que eras un bebé –dijo haciendo un gesto al jefe de sala para que no interviniera.

–Mi hijo, mi esposa y yo mismo, fuimos de los primeros en avistar esa nave y teníamos miedo. Fue la primera vez en mi vida que me di cuenta de que no podía proteger mi familia. Agarré a mi hijo y junto a mi mujer nos encerramos en la casa. Estuvimos esperando durante horas aterrados, el comunicado del cubotrí.

–Ser, te conozco y puedo afirmar públicamente que eres un buen Warlook, pero veo que aun no has aprendido a... ¡pensar! Reflexiona ¿Crees que tu casa protegería a tu familia de un ataque de esa nave? O lo que es más importante, ¿crees que esa nave ha venido de quién sabe dónde para matar o dañar a tu familia?

Kaljan lo tuvo difícil, el miedo había hecho presa en su sector, prolongando los razonamientos durante horas. Estas mismas reflexiones se llevaron acabo en todas las casas de reunión del continente.

Al séptimo día, en los cubotrí, apareció un mensaje del Gran Consejo de Pangea Capital; “Toda actividad debe cesar hoy al mediodía. A media tarde se emitirá un comunicado sobre la nave asentada sobre Pangea Capital. No temáis. No hay peligro. Fin del comunicado”.

El trabajo en Pangea era voluntario. Aunque prácticamente no había nadie que no lo hiciera, eso sí, en lo que le gustara y/o estimulara. No importaba que se realizara el trabajo de una máquina y se hiciera peor o menos eficiente, la cuestión era que el trabajo elegido gustara a la persona en cuestión. La verdad es que la mayoría de la población, elegía alguno de los innumerables campos científicos y los trabajos físicos los hicieran las máquinas.

LibrosEnRed

Ese día, Ser no pudo concentrarse en su trabajo, en el departamento de avances electromagnéticos, así que decidió salir antes e ir junto a su familia. Cuando salió del edificio de investigación, vio que mucha gente al igual que él, había optado por irse antes del trabajo. Las aceras rodantes[4] estaban atestadas.

Había tanta gente que tardó una hora más de lo habitual en llegar a su casa. Prance, acudió raudo y veloz al oír a su padre entrando por la puerta.

–Hola. Hoy no ha habido clase –dijo a la vez que le saltaba al cuello, dándole un beso.

–Lo sé hijo, lo sé. Vamos a la sala con tu madre, hemos de ver el cubotrí.

Prance se extrañó mucho. Rara vez lo usaban por las mañanas. Ser, siempre que le pillaba usándolo a esas horas, se lo desconectaba y acto seguido le decía; "hijo debes jugar como yo lo hacía de pequeño, con la imaginación. Eso te convertirá en un hombre de ideas frescas, ágiles e innovadoras"

Dado que Cel no permitió que ese día jugara con su nave en el jardín, intentó estudiar en el cubotrí de su cuarto pero el sistema de estudios no se había activado. Y aún más raro, esa mañana el cubo no le había despertado. Su madre le había levantado hacia media mañana. Tenían por costumbre ver el cubotrí familiar, durante una hora, todas las noches antes de dormirse. Prance solía verlo tumbado a los pies de sus padres, pero esta vez, su madre, le pidió que se sentara entre ambos, en el sofá anatómico. Ser se sentó en el lado derecho por que en ese brazo estaban los controles de comodidad del sofá, ya que el sistema oral últimamente fallaba y dado el revuelo actual, el sistema técnico de reparación no se había presentado

[4] N.A.: Los edificios y por tanto también las calles, formaban círculos. El edificio central, con forma cilíndrica, de la capital, era la sede del Gran Consejo y a su alrededor estaba la primera calle y así consecutivamente. Cada calle rodeaba a la anterior al igual que en una diana. Las aceras rodantes era un invento relativamente reciente, ya que no tenían más de ciento cincuenta años. Consistían en unas placas que se deslizaban por las aceras, o más bien calzadas, ya que no había lo que podríamos llamar coches o vehículos rodados. El uso era muy sencillo, bastaba con detenerse junto a una pequeña protuberancia con un estrecho cuello en forma de Te, ubicadas junto a las salidas de los edificios, que era de donde salían las placas que estaban vacías. Se subía el pasajero encima, apoyando la espalda en la Te para no perder el equilibrio y con dos taconazos con la pierna derecha, la placa se incorporaba al vial, dos con la izquierda cambio de sentido, un taconazo con la derecha, significaba incorporación a la siguiente calle exterior y uno con la izquierda, a la interior. Y alternando uno y uno, detención en próxima salida. La placa, una vez finalizado el viaje, se introducía en otra protuberancia. Si se conocían bien los enlaces entre calles, atravesar la ciudad de unos cinco mil círculos no se tardaba más de media hora, ya que se podían alcanzar velocidades de hasta cien kilómetros la hora.

LibrosEnRed

todavía. A una orden de Cel, el cubotrí se activó apareciendo el anagrama del canal de mensajes oficiales del Gran Consejo. Esto extrañó todavía más a Prance, ese canal era sólo para adultos. Los niños no lo podían ver hasta que cumplían la mayoría de edad, los catorce. Pero lo que más le preocupaba era la expresión tensa de sus padres que no se disimulaba, ni con las caricias de su madre, ni con la forzada sonrisa de su padre.

La emisión comenzó a la una en punto. El anagrama, en vez de fundirse suavemente con la nueva emisión, desapareció de golpe. El espacio dejado permaneció vacío durante unos segundos, siendo sustituido por la cabeza del Jefe del Gran Consejo, algo que estaba fuera de todo protocolo, puesto que lo usual era que primero se mostrara al consejo en pleno y tras enumerar a los presentes, se cediera la palabra a quien correspondiera. El Jefe mantenía una actitud sonriente pero a la vez seria y orgullosa. Casi al instante empezó a hablar.

–Buenos días Warlooks. Todos conocéis los motivos de esta emisión especial del Consejo, la nave extrapangeana. Os voy a hacer un breve resumen de lo acontecido; hace siete días, casi al anochecer, apareció en nuestros cielos una nave intergaláctica. El nombre de la nave es Gran Dama.

Os preguntaréis qué tripulación lleva semejante nave y para vuestra sorpresa os informaré que sólo uno. Su nombre es Zerk. ¿Origen? La galaxia de Andrómeda. ¿A qué ha venido? En resumen, a enseñarnos. También os preguntaréis por qué he ordenado que rompierais una de nuestras más antiguas tradiciones, permitiendo que los niños estén presentes en esta emisión. Sencillo, ellos son los protagonistas. Me explicaré, el tripulante Zerk nos ha rogado que le permitamos transmitir toda su sabiduría a veinticinco de nuestros niños. Por desgracia todo tiene su precio, esos veinticinco niños deberán convertirse en guerreros. Sí, me habéis oído bien, guerreros o mejor dicho, Guardianes del Bien y por lo tanto en inmortales.

Las pruebas serán obligatorias para todos los niños y niñas comprendidos entre los cuatro y doce años. Serán de carácter eliminatorio. De forma que se les trastorne lo menos posible. Dichas pruebas se realizarán en las salas de reunión y durarán todo el Al Sarem. Al comienzo de Al Tar conoceremos los elegidos por el Maestro Zerk. El rango de Maestro acaba de concedérselo el Gran Consejo, por lo tanto, éste será su título entre nosotros. Creo que los detalles os los explicará mejor él mismo.

Durante unos instantes, la imagen del cubotrí quedó vacía, siendo rápidamente sustituida por el recién nombrado Maestro Zerk. Tenía el aspecto de un hombre de unos treinta años, con la barba y el pelo blanco. Prance no comprendía cómo una persona tan joven, podía ser un Maestro. ¡Todos los

LibrosEnRed

Maestros eran viejos, tenían más de doscientos años! Esa era la razón de su sabiduría, era una de las primeras cosas que se aprendían en los centros de enseñanza.

El hombre permaneció en silencio, con una mirada de escrutinio que daba la impresión que pudiera verles. Sus ojos irradiaban experiencia y sabiduría. Prance quedó tan impresionado que su padre le miró extrañado y le dio la mano en un vano intento de tranquilizarle. Al poco, sonrió y comenzó a hablar.

–Salutación, pueblo de Pangea. Soy un Guardián del Bien, mi nombre es Zerk. Soy el único superviviente de la gran batalla entre guardianes del Bien y del Mal. Mi objetivo es tutelar a algunos de vuestros hijos, inculcarles las enseñanzas del Bien y la sabiduría que he ido recopilando durante los más de cien millones de años que ya dura mi vida, de forma que, dado el caso, que la Galaxia de Andrómeda no lo permita, puedan defender a vuestro pueblo o a otros pueblos que lo necesiten, de cualquier peligro que les amenace. También, en la medida de lo posible, intentaré poner al día vuestro sistema medico. No me interpreten mal, ya sé que en Pangea no hay enfermedades incurables, ni prácticamente ninguna de otro tipo pero más tarde o más temprano, entraréis en contacto con otras razas que portarán virus o bacterias, por poner dos ejemplos, que podrían afectaros de forma epidémica, llegando, incluso, a exterminaros. Aunque no debéis temer, hay fórmulas para que esto no ocurra. Yo mismo podría ser un peligro para vosotros, a no ser porque el Traje que porto, tiene un sistema de esterilización que impide que nada que yo contenga pueda salir al exterior, por explicarlo de una manera sencilla.

También quiero aclarar que si al final, los padres de un niño elegido, no desean que sea educado bajo mi tutela no tendrán más que indicarlo, siendo sustituido por el siguiente niño en calificaciones. Gracias por adelantado, pueblo de Pangea, por depositar vuestra confianza en mí.

El cubotrí volvió a quedar vacío, siendo sustituido por el Gran Consejo en pleno que apoyó y ratificó todo lo dicho por el Maestro Zerk. Pangea esa noche durmió más tranquila.

LibrosEnRed

Capítulo 6

Al cabo de tan sólo cuatro semanas, todos los niños del planeta de entre cinco y doce años habían sido examinados en la primera prueba. Cuarenta y ocho horas más tarde se difundió, a través del cubotrí, que el número de niños que habían pasado dicha prueba, superaba ligeramente los diez mil.

Durante el segundo mes, el tipo de pruebas cambió, pasando de ser de capacidad de entendimiento a pura lógica. Estas, solamente las superaron mil ciento cuarenta y tres niños.

El mes siguiente, las pruebas fueron psicoanalíticas en una progresión de dificultad aritmética. El número se redujo a doscientos cuarenta y cinco.

Finalmente, el último mes, las pruebas se convirtieron en un combinado de todas las anteriores. Como resultado sólo quedaron treinta niños, dos de ellos fueron eliminados por deseos explícitos de sus padres, así que el número se redujo a veintiocho. Dado el pequeño número, (mucho más pequeño de lo que el Maestro Zerk esperaba), se optó dar pupilaje a todos. El niño que quedó con la mejor puntuación, y con gran diferencia del resto, fue un niño de siete años llamado Prance de Ser y Cel.

Había pasado una semana desde la última prueba. Desde aquél día no había habido clase. Prance, como siempre que podía, fue a jugar con el niño de la villa de al lado, su nombre era Pilo de Rogen y Grat. La villa de Pilo estaba a tan sólo quinientos metros de su casa y al igual que su familia, ellos también fueron de los primeros en avistar a la Gran Dama.

–Hola Pilo –medio gritó Prance, al verlo salir a su encuentro.

–Hola Prance –respondió sonriente, marcándosele esos hoyuelos que le hacían parecer más pícaro de lo que era.

–¿A qué jugamos?

–Tú eres el genio. Tú mandas –le respondió maliciosamente.

–¿A qué viene eso?

–Ayer oí a mi padre, decir a mi madre, que habías sido el número uno en las pruebas.

LibrosEnRed

–Eso no puede ser. Había chicos muy listos y varios mayores que yo. Además, nadie sabe los resultados aparte del Gran Consejo.

–Pero pasaste la última fase.

–Y tú llegaste a la penúltima. Seguro que si te hubieras concentrado un poco, también la habrías pasado.

–Prance, tu y yo sabemos que eres el más listo de clase. Aunque no siempre lo quieras demostrar.

–Claro, por eso mis calificaciones en administración son tan bajas.

–Nadie es perfecto "cabezota".

–Para ser Guardián hay que ser perfecto "cabezatrí".

La amistosa disputa terminó en el momento en que la madre de Pilo apareció en la puerta.

–Prance, cariño, me acaba de llamar tu madre. Quiere que vayas a casa.

–¿Ahora? Pero si acabo de llegar.

La madre le Pilo le sonrió dulcemente y poniendo los brazos en jarras le reprendió.

–¿No querrás que tu madre se enfade y se preocupe esperándote? Además, puedes venir luego a jugar con Pilo.

–Vale, me voy. Hasta luego Pilo –dijo mientras se alejaba corriendo.

–¡Luego te veo! –gritó su amigo aunque no sabía que tardaría bastante en volver a verlo. Su madre lo cogió en brazos y le dio un sonoro beso en la mejilla. Pilo iba a protestar pero calló cuando vio que los ojos de su madre estaban brillantes, por las lágrimas.

Según se iba acercando a casa, algo en su interior le avisaba que un suceso especial estaba a punto de ocurrir. Ese tipo de sensaciones las había tenido antes pero de esa claridad... Al entrar al galope en su casa, se llevó una sorpresa, pues encontró junto a sus padres al hombre de pelo blanco que vio en el cubotrí. Sus padres le miraban orgullosos pero con un matiz de tristeza, en especial se lo podía notar a su madre, que sabía que esa era la última noche que vería a su hijo en bastante tiempo, la próxima vez que le vieran sería un hombre.

–Prance, hijo. Este noble señor, como bien sabes, este caballero es... el Maestro Zerk –dijo su padre, como indeciso y algo intimidado.

–Padre, ¿por qué estáis preocupados? ¿Qué es lo que quiere de mí?

LibrosEnRed

El Maestro apoyó en el suelo la rodilla derecha y su puño izquierdo, agachó ligeramente la cabeza y volvió a levantarla. Sería la primera y única vez que le viera hacer la reverencia de máximo respeto.

–Prance, el destino de los hombres está en tus manos. He hecho un largo viaje para encontrarte. Te educaré hasta que te conviertas en un Guardián del Bien, de forma que puedas dirigir y proteger a todas las razas de hombres.

–Pero ya tienen al Gran Consejo.

–No, Prance, no me refiero sólo a los de tu raza, aquí en Pangea, sino a otros hombres que habitan en otros mundos, otras razas, otras galaxias...

–Pero yo soy un niño. ¿Qué puedo hacer yo?

–Hoy eres un niño, pero pronto serás un hombre, probablemente el mejor hombre que haya nacido en el universo. Sé que ahora no lo entiendes pero ya lo harás, sólo puedo decirte que tu misión será proteger a otros hombres del Mal, aunque eso signifique para ti grandes sacrificios. El Mal es un terrible enemigo.

–¿El Mal? ¿Qué Mal? ¿Aquí hay Mal? ¿Dónde está? ¿Quién lo provoca?

–Ja, ja, ja,... Haces muchas preguntas, ¿sabes?

–Mi padre dice que si quieres saber has de preguntar –respondió mirando a Ser de reojo.

–Y tiene razón. Si no se pregunta, no se aprende o se descubre la respuesta, por eso te voy a hacer una pregunta, si me dejas...

–Puede hacérmela –dijo mirando de reojo esta vez a su madre.

–¿Quieres ser un Guardián de Bien?

–Sí, claro yo...

–No, Prance, no. Por desgracia no es tan fácil como parece.

–¿Por qué no?

–Primero, tu estructura molecular ha de estar en armonía con el Traje.

–¿El traje? ¿No vale cualquier traje?

–No, no vale cualquier traje, deberás llevar un Traje como el mío. Un Traje que te protegerá de cualquier enfermedad[5], del calor, del frío y lo más importante de todo, te hará inmortal.

[5] N.A.: Más adelante se verá que esto no es correcto y que los guardianes pueden sufrir por lo menos siete tipos de enfermedades.

LibrosEnRed

–¡Hauuuuu! Vivir para siempre.

–Sí, pero no es tan maravilloso como parece a simple vista. No podrás tener hijos, verás envejecer y morir a toda la gente de tu alrededor, que no sea un Guardián como tú, e incluso esos puede ser que también mueran por una u otra razón, accidente o combate. Si duele ver morir a alguien con quien has podido convivir más de cien años, imagina lo que se debe sentir ver morir a alguien que lleve contigo cien mil años.

–Debe ser terrible pero...

–Pero...

–Quiero ser un Guardián del Bien, ayudar a otras razas, ver otros mundos, otras estrellas...

–Las verás... de eso estoy seguro –dijo mirando a sus padres con esperanza.

–¿Podré ir a clase?

–No. Mañana a primera hora te recogeré en la puerta.

–Pero eso es muy poco tiempo para preparar mis cosas.

–No te llevarás nada. No lo vas a necesitar.

–¿Nada?

–Nada. La Gran Dama te proporcionará todo lo que necesites.

–¿Vamos a dar las clases allí?

–Vas a vivir allí –dijo el Maestro.

–¿Y mis padres?

–Siempre estaremos aquí esperándote, cariño –dijo su madre acariciándole el rostro.

Zerk, se despidió de Ser y Cel, acariciando la cabeza de Prance antes de salir. Por la expresión de su madre, tuvo la certeza de que sería la última vez que vería, como niño, a sus padres. Los tres pasaron la noche juntos, desde que era muy pequeño no dormía con ellos. Pasó rápidamente, trayendo extraños sueños en los que volaba y veía las ciudades desde el aire. Su padre estaba ojeroso y los ojos de su madre estaban rojos e irritados por haber estado llorando, en silencio, toda la noche.

El desayuno fue el más abundante que jamás había hecho su madre, no paraba de repetir que comiera mucho, que iba a necesitar todas sus fuerzas

LibrosEnRed

y que si en algún momento decidía volver, no sería ningún problema. Que no pasaba nada.

El Maestro llegó puntual. Y tal y como presintió, no volvió a ver, en persona, a sus padres, hasta que cumplió los veintiséis.

LibrosEnRed

Capítulo 7

Han pasado más de doscientos años desde el primer encuentro de Prance con el Maestro y casi cuarenta de la muerte de sus padres.

GRAN DAMA.
SITUACIÓN: ORBITACIÓN A PANGEA.
HABITACIONES PRIVADAS DEL MAESTRO ZERK.

–¿Me habéis mandado llamar, mi señor?

–Sí, Prance, te he mandado llamar.

–Mi señor dirá qué es lo que desea.

–Hoy hemos de tratar varios temas cruciales.

–Os escucho.

–Primero, he de darte mi enhorabuena por que hoy ha sido tu último día de entrenamiento. Te he enseñado todo lo que he podido sobre lucha, táctica, estrategia, combate, disciplina, concentración, etc, etc, etc.

–Pero, mi señor, vos sois mil, qué digo mil, un millón de veces mejor, en todos los campos, que los veintiocho juntos. Jamás hemos podido derrotaros en ningún combate, ni juntos ni separados.

–Es cierto, pero sólo es cuestión de práctica. Con el tiempo y la experiencia serás tan bueno como yo. Los demás tal vez...

–No veo cómo...

–¿Ahora no confías en mí?

–Por supuesto, sabéis que mi fe en vos...

–Lo sé, Prance, escucha atentamente –dijo sonriéndome con los ojos, algo bueno me iba a decir–. Tal y como predije el día que te conocí, te has convertido en el alumno más aventajado y, además, con gran diferencia. Tus cualidades innatas han hecho que me decida a nombrarte Capitán de los Guardianes y por lo tanto, mi segundo de abordo. A partir de este instante, todos deberán obedecer tus órdenes como si fueran las mías.

LibrosEnRed

–Pero mi señor... no creo que esté preparado para ese puesto. Creo que Trash...

–Es la primera vez que discutes una orden mía. Esto me da la razón y te aviso que mi decisión es ya, inamovible. Hoy al medio día, al finalizar los entrenamientos, se lo comunicaré a tus compañeros.

–Como decidáis, mi señor. Sinceramente espero que no os equivoquéis.

–Te noto extraño, algo te preocupa. ¿Qué es?

–Soy como un libro abierto para vos. Tenéis razón, se trata de mi viejo amigo Pilo.

–Sé quién es, tu vecino[6] de Pangea Capital.

–Sí, está muy viejo y enfermo. Le prometí que iría a verle hoy. Podría ser la última vez que le viera con vida.

–Lo entiendo. Tienes mi permiso para acudir junto a él. Aun así, aunque no estés, se lo comunicaré a tus compañeros. Prepárate para el recibimiento que te harán cuando llegues.

–¿Recibimiento?

–Es tradición ofrecer honores a un nuevo Capitán de tropa. No quiero entretenerte más, coge uno de los nuevos aerotransportes y parte hacia Pangea Capital.

ARCHIVO PARTICULAR DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
PANGEA CAPITAL.
HOSPITAL PARA ANCIANOS EN FASE TERMINAL.

Nunca me ha gustado ese lugar. Siempre me he sentido encogido e insignificante, como si la muerte rondara por la zona. Ese sitio era como un lugar por donde caminan las almas que se van, pero que no quieren irse, una puerta...

No lo sabía, pero ese día, por primera vez, entendí lo que quiso decirme el Maestro sobre que no era maravilloso ser inmortal.

La acera rodante se detuvo frente a la escalinata de entrada, al hospital. La gente que subía o bajaba se paró y se apartó al verme, para dejarme pasar, como hacían siempre. El respeto por los Guardianes y en especial por mí,

[6] N.A.: La media de edad de los habitantes de Pangea en aquella época era de doscientos veinte años.

LibrosEnRed

aumentaba día a día. Algo me decía que algo iba mal, el que me abrieran paso me produjo una profunda e intensa sensación de soledad. Tenía un nudo en el estómago, era la misma sensación que tuve cuando murieron mis padres.

Tras recorrer varios pasillos (todos se apartaban...) llegué a la habitación donde se encontraba Pilo. En ese momento salía una enfermera que, al verme, me dejó pasar, casi sin atreverse a mirarme (se apartó...), crucé la puerta y como siempre sentí un escalofrío. Me acerqué a su cama que estaba flotando a sesenta centímetros del suelo. Los sistemas electromagnéticos negativos fueron un invento proporcionado por el Maestro, por lo que eran relativamente recientes, por lo tanto, constantemente se producían nuevas aplicaciones, como en las camas. A mí no me gustaban, daban la impresión de ser lugares de "lanzamiento" de almas, era algo que no sabía explicar.

–Hola Pilo –le saludé con la mejor de mis sonrisas.

–¡Vaya, el gran Guardián! ¿Qué noticias traes del mundo? Aquí, las estiradas de las enfermeras, no me cuentan más que las buenas para que no me excite. Como si importara algo.

–Es que tienes muy mala leche –le reprendí mientras observaba su mejoría de color.

–¿Qué quieres? Es lo único que me queda.

–Hablando de noticias, tengo una buena y otra mala.

–Al igual que yo. Dame primero la mala.

–El Maestro me ha nombrado Capitán de Guardianes, no creo que esté preparado.

–¿Esa es la mala? No quiero oír la buena.

–La buena es que no te podré venir a ver en un par de meses y así no te aburriré con mis problemas.

–¡JE! He de reconocer que era buena.

–Te toca.

–La buena es que no vas a tener que venir nunca más a verme a este hospital.

–¿Te trasladan a recuperaciones por fin? Ya te dije que era una simple infeccioncita de nada.

–Esa es la mala. El ordenador médico ha vaticinado mi muerte a las veinte y cuarenta y tres de la tarde –dijo cansinamente.

LibrosEnRed

–¡No es posible! Tu aspecto es inmejorable.

–No te engañes viejo amigo. Es la lucidez antes de la muerte, siempre se mejora un poco.

–Tal vez el ordenador...

–No nos engañemos, los ordenadores médicos, en cuestión de vaticinios de muerte, rara vez se equivocan y si lo hacen, es por unos pocos minutos.

–No te preocupes. Estaré contigo hasta el final –dije tristemente.

–No, esto debo afrontarlo yo sólo y tú también.

–Pilo, no sé que decir...

–Tu amistad, ha sido el mejor regalo que nadie haya podido hacerme jamás. Sólo te pido un último favor.

–Lo tienes concedido de antemano –logré decir con la voz temblorosa, agarrando una de sus manos.

–Déjame mirarte unos segundos por última vez y vete.

En ese momento vi a mi viejo amigo tal y como estaba realmente, y no como el niño que jugaba conmigo. La muerte le había vencido y se lo estaba llevando. Le sonreí, le mesé suavemente sus blancos cabellos, di media vuelta y salí. Aun recuerdo sus últimas palabras mientras salía:

–Sé el mejor y más valeroso Guardián de la Galaxia. Recuerda con orgullo que eres Warlook.

Una vez en el exterior del hospital y mientras aun retumbaban en mis oídos las últimas palabras de Pilo, volví a sentir esa extraña sensación en la boca de mi estómago, otra vez ese horrible estremecimiento, un presentimiento... algo iba mal. Consulté la hora en un cubotrí público, que indicaba las quince veintitrés, luego en mi ordenador de brazo, por lo que no podía ser por mi amigo. La sensación aumentó de repente, fue tan fuerte que me hizo tambalear. Una pareja se detuvo he hizo un ademán de ayudarme, pero con un gesto se lo impedí. Me acerqué, a punto de vomitar, a la acera rodante, y "eso" me invadió, almas en viaje, gritos de tristeza desde "el otro lado de la frontera..." Toda duda desapareció para dar paso al miedo...

Miré el ordenador de mi brazo izquierdo, indicaba las dieciséis treinta. ¿Cómo era posible? ¿Qué había pasado con esa hora? Los transeúntes me informaron que había estado inmóvil durante todo ese tiempo. Sólo el Maestro podía haber instalado una orden así en mi Traje, pero... ¿por qué? ¿Con qué fin? Pulsé el intercomunicador de mi O.B. para ponerme en contacto con el Maestro, no obtuve respuesta. Llamé a la Gran Dama y sólo obtuve

LibrosEnRed

silencio. Algo iba mal, muy mal. Utilicé un código de prioridad para obtener información del por qué del silencio, la respuesta fue rotunda, desconexión interior. Subí precipitadamente a la acera rodante y me dirigí, a la máxima velocidad, hacia el espaciopuerto. Mientras, probé establecer comunicación con mis compañeros pero ninguno me respondió. ¿Se trataría de algún nuevo ejercicio? ¿Por qué había cortado las comunicaciones? No tenía sentido. Mi alarma iba en aumento. ¿Qué podía ocurrir?

Tardé tan sólo veinte minutos en llegar pero, para mi desesperación, el equipo de mecánicos del espaciopuerto había desmontado los impulsores derechos de mi caza para comprobar por qué fallaban algunos de ellos. Ese caza era uno de los primeros que se copió de los originales de la Gran Dama. El Maestro había insistido en que debíamos comprender su estructura y funcionamiento a todos los niveles. Se llevaron una gran sorpresa, al verme cuatro horas antes de lo previsto y en un estado de inquietud semejante.

–Necesito el caza... ahora –le dije al jefe de mecánicos.

–Tardaremos más de una hora en volver a montarlo –me respondió.

–¿Hay algún otro?

–No. Todos están en la Gran Dama.

–Me conformo con cualquier nave de transporte.

–No hay ninguna. Esta mañana, poco después de su llegada, todas los transportes se elevaron y partieron hacia la Gran Dama.

–¿Quién las pilotaba?

–Nadie. Creímos que sería una orden del Maestro. Alguna vez ya han ocurrido cosas por el estilo.

–Deberíais haberme avisado –dije muy serio.

–No pensamos que ocurría algo, como usted estaba aquí...

–¿La orden de regreso también afectaba a mi caza?

–Sí. Pero como ya habíamos desmontado el panel principal de los propulsores, no pudo obedecer la orden.

–Mientras yo anulo esa orden, vosotros montad los propulsores lo más rápido posible. Utiliza todos los hombres que necesites.

–Sí, señor.

Los mecánicos trabajaron frenéticamente, bajo la estricta supervisión de su jefe que no paraba de sonreírme tontamente, en un vano intento de

LibrosEnRed

tranquilizarme. La verdad es que montaron los propulsores en un tiempo récord, cuarenta minutos. En cuanto el jefe de mecánicos me hizo un gesto, me metí de un salto en el caza, activé el sistema de gravitación, giré sobre mi eje, hasta que el morro del caza apuntó en la dirección a la Gran Dama y me propulsé lo más rápido que la nave podía ir en situación de atmósfera.

En quince minutos, las puertas del espaciopuerto de Dama aparecieron ante mí. Estaban abiertas de par en par, cosa que no había visto nunca. A esa distancia, y con ese campo de visión, el Guardián que estuviera de vigilancia ya me habría visto y debería pedirme la identificación. Esperé unos prudentes segundos y nada, ni avisos, ni rastreos, ni escaneos... así que intenté comunicarme con el vigilante del espaciopuerto, con el mismo resultado de mis intentos anteriores. A esa distancia era imposible que no captara mis transmisiones. Todo lo que obtuve fue... silencio. Al aproximarme, comprobé, con incredulidad que los escudos defensivos estaban desactivados.

Aterricé sin complicaciones. El hangar se hallaba vacío. No había nadie de guardia. Activé el casco de mi traje, abrí el caza y me impulsé hacia la compuerta de entrada. Hice un último intento de comunicación y corrí hacia los aposentos de mis compañeros. Penetré en el primero y estaba vacío, no así el segundo, donde encontré a Goel de Cangha y Loktoris con un tajo tan profundo en el cuello que casi había seccionado la cabeza del tronco. El sistema de antigravedad estaba activado por lo que el cubículo era un compendio de bolitas flotantes de sangre. Esa fue la primera vez que me llegó ese olor agridulce metalizado de la sangre. Haciendo acopio de valor, contuve las arcadas y seguí registrando los aposentos. Para mi terror encontré otros tres compañeros más, asesinados de la misma manera. Asesinados mientras dormían. El Maestro me vino a la cabeza. ¿Dónde estaba? Corrí con todas mis fuerzas hacia sus aposentos. Cientos de ideas y sentimientos se agolpaban, en mi mente, aturdiéndome.

La primera doble puerta principal estaba abierta. Delante, en el suelo, el cadáver de otro compañero que no permitía que se cerrara. En una rápida inspección, intuí que era Katrina, un disparo de tubo láser le había destrozado el rostro, lo único que había quedado intacto habían sido sus pequeñas orejas. Katrina me volvió a la realidad, estaba siendo un imprudente. Había dejado de lado todas las lecciones del Maestro. Si permitía que me mataran, por no controlar mis sentimientos, no le sería de ninguna ayuda.

Serenándome, desenfundé mi pistola láser. Pasé por encima de ella y me detuve delante de la segunda doble puerta. Me armé de valor y ordené

LibrosEnRed

que se abriera. La escena que presencié golpeó todo mi ser. La sala estaba sembrada de cuerpos. Todos estaban muertos.

Casi en el centro estaba el Maestro, caído boca abajo. Tembloroso, activé el sensor de movimiento del ordenador de mi brazo, el O.B. dando negativo el resultado, tampoco parecía que hubiera algo con vida cerca. Me acerqué con prudencia al Maestro y le di cuidadosamente la vuelta iluminándose una señal verde en la pantalla del O.B., aunque los niveles eran prácticamente cero, el Maestro aun vivía. Aparte de la gran herida de la espalda, tenía varias más en el pecho y una profunda junto al corazón que sin duda lo había dañado. La vida se le escapaba por momentos.

–Mi señor, ¿me oís? ¿Quién? ¿Quién os ha hecho esto?

Entre abrió los ojos y sonrió ligeramente al reconocerme.

–¿Quién? ¿Quién? –le pregunté desesperado.

–No… no te han cazado... bien... –su voz era apenas un susurro. Su tiempo se acababa.

–¿Quién? ¿Quién ha sido?

–A... a... algunos de tus compañeros no les gustó que te nombrara Capitán... mi segundo. Hubo una revuelta capitaneada por Trash... no me esperaba... –su voz transmitía una enorme tristeza.

Sus palabras casi me introducen de nuevo en un shock. ¿Cómo era posible, no ya que Trash hubiera hecho esto, si no que consiguiera derrotar al Maestro? Cuando combatía en los entrenamientos, contra los veintiocho a la vez, no conseguíamos ni rozarle. Aun nos quedaban varios cientos de años para igualarle en técnica de combate.

–¿Cómo...?

–Prance... mi viaje al otro lado de la frontera está a punto de comenzar pero aún me quedan fuerzas para una última lección...

–Os escucho.

–Recuerda que los Guardianes vienen de la era de los tiempos y que siempre existe una segunda oportunidad... Yo he fallado en la mía... Ahora sólo quedas tú... Debes combatir al Mal hasta que sea borrado del Universo....

–El Mal es demasiado poderoso y yo estoy sólo...

–Eres... el último Guardián del bien... su última esperanza.... la últimahaahahah...

LibrosEnRed

–Maestro... ¡Maestro! –le grité inútilmente, había muerto y me había dejado sólo–¡DAMA! ¡DAMA! –exclamé obteniendo como único resultado, silencio.

Sostuve el cuerpo sin vida del Maestro, entre mis brazos, durante unos minutos mientras intentaba ordenar mis ideas. Cuando me serené, decidí vaporizarlo junto a los demás. Pulsé la orden en mi ordenador y la trasmití. Los cuerpos de la sala, en menos de tres segundos se convirtieron en un polvo finísimo que acabó desapareciendo por completo. No pude apartar la vista de Zerk mientras desaparecía.

Pasada la desintegración, en su lugar quedaron sus armas y un jade de energía, de un verde intensísimo. Haciéndome recordar la primera vez que vi uno... al comienzo.

ARCHIVO PRIVADO DE LA VIDA DE PRANCE DE SER Y CEL
PANGEA. SIGLO 28.
DÍA 2 DEL PERIODO AL SAREM

Frente a la puerta de casa se había estacionado una pequeña nave pangeana de transporte. Sólo las había visto de lejos un par de veces. Se utilizaban cuando era imprescindible que un ser humano fuera a realizar alguna tarea urgente fuera de su zona, y que estuviera demasiado cercana para usar un aerotransporte, pero demasiado lejos para ir a pie. El Maestro, con un gesto, me invitó a subir. Una vez sentado en uno de los cuatro asientos, miré al Maestro esperando que se sentara.

–El transporte está programado para que te lleve al espaciopuerto. No te preocupes y espera que yo llegue –me dijo sonriendo y acto seguido salió cerrando la puerta. De inmediato el transporte se puso en marcha. Mientras me alejaba, pude ver que otro transporte se le acercaba aunque era muy distinto a los nuestros. ¿Me pregunté a dónde iría? Esa respuesta la deduciría yo sólo más tarde.

En menos de veinte minutos llegamos a la periferia del espaciopuerto, deteniéndonos en una de las pistas exteriores. Me apeé precipitadamente en cuanto se detuvo. En la pista había varios niños y niñas. El mayor de todos se acercó casi al instante.

–¿Qué edad tienes, "pequeño"? –preguntó un tanto condescendiente.

–Siete. Mi nombre es Prance de Ser y Cel, no "pequeño" –le respondí lo más serio que pude.

LibrosEnRed

–Tienes carácter. No es normal en alguien de tu edad. Me gustas, veremos si aguantas. Mi nombre es Trash y tengo doce años. ¿Ha ido el Maestro a buscarte? –dijo tocándose el pecho con el puño a modo de saludo[7].

–Sí. ¿A ti también?

–Por lo visto a todos. Si te incluimos, de momento somos quince.

–E irán llegando más sistemas hasta que seamos veintiocho –dijo un chico.

–¿Quién eres? No he podido preguntártelo antes –dijo Trash suspicazmente.

–Mi nombre es Urgan de Hauer y Megary, y tengo nueve años.

–¿Cómo sabes que seremos veintiocho? –preguntó una niña de largas coletas negras.

–Mi padre estuvo controlando las últimas pruebas de los centros.

–¡JA! Ya sabemos cómo has llegado hasta aquí –dijo Trash burlonamente.

–¡ESO ES MENTIRA! –le espetó Urgan furioso, parecía que quería pegarle aunque le sacara varios centímetros–. Nadie puede trampear los resultados de un centro. ¡Nadie!

Trash le miró desafiante y empezó a avanzar hacia él, pero la niña de las coletas se interpuso entre los dos.

–No os peleéis. Yo sólo quería saber cómo lo sabía. Dudo que alguien pudiera engañar al Maestro –dijo la niña.

–¿Cómo te llamas? –pregunté para cambiar de tema.

–Katrina de Blasce y Porta. Tengo, como tú, siete años.

–¿De dónde eres? –pregunté al notar su suave acento.

–Del Sur.

–¿Cómo cuánto al sur? –preguntó un niño de pelo enmarañado.

–De la costa. Salí ayer por la noche en un sistema y todavía no he comido. Tengo hambre... –dijo sonriendo, levantando cómicamente sus orejitas, provocando en todos una sonrisa. No había duda, era especial, desprendía una alegría e inocencia...

---

[7] N.A.: Era una costumbre darse un pequeño golpe, con el puño derecho, sobre el pecho izquierdo cuando se conocía a alguien. Si se era zurdo el saludo era al contrario. Nunca se volvía a hacer si no se le admiraba o consideraba alguien digno de recibirlo. Generalmente un simple movimiento de cabeza era suficiente.

LibrosEnRed

En cuanto uno de los niños avistó un nuevo transporte, todos lo observamos en silencio hasta que se detuvo y un niño enorme, que nos sacaba a todos más de una cabeza, algo sucio (muy poco habitual) y con ropa no estándar, bajó de él. Venía de las viejas montañas del Este, del sector de los ermitaños, gente que no solía trabajar o estudiar, si el Consejo no les obligaba por ley. Eran un grupo minoritario en clara recesión, de ideas caducas y desfasadas, sin ningún sentido o finalidad. Vivían con el mínimo, ya que se negaban a esforzarse en algo. Por aquel entonces sólo quedaban unas treinta familias y casi todos los jóvenes ya se habían ido. Las ventajas y estímulos de la sociedad, eran un rival irresistible ante las ideas de los últimos y caducos ermitaños. Era la única zona donde podía producirse un robo aunque no era habitual. La normativa era muy estricta al respecto y los ermitaños sabían que, si cruzaban la delgada frontera de la idea "vivo como quiero" a "tomo lo que quiero", serían dispersados y sus hijos tutelados por el Gran Consejo.

Cruzar dos palabras con Trash y hacerse inseparables fue todo uno. Desde ese día iban juntos a todas partes o más bien Tógar de Gork y Leri seguía a Trash a donde fuera.

Durante las siguientes interminables horas, fueron llegando transportes hasta sumar la cifra de veintiocho, tal y como había predicho Urgan.

Tan sólo un rato después, llegó el Maestro en otro distinto al que había visto en mi casa. Bajó, nos miró a todos atentamente, hizo un gesto a Trash y Urgan para que se aproximaran, y habló con esa voz fuerte y poderosa que a todos nos conmovía e impresionaba.

–No quiero que vuelvan a ocurrir situaciones, ni desafíos, como los de antes, ¿entendido? ¿Entendido Trash y Urgan? Ya tendréis tiempo de pelear... hasta que os hartéis. Sois aliados no enemigos.

–¿Cómo sabéis lo de...? –le pregunté sorprendido.

Me miró sonriente.

–Nos ha estado espiando desde algún escondite –dijo Tógar secamente.

–No tengo que esconderme. Tengo esto –dijo mostrándonos su brazo izquierdo. Desde casi el codo hasta la muñeca, una placa de metal negro, lo envolvía totalmente, con un teclado en la parte interior.

Rápidamente nos apelotonamos a su alrededor para poder observarlo. Él, en respuesta, elevó un poco el brazo girándolo lentamente para que pudiéramos observarlo mejor.

–Supongo que os preguntaréis qué es esto que llevo en el brazo y para qué sirve.

LibrosEnRed

–Sí, sí, sí… –respondimos casi todos al unísono.

–Es un ordenador que está conectado con el Traje, un ordenador de brazo, también llamado O.B. Tiene multitud de funciones, desde proporcionarte un pequeño escudo circular de energía, para defenderse de un ataque cuerpo a cuerpo, hasta comunicarte con otro Guardián o simplemente información de los bancos centrales de Dama, por poner unos pocos ejemplos –dijo sonriendo al ver cómo nos apretujábamos para observarlo mejor–. No os empujéis, mañana todos llevaréis uno como este en el brazo.

–Yo soy zurdo –dijo cabizbajo un niño de nariz aguileña.

–Para mí nunca han sido un problema los zurdos, a no ser al combatir, ya que pueden pillarte desprevenido. ¿Cuál es tu nombre? –le preguntó en un tono suave y cariñoso.

–Morko de Detrory y Corel. Tengo nueve años.

–El ordenador te lo pondrás en el otro brazo.

–¿Y si hay algún chico ambidiestro? –le pregunté.

–Buena pregunta. Si lo es, se lo pondrá en el brazo que quiera.

–Pero, quizás tenga un brazo más hábil que el otro y no lo sepa, ¿no?

–¡Dos razonamientos y del mismo chico! ¿Qué pasa? ¿Los demás no pensáis por vosotros mismos? Tienes razón, llegado el caso tendré que ser yo quien elija el brazo en el que deba instalárselo. Ya veo que me vas a causar muchos quebraderos de cabeza para poder responder correctamente, a todas tus preguntas. Espero que todos sigáis su ejemplo –dijo mirándome con complicidad, estallando casi a la vez en unas fuertes y sonoras carcajadas consiguiendo que, al poco, todos nos contagiáramos.

La risa fue cediendo a medida que fuimos viendo que una nave, que no era de las nuestras, se aproximaba hasta finalmente aterrizar delante de nosotros. Procedía de la Gran Dama. Era enorme. Como más tarde supimos, era una nave de transporte de tropas con capacidad para más de seiscientos hombres. Se solía utilizar para desembarcos en planetas hostiles. Por ello, su blindaje, era tres veces más grueso de lo que sería necesario para una nave como esa, como por ejemplo, una de transporte de minerales.

En cuanto se posó, todos corrimos para tocarla. El Maestro sonriente se reunió con nosotros y nos conminó a acompañarle, hasta la mitad de la nave. Estábamos inquietos y expectantes. Sin dejar de sonreír, apoyó la palma de su mano derecha sobre el negro y pulido metal. Al instante, apareció un extraño panel con forma heptagonal que contenía cuarenta y nueve teclas lisas que casi no se distinguían entre ellas. Con un rápido movimiento pulsó

LibrosEnRed

una serie de teclas. Fue tan rápido que ninguno fuimos capaces de memorizar cuáles o cuántas había pulsado. Esperamos ansiosos y no ocurrió nada. El Maestro nos miraba divertido.

–Está rota –dijo Trash maliciosamente.

–No, no está rota. Estaba protegida, de forma que nadie pudiera acceder a ella. La acabo de desproteger para que cualquiera que tenga un Traje como el mío pueda usarla –dijo accionando algo en su O.B.

Sin ruido apreciable, una puerta empezó a abrirse, junto al teclado, desapareciendo dentro del costado de la nave. Era como si se absorbiera dentro de ella. Cuando se detuvo, nos lanzamos en tromba a su interior, en cuanto el Maestro asintió con la cabeza, casi le tiramos con nuestro ímpetu. El interior de la nave, para mi decepción, era bastante simple, tres hileras dobles de asientos, de espalda contra espalda, de unos cien asientos, lo que hacía una capacidad aproximada de seiscientos pasajeros. En proa, dos asientos, uno para el piloto y otro para el copiloto, delante de ellos, unos extraños mandos para su manejo y comunicación con la Gran Dama y, en la parte interior del casco, a unos dos metros, una gran pantalla holográfica que permanecía en un suave color azul–violeta.

A ambos lados, y mirando a las paredes, había otra serie de asientos dispersos que, como más adelante nos informó el Maestro, los utilizaban los artilleros y/o jefe de comunicaciones y/o reparaciones y/o controladores de escudos. A la altura de las manos había una serie de paneles y a la de sus cabezas otro grupo de pantallas holográficas que también permanecían en esa extraña mezcla de colores.

El Maestro nos pidió que nos sentáramos en los primeros asientos de las hileras y que le observáramos, cosa que tuvimos que hacer girando la cabeza noventa grados. Se sentó en el asiento de la izquierda y, en el acto, la pantalla cambió de color, formándose una imagen, que permaneció borrosa hasta que habló el Maestro.

–Hola Tankai, muéstrate por favor.

El rostro de un hombre joven y sonriente apareció ante nosotros y no sólo en la pantalla principal, sino también en todas las laterales. Y sin indicación alguna habló;

–Hola niños. ¿Estáis cómodos? ¿Tenéis frío? O tal vez...

–Están bien –le cortó el Maestro–. Comunica a la Gran Dama que nos dirigimos hacia ella y que aterrizaremos en el puerto uno, en el acceso lateral más próximo a la esclusa de atraque principal y que selle la zona en cuanto lo hagamos. Los niños no llevan Traje.

LibrosEnRed

–Como ordenes Zerk. ¿Algo más?

–Sí, muestra a través de todas las pantallas el exterior, en visión normal.

Sin aviso o transición alguna, las pantallas se convirtieron, en apariencia, en aberturas por las que veíamos el exterior. El espaciopuerto se observaba con absoluta nitidez, como si miráramos a través de una ventana abierta. En ese preciso momento sufrieron una aguda sensación de desequilibrio, el exterior se movía. El suelo y casi enseguida el espaciopuerto, junto a toda Pangea Capital se iban empequeñeciendo, en cambio nosotros no notábamos movimiento. Ninguno mirábamos ya al Maestro sino a las pantallas laterales.

–No. No se nota el movimiento –dijo como si leyera nuestros pensamientos–, el escudo evita ese problema. Creo que será más interesante si miráis mi pantalla.

Al principio fue sólo un punto pero, poco a poco, fue creciendo hasta invadirlo todo. La Gran Dama era enorme, mucho más de lo que me había parecido en directo, mucho más que la proporción que me había hecho el cubotrí, era simplemente... gigantesca. Tenía forma ovalada, como si dos platos hondos se hubieran juntado pero con una separación ancha sellada, y fue allí a donde nos dirigimos. No se veían aberturas. Cuando estábamos a punto de llegar y parecía que nos estrellaríamos, se abrió una descomunal compuerta que nos permitió entrar. El espaciopuerto uno era enorme, con capacidad para un par de cientos de naves como esa, que como era natural, estaban atracadas por el suelo, paredes y techo, provocando un choque con la realidad. Al cabo de un par de minutos, sufrimos tal desorientación, que no nos permitía distinguir qué era arriba o qué abajo, a no ser por nuestras propias posiciones. El Maestro pilotaba, con absoluta soltura, por entre las innumerables naves como ésta, que se hallaban, estática o más bien, suspendidas en el aire (espacio), perfectamente alineadas. Más adelante nos informó que en ese espaciopuerto sólo se almacenaban naves como Tankai y que tenía una capacidad para dos mil, aunque sólo había en ese momento mil quinientas. Cuando llegamos al fondo, el Maestro nos posó sin dificultad, notándose sólo un breve movimiento cuando tocamos suelo. Nos informó que era debido a la captación electromagnética de Dama para que la nave quedara fijada y no se moviera bajo ninguna circunstancia. Si una nave de este tamaño se desplazara libremente por el hangar, podría causar grandes estragos en las naves colindantes. Los campos electromagnéticos se encargaban de mantener en su posición a las que permanecían estáticas en medio del hangar.

–Tankai, desconexión –le ordenó el Maestro.

LibrosEnRed

La plancha metálica sobre la que descansaba la nave comenzó a hundirse.

–Tranquilos. Cuando tengáis un Traje como el mío entraréis por las puertas de acceso al hangar.

–¿Por qué no ahora? –preguntó Urgan.

–En los espaciopuertos no hay atmósfera. Os asfixiaríais y estallaríais por la falta de presión.

–Pero hay una compuerta que se abre y se cierra. ¿No sería posible llenar el puerto con aire? –pregunté.

–Sí, Prance. Pero supondría un gasto de energía y de tiempo bastante grande. Pero la razón principal es que, al no haber atmósfera, en el hipotético caso de que una nave llegara dañada y estallara, no habría posibilidad de incendio. Preservando las demás naves.

–No estoy de acuerdo. Al no haber aire, los fragmentos de nave recorrerían todo el hangar hasta chocar con algo, dañando muchas más naves, incluso provocando el estallido de otras, formando una reacción en cadena –dijo Trash cruzando los brazos sobre el pecho.

–Bien pensado. Por eso están los campos. Los fragmentos no llegarían a ninguna nave próxima o lo harían con muy poca fuerza, por que los campos electromagnéticos de Dama atraparían todos los pedazos. No os podéis imaginar que potencia tienen.

–¿Y lo que no fuera de metal? –pregunté algo angustiado.

–No hay nada en estas naves que no sea de metal... si nos excluimos, claro. Además me temo que nuestros cuerpos no podrían dañarlas mucho, ¿verdad? –preguntó sonriendo.

Una vez aislados, una plancha surgió de uno de los laterales, sellando el hueco dejado, la compuerta por la que entramos se abrió apareciendo ante nosotros un largo pasillo. Las compuertas se abrían y cerraban a nuestro paso. A las dos horas nos detuvimos por primera vez. Varios de los más pequeños estaban francamente agotados. Nos paramos frente a una hilera de puertas que se perdía en la lejanía del pasillo. Parecía no tener fin.

–Quiero que penséis tridimensionalmente. Este pasillo tiene una largura de dos kilómetros. Y tiene una anchura de veinticinco metros –dijo pulsando una tecla del panel de una de las puertas–. Esto es un cubículo de descanso.

Fuimos mirando por turnos y observamos con decepción que estaba vacío. De tres por tres metros de base, por tres de alto.

LibrosEnRed

–Para descansar, un Guardián entra y, al cerrarse la puerta, el sistema de gravitación se desconecta haciéndolo flotar, o sea, gravedad cero. Y el Guardián, si lo desea, puede dormir. Las paredes, así como el suelo y techo, le repelerán suavemente manteniéndolo en el centro. Sobre este pasillo hay otros con cubículos, hasta una altura de un kilómetro y hacia abajo también, lo mismo que hacia la derecha e izquierda. Conclusión; ocho kilómetros cúbicos de dormitorios. Existen diez lugares como este repartidos por Dama. Aproximadamente dormitorios para millón y medio de guardianes.

–¿Tantos podemos ser? –preguntó Yanyn de Debck e Iramaget.

–Bastantes más. Un Guardián novato duerme un día de cada siete.

–¿Usted cada cuánto duerme? –preguntó Katrina.

–Un día cada cinco semanas. Pero ya tendremos tiempo de hablar de todas esas cosas. Ahora lo más importante...

–¡Comer! –espetó Tógar.

–Aquí no hay comida. Podemos producirla pero raramente se hace –dijo para nuestra más absoluta sorpresa.

–Pero... –comenzó un chico.

–Más tarde. ¡Seguidme! –ordenó autoritariamente.

Le seguimos durante dos horas más, subiendo de vez en cuando, una planta, mediante unos huecos en los que no había gravedad. Una vez dentro, si ponías los brazos junto al cuerpo, subías y si los cruzabas sobre el pecho, bajabas. Los huecos parecían no tener fin, sólo ascendíamos uno o dos pisos, salíamos y seguíamos el avance por el nuevo pasillo hasta que nos topábamos con otro hueco. Llegó un momento que los pequeños no podían seguir y dado que nadie hacía nada, tomé la decisión de hablar con el Maestro. Aceleré el paso y me puse a su altura.

–Maestro.

–Dime, Prance.

–Hemos de parar.

–¿Por qué?

–Los pequeños no pueden más.

–Que sigan. Esto no es un juego –dijo Trash.

–No, no lo es –dije deteniéndome–. Acabaremos perdiendo a alguno. ¡Hay que hacer un alto! –dije en voz alta.

LibrosEnRed

–Sí, por favor –dijo una niña de espesas cejas. Varios de los pequeños se sentaron en el suelo.

–Hay que seguir –dijo Tógar con dureza–. Esto no es una guardería.

–Seguid. Yo me quedo con los que no puedan más. Cuando descansen, os seguiremos –le respondí tozudamente sin tener ni idea de cómo lo haríamos.

Mientras, Trash miraba con los brazos cruzados sobre el pecho, al Maestro.

–Prance tiene razón. He olvidado que sois niños. Tomaremos un atajo. Pero hemos de caminar medio kilómetro más –dijo el Maestro poniéndose en marcha. Tuve la absoluta certeza de que estaba esperando que alguien se quejara o tomara la decisión de hablar. La caminata era una prueba más.

Cuando nos detuvimos de nuevo, fue ante una extraña puerta con símbolos incomprensibles. Tecleó una serie de complejas órdenes en su ordenador y se abrió, entrando con decisión, seguido por todos nosotros. Era una pequeña sala de unos cincuenta metros cuadrados.

–Es la primera y probablemente la última vez que utilizaréis este acceso para ascender plantas en la Gran Dama. Este sistema nos llevará directamente a nuestro destino.

Salimos a otro pasillo que parecía idéntico a los otros pero a la vez distinto. Algo lo envolvía. Era un poder, una energía, era... vida. Todos lo notamos y, al salir, la sensación se intensificó haciéndonos olvidar el hambre, la sed o cualquier otra necesidad biológica. El Maestro se detuvo en la pared que daba a las puertas. El poder provenía de ella. Apoyó la palma de la mano y, al igual que en la nave, un panel con cuarenta y nueve teclas quedó al descubierto. Tecleó una serie de ellas y una pequeña puerta se abrió deslizándose o fusionándose en la pared. Tras el Maestro entramos uno a uno silenciosos, sobrecogidos. Nos detuvimos en la entrada, en la cual había trazado un semicírculo verde, en el que justo entrábamos. Casi no se podía distinguir el fondo de la sala, era enorme, tenía un tamaño de entre dos y tres kilómetros cúbicos. Las paredes, el suelo, el techo, en estrechas hileras separadas por dos metros y que iban desde un metro del suelo, hasta lo mismo del techo, estaban cubiertas por Jades. Había millones de ellos.

–Estos Jades en realidad son trajes, como el que llevo. Todos iguales pero todos distintos, según su portador. El Traje, en origen, es igual para todos pero según su portador, su fuerza y poder va aumentando, su capacidad de armamento, si se desea, también. Ahora dejad de mirarlos embelesados, entrad y elegid uno.

LibrosEnRed

En cuanto salimos del medio círculo, la gravedad desapareció y todos empezamos a flotar por la vasta sala. En pocos minutos estábamos totalmente desperdigados utilizando como apoyo las estanterías, ya que descubrimos que, cada pocos metros, sufrían un corte para poder desplazarse entre las hileras, que iban de un lado a otro de la sala. Tras dar varias vueltas perdí la perspectiva de mi posición, en parte por la similitud de todas las estanterías, en parte por el intenso verdor de los Jades. Tras deambular un poco, lo tuve claro, todo lo bueno se hace esperar, así que me armé de paciencia y me dirigí, con mucho esfuerzo, hacia el fondo. Para avanzar sólo utilizaba los brazos, ya que al usar las piernas para impulsarme, dos de cada tres veces, lo único que conseguía era estrellarme contra los Jades. Cuando conseguí llegar hasta la pared del fondo, los brazos me dolían horriblemente. Me detuve más o menos en el centro pero todos lo Jades a mi alcance parecían iguales. Si el Maestro quería que eligiéramos, sería por algo. Así que empecé a desplazarme a lo largo de la pared hasta que, como si recibiera una voz en mi oído que me inspirara, decidí ascender hasta el techo. Fue entonces cuando lo vi, en la última fila, verde, brillante... distinto... yo. En cuanto lo toqué, noté su fuerza, su poder. Lo deposité con cuidado sobre la palma de la mano. Medía unos cuatro centímetros de largo por uno de ancho. Las caras de los extremos tenían forma de heptágono, lo que implicaba que hubiera siete caras largas. Era suave, liso, cálido... poderoso.

Sin casi apartar la vista de él, regresé lentamente hacia el Maestro. Cuando entró en mi campo de visión, me percaté que varios de mis compañeros pululaban todavía por la zona sin decidirse. Levanté la vista y mi mirada se cruzó con la de Zerk que, con una sonrisa, me observaba. Me había estado observando todo el rato, no sabía cómo pero tuve la certeza de que sólo le interesaba mi elección. En cuanto crucé la línea verde, la gravedad volvió con toda su crudeza, haciéndome perder el equilibrio.

–Te acostumbrarás –dijo el Maestro escuetamente.

Poco a poco mis compañeros fueron llegando, siendo el último, un chico llamado Sagalu de Art y Fenuta que tardó una hora más que el último de nosotros. Sin tregua, el Maestro nos llevó a una sala cercana, en apariencia tan grande como la otra. Estaba totalmente vacía y con gravedad. Tras avanzar medio centenar de metros nos detuvimos.

–Ya habéis hecho vuestra elección. Formad una fila mirando hacia mí. Coged vuestro Jade y ponedlo entre las manos, cada extremo sujeto por cada palma.

Obedecimos y de inmediato el Jade se iluminó llamándonos...

LibrosEnRed

–Paso final, apretad ambos extremos con las palmas...

Lo que ocurrió a continuación sólo lo puede entender otro Guardián, el proceso es indescriptible. Sabemos que no duró ni un segundo pero para nosotros duró horas. Vimos como el Jade se instalaba en nuestro ser, reestructurando nuestra constitución, perfeccionándola, modificándola célula a célula... haciéndonos inmortales. Nos miramos estupefactos, llevábamos un Traje como el del Maestro. Era de una sola pieza que nos cubría del cuello para abajo, morado oscuro, casi negro. En la cintura, a la altura de las caderas, a un lado, una pistola láser y al otro, una espada de energía láser. En la espalda, sobresaliendo ligeramente sobre los hombros, otras dos espadas láser que si se unían por la parte trasera de los mangos se convertían en un sólido arco. Si se colocaba una flecha de las del carcaj, que estaba también en la espalda entre ambas espadas, una extraña fuerza a modo de cuerda invisible la propulsaba a gran distancia y con una fuerza brutal. Llevábamos pocas, siete tan sólo, eso si las comparábamos con las del maestro que llegaban a las cincuenta. ¿Qué utilidad podrían tener unas flechas contra una pistola láser?

–Tocaos la frente –dijo interrumpiendo nuestro examen.

Todos lo hicimos instintivamente. No notamos nada pero cada uno vio en los otros que, en su frente, de sien a sien, surgía el Traje en forma de una banda de dos dedos de grosor, oscureciéndola en disminución hacia las sienes. En el medio un símbolo "7", color verde oscuro e intenso, nunca había visto un verde así. Al mirar al Maestro, nos dimos cuenta por primera vez que el también lo llevaba pero su símbolo era distinto, tridimensional, como si flotara dentro de su frente, además lo envolvía un heptaedro del mismo color que a veces lo dejaba ver y otras no. Cuanto más te esforzabas por observarlo menos lo veías.

–El símbolo de vuestra frente irá evolucionado al igual que vuestro Jade, según pase el tiempo, vuestro poder, resistencia y armamento irá en aumento. Cuando muráis, si es que os llega el momento, vuestro cuerpo se desintegrará convirtiéndose en polvo y luego en átomos quedando vuestro Jade, armamento adicional y, dado el caso, las armas que no estuvieran en ese momento en contacto con vosotros. La desintegración es automática al cabo de cuarenta y ocho horas a no ser que se anule o acelere mediante el ordenador que todos lleváis en el brazo, O.B.

–¿De dónde salen los Jades? –pregunté sorprendiendo al propio Zerk que me miró con cariño.

–De los propios guardianes. Como podéis observar, debajo de vuestros hombros, sobre los antebrazos, tenéis ocho toberas. Cuatro a cada lado.

LibrosEnRed

Siete de ellas recogen y almacenan los siete metales necesarios para el M7[8], ya se hayan absorbido al respirar, comer, contacto físico o simplemente por introducción directa. Una vez llenos, el ordenador os avisa y se procede a su expulsión, su forma y tamaño es idéntico al de un Jade.

–¿Y la octava? –preguntó Katrina impaciente.

–La octava tobera produce los Jades...

ARCHIVO PARTICULAR DE PRANCE DE SER Y CEL
GRAN DAMA.
SALA DEL ÚLTIMO VIAJE.

Más tranquilo llevé al resto a la sala del último viaje, por lo menos ellos tuvieron una despedida como se merecían. Les miraba y no podía creerlo. Ya había introducido las claves en sus ordenadores y los había centralizado en el mío. Estaba tan aturdido... Pulsé la orden y se desintegraron tal y como nos describió el Maestro el primer día. Tras unos segundos recogí los Jades y los deposité junto a todo el armamento que había retirado de los trajes, sus espadas, pistolas...

–¡Dama! ¿Me oyes? ¡Dama! –volví a gritar. Era inútil. No había comunicación posible.

Salí del recinto y me dirigí hacia la sala de control y mando de la Gran Dama. Los sentimientos se me agolpaban en la garganta. Tenía que pensar. En sus aposentos, a parte del Maestro había dieciséis cuerpos... el de Katrina en la puerta, diecisiete... los cuatro de los cubículos de descanso, veintiuno... ¿Eran seis los traidores? ¿Tal vez todavía no había encontrado sus cuerpos? ¿Él, o los asesinos continuaban en la Gran Dama? ¿Quiénes eran? ¿Qué clase de poder tenían? No había marcas de armas de gran potencia, ni de ninguna otra que no fueran espadas o pistolas láser... ¿Cómo habían derrotado al Maestro? ¡Y con dieciséis de nosotros!

Con precaución y deteniéndome en cada corredor para escuchar, llegué a las dobles puertas de la sala de control. Agarré la pistola con fuerza y activé el escudo en su máximo tamaño, me cubría medio cuerpo. Me recosté en la pared del corredor principal y me preparé.

–Puertas. Apertura.

[8] M7: Aleación secreta de siete metales; oro, plata, titanio, mercurio, hierro, plomo y estaño en proporciones geométricas. Dependiendo de la proporción se consiguen distintas aleaciones dándose distintas utilidades. A más exactitud de la proporción, más calidad.

LibrosEnRed

–Petición de apertura aceptada –respondió la computadora de las puertas.

Las puertas se abrieron, dando paso al silencio. Con prudencia me acerqué hasta el borde de la entrada, con un rápido movimiento de cabeza eché una ojeada al interior de la vasta sala. Había alguien. Me daba la espalda. Entré apuntándole a la cabeza. No se movía. Según el escáner de mi ordenador estaba muerto. No había nadie más. Ordené a las puertas que se cerraran y que no se abrieran bajo ningún concepto, a no ser que yo les indicara lo contrario. La sala tenía el tamaño de cuatro estadios de fútbol. El cuerpo estaba en el centro, en el puesto de mando. Una flecha atravesaba el respaldo del asiento. Me acerqué con tristeza. Cuando llegué junto al cuerpo le miré el rostro, era Urgan. Un tiro certero, le había atravesado el corazón. Había muerto en el acto, no se había dado cuenta de nada, no cabía duda de que conocía y confiaba en el Guardián que estaba a su espalda. Con él, la cifra ascendía a veintidós.

Tras un breve examen, comprobé que era desde allí donde habían dado todas las órdenes de desconexión de las comunicaciones. Dama estaba totalmente incomunicada. He ahí la razón por la que no respondía a mis llamadas. Tampoco había conseguido comunicarme con ella a través de cualquiera de los sistemas anexos. Una desconexión como esa debía planearse durante años. Tardaría meses en reconectarlo todo de nuevo. No disponía de tanto tiempo. Fue como si Zerk me susurrara al oído, una idea se formó en mi mente.

–¡Dama! ¡Sé que me oyes! Activa todos los sistemas –le ordené.

Silencio.

–Activa las comunicaciones.

Silencio.

–¡Dama! Sé que sabes que el Maestro me nombró Capitán de los Guardianes. Con el Maestro muerto yo soy el que manda en esta nave ¡Activa todas las comunicaciones! ¡YA!

–Comunicaciones activadas –me respondió.

–¿Dónde están el resto de mis compañeros? –le pregunté esperanzado.

–No lo sé.

–¿Puedes localizar sus cuerpos?

–No.

–Hay vida en la nave.

LibrosEnRed

–¿Qué tipo de vida?

–Humana, inteligente...

–Aparte de usted, mis sistemas y yo... no.

–¿Vida hostil?

–No.

–Si no están aquí, ¿por dónde han salido?

–No lo sé.

–Eso es imposible.

–No lo es, si se desconectan los sistemas correspondientes.

–¿Qué sistemas han sido desactivados desde la muerte del Maestro?

–Imagen y sonido, sistemas de control y vigilancia del espaciopuerto tres.

–¿Faltan naves?

–Sí. Cinco pequeños cruceros estándar de transporte de tropas.

–¿En qué dirección han partido?

–Los sistemas exteriores cercanos de ese espaciopuerto estaban desconectados.

–¿Cuándo lo hicieron?

–Antes de partir.

–¿Y los interiores? ¿Los del espaciopuerto?

–Desconectadas en progresión.

–¿En progresión?

–Hay varias áreas de atraque con sistemas independientes. No se pueden desconectar a la vez.

–Si no te he entendido mal para desconectar unas, hay que conectar otras.

–Sí. La seguridad del espaciopuerto tiene prioridad. Una orden de desconexión total sólo puede darla... usted Capitán.

–En su defecto debería darla el Maestro.

–Sí.

–¿Podrías revisar las grabaciones que tuvieron que mantener activadas?

–Sí. ¿Qué quiere ver?

LibrosEnRed

–Reflejos. En las cubiertas de las otras naves tienen que haberse reflejado sus despegues. Calculando el ángulo de reflexión y la posición de la nave podremos calcular su trayectoria.

–Hasta el exterior sí.

–Aunque desconectaran los sistemas del exterior del espaciopuerto, los sistemas del resto de la nave tienen que haberlos registrado.

–Hay otros sectores exteriores desconectados. Pero seguro que activaron los sistemas antidetección y/o rastreo.

–Mejor. No se molestarían en cambiar de rumbo para despistar. Utiliza el mismo método que dentro del espaciopuerto.

–Sí, Capitán Prance. Tardaré unos minutos en chequear y, dado el caso, hacer los cálculos.

–Bien.

La caza había comenzado. Nada me detendría. Nada. No tenía duda alguna de quién era el jefe, Trash. Tógar, según las grabaciones de vigilancia de la sala central había sido quién mató a Urgan. Sagalu acabó con Katrina que vigilaba los aposentos del Maestro, había un intento de borrar las pruebas dado que las dos horas siguientes estaban desconectadas. Yamazu había asesinado a mis compañeros de los cubículos de descanso y Chabaro había preparado las naves en las que huyeron. Tenían preparadas nueve, así que cuatro de los cuerpos de los aposentos del Maestro eran sucios traidores. No pude descubrir quiénes, no encontré sistemas que contuvieran esa información. ¡Todas esas desconexiones! Era imposible que Trash... simplemente, no era posible. Aunque lo que más me enfurecía era ignorar cómo habían podido acabar con Zerk y el resto de compañeros. Nueve contra doce y el Maestro. ¡Imposible! ¿Cómo les derrotaron? ¿Cómo?

La noticia dejó estupefacta a la población de Pangea. Nunca había visto a mi pueblo tan furioso. Miles de voluntarios se presentaron en las casas de reunión para ofrecerse en la captura de los traidores. No podía permitirlo, no estaban preparados, no entendían nuestra capacidad...

Me reuní con el Gran Consejo y les solicité que hicieran una preselección y unas posteriores pruebas a todos los Warlooks menores de cincuenta años. La lista con los mejores debía estar acabada en un año. Durante ese tiempo me dedicaría a perseguir y dar caza a los cinco traidores.

Trash había hecho bien sus deberes. Los cálculos habían sido perfectos con una salvedad, al desconectar tantos sistemas exteriores, una de las compu-

LibrosEnRed

tadoras de seguridad actuó por cuenta propia y destacó, fuera del casco de Dama, una pequeña nave automática de observación, de forma que pudiera obtener datos de algún peligro que proviniera del exterior. Esa pequeña nave informativa sólo se cruzó en el camino de una nave, la de Chabaro. Dama trazó su trayectoria sin dificultad. Su destino era un sistema llamado Khurghan. Cogí la nave del Maestro, que no se diferenciaba exteriormente en nada a otras del mismo modelo. La ventaja consistía en que era más rápida que las que robaron los traidores. Si la ponía a plena potencia, llegaría una semana antes que Chabaro. Ese sistema solar se componía de dieciocho planetas, once de los cuales estaban habitados y otros dos en vías de serlo. Además, desde hacía poco, comerciaban con otro sistema solar que estaba a pocos días luz. Elegí el tercer planeta como base mientras le esperaba, me resultaría sencillo localizarle en cuanto frenara en la llegada al sistema.

Tuve que esperar seis días para comprobar que su destino, era el quinto planeta, de nombre Kork. Lo hallé en la tercera taberna de mala muerte que visité. Al abrir la puerta, una nube de humo me envolvió. Entré con decisión en el maloliente recinto, deteniéndome en la entrada. Era una estancia amplia y muy sucia. La porquería se acumulaba por todas las esquinas, con extraños y pequeños animales que correteaban de aquí para allá, entre los clientes. Había dos barras a ambos lados, donde servían bebidas que embotaban la mente. El lugar estaba lleno de mesas tan sucias, que se podía adivinar qué habían comido los treinta clientes anteriores. A la derecha, en la esquina del fondo, estaba Chabaro hablando con tres individuos con bastante mala pinta, mercenarios sin duda alguna. A su izquierda, un grupo de borrachos gritones y dos mesas más allá, un hombre de pelo rubio, casi blanco. Me miraba fijamente. Tenía ojos de guerrero. Tendría que vigilar mi espalda cuando me acercara. El resto estaba demasiado lejos o demasiado borrachos como para prestarles atención.

Bajé los tres peldaños sin dejar de mirarle, al avanzar dos pasos en el recinto, me vio. Se quedó petrificado, más que si hubiera visto entrar al Maestro. En cuanto seguí avanzando envió a los tres mercenarios contra mí. En el acto activaron sus espadas láser y empezaron a rodearme. El local pareció vaciarse, todo el mundo se alejó. El de la derecha, con un empujón salvaje apartó las mesas que nos separaban y le molestaban para el combate. Me iban a atacar todos a la vez. No me importó, estaba preparado. El de enfrente, permaneció mirándome fijamente para calcular cualquier posible movimiento por mi parte. El tercero, se interpuso entre el hombre de pelo rubio y yo. En el momento que se disponían a atacarme, el mercenario de la izquierda que iba a lanzarse contra mí, cayó muerto con una daga láser clavada en la espalda.

LibrosEnRed

–Ahora, la pelea será más nivelada –dijo el hombre del pelo rubio.

–Gracias amigo –le respondí.

–Luego nos encargaremos de ti, perro sarnoso –dijo el hombre de mi derecha lanzándose con una furia inusitada.

Aunque su ataque fue salvaje, no disponía ni de la habilidad ni de la técnica para alcanzarme. Con una simple cinta le esquivé y mientras lo hacía, inserté mi espada en su pecho, dejándolo muerto en el acto. A la vez que extraía mi arma, el que estaba enfrente se abalanzó atacándome, buscando el ángulo muerto que le presentaba al rechazar a su compañero. Le estaba ofreciendo todo mi costado derecho como blanco. Me estaba confiando demasiado.

Intentó acabar conmigo de un solo golpe, teniendo así que levantar la espada para poder descargar toda su furia. Las décimas de segundo que tardó en preparar la estocada, fue tiempo suficiente para desenfundar mi pistola láser, con mi mano izquierda, y abrir fuego produciéndole un "hermoso" boquete en su pecho. Con los ojos vidriosos se desplomó como un saco de patatas. Un olor a carne chamuscada inundó mis fosas nasales.

Con los tres lacayos muertos, Chabaro optó por levantarse de su banqueta.

–Siempre has sido muy bueno Prance –dijo lentamente.

–Prepárate a morir, traidor –le espeté entre dientes, la ira me ahogaba.

–Perdonen que vuelva a intervenir, mi nombre es Yárrem, mi joven amigo. Si me lo permite, le diré que el "traidor" le hará trizas si no controla su ira. La lucha se ha de hacer con la cabeza, no con el corazón.

–Gracias –le dije apretando los dientes. Tenía razón, debía controlarme o me vencería, Chabaro era muy bueno.

–Cuando acabe con este cretino, voy a darte una muerte muy lenta –le dijo a Yárrem.

–Aquí me tendréis, aunque tengo confianza en mi joven amigo y no creo que tenga oportunidad de probar.

Las ofensivas y desafiantes palabras de Yárrem enfurecieron a Chabaro, que con un grito se abalanzó contra mí, con un doble movimiento de espada con cinta cruzada, mientras que yo permanecía estático esperándole. Su ataque fue lento e iracundo, produciendo en su defensa una abertura por la cual pude hacerle un corte, en el costado izquierdo. El olor a carne quemada volvió a llenar el ambiente.

LibrosEnRed

–Lo que yo decía, no voy a tener oportunidad de pelearme con el "traidor" –volvió a intervenir Yárrem. Estaba enfureciéndolo aposta.

La cara de Chabaro se puso roja por la ira, su labio inferior temblaba de rabia.

–¡Me has herido! ¡Te voy a matar, hijo de babosa! –gritó.

Sus insultos llegaban tarde, me había serenado gracias a Yárrem. Debía permanecer tranquilo y a la vez enfurecerle más.

–Aquí estoy esperándote, esclavo de Trash.

–¡Yo no soy esclavo de nadie! –gritó iracundo.

–Eso no es lo que me ha dicho Yamazu...

–No es posible. No has podido ir a Trighan y haberme encontrado tan pronto –me respondió estupefacto mientras se sujetaba la herida con la otra mano. Debía dolerle muchísimo.

–No, no es posible –le respondí con sorna.

Al percatarse de mi engaño y que le había sonsacado el destino de Yamazu, se abalanzó descargando sobre mi espada un terrible golpe, que nos hizo perder el equilibrio. Por el rabillo del ojo vi como mi extraño aliado se llevaba la mano a la pistola, que colgaba de su cinto.

La herida que le había producido a Chabaro, le hizo lento a la hora de recuperar el equilibrio, lo que me dio la oportunidad de girar y cortarle, de un solo tajo, la cabeza. Vaporicé su cuerpo cogiendo sus armas y su Jade. Todos miraron asombrados la desaparición del cadáver.

–Buena jugada chico.

–Mi nombre es Prance de Ser y Cel, Capitán de los Guardianes del Bien.

–Bien, "Capitán", si me admites otro consejo más, yo que tú saldría de aquí a toda prisa, si no quieres que la ley de este planeta te detenga.

–¿Ley? ¿Quiénes son? ¿De qué lado están?

–¿Pero de dónde sales tú? ¿De qué lado....? ¡Del dinero, naturalmente! Sígueme...

Me llevó a una casucha, carente de todo lujo, que por lo visto era el lugar donde vivía. Allí le relaté todo lo ocurrido desde que vi, por primera vez, la Gran Dama. Cuando terminé mi relato, su alegre rostro, se había vuelto serio y sombrío. También el trato de respeto cambió, ya no era un "chico", era un hombre.

LibrosEnRed

–Le voy a ser sincero Capitán Prance. Cuando le he pedido que me contara su historia, esperaba escuchar el típico relato de rencillas entre alumnos de sectas. Pero lo que acaba de relatarme es mucho más grave de lo que jamás pudiera haber creído. Me temo que se cierne un grave peligro sobre todos estos sistemas solares. Si son tan poderosos como usted dice y dado que ya hemos visto que parece que se dedican a reclutar mercenarios, creo que su intención es formar una flota pirata y atracar con sus cinco...

–Cuatro.

–Atacar y robar con sus cuatro naves cualquier crucero de transporte. Nadie podría alcanzarles, si es cierto que sus naves son tan rápidas como dice.

–¿Con qué fin?

–¿Con qué fin? ¡Dinero!

–¿Para qué?

–¿Pero qué clase de pregunta es esa?

–¿Para qué quiere un Guardián dinero, riquezas o joyas? –pregunté mirando alrededor algo azorado.

–Para comprar algo o... Lo robaría. Tal vez para... No, eso no –dijo pensativo.

–Exacto. Un Guardián es inmortal, el dinero no significa nada.

–¿Entonces? –preguntó contrariado.

–Poder. Creo que pretender formar un ejército para dominar y someter a todas las razas.

–Y yo que creía que la cosa estaba mal. Me temo que voy a tener que ayudaros, no creo que usted esté preparado para semejante empresa.

–Disculpe. Pero yo soy el mejor de los Guardianes. Por eso el Maestro me nombró Capitán.

–Reconozco que tiene una técnica inmejorable. Pero en la lucha no puede haber piedad. ¿Habría matado a ese mercenario por la espalda como hice yo? ¿A traición?

–No... no lo creo.

–Su Maestro les instruyó bien, pero en la vida real hay que hacer cosas en las que el honor de caballeros, no puede existir. ¿A cuántos enemigos ha matado en su vida?

–Hoy los ha visto a todos.

LibrosEnRed

–Déjeme acompañarle. Si no lo hace, los buscaré por mi cuenta.

–Le mataría cualquiera de ellos.

–No podría quedarme de brazos cruzados sabiendo que podría haber hecho algo.

–Es un cabezota. Ya veo que no voy a librarme de usted. Aunque reconozco que me hará falta su ayuda.

–Además conozco el planeta Trighan. Es un sistema solar de seis planetas tres de ellos habitados.

–¿Es el que comercia con éste?

–No. El sistema que comercia con este es Wkogni, con ocho planetas habitados. Este a su vez comercia habitualmente con tres sistemas y esporádicamente con otros seis. Cada uno de estos sistemas lo hace con otros. En uno de esos está Trighan.

–Mi nave está en el espaciopuerto.

–¿Es consciente que para cuando lleguemos, ese tal Yamazu, tendrá un pequeño ejército protegiéndole?

–Está nivelado. Dos contra un pequeño ejército.

–Mi pobre madre siempre decía que a todos los de nuestra familia les faltaba un tornillo. Ya que vamos a ser aliados, deberíamos dejarnos de formalidades.

–Estoy de acuerdo. Esto puede alargarse bastante, podría ser una larga guerra.

–¿Tienes suficientes provisiones para el viaje? –dijo mostrándome un mapa, ¡de papel!, señalando la posición del sistema.

–Sólo tardaremos dos días en llegar. No harán falta.

–¿No piensas comer?

–¿Comer?... Claro, tú necesitas comer.

–¿Tú no comes?

–Puedo comer pero suelo alimentarme de energía.

–¿Energía? –preguntó sorprendido.

–¿Tendréis suficiente con esto? –le pregunté ignorando su pregunta, entregándole un barrita de oro de mi tobera.

–¿Oro? ¡Claro que es suficiente! –exclamó.

LibrosEnRed

–¿Qué vas a hacer con tus pertenencias? –pregunté mirando alrededor.

–¿Hay algo aquí que nos pueda ayudar? –me interrogó arqueando una ceja. Recogió unas pocas armas y con un gesto, salimos de la casa en busca de provisiones.

Cuando, tres horas más tarde llegamos al espaciopuerto, Yárrem quedó impresionado ante el aspecto de las dos naves. Distintas pero del mismo estilo. Fue la primera vez que me fijé en las sutiles diferencias.

–¡Nunca había visto naves así! –exclamó Yárrem con admiración.

–Si vemos otra, prepárate para pelear. Además, esto nos crea un problema que no tenía previsto.

–¿Cuál?

–¿Qué hacemos con la nave de Chabaro?

–¿No podría pilotarla yo?

–No. La I.A. de abordo no lo permitiría. No eres un Guardián.

–No entiendo cómo una I.A. puede negarse a hacer algo pero, si tú lo dices será cierto. Tal vez puedas mandarla por control remoto a tu planeta.

–Esa es una idea excelente y a la vez complicada. Tendré que dar muchas órdenes a la I.A. de abordo. No la puedo enviar directamente a Pangea, Trash o algún otro la podría descubrir y eso eliminaría el factor sorpresa.

–No importa lo que tarde en regresar, si no que no se quede aquí. Sólo faltaría que estos trogloditas de Khurghanianos se hicieran con una tecnología como esta.

–Ordenaré que permanezca en órbita alrededor de la Gran Dama, será más sencillo que ordenarle el atraque en uno de los espaciopuertos.

PANGEA.
TIEMPO DE PARTIDA DE PRANCE: TRES MESES.

El Gran Consejo llevaba reunido una semana, estaban realmente preocupados por el destino de su raza. Era la primera vez en milenios que su pueblo corría peligro. Estaban siguiendo las instrucciones de Prance al pie de la letra, las primeras eliminatorias para acceder al puesto de Guardián, ya habían finalizado. La población estaba totalmente entregada a las pruebas. Todo el que podía, colaboraba de una u otra forma. La indignación no había cedido con el paso de los meses.

LibrosEnRed

–Nuestra responsabilidad es enorme. No debemos equivocarnos en la selección –dijo uno de los venerables más viejos.

–¿Y cómo podemos estar seguros de eso? Incluso el Maestro Zerk se equivocó en la elección, no hay mas que ver los resultados –intervino uno de los venerables de menor edad.

–¡Silencio! –ordenó el Jefe del Consejo–. Hablé con Prance antes de su partida. Me informó que probaría personalmente a cada candidato.

–También lo hizo el Maestro y mire... –replicó otro.

–No. Esta vez será distinto. En estos doscientos años Prance, los difuntos Urgan, Katrina y el propio Maestro, idearon un procedimiento de comprobación infalible. Por desgracia no llegaron a aplicarlo.

–¿Cuál es ese procedimiento? –preguntó otro.

–El candidato mismo.

Los venerables comenzaron a murmurar, una vez restablecido el orden, el Jefe del Consejo continuó, no sin antes dedicarles una severa mirada.

–Es un procedimiento denominado "La Celda" y ha de ser aceptado por el candidato. Para eso ya debe tener el Traje, o sea que haya pasado todas las pruebas. Intentaré simplificarles lo que me contó aunque he de reconocer que no lo entendí del todo, dado su complejidad. Se trata de una petrificación a nivel subatómico. Los átomos se aceleran creando una especie de inmovilización en el Guardián. Se activa con unas órdenes que uno acepta a través de la computadora de su brazo. Digamos que la orden principal es que se está del lado del Bien, entonces se inicia el proceso y no se puede salir hasta que sea cierto, hasta que en lo más profundo de la mente del candidato se acepte esa realidad, en este caso, que se está del lado del Bien.

–¿Y si se pasa al Mal más adelante? –preguntó el Venerable Kaljan.

–En toda mente existe un equilibrio, si la balanza se inclina en la dirección contraria se activa "La Celda".

–¿Cuántos aparatos de esos hay? –preguntó de nuevo el Venerable de menor edad.

–Veo que no me ha entendido. No hay ningún aparato. La orden se programa en el propio Guardián y no se puede anular.

–Bien, todo eso está muy bien, pero la realidad es que Prance partió en persecución de esos asesinos hace tres meses y seguimos sin noticias de él. Tal vez lo hayan matado –dijo un Venerable del sur.

LibrosEnRed

–¡No quiero volver a oír algo así! Prance es un hombre prudente y sabio, mucho más que la mayoría de los que estamos aquí. Tengo el convencimiento de que si lo deseara podría ocupar mi puesto, el de Jefe del Gran Consejo... y lo haría bien. Probablemente mejor que yo.

Frente al Jefe, se encontraba sentado el Venerable más viejo, que hasta el momento se había mantenido en silencio. Rara vez hablaba. Solía decir; "más vale pasar por tonto, que abrir la boca y que no haya ninguna duda". Levantó la mano para pedir la palabra y luego se puso costosamente en pie. En el momento que el Jefe del Gran Consejo le cedía la palabra, varios de los ayudantes de los venerables, entraron en tromba, abriendo las puertas principales de par en par.

–¿A qué viene esta interrupción? –preguntó gritando el Jefe del Gran Consejo.

–Perdón venerables pero les traemos excelentes noticias. El observatorio del oeste acaba de confirmar el avistamiento, alrededor de la Gran Dama, de una de las naves de los traidores. Según nuestros sensores, está vacía y esto no es todo, emite un mensaje constantemente.

–Proyéctenlo inmediatamente en el cubotrí de la sala –ordenó el Jefe.

Del suelo, en medio del círculo de ancianos, surgió una plataforma de metal. Cuando se detuvo apareció una imagen con el logo de Prance. Su voz se oyó fuerte, cálida y serena.

–Venerables del Gran Consejo, pueblo de Pangea. Sé que no habéis tenido noticias mías durante estos meses. No he querido comunicarme con vosotros por miedo a ser descubierto por los traidores. Siento ser tan breve pero no dispongo de más tiempo. Esta es la nave de Chabaro, que ha muerto. En estos momentos me dispongo a partir en busca del segundo asesino, Yamazu. Espero que mis peticiones de reclutamiento se estén llevando a cabo. Os confirmo mi regreso para dentro de nueve meses, al finalizar las pruebas. Fin de la transmisión.

–Gracias por el aviso ayudantes. Ahora, por favor, dejadnos solos –dijo el Jefe.

Los venerables murmuraban con satisfacción el acontecimiento. El Venerable más anciano continuaba levantado.

–Sigamos donde nos quedamos, Venerable Blace creo que usted había solicitado la palabra, aunque tal vez, dados los acontecimientos la rehuse –inquirió el Jefe del Gran Consejo.

–Todo lo contrario. Ahora más que nunca lo que voy a decir, tiene mayor importancia. Prance era un héroe nacional y ahora, además, no hay joven

LibrosEnRed

que no quiera emularlo. Es el comienzo de una leyenda. Todos sabemos que en los nueve meses que quedan no podrá atrapar a los restantes asesinos. Por lo menos, no a todos. Calculo que a otro más, con mucha suerte a dos. Se avecina una guerra. Nuestro pueblo ha de estar más unido que nunca y eso lo conseguiremos a través de Prance. El, debe ser la única unidad, la fuerza, el amor, la lealtad y el respeto, tiene que ser su símbolo, incluso por encima de nosotros.

–Creo que en eso todos estamos de acuerdo, Venerable pero, ¿cómo hacerlo? –preguntó el Venerable Kaljan.

–Nombrémosle Príncipe de la raza Warlook y por tanto Príncipe del Bien y de los Guardianes –dijo el Venerable Blace.

–Pero hace siglos que no hay Príncipes en Pangea –dijo un Venerable del este.

–Por eso mismo. ¿Quién mejor que él?

–¿Qué dirá el pueblo? –preguntó otro.

El Venerable Blace sonrió y, sin mediar palabra, se dirigió ranqueante a uno de los ventanales, abriéndolo de par en par. El clamor del pueblo, celebrando la victoria de Prance sobre Chabaro, inundó la sala. Las calles estaban abarrotadas de gente saltando, gritando y cantando la hazaña.

–Venerable, ahí tiene su respuesta.

ARCHIVO DE COMBATE DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
SISTEMA TROGONTA.
CUARTO PLANETA: TRIGHAN.

Habíamos recorrido y revisado varios espaciopuertos. Nadie había visto u oído hablar de Yamazu o su nave. Era un planeta enorme, de baja densidad, lo que implicaba que a pesar de su gran tamaño, la gravedad era similar a la de Pangea. Llevábamos cinco meses buscándole y no habíamos hallado ni rastro, ni una pista que nos indicara que estaba en Trighan. Empezábamos a creer que Chabaro nos había engañado. Durante este tiempo, mi Traje había terminado de producir un Jade, que sin dudarlo, se lo entregué a Yárrem aceptándolo a pesar de lo que significaba ser inmortal y la responsabilidad de aceptar tal tarea. No me atreví a darle el Jade de Chabaro, entonces no sabía si todo este lío era debido al Traje o a otra cosa. El, fue el primero en probar "La Celda". Estuvo petrificado un par de segundos relatándome que había sido la experiencia más traumática y a la vez más enriquecedora que había sufrido. Su vida entera, con todas sus acciones y

LibrosEnRed

consecuencias, había pasado ante sus ojos. Tomó una decisión, el Bien. Para él habían pasado meses, para mí un par de segundos. Me aseguró que si alguno de los traidores entraba en "La Celda", se volvería como mínimo, loco. Aunque se crea lo contrario, no hay lugar donde esconderse en el propio cerebro...

Desde el primer momento le inicié en el manejo del Traje y, sorprendentemente, se amoldó perfectamente a su nuevo ser. Era un novato pero avanzaba a pasos agigantados. Tenía ese don que era necesario para ser uno de los nuestros.

–Esto empieza a ser desesperante, Prance. Puede que ya se haya trasladado a otro planeta, incluso a otro sistema.

–¿Por qué debería de hacerlo? Se cree seguro.

–¿Y la falta de comunicación de Chabaro?

–Dudo mucho que se arriesguen a comunicarse. Saben que les persigo.

–¿Y si nos mintió?

–Lo dudo, la ira que denotó en su rostro, al descubrir que le había engañado, no era fingida. Chabaro nunca fue muy listo, o más bien, ágil mentalmente.

–Espero que tengas razón. Según aquel tipejo del espaciopuerto, esa puerta de ahí enfrente es el antro donde se reúnen los peores mercenarios y piratas de este sector.

La entrada estaba compuesta por toneladas de basuras y una puerta roñosa a la que se le caían a cachos los remaches. El interior, aunque pareciera increíble, era peor. Era bastante amplio pero de techos bajos, claustrofóbicos, lleno de un humo verdoso que difuminaba todos los contornos, provocando una apariencia de irrealidad al lugar. El hedor era insoportable, olía a sudor, cabezas sin lavar y pies en fermentación. Elijan un mal elemento y en ese lugar estaba representado, drogatas, camorristas, asesinos, contrabandistas, chulos...

–Venga Yárrem, no te quedes parado. Vamos al fondo.

–Todos nos miran de forma rara.

–Será por nuestro porte –dije jocosamente–. Ten los ojos bien abiertos. No quiero que nos ocurra lo mismo que en el primer lugar en el que estuvimos.

Empezamos a avanzar entre el gentío, apartando con prudencia a los numerosos borrachos. En una de las mesas había sentados cinco hom-

LibrosEnRed

bres, de aspecto duro, que hicieron un interesante comentario a nuestro paso;

–¡Vaya! Esos trajecitos se van a acabar poniendo de moda.

Nos detuvimos en seco y nos giramos mirando al hombre que había hecho el comentario. Era un hombre fuerte, de pelo amarillo, con ojos tan claros que parecía tener cataratas, estaban hechos para ver en la oscuridad. Un simple vistazo fue suficiente para comprender que los otros cuatro, estaban a sus órdenes.

–Disculpe. No he podido evitar oír lo que acaba de decir. ¿Ha visto a alguien con un Traje como el nuestro? –le pregunté sin dejar de mirarle a los ojos. Los hombres que estaban con él se tensaron.

–Sí –respondió escuetamente.

–¿Cuándo?

–¿Por qué?

–Curiosidad.

–Algo más de tres meses.

–¿Dónde?

–Eso ya es algo más que curiosidad. Como parecéis nuevos os explicaré que la información en este planeta cuesta dinero –dijo frotando el índice con el pulgar, haciendo sonreír a su lacayos.

–Espero que esto sea suficiente para responder a todas mis preguntas –dije arrojando sobre la mesa una barrita de plata.

–Plata. Buen comienzo. Lo vimos en este mismo lugar y quiso contratarnos. Tenía pintas de ser un perfecto hijo de mala madre. Mis hombres y yo no trabajamos para alguien que no nos guste. Así que le mandé a la mierda...

–¿No sabrá dónde encontrarlo?

–Sí.

–¿Dónde? –preguntó Yárrem impacientemente.

–No quiero problemas –le respondió el hombre.

–Permítame Capitán –dijo desafiante Yárrem, mirando fieramente al hombre.

–No, Yárrem, las cosas no se hacen así –dije conteniéndole.

–Cuando se pongan de acuerdo, seguimos –fanfarroneó el hombre.

LibrosEnRed

–Le ruego que disculpe a mi amigo, señor...

–Anyel. Es la primera vez que alguien me llama señor –dijo sonriendo–. ¿Y sus nombres?

–El suyo es Yárrem y con que sepa que yo soy el Capitán, es suficiente. Quiero contratarles –dije sorprendiéndole.

–Será mejor que hablemos en otro lugar. En este sitio las paredes tienen oídos.

–¿A dónde quieren llevarnos? –preguntó Yárrem desconfiando.

–A mi despacho –dijo levantando una ceja volviendo a sonreír.

–No sé si podemos fiarnos de estos "caballeros" –me dijo Yárrem al oído.

–El señor Anyel, es un hombre de palabra. Yo confío en él –dije, de forma que me oyeran todos sus esbirros.

Yárrem me suplicaba con la mirada para que cambiara de opinión, en contrapartida le miré con desaprobación. No pensaba cambiar de opinión. Ya era momento d empezar a confiar en mi experiencia, en todo lo aprendido del Maestro, en mí mismo.

Les acompañamos durante un buen rato por las callejas de la zona. Dos de sus hombres encabezaban la marcha y los otros dos la cerraban, cosa que intranquilizaba a mi amigo. Anyel, durante todo el recorrido no paró de parlotear acerca de una u otra hazaña, ya fuera suya o de sus muchachos. Todo sonaba bastante falso. Finalmente, llegamos a una plaza encabezada por un precioso edificio de piedra bastante descuidado. Entramos por una de las puertas laterales. El interior estaba decorado o atestado de cosas de las cuales desconocíamos, tanto Yárrem como yo, la función de más de la mitad. Anyel se dirigió a la pared del fondo, algo más despejada, y bajó el brazo de una pequeña estatua, provocando que parte de la pared se solapara, abriendo un hueco en otra habitación. Apareciendo ante nuestros incrédulos ojos, un sorprendente y elegante despacho. Anyel se dirigió al fondo y se sentó tras una rústica y adornada mesa de madera. Sus hombres nos rodearon. Mientras Yárrem no les quitaba la vista de encima, yo hacía lo propio con Anyel.

–¿Cómo sabe Capitán que no voy a ordenar a mis hombres que les ataquen? –nos preguntó mientras por el marco de la puerta aparecían media docena más.

–Por que sabes que he venido a matar al hombre que lleva un Traje como el mío. Vengo a matar a Yamazu y tú vas a ayudarme.

LibrosEnRed

–¿Por qué cree que voy a meter a mis hombres en ese marrón?

–Primero, porque has dicho "a mis hombres" excluyéndote, tú ya has aceptado, segundo, por que has sentido el Mal que hay en él y tercero, nadie en esta habitación se quedará impasible cuando te cuente el peligro que representa.

Tras dos días estábamos preparados.

–Debo estar loco por haberme dejado meter en este suicidio –dijo Anyel susurrando.

–¿Esta verja rodea todo el perímetro de la base? –le pregunté.

–Sí, pero no sé cómo demonios vamos a entrar. Tiene lo mejor en sistemas de detección y unos sesenta hombres a su servicio.

–Ya me lo has dicho unas cien veces. Viendo tu interés, esa será tu misión. Quiero que vayas con tus hombres al otro lado y armes tal lío que no se den cuenta de que entro con Yárrem por aquí –dije sonriendo burlonamente.

–¿Ese es su plan? ¿Cree que estoy loco? ¿Quiere que doce hombres nos enfrentemos a sesenta?

–Sí, eso es lo que quiero. Todos esos hombres no llevan Traje. No representan tanto peligro –dije convencido sin darme cuenta de que ellos tampoco llevaban.

Respirando profundamente, Anyel miró a sus hombres uno a uno y finalmente a mí.

–Por lo visto todos nos hemos vuelto locos. Tenemos algunos explosivos con los que trataremos de causarle el mayor número de bajas posible. Pero hágame el favor de acabar con él, que esto no sea para nada.

Tuvimos que esperar casi dos tensas horas hasta que oímos las primeras explosiones. Aprovechando la confusión, cortamos la verja y accedimos al interior del recinto. Había varios edificios prefabricados de un material que parecía cerámica pero, que en realidad, era una nueva clase de plástico con metal, que los hacía muy resistentes. Fuimos inspeccionándolos, enseguida descubrimos que la primera hilera de edificios estaba vacía y que la segunda era la de los suministros, ya que encontramos material para construcción de naves y armas. Eso significaba que no pretendía proporcionar Trajes a sus hombres o no a todos, de momento.

Enseguida descubrimos la residencia de Yamazu. Era la más ostentosa de todas y la única con dos tipos de guardia en la puerta. Una simple mirada

LibrosEnRed

bastó para que Yárrem captara lo que quería, rodeó el edificio que estaba enfrente, de forma que el vigilante más alejado quedara más a tiro. Desenfundamos y montamos los arcos a la vez, colocamos las flechas y liquidamos a los dos guardias al unísono. Pareció que lo hubiéramos ensayado cientos de veces.

Avanzamos hacia la entrada, cubriéndonos mutuamente. Pasamos por encima de los cadáveres y empujamos las puertas comprobando que estaban abiertas. Era una residencia realmente extraña, ante nosotros aparecieron seis pasillos que, en un principio, desembocaban en la misma habitación. Elegimos uno de los del medio y con prudencia avanzamos. Tal y como sospechábamos todos los pasillos desembocaban en la sala. No tenía sentido.

En el fondo estaba Yamazu con tres hombres, con Trajes. Aun así, su aspecto era de piratas de segunda b. Desenfundamos nuestras espadas y activamos el escudo de nuestro ordenador avanzando directamente hacia ellos. Yamazu, sin ni siquiera mirarnos, se dirigió a nosotros en un tono extrañamente tranquilo. Algo se nos estaba escapando.

–Hola Prance, te estaba esperando. Hace semanas que me han llegado noticias acerca de un tipo vestido como yo, que iba haciendo preguntas por todo el planeta. Lo que no tengo del todo claro es cómo me has encontrado. ¿Tal vez el azar? Aunque no lo creo. ¿Chabaro?

–Su cabeza te manda recuerdos. ¿Cómo lo...?

–¿Lo sabía? Trash lo planeó así para darnos tiempo a armarnos. Dejó ese reflejo aposta. Sabía que lo encontrarías y te haría perder nuestro rastro. Chabaro era sacrificable y un imbécil por lo que veo, ya que estás aquí.

Yárrem no quitaba ojo a los tres guardianes de Yamazu, apoyaba la mano del escudo sobre la daga láser que tenía en el cinturón junto a la pistola láser. Los tres no parecían preocupados, eso me inquietaba...

–¿Cómo sabes que no va a sacrificarte a ti también? –le pregunté con la esperanza de crear dudas que le distrajeran.

–No lo creo. Esto no estaba previsto, tampoco lo de tus amigos de fuera, eso he de reconocerlo. Aún así estaba preparado –dijo sonriente.

Oímos pisadas, de cada pasillo apareció un mercenario, éstos sin Traje, la cosa empezaba a ponerse fea. Estábamos atrapados entre dos frentes. No había retirada posible. Rápidamente Yárrem apoyó su espalda contra la mía. Estaba claro que la charla había terminado. Habíamos caído en la trampa.

Ya no se oía ruido de explosiones, sólo un vago ruido de lucha que terminaba, Anyel no podía ganar... estábamos solos. Los seis últimos "invitados"

LibrosEnRed

desenfundaron sus espadas láser, a excepción del que llevaba una ballesta. La punta de la flecha era de M7, no hacía falta que lo comprobara con mi ordenador, siendo una ballesta energética, la flecha atravesaría el Traje sin problemas. Los que estaban en los extremos empezaron a desplegarse para rodearnos. Teníamos que actuar rápido para nivelar los bandos. Junto a Yárrem empecé a girar, sin separar nuestras espaldas, vigilando a todos nuestros adversarios. Con un gesto y antes de que completáramos nuestro segundo giro, arrojamos, con toda nuestra fuerza, una daga láser, acertando cada uno, un blanco, Yárrem, certeramente al segundo de la izquierda y yo en el pecho de uno de los Guardianes, mi daga como mínimo le había dañado el corazón, ya que se desplomó como un fardo.

–¡Cuidado imbéciles! ¡Ya os dije que no os confiarais! –les espetó Yamazu.

–Un extraño nudo me atenazó el estómago. Estábamos en clara desventaja, no debíamos haber sido tan confiados. La muerte estaba rondando el lugar. Si ese era mi día, que fuera...

Era el momento, todos se preparaban para abalanzarse sobre nosotros. No podríamos contenerlos a todos. Los dos esbirros que daban la espalda a los pasillos sufrieron un espasmo y cayeron muertos. De dos pasillos aparecieron Anyel y uno de sus hombres que tenía un profundo corte cauterizado, en uno de sus muslos. El hombre que llevaba la ballesta giró rápidamente disparando su dardo mortal alcanzando al hombre de Anyel, que dada su herida, no pudo reaccionar a tiempo. La flecha le alcanzó en el cuello. No se pudo hacer nada por él.

Yamazu permanecía inmóvil, no esperaba un giro así de las cosas. Rápidamente me enfrenté a los dos Guardianes y Yárrem a dos mercenarios. Mientras, Anyel lleno de ira se abalanzó hacia el de la ballesta, con tal furia e ímpetu, que no le dio tiempo a desenfundar su arma ni casi a soltar la ballesta.

Yárrem acabó con los suyos rápidamente, mientras desviaba la estocada de su contrincante de la derecha, paraba con el escudo el ataque del de la izquierda. El de la derecha, a causa del desvío, perdió el equilibrio, dándole tiempo más que suficiente a Yárrem para que, con un simple giro de muñeca, su espada partiera en dos al esbirro. En el acto el olor a carne quemada inundó la sala. El otro se quedó tan sorprendido que reaccionó tarde en su segundo ataque, permitiéndole a Yárrem, una segunda parada con el escudo, atravesándole limpiamente con la espada. En cambio yo lo tenía bastante peor, uno me atacaba por delante y el otro se me acercaba por detrás. Sólo había una posible línea de actuación, abalanzarme sobre el de enfrente. Era muy bueno, paró mi ataque con facilidad, dando tiempo al

LibrosEnRed

de atrás para acercarse. Así que me eché encima obligándole a retroceder, proporcionándome casi otro par de segundos. El de atrás no llegó a alcanzarme, ya que se vio obligado a hacer frente a Yárrem, que corría hacia él. Anyel desenfundó su pistola láser y comenzó a disparar indiscriminadamente contra Yamazu, que se protegía con su espada y escudo, intentando dirigir los láseres rebotados contra él, con poco éxito, ya que nunca fue muy bueno en eso y Anyel no se estaba quieto. Aunque un par de veces estuvo a punto de alcanzarlo. Yárrem era un luchador formidable y acabó rápidamente con su oponente, haciendo yo lo mismo pocos segundos después. A mi orden, Anyel dejó de disparar.

–Ríndete y vuelve conmigo a Pangea. Prometo que se te hará un juicio justo en la Sala del Gran Consejo –le dije sin apartar la mirada de sus fríos ojos. Había cambiado, no era el mismo...

–¡Estás loco si crees que voy a ir contigo! –medio gritó. Ahora también había miedo en sus ojos.

–No puedes ganar. Nunca me ganaste en ningún combate, de los de prácticas, de la Gran Dama y para colmo somos tres –dije intentando convencerle.

–Deje Capitán. No pierda el tiempo. Yo acabaré con él –dijo Yárrem.

–No. Creo que... me lo deberíais dejar a mí. No parece... gran cosa –dijo entrecortadamente Anyel por la falta de aire a causa del combate. Como no tenía Traje, aún no se había recuperado. Era una fanfarronada para desmoralizarlo. Anyel no podría derrotarlo sin un Traje...

–No pienso ir a Pangea para que me maten como a un perro –dijo inseguro.

–Tienes mi palabra, tu vida será respetada. Si el Gran Consejo decide aplicarte el castigo máximo, seré yo quien lo imponga, será "La Celda".

–Ya, conozco en qué consiste eso de "La Celda". En lo que tú, el Maestro y demás imbéciles, trabajabais. Eso es peor que la muerte. ¡YO SIRVO AL MAL! –gritó medio loco.

Se abalanzó hacia mí hecho una furia. Su estocada no llegó a alcanzarme, Anyel lo tumbó de un certero disparo en el pecho. Le alcanzó en los pulmones y el plexo, moriría asfixiado en cuestión de segundos. Había utilizado el láser a máxima potencia, tenía menos control pero produjo más daños. Rápidamente me arrodillé junto a él.

–¿Dónde están los demás? ¿Cuáles son los destinos? –le pregunté al oído.

–Pú... Púdrete en e... el... infierno –dijo con su último aliento.

LibrosEnRed

Gastó el poco aire que le quedaba en los pulmones, en esas tristes palabras. ¿Cómo podía contener tanto odio? ¿De dónde provenía? ¿Qué poder de persuasión había ejercido Trash para que Yamazu estuviera dispuesto a sacrificar su vida por él?

Tras unos segundos vaporicé a Yamazu, no sin antes retirar sus armas y recoger su Jade. Anyel quedó sobrecogido ante mi acción. Era como si hubiera visto un fantasma. Le miré comprensivamente y me dirigí a los otros tres Guardianes del Mal. Durante los meses que me restaban para cumplir el plazo de mi regreso a Pangea, buscamos infructuosamente por distintos sistemas, al resto de traidores. Anyel se adaptó al Traje tan bien como lo hizo Yárrem. Tal vez fuera porque ambos eran guerreros pero recuerdo que a nosotros nos costó más...

LibrosEnRed

Capítulo 8

ARCHIVO PRIVADO DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
PRIMER DÍA EN LA GRAN DAMA.

Tras recibir el Traje, el Maestro nos envió de vuelta a nuestros aposentos, ahora pienso que fue más para reflexionar que para descansar, ya que el Traje había eliminado todas nuestras carencias físicas. No había mas que mirar nuestros rostros para adivinar que estábamos deseando aprender a manejarlo, pero no podíamos ni soltar una de las armas, parecían soldadas. Había que armonizarse con el Traje antes que nada, nos dijo el Maestro.

Una vez en mi cubículo y con la puerta cerrada, comencé a flotar manteniéndome a distancia de las paredes. Cerré los ojos varias veces intentando dormir pero con escaso éxito. Me sentía pletórico, lleno de energía, tenía ganas de hablar y jugar. Debería estar rendido pero el Traje me proporcionaba absoluto bienestar. Al no poder estar más tiempo sin hacer nada, decidí salir al pasillo, cosa que me llevó un buen rato por que no sabía cómo salir del campo gravitatorio. Fuera estaba Katrina que tenía su cubículo junto al mío.

–Hola –me dijo sonriendo–. Te ha costado salir, ¿verdad?

–Sí. Me he puesto a patalear como un bobo, en vez de simplemente dar la orden para que se me impulsara hacia la puerta.

–A mí me ha ocurrido lo mismo. ¿Has podido dormir? –me preguntó.

–No. No tengo sueño y es extraño, llevamos mucho tiempo levantados. Tiene que ser por el Traje.

En ese momento salió Urgan bufando. Que nos miró con complicidad.

–Otro que ha descubierto el don de la palabra –dijo Katrina bromeando.

–¿No os sentíais como en ese sueño que corres pero no avanzas? –nos preguntó.

–Sí, creo que todo el mundo ha tenido ese sueño alguna vez –le respondí–. Por cierto, ¿tenéis hambre? –les pregunté.

–No –me respondieron al unísono.

LibrosEnRed

–Espero que nos den de comer. ¡Me encanta comer! –exclamó Katrina.

De pronto le presentimos. Era el Maestro que se acercaba por uno de los extremos del pasillo, no estaba a más de veinte metros. Aunque la iluminación era excelente, no le habíamos visto o tal vez no nos habíamos fijado que estaba allí.

–Vaya, vaya... ¿qué tal?

–Bien, Maestro –le respondí.

–¿Podremos comer? –preguntó Katrina algo angustiada.

–Sí, preciosa. Haré que Dama te deje todos los días algo de comida en tu cubículo.

–Espero que no sea carne de "tran"[9]. Odio como huele –dijo Urgan.

–Tranquilo, ya me he informado de esos pequeños detalles. La razón por la cual no tenéis hambre, como ha apuntado Prance, es por el Traje. Vuestro organismo ha cambiado, se ha fusionado con el Traje, eso significa que podéis alimentaros de casi cualquier cosa. Aunque a veces, el gasto de energía para absorberlas, sea más alto que la energía obtenida. La realidad es que cada vez tomareis menos comida, digamos, para dedicaros a absorber energía, lo que implicará que vuestros estómagos se irán reduciendo por la falta de uso real, pero no es malo ya que cuando queráis, con un poco de uso, volverán a ser normales.

–¿Podemos alimentarnos de radiación? –pregunté sorprendido.

–Sí. No suele ser normal, pero no habría problema.

–¿De luz? –preguntó Katrina sorprendiendo al Maestro.

–Sí, pero a no ser que sea muy intensa, no es apreciable.

–¿Entonces es imposible morir de hambre ya que todo nos da energía? –pregunté.

–No es tan sencillo. Puede ser que la energía que absorbas sea inferior a lo que gasta el Traje ya sea en combate o por mantener vivo al Guardián por sus heridas.

–¿Si todo nos da energía, no habrá ningún sitio donde no habrá "comida"? –preguntó Urgan.

[9] N.A.: Animal parecido a la vaca pero sin pelaje ni cuernos y el triple del grande, de un color entre gris y verde.

LibrosEnRed

Durante la charla varios compañeros, se habían unido a nosotros, permaneciendo en silencio.

–Me temo que sí que hay sitios, os voy a poner dos ejemplos; estáis en un planeta tan alejado de su estrella y falto de atmósfera que se encuentra helado, no hay energía solar suficiente ni para alimentar ni al insecto más débil, no hay casi radiación. El Traje gastará energía en manteneros calientes y permitiros respirar. Si no salís de ese lugar moriréis sin remedio. Al igual, y este es el segundo ejemplo, que si por cualquier causa, quedáis a la deriva en el espacio sin más protección que el Traje. Si no os rescata nadie, la energía se acabará y moriréis.

–¿Cuánto tiempo podríamos sobrevivir en el espacio? ¿Mucho? –pregunto una niña llamada Tífery de Jall y Nucka, por su aspecto casi debería tener diez años. Su pelo liso y largo, casi hasta la cintura, le hacía parecer más alta.

–Si pudieras respirar, bastante, pero el Traje gastaría gran cantidad de energía en la fabricación de oxígeno o sustitutivos para que siguierais con vida. El tiempo total depende de cada Guardián, ya que cuanto más viejo, fuerte y capacitado, más energía tendría y por tanto, más tiempo duraría.

–Entonces vos, Maestro, duraría muchísimo –afirmó Morko.

–Comparado ahora con vosotros sí, pero también depende de la voluntad y confianza en sí mismo.

En ese instante, salió Tógar, bufando, todo rojo. Con él, ya estábamos todos en el pasillo.

–En resumen, fin de energía, fin de protección del Traje, sólo quedará la fuerza del cuerpo del Guardián en cuestión. Cuanta más energía se gasta, más cuesta recuperarla, por eso, en el caso de una emergencia, se puede acoplar al Guardián en una máquina de energía pura que más tarde os mostraré.

–¿No sería más seguro llevar siempre con nosotros una de esas máquinas? –preguntó una chica que estaba detrás de mí.

–No. Son bastante grandes. Haría falta un vehículo especial para transportarlo y eso a escala individual no sería práctico –dijo pensativo–, y los portátiles no tienen mucha capacidad. Por lo que veo ninguno desea descansar, así que vamos a ir a una sala de juegos, un tanto especial –continuó sonriendo un poco.

Tras recorrer varios pisos, llegamos a una amplia sala con varios cientos de máquinas que parecían huevos gigantes tumbados. Nos colocó a cada uno en una siguiendo una de las filas.

LibrosEnRed

–Atentos guardianes. Esta va a ser vuestra máquina particular de control. Quedarán registrados todos vuestros entrenamientos mientras seáis aprendices. Gracias a ella podréis ver, revisar, mejorar y perfeccionar todos vuestros avances y resultados.

El interior de la máquina era una copia exacta a la cabina de un caza de combate, los cuales todavía no habíamos visto pero como nos explicó el Maestro, había varios espaciopuertos llenos. Al entrar y sentarme, el asiento se auto ajustó volviéndose realmente cómodo. El proceso duró menos de un segundo y acto seguido se cerró la compuerta de acceso, activándose todas las pantallas interiores, adquiriendo el ya característico color. Los paneles se volvieron ligeramente verdes fosforescentes. A la altura de mi ombligo, un sistema de mandos iguales a los de Tankai, con los que sin duda se debía pilotar el caza. No había comenzado a observar todo lo que contenía la cabina cuando oí, al igual que mis compañeros, la voz del Maestro.

–Para poder pilotar un caza debéis tener el casco puesto. Observad vuestro O.B. Cuando pulséis la tecla alargada, el ordenador se activará y, por lo tanto, el Traje a todos los niveles. No notaréis ningún cambio a excepción de que cuando deseéis que el casco se active, este lo hará automáticamente. Ahora pulsad la tecla.

Cuando lo hice, no noté ningún cambio pero en cuanto pensé en el casco, este me envolvió toda la cabeza. Surgió de mi nuca, de mi ser, el Traje y yo éramos la misma cosa. Reflejado en la pantalla frontal, observé que no se me veía el rostro, pero yo ni siquiera notaba que tuviera algo ante los ojos o me molestara al respirar. Tenía el mismo color que el Traje, dándome un aspecto amenazador.

–Compruebo que todos lo habéis activado. De momento, no lo usaréis para nada hasta que aprendáis a manejar un caza por vosotros mismos. Vuestra destreza se sumará a la ayuda del casco y de la propia computadora del caza. Cuando aprendáis a manejarlo, habréis aprendido a manejar cualquier nave de la Gran Dama, por supuesto un caza es más rápido y fácil de maniobrar, por que su masa es pequeña, pero en síntesis es lo mismo. También supongo que os preguntaréis cómo funcionan todas esas pantallas y controles... no os lo voy a decir. Deberéis descubrir para qué sirven y cómo se utilizan correctamente vosotros solos. Un solo dato, al ser este vuestro primer día, apareceréis en el espacio virtual todos alineados. Suerte y que gane el mejor.

Sin pensarlo dos veces decidí hacer como el Maestro con Tankai.

–Caza, actívate –le dije en tono imperativo.

LibrosEnRed

Las pantallas se volvieron transparentes dejando ver un espacio estrellado. Miré a mi derecha e izquierda viendo unos cazas iguales que el mío que también permanecían estáticos. Por lógica, el piloto de mi izquierda debía ser Tora de Ñark y Selam, puesto que fuera estaba a mi lado, pero no lograba recordar quién estaba en la máquina de la derecha. En el interior de mi casco cada vez que miraba a uno de los cazas aparecían las letras "ENE", de enemigo sin duda alguna.

Pronto vi que mis compañeros se movían erráticamente, sin rumbo ni destino. En pocos minutos todos se habían salido de la fila, a excepción del que tenía a mi derecha. Había gran cantidad de teclas y pequeñas pantallas, sinceramente no sabía por dónde empezar hasta que recordé un consejo de mi padre que le gustaba repetir; "todo lo que está hecho en este mundo, está fabricado de forma que hasta el más tonto sepa manejarlo".

–Caza, permanece en tu posición en el espacio aunque mueva los mandos de avance, retroceso, etc, etc. Permíteme sólo girar en cualquier sentido dada mi posición actual –le ordené imperativamente sin saber si me obedecería.

Posé con suavidad mis manos sobre las dos medio esferas que estaban a la altura de mis codos, notando cómo se adaptaban a mis enguantadas manos. Al mover una de ellas, el caza empezó a girar suavemente hacia un lado y ligeramente escorado. Tras varios minutos, comprobé que, combinando las dos manos, se podía girar en uno u otro sentido, arriba y abajo, todo dependía de la presión y el ángulo para la dirección o velocidad. Había dos movimientos que no me permitía hacer con las esferas, adelante y atrás. El caza las había bloqueado. Los demás cazas seguían rotando locamente y sin sentido, y cada vez que uno pasaba delante de mí, la "ENE" aparecía sobre él. Así que comprendí que debía destruirlos.

–Activa el sistema de ataque de forma "seguimiento automático", de naves enemigas –le dije sin demasiado convencimiento, pero en el acto apareció sobre la nave más cercana, un círculo con un aspa sobre el caza "ENE".

Giré la cabeza para observar al caza que permanecía parado, al igual que yo, y descubrí que ya no estaba. En ese momento me di cuenta que no estaba estático y que seguía girando, ya que el caza que tenía en la diana se había desplazado hacia arriba, y ahora encañonaba a otra. Sólo había un movimiento que no había probado y era acercar las manos una hacia otra, obteniendo el resultado deseado, la detención absoluta del caza.

–Abre fuego sobre todo enemigo que esté a tiro y no te detengas hasta que sea destruido –le dije, y sin casi dejarme terminar, comenzó a disparar ráfagas de láser de color verde, que impactaban sobre los cazas, que uno tras

LibrosEnRed

otro estallaban y desaparecían de la pantalla. Mientras, me dedicaba a rotar sobre mí mismo para completar la esfera, de forma que todos los cazas acabaran siendo destruidos. En pocos minutos no quedaba ninguno a la vista.

Según los iba destruyendo, en la parte inferior de mi casco, se iban anotando, hasta que apareció la cifra de veintisiete, sobre veintiocho. Había ganado. En ese momento, sonó una alarma y se produjo un cambio de color en las pantallas, sobresaltándome una voz que provenía del caza. Eso me asustó aun más.

–Localizados, movimiento evasivo, loca...

No dijo más, las pantallas se volvieron negras y la compuerta de acceso se abrió. En el interior de mi casco se podía leer "muerto".

Al salir, todos mis compañeros me esperaban fuera, casi a la vez, del caza contiguo salía el Maestro sonriente.

–¡Bravo caballeros! La cabeza es lo único que no se debe utilizar –dijo con sorna–. Prance es el único que ha decidido aprender a andar, antes que correr y por eso os ha destruido a todos. ¡ESTAIS TODOS MUERTOS! Vuestra impaciencia os a costado la vida. Entrad de nuevo en los cazas y estudiad su manejo. No activéis el armamento hasta que yo os lo ordene.

Cuando me disponía a entrar en el mío, el Maestro me detuvo.

–Habéis sido vos el que me ha destruido, ¿verdad? –dije mirándole a los ojos.

–Sí.

–¿Dónde estabais? Recorrí toda la esfera y no os vi.

–Detrás de ti, según girabas me mantenía a tu espalda.

–¿Cómo puedo saber que hay alguien a mi espalda? –le pregunté.

–Eso tendrás que deducirlo tú mismo.

–No se me ocurre otra manera que no sea el casco.

–Bien pensado –dijo sonriente–. Ahora quiero que me expliques el razonamiento que has seguido en tu primera experiencia con el simulador.

Según se lo explicaba, su rostro se llenaba de gozo. Cuando terminé, me ordenó volver al caza. En este combate, el primero en salir fue Chabaro y el penúltimo, Trash que casi consigue destruirme pero en el último segundo conseguí alcanzarle primero, más por suerte o instinto que por otra cosa. Los combates se sucedieron uno tras otro y lo que nosotros pensamos que habían sido horas, se habían convertido en cinco días de combates. El re-

LibrosEnRed

cuento final me convertía en líder, con el setenta y ocho por ciento de las victorias y el de menor porcentaje en averías, ya que era el que mejor sabía distribuir los escudos defensivos, dándome gran ventaja en los combates frente a frente. En esos pocos días habíamos aprendido a manejar el casco, en conjunción con el caza, claro que eso no era nada comparado con lo que nos costó aprender el manejo del O.B. ...

ARCHIVO PARTICULAR DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL. TIEMPO DE PARTIDA DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL: DOCE MESES. SITUACIÓN: APROXIMACIÓN A LA GRAN DAMA.

La visión de la Gran Dama dejó sin aliento a Anyel que no podía creer que existiera una nave tan grande. Su boca permanecía entreabierta mientras la observaba. Yárrem pilotaba la nave de Yamazu.

–Yárrem, ¿me escuchas?... ¡Yárrem!

–Es... es ¡ENORME! –balbuceó a través del intercomunicador.

–Sí que lo es. Atraca tu nave en el espaciopuerto número cuatro, es el más vacío. Te recogeré e iremos a Pangea en esta.

–Sí, Capitán.

Su aterrizaje fue un tanto brusco pero dado el poco tiempo que había tenido para aprender a manejar la nave, había sido todo un logro que no se estrellara. Aterricé a su lado y en cuanto le recogimos, partimos hacia Pangea Capital. Mientras tomábamos tierra en el espaciopuerto principal de la Capital, envié un mensaje al Gran Consejo para que se reuniera y me esperara.

Al abrir la compuerta de salida de la nave, miles de Warlooks se abalanzaron sobre la pista, en nuestra dirección. Yárrem y Anyel se sorprendieron tanto que, instintivamente, se llevaron las manos a sus pistolas láser pero enseguida escucharon las voces y gritos, comprendiendo lo que ocurría.

–¡Viva el Príncipe Prance! ¡Viva el Príncipe del Bien! ¡Viva el Príncipe de los Guardianes! ¡Viva el Príncipe Warlook! ¡VIVA! –gritaban extasiados con nuestra presencia.

En cuestión de segundos la multitud nos rodeó y nos llevó en volandas. El trayecto hasta la sala del Gran Consejo estaba atestado de gente aclamándonos. Todas las calles adyacentes estaban abarrotadas. Había gente bailando, cantando, riendo e incluso llorando por la emoción, ¡y todos nos querían tocar!

–¡PRANCE! ¡PRANCE! ¡PRANCE! ¡PRANCE!...

LibrosEnRed

El Gran Consejo estaba reunido esperándonos. Cuando entré, todos los Venerables, incluidos los más viejos, se levantaron y me hicieron la reverencia con rodilla en el suelo. Mi sorpresa fue mayúscula, era yo quien debería habérsela hecho.

–Bienvenido, mi señor –dijo el Jefe del Gran Consejo–. Es un honor para nosotros que hayáis decidido venir a vernos y hablar con nosotros.

–¿Qué demonios está pasando aquí? ¿En este año de ausencia se han vuelto todos locos? Venerables, espero que me expliquéis qué demonios es todo eso del Príncipe. Os advierto que mi paciencia empieza a acabarse y sabéis que no tengo mucha –les dije en un tono bastante duro.

–Según el segundo de sus mensajes habéis acabado con Yamazu, ¿verdad?

–Así es –respondió Yárrem.

–Ruego a los dos extranjeros que esperen a hablar, cuando hayan sido debidamente presentados al Consejo –les dijo uno de los Venerables.

–Yárrem, al igual que yo, sólo obedecemos las órdenes del Capitán Prance –le respondió desafiante Anyel.

–¡Príncipe Prance! –corrigió imperativo el Venerable Blace–. A partir de ahora siempre será tratado como Príncipe y con el tratamiento de señor. Así lo decidimos como ayuda a la solución de los traidores.

–Espero que os expliquéis, Venerable Blace. ¿Por qué me habéis nombrado Príncipe? ¿Con qué fin? Hace siglos que no hay Príncipes entre nosotros.

–Ya habéis visto al pueblo, os adora y os ha aceptado como Príncipe sin ningún reparo. Dedujimos que, en el plazo de un año, no podrías cazarlos a todos y menos con los pocos datos de los que disponíais. En este momento la proporción en combate es de tres a uno, en teoría claro, porque ellos ya tendrán un pequeño ejército, dispuesto a atacarnos, o para apoderarse de la Gran Dama. Y si no me equivoco, todo vuestro ejército se resume en los dos extranjeros que os acompañan, que por lo que veo llevan el Traje. El nombraros Príncipe es una forma de unificar y crear en vos, el símbolo de la lucha, una forma de que el pueblo os considere su objetivo, su meta.

–Entiendo vuestra idea, pero yo sólo soy un hombre... –comencé diciendo.

–Os equivocáis. Sois "EL HOMBRE".

–¿El hombre? Por poner un simple ejemplo, Yárrem lucha mucho mejor que yo.

–No lo pongo en duda. También habrá mejores pilotos, guardianes más rápidos o fuertes. Pero primero; no tienen su carisma y segundo; hasta la

LibrosEnRed

fecha no hay ningún estratega mejor que usted. Hemos revisado multitud de combates simulados y habéis ganado todas las batallas. Siempre tenéis una idea, estrategia o forma de sorprender al enemigo.

–Más tarde o temprano surgirá alguien mejor que yo.

–Tal vez, lo que es seguro que no lo suficientemente pronto. Por lo que será tarde para cambiar de líder. Lo que tendréis que hacer es convertirlo en vuestro consejero.

–Me han convencido Venerables.

–Cuenten con nuestro apoyo –dijo Yárrem.

–Me gustaría saber y, si es posible ver, cómo funciona "La Celda". Sin ánimo de ofender a los extranjeros, no me gustaría que volvieran a repetirse tan terribles acontecimientos, esta vez con nuestro Príncipe –dijo un Venerable que no había visto nunca, debía sustituir al fallecido Lorj.

Ambos me miraron y afirmaron con la cabeza. Tecleé la orden en mi O.B. y se la trasmití a ambos, que quedaron petrificados durante un par de segundos. En cuanto volvieron, miraron con descaro al Venerable que había solicitado la prueba.

–Como ya ha quedado demostrado, mis dos hombres quedan exentos de cualquier duda. Desde este instante ambos serán tratados por su rango, el de Capitanes. Anyel será Capitán del segundo ejército y Yárrem se hará cargo de las tropas de elite y administración. Esta es mi primera decisión.

Mis palabras tomaron por sorpresa, tanto al Gran Consejo, como a los propios Yárrem y Anyel.

–Y como tal será respetada y obedecida –sentenció el Jefe del Gran Consejo.

LibrosEnRed

Capítulo 9

ARCHIVOS PRIVADOS DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
DÉCIMO AÑO DE ENTRENAMIENTOS CON EL MAESTRO ZERK.
GRAN DAMA.

Durante los primeros diez años, aparte de conocer a fondo toda la Gran Dama, el entrenamiento se centró en los cazas. Cada cien combates el Maestro participaba en uno y aunque le atacábamos con todas nuestras estrategias, literalmente nos machacaba. En cada uno de esos encuentros aprendía algo y cuando creía que no podía aprender nada más, volvía a surgir algo nuevo, hasta que al final llegué a la conclusión de que siempre se puede aprender algo, aunque sea poco.

Iba con Katrina, a la sala de los cazas, comentando los últimos combates, cuando oímos la voz del Maestro a través de nuestros O.B., pegándonos un buen susto ya que siempre era Dama, la I.A. la que controlaba la nave y todos los sistemas auxiliares, la que nos llamaba para cualquier cosa.

–Os quiero a todos, sin excepción, en la sala central de reunión –dijo sin dar más explicaciones.

Cuando llegó el último compañero, que como siempre fue Tora, hasta el Maestro la había dejado por imposible, nos ordenó que nos alineáramos de mayor a menor en victorias de combate. En el primer lugar estaba yo, con el ochenta y dos por ciento de las victorias, en segundo, Trash con el once por ciento, en tercera posición Urgan con el dos por ciento, el restante cinco por ciento se lo repartían entre los demás.

–El aprendizaje con los cazas ha terminado –dijo el Maestro–. A partir de hoy, el que quiera practicar en los simuladores tendrá que hacerlo en su tiempo libre.

–Pero aún no nos acercamos remotamente a Prance, Trash o Urgan.

–Lo sé perfectamente Yamazu. Si quieres mejorar, tendrás que practicar más. He instalado una serie de programas para acelerar vuestras técnicas. Os enfrentaréis a nuevos pilotos (ficticios) y a situaciones de combate en desventaja. A partir de hoy vais a aprender el manejo del ordenador instalado en vuestro brazo, el O.B., y por consiguiente a manejar vuestras armas.

LibrosEnRed

Como habéis comprobado, con mi mensaje, he activado vuestros ordenadores. Tened cuidado, no toquéis ninguna de sus funciones.

En el instante que decía eso el Maestro, Kilian de Waljo y Deria tocó una de las teclas del ordenador. En el acto se quedó rígido y cayó al suelo como muerto.

–Las prisas suelen ser malas compañías. Brobon, tócale.

–Está rígido. Respira pero parece que no se puede mover.

–Ha activado una forma de endurecimiento molecular del Traje.

–¿Para qué puede servir si no te puedes mover? –preguntó Brobon de Plot y Arme.

–Todo tiene utilidad dado un caso u otro pero eso, –dijo señalando a Brobon–, se suele utilizar, en un grado menor, no a plena potencia, para defensa. Además, si uno se armoniza con el sistema, puede moverse. Una vez que lo utilicé fue en un planeta, cuya presión atmosférica era tan brutal, que sin el endurecimiento, me abría aplastado.

–Entonces lo más normal es que se utilice para trabajar a grandes profundidades oceánicas –afirmé.

–Como siempre tienes razón Prance, es su uso más normal. Así que si os parece comenzaremos por esta función. Mirad vuestro ante brazo, tocad la tecla de la izquierda, junto a la muñeca.

Lo tocamos casi de inmediato y, menos Trash y yo, todos cayeron de bruces al suelo. Nosotros antes de apretar la tecla, tratamos de equilibrarnos y separamos un poco las piernas, tratando de mantener los brazos junto a al cuerpo.

–A todos mal, ya que no se os ha ocurrido preguntar antes cómo se regula la intensidad del endurecimiento, y a los que estáis en el suelo, sólo puedo deciros que no entiendo cómo sois tan brutos –dijo irónicamente, riendo con su potente carcajada.

Tardamos algunas semanas en aprender a manejar, y movernos sin dificultad, en los distintos grados de endurecimiento.

ARCHIVO DE COMBATE DE LA GRAN DAMA.
SITUACIÓN: GRAN DAMA.

Al cabo de tan sólo veinte años ya disponíamos de un ejército de ochocientos mil hombres. Todos tenían su Traje y, sin excepción, habían pasado

LibrosEnRed

por "La Celda". Puse a los diez primeros de la lista en los más altos cargos, como al Capitán Inssidaz, al cargo de la instrucción de tropas y el Capitán Degárdijad encargado de dirigir las líneas de abastecimiento. En tan poco tiempo, las tropas estaban muy verdes en distintos campos, por eso se decidió desde un comienzo a especializarlas y dividirlas, a pesar del riesgo, en pilotos de caza, transporte, tropas de asalto, ingenieros, científicos, tropas de elite, seguridad, abastecimiento, información, suministros, logística, etc, etc. Probablemente el Maestro no lo habría aprobado pero no tenía otra opción.

Aunque toda Pangea se volcó en preparar la defensa del planeta, tras cincuenta años, la proporción seguía siendo de tres a uno. Anyel había preparado un cuerpo especial de espías que, en puestos avanzados, planetas y asteroides, vigilaban y trataban de controlar los movimientos del Mal, que con sus atractivas ofertas de poder, dinero, riquezas y destrucción, encontraba adeptos por todas partes. Pero nuestro mayor problema eran las flotillas piratas que se dedicaban a atacar nuestras líneas de abastecimiento, obligándome a repartir la mitad de mi flota por las líneas, para proteger a los cruceros de carga, que esencialmente transportaban metales.

El Mal, mientras tanto, dedicaba todas sus energías a la construcción de cruceros para poder atacar Pangea y, en especial, poder destruir a la Gran Dama. Pero Trash conocía el poder de la Gran Dama, le iban a hacer falta muchos cruceros y tripulaciones muy bien entrenadas para poder atacarnos. Su problema era que disponía de muy pocos Jades, sólo los que sus trajes producían, aproximadamente uno cada diez meses, por lo que sus tripulaciones al envejecer debían ser periódicamente renovadas, sin contar que sus heridos tardaban el tiempo normal en recuperarse, no como mis hombres que en pocos días, por graves que fueran sus heridas, se recuperaban plenamente.

Muchos planetas no le permitían repostar y si decidía atacarles, aparte de desgastar sus tropas, le retrasaban en su objetivo. Aun así encontró varios sistemas que decidieron unírsele, lo que le proporcionaba varios lugares de refugio, impidiéndonos atacarle ya que aún no disponíamos de tropas suficientes y lo que aún era más grave, no podíamos mover la Gran Dama por que no disponíamos de tripulación cualificada, que no fue formada hasta que no pasaron ciento cincuenta años. Por suerte, Trash creía que yo era capaz de manejarla sólo, al igual que lo hacía el Maestro. Nada más lejos de la realidad, esa lección no llegó nunca.

Para poder manejarla hubo que modificar y emplear nuevas órdenes en todos los sistemas computerizados, a excepción de Dama. El día que conseguimos formar la tripulación, fue uno de los más importantes de mi vida.

LibrosEnRed

Si conseguíamos manejar a la Gran Dama correctamente, Trash lo tendría muy difícil, ya que Dama era una nave espléndida y con un poder de ataque inconcebible.

La partida de Pangea fue vitoreada hasta por el último Warlook del continente. Mi gran pregunta era cómo demonios el Maestro la manejaba sólo. Era imposible por que había que estar en cientos de sitios a la vez. La tripulación la componían alrededor de cincuenta mil guardianes, que tras muchos, intensos y agotadores entrenamientos, habían conseguido ser uno con la nave. La única explicación que se me ocurría era que preprogramara la ruta hasta Pangea. ¿Pero cómo solucionó todos los posibles problemas que seguro surgieron por el camino?

Todo fue bien hasta el decimosexto día, que empezamos a descubrir nuestros errores. Yárrem se empeñó en reforzar la seguridad y creó una cantidad de órdenes para los sistemas que no se podrían leer en un año.

Estaba en mis aposentos, que antes habían sido del Maestro, cuando Yárrem entró para comentarme unas informaciones relativas a unos sistemas cerca de la frontera de Dénniss. De pronto sonó la alarma y una voz nos informó:

–Naves enemigas detectadas. Todos los guardianes deben dirigirse a sus puestos.

Mis aposentos estaban muy cerca de la Gran Sala de Control de Dama, así que en menos de dos minutos nos personamos ante la doble compuerta principal, que permaneció cerrada a pesar de nuestra presencia.

–Compuerta, abre –le ordenó Yárrem.

–Petición denegada –respondió.

–¡Abre! –gritó.

–No –respondió escuetamente.

–¡Escucha máquina estúpida, el Príncipe necesita entrar en la sala de mando para dirigir la defensa y el ataque! ¡Abre! –dijo Yárrem gritando más que hablando.

–No. Tengo órdenes de no permitir que nadie entre en la sala de mando una vez que suena la alarma.

–¡Mald...!

–Déjame Yárrem –le dije seriamente.

–Lo siento, yo...

LibrosEnRed

–No importa. Compuerta, soy el Príncipe Prance de Ser y Cel, abre.

–No.

–Soy el Capitán de esta nave y debes obedecer todas mis órdenes. Abre.

–No.

En ese momento una suave sacudida hizo temblar toda la nave, se acababan de activar los escudos defensivos de combate. Todas las alarmas de ataque se activaron.

¡ALARMA! ATAQUE ENEMIGO EN CURSO. FUERZAS ESTIMADAS; VEINTICINCO CRUCEROS DE COMBATE. ¡ALARMA! ATAQUE ENEMIGO EN CURSO. FUERZAS...

–¡Esto es una orden directa! ¡ABRE! –le grité.

–No. El ataque es inminente. Ultima orden de seguridad; sellado total.

Yárrem estaba pasado. Dama no atacaría a los cruceros enemigos sin una orden de un Capitán de nave y los dos únicos Capitanes abordo estábamos al otro lado de la puerta. En cuando se dieran cuenta que no nos defendíamos, nos atacarían con toda su potencia para destruir nuestros escudos y luego a la Gran Dama.

–¿De quién debes recibir la orden para que abras? –le pregunté alarmado.

–De Dama.

–¡Dama! ¡Sé que me estás oyendo! ¡Ordena a esta puerta descerebrada que abra!

–Sí, mi Príncipe.

–Apertura en curso –dijo mientras la doble puerta acorazada se abría.

Entramos como una exhalación en la sala. Todos se volvieron al oírnos, mirándonos aliviados. Rápidamente me senté en el sillón de mando, que se hallaba en el centro, y Yárrem hizo lo propio, en el suyo.

–Todas las naves de combate listas para despegar y atacar al enemigo –dijo un Guardián de ayuda al puente de mando.

–¿Órdenes mi Príncipe? –preguntó el Jefe de armamento.

–Que no salga ninguna nave.

–¿Pero...? –comenzó a decir Yárrem.

–No abráis fuego.

–Está todo listo. Todos los sectores en alerta. Todos los hombres en sus puestos. Todas las secciones selladas y aisladas para evitar fugas, en el caso

LibrosEnRed

de que el enemigo nos alcanzase. Todos los sistemas de ataque preparados para abrir fuego. Espero sus órdenes –informó Degárdijad.

–No abráis fuego –repetí.

Un débil rumor empezó a recorrer la sala. Yárrem se puso en pie se acercó y me susurró al oído:

–Prance, si no atacamos, nos destruirán en poco tiempo.

–Lo sé. Vuelve a tu puesto.

–Sí, mi Príncipe –dijo lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran.

A los dos minutos nos atacaron prudentemente, esperando nuestra reacción. Al comprobar que no nos defendíamos, comenzaron a disparar con toda su potencia de fuego.

–¿Cómo van los escudos? –pregunté a Degárdijad.

–De momento aguantan, pero no sé por cuanto tiempo lo harán –respondió preocupado.

Los rumores iban en aumento.

–Dama, quiero que emitas un mensaje a Pangea.

–¿Qué línea de transmisión quiere que utilice? –me preguntó con voz tranquila, como siempre.

–Todas.

–Líneas preparadas, ¿cuál es el mensaje?

–S.O.S., S.O.S. Envíen cruceros. Sistema defensivo inoperante. Ataque de fuerzas enemigas, veinticinco cruceros.

–Inicio de transmisión.

–Repite el mensaje ininterrumpidamente.

Los rumores llenaban toda la sala. Yárrem se puso de nuevo en pie.

–¡Capitán Yárrem, vuelva a su puesto! –grité imperativamente acallando los rumores, aunque no las dudas. Debía acabar con las dudas.

–Sí, mi señor –dijo volviendo a sentarse.

–Que nadie haga nada hasta que yo lo ordene, a no ser que quiera que toda mi furia caiga sobre él –amenacé a los presentes en la sala.

–Los espaciopuertos informan que están listos y preguntan el por qué de la demora –informó el Jefe de comunicaciones interiores.

LibrosEnRed

–Ordéneles permanecer en sus puestos y a la espera.

No hubo que esperar a la tercera repetición del mensaje. De los cruceros salieron todos los cazas que tenían y se dirigieron directamente hacia nosotros. Lanzaron unos prudentes ataques tanteando la situación y esperaron la llegada de los cruceros, que se fueron desplegando rodeándonos completamente por todos los lados, comenzando a disparar casi de inmediato. El ataque ya había consumido la mitad de la energía de los cruceros, lo que les obligó a desviar parte de la de los escudos para seguir el máximo tiempo posible con el ataque. Fue entonces cuando recibimos la primera transmisión del Mal.

–Tenemos una comunicación de los cruceros enemigos–dijo Yárrem bastante pálido.

–Dama, que sólo me vean a mí y quiero que se oiga de fondo, voces de alarma gente corriendo, fuego y alguna que otra explosión lejana –le ordené tranquilo.

–Como si estuviéramos dañados –dijo Yárrem empezando a comprender.

Sagalu de Art y Fenuta apareció inundando la pantalla principal. Sonreía y se daba aires de superioridad.

–Cuanto tiempo sin verte Prance.

–Para mí no ha sido suficiente. ¿Qué quieres? –le pregunté cabizbajo.

–Tu rendición incondicional.

–No.

–Es una estupidez que la Gran Dama sea destruida. Tu tripulación será respetada, tienes mi palabra.

–No puedo confiar en tu palabra.

–Y tu vida... bueno eso dependerá de lo que decida Trash.

–Podemos aguantar. Además pronto llegarán refuerzos de Pangea.

–Lo dudo. Si vienen, Trash y Tógar los entretendrán o mejor dicho, los aniquilarán.

–No vamos a rendirnos –dije desesperadamente cortando la comunicación.

Al comprobar que seguíamos sin defendernos ni movernos, se aproximaron todo lo que pudieron para que sus armas hicieran el mayor daño posible, a nuestros escudos. En su afán de terminar con nosotros lo antes posible, estaban tan cerca unos de otros que casi se tocaban sus escudos. Eso era lo

LibrosEnRed

que estaba esperando, que se desplegaran y aproximaran de forma que no pudieran defenderse como grupo.

–Dama, ¿los escudos? –le pregunté indiferente.

–Los más dañados son lo que protegen la zona de propulsión principal, están al treinta por ciento. Tiempo estimado de fallo, doce minutos con quince segundos.

–¿Armamento?

–Todas las baterías y líneas de fuego, preparadas y a máxima potencia.

–Apunta, con todo lo que tengamos, a los cruceros que más energía hayan destinado en el ataque de los escudos.

–Son ocho.

–Fuego a máxima potencia sobre los puestos de mando.

El resultado consiguió sorprenderme a mí mismo. Los escudos de esos cruceros no soportaron ni diez segundos la potencia de nuestro fuego, destruyéndose los puentes de mando y por tanto el control de los cruceros, permitiéndonos, en los siguientes disparos, alcanzar sus núcleos de energía, provocando la detonación de las naves. Al estar tan cerca los demás cruceros y cazas, se inició una especie de reacción en cadena que prácticamente destruyó a veinte cruceros, agotando los escudos de los restantes. Sin escudos, barrerlos del espacio fue cuestión de segundos. Los pocos cazas que sobrevivieron, fueron destruidos en pequeñas escaramuzas con los nuestros. Sin daños para la Gran Dama, había acabado con el tercer ejército del Mal de un plumazo y con el tercer traidor.

Yárrem me observaba admirado. No cabía de gozo en sí mismo. Todos los hombres voceaban la victoria. Pedí a Dama que detuviera la transmisión y emitiera el resultado del combate. Cuando los hombres comenzaron a tranquilizarse, ordené a Yárrem que fuera a mis aposentos. Cuando la doble compuerta se cerró me giré y le miré muy serio.

–Ya sé Prance que no debía haber...

–No, Yárrem no me preocupa tu temor o duda, en el puente de mando, respecto a mi estrategia, que era la única que podíamos desarrollar.

–Pero dado como han aguantado los escudos... el riesgo...

–Ya. ¿Cuánto tiempo nos habría costado acabar con Sagalu si los cruceros se hubieran mantenido a distancia atacándonos alternativamente? ¿Cómo habríamos podido hacerles frente? ¿Les habríamos podido derrotar?

–La Gran Dama...

LibrosEnRed

–¿Pudiendo ser relevados por las flotas de Trash o Tógar? –le pregunté pensativamente–. No lo creo. Trash está cerca pero no ha llegado a tiempo. Sin duda habrá dejado a Tógar en espera de los refuerzos de Pangea, con órdenes de resistir hasta que nos hubieran destruido.

–¿Entonces vamos a ser atacados de nuevo?

–No. Amigo, no. Ahora sabe que podemos manejar la Gran Dama perfectamente. No se arriesgará. No tiene el potencial suficiente, además ha perdido el factor sorpresa. No contaba con la impaciencia y prepotencia de Sagalu. Si se hubiera mantenido a distancia en ataques cortos esperándole, tal vez el resultado habría sido distinto.

–¿Entonces por qué tienes esa cara? –me preguntó preocupado.

–Por el lío que has montado, con la seguridad, en Dama.

–No quiero poner excusas pero la programación de esta nave es de locos. Todos los sistemas piensan independientemente, hay miles de ellos que en teoría se coordinan pero que en la práctica se dividen en grupos, que a veces interactúan con unos y a veces con otros. Todos dependen de Dama, eso es lo único que no se puede cambiar. Todo lo demás... creía que sí pero dado el error de la puerta, veo que las órdenes viejas se, digamos, almacenan.

–¿Almacenan? –le pregunté extrañado.

–Sí. No nos permitió pasar, por que la primera orden que le introduje fue que no permitiera pasar a nadie en caso de ataque, pero luego le introduje que tú tendrías acceso directo.

–Pero no me ha dejado pasar.

–No, a órdenes contradictorias se valida la primera.

–Eso no tiene sentido.

–Puedo asegurarte que otro sistema tomaría otra opción, incluso el mismo, en la misma situación, también optaría por otra.

–Está muy claro que todas las nuevas órdenes deben ser validadas por Dama.

–Sí. No podemos volver a tener un problema como el de hoy.

–¡Dama!

–Sí, mi Príncipe.

–Quiero que a todos los sistemas de la nave les ordenes lo siguiente; primero, yo siempre tengo preferencia ante cualquier orden, incluso a una

LibrosEnRed

tuya. Segundo, todos los Capitanes tienen acceso a todas las secciones de esta nave. Tercero, en caso de duda me consultarás a mí, a Yárrem, o al Capitán Anyel, o en el caso que no estemos ninguno a bordo, o no puedas comunicarte con ninguno, al Capitán o Guardián que esté al mando en ese momento. ¿Entendido?

–Sí, mi Príncipe. Ya he empezado a transmitir tus órdenes.

–Prance, tal vez sea un riesgo que todos los Capitanes tengan acceso a todo.

–¿Con "La Celda"? No lo creo. Además, Dama detectaría de inmediato a cualquier intruso. Todo esto no ocurriría, si el Maestro no hubiera sido tan esquivo en lo referente a enseñarme cómo funciona Dama. Siempre me daba largas.

–Dama, ¿a cuánto estamos del sistema Tanaran?

–Dos días. Hay muchos asteroides en este sector. Un salto directo es imposible –respondió con rapidez, como lo hacía siempre.

–¿Para qué queréis que vayamos a ese sistema? Es neutral.

–¿Neutral? Da cobijo a los cruceros piratas. Voy a tratar hacer un pacto con ellos para que no ataquen nuestras líneas de abastecimiento.

–Como quieras, prepararé una escolta.

–Ni se te ocurra. Iré sólo o casi, Anyel estará allí esperándome.

–Por lo menos dejadme que un pequeño crucero de asalto, os proteja hasta el destino.

–Bien, pero permanecerá en órbita ocultándose de los posibles rastreos. Necesito que crean que voy sólo.

SISTEMA TANARAN.
PLANETA GLOB: NEUTRAL.

Salimos de la pestilente taberna, con el olor a humo y porquería incrustado en las fosas nasales. La charla, con el Comandante de la flota pirata, había durado hasta la madrugada pero había valido la pena. Deseaba que nos quedáramos a pasar la noche pero a Anyel no le pareció prudente. Anyel me comentaba sus averiguaciones sobre la flota pirata de camino al espaciopuerto. El exterior estaba en penumbra y la lluvia que había caído durante la reunión, había llenado las callejas de charcos malolientes que reflejaban alguna de las tres lunas.

LibrosEnRed

–Prance, no me convence el trato que has hecho con esos piratas. No creo que lo respeten y si nos traicionan...

–Anyel, confío en su líder. Creo en su palabra, además no puede defenderse de nosotros y del Mal a la vez. Estar entre dos fuegos, es un lujo que no puede permitirse. Tampoco puede unirse a ningún bando, nosotros no le permitiríamos seguir como pirata y ellos lo eliminarían en cuanto tuvieran ocasión.

–Pero él también sabe que no podremos quedarnos indiferentes a sus ataques a cruceros de comerciantes, o ataques selectivos a ciudades, para saquearlas. Más tarde o temprano nos enfrentaremos.

–Eso lo tiene muy claro, pero prefiere ser prisionero vivo del Bien que prisionero torturado y muerto del Mal.

Desde la salida de la taberna, escondido entre las sombras, alguien nos venía siguiendo. Anyel también se había dado cuenta.

–Nos están siguiendo.

–Ya me he dado cuenta –le dije.

–Deberíamos salir de estas callejuelas.

–Está sólo. Dejémosle acercarse. Quiero saber qué es lo que quiere.

–¡Prance! ¿Qué va a querer? ¡Nuestra bolsa!

–Tal vez, además no llevamos bolsa.

–Pero él no lo sabe. Puede tener más amigos por delante, preparándonos una emboscada.

Activé parte del casco, cubriendo uno de mis ojos, para ver la pantalla de rastreo.

–No hay nadie. Está sólo –dije tranquilizándole.

–No debes correr riesgos –me reprendió paternalmente.

–¿Has perdido ese instinto de lucha en tus chanchullos de espionaje? –pregunté intentando pincharle.

Tan sólo pasaron unos minutos cuando el extraño apareció por delante, surgiendo de entre las sombras de un callejón transversal. Llevaba una careta que le cubría el rostro y que se utilizaba en los transbordos entre naves, por si existía alguna fuga de aire, aunque esta, dado su estado, no serviría para nada si llegara el caso.

–¡Alto! –dijo imperativamente. Por su voz no debía tener más de catorce Al Preams.

LibrosEnRed

–¿Qué es lo que quieres muchacho? –le preguntó Anyel.

–¡Dadme todo lo que llevéis y os dejaré marchar sin daño! –espetó duramente.

Anyel hizo un amago de llevarse la mano en busca de su espada láser, bajo la capa que ocultaba su identidad, al igual que la que yo llevaba pero, con un gesto, se lo impedí. Había algo en ese chico, algo que despertó mi curiosidad.

–¿Y por qué deberíamos darte nuestras pertenencias, muchacho? –le preguntó de nuevo Anyel.

–Primero, no soy un muchacho, ¡soy un hombre! Y segundo, porque si no me veré obligado a cogerlas de vuestros cadáveres –dijo entre dientes.

Intentó ser tan duro que lo único que consiguió fue provocarnos un ataque de risa, cosa que le hizo temblar de furia.

–Inténtalo, muchacho –dijo Anyel entre carcajada y carcajada.

–No mi fiel amigo, permíteme la lección.

En esto, el atracador se lanzó sobre mí, daga láser en mano. Tuve que hacer una sencilla cinta para que el pobre muchacho cayera de bruces, en medio de un charco cenagoso, saliendo disparada la careta que le cubría el rostro. Lejos de rendirse se revolvió en mi busca, limpiándose el barro de la cara con la manga de su raída chaqueta.

–Mira, muchacho, va a ser mejor que te vayas a casa antes de que te hagas daño –le dijo Anyel sin poder parar de reír–. Mi señor no puede perder más tiempo contigo.

Yo, en cambio, ya no me reía. Miraba al chico con detenimiento, había algo especial en él. Su reacción fue rápida e inusitada, se lanzó contra mí con gran furia pero sin técnica, casi como si fingiera. En cuanto estuvo a mi alcance, le cogí por la muñeca en la que llevaba la daga obligándole a soltarla y, a la vez, haciéndole rotar sobre sí mismo estrellándose de espaldas contra el húmedo y duro pavimento.

–Muchacho, deberías haberme hecho caso, ja, ja, ja, y haberte ido, ja, ja, ja,... –se burlaba Anyel.

La cara del muchacho se endureció y me miró desafiante. Se guardaba un as en la manga. Ya no tenía dudas de que estaba fingiendo, pero mi curiosidad pudo más que la lógica, matarlo de un disparo. Se puso de nuevo en pie pero esta vez con tranquilidad, flexionó con un poco las piernas, pegó un potente salto que me sobrepasó, ya que el objetivo era Anyel, y sacando

LibrosEnRed

una nueva daga láser de entre sus ropajes se la puso en el cuello, agarrándolo por un costado, deteniendo su risa en el acto.

–Y ahora hagan el favor, caballeros, de entregarme sus armas y su dinero, si son tan amables. Usted primero, "mi señor", a no ser que quiera que le corte el cuello a su "fiel amigo".

Fue entonces cuando volví a soltar unas sonoras carcajadas.

–Se lo digo muy en serio. El dinero o le corto el cuello –amenazó.

Le miré fijamente a los ojos que me revelaron que no lo haría. Anyel permanecía muy quieto preparado para neutralizarle a mi señal.

–No eres un asesino –le dije poniendo los brazos en jarras.

–Ponme a prueba –contestó menos seguro.

–Está bien. Mátale.

El chico estaba totalmente desconcertado, en cambio Anyel me miraba perplejo.

–Voy... voy a... cortarle... –balbuceó.

–Guarda la daga, chico. Además, nunca habrías conseguido dañar a Anyel.

–No creo... –comenzó a decir antes de que Anyel, con un rápido movimiento, le desarmara. El chico pareció desanimado, aturdido, como si no se encontrara a sí mismo.

–Tranquilo, no te vamos a hacer nada –dije.

–¿Cuál es tu nombre? –le interrogó Anyel.

–Laurence.

–Extraño nombre. ¿De qué sistema eres? –le pregunté extrañado mirando sus intensos ojos azules marino.

–No lo sé.

–¿No lo sabes? –preguntó irónicamente Anyel–. Eso no es posible, ¿qué eran tus padres, mercaderes espaciales ambulantes?

–Cuando era muy pequeño, viajaba con mis padres en una nave de transporte que se estrelló aquí, en este planeta. Todos murieron menos yo, claro. ¿Qué van a hacer conmigo? ¿Me van a entregar a los protectores de la zona? –preguntó angustiado.

–¿Sabes quienes somos?

–Parecéis un par de esos guardianes de los que todo el mundo habla.

LibrosEnRed

–¿Y aun así nos has atacado? –le preguntó Anyel sorprendido.

–Sí. ¿Van a matarme?

–Si hubiéramos sido guardianes del Mal, ya estarías muerto. Eres libre de irte o de venir con nosotros –le dije.

–¿Ir con ustedes?

–Sí, unirte a los Guardianes del Bien.

–¿Y salir de este lugar? ¡Claro! –exclamó abriendo mucho esos intensos ojos azul marino.

–¡Mi señor! No es mas que un ladronzuelo...

–Un ladronzuelo que ha conseguido sorprenderte.

–Tal vez tengáis razón –dijo mirando alegremente al chico, mientras le revolvía el pelo.

–Te esperamos dentro de una hora en el espaciopuerto, despídete de quien quieras pero no traigas más que lo imprescindible –le ordené.

–Allí me tendréis.

–Allí me tendréis, mi señor –le corrigió Anyel.

–Sí, mi señor –le contestó.

–A mí me llamarás Capitán.

–Sí, Capitán –dijo saliendo corriendo.

–¿Has visto a alguien con unos ojos como esos? –le pregunté a Anyel.

–Nunca. A ninguna raza. ¿Tienes alguna idea de dónde puede ser?

–No. Pero veo mucho potencial en ese chico. Mucho.

ARCHIVO PRIVADO DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
CUARENTA Y CINCO AÑOS DE ENTRENAMIENTO CON EL MAESTRO ZERK.
GRAN DAMA.

Aprender el manejo del O.B. fue realmente complicado, tenía miles de funciones que se entremezclaban; controlaba el armamento, el estado de energía del Guardián, escudo circular de defensa en combate cuerpo a cuerpo, estado y carga de las armas, posibilidad de acoplar nuevo armamento en el Traje, comunicaciones, información general, traducción automática, etc., etc., etc...

Tras treinta y cinco años de dura investigación, llegamos a manejarlo aceptablemente. Aunque necesitamos diez más para usarlo como si fuera una

LibrosEnRed

extremidad más. Pero lo que realmente deseaba era conocer a fondo la Gran Dama, sabía que aún era pronto pero la curiosidad me estaba carcomiendo, así que me dirigí a los aposentos del Maestro. Estaban las puertas abiertas y él permanecía dándome la espalda mirando una serie de cifras, incomprensibles para mí. Entré sigilosamente intentando sorprenderle por la espalda.

–Prance, no eres lo suficientemente sigiloso como para atraparme.

–Algún día os cogeré por sorpresa, Maestro.

–No lo dudo. Dama, cierra las dobles puertas y tú deja el protocolo para cuando no estemos solos.

–Como quieras, Zerk.

–Bien, ¿qué ocurre? Esto no creo que sea una visita de cortesía.

–¿Ahora lees las mentes?

–Ojalá pudiera hacerlo. Hay razas que lo hacen y se comunican entre ellos así. Aunque no suelen poder hacerlo si el otro no quiere.

–Me gustaría que me enseñaras a manejar la Gran Dama –solté de sopetón.

–No puedo creer que te oiga decir eso. Ni siquiera manejas plenamente tu ordenador y quieres aprender a manejar la nave más compleja de toda la galaxia. No tengas prisa, puedo asegurarte que serás el primero en aprender a manejarla, siempre y cuando sigas como hasta hoy.

–También Trash quiere aprender y supongo que los demás tienen el mismo interés.

–Más adelante... Ahora, lo que debéis aprender es a luchar cuerpo a cuerpo con las distintas armas. Ja, ja, ja... me va a encantar pegaros unas buenas palizas.

–Eso habrá que verlo –dije mirándole a los ojos, desafiante.

–Me encanta tu autoconfianza, puedes estar seguro que contigo me voy a ensañar de mala manera.

–Os aseguro que no voy a permitirlo "Venerable".

–¿Venerable? No creo que aparente más de treinta.

–Físicos no, pero mentales... –dije burlonamente.

–Ese comentario te va a costar muy caro, querido alumno.

LibrosEnRed

–Tiemblo tanto que no puedo pulsar ninguna tecla de mi O.B. –volví a burlarme.

–Ya veremos...

¿Temblar? El Maestro cumplió su palabra. Conmigo era con el que más duro se comportaba. Me daba semejantes palizas que llegué a pensar que iba en serio y que me quería matar. Pasé decenios tan magullado que ni el Traje era capaz de regenerar todos los daños producidos día tras día, incluso se me olvidó lo que era sentirse totalmente bien y sin ningún tipo de dolor, ya que el Maestro anuló el modo de neutralizarlo, a través del O.B.

ARCHIVO DE TROPAS DE LA GRAN DAMA.

Laurence, en tan sólo quinientos años, demostró ser el mejor hombre que había reclutado como Guardián. Tras consultarlo con Anyel y Yárrem, que estuvieron totalmente de acuerdo, decidí nombrarle mi segundo y le puse al mando de todos los ejércitos, con el rango de Capitán de Capitanes. Tardé trescientos años en instruirle completamente en estrategia y combate, con la idea de que si algún día faltaba, él sería quien me sustituiría. Al Capitán Yárrem le puse al frente de la administración, las tropas de elite y a cargo de mi seguridad. En cambio, a Anyel, le permití continuar con su equipo de seguimiento y vigilancia de las tropas del Mal. Era un puesto realmente arriesgado, ya que muchas veces implicaba instalar observatorios o pequeñas bases en territorio enemigo, siempre ocultas y bajo el riesgo de ser localizadas y destruidas.

Algo que me intrigaba era averiguar de qué sistema solar era Laurence, cosa que no descubrimos ni con los análisis genéticos. El ADN no nos dio ninguna pista, así que de momento era el único de su raza. Estaba acabando unos informes en mis aposentos cuando entró Laurence.

–Yárrem me ha comentado que vais a bajar a Pangea, mi señor.

–Déjate de protocolos, aquí no hay nadie, ¿verdad Dama?

–Aparte de vos, no mi señor.

–¿Puedo saber a qué vas? Tendríamos que partir hacia el Sistema Ghurkilonte. El Mal anda revuelto por esa zona.

–Voy a una reunión con el Gran Consejo, no me han informado pero hay algo que les preocupa.

LibrosEnRed

–Tal vez sea que no tenemos ni idea de dónde se encuentra el primer ejército del Mal.

–No puedo creer que hayas empezado a utilizar el cerebro, pequeño salteador de ancianos desvalidos.

–Muy gracioso. Espero que tengas un viaje agradable. Tu escolta está lista –informó sonriente.

–No crees ningún chandrío en mi ausencia y ni se te ocurra organizar ningún ataque –dije señalándole en broma.

–No te preocupes, seré el perfecto Capitán. Vete, luego me cuentas.

–Luego te veo y te informo, no te preocupes.

La verdad es que el que estaba preocupado era yo, Laurence tenía razón, la reunión era sin duda por la flota de Trash. Anyel no había podido descubrir nada de él durante meses, era como si se hubiera ocultado en un agujero negro.

Me dirigí al espaciopuerto uno donde Yárrem había preparado a Tankai, para llevarme a Pangea. Dentro, me esperaba un escuadrón de elite. También una docena de pequeños cruceros nos escoltarían y una veintena de cazas irían alrededor nuestro para retener a cualquier atacante. A mi regreso tendría otra agotadora reunión con Yárrem y el Capitán de ingenieros Taban, que estaban emocionados con la planificación de una nave personal de transporte y ataque, hecha a medida para mis desplazamientos. Con ella, la escolta se reduciría considerablemente. Pero era un proyecto a largo plazo, ya que la construcción de una nave así, sería muy complicada.

Pangea estaba en plena ebullición con la colonización. Tras muchos siglos de esfuerzos, por fin, la primera colonia de Marte, estaba terminada y el planeta habitable. Todas las semanas partían dos naves para la nueva colonia en la inacabada ciudad, una con colonos y la otra con material. Iba a ser duro ser la primera colonia. Las naves harían viajes hasta que en la ciudad hubiera cincuenta mil colonos. Tendríamos que esperar que se establecieran y consiguieran un equilibrio socio–económico–ambiental para iniciar la instalación de población, en las restantes colonias que estaban en proyecto.

Aterrizamos muy cerca de una de las naves que ese día iba a partir hacia la colonia. Nada más poner un pie en la pista, docenas de colonos nos rodearon para saludarnos y alabarnos. No llevaba andados veinte metros entre ellos, cuando mis piernas chocaron suavemente contra dos pequeños bultos. Eran dos niñas de entre seis y nueve años, de pelo negro, largo y

LibrosEnRed

suavemente ondulado. Me puse en cuclillas para estar a su altura y poder hablar con ellas.

–Hola, ¿cómo os llamáis?

–Vamos, respondedle niñas, el Príncipe no va a haceros nada –dijo la madre, que estaba junto a ellas.

–Mhar y mi hermana Jhem –dijo la mayor.

–¿Tu hermana no tiene lengua? –pregunté divertido.

–Zí tengo.

–No te creo.

–Zí, mira –respondió sacándome la lengua.

–¡Jhem! –exclamó la madre alarmada.

–Ja, ja, ja... No se preocupe. Además yo se lo he pedido. Ja, ja, ja...

–¿Eres un dios? –me preguntó Mhar.

Era la primera vez que oía esa pregunta pero por desgracia no sería la última.

–¿Quién te ha dicho tal cosa?

–Mi papá.

–Dile a tu papá que yo no soy ningún dios, sólo un hombre como otro cualquiera pero con más responsabilidades, ¿vale?

–Vale.

–Zí –respondió también la otra, apoyando a su hermana.

–Una cosa más. Quiero que seáis buenas y obedezcáis a vuestros padres en todo. A donde vais no es como esto, así que portaos bien, ¿vale?

–Vale.

–Zí.

Las dos me abrazaron y dieron un beso en cada mejilla. Yo les di otro y me alejé. Cuando los colonos eran sólo puntitos, me giré para mirarles. Aún notaba los pequeños labios de las niñas, en mis mejillas. Algún día debería ir a Marte para ver cómo les iba. Algún día...

Pasó un año y por fin tuvimos noticias del primer ejército del Mal. Recibimos un S.O.S. de un sistema que se hallaba a cinco días de viaje. Trash de-

LibrosEnRed

bía estar atacándolo y principalmente al planeta capital, ya que se habían negado a aceptar sus pretensiones de convertir el sistema, en un puerto franco. Su flota y tropas defensivas no podrían hacerles frente por mucho tiempo.

Con la Gran Dama y la mitad de la flota, me dirigí a máxima velocidad hacia el sistema, dejando a Laurence, con la otra mitad, protegiendo Pangea. Tardamos cuatro días y medio en llegar, ya que tuvimos que dar varias docenas de saltos espaciales porque el sistema se hallaba rodeado de pequeñas estrellas, fragmentos de planetas helados y cinturones de asteroides. El acceso era complicado, como puerto franco no tenía precio.

Cuando por fin penetramos en el sistema, no hallamos rastro de cruceros enemigos. Sólo unas pocas naves del propio sistema. Se dedicaban a destruir unos intrincados satélites, instalados por el Mal, que interferían en sus comunicaciones con los otros sistemas planetarios. Estaba claro que Trash no estaba allí y su primer ejército tampoco. Era una trampa. Así que ordené que volviéramos a máxima velocidad a Pangea. Cuando intentamos comunicarnos con el resto de la flota nos fue imposible. Trash había instalado más satélites por toda la zona de asteroides y por algunos de los fragmentos helados, haciendo imposible la comunicación hasta que saliéramos.

A un día de distancia recuperamos las transmisiones. La primera que recibimos fue, un mensaje de máxima prioridad, del transmisor principal de la Capital de Pangea. Se oía fragmentado e interferido por estática. Era un S.O.S. El resto de comunicaciones estaban cortadas.

Todas las alarmas saltaron. Los hombres se pusieron como locos. Cientos de guardianes se aproximaron a la sala de control, en busca de más información. Mi propia escolta les cortó el paso, ordenándoles volver a sus puestos para estar preparados para el combate.

A la entrada de nuestro sistema, un crucero nos interceptó. Laurence estaba abordo. Mis temores iban en aumento. Me dirigí tan rápido al espaciopuerto, al encuentro de la nave de protocolo que le había recogido, que mi escolta casi no pudo seguirme.

Cuando las puertas presurizadas contra la fuga de aire se abrieron, tras cerrarse las exteriores, me abalancé sobre Laurence que permanecía de pie. Con un gesto desactivó el casco que se ocultó desapareciendo en su nuca.

–¿Qué demonios ocurre? ¡Vamos habla!

Laurence apoyó una rodilla y un puño en el suelo en señal de respeto y sin levantar la mirada comenzó a hablar.

LibrosEnRed

–Desplegué la flota entorno a Pangea, tal y como me ordenasteis, de forma que el Mal no pudiera atacarnos. Todo transcurría con normalidad hasta el tercer día que partisteis, que detectamos dos núcleos de naves que se adentraban en nuestro sistema. De inmediato activamos todos los planes de emergencia y seguridad. Pero al llamaros no obtuvimos respuesta ni pudimos localizar la Gran Dama. Era como si os hubiera tragado un agujero negro.

–¡Laurence al grano! –le ordené impaciente.

–Eran los dos ejércitos del Mal. Mientras Trash permanecía rodeando Pangea, amenazándonos con un ataque, Tógar, con su ejército, atacaba nuestra colonia de Marte. El plan de Trash estaba claro, provocarme para que dividiera la flota para ayudar a la colonia, cosa que fue mi primer impulso, pero comprendí que si hacía eso no podría contener a Trash y Pangea quedaría desprotegida. La colonia ha resistido todo lo que ha podido pero, desde hace dos días, no recibimos ninguna transmisión. Hace una hora que os hemos podido detectar y ha sido cuando he enviado naves, tropas, suministros y ayuda médica.

Apoyé mi mano sobre su hombro para que se levantara.

–Hiciste lo correcto, amigo. La culpa es mía por haber caído en la trampa. ¿Cuántas bajas ha habido?

–No lo sé. Las comunicaciones siguen interrumpidas. Hasta que no he estado cerca no he podido comunicarme con vos.

–Es por que han sembrado el sistema de satélites que interceptan las comunicaciones. Ya nos hemos topado con algunos. Captura unos cuantos y que nuestros ingenieros los destripen e investiguen.

–¿Qué informes recibisteis de las tropas instaladas en Marte?

–Pocos e incompletos. Que estaban destruyendo las pocas naves con las que podían hacerles frente y que un gran contingente del Mal estaba desembarcando a pocos kilómetros de la colonia. Dedujimos que estaban fortificándose y que resistirían hasta el final. El último comunicado informaba que el Mal estaba en el exterior de la colonia y que habían refugiado a los ancianos y a los niños en los edificios principales. Esa fue la última vez que oímos al Capitán Degárdijad.

Puse rumbo con la mayor parte de la flota, a Marte. Cuando aterricé con Tankai, el Capitán Inssídaz estaba esperándome. Laurence le había enviado con las tropas de refuerzo en ayuda a la colonia. Mi escolta se desplegó magistralmente, ante un eventual ataque suicida. Mientras nos dirigíamos

LibrosEnRed

a los primeros y agujereados edificios del complejo, le interrogué por la situación.

–¿Cómo están las cosas? ¿Por qué no ha venido Degárdijad? Él es el responsable de ésta colonia. Está al mando de las tropas de defensa.

–No lo hemos encontrado todavía –dijo con un enorme pesimismo, mirando de reojo a Laurence.

–¿Por qué no ha venido alguien que... que estuviera al mando?

–Llevamos rastreada media colonia y no hemos encontrado todavía a nadie con vida.

–¿A nadie? –pregunté alarmado.

–Parece que franquearon sus defensas y se refugiaron en los edificios centrales. Allí hay una segunda línea de defensa. Mis hombres están inspeccionando la zona.

–¿Los colonos...?

–Por lo visto todo el que tuvo edad para manejar un arma, se prestó para la lucha. La mayoría están muertos en las defensas o barricadas –dijo Inssídaz.

Las primeras barricadas estaban atestadas de cuerpos. La mitad guardianes y la otra colonos. La explanada estaba cubierta por cientos de cuerpos de hombres de Tógar. Ninguno era Guardián y si había caído alguno, se habían guardado bien de recoger los Jades. No había armas entre nuestros hombres. Sin duda, en el repliegue, los colonos las cogieron para utilizarlas en la segunda línea de defensa, que formaba un perímetro defensivo alrededor de los edificios principales. Los cuerpos eran tan numerosos que en algunas partes superaban, en altura, a las barricadas. La lucha debía haber sido encarnizada. La mayoría eran colonos. Frente a las barricadas también encontramos numerosos cuerpos del enemigo pero en proporción bastante menos, Tógar había reservado a sus guardianes para el ataque final.

En el centro, se erguía un edificio que estaba mucho más castigado que el resto, aunque fuera el más resistente. Era enorme, ya que estaba destinado para ser el almacén general de alimentos. Las puertas estaban soldadas y atrancadas por dentro. Ordené que buscaran alguna abertura y si no, que las abrieran como fuera. Un grito de un Guardián nos indicó que existía una brecha en la estructura; en un lateral. Dentro encontramos a las tropas de elite y a los ancianos. Todos habían luchado fieramente. No tardamos en comprobar que faltaba un tercio de las tropas de elite y el Capitán Degárdijad. Sin duda estaban con los niños. No habíamos encontrado ninguno.

LibrosEnRed

El horror que estaba viendo me nublaba la mente. Me concentré para serenarme y ponerme en la situación de Degárdijad. ¿Qué habría hecho yo en su lugar?

–¡Laurence!

–Sí, mi señor.

–Rápido, un aerotransporte.

–El área todavía no está asegurada... –comenzó Yárrem.

–¡Ya!

–Sí, mi Príncipe –contestó sin atrever a volver a replicarme y ordenando que trajeran varios, tanto para él, la escolta, como para mí.

–Que Tankai nos siga con un escuadrón de elite –ordenó Laurence, a la vez que nos dirigíamos hacia el lugar convenido con los aerotransportes.

¿Qué haría yo en lugar de Degárdijad? Trasladarlos aun lugar seguro y defendible. Sólo hay un sitio.

–Dirigíos a la segunda colonia les ordené.

–Está inacabada, ¿creéis que fueron allí?

–Es el único lugar donde podrían montar una línea de defensa.

Tardamos tan sólo unos minutos en llegar pero, desde la lejanía, se podía ver que las estructuras, además de inacabadas, habían sido atacadas. Nos dirigimos al almacén central, aterrizando a medio centenar de metros. Degárdijad había levantado barricadas a unos quince metros alrededor de la gran doble puerta principal. Aunque era un edificio de M7, tenía una gran cantidad de agujeros y cientos de impactos. Había colocado a casi todos sus hombres en su única línea de defensa, finalmente viéndose obligados a replegarse al interior rápidamente. La zona de las compuertas estaba acribillada. El repliegue debió de ser durísimo, el trayecto estaba lleno de cuerpos. Las compuertas no aguantaron la brutal acometida del Mal. Penetramos con cuidado por si había alguna trampa oculta. Tras cada pequeña barricada interior había varios cuerpos y tras la última, los últimos guardianes y Degárdijad. Aún vivía, lo había dejado vivo con algún propósito, pero estaba tan destrozado que nada podría salvarle.

Nos arrodillamos junto a él. Laurence acopló un suministrador de energía pura sobre su Traje, para intentar acoplar su O.B. al de él y poder crearle endorfinas cerebrales, aliviando así su dolor. No lo consiguió pero le sacó del coma. Al cabo de dos o tres minutos abrió los ojos, lloraba...

–Los niños... los niños...

LibrosEnRed

–¿Dónde están? ¿Dónde están Degárdijad? –le pregunté angustiado.

–No,... no,... pudimos pararles,... yo,... yo,... me obligaron a verlo,... mi señor os he fallado,... los niños,... los niños,... –su desconsuelo era infinito.

–No hables, la culpa ha sido mía. El único que ha fallado aquí, he sido yo. Debía haber destinado más naves y más tropas en la defensa de la colonia. Las suficientes para que pudieras aguantar hasta que llegáramos.

–Mi Príncipe,... siento... aaaaahhhhhh

Su viaje hacia el otro lado de la frontera había comenzado, algún día nos encontraríamos... tal vez...

Laurence me miró y luego, ambos, los hicimos al portalón semicerrado que se encontraba unos metros detrás de la barricada. Nos pusimos en pie, avanzamos y lo abrimos de par en par. La escena nos golpeó brutalmente. El enorme almacén estaba abarrotado de cadáveres, ¡cadáveres de niños!. Los había asesinado, a todos, incluso a los bebés. Diez mil niños muertos, asesinados fríamente, a muchos los habían hecho pedazos. Los torturaron antes de acabar con su sufrimiento. La escena era simplemente dantesca. Laurence se dio la vuelta llevándose las manos a la cara llorando. La escolta estaba horrorizada, algunos salieron al no poder soportar tal visión.

ARCHIVO DE LA VIDA PRIVADA DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
SÓLO PARA PERSONAL AUTORIZADO.
ALMACÉN GENERAL DE LA SEGUNDA COLONIA DE MARTE.

... se me heló el corazón. Noté como si todo el odio del universo se agolpara en mi interior. Por un momento sentí enloquecer. Como si perdiera la cabeza...

ARCHIVO DE TROPAS DE LA GRAN DAMA.

Durante dos horas anduvimos entre los cuerpos, con la vana esperanza de encontrar algún niño con vida. Esos mal nacidos se habían ensañado a gusto.

–¡Mi señor!. ¡Mi señor!

–Sí... Jefe de Escuadrón –dije roncamente, ya que casi no me salían las palabras.

–El Capitán de las tropas de elite de la colonia uno, nos informa que han encontrado a dos personas vivas.

LibrosEnRed

Cruzar otra mirada con Laurence y echar a correr hacia los aerotransportes, fue todo uno. Pilotamos a la máxima velocidad. La escolta no nos pudo alcanzar. Entramos corriendo en el edificio que nos indicaron al aterrizar. Era un almacén semiderruido de planchas de M7, por esa razón no habían sido detectados en los rastreos generales. Se hallaban casi al fondo, tras un estrecho corredor que habían despejado las unidades de salvamento. El corredor desembocaba en un hueco con docenas de pilas de planchas, algunas inclinadas por las explosiones, otras se habían derrumbado y unas pocas permanecían intactas. Cuando entramos, todos los hombres se apartaron a excepción del Jefe de Escuadrón.

–¿Dónde están? –le pregunté impaciente.

–Ahí detrás, entre ese grupo de planchas que forman una uve invertida.

–¿Por qué no les han sacado todavía? –le preguntó amenazante Laurence.

–No quieren salir Capitán. Tienen miedo.

–¿Miedo? –pregunté extrañado.

–Son dos niñas pequeñas, mi señor. Pensé que se lo habrían comunicado.

–Déjeme –dije haciéndole a un lado.

Me agaché y observé el pequeño hueco. Dentro había dos niñas pequeñas abrazadas entre sí. En cuanto me vieron rompieron a llorar. Las reconocí al instante, eran las pequeñas que conocí en el espaciopuerto de Pangea Capital.

–Salid. Yo os cuidaré –les dije cariñosamente a la vez que alargaba la mano.

Lentamente salieron y se me abrazaron al cuello. Con cada una en un brazo y sin que me soltaran, salí al exterior donde me recogió un transporte que me llevó directamente a la Gran Dama.

Las tomé bajo mi tutela. Y con el paso de los años, "mis hijas adoptivas", como las llamaba Laurence, se fueron haciendo mujeres, muy bellas por cierto. Como guardianes resultaron ser excelentes, entrando en el cuerpo de elite con las mejores puntuaciones. Acabaron como mis guardaespaldas particulares. Creo, que la pequeña Jhem, se enamoró de Laurence el primer día que le vio y siempre que podía estaba con él, aunque Laurence parecía no darse cuenta. A Mhar, la nombré Jefe de guardaespaldas del grupo de elite al cargo de mi persona, dado que pocos podían derrotarla en lucha cuerpo a cuerpo y menos en combate con cazas. Mi relación con ella era algo más personal que con su hermana, ya que su carácter era más parecido al mío y solía confesarme con ella cuando tenía dudas de cualquier tipo.

LibrosEnRed

Ella me escuchaba atentamente y trataba de aconsejarme desde su punto de vista de Guardián, mujer y amiga. Muchas veces, con sólo mirarme, sabía que recordaba el fracaso de la colonia y con un simple guiño conseguía alejar de mi corazón, el dolor. Tardé más de trescientos años en superarlo. No habría podido hacerlo sin su ayuda.

LibrosEnRed

Capítulo 10

ARCHIVO DE COMBATE DE LA GRAN DAMA.
SISTEMA SOLAR DESCONOCIDO.
NO HALLADA VIDA HUMANA ESTABLECIDA.

Por primera vez, un combate puso en peligro a la Gran Dama. Nos vimos obligados a combatir lejos de Pangea, contra diez cruceros estelares, que eran seis veces más grandes que un crucero de combate. La lucha fue dura y larga. Nuestra escolta, el segundo ejército, estaba combatiendo en otro sistema solar. Yárrem lo dirigía en espera de la llegada de Laurence, del que no sabíamos nada desde que partió de Pangea para reunirse con él. Llevaba dos días de retraso y eso me preocupaba. La lucha con los cruceros estelares nos había llevado a combatir hasta un sistema solar desconocido, que en los primeros rastreos, habían dado negativo en vida humana. Estaba compuesto por veinte planetas, con sesenta lunas y tres cinturones de asteroides. Uno de los planetas tenía atmósfera respirable y era el único con posibilidad de albergar vida. Tal cantidad de materia hacía muy difícil localizar el resto del contingente enemigo, aun sin la protección de los cruceros, eran un riesgo que no se podía dejar al azar.

Tras la agotadora batalla, me recogí en mis aposentos intentando ordenar mis ideas.

–Dama, informes.

–Tengo multitud de daños. Recomiendo orbitar alrededor de uno de estos planetas exteriores para efectuar las reparaciones.

–Eso nos dejaría en una posición muy vulnerable. Aún hay cientos de cazas y pequeñas naves del Mal –dijo Jhem.

–Tienes razón. ¿Cuántos cazas intactos nos quedan, Dama? –pregunté mecánicamente.

–El sesenta por ciento.

–¿Naves de protección y reabastecimiento?

–Noventa por ciento.

–¿Pilotos?

LibrosEnRed

–Ciento sesenta por ciento.

–¿Tenemos más pilotos que naves?

–Sí...

–No te lo pregunto a ti Dama. ¿Jhem?

–El Capitán Laurence dio la orden. Pensó que debía haber excedentes de pilotos para poder sustituir a los que se iban agotando. Así, si eran sustituidos a menudo, habría menos bajas ya que los pilotos estarían frescos.

–No es mala idea... Hablaré con él en cuanto le pueda poner el ojo encima. Tenemos cazas suficientes para hacer un barrido y exterminar a las tropas del Mal que aún quedan.

–Dama, ese planeta que tiene atmósfera respirable, ¿qué gravedad tiene?

–Un cero coma cero seis por encima.

–¿Estás segura? Ese planeta es el doble de grande que Pangea.

–Su densidad es menor, tendría que hacer un análisis más profundo para descubrir la composición del núcleo y eso implicaría penetrar en el sistema...

–No hace falta.

–¿Vida?

–No la detecto.

–Eso no puede ser, tiene atmósfera, oxígeno. ¿Qué lo produce?

–No dispongo de datos suficientes. Tendríamos que acercarnos al planeta. No lo recomiendo. Hay demasiados obstáculos.

–¿Cuánto tardaría en llegar con un caza?

–Una hora en trazado lineal.

–Dada la resistencia de los escudos de los cazas y la cantidad de materia que hay ahí fuera, será aproximadamente el doble –dije más para mí que para nadie.

–Espero que no estéis pensando en acercaros a ese planeta, mi señor –dijo una voz a mi espalda, desde la doble puerta.

–¿Ahora me espías, Mhar?

–Conozco esa mirada. Vas a ir a ese planeta –dijo abandonando el umbral de las dobles puertas, cambiando el trato protocolario por coloquial.

LibrosEnRed

–No estoy tan loco. No tengo intención de aterrizar en un planeta que parece un maldito horno. Simplemente quiero verlo de cerca, tengo un presentimiento... extraño.

–He visto esos informes, toda la superficie del puñetero es un enorme desierto. No hay nada ahí abajo –dijo Marh.

–Eso es lo que me inquieta...

–De acuerdo, prepararé los cazas.

–Tú no vienes. Quedas al mando de la Gran Dama.

–Pe..

–Sin peros... Necesito salir de aquí y no hay ningún Capitán apto para ese puesto, tú eres lo mejor que tengo. Además las tropas del Mal no están en ese sector. No te preocupes, iré con una escuadra.

–No creo que sea suficiente, no me gusta pero te obedeceré. ¿Sabes algo del Capitán Laurence? –me preguntó mirando de reojo a su hermana.

–No. Intenta establecer una línea con ellos en cuanto las comunicaciones estén a pleno rendimiento.

–Le daré prioridad a eso.

Me acerqué a ella, le di un beso en la mejilla, otro a su hermana y me dirigí hacia el espaciopuerto. Salimos con los escudos a mínima potencia y sin comunicarnos entre nosotros para evitar ser rastreados por el Mal. El viaje discurrió sin problemas, nos acercamos al planeta, al amparo de su segunda luna. Cuando salimos de su cobertura nos dimos de bruces con un crucero del Mal, ¡intacto! De inmediato comenzó a atacarnos y sacando del espaciopuerto todos sus cazas. No teníamos ninguna posibilidad, nos superaban ampliamente en número y para colmo, el crucero nos castigaba brutalmente.

Tras veinte minutos, habían acabado con la mitad de mis cazas y un tercio estaba seriamente dañado. No aguantaríamos veinte más. Acababa de destruir mi octavo caza, cuando el indicador de seguridad me avisó de que mi energía estaba al cincuenta por ciento. El combate me había llevado al límite de la atmósfera del planeta. En ese momento, el casco me indicó que tenía un caza a mi espalda que se acercaba rápidamente, y que me tenía encuadrado en su campo de tiro.

–¡Agáchate, no quiero despeinarte! –dijo una voz por el casco, viendo como estallaba en mil pedazos el caza que me seguía.

–Laurence, ¿eres tú?

LibrosEnRed

–¿Quién sino? –dijo poniéndose a mi altura, retirando el casco, mirando a través de la pantalla lateral que se volvió transparente, para mostrarme una de sus famosas y amplias sonrisas.

–¿Qué haces aquí? –le pregunté aliviado y sorprendido a la vez.

–Misión de rescate. Al poco de irte llegué a la Gran Dama, Yárrem estaba preocupado, así que le envié a la mitad de mis hombres y me vine con el resto. Cuando Mhar me contó lo de tu paseo, comprendí que te acababas de meter en un lío. Fuimos a la zaga de ese crucero hasta aquí. Debía venir a ayudar a los otros cruceros pero no llegó a tiempo, así que decidió ocultarse. ¿Dónde mejor que cerca de un planeta con atmósfera por si ocurría algo?

–Veo que has aprendido algo en estos años.

–¡JA! He tenido un buen maestro, un poco loco, pero maestro al fin y al cabo –dijo bromeando.

–Loco, como aquellos tres cazas que se dirigen hacia nosotros. No deben saber que somos los dos mejores pilotos de toda la escuadra.

–No tanto, recuerda la paliza que te pegó el instructor novato del octavo escuadrón. Es realmente bueno.

–Tendremos que ascenderlo ¡Prepárate! Ahí vienen y por cómo se están desplegando son bastante buenos.

–¡Vamos a por ellos!

Tras unas breves escaramuzas acabé con uno y Laurence con otro pero el tercero le estaba zurrando a base de bien. Algo fallaba en su caza.

–¡Prance! Mis impulsores derechos no van bien. Un trozo del caza que he destruido ha machacado algunos.

–Tranquilo estaré ahí en unos segundos.

–No tengo tanto tiempo, no puedo alejarme del campo gravitacional. Tengo toda mi energía en el escudo trasero –dijo angustiado.

Ese perro le estaba atizando con toda su potencia. Rápidamente me puse a su cola, ya que me sobrepasaron antes de que pudiera tenerle a tiro. Me acerqué todo lo que pude al caza enemigo y con toda la potencia de fuego, apunté a su parte trasera, disparando sin cesar hasta conseguir que estallara en mil pedazos pero no fui lo suficientemente rápido, ya que en su último disparo hizo saltar los escudos traseros de Laurence, alcanzando gravemente al caza. Lo que aún fue peor, es que no calculé bien y parte del fuselaje del caza me alcanzó de pleno, destruyendo mi escudo delantero casi en su totalidad, averiando algunos sistemas.

LibrosEnRed

–Vamos Laurence, ya te he librado de ese moscardón, regresemos a la Gran Dama. Así no podemos seguir combatiendo –dije pegado a su cola.

–Ya me gustaría pero no puedo girar. Esto no va.

–Espero que sea una broma. En cuestión de segundos entraremos en el campo gravitacional del planeta.

–No funciona ningún impulsor derecho y casi ningún izquierdo.

–¿Puedes rotar?

–Tal vez, pero no servirá de nada estoy demasiado cerca. Me atrapará antes.

–¿Tus escudos delanteros funcionan?

–Están muy bajos, tendré que utilizar la energía de los impulsores traseros para reforzarlos.

–Eso te restará maniobrabilidad. No podrás hacer un aterrizaje controlado. Te seguiré para ver donde aterrizas y te enviaré un equipo de rescate.

–No seas loco. Tus escudos delanteros están muy dañados, no aguantarán la reentrada.

–Te tengo localizado, orbitaré hasta que aterrices y pueda transmitir tus coordenadas –dije, y antes de que pudiera abandonarle, una fuerte sacudida nos indicó que habíamos entrado en la atmósfera. Los escudos delanteros de Laurence comenzaron a teñirse de rojo a causa de la fricción y poco a poco iban extendiéndose a lo largo del caza. La reentrada en ese ángulo y velocidad iba a ser brutal.

–¡No es posible aún teníamos tiempo! –exclamó Laurence.

–¡Debemos tener dañados algunos sistemas!

–¡Sal de aquí! –gritó.

–¡Tarde! ¡No tengo potencia! ¡Caemos!

–¡Pégate todo lo que puedas! ¡Se te va a fundir todo el "morro"!

–¡El calor empieza a afectar a los sistemas de control!

–¡Activa el sistema de S.O.S.!

–¿Qué crees que he hecho nada más reentrar?

El calor empezó a aumentar rápidamente, los trajes empezaron a usar todas sus energías para protegernos del calor, aun así nos cocíamos dentro. Llegó un momento que no podíamos respirar. Lo último que oí fue a Laurence;

LibrosEnRed

–...Jarkisss...

Luego todo se volvió negro.

Con un sobresalto me desperté. El casco se había ocultado, por lo que me deslumbraba uno de los potentes soles. La computadora del Traje estaba destrozada y por lo que me dolía todo el cuerpo, debía estar lleno de contusiones. El brazo del O.B., que permanecía inoperante, me dolía mucho, si no estaba roto era por poco y el ordenador, por sus grietas, tardaría mucho en repararse. Aún estaba sentado en el caza, pero la parte superior había desaparecido. Había trozos por todas partes. Estaba absolutamente inservible. Empecé a incorporarme notando que todos mis músculos se resentían. Una vez de pie, sobre el asiento, pude comprobar que estaba mucho peor de lo que pensaba, no se podría reparar. En ese momento me acordé de Laurence. Miré a mi alrededor y a unos trescientos metros, vi una pequeña columna de humo tras unas dunas. Demasiado lejos para poder distinguir algo más.

–Casco. ¡CASCO! –grité inútilmente, debía estar sin energía. Con mis contusiones y el calor reinante, iba a ser difícil recuperar la operatividad del Traje. El dolor bajo mi pecho derecho, indicaba que una costilla estaba rota o muy dañada. Debía ir en ayuda de Laurence, así que salté a la arena y comencé a correr hacia la columna de humo. La costilla me impedía respirar correctamente pero no aflojé la marcha. Según me aproximaba, observé que el aterrizaje de Laurence había sido bastante peor. Prácticamente no quedaba nada del caza, aparte de la cabina que estaba volcada, mostrándome la parte inferior, ocultándome su interior. La rodeé rápidamente, Laurence estaba inconsciente sobre la arena en una extraña posición. Tenía la cara semienterrada en la arena. Su casco había actuado igual que el mío, lo que implicaba que tampoco tenía energía. Al agacharme noté que respiraba pesadamente, le agarré de los brazos y, con cuidado, tiré de él sacándole un gemido. Empecé a apartar la arena de su alrededor y vi que la cabina le presionaba una pierna. Escarbé en la arena, alrededor de la pierna, con la esperanza de sacarla, sin forzarla, cuando se despertó Laurence.

–¡Ougch! Me duele –dijo casi sin moverse.

–No me extraña, tienes todo el caza encima –dije a la vez que le quitaba la arena de debajo de la pierna hasta el tobillo, que por el ángulo tenía que estar rota.

–Me duele muchísimo y la siento entumecida. ¿Está rota verdad?

–Me temo que sí –le dije levantándome y agarrándole por las axilas. Sin avisarle tiré de él liberándolo, sacándole un grito.

LibrosEnRed

–¡Mierda! Podías por lo menos haber contado hasta tres.

–¿Y aguantar tus lloriqueos? No intentes ponerte en pie, tienes la tibia rota. ¿Te queda energía en el Traje?

–Bajo mínimos. La computadora está en funciones restringidas. No tengo potencia ni para activar el escudo.

–Podemos utilizar la energía de las armas para que comience a sanar tu pierna.

–¿Y quedarnos desprotegidos en... aquí... en Jarkis?

–¿Jarkis? ¿Ahora este montón de arena y polvo se llama Jarkis?

–Arena y polvo, no sabes apreciar la belleza –dijo irónicamente.

–No sé por qué te aguanto.

–¿Ves esas pequeñas montañas de la derecha?

–No estoy ciego, aún. Aunque estos soles van acabar consiguiéndolo.

–Por su tamaño podría tener algún manantial, y el agua nos vendría muy bien.

–Estás loco si crees que voy a ir hasta allí contigo en brazos.

–Basta que vayas solo, te sacies y me traigas unos cuantos litros.

–En las manos...

–Algo encontrarás para traerla...

–Puedes esperar sentado, si crees que voy a recorrer diez kilómetros de ida y otros tantos de vuelta para que el señor, se eche unas risas, viendo como me tuesto al sol o mejor dicho, soles.

–Vamos, vamos, que no son ni cinco kilómetros...

–Diez.

–Cinco.

–Diez. Activa el ordenador y compruébalo –dije cabezón.

Cuando iba a teclear la orden, un bip se activó en su pantalla. Nos miramos extrañados, era demasiado pronto para algún tipo de rescate.

–¿Qué es? –le pregunté.

–Orgánico. ¡Maldita sea...!

–¿Qué ocurre?

LibrosEnRed

–¡Es gigantesco! Es una forma de vida enorme. De unos doscientos cincuenta metros de largo por cincuenta de ancho. Entra y sale de la arena como si navegara por ella. Viene directo hacia nosotros. Lo tendremos encima en poco tiempo.

–Salgamos de aquí. Vamos a las montañas.

–Según esto están a ocho kilómetros. No nos dará tiempo.

–Agárrate, nos vamos –dije cogiéndole por la cintura y pasando uno de sus brazos por encima de mis hombros.

Miramos al horizonte sin poder distinguirlo y, sin detenernos, nos dirigimos hacia las montañas. A los pocos metros empezamos a notar los implacables soles. El O.B. de Laurence nos indicaba que estábamos a cincuenta y ocho grados y que el sol más cercano estaba empezando a despuntar. Sin duda, a medio día, la temperatura llegaría a los setenta. A mitad de camino oímos, primero una explosión, y al poco otra, "eso" había alcanzado los cazas y sus módulos de almacenaje energético. Ahora se dirigía hacia nosotros. Las explosiones no parecían haberlo dañado o por lo menos que redujera su velocidad. Tratamos de forzar la marcha todo lo posible pero Laurence no podía ir más de deprisa, la pierna le dolía terriblemente. El avance por el desierto fue terrible, a cada paso nos hundíamos hasta los tobillos. La arena, en algunos tramos, era muy fina, retrasándonos aún más. Estábamos extenuados, según mis cálculos nos alcanzaría poco antes de llegar a las primeras rocas. Las dunas eran lo más duro, porque tenía que cargar a Laurence al hombro para pasarlas, ya que él no podía subirlas con una pierna. Los soles nos estaban cociendo los cerebros y empezaba a afectarnos. Pronto sufriríamos alucinaciones por la insolación, perdida del conocimiento y finalmente, la muerte.

Faltaba menos de un kilómetro para las primeras rocas, cuando empezamos a oír el ensordecedor ruido de "eso", que ya se encontraba a menos de quinientos metros. Estábamos sin aliento, nos quemaban los pulmones, Laurence no podía dar un paso más. El fin estaba próximo.

–Vete, Prance... yo lo distraeré. No vamos a llegar...

–Ya te entiendo, quieres ser el héroe –dije medio ahogado.

–Es una estupidez que muramos los dos. Lárgate.

–Ni hablar, tenemos nuestras armas. Le haremos trizas –dije poco convencido–. Sigamos.

Enseguida lo tuvimos encima. Desenfundamos nuestros fusiles láser de asalto y los pusimos a máxima potencia, lo que los agotaría rápidamente. Era realmente enorme.

LibrosEnRed

–Le vamos a hacer cosquillas con esto –dijo Laurence mirándome de reojo.

–Si quieres le insultamos a ver si se va.

–A lo mejor es un animal sensible –dijo bromeando intentando rebajar la tensión.

–Calla y dispara –dije a la vez que abría fuego contra el bicho que ya estaba a menos de cien metros. No se desvió ni un milímetro.

–No parece que le molesten mucho nuestros disparos.

–Sigue disparando.

Setenta y cinco metros.

–Lo tenemos encima Prance.

–¡Dispara!

–El fusil está casi seco.

Cincuenta metros.

–¡Sigue! ¡Dale!

–Ya no tengo energía Prance. Ultimo disparo.

Cuarenta metros.

–Te quedan cinco disparos.

–¡Lo sé!

–Cuatro, tres, dos,... uno,... se acabó.

–Me temo que sí.

Quince metros. Era realmente enorme, formado por capas, como una langosta marina sin patas pero se movía como una lombriz. Por los distintos anillos naranjas salían infinidad de pinchos de todos los tamaños y grosores que se plegaban cuando se sumergían en la arena. En los puntos que le habíamos alcanzado se había producido un pequeño, superficial y ennegrecido agujero. Su piel exterior debía ser realmente dura. Se irguió abriendo una enorme boca para dar el golpe final. No había escapatoria.

–No te muevas –dije.

–¿Qué hacemos? –me preguntó.

–¿No has dicho que igual es un animal sensible? ¡Insúltale! –improvisé.

–¡Hijo de Yhack! ¡Excremento de Garz! ¡Lárgate huevo de babosa roja! –gritamos a la desesperada.

LibrosEnRed

El animal se detuvo indeciso. Y tras unos interminables segundos, giró y se alejó de nosotros.

–Se ha ido, no me lo puedo creer.

–Laurence, hasta que salgamos de este maldito horno, tienes mi permiso para decir palabrotas a todas horas.

–Este lugar no está tan mal –dijo de repente obligándome a pensar que los soles comenzaban a afectarle.

–¿Mal? Recuérdame que borre este sistema solar de los mapas. No pienso volver jamás...

–¿Qué ocurre? ¿Otro bicho? –preguntó preocupado.

–No lo sé. ¿Hueles eso?

–Sí, viene de la dirección en la que se ha ido "eso".

–No tienes energía para rastrear el origen así que vamos cagando leches a la jodida montaña de mierda.

–¡Mi señor! Su vocabulario –me reprendió Laurence con sorna.

–Nada, por si hay cerca otro bicho. Además, como me des el turre te dejo aquí.

–¿No irá a abandonar a este fiel y humilde servidor? –preguntó gesticulando cómicamente.

–Vete al cuerno –le dije a la vez que pasaba su brazo sobre mis hombros, cargando su peso sobre mi espalda.

La planicie de roca, que precedía al comienzo de la montaña, era de un material parecido al mármol, que por efecto de la arena estaba muy pulido, reflejando los soles, deslumbrándonos, y la vez abrasándonos aún más. Era como caminar sobre una sartén al rojo vivo. Cada paso era un suplicio y a cada metro, Laurence parecía pesar más. Los soles nos empezaban a insolar. No llevábamos recorrida ni la mitad de la planicie, cuando empecé a marearme. Me estaba deshidratando rápidamente, no pude avanzar mucho más, teniendo que parar unos metros después para intentar recuperarme. Deposité a Laurence en la pulida superficie, mirando alrededor por si había alguna roca, lo suficientemente grande, donde pudiéramos cobijarnos al amparo de su sombra. No había nada más grande que un puño. Laurence que había permanecido inconsciente desde hacía rato, se despertó sonriente. Mientras le miraba, intentaba hacerle sombra sobre la cabeza para protegerle pero casi no podía mantenerme sentado.

–No puedo... No puedo seguir –le dije.

LibrosEnRed

–No... te... preocupes... ya... vienen...

–No pueden localizarnos tan... pronto –dije con mis últimas energías mientras me derrumbaba sobre la roca. No podía levantarme, todo daba vueltas. Algo se interpuso entre el sol. Era Laurence. ¡Se había levantado! Miraba hacia la montaña... Levantó un brazo como si saludara, luego todo se volvió negro y, antes de perder totalmente la consciencia, noté que alguien me agarraba por las axilas.

Desperté en un lugar fresco y algo húmedo. Como si estuvieran muy lejos, unas voces me llegaban confusas, entre ellas la de Laurence. Me pareció entender que alguien decía que estaba despierto. La puerta se abrió y fue mi amigo quien entró.

–Hola, mi señor, ¿cómo os encontráis? –me preguntó siguiendo el protocolo del saludo, rodilla y puño en suelo. Miré al techo, era de roca pura. No estábamos en ninguna de nuestras naves.

–Mejor. ¿Dónde estamos?

–Dentro de la montaña, mi señor.

–¿Den...? ¿Con quién hablabas?

–Por dónde empezar...

–Por el comienzo –dije incorporándome del blando lecho de... ¡hongos!

–Cuando nos conocimos, parece que hayan pasado diez millones años, mi señor me pregunto de qué planeta era originario.

–¿De aquí? ¿De este horno? ¡No me lo puedo creer! –exclamé algo espantado.

–Cuando veáis a mi gente lo creeréis. Tal y como recordé, el nombre de este planeta es Jarkis y es el único habitado del sistema de soles.

–Si tu pueblo vale la mitad que tú, van a ser unos aliados formidables –dije pensando más como Guardián que como invitado.

–Supongo que, entre otras cosas, de eso quiere hablar usted el Rey.

–¿El Rey?

–Sí –dijo apartándose, permitiéndome ver dos hombres extrañamente vestidos junto al marco de la puerta, de ahí que Laurence utilizara el protocolo para hablar conmigo.

–Veo que tu pierna está perfectamente.

LibrosEnRed

–Aún cojeo un poco.

–Ayúdame a levantarme. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

–Dos días.

–¿Dos...? ¿Tan mal estaba?

–Una hora más y no lo habríamos contado.

–Te has recuperado muy rápido –le dije mientras nos dirigíamos a la puerta.

–Creo que la teoría de que el planeta de origen, da parte de su fuerza vital a sus "hijos", es cierta. Recordad que, a pesar de mis heridas, me encontraba más fuerte que vos –dijo mientras me conducía por un pasillo de piedra pulida, color marrón oscuro. Los dos hombres de la puerta se apartaron respetuosamente, dejándonos pasar. El color de sus ojos era igual al de Laurence.

–¿Estos caballeros que nos siguen, son nuestra escolta? –pregunté mirando sus ropajes, hechos en apariencia de cuero curtido, adornado con extraños símbolos de metal. En su pecho destacaba un collar que tenía como colgante un pequeño aparato circular.

–No, mi señor, somos sus sirvientes y guías particulares –dijo uno de ellos. El colgante era un pequeño traductor. No estaban tan atrasados como en un principio había creído.

–¿Has podido notificar nuestra posición a la Gran Dama?

–Todavía no he podido establecer contacto con la flota. Tienen un viejo transmisor rescatado de una nave que se estrelló hace varios siglos. Era una nave comercial de la cual nadie sobrevivió al accidente. Lo estoy intentando reparar pero me va a llevar algún tiempo.

–Bastará con que emita algún tipo de señal. Sin duda nos estarán buscando por todas partes. Yárrem tiene que estar como loco. En cuanto cumplamos con el protocolo de tu gente, te ayudaré en la reparación del transmisor.

La conversación con el Rey fue muy larga y provechosa, me ofreció su ayuda y el alistamiento voluntario de sus hombres y mujeres, en los guardianes. Sin duda se iban a duplicar nuestros ejércitos, era un gran golpe de suerte. Por lo visto, el Rey tenía un gran ejército de guerreros protectores de las ciudades montaña por los "bichos".

–Acepte mis disculpas por la ausencia de mi hija, sé que debería estar aquí para recibirle pero ya sabe cómo son los jóvenes... –dijo el Rey Ozon algo azorado.

LibrosEnRed

–No se preocupe, para mí no es ninguna ofensa. Así que ese animal que estuvo a punto de aplastarnos se llama Hárikam –dije para cambiar de tema, ya que por lo visto la ausencia de su hija era una falta grave de protocolo, lo que le incomodaba bastante.

–Tuvieron suerte de que mis guerreros patrullaran por esa zona y les diera tiempo de colocar un bastón de olor, en realidad cinco ya que estaba casi encima vuestro –dijo el Rey.

–¿Bastón?

–Es una barra de metal que se introduce en la arena. En la punta enterrada hay un pequeño explosivo que expande un líquido de fuerte olor, que extraemos de cierto tipo de hongos de las profundidades.

–¿Entonces nuestros insultos no le afectaron? –pregunté inocentemente.

–Me temo que no –dijo sonriendo paternalmente–, son sordos y ciegos, se guían por el olfato.

–Ahora entiendo lo del extraño olor cuando se fue. Espero que no entre ninguno aquí.

–Esté tranquilo, aquí sólo vivimos los Frieds y nuestro sustento, los líquenes y hongos, que además nos producen el oxígeno tan necesario para nuestra subsistencia.

–¿Sin luz? –le pregunté extrañado.

–Utilizan el calor y la humedad para subsistir. La luz la producen otro tipo de hongos fosforescentes.

–Ya me he fijado que se van iluminando al paso de alguien. ¿Cómo es posible? ¿Son inteligentes?

–No, no lo son. Es una respuesta química al captar nuestro CO_2.

–Realmente sorprendente. Cambiando de tema, ¿hay más animales peligrosos como el Hárikam? No me gustaría que alguno de mis hombres, cuando lleguen, acabara en el estómago de algún bicho.

–Tan sólo los Trypos, pero son pocos lo suficientemente grandes como para poder atrapar a un ser humano, aunque son los más peligrosos porque tienden a anidar cerca de las zonas rocosas, donde los Hárikams no pueden tragárselos por error. La verdad es que nos causan más problemas que los Hárikams, ya que viven por donde nosotros andamos y salimos al desierto.

–¿Por qué se los pueden tragar por error?

LibrosEnRed

–No huelen. No son sus enemigos. Los Hárikams marcan sus territorios con su propio olor, todo lo que huele distinto lo destruyen, pero no suelen acercarse a las rocas, no son su alimento, como lo es la arena. Los dos avanzasteis en línea recta, partiendo su territorio, esa fue la razón por la que os siguió con tanta saña. Y aunque sean sordos, las vibraciones producidas al estrellarse vuestros cazas, los captaría el más torpe de ellos.

–¿Se alimentan de arena?

–De los minerales y demás componentes.

–¿Y los Trypos?

–De pequeños animales del desierto. He perdido por su culpa muchos guerreros, en especial a los jóvenes que tratan de cazar alguno, ya que su carne es muy apreciada entre nosotros.

–¿Son muy grandes los adultos?

–Pueden llegar a medir ocho metros de diámetro y sus tentáculos más del doble. Si caes en sus garras no hay forma de escapar. Los garfios de sus tentáculos se encargarán de ello. Aunque las leyendas dicen que en el desierto los hay de veinte metros y los Hárikams de más del doble del que os atacó y eso que era de los más grandes.

Treinta horas después contactamos con la flota y la Gran Dama, que me informó de la destrucción del crucero enemigo y de la limpieza total del Mal en el sistema. Destiné al Capitán Inssídaz en Jarkis para que ayudara y seleccionara a los mejores guerreros voluntarios para nuestras tropas, formara un centro de reclutamiento y, también, para montar una pequeña base en la que se proporcionaría algo de tecnología a los Frieds para, digamos, intentar que su vida fuera algo, menos dura. Laurence, finalmente me convenció para que nos quedáramos una temporada para conocer más a fondo Jarkis y organizar a su raza.

En cuanto bajó un equipo de rescate y apoyo, volví a la Gran Dama para comprobar los daños y cómo iban las reparaciones. Como es natural, en el espaciopuerto estaban esperándome Jhem y Mhar, esta última bastante furiosa, aunque trataba de no demostrarlo. Ella había tenido razón respecto a mi seguridad y yo no le había hecho caso. En mis aposentos explotó.

–¡Maldita sea! ¡Que crees que estás haciendo! ¡No puedes arriesgarte así! –me gritó Mhar.

LibrosEnRed

–Te recuerdo que yo estoy al mando –le dije mirándola duramente–. No soy infalible. ¡Soy un hombre normal! ¡Cometo errores! ¡No podéis pretender que sea perfecto!

–No puedes ponerte en peligro –dijo Jhem, más suave.

–A veces olvidáis que también soy un guerrero –dije abrazándolas a ambas.

–Y nosotras que te queremos demasiado –dijo Mhar.

–Por cierto, Laurence está bien y te espera en Jarkis –le dije a Jhem.

–Yo... –empezó a decir a la vez que se le llenaban los ojos de lágrimas.

–Te he nombrado Capitán de guardaespaldas de Laurence. Espero que no me dejes en mal lugar, además así tendrás más oportunidades de cazarlo –dije guiñándole un ojo, consiguiendo que se sonrojara.

–¡Prance! –exclamó Mhar a la vez que me daba un pequeño golpe en el brazo.

–Creo que va siendo hora que le exprese sus sentimientos a ese burro –dije sonriendo.

–Pero dejarte a ti...

–No me dejas solo, tengo a tu hermana. Ahora vete y coge el primer transporte que salga para Jarkis y para librarte de cualquier duda, te informo de que es una orden directa.

Me dio un sonoro beso en la mejilla y salió apresuradamente.

–Un problema solucionado. A ver si ahora que tienen "mi bendición", dan el paso y dejan de comportarse como dos niños –le dije sin dejar de sonreír–. Pasemos a cosas más serias. ¿Algún problema en mi ausencia?

–Si eliminamos la cuestión de que casi me matas de angustia durante estos interminables días de búsqueda, al Capitán Yárrem, a poco le da un infarto por la preocupación y que el Capitán Anyel está aquí... no. Por cierto, ha estado revisando los daños de la Gran Dama y por lo visto tiene noticias sorprendentes.

–¿Está aquí? ¿Qué hace aquí?

–Yo le llamé, en cuanto os dimos por desaparecidos. Era la única opción, Yárrem estaba demasiado lejos y con demasiados problemas. La flota no podía quedarse sin un dirigente y él estaba relativamente cerca..

–Te puse al mando –dije contrariado.

LibrosEnRed

–No estoy preparada para un puesto así y las tropas tampoco. No nos engañemos, los dos sabemos que no tengo la capacidad de Anyel, Yárrem o Laurence. No soy una estratega, soy una guerrera de combate. Vosotros sois ambas cosas.

–El Capitán Anyel solicita audiencia –dijo Dama.

–Que entre –dije mirando a la doble puerta.

Anyel entró sonriente y me dio un fuerte y prolongado a abrazo.

–Mi joven y loco amigo. ¿No puedes evitar meterte en líos?

–Si vas a reprenderme también tú, te deporto a la sexta luna de Lujasnitm.

–Entonces no podría "supervisarle", mi señor –me respondió sonriente.

–Deja el sarcasmo, ¿qué son esas noticias sorprendentes?

–Deberías sentarte en un campo gravitacional.

–Ya, dispara.

–Tras revisar los daños, he descubierto que la Gran Dama se repara sola.

–Muy gracioso. Por arte de magia saca los materiales de la nada y... ¿Sola? ¿Hablas en serio? –pregunté deteniendo mi sarcasmo ante su mirada socarrona.

–No es broma. Se repara sola. Absorbe energía y se autorrepara. En un principio lo hizo muy lentamente dado la gran cantidad de averías y daños que tenía, por esa razón no lo apreciasteis, pero ahora lo hace a ojos vista. Según mis cálculos, en un máximo de cuatro semanas se habrán autorreparado los daños más graves y dos semanas más tarde lo habrá hecho totalmente.

–No me lo puedo creer. Me estaba volviendo loco pensando que tendríamos que permanecer un año aquí antes de volver a Pangea a terminar las reparaciones. Si esto que me cuentas es cierto, no va a haber quien nos pare.

–Yo tampoco me lo creía hasta que me lo explicó el Capitán de ingenieros Taban o Jefe Taban, como le gusta que le llamen sus ayudantes.

–Llévame ante él.

–Creo que está en los bancos de almacenaje del sector dieciocho c, ¿no es así Dama?

–Sí, Capitán Anyel. Ya le he avisado para que les espere.

LibrosEnRed

Taban nunca se estaba quieto, le gustaba tanto su trabajo que había que ordenarle que descansara. Era habitual encontrarle dormido en cualquier rincón de Dama. Ya no me molestaba en reprenderle, la Gran Dama era su pasión. En cuanto entramos en el sector dieciocho c, Taban se acercó dando tras pies y empezó a hablar a toda velocidad de docenas de conceptos de ingeniería, mecánica, informática y medio centenar de cosas más. No tuve más remedio que interrumpirle.

–Capitán Taban, sé que es un genio es estas lides, pero he de decirle que... ¡NO HE ENTENDIDO NADA! Explíquese con claridad, no estoy ducho en ese tipo de conceptos.

–Sí, mi Príncipe. ¿Ve ese pequeño panel que controla la seguridad de la puerta?

–Sí, claro.

–Observe.

Desenfundó su pistola láser y efectuó tres disparos sobre el panel, destrozándolo. Luego se cruzó de brazos y habló con una filial de Dama, ordenando la reparación prioritaria sobre cualquier otra cosa, de ese panel. Ante mis asombrados ojos se recompuso completamente en unos minutos. Estaba como nuevo.

–¡Increíble! –exclamé.

–Lo es, ¿verdad? Autorreparación. Cuanto más grandes sean los daños y más gasto de energía haya, más tarda, pero poco a poco se va reparando, en orden de prioridad de lo dañado.

Lo más urgente primero, como por ejemplo el casco exterior de la nave, y los pequeños detalles, como este panel, lo último.

–Es cierto que la energía ha bajado, ¿pero no necesitaría una mayor cantidad para producir... lo que sea para autorrepararse?

–Estáis en lo correcto. Está absorbiendo toda la energía de la que es capaz, de los soles de este sistema.

–¿Cómo lo hace?

–Ni idea. Pero aún es pronto, aunque tengo algunas teorías. Lo que he podido comprobar es que si volviéramos a disparar al panel, su reparación se haría algo más lenta y si volviéramos a hacerlo, aún más y así progresivamente. Es como si se fatigara.

–¿Entonces puede dejar de repararse?

–No lo sé.

LibrosEnRed

–De todas formas es una noticia excelente. Sigue investigando. Espero novedades ansioso.

–No os defraudaré, mi Príncipe.

Llevábamos seis semanas en Jarkis, intentando comprender el complejo sistema de clanes y castas de los Frieds, todos bajo el liderazgo del Rey Ozon. Para despejarme de semejante embrollo solía dar paseos, de incógnito, (sin mi símbolo identificativo), por las rocas bajas. Me hallaba en un grupo de montañas al oeste de la residencia del Rey. Paseaba por el norte, que era la zona donde la explanada de piedra era más grande, por lo que no había ningún riesgo. Me encantaban esos paseos, mi sexto sentido me decía que acabaría encontrando algo importante que cambiaría mi vida.

De pronto oí un grito. Miré a mi alrededor pero no vi a nadie. El segundo grito me orientó, provenía de las proximidades del borde de la explanada. Había una irregularidad en la roca que, cuando me acerqué, comprobé que era un gran agujero de unos cuatro metros de profundidad, en el que había una chica Fried, enfrentándose a una cría recién nacida de un Hárikam. En sus manos, como única defensa al bicho de más de diez metros, llevaba un bastón cilíndrico de punta roma. Sin pensarlo dos veces salté dentro, empujé a la chica hacia un lado, desenfundé mi fusil de asalto y efectué varios disparos a máxima potencia a la boca del bicho. Una vez que me aseguré que el animal estaba bien muerto, me giré hacia la chica que estaba sentada en una esquina mirándome muy seria. Le tendí la mano para ayudarle a levantarse.

–¿Te encuentras bien? –le pregunté sorprendido por su belleza. Tenía un cabello largo, liso y rubio que le llegaba hasta la cintura y unos ojos azules, más intensos, si cabe, que los de Laurence.

–Eres un estúpido patán, maldito extranjero –me espetó.

El corazón me dio un brinco ante semejante respuesta.

–Pe..

–Imbécil, incompetente. ¿Quién te ha mandado meterte en mis asuntos? –me preguntó furiosa mirándome con desprecio.

–Pero si ese bicho te iba destrozar.

–¿Te? ¿Y se puede saber por qué me tuteas patán? Soy la Princesa Yun de Jarkis y te debes dirigir a mi persona con el debido respeto y protocolo. ¿No te han enseñado nada tus superiores? ¡Patán!

LibrosEnRed

–Empiezo a estar harto de que su ñoñería me llame patán –respondí conteniéndome todo lo que pude. No estaba acostumbrado que nadie me hablara así.

–¡Estúpido! –dijo soltándome una sonora bofetada, dejándome de piedra.

–Muy bien, "mi señora", puede ser que usted sea una Princesa pero nunca podrá ser un Guardián como yo –dije trepando por uno de los lados que tenía unas pequeñas hendiduras a modo de escaleras, dejándola con dos palmos de narices. Mientras me alejaba la oí gritar;

–¿Qué no seré Guardián? ¡JA! Eso lo veremos, ¡PATAN!

ARCHIVO CLASIFICADO DE LA VIDA PRIVADA DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
GRAN DAMA.
SITUACIÓN: ORBITACION A PANGEA.

Habían pasado algo más de seis años de nuestro accidente de Jarkis. Tal y como predecimos, los Frieds eran unos excelentes guardianes. Decidí pasearme de incógnito por las salas de entrenamiento de nuevos reclutas. Activé el casco de forma que sólo se me vieran los ojos. La realidad era que no podía quitarme de la cabeza a la Princesa de Jarkis, su belleza me había embrujado. La guerra era una locura, luchábamos en medio centenar de frentes y en más de cien planetas y lunas, la verdad es que deseaba volver al árido planeta, con la esperanza de volver a verla pero sabía que eso era imposible, la guerra me tenía muy atado, para cuando pudiera volver, habría muerto de vieja. Me acerque con mis pensamientos a una de las salas de entrenamiento, en lucha cuerpo a cuerpo, sin armas. Casi la mitad de la sala eran Frieds y la otra Warlooks, también había Trogónitas y algunas otras razas. El montante rebasaría los doscientos. Por su aspecto, la mayoría novatos aunque también los había más avanzados. Estaba demostrado que la presión de un pequeño grupo de nivel superior, aumentaba las capacidades de aprendizaje de los nuevos guardianes.

En silencio, me mezclé entre la tropa. Mientras el Instructor demostraba, con un ayudante, ciertas técnicas de lucha, fui avanzando hasta ponerme en primera fila. El Instructor era uno de los primeros Warlooks voluntarios y, a pesar de que sólo se me veían los ojos, me reconoció en el acto. Le hice un gesto para que me sacara a combate.

–¿Cuál es tu nombre? –preguntó señalándome.

–Prance.

LibrosEnRed

–¡Vaya, como nuestro Príncipe! Sal y ponte a mi lado.

–Tú la del casco activado. Tu nombre.

–Princesa Yun de Jarkis –dijo desactivando el casco, que rápidamente se ocultó en su nuca dejando caer su largo y liso cabello rubio.

Me quedé de piedra. ¡Ella! Los Frieds se revolvieron ante la expectativa de que su Princesa combatiera.

–¡Princesa! –exclamó el Instructor–. Eso no te va a servir aquí. Sólo hay un Príncipe entre los guardianes y es Prance de Ser y Cel.

–Bien Guardián, descubre tu rostro para el combate.

Replegué el casco parcialmente de forma que sólo mostrara el rostro pero no el cabello. Nadie me reconoció y eso que todos, por novatos que fueran, habrían estudiado cientos de combates en los que yo participaba, de una u otra forma. Yun me miró directamente a los ojos, reconociéndome.

–Procuraré no hacerle daño "mi señora" –dije burlonamente.

–No existe el "patán" que pueda hacerme daño... moral –dijo en tono mucho más suave que en el de nuestro primer encuentro.

Sin previo aviso se abalanzó, rodando por el suelo, intentado derribarme golpeando mis piernas con sus pies. Falló por poco, ya que salté para esquivar su ataque. Casi antes de que volviera a tocar suelo, ya estaba de pie. Era rápida, muy rápida. Se revolvió y me atacó frontalmente, finté y a su paso, por donde yo estaba, le golpeé fuertemente en la espalda con el canto de la mano, derrumbándose semiinconsciente. Ni siquiera el instructor se dio cuenta pero dude un instante antes de golpearla, lo que en combate real podría haberme costado la vida.

–Tú, el grande del fondo, te toca –dijo el Instructor a la vez que ayudaba a Yun a volver a su sitio.

–Bien... –dije mirando de reojo al Instructor que me sonreía pícaramente.

El Fried era enorme, me sacaba una cabeza y sus hombros parecían no terminarse.

–Fui el primer Fried en entrar en los guardianes, intentaré hacerte pagar la ofensa a nuestra Princesa.

–Instructor, ¿está seguro que es un solo Guardián? –pregunté bromeando.

–Muy gracioso –dijo el gigante avanzando cautamente.

No iba a atacar a lo loco. Iba a ser una lucha corta si conseguía conectarme un directo. Su primer golpe dio en el aire, casi rozando mi cabeza, el segun-

LibrosEnRed

do igual pero por el otro lado, cosa que aproveché para golpearle, con toda mi fuerza, en el plexo, dejándole sin respiración. El golpe le hizo doblarse, cosa que aproveché para juntar mis manos, entrelazando los dedos, y descargar un soberano golpe sobre su cabeza.

–Bien. Vosotros dos a por él –dijo el Instructor, casi sin poder contener la risa.

Uno tras otro los fui noqueando, hasta completar los doscientos cincuenta. Una vez que todos se recuperaron, el instructor se dirigió a ellos.

–¿Por qué os ha derrotado?

–Es más rápido –dijo un Warlook.

–Más fuerte –dijo otro.

–No, sólo tengo más experiencia. Os he estado observando y he visto vuestros puntos débiles o aberturas en ataque. Pronto, todos seréis capaces de hacerlo y la mayoría me superaréis, pero no esperéis revancha, no estoy loco –dije haciéndoles sonreír.

Tras una breve charla del Instructor, en la cual insinuó que yo era un Jefe de Escuadrón, nos despidió. Cuando estaba a punto de cruzar una de las puertas, Yun me alcanzó.

–Hay que reconocer que aunque seas un "patán" luchas como un maestro –dijo sonriendo mostrándome unos blancos, preciosos y proporcionados dientes.

–Un cumplido de "su alteza" –respondí bromeando–, no sé si podré conciliar el sueño. Yo también he de reconocer que para llevar tan poco tiempo, tu velocidad y técnica son excelentes, casi me alcanzas.

–¿Llevas mucho alistado?

–Bastante, ya no me acuerdo.

–Lo que quisiera es disculparme por haberte abofeteado en Jarkis...

–No tienes por qué, lo que no entiendo es por qué te enfadaste, sólo pretendía defenderte de ese bicho.

–Mi prepotencia no me permitió ponerme en tu lugar. Tú no podías saber que ese bicho, como tú lo llamas, era parte de mi entrenamiento como guerrera Fried. La lucha con crías de Hárikams nos ayuda a descubrir y aprender como se mueven y defienden.

–¿No estabas en peligro?

–La verdad es que no, no era la primera vez que me enfrentaba a uno.

LibrosEnRed

–¡Por la Galaxia de Andrómeda que ridículo! –dije sonrojándome ligeramente.

–No sabes lo difícil que es conseguir huevos de Hárikams, pero lo que realmente me produjo gran rabia fue sentirme... débil.

–No era esa mi intención, ¡por Andrómeda tenía que estar patético haciéndome el héroe! ¿Dónde pueden conseguirse esos huevos? Te compraré una docena.

–Veo que no me crees. Si algún día vamos a Jarkis, te llevaré de cacería.

–Eso significaría que tendrías que quedar conmigo.

–Para entonces ya habremos quedado muchas veces –dijo alejándose, contoneándose provocativamente.

–Mañana, en el tercer periodo, estaré en la sala de entrenamiento de cazas –le dije.

–Tal vez vaya –dijo volviéndose coquetamente.

Tras nuestra primera cita, vino una segunda en la que nos dimos nuestro primer beso y luego una tercera en la que me llevó a su cubículo. Cuando entré tras ella me llevé una buena sorpresa. Había oído hablar de decoraciones holográficas excelentes en los cubículos, pero aquella se llevaba la palma, era una copia exacta del desierto de Jarkis. Las paredes daban una sensación de profundidad infinita, el suelo parecía de arena y el techo simulaba el cielo y los soles de Jarkis. De fondo se oían los ruidos del desierto, el susurro del viento en las arenas principalmente. Hasta olía como el desierto. Cuando se cerró la puerta perdí la perspectiva, parecía realmente que estábamos allí. Cuando me giré para mirar a Yun, estaba flotando a un metro, totalmente desnuda. (CLASIFICADO)

(DESCLASIFICADO) Era nuestra novena cita. Me estaba esperando en uno de los pasillos de acceso a las salas de entrenamiento. Había estado ausente durante tres semanas por que había tenido que ir a revisar el sector sur veinte c de Pangea Capital, que era donde se ubicaban gran parte de nuestras fábricas de M7. En cuanto me vio, su rostro se iluminó y corriendo se echó en mis brazos llenándome de besos.

–¿Dónde has estado?

–Misión de rutina en Pangea –dije.

–¡Oh! Mira por ahí viene el Capitán Laurence. Con suerte, algún día serviré en su ejército, bajo su mando directo. Es increíble que en tan poco tiempo se haya convertido en un héroe para mi pueblo.

LibrosEnRed

–También lo es para el mío.

Cuando llegó a nuestra altura se detuvo.

–Capitán... –dijo Yun llevándose la mano al pecho saludándole.

–Princesa Yun –le respondió serio a la vez que me miraba fijamente. Había algo muy importante que no podía esperar.

–¿Qué ocurre Laurence? –pregunté provocando una mirada de asombro en Yun, por mi falta de respeto hacia el "famoso" Capitán Laurence.

–Tógar está desplegando sus tropas por la frontera de Dénniss, mi...

–Luego nos veremos en los aposentos del Príncipe y discutiremos ese asunto, Capitán –le corté.

Sin más, Laurence siguió su camino, no sin antes echarme una mirada de apremio.

–¿En los aposentos del Príncipe? –me preguntó asombrada.

–Soy algo más que... Lo más sencillo va a ser que me acompañes.

Recorrimos varias secciones hasta que llegamos a uno de los elevadores. Entramos juntos en el vacío y rápidamente ascendimos varias docenas plantas. Salimos y cogimos otro vigilado por veinte Guardianes de elite que se apartaron para dejarnos entrar.

–Nadie puede coger estos elevadores directos, a no ser que sean Capitanes –dijo mirándome con sus preciosos ojos azules, muy abiertos.

–Lo sé, cariño. Tranquila, vas conmigo. Nadie te va a decir nada.

Nos detuvimos en la planta donde se ubicaban mis aposentos. Sin mediar palabra, llegamos hasta las dobles puertas donde el escuadrón de tropas de elite se apartó y saludó al vernos. Cruzamos y entramos en mis aposentos. Las dobles puertas se cerraron a nuestro paso. Yun miraba a todas partes muy nerviosa.

–No tenemos mucho tiempo para hablar, pronto vendrá el Capitán Laurence.

–Y el Príncipe, supongo, ya que estamos aquí.

–Sólo el Capitán Laurence –dije sonriendo ante la ironía.

–No debía haberte ocultado esto tanto tiempo, lo siento cariño, pero las cosas se complican siempre de la forma más tonta –le dije algo nervioso a la vez que trasteaba con el cubotrí, lo único que me llevé de mi hogar cuando fallecieron mis padres.

LibrosEnRed

–No deberías jugar con las pertenencias del Príncipe –dijo tensa.

–Tengo permiso. Ven y teclea para que te muestre algunas de sus imágenes.

–¡Prance! ¡Eso es privado!

–No discutas y hazlo, por favor. Me hago responsable de cualquier cosa que creas que nos pueda suceder. No me obligues a darte una orden como superior tuyo –le dije bromeando a la vez que trataba de mostrarle la más tranquilizadora de mis sonrisas.

Se acercó con muchas dudas y pulsó una tecla. Apareció la fachada de la primera fábrica de M7 de Pangea Capital, junto a la puerta estaba el Gran Consejo en pleno, Anyel, Yárrem y por supuesto, en el medio, yo.

–¿Qué...? –comenzó a preguntar.

En ese momento entró Laurence que me miró esperando cómo actuar. Sin dudarlo más, pulsé una tecla de mi O.B. haciendo surgir mi anagrama distintivo en la frente. Del techo, descendieron suavemente el resto de armas que no portaba, dada mi condición de simple Jefe de Escuadrón. Siempre las dejaba ahí ancladas electromagnéticamente. Cuando coloqué mi fusil de asalto en mi espalda, la capa, que también me destacaba como Príncipe, surgió de mis hombros llegando hasta los tobillos.

–Laurence, ya conoces a la Princesa Yun.

–Sí, mi Príncipe.

Me acerqué a Yun, la cogí de la mano y la lleve a la flotante mesa electromagnética, sentándola a mi lado. Estaba como paralizada. Enfrente lo hizo Laurence, que sonreía pícaramente ante la situación. Yun no acababa de salir de su asombro.

–Bien, ¿qué es lo que ocurre con Tógar?

–Ha desplegado su ejército por la Frontera de Dénniss.

–¿Ha atacado algún sistema? –pregunté.

–No. Tiene sus fuerzas desperdigadas, es como si buscara algo, sería un buen momento para atacarle –dijo Laurence convencido.

Miré a Yun enmarcando una ceja, dándole pie para entrar en la conversación.

–¿Quieres... mi señor, quiere mi consejo? –me preguntó extrañada, saliendo de su asombro, mucho más rápido de lo que lo hubiera hecho cualquiera. Su educación como Princesa había dejado algo positivo.

LibrosEnRed

–Sí y déjate de "mi señores", estamos en privado y eres mi pareja, lo que te da cierta posición. ¿Qué opinas?

–No sé por qué pero pienso que hay algo que huele a podrido. Para mí es una trampa, mi instinto me lo dice, al igual que cuando en el desierto hay un Trypo, los detecto... casi siempre.

–Y tienes razón cariño, es una trampa. Ayer recibí un informe de Anyel en el que me confirmaba, el paso de todo el ejército de Trash, al otro lado de la frontera de Dénniss. Esperan que vayamos y mientras nos enfrentamos a la flota de Tógar, que milagrosamente se reagruparía a toda velocidad, la de Trash nos golpearía con toda su fuerza, por sorpresa. No iremos.

Durante los siguientes siglos, Yun se fue haciendo cargo de todos los aspectos de abastecimiento de la flota, por lo que tenía que pasar largos períodos en Pangea y por lo tanto con mi pueblo, que le iba admirando día a día. Su inteligencia, intuición, bondad, amabilidad y otro sin fin de cualidades, había hecho que se los ganara.

Nuestro amor se fue haciendo más fuerte y profundo. Yun se convirtió en un excelente Guardián destacando en muchos aspectos, en especial en logística y abastecimiento. Finalmente decidimos unir nuestras auras (casarnos). La noticia de nuestra unión fue aceptada con agrado por mi pueblo, además, Yun conquistó con facilidad al Gran Consejo. Con los Frieds, yo no lo tenía tan claro. Eran una raza orgullosa y no podía adivinar si aceptarían que su Princesa se desposara con alguien que no fuera de su raza, aunque fuera el Príncipe de los Guardianes. Aunque ella no lo dijera, sabía que no se uniría si su pueblo no consentía. Me aterraba la posibilidad de perderla.

El día que partimos hacia Jarkis tenía un nudo en el estómago. Para olvidarme del problema empecé a dar órdenes a diestro y siniestro y, como es natural, Yun se percató que me ocurría algo. Es difícil ocultar cualquier cosa a una mujer y yo no era precisamente un maestro en esas lides. Cuando estuvimos a solas en mis, o mejor dicho, nuestros aposentos, empezó a tantearme, con esa habilidad que sólo poseen las mujeres, para averiguar qué me ocurría.

–Prance, cariño, ¿qué tal el período? ¿Algún problema?

–Mal, Dama se sigue negando a darnos información de los archivos cerrados, tal vez deberíamos cambiar de zona, tal vez deberíamos intentar abrir la zona dieciocho, c, sub bis. ¡Me va volver loco! ¡Maldita sea!

LibrosEnRed

–Ya, ¿por qué no me cuentas qué es lo que te ocurre realmente? Nunca te han preocupado, hasta ese extremo, los millones de sectores de memoria cerrados de Dama.

–No se te escapa nada, ¿eh?

–Cuando dos personas se aman como nosotros es... difícil.

–Estoy preocupado por la unión –dije escuetamente.

–¿Preocupado? ¿Por qué?

–¿Y si tu pueblo no me acepta? Una cosa es que estemos juntos y otra muy distinta que nos unamos. Al fin y al cabo soy un extranjero.

–No puedo creer lo que oigo. El salvador de la Galaxia con miedo a un simple protocolo. Mi pueblo te adora. ¿Acaso crees que nos habrían brindado toda su ayuda y mi padre, antes de partir al otro lado de la frontera, delegado todo el poder en tu persona? No puedo creer que aún tengas dudas.

–Tienes razón. Pero siempre surgen dudas en el alma de un hombre, ante situaciones como esta.

–No seas tonto, todo irá perfectamente –dijo tiernamente besándome.

Tankai nos depositó en la llanura de roca pulida de la montaña principal de Jarkis. Ese era un problema que no sabía cómo solucionar. El poder aterrizar sólo en las llanuras nos limitaba mucho, ya que aterrizar en la arena era un suicidio. Los cruceros no podían descender, obligándonos a utilizar pequeñas naves de transporte como Tankai. Intentamos montar un campo de aterrizaje pero los Hárikams lo destruyeron casi de inmediato. Doblaban las planchas de M7 como si fueran de papel. Perdí varios hombres en aquel proyecto, desde ese día acepté gustoso cualquier consejo dado por los Frieds al respecto. También esta particularidad hacía de Jarkis un planeta inexpugnable, imposible de desembarcar un número importante de tropas al formar las montañas una fortaleza natural. De momento, el Mal seguía desconociendo la existencia de Jarkis y los Frieds, lo que nos daba una considerable ventaja. Laurence abría la marcha y Yárrem la cerraba. Ambos con un grupo de tropas de elite.

Al entrar en la montaña, el aire fresco y húmedo nos rodeó, lo que sinceramente me desconcertaba tras el horroroso calor de fuera. Era como cambiar de mundo, impensable que en el exterior hubiera un desierto tan árido, seco y caluroso. Unas horas más tarde, todos los Jefes de los clanes estaban convocados en la gran gruta principal de reuniones. Y tal y como estaba previsto no faltó ninguno. Era una caverna circular de unos dos kiló-

LibrosEnRed

metros de diámetro y aunque nosotros estábamos a unos treinta metros de altura, los Jefes del fondo eran prácticamente invisibles. Entre los Jefes de los clanes había un Guardián.

–¿Quién es? –le pregunté a Laurence, mientras apretaba suavemente la mano de Yun.

–Jefe de Escuadrón de elite Dora. Jefa de uno de los clanes más influyentes e importantes del planeta. Muy respetada entre los míos, por su valor y dureza.

Dora no apartaba la vista de nosotros, le miré a los ojos intentando adivinar sus pensamientos. Era muy buena, mi instinto me lo decía.

Laurence se puso a nuestra altura dejando solo a Yárrem, al que había puesto a colaborar con Yun en todo lo referente a flota en suministros y su protección. Los murmullos de la sala se silenciaron de golpe, al verle levantar los brazos. Pero no pudo empezar a hablar porque se pusieron a aclamarle. Tuvo que esperar varios minutos para poder empezar.

–Hoy es un gran día. ¡La Princesa ha decidido unirse! –exclamó Laurence emocionado.

El silencio fue sepulcral. Mi corazón empezó a golpear con tanta fuerza que temí que toda la cueva pudiera oírlo.

–¿Qué ocurre? ¡Exijo respuestas! –exclamó.

–¿Con quién? ¿Con usted Capitán? –preguntó Dora, algo seca, adelantándose un poco.

–¿Cómo que conmigo? ¿Qué estupidez es esa? Con el Príncipe Prance de Ser y Cel.

El silencio se rompió de golpe. Toda cueva empezó a aclamarnos. Coreando tanto mi nombre como el de Yun. Su entusiasmo duró casi quince minutos. Cuando los Jefes se calmaron, habló de nuevo Dora, no cabía duda de que en nuestra ausencia la habían nombrado Jefe de clanes.

–Mi Princesa, mi señor Príncipe Prance, futuro Príncipe de los Frieds, Capitán Laurence, os pido disculpas, en mi nombre y en el de todos los Jefes por tan tonta confusión. Creo que no es necesario que os diga que no hay un solo Fried en Jarkis que no acepte, con agrado y entusiasmo, la dichosa noticia de su unión. En las reuniones de clanes, siempre se comentó que si había algún hombre merecedor de unirse a la Princesa, ese era usted, mi señor. Los Frieds siempre estarán a su lado luchando bajo su mando, por lo menos mientras quede uno sólo con vida, ¡MI PRÍNCIPE Y SEÑOR! –gritó.

LibrosEnRed

Los gritos se reanudaron. Estaban felices, orgullosos, pletóricos, me habían aceptado totalmente, sin reparos. Mi corazón empezó a tranquilizarse. Miré a Yun... (CLASIFICADO)

(DESCLASIFICADO) La unión fue, por lo menos para mí, muy extraña. Se compuso de anecdóticos ritos, frenéticos bailes y danzas. Duró varias horas y reconozco que fue extraña pero acogedora e intensa, muy intensa y emotiva. La tradición obligaba a quedarnos varias semanas y visitar los principales clanes, en señal de agradecimiento. Obviamente tuve mandar a Laurence y a Yárrem, uno a la Gran Dama, y otro a la flota por si surgían novedades. El primer día partimos hacia la antigua residencia de Yun, ubicada bajo la extensión de roca donde nos conocimos. Cuando entramos en sus aposentos, su rostro se ensombreció un poco, todas las habitaciones, a excepción del dormitorio, habían desaparecido reconvertidas en almacenes. Tardamos un buen rato en llegar. Su residencia había sido enorme, todo un lujo en un planeta tan austero.

–Lo siento, cariño –dije abrazándola.

–Es natural, era un espacio desaprovechado. Mi hogar es ahora la Gran Dama, a tu lado. Pero me produce una extraña sensación el cambio. Aunque ahora veo que, mi comodidad, era un lujo innecesario y una carga para mi pueblo –comentó algo triste.

–Yo pasé por lo mismo cuando tuve que ceder, la casa de mis padres, a su muerte. No se debía desaprovechar. Si quieres llevarte algo de aquí... –dije pensando en la nave de juguete que tenía el primer día que vi la Gran Dama, ¿qué habría sido de ella?

–A ti –dijo abrazándome y empujándome sobre la cama hecha a base de suaves pieles de Hárikams, sacadas de debajo de sus duros caparazones y cojines rellenos de cartílago seco y triturado de Trypos. (CLASIFICADO)

(DESCLASIFICADO) Nos preparábamos para partir hacia el primer clan, cuando alguien llamó a la puerta. Cuando la abrí, Dora estaba al otro lado.

–¿Me habéis llamado mi Príncipe? –preguntó haciendo la reverencia.

–Si, Jefe de Escuadrón Dora, pase.

–Perdone, pero en la entrada hay varios Jefes de clanes menores que quieren tratar algunos temas administrativos, con la Princesa –dijo algo turbada.

LibrosEnRed

–¿Puedo ayudar? –pregunté.

–Me temo que no, mi Príncipe. No está bien visto que el consorte de la Princesa intervenga en asuntos administrativos. Es considerado como un guerrero.

–No es mi función –dije comprendiendo la situación.

–Tradición, cariño –dijo Yun mientras salía, no sin antes, besarme en la mejilla.

Cuando salió, Dora permaneció callada observándome.

–¿Es la primera vez que coincidimos? –le pregunté.

–No, mi Príncipe. Lo hicimos en el rescate de un carguero Trogónita. Era una de los que asaltaron el crucero del Mal. Que por cierto conseguimos capturar casi intacto.

–Lo recuerdo. Fue toda una hazaña.

–Ahora soy Jefe de Escuadrón de ese grupo –dijo orgullosa.

–Veo que tengo buen ojo. ¿Qué le parecería ascender a Capitán?

–¿Capitán? ¿A quién hay que matar? –dijo sonriendo por primera vez desde que entró.

–A nadie. Sólo aceptar un puesto, Capitán de las fuerzas de elite al cargo de la seguridad de la Princesa. Claro, que eso significará estar a todas horas con la Princesa y bastantes conmigo, cosa que como podrás comprobar, complicará bastante tu función, ya que no me gusta seguir las reglas de seguridad.

–Eso he oído decir... oh perdón... yo... –dijo sonrojándose.

–No se disculpe. Es sólo la verdad. ¿Acepta?

–Sí, pero... ¿qué más hay? Leo algo entre líneas pero no sé lo que es –dijo susceptiblemente.

–Veo que también es inteligente. La Princesa es lo primero, no sé si me explico, ella es lo más importante, LO MÁS IMPORTANTE, cualquier problema que no sepa, pueda o no le permitan solucionar, me lo consultará a mí personalmente, dónde, cuándo y cómo sea. ¿Queda claro?

–Sí, mi señor. ¿Qué acceso a seguridad tendré?

–Veo que ya ha aceptado.

–Sí, mi Príncipe.

LibrosEnRed

–El mismo que el Capitán Yárrem, con el que probablemente tendrá que trabajar codo a codo muchas veces. De ante mano le aviso que es muy exigente y la palabra "muy" se queda muy corta.

–¿Cuándo empiezo?

–Ahora.

–Sí, mi Príncipe –dijo sonriendo a la vez que salía en busca de Yun.

Los pequeños problemas de los clanes menores, no eran tan pequeños. El sistema burocrático y administrativo del planeta, se estaba desmoronando por la rápida fusión de culturas, a causa de nuestra llegada. Todo se había quedado anticuado o desfasado, ya fuera en cantidad o calidad. Los pequeños clanes empezaban a resentirse seriamente, poniendo incluso en peligro su subsistencia a medio plazo. Las cosas se liaron tanto que no iba a poder atenderme durante varias semanas, así que solicité a Dora que me mostrara lo que pudiera del planeta y de paso poder evaluarla mejor y comprobar que mi intuición volvía a ser correcta. Tras recorrer varios sistemas montañosos, pedí a Dora que me llevara a la zona profunda del desierto, cosa que se negó en redondo, alegando que Yun la estrangularía si se enterara. Era una zona muy peligrosa. Ese mismo día recibimos un mensaje de la flota en la que me informaban que el Capitán Krull, al que raramente veía ya que siempre estaba en los convoyes, había reunido una gran cantidad de M7 en un sistema cercano, denominado Andros y se disponía a trasladarlo a Pangea, pero solicitaba más protección por que se habían detectado algunos cruceros del Mal por la zona. Disponía de muy pocas naves de combate y los cargueros estaban armados con unos pocos cañones láser, absolutamente ineficaces en combate contra un crucero, servían más para desviar pequeños meteoritos de los cinturones de asteroides, que para combatir. Ordené a Krull que me esperara y permaneciera oculto. Yun no había terminado de solucionar los problemas existentes entre los clanes, así que se quedó en Jarkis. Dejé gran parte de la flota, incluida la Gran Dama, y me llevé al resto en busca de Krull. Si solicitaba mi ayuda, seguro que tenía grandes noticias acerca de nuevos emplazamientos mineros. Tenía un olfato único para encontrar asteroides o planetas ricos en metales.

Recuerdo, como si fuera ayer, el día que le conocí en el rescate de la nave de pasajeros. Jamás olvidaré ese viaje, nada salió como esperaba, además estaba... ELLA.

LibrosEnRed

Capítulo 11

ARCHIVO DE REUNIONES EN LA GRAN DAMA.
SALA DE REUNIONES DEL ALTO MANDO DEL BIEN.
ACCESO SÓLO PARA CAPITANES Y PERSONAL AUTORIZADO.

Llevábamos cinco meses en el espacio, persiguiendo cruceros del Mal del ejército de Trash. Se escondían tan bien, que entre mis hombres se les comenzó a llamar los cruceros fantasmas. Tan sólo habíamos tenido pequeñas escaramuzas que no eran dignas de mención. La tropa estaba nerviosa por la falta de acción y la tripulación empezaba a estar agotada por el manejo de la Gran Dama. Era muy complicado coordinar todos los sistemas. Esa mañana había tenido una reunión con los Capitanes de la nave, Yárrem era el que tenía más problemas.

–Mi señor, tengo que pedirle más hombres. No puedo controlar toda la seguridad del personal y a la vez encargarme de todos los controles y sistemas de seguridad interna y externa de Dama. Mi equipo no da abasto.

–¡Maldita sea Yárrem! Sé que tienes muchos problemas con los sistemas de seguridad pero no puedo darte más hombres. ¡No tengo más hombres! La tripulación está al límite con el manejo de Dama. Habría que entrenar a más y eso nos llevaría demasiado tiempo –dije pesaroso y bastante cansado.

–Lo sé, mi señor, pero si no encontramos pronto una solución, desde ahora puedo asegurarle que los combates prolongados con la Gran Dama, se acabarán haciendo impracticables.

–No te entiendo. Explícate.

–Siento comunicaros que si no encontramos alguna forma de agrupar todas las órdenes, no podremos manejar a Dama. Según aprendemos a utilizar más cosas, su complejidad aumenta, no permitiéndonos volver al antiguo método y por lo tanto más simple. Mis hombres se encuentran desbordados por la cantidad de información, por lo que se bloquea toda posible acción. Hasta hoy hemos podido arreglarlo saltándonos aspectos, en teoría, poco importantes. Pondré un ejemplo, si nos enfrentamos en un combate como el que tuvimos con el tercer ejército que resolvisteis, si me permitís, magistralmente, nos destruirían por no poder canalizar toda la información proporcionada por Dama.

LibrosEnRed

–Si no he entendido mal, según nos vamos integrando en el sistema de funcionamiento y pilotaje de Dama, ésta se intercomunica con más parte del equipo y sistemas que funcionan independiente o han permanecido en apariencia inactivos, proporcionándole y por lo tanto, proporcionándonos, cada vez más información.

–Sí, mi señor. Es más, la información es cada vez más compleja y menos desgranada. Nos trata como a un ordenador, cada día con más información para ser asimilada.

–Este problema no me lo esperaba. Voy a reflexionar a mis aposentos e intentaré hablar con Dama, a ver si me da alguna solución, o sabe cómo podemos canalizar ese torrente de datos. Yárrem, quedas al mando. Si ocurre algo grave, interrúmpeme.

ARCHIVO DE SEGURIDAD.
SITUACIÓN: GRAN DAMA.
APOSENTOS PRIVADOS DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Llevaba más de dos días encerrado en mis aposentos, cuando fui interrumpido en mi "conversación" con Dama. No avanzaba.

–¡POR LA GALAXIA DE ANDRÓMEDA! ¡DAMA! ¿Me estás diciendo que el Maestro manejaba la nave él solo?

–Sí, Prance.

–¡Y UNA MIERDA! Es imposible que pudiera estar en todas partes a la vez.

–Sí, es posible.

–Tiene que existir un sistema de control único como el de los cazas.

–No existe

–¿Cómo lo hacía?

–Hablaba conmigo.

–Eso ya me lo has dicho y no me aclara nada. ¿CÓMO?

–Hablaba conmigo.

–¡MJHHH! ¡ESO YA ME LO HAS DICHO! ¿Cómo hablaba contigo? ¿Dónde?

–Desde la sala de mandos, desde sus aposentos, desde los almacenes; de carga, de M7, armamento, jades,...

–¡YA!, de todas partes.

LibrosEnRed

–Sí, Prance.

–¿Y cómo lo hacía desde todos esos sitios? –le pregunté exasperado por enésima vez.

–Hablaba conmigo.

–¡Me voy a cortar la cabeza!

–No se lo recomiendo, es un proceso doloroso innecesario y pondría fin a su existencia.

–¿Podía manejar la nave al completo, con todas sus funciones?

–Sí, podía.

–¿Cómo?

–Hablaba conmigo.

–Es imposible que te diera las suficientes ordenes como para que pudiera manejarlo todo a la vez.

–Es posible.

–Ponme un ejemplo.

–Mire la pantalla principal –me dijo transformando la pared frontal en una pantalla gigante. Sin previo aviso, empezaron a pasar miles de órdenes, a tal velocidad, que no podía distinguirlas.

–¿Qué demonios es eso? Parece la descarga de información de cualquier ordenador.

–Son las órdenes que me daba.

–¿A esa velocidad?

–Sí, Prance.

–Imposible.

–Posible.

–Mira te voy a...

–Perdón Prance, hay una llamada de la sala de mando –dijo sobresaltándome.

–Pásala a la pantalla principal.

Yárrem apareció mirándome ceñudo. Estaba preocupado, si no conseguía que Dama se explicara tendríamos que volver a Pangea y ponerla en órbita. Le hice un gesto para que hablara.

LibrosEnRed

–Perdone que le moleste mi señor, pero acabamos de interceptar una llamada de auxilio. Viene de un pequeño crucero de pasajeros. Por lo visto, su computadora de detección de meteoritos ha fallado y se han cruzado en la trayectoria de uno, dañándolos gravemente.

–¿Muy gravemente?

–Bastante. El casco se ha roto y los motores no funcionan.

–¿Sus escudos?

–Destruidos.

–¿Todos?

–Por lo que hemos podido entender, todos, incluidos los interiores. Si les golpea otro o se acercan al campo gravitacional de algo más grande que un puño, se harán pedazos.

–¿Nuestro crucero de rescate más cercano?

–Al doble de distancia que nosotros. No creo que aguanten tanto.

–¿Actividad enemiga?

–No la hay, es una zona donde no pueden ocultarse. No hay peligro de un ataque sorpresa.

–Está bien. Dirige la Gran Dama para allá. Que se adelanten unas naves de rescate y que las capitanee Anyel, que por lo que he oído está aburrido por la inactividad.

–Sí, mi señor.

–Mantenme informado de las novedades y prepara unas unidades médicas para los posibles heridos.

–Como ordenéis.

ARCHIVO DE RESCATES EN EL ESPACIO.
NAVE DE PASAJEROS NAUTILE.

–S.O.S. S.O.S. Aquí nave de transporte de pasajeros Nautile. Averías irreparables. Situación desesperada.

–Aquí nave capitana de rescate de la nave Gran Dama, en aproximación. ¿Puede oírnos? –preguntó Anyel.

–Sí, por la Gran Garda. Nos empezamos a quedar sin aire. ¡Sáquenos de aquí!

LibrosEnRed

–Tranquilícese, en unos minutos estaremos ahí. ¿Puede decirnos qué compuertas de acceso funcionan?

–No, aquí no funciona nada.

–¿Quién es usted? ¿Está al mando?

–Tercer piloto bajo el mando del Capitán Krull.

–Póngame con el Capitán.

–No sé dónde está. La última vez que hablé con él, se dirigía a la sala principal de pasaje para comprobar su situación.

–¿Cuántos pasajeros llevan?

–Trescientos cuarenta y cinco. Creemos que más de la mitad han debido morir en el impacto.

–Si no nos dicen qué compuerta funciona, no podremos sacarles, correríamos el riesgo de matarles a todos –dijo Anyel.

–Habla el Capitán Krull desde la sala del pasaje. Les he oído. Al pasar, he podido comprobar que la compuerta de la sala de recreo parece estar en buen estado. Iré con dos hombres para intentar abrirla.

–Capitán, si esa puerta tiene la menor fuga, morirán en cuestión de segundos –dijo preocupado el tercer piloto, sin comprender que no había otra solución.

–Conozco los riesgos. No hay tiempo, esta nave está muerta, es cuestión de un par de horas el que se desintegre.

–Aquí nave capitana de rescate. Informen de la posición de esa compuerta.

–Está ubicada cerca de popa, en el lado de babor, junto a los inductores de calor –dijo con un extraño ruido estático que parecía aparecer y desaparecer voluntad.

–La vemos, no tiene buen aspecto, la zona está muy dañada.

–No tenemos otra opción, las otras con las que me he cruzado estaban destrozadas. Voy para allá. Tengan a su equipo preparado.

ARCHIVO PRIVADO DEL O.B. DEL CAPITÁN ANYEL.
RESCATE DE LA NAVE DE PASAJEROS NAUTILE.

Activé el casco y me metí con mis hombres en la pequeña lanzadera. Estaban muy nerviosos y no era para menos. Si esa compuerta reventaba, los trozos de metal, que actuarían como metralla, nos harían trizas. Nos aproxi-

LibrosEnRed

mamos muy lentamente, la nave de pasajeros fue inundando las pantallas. Pronto vimos que los desperfectos eran mucho mayores, y más graves, de lo que parecían a simple vista. La nave no aguantaría mucho, se convulsionaba constantemente, no había duda de que su estructura central estaba dañada, el aire de su interior pugnaba por salir. Íbamos a tener el tiempo justo para evacuar a los supervivientes. Ordené a los demás cruceros que se acercaran y prepararan para el rescate y distribución de los pasajeros, en cuanto aseguráramos la compuerta y se pudiera acoplar una escotilla de amarre.

Nos detuvimos, a unos veinte metros, con los escudos de proa a máxima potencia. No podíamos permitirnos que ningún trozo de metal, que se desprendiera, nos dañara. Cuatro de las lanzaderas estaban justo detrás de nosotros y dos más a la espera de acontecimientos, a una prudente distancia. En cada lanzadera iban dos equipos de ocho hombres cada uno.

Me uní al equipo uno de mi lanzadera, no sin antes comprobar los indicadores de mi casco, y nos introdujimos en la sala de aislamiento para proceder a la apertura de nuestra puerta exterior. Destiné al segundo equipo para el transporte de trajes aislantes para los civiles. Por si había alguna fuga o fallaban definitivamente los inductores de calor. Destiné los dos equipos de la lanzadera dos, como cuerpo médico, en el caso de que fuera necesario.

Nunca me gustaron las salas de aislamiento, me sentía encajonado, como en una tumba. Las luces se volvieron amarillas, se iniciaba el proceso de apertura, que como siempre, se hizo sin ningún sonido, aparte del inquietante silbido que produce el poco aire, que escapa al vacío, que no ha sido reabsorbido. Uno de mi raza, un Krogónita, fue el primero en salir. Tuve la sensación de que estaba nervioso, pero pensé que eran aprensiones mías. Flotó suavemente hacia la temblorosa nave y, tras él, los demás, incluido yo mismo. Mi hombre se acopló con facilidad y, nos ayudó al resto a adherirnos al casco, alrededor de la compuerta. El metal vibraba, mostrándonos la tensión que se estaba produciendo en su interior. Eché un vistazo a través de la minúscula claraboya y pude comprobar que la pequeña sala estaba dañada, varios paneles se habían desprendido. Miré a mis hombres que se habían afianzado y, que con un gesto, me daban luz verde. Llamé a la lanzadera y les informé que el Capitán Krull podía proceder a la apertura. Mientras observaba la claraboya, vi cómo el Capitán Krull entraba en la sala y cerraba la compuerta, dejando a sus hombres al otro lado. Me impresionó su coraje, había que tener mucho valor para lo que iba a hacer. Miró a la claraboya y me hizo un gesto para que nos apartáramos mientras se acercaba al panel, de vaciado de aire y apertura, de la segunda compuerta. Nos

LibrosEnRed

retiramos un poco pero la verdad era que no había dónde cobijarse. Si nos alejábamos demasiado tal vez no llegaríamos a tiempo, si ocurría algo...

Mi corazón empezó a latir con fuerza. Reconocí la causa, ¡miedo! Nunca lo había padecido en esa intensidad, un áspero nudo atenazó mi garganta. ¿Era la compuerta la causa? ¿Miedo yo? Había algo más, no podía definirlo... El sonido de mi corazón martilleaba brutalmente en mis oídos. Se produjo un imperceptible movimiento y una fuga de gases, que dejaron una pequeña estela blanca que desapareció rápidamente. La puerta se abrió lentamente. Mi miedo aumentó. No tenía sentido, hasta ese instante todo iba bien. El Capitán Krull apareció por la abertura saludándonos con la mano, ayudándonos a entrar. Su traje aislante no llevaba un intercomunicador estándar, así que tendría que esperar a estar dentro para poder hablar con él. El casco que llevaba era transparente, lo que me permitió ver un rostro que denotaba un terrible agotamiento. Por su aspecto, debía pertenecer a la raza Charwin, su nariz y orejas semipuntiagudas y algo peludas, junto a sus afilados dientes, le delataban.

La sala era poco mayor que la de lanzadera, entrábamos justo, no íbamos a poder evacuarlos mas que de diez en diez. La puerta exterior se cerró lentamente, síntoma de que le llegaba poca energía. Habría que revisarla antes de volver a usarla, destiné dos hombres a la tarea. Uno de ellos, el de mi raza, estaba realmente pálido.

–¿Se encuentra bien? –le pregunté.

–Sólo son nervios –me respondió escuetamente, intentando aparentar que no le ocurría nada.

Hubo suerte y la puerta interior se abrió sin problemas. El terror aumentaba... Salimos de la sala para toparnos con un triste espectáculo, todo estaba sembrado de pedazos de paneles y trozos de chapa. Era un auténtico milagro que no hubiera fugas de aire, aunque más tarde o más temprano las habría. Debíamos evacuarlos rápidamente. Sin esperar a los demás equipos, nos dirigimos a la sala donde se hallaba el pasaje superviviente. Estaban apelotonados, aterrorizados y muchos heridos, que fueron los primeros que empezamos a mover hacia la compuerta. Cuando volvimos, ya había llegado el segundo equipo e instalado, con éxito, la escotilla de amarre. Cuando llegó el tercero, empezamos a evacuarles. En tan sólo ochenta minutos habíamos evacuado a todo el pasaje y a parte de la tripulación. La mayoría estaba intentando sustentar los sistemas de vida o parcheando algo. Distribuí a los hombres en busca de supervivientes y me dirigí con otros dos equipos a la sala de mando. Según nos fuimos acercando noté que me faltaba el aire. Cuando llegué a la antesala de la de mando, que permane-

LibrosEnRed

cía abierta, tuve que apoyarme en el marco porque mis piernas temblaban, sudaba copiosamente, notaba un agujero en el estómago. Mis hombres iban detrás comprobando que las planchas y paneles aguantaban todavía.

–Capitán, ¿le ocurre algo? –me preguntó uno de mis hombres.

–No. Estoy bien. Sólo es algo de tensión. Tranquilo –dije incorporándome y tratando de sonreír.

–Tenéis mala cara.

–Ocupémonos primero de sacar de aquí a todo el mundo y luego hablaremos de mi cara –dije dando por acabada la conversación.

–Sí, Capitán.

Al entrar en la sala, sentí en mi alma, la misma sensación de la de los antiguos relatos y leyendas que describían el Infierno. Mi corazón comenzó a bombear a plena potencia, los indicadores de alarma coronaria de mi O.B. se activaron. Temblaba al igual que si sufriera la enfermedad del Frío. Me adentré dos pasos y mi alma se heló. Aunque había casi veinte tripulantes, para mí sólo existía uno, que era la causa de mi mal. Una mujer. No podía dejar de mirarla. Me daba la espalda, tenía los brazos extendidos, parecía mirar la pantalla y los paneles de mando. Me acerqué lentamente mientras mis hombres se desplegaban. No podía respirar aunque entraba aire a borbotones, en mis pulmones. No podía dejar de avanzar, mis piernas parecían moverse solas, tenía que ver su rostro. Otro paso, más miedo. Otro más, fuego en mi interior. Estaba justo detrás de ella. Extendí mi brazo izquierdo para tocar su hombro y hacer que se girara. La toqué...

ARCHIVO DE SEGURIDAD.
APOSENTOS PRIVADOS DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

–¡ESTOY HARTO! ¡No avanzamos nada!

–No lo entiendo, mis respuestas son correctas.

–¡Dama, déjame pensar! Empecemos de nuevo. El Maestro dirigía toda la nave a la vez.

–Correcto.

–No se movía de la sala de mando.

–Correcto.

–Podía darte órdenes desde cualquier parte aunque era mejor que lo hiciera desde la sala de mando.

LibrosEnRed

–Correcto.

–Daba todas las órdenes a la vez.

–Correcto.

–A todos los sectores a un tiempo.

–Correcto.

–Tú le proporcionabas toda la información necesaria a la vez.

–Correcto

–La causa por la que era mejor que te diera las órdenes desde la sala de mando, era por que había más líneas de comunicación y más sistemas específicamente preparados para recibirlas que en cualquier otra parte de la nave, si exceptuamos sus aposentos, estos aposentos, que tienen una cantidad parecida de líneas y sistemas.

–Correcto.

–Algo se me escapa y lo tengo a punto...

–Hay una llamada prioritaria desde la sala de mando –interrumpió cortando mi línea de pensamiento.

–Pásamela –dije a la vez que aparecía Yárrem con mala cara.

–Mi Príncipe, tenemos problemas en el rescate. Algo le ha ocurrido al Capitán Anyel...

–¿Qué le ha pasado? ¡Responde!

–No lo sabemos. Su señal de localización ha desaparecido, sin motivo aparente.

–Explícate.

–No ha habido señal de ataque.

–Ha... ¿muerto? –pregunté con temor.

–No lo sabemos.

–¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué te han dicho los hombres de su equipo?

–No hemos podido comunicarnos con ellos. Sólo captamos los niveles de vida, que indican que están bien pero hay un alto porcentaje de adrenalina en sangre.

–¿Adrenalina? ¿Nada más?

–No están combatiendo

LibrosEnRed

–Eso significa que tienen miedo.

–Y mucho, dado el alto porcentaje. Sus pulsaciones también son muy elevadas.

–Las dos lanzaderas de apoyo tampoco pueden comunicar con ellos. Nadie ha salido desde el incidente.

–¿Estamos al alcance de una lanzadera? –pregunté todo lo sereno que pude.

–Sí, mi Príncipe pero...

–Prepara una, voy a ir personalmente.

–Esa nave está a punto de saltar por los aires, no podéis...

–Hay hombres ahí dentro, no pienso abandonarlos. Prepara a veinte guardianes de tropas de elite, entre ellos a Mhar –ordené tajante.

ARCHIVO RESCATE EN EL ESPACIO DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
NAVE NAUTILUS.
SITUACIÓN: MÁXIMA CRÍTICA.

La entrada fue rápida y sin complicaciones gracias a la escotilla de amarre. Al otro lado de la segunda puerta, permanecían tres hombres de Anyel que se apresuraron a abrirla, en cuanto se cerró la exterior. Tenían una expresión de honda preocupación. Les fulminé con la mirada. Los tres hicieron la reverencia apoyando el puño y la rodilla opuesta en el suelo.

–¿Qué demonios está ocurriendo aquí? ¿Por qué se han cortado las comunicaciones?

–Mi señor, nada funciona –dijo uno de ellos.

–Ni las computadoras de brazo, ni las armas... nada –dijo otro sin atreverse ni a mirarme.

–Eso es imposible.

–Podéis comprobarlo vos mismo, mi señor –dijo el tercero.

Activé mi O.B. y pude comprobar que funcionaba irregularmente. Mi armamento estaba perfectamente.

–Desde luego hay extrañas irregularidades. Si no funcionan los O.B., ¿por qué no habéis salido alguno al exterior para transmitirnos las "buenas nuevas", desde alguna de las lanzaderas de apoyo?

–Ella no nos deja salir –dijo de nuevo el primero.

LibrosEnRed

–¿Quién no os deja salir?

–Ella. Suponemos que desearéis verla –dijo el tercero.

–¿Dónde está... el Capitán Anyel?

–En la sala de mando, la tocó y...

–¿Y?

–Cayó fulminado –dijo el segundo sorprendiéndome. No le podía creer..

–Guiadme inmediatamente para allá. Mhar, quédate aquí. Saca a los que puedas.

–Sí, mi señor.

En la zona cercana a la sala de mando, se concentraban la mayoría de los hombres de Anyel, que se apartaron visiblemente nerviosos, al verme, quedando despejado el acceso al pasillo que llevaba a la sala. En él había una docena de guardianes que apuntaban, con sus inutilizados fusiles de asalto, a la puerta de acceso que permanecía abierta, en un vano intento de cubrirme o intimidar a... ella.

A mitad de pasillo me salió al paso el Capitán Krull. Me miraba muy serio y sin duda sabía quien era. Era todo un hombre, mantenía la compostura a pesar de mi fiera mirada.

–Apártese –dije gélidamente sin dejar de mirarle a los ojos.

–Es una pasajera, una... bruja.

–¿Bruja? Y un cuerno, apártese –le dije, a la vez que le empujaba a un lado, sin dejar que se explicara. Sólo pensaba en Anyel. ¿Vivía?

La entrada fue sepulcral. Seis de los hombres de Anyel permanecían en la sala en posición de lucha cuerpo a cuerpo. Mantenían la compostura a pesar de haber visto caer fulminado, a su Capitán. Habían intentado desenfundar sus armas pero no habían podido desprenderlas de los Trajes. Mi armamento sí funcionaba. Anyel permanecía caído de espaldas a sus pies. Tenía los ojos en blanco, me temía lo peor. Sin dudarlo avancé, en ese momento, la bruja, se dio la vuelta y me miró con indiferencia. Era un palmo más baja que yo, de cara redonda, donde chocaban sus ojos pequeños y grises. El pelo corto le daba un aspecto austero que era completado con una especie de túnica que no dejaba entrever su complexión. Denotaba poder, lo que me hizo ser cauto, antes de atacar, decidí hablar, esa lección me la enseñó el Maestro, "la prudencia es madre de la sabiduría".

–Soy el Príncipe Prance de Ser y Cel. Apártese para que pueda recoger y atender a mi hombre.

LibrosEnRed

–No.

Su voz sonaba tranquila, equilibrada, serena... más que un reto, una prueba.

–¿Vuestro nombre?

–Ayam.

–Os aviso que mi paciencia es poca y que mi armamento funciona perfectamente. Y el de los hombres que he traído conmigo también.

–Ya no, incluso el suyo, con su complejo sistema de...

–Saquen sus pistolas y hagan una demostración –les dije a dos de mis hombres, interrumpiéndola.

Si pensarlo, ambos agarraron sus pistolas y tiraron de ellas sin conseguir despegarlas. Tiraron con fuerza, con ambas manos y nada, no consiguieron que se movieran ni un milímetro. Era como si estuvieran soldadas. Luego probaron con los fusiles de asalto y lo mismo. Con un gesto les ordené que lo dejaran.

–Bien, os concedo el primer tanto.

–Gracias.

Rápidamente desenfundé y apreté el gatillo, apuntando un poco a la derecha de su cabeza. El arma vibró ligeramente pero no salió nada, ni un mínimo resplandor de energía. A la vez que guardaba con una mano la pistola, desenfundaba mi fusil de asalto con un rápido movimiento giratorio de mi otro brazo. Mismo resultado, nada. Con tranquilidad pude comprobar que mis tres espadas láser estaban soldadas, y las flechas también. Me estaba precipitando, de alguna manera controlaba nuestros Trajes. Miré a mi alrededor y encontré lo que buscaba.

–¿No estáis todavía convencido? –preguntó con una voz que ya no sonaba con la misma tranquilidad.

–Sólo os he concedido el primer asalto –le respondí a la vez que, de un fuerte tirón, arrancaba una barra vertical de apoyo a uno de los pilares, pesaba unos treinta kilos y el extremo acababa casi en punta.

Avancé amenazante.

–Me parece que he encontrado su punto débil. ¡Retroceded u os ensartaré como a un animal!

–Vos ganáis –concedió.

–No os veo retroceder –dije a la vez que varios de mis guardianes se armaban con trozos de metal, similares al mío.

LibrosEnRed

–No lo haré hasta que decidáis escucharme.

–No lo repetiré, ¡atrás! –espeté avanzando.

En ese momento entró el Capitán Krull, que se detuvo a mi espalda, siendo sujetado por dos de mis hombres.

–No, por favor, no la dañéis.

–No intervengáis –le ordené.

–Escuchadla, os lo ruego. Sin ella, la nave se habría destruido hace tiempo. Ni siquiera habríamos podido mandar un S.O.S. ¡No ha hecho daño a nadie!

–¿A nadie? Mirad a mi hombre. ¡Muerto!

–No ha muerto, todavía –dijo ella tranquila.

–Tiene un minuto. ¿Quién eres y qué has hecho con Anyel?

–Soy una Yúrem y soy, lo que vosotros antiguamente llamabais, una bruja. Mi raza puede comunicarse con cualquier computadora o I.A., de igual a igual. Mi mente puede funcionar a la misma velocidad y con el mismo volumen que una I.A. siempre y cuando me lo permita, claro.

–¿Permita? –pregunté extrañado.

–Aunque una I.A. sea una máquina, es inteligente, tiene que permitirme introducirme en ella para poder colaborar.

–¿Qué le has hecho a Anyel?

–Nada. Pero deduzco que ha ocurrido lo imposible, mi raza ha encontrado su raza antagónica.

–¡Déjate de antagonismos y explícate! –medio grité furioso.

–El contacto prolongado de uno de nuestra raza, con otra de la de él, supondría la muerte de ambos. El tocarme le ha supuesto un enorme dolor y por tanto un shock, una especie de coma temporal.

–No veo que tú hayas sufrido ningún dolor –dije un poco más calmado. Por increíble que me sonara lo que me decía, era la pura verdad. Lo intuía...

–No. Yo estaba concentrada en la nave –aún lo estaba pero en ese momento no podía saberlo–, para que no se disgregara tan rápido, cuando se me acercó con la mente totalmente abierta, chocando con la mía que estaba totalmente centrada. Todo el choque (dolor) le golpeó a él. Nuestras razas, por explicarlo de alguna manera, son, una de agua y otra de fuego, si se juntan, el agua apaga el fuego o el fuego evapora el agua o las dos cosas.

LibrosEnRed

–¿Cuándo se recuperará? –le pregunté mientras dejaba mi lanza en el suelo y me acercaba a Anyel.

–Como pronto, en un par de días o tal vez nunca. Si me permite una sugerencia, deberíamos salir de esta nave cuanto antes. En menos de diez minutos va a reventar. No puedo seguir manteniendo sus líneas de compresión por más tiempo.

–De acuerdo, pero primero devuélvanos el funcionamiento de las comunicaciones y armamento. Necesito hablar con Dama.

–Como órdenes. Pero le he estado retransmitiendo todo lo acontecido aquí, a través de las lanzaderas de apoyo.

Tras una breve conversación pude comprobar que era cierto lo que había dicho.

–Bien, todo el mundo fuera de aquí. Vosotros dos, coged al Capitán Anyel. Distribuiros en las lanzaderas. La Yúrem y el Capitán Krull irán en la mía –informé al Jefe de Escuadrón–

Tenéis mucho que contarme –dije mirándolos a ambos.

Sin duda acababa de encontrar la solución al problema de Yárrem y acaba de descubrir cómo el Maestro conseguía manejar a la Gran Dama, a veces olvidaba lo obvio, que el Maestro no era Warlook. Debía conseguir que una Yúrem se uniera a mis tropas. También intentaría reclutar a ese Krull, los tenía bien puestos.

ARCHIVO DE COMBATE.
COMBOY ARTURUS.
CAPITÁN AL MANDO: KRULL.

Tenía muchas ganas de ver a Krull. Muchos Capitanes pensaban que estaba loco pero yo sabía que no era así. Era distinto y sus "sorpresas" servían para amenizar esta interminable guerra. Recuerdo especialmente una vez que en lugar de traer unos circuitos que se habían quedado en un asteroide, me trajo tres mil Grubis[10] que pululaban por allí y lo mejor fue la explicación; "le daba pena dejarlos a la deriva en ese asteroide". Fue tan grande el ataque de risa que me provocó que no pude regañarle por abandonar los

[10] N.A.: Los Grubis son pequeños animales de entre treinta y cincuenta centímetros, una mezcla de mono titi y oso panda, sin pelo y con la diferencia de que sus patas traseras son como las de un canguro, terminadas en una curvas y afiladas garras, diseñadas para aferrarse a las rocas. Suelen habitar en los grandes asteroides, alimentándose de la

LibrosEnRed

circuitos. Los di por perdidos. No había quien pudiera con él. Era el mejor rastreador de planetas, lunas y asteroides ricos en metales... algún defecto debía tener.

El viaje fue bastante aburrido. No hubo ni un solo incidente, no había rastro del Mal por ninguna parte, no concordaba con los informes de Krull. Tras dos horas de rastreo por el Sistema de Andros, recibimos un mensaje codificado indicándonos su posición. Cuando llegué con mis cuatro cruceros y doce destructores defensivos, comprobé que me había quedado corto con los refuerzos. El convoy de Krull se componía de más de treinta cargueros. Monté en mi caza con una pequeña escolta y nos dirigimos al planeta capital del Sistema Andros. Dos de mis cruceros se pusieron en órbita justo encima de la Capital.

Aterrizamos en la zona del espaciopuerto pactada en el mensaje. Nada más salir comprobé lo que me temía, era un asco de planeta. Sucio, feo y aburrido. Los ciudadanos con los que nos cruzamos eran gente triste y sin esperanzas. Su forma de vivir se podía definir como GRIS. Al poco vimos como se acercaba Krull, impaciente. El aire olía a rancio y a humo con azufre. Toda la superficie del espaciopuerto estaba cubierta por esa capa de fino polvo gris.

–Bienvenido, mi señor.

–Hola viejo amigo. Este parece un lugar "paradisíaco" –ironicé.

–Es un planeta minero, un planeta con colonias mineras de quita y pon. La gente que viene aquí a trabajar, es por que no tiene a dónde ir. Ladrones, asesinos, ex convictos... ¿Quiere que siga con la lista?

–No, gracias. Desde ahora te digo que no me parece un lugar seguro.

–No lo es. Pero los negocios están por encima de todo, de cualquier lealtad en este lugar.

–¿No puedes, por una vez, encontrar un planeta que sea "normal"?

–No puedo elegir los planetas que sean una mina para los componentes del M7. Puedo asegurarle que nunca había encontrado uno tan rico como este. Hemos tenido mucha suerte de encontrarlo antes que el Mal.

---

roca. Cualquier gas o elemento atmosférico superior al cinco por ciento los mataba, a no ser que fuera un gas noble. Lo más habitual era encontrarlos en los grandes cinturones de asteroides de la frontera de Modoses, donde saltan de uno a otro con una agilidad asombrosa. Su mimetismo con la roca en la que se alimenta es tal, que no se les puede distinguir hasta que se les toca.

LibrosEnRed

–Debías haberme informado de que el convoy era tan grande. Sólo he traído cuatro cruceros. Tardarán por lo menos cinco días en llegar refuerzos. Cuando lleguen, iremos a Jarkis y luego, de allí en adelante, quedarás al mando hasta Pangea.

–Espero que en ese tiempo os pueda convencer de la importancia de instalar aquí una base, para poder controlar el planeta y evitar que caiga en manos del Mal.

–Sabes que no dispongo de tropas, ni naves suficientes, para tal proyecto.

–Podría proporcionarme un pequeño número de hombres y utilizar a la gente que vive aquí –dijo pillándome por sorpresa, como siempre.

–¿Estás loco? Si esos hombres tuvieran armas os echarían a patadas.

–No estoy de acuerdo. Llevo varios meses aquí y les he ido conociendo un poco. Creo sinceramente, que si les diéramos la oportunidad de poder dirigirse y autorrealizarse, de poder formar un auténtico hogar, no desaprovecharían la oportunidad. Bien organizados, podrían convertirse en uno de los sistemas más prósperos de la galaxia. Hay ocho planetas con posibilidades de albergar vida, habría que terraformarlos pero con un poco de tiempo...

–No sé. Te va a costar mucho convencerme de eso. Si se pasaran al Mal...

–Bien sabéis que si algo me sobra es tenacidad.

Suspiré como única respuesta.

Tan sólo llevábamos dos días en el planeta minero, cuando uno de mis cruceros nos informó que había detectado, a parte de la flota de Tógar, que se dirigía hacia Andros. La defensa planetaria era impensable y no disponía de cruceros suficientes para hacerles frente. La única solución era huir lo más rápido posible.

La alarma de evacuación atronó en toda la ciudad. Los civiles corrieron a sus refugios, aunque algunos, para mi sorpresa, parecieron indiferentes. Mis guardianes llegaron de todas partes, montándose en los transportes que estaban libres. Me dirigí a un micro crucero de combate junto a Krull, cediendo mi caza a uno de sus hombres. Despegamos rápidamente y antes de que saliéramos de la atmósfera del planeta nos alcanzaron varios cazas de escolta, el resto fue directo hacia el convoy. Los dos cruceros de vigilancia se nos unieron y nos dirigimos a la nave que Krull había designado como Capitana. Según nos acercábamos a su carguero, la boca se me iba abriendo

LibrosEnRed

más y más. Esa nave de carga era tan antigua que debía estar jubilada. Se caía a pedazos de puro vieja.

–¡Krullllll! –grité a pesar de tenerlo al lado–. ¿Qué demonios es eso?

–Bonita, ¿verdad?

–¿Bonita? ¿Estás loco? Esa nave debería estar en un maldito museo hace más de cinco mil años.

–Tenía que echar mano de todo lo disponible. Le puedo asegurar que "la Odisea" está plenamente operativa –dijo ocultándome algo.

–Cuando me comentaste en la ciudad que era antigua, no me imaginaba que era un trasto flotante. ¿Cómo vas a conseguir despegarte del acoso de un crucero enemigo? ¡Dime!

–De acuerdo, está bastante vieja pero tiene motores muy resistentes y algunos ases en la manga. Yo mismo la capitanearé –dijo dignamente.

–Espero que tengas razón porque te van a hacer pedazos como la alcancen.

Salimos sin que consiguieran detectarnos pero era cuestión de tiempo. Todo dependía de cuándo, dado que íbamos al encuentro de los refuerzos. No pasaron treinta y seis horas cuando las alarmas bramaron. Nos habían localizado y eso no era lo peor, nuestros perseguidores eran la flota de toma de sistemas de Tógar, que no andaría lejos con el resto de sus cruceros. No teníamos ninguna posibilidad de hacerles frente, ni con los refuerzos. Había que abandonar el convoy o por lo menos parte de él. Las naves enemigas se escudaban en un enorme crucero de combate, el doble de grande que los habituales y con el triple de potencia de fuego. No tenía tanta maniobrabilidad pero con ese potencial de ataque no la necesitaba. Anyel ya nos había informado de ellos pero hasta ese momento no nos habíamos tenido que enfrentar con ninguno. Era realmente formidable. Si hubiéramos tenido a la Gran Dama...

Elegí seis cruceros de carga para que les atacasen y se autodestruyeran, cuando las naves enemigas estuvieran lo suficientemente cerca para dañarlas o, por lo menos, debilitar sus escudos. La metralla de M7, provocada por las detonaciones, les entretendría lo suficiente como para que nos diera tiempo a ponernos a salvo en algún sistema aliado. El primero que debía lanzarse contra ellos era la nave de Krull. La evacuación, al resto de naves, se efectuó rápidamente. Las seis naves se programaron para el ataque y autodestrucción una vez se hubieron evacuado.

Cinco de las naves partieron hacia su objetivo, el centro de la formación de los cruceros del Mal, acelerando constantemente para evitar ser neu-

LibrosEnRed

tralizadas. La sexta permanecía quieta, no estaba programado así. Era "la Odisea".

–¡Maldita sea ese montón de chatarra! ¿Por qué no se mueve? –pregunté más para mí que para nadie.

–No recibimos confirmación de las órdenes de su I.A. –dijo uno de mis pilotos.

–Que venga el Capitán Krull.

–No está abordo –me informó la I.A. de la nave.

–¿No está? ¿Y qué nave le ha recogido?

–Ninguna –fue su escueta respuesta.

–¿Dónde está?

–No ha salido de la nave de carga.

–Será... –comencé interrumpiéndome cuando las alarmas de combate saltaron.

El enorme crucero se adelantaba acelerando, en nuestra busca. Las cinco naves que se dirigían hacia ellos la sobrepasarían. Si nos deteníamos a combatir, el resto de sus naves nos alcanzarían. En ese momento "la Odisea" pareció estremecerse y que se partía en dos. Pero no era así, la nave se abría por la mitad y sacaba toda su carga en bloque. Nunca había visto una nave capaz de hacer eso. ¿Qué es lo que estaba planeando su retorcida mente? Una vez se desprendió de la carga, situó su nave entre ella y la del Mal. Activó sus escudos delanteros a máxima potencia, desviando la energía del resto, a estos. Encendió los impulsores y empezó a empujar la carga hacia el crucero del Mal. El plan era sencillo, catapultar el cargamento contra el crucero. Cuando el enemigo se percató de la jugada de "la Odisea", abrió fuego con toda la potencia de su armamento defensivo e intentaron efectuar un inicio de maniobras de evasión. Su armamento era ineficaz contra semejante bloque de M7. El Capitán del crucero del Mal, debió pensar que era un farol, ya que cambió de estrategia y en vez de evitar la colisión, se dirigió directamente hacia él. Pero Krull no se amilanó y aceleró más, al igual que el del Mal, lo que hizo que no pudiera separarse de la carga a tiempo. La explosión fue enorme. Nadie pudo sobrevivir. La I.A. confirmó que el Capitán Krull seguía abordo en el momento de la colisión. No había salido ninguna lanzadera de salvamento. Krull había muerto para darnos una oportunidad. Siguió el lema de su raza, los Charwin, al pie de la letra "uno es sacrificable por el bien de todos".

LibrosEnRed

Su muerte fue un duro revés para nuestro suministro de metales. Necesité montar todo un equipo para sustituirle pero aún así necesitaba alguien que comandara los transportes. Como muchas cosas en la vida, la solución vino por sí sola o así lo creí en ese momento. En el grupo de refuerzo que venía a nuestro rescate transportaba alguien especial, una vieja amiga.

–Un Jefe de Escuadra solicita ser recibido –me informó el Guardián de vigilancia del espaciopuerto de lanzaderas.

–¿Qué es lo que quiere? –pregunté algo molesto–. No es un buen momento.

–Dice que, con todo respeto, no le importa lo que opine y que viene a darle una... paliza, mi señor –respondió incómodo.

La tripulación de la sala me miró sorprendida. Los ojos se me iluminaron y una sonrisa inundó mi rostro, relajando la tensión que se acaba de crear en la sala.

–Déjela pasar pero antes dígale que no creo que una flacucha como ella, pueda vencerme.

Me giré esperando que la puerta se abriera. Al poco lo hizo, entrando Heles de Viej y Rotona que sonreía de oreja a oreja. Me miró desafiante mientras me hacía la reverencia con puño en el suelo. Casi antes de que se levantara la estaba abrazando.

–Heles, ¡cuánto tiempo! –dije a la vez que le miraba a esos preciosos ojos verdes. Su, negra, larga y ligeramente ondulada cabellera le llegaba a mitad de la espalda.

–Si mi señor hubiera querido, no me habría despegado de su lado.

–¿Reproches a estas alturas? ¿Dónde has estado?

–En el equipo de Anyel.

–Ahora lo entiendo. ¿No podías elegir destino más peligroso?

–Pero emocionante, y como premio no tenía que aguantaros –dijo sonriendo maliciosamente. La misma sonrisa que cuando la conocí.

ARCHIVO DE RECLUTAS.
SITUACIÓN: GRAN DAMA.
SALA DE ENTRENAMIENTO PRINCIPAL.
PRIMER GRUPO DE LA PRIMERA PRESELECCIÓN.

Miré a la puerta, respiré hondo y di la orden para que se abriera. Fijé la mirada en Anyel y Yárrem, dirigiéndome directamente hacia ellos. Aunque intentaba disimularlo, ambos se dieron cuenta que estaba nervioso.

LibrosEnRed

–¿Este es el grupo de novatos? –pregunté para romper el hielo.

–Sí, Príncipe Prance. (Me cuesta llamarte Príncipe, ya me había acostumbrando a llamarte Capitán) –me susurró esto último, Yárrem, al oído.

–(Como metas la pata te estrangulo) –le respondí de la misma manera.

La primera selección abarcó a doscientos mil Warlooks. Como es lógico, no todos valdrían, pero aunque sólo lo hicieran la mitad, resultaría imposible que pudiéramos enseñarles a todos a la vez. Así que seleccionamos a los trescientos primeros en listas, de forma que ellos enseñaran al resto. Anyel fue el primero en hablar a estos trescientos nuevos guardianes.

–Bienvenidos. Veo que cada uno tiene su Traje. También sé que todos habéis pasado "La Celda" con éxito. Enhorabuena, no pensaba que todos lo consiguierais. Reconozco que mis dudas provienen de mi relación con otras razas que, sinceramente, me han provocado una fuerte desconfianza en la raza humana. Lo primero que quiero que os quede claro es que el que crea que ser Guardián es sencillo, una suerte, divertido o maravilloso, ¡es un maldito iluso!

–Tiene razón –intervine–. Ser Guardián no es fantástico, implica una enorme dosis de responsabilidad, seriedad, sacrificio, dolor, muerte y ninguna recompensa, en lo referente a lo material. Sólo se gana la satisfacción de hacer el Bien por el Bien. Ayudar y proteger a los demás, no sólo a nuestra raza sino a todas las que nos acepten, ese es nuestro objetivo. Destruir al Mal es nuestra misión y conseguir la Paz para toda la galaxia, nuestra meta final.

Alguien hizo un comentario por lo bajo, haciendo que Yárrem saltara como una fiera.

–¡No creo haber prohibido hablar a nadie! ¡Es más, si alguien cree que tiene algo que decir, que lo diga en alto!

Una guardiana avanzó hasta la primera fila. Sus ojos verdes destacaban por la fiereza de su mirada. Miró a Yárrem sin temor aparente aunque sus piernas temblaban.

–He sido yo la que ha hablado. Comentaba que no había nada más importante que defender al débil del Mal.

–Y tienes razón. ¿Cuál es tu nombre? –le pregunté.

–Heles de Viej y Rotona. Número noventa y cuatro de la lista.

–No hace falta que nos deis el número. La posición en las pruebas no influye en la posible capacidad del Guardián. Todos podéis llegar a ser Capitanes, Jefes de Escuadra o Escuadrón.

LibrosEnRed

–Usted fue el primero y ahora es nuestro Príncipe –dijo Heles sonriendo maliciosamente, provocando mi risa y la de todos los presentes.

–No tiene que ver. Urgan era de los últimos y acabó siendo de los primeros. Pero vamos a seguir el consejo de la Guardiana Heles, los cien primeros de la lista estarán bajo mi tutela, no creáis que es una suerte. Soy el instructor más duro que os podáis imaginar, os voy a dar más palos que a una estera. Los cien siguientes lo harán con el Capitán Yárrem y los restantes con el Capitán Anyel.

–Y para no quedar mal delante del Príncipe puedo aseguraros que nosotros seremos el doble de duros que él –continuó Anyel–. Va a ser un curso acelerado. Por desgracia no tenemos tiempo de enseñaros y entrenaros como lo hizo nuestro Príncipe pero aun así pensad que sois fundamentales, no podéis fallar. Vosotros os vais a encargar de enseñar al resto de candidatos. De vosotros depende el futuro ejército del Bien. Si falláis, se acabó. No tendremos una segunda oportunidad.

Las lecciones y entrenamientos progresaban rápidamente pero el primer día lo recuerdo en especial. Era el segundo día de la quinta semana de Al Pream, soleado pero fresco. Bajé a Pangea con mi grupo, al que junté en una de las salas de reunión del pueblo. Había ordenado que la despojaran de todo. Quería las paredes totalmente desnudas, sin posibles distracciones. Ordené que formaran medio círculo. Me observaban esperando a que empezara la lección pero no sabía por dónde empezar. Era una situación muy distinta a la de Zerk, además no eran niños. Tras unos embarazosos segundos empecé a hablar. Las palabras salieron, una tras otra, formando la primera lección.

–Por desgracia no soy un Maestro. No soy como el Maestro Zerk, él estaba acostumbrado a enseñar. Yo no. Soy un guerrero. Las circunstancias me han obligado a serlo. Para colmo de desgracias disponemos de un tiempo limitado, lo que nos crea una presión adicional. Espero hacer de vosotros unos buenos instructores. Primer paso, abrid la mente. Pensad en todas las direcciones.

Me miraban absorbiendo todas mis palabras. Estaban realmente motivados para aprender. Eso nos ahorraría mucho tiempo.

–Sé que estáis ansiosos por empezar a manejar el Traje y su armamento, pero no puede ser manejado si no se comprende cómo funciona. Debéis saber que ahora el Traje es parte de vosotros, al igual que un brazo, un ojo o el hígado. Se cansa o fatiga al igual que cualquier órgano o miembro de

LibrosEnRed

vuestro cuerpo. Su función es la de protegeros, ayudaros, coordinaros con otros compañeros, manejo de armamento, control orgánico y otro sinfín de cosas. Si no confiáis en él plenamente, no os servirá de nada. No debéis tener secretos con vuestro Traje, utilizadlo como sistema de archivo, tanto de combate como personal, usadlo como si fuera un viejo amigo, cuanto más unidos estéis a él, más compenetrados estaréis y mejor guardianes seréis.

–¿Tiene vida propia? –preguntó un chico que se hallaba al fondo.

Las cabezas de los presentes se giraron mirándole sorprendidos por haberse atrevido a interrumpirme. También se oyeron algunos murmullos desaprobadores. Me puse serio, apreté la mandíbula y les miré duramente.

–Siéntense en el suelo todos aquellos que hayan mirado o desaprobado, al Guardián que me ha interrumpido.

Se sentaron todos menos Heles, un chico llamado Espisces y el que había hecho la pregunta, Faigther.

–Vosotros tres, venid a mi lado. Que se pongan en pie los que han hecho comentarios desaprobatorios a la interrupción.

Unos treinta se levantaron. Les miré críticamente censurándolos.

–¿Quién es el instructor aquí? –pregunté secamente.

Varias voces dijeron que era yo.

–¡Maldición! ¡Me he quedado sordo! Nunca había oído que cien voces hicieran tan poco ruido. ¿Quién es aquí el instructor? –pregunté medio gritando.

–¡Usted mi Príncipe y señor! –respondieron al unísono.

–¿Entonces puedo saber porqué habéis hecho una desaprobación de algo, sin que yo lo haya sugerido? ¿Por qué habéis mirado a Faigther como si hubiera cometido una falta grave al interrumpirme? ¿Por qué demonios los demás no me habéis interrumpido con más preguntas? ¿Cómo vais a aprender, si no preguntáis cualquier duda que tengáis? Siempre que lo deseéis podéis interrumpirme para preguntar, es más, debéis interrumpirme para preguntar. El que pregunta no es el más tonto sino el más sabio. Esta es vuestra primera lección, también fue la mía y el tiempo dio la razón al Maestro Zerk.

Los días pasaron convirtiéndose en semanas. Heles era muy inteligente y enseguida empezó a destacar. Utilizaba todo su tiempo en estar conmigo, era como una máquina, no paraba de absorber información. Vigilaba todos

LibrosEnRed

mis movimientos, todas mis palabras, todas mis ideas... Por aquella época no creo que hubiera nadie que supiese más sobre mí y mi forma de actuar y pensar. Con el tiempo se convirtió en una magnífica estratega y planificadora de rutas. Había encontrado a alguien en quién podía delegar parte de mi responsabilidad. Los grupos de Yárrem y Anyel evolucionaron en el tiempo previsto, cierto es que algunos de sus hombres no valdrían en un futuro como instructores, pero dado el poco tiempo de que disponíamos, no pudimos ser más estrictos. Para eso ya habría tiempo. De todas formas, nosotros tres nos encargaríamos de supervisar sus grupos.

COMBOY ARTURUS.
CRUCERO GUNTOR.
SALA DE REUNIONES.

Cuando mi escolta salió. Heles me miró a los ojos sonriendo, se acercó y me dio dos sonoros besos en las mejillas.

–Te veo bien Prance.

–Príncipe Prance, para ti miserable esbirra –dije exagerando la entonación, intentando resultar cómico.

–Perdón mi señor, esta estúpida y humilde esclava se humilla al tener que recordarle que, a causa de la batalla del Platino, en cierto Sistema que no quiero recordar, usted me concedió el honor de poder llamarle por su nombre de pila, en privado –dijo haciendo una cursi y estrambótica reverencia.

–Sí, lo recuerdo... todo el mundo comete errores –dije sonriendo a la vez que le hacía un gesto para que se sentara, en una de las sillas electromagnéticas, de la sala de reuniones. Le miré pensando cuánto la había echado de menos en estos años.

–Ya me he enterado de lo de Krull –dijo apenada.

–No habría desencadenado un ataque como ese, si yo no hubiera estado en el convoy. Tal vez ahora estuviera vivo.

–O tal vez el convoy en manos del Mal.

Acaricié su mejilla mirando sus preciosos ojos verdes.

–He echado mucho de menos tus consejos y tu cariño. ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¿Treinta años?

–¡Ahh! Veo que es cierto eso de que todos los hombres sois iguales. Han pasado trescientos cuarenta y siete –dijo mostrándome sus perfectos y blancos dientes.

LibrosEnRed

–Es increíble cómo pasa el tiempo. ¿Qué tal estás?

–Bien y por lo que he oído eres feliz con esa Princesa extranjera... ¿cómo se llama...? –preguntó para hacerme rabiar.

–Sabes perfectamente cómo se llama, malvada.

–¿Malvada... yo?

–Sí, tú. ¿Y tú qué, hay algún hombre en tu vida?

–No, gracias. No dais más que problemas.

–Y también alguna que otra alegría...

–La verdad es que no he encontrado mi media naranja o no he buscado bien o él no se ha dado cuenta.

–¿Cómo vas a encontrar a nadie que te aguante con ese genio que tienes? –pregunté tratando de sonreír lo más cínicamente que me era posible.

–¿Quieres que te hinche un ojo? –me amenazó blandiendo el puño ante mis narices.

–Esto es increíble –dije melancólicamente.

–¿El qué es increíble? –preguntó desconcertada.

–Cómo me has perdido el respeto. Aún recuerdo, como temblabas, la primera vez que te llamé a mis aposentos para el tema de los nuevos reclutas.

–Entonces no te conocía como ahora. No sabías que eras...

–Perfecto, guapo, inteligente, simpático... –bromeé.

–Y modesto, no te digo... Que eras un hombre.

–¿No te giba? Un Grubis iba a ser.

–No me refiero a eso, sino que eras simplemente un hombre y no un Dios.

–¿Un Dios? ¡Mierda! ¿Tengo que oír otra vez esa estupidez?

–Estamos bien, por que lo que te voy a decir te va a enfurecer –dijo poniendo los brazos en jarras.

–Siempre consigues que me cabree, dispara.

–Esa estupidez, ahora es algo más que un rumor. Aparte de grupos de civiles de distintos planetas, empieza a correrse entre algunos guardianes, el que eres algo más que un simple hombre.

–Explícate un poco, por favor.

LibrosEnRed

–He interceptado, entre mis tropas, discusiones en las que se debatía, si en realidad eras un hombre o un Dios.

–¿Pero en qué se basan para semejantes teorías? Yo dirijo este ejército como lo haría cualquier ser humano en mi lugar.

–Tal vez, pero lo haces mejor que cualquier otro y la admiración se está convirtiendo en devoción.

–No me gusta.

–No creo que eso sea tan malo.

–No lo sería si no corriéramos el riesgo de que la devoción se convirtiera en fanatismo. Todos los fanatismos son malos –maticé.

–Entiendo tu punto de vista y creo que tienes razón. Habrá que atajar esto cuanto antes. Hablaré con mis tropas en cuanto vuelva.

–¿Te vas tan pronto?

–No te vas a librar tan rápido de mí. Tengo entendido que en cuanto pongas el convoy a salvo, vas a dividir la escolta hacia tres puntos mineros.

–¿Cómo...? A veces olvido que estás bajo el mando directo de Anyel, pequeña espía.

–Espero que me permitas acompañarte. Así podríamos pasar algún tiempo juntos. Tienes mucho que contarme.

–Me parece bien. Anyel se las podrá arreglar una temporada sin ti. Además quiero convencerte para que ocupes el puesto de Krull.

–¡Uf! Eso te va a costar bastante.

Desde que dejamos al convoy a salvo, tardamos dos días en llegar a la colonia minera Walkoren, que se encontraba en el Sistema del mismo nombre. El planeta donde estaba instalada tenía una órbita excéntrica, por lo que casi todo el tiempo se hallaba muy alejado de su estrella, tanto, que estaba totalmente helado. Era la colonia minera más dura, casi no había civiles por su cruento tiempo. Las temperaturas eran tan bajas que había épocas que el nitrógeno, e incluso la atmósfera en su totalidad, se helaba por lo que cualquier golpe en un metal normal hacía que saltara en pedazos. El intenso frío provocaba gran cantidad de averías, por lo que sus almacenes de repuestos estaban casi siempre agotados, su gasto era compensado por la riqueza del planeta aunque, como siempre, lo primero en acabarse eran los repuestos de comunicaciones. Nosotros les llevábamos un montón de nuevos circuitos, mejores y más resistentes. Cuando nos pusimos en órbi-

LibrosEnRed

ta y tratamos de comunicarnos con la base, sólo obtuvimos un cúmulo de ruidos y algunas inaudibles palabras entrecortadas, que en verdad no nos sorprendió demasiado, dada la climatología y el pedido que les llevábamos. Puesto que no había forma de contactar con ellos, decidimos descender para establecer un lugar donde descargar los repuestos. Heles preparó un contingente de sesenta guardianes en tres lanzaderas de desembarco ante mi insistencia en bajar, y comprobar por mí mismo, la dureza de la colonia minera y si realmente valía la pena el sacrificio y el esfuerzo.

Era una mala época para aterrizar. El planeta se alejaba de su estrella enfriándose, provocando terribles tormentas, con brutales ventiscas que hacían bajar la temperatura rápidamente. Pero lo peor eran los vientos huracanados de más de setecientos kilómetros hora que surgían de repente y que podían coger una lanzadera, haciéndola trizas en un momento. La computadora de la lanzadera nos confirmó, un gran temporal en progreso en la zona de la base.

Mientras descendía, revisé los informes generales de la base, que me hicieron soltar un pequeño ruidito de sorpresa. Heles me miró, delegando el mando en el piloto, sentándose a mi lado.

–¿Qué ocurre mi señor? –preguntó entre extrañada y divertida.

–No te puedes imaginar quién es el Capitán que dirige la colonia.

–¿Un Capitán dirigiendo una colonia minera? ¿Quién es el loco o loca?

–Faigther.

–¿Faigther? ¿Qué hizo para que le destinaran a ese puesto? ¿Vendió metales al Mal?

–Te vas a sorprender. Se presentó voluntario.

–Siempre le ha gustado ponerse a prueba, pero esto es demasiado. ¿Cuánto tiempo lleva en ese cubo de hielo?

–Por lo que leo aquí, el suficiente para instalar algo que él llama "la red de estaciones de auxilio", cada una con su radiofaro.

–¿Para todo el planeta? ¿Cómo ha traído hasta aquí el material? ¿De dónde lo ha sacado? ¿Sabes cuantos radiofaros hacen falta para cubrir decentemente todo un planeta? Sin contar con la climatología...

–Tranquila... ya se lo preguntaremos cuando le veamos. Por lo que veo sólo es un comienzo...

–Le voy a echar un buen rapapolvo por venir al culo de la galaxia a... ¿Qué demonios hace aquí? Con su inteligencia e ingenio podría elegir cualquier destino más útil. ¿Me escucháis, mi señor?

LibrosEnRed

–Hummm, perdona. Estaba observando la distribución de las estaciones de los radiofaros –le respondí pensativo.

–¿Por qué? ¿Pasa algo?

–¿No te parece que tienen una extraña distribución? –le pregunté a la vez que la invitaba a mirar.

–Algo anárquica y demasiado juntos, ¿no?

–Diría que están colocadas como defensa o protección. Hacen formas de lazos. ¿Pero para qué demonios iba a servir un radiofaro en caso de combate? Son demasiado pequeños para una defensa efectiva. No lo entiendo.

En ese momento, un pitido, nos avisó de la inminente entrada en la atmósfera del planeta. Todos nos anclamos electromagnéticamente a nuestros asientos.

La reentrada en Walkoren fue brutal, el zarandeo provocó inquietud entre mis hombres. Si los asientos magnéticos no nos hubieran mantenido firmemente sujetos, nos habríamos hecho papilla contra las paredes. Los vientos huracanados nos hacían ascender y descender cientos de metros en segundos. El descender no nos ayudó, nos metimos en plena ventisca. Las pantallas exteriores no mostraban más que nieve. Los sensores localizaron sin dificultad la base, pero el aterrizaje cerca de ella era demasiado peligroso para la integridad de la misma, así que ordené que lo hiciéramos en la pista más alejada. Una mala ráfaga podría hacer que nos estrelláramos, a pesar de todas las computadoras y cálculos previos. La pericia de los pilotos consiguió que las tres lanzaderas aterrizaran sin daño alguno. Dos guardianes ordenaron a la compuerta exterior que se abriera, no sin antes comprobar que la atmósfera era realmente respirable, cosa que tampoco tenía sentido ya que en un principio era un planeta carente de vida. Una ráfaga de aire inundó la pequeña nave, introduciendo gran cantidad de nieve. Cuando me acerqué, el gélido aire me golpeó en el rostro, dejándolo insensible casi en el acto. Mi O.B. indicaba que la temperatura era de sesenta y un grados bajo cero y que la tendencia era a la baja. Ordené que activaran los cascos, sin ellos no aguantaríamos el frío ni podríamos ver a dos pasos. La nieve formaba una cambiante y espesa cortina que nos golpea y zarandeaba de un lado para otro. La única forma de avanzar hacia los edificios de la base, era usando el O.B., en combinación con el casco. Heles me agarró por un brazo y me retuvo en el centro del grupo junto a ella. Era una buena medida, si te separabas un poco perdías de vista al que iba por delante. Debimos avanzar en línea recta algo más de un kilómetro.

No había forma de vislumbrar nada. Según nos fuimos acercando, una extraña sensación me iba invadiendo. En un principio lo achaqué al intenso

LibrosEnRed

frío y al zarandeo de la ventisca pero cuando en el estómago noté ese "nudo", supe que algo iba mal. Empecé a mirar alrededor, la nieve se adhería al casco para desaparecer rápidamente, siendo sustituida por nuevos copos. A cada paso miraba hacia un lado. No se veía nada.

–Prance, ¿te ocurre algo? –dijo Heles a través del casco, su voz sonaba preocupada.

–No sé, Heles, algo...

De pronto, me pareció ver una sombra que se movía por nuestra derecha, en paralelo, luego otra por la izquierda. ¿Serían del equipo de mantenimiento? ¿Sin informar de su posición? ¡Mierda!

–¡A cubierto, es una trampa! –grité a través de mi casco.

En ese instante, por ambos flancos, surgieron docenas de disparos. Mis hombres empezaron a caer uno tras otro. Habíamos caído de lleno en una emboscada. Estábamos en un fuego cruzado sin posibilidad de formar una defensa efectiva. Desenfundé mi fusil de asalto y comencé a disparar a ciegas. El enemigo llevaba un camuflaje perfecto, no conseguía detectarlos, sólo delataban su posición cuando disparaban sus armas láser. En el fragor de la lucha nos fuimos separando en pequeños grupos, intentando salir del fuego cruzado. Los dos guardianes que estaban a mi lado, fueron alcanzados por varios disparos, muriendo casi en el acto, yo me salvé porque había activado el escudo circular de mi O.B. y desvié los dos disparos que se dirigían directamente a mi pecho. Rodé y me alejé corriendo, pero a los pocos metros noté un agudo y penetrante dolor, en la espalda. Giré la cabeza y pude comprobar que sobresalía el asta de una flecha. Me habían alcanzado a media espalda, bajo el omóplato derecho. El casco me informó que había penetrado casi ocho centímetros y había dañado un pulmón. El Traje neutralizó el fallo pulmonar, aumentando la potencia del otro pulmón. El frío se introducía a través del metal, cauterizando en parte, el dolor. Con un hábil movimiento de espada, la corté a unos centímetros, ya habría tiempo de sacarla. El fuego láser había cesado y dado que no había forma de localizar al enemigo, decidí alejarme hacia el radiofaro más cercano, según el mapa que estudié en la lanzadera, esperando no equivocarme. No había avanzado cien metros cuando tropecé con un cuerpo. Era de los nuestros y al agacharme para ver quién era, descubrí con preocupación que era Heles. Un simple vistazo me bastó para comprobar que vivía. En un rápido estudio, descubrí que tenía el hombro derecho destrozado por el impacto de un láser de gran potencia, un profundo corte en el muslo izquierdo y una flecha en medio del pecho, profundamente arraigada. Antes de intentar sacársela, la escaneé con el O.B., viendo a través del casco la gravedad

LibrosEnRed

de la herida. Rozaba el corazón, si intentaba extraérsela, la mataría. Haría falta cirugía especializada. Con mucha delicadeza, usando una pequeña daga láser de mi pantorrilla, la corté a un centímetro del pecho, para que no cimbreara al moverla y dañara accidentalmente el corazón. Con mucho cuidado pasé un brazo por debajo de sus rodillas y el otro por debajo de sus axilas. Suavemente me incorporé, intentando que la flecha no se moviera, pero al dar el primer paso descubrí que su peso abría mi herida, provocando un lacerante dolor. Debíamos llegar cuanto antes al radiofaro, desde allí podríamos pedir ayuda a la flota. Teníamos por lo menos dos cruceros de asalto por ese sector y otro en órbita.

La tormenta de nieve iba en aumento, casi no veía a Heles pero podía vigilar sus constantes gracias al casco. Había puenteado mi sistema de energía con el suyo, para que mi Traje la mantuviera con vida. Se estaba debilitando rápidamente, lo que me hizo acelerar el paso y, en consecuencia, aumentar el dolor de mi espalda. Había recorrido unos seis kilómetros y me faltaban unos ocho más, cuando una pequeña luz azul se encendió en la parte inferior de mi casco. Era la señal de que la energía de mi Traje se hallaba al cincuenta por ciento. ¿Cómo era posible? Casi no había luchado y no había usado la energía para el armamento. Me detuve dejando a Heles en la nieve y pulsé una línea de información de mi O.B. Estaba gastando mucha energía en la herida, que se abría, y el Traje volvía cerrar, para no desangrarme, también en mantenerme caliente, ya que en ese momento estábamos en setenta grados bajo cero. Pero sobre todo era Heles la que provocaba el mayor gasto, estaba muy grave, si no recibíamos ayuda pronto... Mientras caminaba como un autómata, con Heles en los brazos, vigilaba la temperatura exterior que, para mi frustración, no paraba de descender. Estaba atardeciendo y el frío hizo que dejara de nevar, debíamos llegar de inmediato al refugio o si no, moriríamos congelados. Cuando el sol estaba a punto de ocultarse, divisamos el radiofaro, tenía el Traje en reserva. No hizo falta que nos aproximáramos mucho para que descubriera que había sido atacado. Se observaban varios impactos de cañones láser de pequeño calibre. Con temor, dejé de nuevo a Heles en la nieve y me aproximé a la estación dando un rodeo táctico. La puerta estaba abierta, había sido dañada en varios puntos, por lo que dudé que se pudiera volver a cerrar. En la entrada, tumbado boca abajo, había un Guardián muerto. ¿Era de los nuestros o de los suyos? Su O.B. ya no funcionaba, tendría que acercarme para descubrirlo. Cogí el fusil de asalto con mucho esfuerzo. La herida comenzaba a dolerme de verdad, eso significaba que el Traje empezaba a ahorrar energía. Pronto empezaría a absorber la de las armas. No podía perder más tiempo, me arrastré hasta el cuerpo, comprobando que no era de los nuestros. Conecté su ordenador al mío, absorbí la escasa energía que le restaba en la reserva,

LibrosEnRed

tecleé las órdenes para vaporizar el cadáver y me apoderé de su Jade. ¿Por qué no lo hicieron ellos? El interior estaba oscuro y desde mi posición no se veía a nadie. Mi sistema de rastreo era inútil dada la estructura de M7 del radiofaro. Si cuando entrara había alguien agazapado en la oscuridad, me alcanzaría sin duda alguna. Lo lógico sería que esperara a que anocheciera pero Heles no disponía de ese tiempo.

Me incorporé y, de un potente salto, me adentré en la oscuridad rondando sobre mi hombro izquierdo, para no sobrecargar mi herida. Al no ser atacado, permanecí agazapado durante unos segundos escuchando el ambiente. Todo permanecía en silencio. Al alargar el brazo para avanzar reptando, toqué otro cadáver, luego otro y otro más. A oscuras recorrí toda la estación, mi detector no localizó a nadie, por lo menos con vida. Sólo una sala funcionaba parcialmente, tenía energía para iluminarse y sus calefactores funcionaban al diez por ciento. En cuando conseguí que se pusiera en marcha, salí corriendo a por Heles. La tormenta se había reanudado, habíamos rebasado los ciento diez bajo cero y la nieve era distinta, estaba compuesta por algo más que agua, también había otros gases, si seguía descendiendo la temperatura, la atmósfera se acabaría congelando. Había tardado sólo veinte minutos en la operación pero cuando llegué hasta Heles, un manto de tres centímetros de nieve la cubría casi totalmente.

Una vez dentro intenté acomodarla confortablemente y lo más cerca posible de uno de los calefactores, ya que la temperatura del radiofaro tan sólo distaba en quince grados de la de fuera y los calefactores sólo pudieron ascenderla hasta los veinte grados bajo cero. Le cubrí con trozos de aislantes de circuitos, de una de las paredes de la habitación de al lado, la cual tuve que forzar con mi espada láser. Cuando estuvo totalmente cubierta, le suministré toda la energía que me restaba, lo que hizo que el dolor de mi espalda volviera con toda su crudeza. Me aseguré por octava vez de que Heles estaba estable y cerrando la dañada puerta a empujones, fui recorriendo la estación recolectando la energía de los guardianes caídos, vaporizando sus cuerpos a la vez que recogía sus jades, que iba adhiriendo sobre las toberas. Busqué sus armas pero no encontré ninguna, alguien se las había llevado. Había un total de treinta y dos cadáveres, de los cuales, catorce eran de los nuestros. Supuse que bajo la nieve habría más. Pero lo que me preocupaba eran dónde estaban los supervivientes, fueran del bando que fueran.

Volví junto a Heles, cerrando de nuevo la puerta a empujones, comprobando que la temperatura casi no había variado. No podía ser. A parte de que la temperatura fuera seguía bajando, un estudio más atento me hizo ver que había multitud de pequeños agujeros, producidos por ráfagas láser.

LibrosEnRed

Trasvasé más energía al Traje de Heles, quedándome con una pequeña reserva y volví a la habitación contigua. Corté nuevos trozos de aislante y me dediqué a taponar los pequeños agujeros. Tras tres horas de intenso trabajo, terminé con las fugas de calor, consiguiendo que subiera un poco la temperatura. Comprobé que mi armamento estaba en perfectas condiciones, por si volvía el enemigo. Salí de la sala, hacia la de emisión del radiofaro, que empezaba a llenarse de hielo, al igual que el resto de la estación. La luz de esa zona fue sencilla de reparar, aunque era el sistema de emergencia, servía para poder ver por dónde se pisaba, pero mi decepción fue enorme al comprobar que la computadora de emisión estaba totalmente destrozada, los daños eran irreparables. Volví junto a Heles pensativo. Sus constantes seguían inestables, no aguantaría un viaje hasta otro radiofaro, y si me marchara, quedaría indefensa. Pero si nos quedábamos, Heles no podría aguantar mucho. Era un círculo cerrado, sólo podía esperar un milagro, en los que no creía.

Me senté junto a ella pensativo, mirando su rostro a través del casco, cuando de pronto abrió los ojos. Fue una sorpresa inesperada, con cuidado acerqué mi rostro al de ella.

–Hola preciosa. ¿Cómo estás?

–¿Dónde estamos? Me duele mucho el pecho –dijo con voz débil y hueca a través del casco, su sistema de comunicación fallaba.

–En uno de los radiofaros. Tranquila, sólo es un rasguño pero no te muevas.

–No me mientas, aún puedo ver mis constantes en la pantalla interior de mi casco. Me estoy muriendo y por lo que puedo ver, tú tampoco estás muy bien.

–No te preocupes por mí y conserva las fuerzas, además he llamado por el radiofaro y mañana nos sacarán de aquí.

–Con este gasto de energía, por el frío y mis heridas, no llegaré a mañana, lo sabes muy bien –dijo con una voz cada vez más débil.

Desactivé el casco mirándola con dulzura. El frío atenazó mi rostro volviéndolo lentamente insensible. Me costaba respirar, el aire estaba enrarecido.

–Me obligas a ponerme duro, Guardiana Heles le prohíbo que se muera y que conste que es una orden directa –dije dedicándole una gran y cálida sonrisa.

Ella me devolvió una mirada triste, cansada y un comienzo de sonrisa.

LibrosEnRed

–Aunque siempre has sido un maldito cabezota, esta vez no te saldrás con la tuya.

–No puedes dejarme. ¿Quién se burlará de mí? –pregunté cogiéndole una mano.

–Tu esposa. Dile que te cuide o, si no, volveré del "otro lado de la frontera"[11] y que se prepare. También dile que –su voz se desvanecía–, que... la... envidio... muchohhhh...

Tras esas palabras perdió el conocimiento y no volvió más en sí. Trasladé toda la energía de mi armamento y de mi Traje, que pude, ya que la reserva para vida, no se podía trasvasar. Cuatro horas después moría en mis brazos, sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Ordené a su O.B. que el casco se replegara para poder contemplar, por última vez, su rostro. Luego, con gran dolor, le cerré los ojos y tecleé la orden de vaporización. Esperé a que desapareciera del todo antes de recoger su Jade y apilar sus armas.

Poco antes del amanecer, el inestable sistema de calefactores se averió definitivamente, con lo que mi Traje agotó toda su energía procurando que no me helara y que la herida de mi espalda no fuera a más. El casco se replegó para permitirme respirar. Por suerte la temperatura estaba subiendo, ya que había cesado la tormenta y estaba prácticamente despejado. El dolor fue en aumento y un regusto a sangre me inundó la boca, casi en el acto empecé a respirar con dificultad. No tenía opción, en cuanto el sol calentara lo suficiente, saldría hacia otro radiofaro. Al acercarme a la sala de la salida, oí ruidos y voces en el exterior, lo que desencadenó una ira inusitada en alguien como yo. ¡Los mataría a todos! ¡Sería un combate SHAMARKANDA![12]

Mi armamento estaba sin energía, pero cogí un trozo de M7 afilado, de uno de los destrozados blindajes interiores y me acerqué a la entrada. Los primeros en entrar morirían. Me agazapé intentando oír lo que decían.

–Desplegaos con cuidado, puede haber alguien. El cuerpo de la entrada ha desaparecido.

Apreté tan fuerte los dientes que casi crujieron por la presión. Debían ser muchos por el ruido que hacían sus pisadas en la nieve. Alguien se apoyó

[11] N.A.: Los Guardianes, al igual que el pueblo Warlook y Fried, no creen en un Dios creador, pero tiene la convicción que entre la vida y la muerte existe una línea, a la cual llaman "la frontera", y "el otro lado" es la zona de la muerte, donde va a parar el alma.

[12] N.A.: Shamarkanda es una palabra Warlook que se podría traducir como, combate sin piedad, a muerte, no se harán prisioneros.

LibrosEnRed

al lado de la puerta, por el exterior. Si hubiera tenido algo de energía, con cualquiera de mis armas habría atravesado el metal, alcanzándolo.

–¡A quien esté dentro! ¡Salga! –gritó una voz.

¿Estaban locos o qué? O eran más de los que creía en un comienzo o les gustaba arriesgarse con el enemigo.

–¡Si se rinden, no les haremos nada! ¡Tienen la palabra del Capitán Faigther! –gritó la misma voz, que desde luego no era la de Faigther.

¿Faigther? Muy probablemente una sutil trampa. Decidí responderles desafiante, intentando ganar tiempo y a la vez crear en ellos incertidumbre.

–¿Salir? ¿Y quedarme al descubierto? ¡Perderás muchos hombres en esa entrada si intentáis atravesarla! –grité respirando hondamente a cada frase, para que no se notara mi debilidad.

–¡Tenéis mi palabra de que se respetará vuestra vida! ¡No tenéis salida!

–Si es cierto eso que decís, que entre uno de tus hombres a negociar y parlamentar.

–¡De acuerdo!

Debían pensar que mi ordenador de brazo no funcionaba y que por eso no podían identificarme. Si descubrían que no tenía energía, estaba perdido, no tendrían mas que entrar disparando ráfagas a lo loco para mantenerme a raya. La tensión empeoraba mi entrecortada respiración. Una sombra cubrió parte de la puerta, luego, alguien se detuvo en el umbral. Estaba a contra luz, así que no podía distinguir ni siquiera si era hombre o mujer. Detrás de él, a ambos lados, había por lo menos otros cuatro.

–Le estoy apuntando. Acérquese para que le pueda ver.

El hombre avanzó, no le veía el rostro, pero él, a mí, me vio la cara con claridad. Se arrodilló haciendo la reverencia, a la vez que hablaba a los de fuera.

–¡Es nuestro Príncipe y señor, Capitán Faigther! –gritó entusiasmado.

–¿Mi Príncipe sois vos? –preguntó una voz que parecía la de él.

–¿Posición en la preselección? ¡Rápido! –pregunté apremiante a modo de comprobación.

–El diecinueve, bajo su instrucción directa. Fue un puñetero infierno –dijo a la vez que se asomaba por la puerta.

El Guardián que permanecía arrodillado se acercó, permitiéndome ver que realmente era de los nuestros. Faigther entró como una tromba, hacien-

LibrosEnRed

do a un lado a su hombre, abrazándome con fuerza y con lágrimas en los ojos.

–¡Oogchh! Con cuidado viejo amigo.

–¡Estáis herido! Rápido, equipo dos, adentro. Es realmente el Príncipe –ordenó e informó a través de su O.B.

En el exterior se produjo un pequeño revuelo y el ruido de pisadas inundó la estancia. Uno de los hombres, me acopló un pequeño aparato productor de energía pura que llenó mi reserva, eliminando el dolor de mi espalda y permitiéndome volver a respirar con normalidad.

–Prepara a tus hombres, vamos a otro radiofaro para comunicar con el crucero que se halla en órbita. Necesitamos refuerzos. ¿Cuánto tardaremos en llegar hasta la siguiente estación? Por que con lo que ha nevado...

–No iremos por la nieve.

–¿Tienes algún medio de transporte?

–No, demasiado arriesgado. Seguidme y lo veréis –me respondió enigmáticamente.

Entramos en la sala del radiofaro, se dirigió a un pequeño panel en la base del enorme armatoste, tecleó una serie de órdenes, haciendo que todo el conjunto se desplazara hacia un lado, surgiendo debajo un agujero. Me asomé y vi dentro, un nutrido grupo de tropas de choque. Sonriendo le miré sorprendido.

–Preparé las estaciones de forma que se comunicaran entre ellas y poder así recorrer el planeta con seguridad y rapidez. Debido a las tormentas que hay constantemente, era la única forma de poder vigilar y proteger nuestras posiciones.

–¿Y si el Mal entra en el circuito?

–Todos los túneles están minados. Los sepultaríamos a la primera de cambio. No quiero cambiar de tema, pero creo que deberíamos entrar, estaríamos más seguros –dijo apartándose, haciendo un gesto con el brazo para que avanzara.

Salté limpiamente hasta el fondo, que estaba a unos dos metros y medio, y como es natural, mi herida se volvió a resentir. Luego bajó Faigther que me miró desaprobadoramente, por mi descuido. Acto seguido fueron bajando todos sus hombres. La entrada se cerró con igual limpieza que lo hizo, al abrirse. Los corredores eran amplios, hechos con un corte limpio y estaban bien iluminados. La temperatura era cálida, de unos dieciocho grados. Avanzamos por el pasillo en silencio.

LibrosEnRed

–¿Sabes dónde están los hombres que bajaron conmigo? –le pregunté.

–Según mis informes hemos rescatado a dos y a las tripulaciones de las lanzaderas, el resto probablemente haya... caído.

–Faigther...

–¿Sí, mi señor...?

–Heles... Heles murió anoche en el radiofaro. –dije tristemente.

Mis palabras fueron como un mazazo para él. Se detuvo en seco, deteniéndose y apoyándose en una de las paredes, las piernas le temblaban. Desde la primera vez que la vio, se enamoró de ella en silencio. Heles jamás se dignó a mirarle como una posible pareja. Para ella sólo era un amigo. Sufría tanto junto a ella, que se desterró a un lugar tan apartado como este, para tratar de olvidarla pero por su reacción no lo había conseguido. Le agarré por un brazo y le obligue a seguir avanzando. Sus hombres no debían verle así. Sus ojos se inundaron de lágrimas. Estoy seguro de que no veía por donde caminaba, avanzaba gracias a que le sujetaba firmemente.

–No pude salvarla. Le suministré toda la energía de mi Traje y de los cuerpos que encontré. Si no hubieran atacado la estación y hubiera estado en buenas condiciones...

Faigther miraba al suelo según avanzábamos.

–¿Qué ha pasado en la colonia? ¿Cómo es que el Mal está aquí? –le pregunté intentando cambiar de tema.

–Llegaron hace una semana con la gran tormenta que se produce en esta época –dijo con voz temblorosa–. Aterrizó un pequeño crucero se asalto. Nos pilló desprevenidos, no esperábamos que hubiera nadie tan loco como para intentar aterrizar en plena tormenta. Nos atacaron masivamente y con apoyo de armamento pesado, no hubo forma de hacerles frente, habían tomado demasiada ventaja. Nos vimos forzados a abandonar la colonia y las prospecciones mineras. Retrocedimos en pequeños grupos, en todas las direcciones, hacia distintas estaciones. Una vez dentro, nos introdujimos en los túneles y comencé la agrupación de tropas. Hasta esta mañana, la tormenta no ha remitido, y no hemos podido enviar ninguna señal de socorro, ya que el crucero del Mal las interceptaba, pero hoy al amanecer, les atacamos y les hemos dañado lo suficiente como para que no puedan seguir interfiriéndonos. Esa es la razón de que nos encontráramos en la estación.

–¿Cómo habéis podido hacer frente a las tropas de un crucero? –pregunté sorprendido–. Sólo dispones de un pequeño destacamento.

LibrosEnRed

–Durante estos días nos hemos dedicado a la guerra de guerrillas y les hemos infringido gran cantidad de bajas, obligando a sacar sus tropas, en nuestra busca. La estación en la que os he encontrado, fue atacada hace dos días, cuando nos replegábamos en su interior. La dejaron inoperante y al no encontrar a nadie con vida dentro, pensaron que sus últimos disparos habían acabado con toda resistencia.

–Escapasteis por el túnel del radiofaro, por este mismo túnel.

–Exacto.

–Estoy muy orgulloso de ti. Es una idea magnífica. Haga el tiempo que haga podemos atacarles y desplazarnos sin problemas. Les acosaremos hasta que lleguen los refuerzos.

–Heles... –comenzó a decir tristemente.

–No sufrió. Pensaba decírtelo en privado, pero creo que debes saber que sus últimos pensamientos fueron para ti –le mentí, si Heles no hubiera sido tan cabezota...

–Si hubiera llegado antes...

–No podías saber que estábamos allí, no puedes culparte por eso.

–No puedo evitar sentirme culpable.

–Y si yo le hubiera cortado el cuello a Trash, ahora no estaríamos en esta situación. No habría guerra –dije con un deje de amargura que a mi amigo no se le escapó.

–Pero vos no podíais saber que...

–Eso es –le corté suavemente.

El resto fue sencillo, llamamos al crucero, desembarcamos tropas de choque y limpiamos la zona de enemigos, nuestras naves de asalto destruyeron el pequeño crucero del Mal antes de que consiguiera despegar. Cuando acabamos con ellos, me despedí calurosamente de Faigther y volví al crucero, con las bodegas llenas de metales para la aleación de M7 para aprovechar el viaje.

A través de la pantalla de mi aposento, vi cómo nos alejábamos del planeta helado, donde había perdido otra amiga y dejado un trozo de mi corazón. ¿Cuántos más tendría que perder para poder ganar esta maldita guerra?

LibrosEnRed

Capítulo 12

ARCHIVO MÉDICO.
SEXTA ENFERMEDAD: ACELERACIÓN CONSTANTE.

Los siguientes quinientos años los dediqué, principalmente, a asegurar las líneas de abastecimiento y preservarlas de cualquier posible ataque, ya fuera de piratas no asociados al pacto o por parte del Mal. Yun, además de encargarse de todo el tema administrativo, me ayudó a diseñar la red de líneas de abastecimiento. Sus planos, tridimensionales, eran precisos hasta lo inimaginable. Aparecían las trayectorias de los meteoritos que se hallaban en los sistemas, de órbita excéntrica o no, ¡cualquiera que fuera mayor de dos metros de diámetro! Un niño podría dirigir una nave con esos planos sin peligro.

Siempre que pasábamos una temporada en Jarkis, residíamos en la antigua morada del Rey Ozon, el ya fallecido padre de Yun, pero no teníamos ningún lugar donde residir cuando estábamos en Pangea. Cuando propuse al cuerpo de ingenieros la construcción de una pequeña residencia, Taban aprovechó la ocasión para proponerme su proyecto, la construcción en Pangea de un edificio específico para experimentación de armamento, nuevos diseños, ingeniería etc., etc. y que también sirviera como residencia en nuestras cortas estancias. Se tardó una eternidad en edificar, puesto que a cada paso había que hacer modificaciones para perfeccionar la seguridad, sin contar los constantes nuevos anexos para unidades científicas y de investigación.

La guerra me mantuvo alejado del proyecto, por lo que no pude visitarlo más que en tres ocasiones. Recuerdo especialmente mi primera vista, Taban estaba esperándome en el espaciopuerto.

–Bienvenido, mi Príncipe. ¿Qué tal el viaje? –preguntó mientras mi escolta se desplegaba bajo la atenta mirada de Mhar.

–Como todas las reentradas, interesante. ¿Cómo va la construcción? –le pregunté a la vez que avanzábamos por la pista.

–Lenta –respondió escuetamente, a la vez que nos deteníamos ante un pequeño transporte terrestre. Alrededor había otra media docena para la

LibrosEnRed

escolta, aunque el nuestro era más grande a causa del doble blindaje especial.

–¿Por qué? –pregunté divertido. Ya conocía la respuesta de antemano.

–Entremos en el transporte y se lo cuento –respondió escuetamente.

Me cedió el paso y luego, junto a Mhar, entró ordenando al piloto que nos llevara a la construcción. Cuando se sentó, activó una pantalla sónica para que el piloto no pudiera oír nuestra conversación. Tenía quejas y no quería que transcendieran a la tropa.

–Bien, ¿qué es lo que ocurre?

–¡Qué cara tenéis! ¿Qué, qué pasa? Primero, mi señor, elige un emplazamiento, luego, otro, otro, otro, y después, por si acaso, otro más. Todos, con sus consiguientes estudios, claro. Una vez que os decidís, por supuesto, por el lugar con mayor dificultad para la construcción, no paráis de cambiar los planos y el tamaño de la base. ¡Me estáis volviendo loco! Ya he tenido que mover mis laboratorios de investigación más de treinta veces, reestructurando todo el proyecto.

–Creía que eras un genio y por lo tanto...

–No me convenceréis con alabanzas –me interrumpió suspicaz–. Reconozco que todos vuestros cambios son lógicos e inteligentes, pero a la vez son más complicados de realizar. Mis hombres están desesperados. Tiemblan cada vez que llegan noticias vuestras.

–Entonces, no creo que les guste mi visita.

–¿No traeréis más cambios? –preguntó alarmado.

–No, el proyecto ya está fijado, no podemos seguir con mejoras indefinidamente. Lo que quiero es que pongas este asunto en manos de tu mejor hombre.

–¿Me quitáis el mando? –preguntó alarmado y sorprendido.

–No, deberás seguir supervisándolo. Lo que quiero es que te encargues de una idea que se me ha ocurrido y en la que llevo trabajando muchos años.

–No me habíais comentado nada de ese asunto, así que debe ser algo importante y complicado.

–Lo va a ser. Me he estrujado el cerebro intentando conseguir solucionar el callejón sin salida, en el que me he metido, y sinceramente, si hay alguien que puede conseguirlo, eres tú. Quiero que te encargues de su construcción. Probablemente lo tengas que acabar en uno de esos laboratorios que has cambiado de posición treinta veces –dije ironizando la última frase.

LibrosEnRed

–Ha despertado mi curiosidad. ¿De qué se trata?

–Se trata de una nueva arma. Tan potente que de un solo disparo será capaz de atravesar una pulgada de M7.

–¡Por el Gran Cataclismo! ¿Qué tamaño tendrá ese cacharro? –preguntó Mhar sorprendida ante mi revelación.

–Desplegado, no más largo que mi mano, ni más ancho que mi palma. Se llevará en el pecho, justo encima del esternón.

– No quiero poner en duda vuestro proyecto pero creo que es irrealizable. La energía necesaria... sería enorme. No habría aleación que aguantase la presión, toda esa energía contenida, fuerza, calor... ¿queréis que siga con la lista? –me preguntó Taban

–No habría energía almacenada, ni se produciría calor y la fuerza o presión sería distribuida en su interior. El diseño ya está terminado, lo que necesito es que descubras el equilibrio interior para que funcione. Esa es tu misión. Las simulaciones por ordenador han sido un fracaso.

–Estoy ansioso por ver esos diseños, no puedo entender cómo puede funcionar un arma sin energía.

–Cuando se me ocurrió la idea, también pensé que sería imposible. Esperaré tu informe preliminar ansiosamente... también tus críticas, que serán muchas.

–Eso seguro –dijo sonriendo–. ¿Cuántos disparos podría realizar seguidos?

–Con un Guardián en perfectas condiciones, un número ilimitado.

–¡No es posible! –exclamó aún más perplejo. La luz de sus ojos me indicó que se dedicaría en cuerpo y alma en el proyecto.

–Ya lo podrás comprobar por ti mismo.

Tardamos alrededor de media hora en llegar a las obras, ya que rodeamos Pangea Capital. Estaban más avanzadas de lo que me esperaba. Mi pueblo colaboraba incondicionalmente. Tras una satisfactoria inspección y una revisión del sistema de protección del edifico, que consistía en un sistema que se activaba en caso de ataque. Hacía que el edifico se hundiera en la tierra, de forma que fuera inalcanzable para el hipotético enemigo.

Taban tardó una eternidad en dar instrucciones a su segundo pero dejó todo bien atado, antes de volver conmigo, a la Gran Dama. En el espaciopuerto principal estaba Yun esperándonos. Tras besarla saludó a Taban y luego a Mhar que se despidió con urgencia para preparar "algo".

–Cuanto tiempo sin verle Jefe de Ingenieros Taban.

LibrosEnRed

–Demasiado para mi gusto, mi Princesa.

–Me temo que la culpa ha sido mía –dije sonriendo maliciosamente a Taban.

–Ya me contarás que tramáis –dijo acercándoseme y susurrando en mi oído–, "mi querido esposo".

–¿Tramar? Las mujeres siempre pesáis que tramamos algo –dije bromeando.

–No le creáis, mi Princesa. Seguro que oculta algo –dijo una voz por el sistema más cercano de comunicación.

–¿Ahora te dedicas a espiarme Laurence?

–Tú me obligas. Te vas sin avisarme, no sé dónde estás, ni nada de nada. Por poco me da un ataque cuando he preguntado a Dama dónde estabas y me ha dicho que no te encontrabas a bordo.

–Orbitamos Pangea. ¿Dónde iba a estar? Además estoy seguro que Mhar ha informado a su hermana y ella a ti, ¿no son tu red de espionaje particular?

–No tendría que poneros espías, si no fuerais como un niño travieso y me informarais de vuestros planes ANTES de realizarlos, mi Príncipe y señor.

Cambió el trato a más formal, lo que significaba que había pasado la red de comunicación de privado, a abierto. La tropa podía escuchar nuestra conversación si lo deseaba. "Algo" estaba en marcha.

–Si lo hiciera así, "mi pequeño grubis", tardaría siglos en poder hacer algo, "que si mi seguridad", "tal vez", "a lo mejor", "si no hay peligro" y si voy con alguien que me suene los mocos.

–¡Vaya! Mi señor ha regresado "gracioso" –dijo bromeando.

–Yo sólo me río de los Capitanes tontos... –dije pinchón dándole pie para un desafío.

–¿Qué pasa, se cree un ser superior? ¿Tal vez un Dios?

Por su puñetera alma que sabía cómo buscarme las cosquillas.

–Mira, macaco insolente, me vas a obligar a que te dé otra lección –le reprendí burlonamente.

–Lo dudo mucho, "su majestad", el mando le ha hecho vago y lento.

Sin duda, en ese preciso instante, nuestra conversación debía estar escuchándola toda la nave. A la tropa le encantaba ver como nos zurrábamos como buenos amigos.

–¿Me estás retando, babosa roja? –espeté sobreactuando.

LibrosEnRed

Yun sonreía de oreja a oreja y Taban se tapaba la boca intentando ahogar su risa. A través del intercomunicador podía oír las carcajadas del personal de la sala de mando, que era donde debía estar Laurence.

–¿Retándole? ¿Y pegarle una paliza delante de toda la tripulación, dejándole en ridículo? ¡Nunca osaría destronar de su posición a un... DIOS!

–¡Micagüentulechepuñetera! Te has ganado una soberbia paliza. Te espero hoy, al finalizar el cuarto periodo, en la sala de desafíos, rubito.

–Ja, ja, ja, será un auténtico placer recibir la lección –dijo cortando la comunicación. Esta vez, todo el que no estuviera de guardia, vería el combate, ya fuera en directo o por alguna de las pantallas. Mientras nos dirigíamos a nuestros aposentos, Yun me miraba con el ceño fruncido, lo que significaba que algo le preocupaba.

–¿Te ocurre algo, cariño? –pregunté esperando que me contara qué la inquietaba. Sabía que no me respondería directamente sino que daría un rodeo "táctico".

–¿No te ha parecido extraño Laurence?

–¿Extraño, en qué sentido?

–No sé, algo en la conversación que has mantenido con él, no me ha convencido. Como forzado.

–No he notado nada raro. Ha sido, como tú dices, uno de nuestros infantiles desafíos –me encantaba, qué lista era.

–No. No lo ha sido. Había algo de fondo, parecía que lo estuviera provocando a propósito.

–Como todos, nos encanta desafiarnos, ¡y con público más!

–Pero nunca lo ha hecho nada más llegar y sin que lo hablarais previamente, por si había cuestiones más importantes. Algo trama...

–No te sigo.

–Últimamente ha habido rumores...

–Los conozco.

–¿Quieres que le pida a Mhar que hable con su hermana por si sabe algo?

–Creo que estás exagerando. No hay nadie más leal que él, si te exceptúo, mi señora –dije sonriendo todo lo que pude.

–Creo en su lealtad, pero vi, nada más alistarme, lo que ocurrió con esos perros traidores. La muerte del Maestro es una lección que no debemos olvidar –dijo muy seria.

LibrosEnRed

–Puedo asegurarte que si hay alguien en esta nave que no lo ha olvidado, soy yo. No veas fantasmas donde no los hay. Busca por otro camino, cariño... Taban, acompáñame a mis aposentos y hablaremos del arma.

Mis combates con Laurence, eran muy apreciados entre la tropa. Se habían llegado a convertir en lecciones en directo que, más tarde, eran reproducidas por los instructores. Tal y como había predicho, toda la tripulación y tropas de abordo, estaban preparados para ver el combate, en directo, a través de las pantallas generales, desde los cubículos, en realidad desde cualquier lugar donde hubiera una pantalla y Dama permitiera usarla, ¡incluso Ayam, la Yúrem, veía los combates! Por supuesto sin demostrar el más mínimo interés, pero Dama me había contado que disfrutaba mucho con cada uno.

Los combates, por supuesto, no eran reales. Las posibles heridas en la lucha no existían. Cuando, por ejemplo, el contrincante te alcanzaba en un brazo con su espada láser, el ordenador del Traje reproducía el efecto que habría hecho un auténtico láser en el brazo, reproduciendo el dolor e inmovilizando la parte dañada. En caso de que la herida fuera mortal, caías igual que si estuvieras muerto y permanecías así durante un par de segundos.

Cuando llegué junto a Yun a la sala de desafíos, no había nadie.

–¡Maldición!, me estoy volviendo senil. ¿No habíamos quedado con Laurence aquí, en el cuarto periodo?

–Sí, cariño. Era lo acordado. Esto no me gusta...

–Una de dos, o nuestros combates han perdido todo interés de golpe, o nos hemos equivocado de lugar.

Sin pensarlo dos veces consulté con Dama, me informó que el desafío había sido cambiado de lugar. Dada la insistencia de tantos guardianes de presenciar en directo el combate, se había trasladado a la gran sala de reuniones de tropas, para desembarcos masivos. Aún así no entrarían más de veinte mil. Yun se puso muy nerviosa, este tipo de cambios y la extraña situación, le desconcertaba. Nos encaminamos a la gran sala. Enseguida los pasillos se volvieron prácticamente intransitables dada la gran cantidad de guardianes que, aunque no pudieran estar presentes, querían ver el combate los más cerca posible de la sala. Hubo un par de veces que tuvimos que detenernos, a la espera de que nos hicieran sitio. Una extraña sensación de ansiedad se adueñó de ambos, pero la mía era por la proximidad del combate.

–Algunos hombres se callan al vernos –me susurró al oído.

LibrosEnRed

–Ya me he dado cuenta.

–No es normal.

–Ya...

Entramos en la gran sala que estaba más atestada de lo que hubiera creído posible. Laurence, en medio de la zona de combate, que había quedado reducida a una cuarta parte, a causa del público, me miraba a los ojos con una amplia y confiada sonrisa. A pocos pasos estaba Jhem mirándolo dulcemente. Había guardianes adheridos magnéticamente por todas las paredes y techos. Estaban tan juntos que parecían una masa compacta, no se veía ni un trozo de metal. Yárrem salió a nuestro encuentro.

–Mi señor, no creo que esta vez sea buena idea esta... distracción.

–No veo por qué no.

–Mi señor, el ambiente está...

–Basta, Capitán Yárrem. No podemos defraudar a nuestros hombres –dije, y sin permitirle replicar, me adelanté deteniéndome a un par de metros de Laurence.

–¿Estáis listo, mi señor?

–Listo para patearte el culo, otra vez... –dije burlonamente.

–Le aviso que he estado entrenando mucho –me respondió todo lo socarrón que pudo.

–Eso espero, no tengo ganas de perder el tiempo –dije, provocando una suave risa en la sala.

A un gesto de Yárrem, los hombres se echaron un poco hacia atrás apretujándose aún más. Yun observaba, muy seria, los acontecimientos junto a Yárrem, que nos miraba con el rostro inescrutable. También parecía preocupado.

Ambos cogimos nuestras espadas láser y las activamos junto a nuestros escudos de los O.B., en un tamaño de tres palmos. Laurence me miró serenamente, cerrando parcialmente su sonrisa, aunque su mueca de prepotencia permanecía. Una ligera tensión en sus hombros, me indicó que se preparaba para atacar. Se abalanzó para propinarme un fuerte golpe, en previsión de ello, separé las piernas para soportar mejor la embestida. Su espada chocó con mi escudo. El golpe fue tan formidable, que de haber intentado detenerle con la espada, muy probablemente me habría desarmado. Muchos Capitanes pensaban que Laurence era un hombre normal pero lo cierto es que estaba perfectamente proporcionado, su robusta y fuerte

LibrosEnRed

musculatura, le convertía en un coloso, en el combate cuerpo a cuerpo. Era ágil y rápido, un auténtico demonio como contrincante.

En contestación a su ataque, arremetí con otro golpe que le hizo retroceder. Nos miramos durante un par de segundos y flexionamos, ligeramente nuestras rodillas, para efectuar el próximo movimiento. Casi a la vez, y sin dejar de observarnos atentamente, comenzamos a rotar hacia la derecha, como si estuviéramos bailando, con la esperanza de coger al contrario en un momento de descuido. Al finalizar la segunda vuelta, creí ver mi oportunidad. Avancé rápidamente intentando asestar un buen golpe en su espada y desequilibrarlo pero muy hábilmente, me esquivó con una veloz cinta, echándose hacia atrás, siendo yo el que perdió el equilibrio, dejándome como única opción, seguir el movimiento, obligándome a rodar por el suelo, utilizando mi hombro derecho para hacerlo. Cuando me detuve y teniendo todavía una rodilla en el piso, giré rápidamente para defenderme del seguro ataque de Laurence, consiguiendo parar justo a tiempo su estocada. Laurence no estaba dispuesto a perder su ventaja, me tenía cogido, estando él de pie y yo agachado, tenía el ángulo perfecto para presionarme. Su espada volvió a chocar con la mía pero esta vez no la separó, si no que empezó a hacer fuerza, inmovilizándome. No podía moverme ni un centímetro si no quería que me alcanzara.

Su ventaja y su musculatura estaba debilitando rápidamente mis fuerzas, estaba a punto de ganar, sólo cabía una solución, sacrificar algo y dejar que me alcanzara con su espada. Opté por mi hombro izquierdo, lo que anularía mi escudo. En cuanto me alcanzó, aproveche su sorpresa para hacer lo propio, en su muslo derecho. Volvimos a separarnos para preparar y calcular el próximo choque. El puñetero hombro me dolía terriblemente, sus fuertes punzadas no dejaban que me concentrara en el combate. Intenté aislar el dolor, en lo más oculto de mi mente y fijar mi atención en los movimientos de Laurence, que cojeaba ostensiblemente, aunque no había conseguido dañarle lo suficiente, como para que no pudiera usar la pierna en otro ataque. Seguía con ventaja aunque se movería algo más lento, pero sin mi escudo tenía pocas posibilidades. Si volvía a llevar la iniciativa en el ataque, me vencería. No iba a ser tan fácil. Avancé decididamente, a la vez que giraba para golpearle con toda mi fuerza sobre su espada y, antes de que se recuperara, pateé su pierna herida, arrancándole un pequeño grito de dolor. Me miró furibundo y casi antes de que reaccionara, me soltó un soberbio golpe en el rostro con el escudo que me tiró de espaldas. El golpe me dejó aturdido y justo pude parar sus primeras estocadas, cuando mi mente se aclaró, contraataqué duramente durante varios minutos. Volvimos a mirarnos y cuando me atacó, levanté la espada ofreciéndole mi flanco izquierdo que alcanzó sin problemas matándome en el acto.

LibrosEnRed

Rápidamente, Yárrem se arrodilló a mi lado y activó mi O.B., antes de que llegaran a pasar los dos segundos reglamentarios, devolviéndome la movilidad. Mientras me incorporaba, me di cuenta de que en la sala reinaba un silencio sepulcral. Nadie parecía contento. Yárrem miraba tan indignado a Laurence que pensé que iba a saltar sobre él. Yun que se acercó muy tensa, se relajó al ver mi semisonrisa, en ese instante comprendió.

Miré a Laurence, me acerqué y nos dimos un fuerte y cálido abrazo riendo.

–Buen combate, pequeño macaco.

–No habéis peleado mal, mi señor, para ser un anciano... –me respondió bromeando.

La sala seguía en silencio. Miré a mi alrededor, cabeceando desaprobatoriamente.

–No sé si os quiero a todos por decidir ser guardianes o ¡por ser una maldita panda de borricos! –grité sobresaltándoles–. ¡Qué os creéis, que soy invencible, que soy un PUÑETERO DIOS INFALIBLE! En esta nave hay por lo menos cincuenta pilotos mejores que yo y más de una veintena en un combate como este, entre ellos el Capitán Laurence. ¡Os juro, por el bienestar de Pangea, que al próximo que pille divulgando la estupidez de que soy un Dios, lo destino a patrullar la superficie del Sol! ¿Quién demonios creéis que pasará a mi puesto cuando yo caiga en combate?

Varias voces se elevaron desaprobartoriamente, no creyendo que eso fuera posible.

–¡Haceros a la idea! Un día caeré, como cayó el Maestro Zerk, y seréis vosotros los que deberéis continuar con esta dura, larga y triste guerra, hasta que el Mal sea exterminado. Con el Capitán Laurence al mando o con quien le haya sustituido cuando él caiga.

Me giré y volví a mirar a Laurence.

–Espero que en breve me des la revancha –dije en alto.

–Cuando queráis, Mi Príncipe y señor –dijo inclinándose haciendo la máxima reverencia con rodilla en el suelo, de la que estaba totalmente exento.

En cuanto salimos, los murmullos inundaron la sala y se propagaron por los pasillos. Entré con Yun, seguidos por Laurence y Yárrem, en mis aposentos.

Cuando se cerraron las dobles puertas Yun miró a Yárrem, dándole la palabra.

LibrosEnRed

–¿Puedo saber qué demonios está ocurriendo? ¿A qué ha venido todo esto? –nos preguntó.

–Creo que ha quedado claro, objetivo: terminar con el maldito rumor de que soy un Dios.

–Cualquiera que haya estudiado tus combates, un poco a fondo, se dará cuenta que te has dejado ganar. Has levantado la guardia para que Laurence te alcanzara –dijo Yun.

–Esa es otra. Vuestro plan creo que va a empeorar las cosas –dijo Yárrem.

–¿Por qué? –pregunté extrañado.

–En cuanto se corra el rumor de que os dejasteis ganar, para muchos será la confirmación de sus sospechas.

–Nadie se dará cuenta –dije tranquilo.

–¿Nadie? ¿Qué vas a hacer, prohibir la visión del combate? –me preguntó Yárrem.

–Yo diría que eso provocaría aún más sospechas –dijo sonriendo Laurence.

–Bien, mi querido esposo, ¿cómo vas a salir de este lío? –preguntó mirándome maliciosamente.

–¡Dama!

–¿Mi Príncipe?

–¿Lo has corregido, tal y como te dije?

–Sí, mi señor.

–¿Corregido, el qué? –preguntó Yárrem mirándome extrañado.

–El archivo del combate, de forma que parezca que no me dejo ganar –le respondí tranquilamente.

–¡No se pueden falsear los archivos! –exclamó Yun.

–No los hemos falseado, simplemente he dado la orden directa a Dama, que en el caso de que alguien solicite el archivo de esta última pelea, le muestre el archivo modificado. El auténtico permanecerá en la sección de máxima seguridad, apto sólo para Capitanes, en el caso de que lo soliciten específicamente, y como sólo hay dos que saben que está modificado, dudo mucho que nadie llegue a descubrir nuestra treta –dije mirándolos burlonamente.

–Cariño eres... ¡terrible! –dijo abrazándome, a la vez que me besaba.

LibrosEnRed

–Tal vez haya algo que se os haya escapado –dijo Yárrem cortando en seco la sonrisa de Laurence. Cuando fruncía el entrecejo de esa manera, es que había visto una grave pega.

–¿Qué ocurriría si al descubrir que el Príncipe no es invencible, hay guardianes que quieren probar si ellos también pueden vencerle? –me preguntó.

–¿Crees que alguno me faltaría al respeto si me retara?

–No creo que ninguno osara faltaros al respeto pero...

–Creo que sería bueno que nuestros hombres tuvieran tanta confianza en sus cualidades, como para retarme. Además, levantaría la moral entre las tropas y rompería con la monotonía.

–Tranquilo cariño, es sólo una idea, yo creo que tienes razón.

–Estoy tranquilo.

–No lo estás, pareces nervioso –dijo Laurence.

–Sinceramente creo que te equivocas. No estoy nervioso, tú y yo hemos hablado mucho sobre este combate y estudiado un sin fin de posibilidades antes de ponerlo en práctica.

–Sí. Estás nervioso. Hablas aceleradamente, igual que cuando te cabreas –dijo Yárrem.

–¿Pero qué os pasa? No estoy nervioso. De hecho sois vosotros los que parecéis perezosos –dije observando que se movían con relajo.

–Hablas muy rápido casi no te entendemos–dijo Laurence.

–¿Yorápido?Soisvosotroslosquehablaislentograveyvuestrosmovimientossoncalmosos.

–NNNooo ooosss hhhemmmooosss eeennnttteeennnddiiidddooo hhhaaabbbllláááiiisss mmmuuuyyy rrrááápppiiidddooo.

¿Qué demonios estaba ocurriendo? Se movían a cámara lenta, cada vez más despacio, como si estuvieran a punto de detenerse. Antes de que Laurence volviera a pronunciar otra sílaba, estaba junto a él, en su rostro, como en el de los demás, empezó a formarse una expresión de sorpresa y alarma. Estaban en problemas. Me dirigí a las dobles puertas y me detuve en seco para no chocarme, ya que no se abrieron en el acto, como lo hacían siempre. Tuve que esperar casi cuatro segundos, para que se abrieran lo suficiente, como para permitirme pasar. Me detuve en el pasillo, no creyendo lo que veía, los guardianes de elite que custodiaban la entrada de mis aposentos sufrían la misma... cosa que Yun y los demás.

LibrosEnRed

–¡Dama! ¡Da la alarma!

Silencio

–¡Dama!

Más silencio. En ese instante el Jefe de Escuadrón de las tropas de elite, que casualmente miraba en mi dirección, empezó a cambiar de expresión. Su rostro denotaba sorpresa, comenzaba a verme. ¡Tenía que ser un nuevo tipo de arma! Había que dar la alarma. Sin pensarlo dos veces, corrí hacia sala central de mando de Dama. Todo el que me encontraba estaba igual, sus movimientos eran casi estáticos. Las dobles puertas acorazadas de la sala de control de Dama, se abrieron lentamente a mi paso, cuando no llevaban abiertas más de tres palmos, me colé dentro. Me detuve en la entrada de la vasta sala. Dos docenas de guardianes de elite, tenían sus fusiles de asalto desenfundados y apuntaban a las puertas y, obviamente a mí, desde las posiciones designadas en caso de ataque o emergencia. Miré la pantalla central y pude observar que la alarma de seguridad había saltado. Toda la nave estaba en alerta. Las voces y la alarma eran como olas de sonido, graves e indescifrables. Casi no podía apreciar sus movimientos. Tras cinco o seis segundos, las puertas se abrieron del todo y las tropas de elite cambiaron de expresión, empezando a dejar de apuntarme.

Un fuerte, claro y nítido pitido me sacó de mi asombro. Provenía de mi ordenador de brazo. Al mirar que ocurría, comprobé con asombro, que había gastado la mitad de mi energía. Me estaba comportando como un estúpido, si el Maestro viviera, se habría hartado de darme capones. No eran ellos, era... ¡YO! Debía reflexionar. La única explicación posible que se me ocurría, era que sufría una especie de aceleración. ¿Sería ésta la sexta enfermedad que podíamos sufrir? Si mi aceleración seguía aumentando, la energía se agotaría y la de mi cuerpo también, moriría de agotamiento. No debía moverme en absoluto, anulando todas las funciones no vitales de mi cuerpo, y mentalizarme para reducir al máximo mis latidos y respiraciones. Los segundos pasaban lentamente mientras mis hombres se acercaban con miradas extrañas.

ARCHIVO CONFIDENCIAL APTO SÓLO PARA CAPITANES.
SALA DE REUNIONES DEL ALTO MANDO.
GRAN DAMA.

La sala estaba casi llena. Todos los Capitanes que se encontraban en ese momento en la nave habían acudido, la Princesa presidía la reunión en el lugar que debería haber estado el Príncipe.

LibrosEnRed

–Todos conocéis el motivo de esta reunión de urgencia. Si no se nos ocurre algo, mi esposo, vuestro Príncipe, morirá en menos de doce días. Le hemos instalado a su Traje, un sistema de energía pura pero, increíblemente, la absorbe toda. Le iremos instalando más según le haga falta, pero llegará un momento que no será suficiente. Hasta ahora la aceleración sigue aumentando constantemente, lo que hace que en este instante una de nuestras horas sean dos días para él. ¿A alguien se le ocurre algo?

El silencio fue roto al abrirse la compuerta principal de entrada, siendo franqueada rápidamente por Anyel, que acababa de llegar de una de sus misiones de espionaje, con intención de informarle personalmente.

–Acabo de enterarme al atracar. He seguido el comienzo de la reunión a través de Dama y mi casco. No tengo ninguna idea pero, tal vez, si repasáramos las otras cinco enfermedades, podríamos sacar algún nexo de unión o nos sugiera un nuevo punto de vista.

–Creo que tenéis razón Capitán Anyel. ¡Dama! ¡Abre los archivos médicos y comienza por la primera enfermedad!

–Sí, mi Princesa.

PRIMERA ENFERMEDAD: AMNESIA PROGRESIVA.

Informe: Descubierta en la formación de los primeros escuadrones de guardianes Warlook. El primer Guardián que la contrajo fue Liquen, raza Warlook, murió a los diez días. Segundo Guardián que la contrajo...

–Dama –intervino Yun–ve al grano. Nos interesan las soluciones, no los que fallecieron, a no ser que sea relevante.

–Sí, mi Princesa.

Informe: Decimonoveno Guardián que contrajo la enfermedad fue Triada, raza Charwin. Descubrió que era poseedora de la enfermedad al tercer día de padecerla. Razón: sistema de traducción automática del O.B. inoperante. Fue llevada ante el Príncipe a sus aposentos privados. Hasta la actualidad dieciocho mil seiscientos cuarenta y cinco guardianes han sufrido la enfermedad, entre ellos el Príncipe. Fin del informe.

–¿Prance ha sufrido la primera? –preguntó Anyel, más para él que para nadie, aunque miró a Yárrem que se encogió de hombros, meneando la cabeza señalando que él tampoco lo sabía.

–Dama, casi no nos has contado nada. ¿No hay más información sobre la primera enfermedad? –preguntó Yun.

LibrosEnRed

–Sí, mi Princesa.

–¿Y bien?

–En los archivos de vuestros aposentos.

–¿Puedo saber a qué esperas para proporcionarnos esos datos? –preguntó Laurence que acababa de entrar tan sigilosamente que nadie se había percatado de su presencia.

–Una autorización del Príncipe. Están clasificados como secreto –respondió serena.

–Bienvenido Capitán Laurence. Siéntese.

–Gracias. He venido en cuanto me he podido delegar el mando. Dama me ha ido informando, continuemos, si le parece bien, mi Princesa.

–Soy su esposa, ahora también son mis aposentos, Dama. El Príncipe, está inoperante y el segundo en el mando soy yo, tienes mi autorización para mostrar ese archivo y cualquier otro relacionado con las cinco enfermedades.

–Confirmo la autorización, procedo:

Informe dobles puertas de acceso: Entrada de la Guardiana Triada, escoltada por el Capitán Krallan, raza Charwin, fallecido en combate.

Informe de seguridad de la conversación mantenida en los aposentos:

–¿Es ella, Capitán Krallan?

–Sí, mi Príncipe.

–Por favor, que se incorpore, no tiene que mantener la reverencia durante toda su estancia.

–Gracias, mi... mi Príncipe –dijo algo balbuceante.

–Puede dejarnos, Capitán.

–Como ordenéis –dijo a la vez que salía.

Informe dobles puertas de acceso: Salida Capitán Krallan.

Informe de seguridad de la conversación mantenida en los aposentos:

Cuando se cerraron las puertas permanecí unos segundos mirándola, hasta que decidí comenzar.

–¿Cuál es tu nombre y rango, Guardián?

–Mi nombre es... es... es... Triada, sí Triada, tropas de combate planetaria.

LibrosEnRed

–Bien Guardiana Triada. Dentro de seis días o tal vez como máximo ocho, la enfermedad que sufrís os matará.

–Lo sé –me respondió con los ojos muy abiertos.

–Antes que tú, dieciocho Guardianes han sufrido la enfermedad y han muerto. Cierto es que hay, en este momento, otros dos más con la enfermedad más avanzada, uno con seis días, que está casi como un vegetal y otro con nueve a punto de fallecer. La enfermedad empieza indistintamente con fallos en el Traje y en la mente del Guardián, principalmente con pérdidas de memoria. Como te ocurre a ti, que empiezas a olvidarte de cosas tan normales como tu nombre o el mío.

–Sí, mi... señor.

–El cuerpo médico no ha conseguido descubrir qué es lo que provoca la enfermedad y lo que es peor, cómo curarla, yo tengo una idea pero has de poner todo de tu parte.

–Mi vida es vuestra...

–Lo sé, tranquila. Lo que te voy a revelar es confidencial y nunca debes decírselo a nadie.

–Podéis confiar en mí.

–Hace seis horas Dama ha confirmado que padezco la enfermedad. Eres el único Guardián, aparte de mí, que la sufre y está consciente para intentar superarla.

–¡Eso es una catástrofe! ¡Deberíais estar con el cuerpo médico!

–No saben por dónde les da el viento en este asunto. Sentémonos en el piso.

Me miró extrañada pero lo hizo sin vacilación. Confiaba en mí, podía leerlo en sus ojos.

–Quiero que te relajes y cierres los ojos. Deja tu mente en blanco y dime qué es lo que pasa por tu mente, qué ideas, qué cosas echas en falta, qué conceptos.

–Yo... color... luz..., yo... el color... la luz.

–Sigue con los ojos cerrados. Quiero que repitas estos conceptos, no en alto sino en tu mente. Yo, color, luz, esas deben ser tus consignas, tu todo. Repítelas hasta la saciedad. Hasta la curación.

–Sí, mi Príncipe.

LibrosEnRed

Treinta y seis horas después la Guardiana Triada salió de los aposentos del Príncipe totalmente curada. El cuerpo médico utiliza el sistema cada vez que se detecta la enfermedad en un Guardián. Cuanto antes se detecta, más rápida es la curación y más sencilla. Los dos Guardianes que habían contraído la enfermedad antes que la Guardiana Triada, murieron al no poder establecerse contacto con ellos.

Informe del archivo personal de la Guardiana Triada, raza Charwin:

Al cerrar los ojos y relajarme, noté por primera vez, con gran claridad la enfermedad y como se iba apoderando de mi mente. La voz firme y serena del Príncipe sonaba lejos y cerca, pero clara. Siempre clara y tranquilizadora. Me centré en los conceptos. Casi de inmediato dejé de pensar en nada más, lo olvidé todo menos los tres conceptos. Los sonidos se apagaron. Los olores, el tacto, gusto, todos los sentidos desaparecieron menos los conceptos. La enfermedad avanzaba ahora imparable al no tener barreras. Es difícil describir el proceso mental que seguí a partir de ese momento pero trataré de grabar un esquema base; Yo, color, luz, yo, color, luz, yo... ¿Yo? ¿Quién soy? Color, luz, ¿Yo? ¿Dónde estoy? Color, luz. ¿Por qué esta negrura? Yo, ¿Color? ¿Dónde están los colores? Luz, yo...¿Color? ¿Por qué no veo los colores? Luz, yo... ¿Color? ¿Por qué no los veo? Luz, yo, color... ¿Luz? ¿No hay luz? Yo, color, ¿LUZ? ¿Tengo los ojos cerrados?... Yo abro los ojos para ver los colores y... la LUZ.

Lo primero que vi fue al Príncipe sonriendo, su rostro denotaba cansancio. Me informó que había estado casi treinta y seis horas combatiendo la enfermedad y que cuando se dio cuenta que funcionaba y que la enfermedad retrocedía, utilizó el método con él mismo, sólo que al estar menos avanzada la enfermedad en él, su curación había sido más rápida. El Guardián que estaba en coma había muerto y el otro lo haría en breve pero todo el que la contrajera, se podría curar, ahora sólo quedaba descubrir qué la producía.

Fin del primer informe.

–¿No se ha descubierto qué es lo que la producía? –preguntó Laurence.

–Sí, un fallo coordinativo neuronal con el Traje. La teoría con más fundamento se basa en la creencia de una sutil diferencia entre el cerebro de la raza del Maestro y las nuestras.

–Desde que el error fue corregido, no se han vuelto a producir casos.

–¿Pero porqué se desarrolló en algunos guardianes y no en otros? –preguntó Anyel.

LibrosEnRed

–No se sabe. Todas las líneas de investigación han llevado a callejones sin salida.

–Bien expresado. Sigue –ordenó Yun.

SEGUNDA ENFERMEDAD: CONTACTO PESTAL.

Informe: Comienzo de la enfermedad: Colonia minera Bonau del Sistema Andros.

Tiempo de funcionamiento: Tres semanas.

Primer mensaje de socorro: Segundo día de la cuarta semana del tercer periodo Pangeano, Al Tar. No responden a nuestra llamada. Resto del informe, NO RELEVANTE.

Segundo y último mensaje de socorro: Tercer día de la cuarta semana del mismo periodo. RELEVANTE: No vengan. Todos caen. El Capitán ha destruido el crucero de combate para que no caiga en manos enemigas. Ha fallecido hace dos horas. Yo también estoy contagiado. Todos lo estamos. No vengan. He ordenado la destrucción de todas las pequeñas naves y transportes. Nadie debe salir. No debemos contagiar a los demás. No vengan. No hay solución. No se puede hacer nada. Para cuando estén cerca estaremos muertos. Fin de la transmisión. No se volvió a establecer contacto. Aunque parecía que nos recibían, no respondían a nuestras preguntas.

Nave más cercana al Sistema Andros: La Gran Dama.

Informe de la conversación de la Sala de Mando de la Gran Dama:

–Mi señor, ya no contestan a nuestras llamadas.

–¿Cuánto falta para que entremos en órbita? –preguntó ansioso.

–Cuatro horas, mi señor. Sigue sin haber ningún rastro del Mal.

–Ordena que preparen un equipo de rescate, en un pequeño crucero de desembarco.

–Sí, mi señor.

–¿Dónde está el Capitán Laurence?

–En la sala de entrenamientos con los jefes de escuadrón de las tropas de elite.

–Ordénale que venga.

–Sí, mi señor. De inmediato.

LibrosEnRed

Informe de la conversación en los pasillos desembocantes a la Sala de Mando entre el Capitán Laurence y el Capitán Espisces:

–Sabes que te considero uno de mis mejores hombres. Doy por echo que imaginas el por qué me llama el Príncipe.

–Conociéndolo, para ponerle al mando y bajar personalmente a la colonia minera.

–Sin duda. No podré convencerle de lo contrario así que quiero que Heles y tú le acompañéis y en el caso que consideréis que corre el menor peligro, lo traigáis aquí de inmediato.

–No creo que pueda convencerle...

–¡No quiero que le convenzas! ¡Tráelo! Aunque tengas que hacerlo a la fuerza.

–Yo no puedo... ¿Y si me da una orden directa?

–Cuando él esté abajo, yo estaré al mando y como Capitán General en funciones de la Flota te doy la orden directa de que lo traigas, en el hipotético caso de que corra algún peligro, aunque tengas que dejarle sin sentido para hacerlo.

–¿Agredirle? ¿Sabéis a qué os exponéis con una orden como esa?

–Mi vida no tiene importancia. La de él sí. ¿Obedeceréis?

–El Príncipe no sabe qué amigo y Guardián tan leal tiene.

–Sí que lo sabe. ¿No soy el segundo? –preguntó bromeando.

Informe de la computadora del micro crucero Tita:

> Prance de Ser y Cel, clasificación; Príncipe.
> Espices de Moneon y Satrapen, clasificación; Capitán de elite.
> Heles de Viej y Rotona, clasificación; Jefe de Escuadra de elite.
> Tor, Dresi, clasificación; Pilotos de elite.
> Teguin, Gluije, Crabos, clasificación; Tripulación de elite.
> Thorfhun de Salkit y Xamarte, clasificación; Jefe médico de elite, Biólogo.
> Farh, clasificación; Jefe de Escuadrón de elite.
> Resto de guardianes, treinta y cinco, clasificación; Tropas de elite.

Informe de la computadora de brazo del Príncipe:

El descenso se realizó con normalidad. Una vez que aterrizamos, ordené a Espisces que distribuyera a las tropas en tres grupos. A primera vista vimos que era un planeta, triste, árido y rocoso. Sin casi vida vegetal o animal.

LibrosEnRed

Pequeñas agrupaciones de líquenes azulones cubrían algunas rocas. Estábamos a menos de cincuenta metros de la colonia. La mitad de los edificios estaban semiconstruidos. No se veía a nadie. Parecía desierta.

–Ese es el edificio del centro, el de comunicaciones. Dirige al grupo uno hacia la puerta trasera, tú junto al dos cúbrenos.

–Sí, mi Príncipe. Tened cuidado –me susurró preocupado.

–¿No lo tengo siempre? –le pregunté en el mismo tono. Con un gesto, ordené a mi grupo que se adelantara y activaran sus escudos. Se desplegaron magistralmente, avanzando en zigzag. A mitad de camino, nos detuvimos para observar cualquier anomalía. Seguimos sin detectar ningún movimiento, así que volví a ordenar el avance, que se produjo sin incidentes. Nos parapetamos con el frontal del edificio y ordené a cuatro de mis hombres, que entraran. En cuanto nos dieron luz verde, entramos el resto, cubriéndonos unos a los otros. Tanto la habitación de la derecha, como la de la izquierda, estaban vacías pero al fondo del pasillo, que se abría ante nosotros, se podía ver a uno de nuestros hombres caído boca abajo. No se movía. Según nuestros sensores estaba inconsciente y sus constantes vitales eran débiles pero a simple vista, no parecía herido. Nos acercamos prudentemente. Varios de los hombres pasaron por encima de él, apuntando a la puerta que estaba detrás. Me detuve a su altura y le volví. No había heridas, ni indicios de lucha. Simplemente parecía inconsciente. Dejé a dos de mis hombres con él y ordené la entrada en la sala, que resultó ser la de transmisiones. Sobre los controles o derrumbados en sus sillas electromagnéticas, había varios guardianes y en el suelo, media docena de la sección de seguridad. Todos estaban vivos pero inconscientes, con sus constantes vitales muy débiles.

Informe del micro crucero Tita:

La Gran Dama informa que se ven obligados a alejarse al detectar movimiento de naves enemigas en el sistema de doble estrella Guj, a tan sólo ocho años luz. Dejará en órbita un Crucero Estelar de combate para, evacuar, y dado el caso, proteger, al Príncipe mientras se retira en el micro crucero Tita.

Informe del tercer día: En nuestras primeras horas encontramos al resto de las tropas. La gran mayoría, en una enfermería claramente provisional y montada a toda prisa, dada la desorganización y falta de medios. La tripulación de Tita ha sido confinada para evitar cualquier posible contagio.

–Mi señor, el recuento ha finalizado. Están todos, pero he de informarle que acaban de morir dos de ellos –me informó Espisces.

–¿No hay civiles? –pregunté sorprendido.

LibrosEnRed

–Todavía no habían sido trasladados. Sus dependencias no estaban terminadas.

En ese instante entró el Jefe de Escuadrón Farh, que haciendo la reverencia, nos interrumpió.

–¿Qué ocurre? –le pregunté a la vez que le hacía un gesto para que se incorporara.

–Acabamos de encontrar la computadora del diario de la base.

–¿Por qué no estaba en la sala de transmisiones? ¿Dónde la han encontrado? –pregunté algo indignado.

–En cinco cajas, en los almacenes. No la montaron o no les dio tiempo o no pudieron hacerlo.

–¡Cuernos! Esto es un misterio. ¿Sabemos algo del Jefe Thorfhun? –le pregunté a Espisces.

–Hasta el momento no ha encontrado nada. Lo que hemos podido observar, es que cada hora, sus constantes vitales son más débiles. En apariencia no les ocurre nada, todo parece correcto pero de seguir así, dentro de tres días, empezarán a morir los primeros.

–Montad esa computadora y tratad de sacar información de las computadoras de brazo, empezando por los más enfermos. Igual tenemos suerte y sacamos algo en claro. ¡Heles! –llamé por mi O.B.

–Sí, mi Príncipe. ¿Podemos...?

–No. Permaneceréis en el crucero, aislados, hasta que descubramos a qué demonios nos estamos enfrentando. Infórmame de los resultados que has obtenido de la zona.

–La escasa vida orgánica es totalmente inofensiva. He rastreado sistemáticamente toda la zona y no he encontrado nada de nada. En este momento estamos analizando el aire y las rocas pero de momento no hemos encontrado nada extraño.

–Sigue buscando. Hemos de descubrir qué es lo que ocurre, no podemos permitirnos que esto llegue a la flota. Por cierto, mis saludos a Laurence.

–¿Al Capitán Laurence?

–¿Acaso creías que no sé que tanto tú, como Espisces, le informáis regularmente?

–Sois astuto como un Kulrtou.

–Y más feo.

LibrosEnRed

–Ja, ja, ja... Si hay novedades le avisaré, mi señor.

–Espero ansioso tus resultados.

Informe del séptimo día: Tras revisar las instalaciones por decimonovena vez, convoqué a los mandos del pequeño grupo, en la improvisada sala de reuniones, junto al hospital. El último en llegar fue Espisces.

–Discúlpeme, mi Príncipe, por el retraso. Por lo que veo soy el último.

–Sí, Heles sigue en aislamiento junto a la tripulación y seguirán así hasta que descubramos qué demonios está ocurriendo aquí, y esto es una orden directa para todos, ¿ha quedado claro?

–Sí, mi Príncipe –respondieron al unísono.

–Espero que realmente haya quedado claro. Ahora, novedades, ¿qué habéis descubierto?

El primero en hablar, fue Espisces que comenzó algo azorado.

–Por la parte de seguridad no hemos encontrado nada ni nadie. Este asunto no tiene que ver con el Mal, nada apunta hacia ellos y desde luego no hay ningún indicio de que hayan estado aquí.

–¿Contagio debido a vida hostil? –pregunté.

–Imposible, no hay nada orgánico de ese estilo, por lo menos en este sector –me informó un Jefe de Escuadrón Farh que hablaba en lugar de Heles.

–Respecto a los enfermos –continuó el Jefe médico Thorfhun–tengo malas noticias, hoy han muerto seis más y, mañana, lo harán otros diez, por lo menos. Es algo increíble, se van apagando poco a poco. Lo único que hemos descubierto es que su temperatura va descendiendo progresivamente y que en su sangre, el porcentaje de M7, es muy elevado, lo que podría estar envenenándoles lentamente y explicaría esa lenta agonía.

–¿Qué demonios me está diciendo? El Traje absorbe el M7, lo descompone en sus distintos metales y lo distribuye a su tobera correspondiente. Cuando una de ellas está llena, lo expulsa en forma de barrita heptagonal.

–Me temo que ahora no lo hace o para ser más correcto, lo hace cada vez menos, hasta pararse por completo.

–Eso no es posible. Significaría que los Trajes se averían –dije confuso. Tenía un extraño regusto metálico en la boca y la saliva pastosa, como si llevara mucho sin beber.

–De momento no encuentro otra explicación. Los primeros síntomas en el Traje de la primera enfermedad, era que el traductor simultáneo dejaba de funcionar. Tal vez deberíamos llamar al Jefe de Ingenieros Taban.

LibrosEnRed

–No. Además lo del traductor era una cuestión mental –dije–. Así que hasta ahora seguimos sin saber el por qué. Estamos casi como al principio, esperemos que cuando Heles acabe nos dé alguna pista. Espero que todos ustedes sigan... sigan... ¿No falta el aire?

–¿Mi señor? –preguntó extrañado Thorfhun a la vez que se levantaba.

–Ahora lo entiendo... las toberas... se... no... no... puedo respirar....las toberasss.... El aire, como es.... posssibleee....

Informe del O.B. del Capitán Espisces:

El Príncipe ha caído fulminado sobre la mesa de reuniones, antes de que el Jefe médico Thorfhun pudiera llegar has él. Casi al unísono nos acercamos los demás, en un vano intento por ayudarle. Los primeros análisis confirman que el Príncipe ha contraído esta extraña enfermedad. He ordenado al Jefe de Escuadra Heles que, tal y como ordenó nuestro señor, permanezca aislada en Tita junto a la tripulación.

Informe medico del Jefe Thorfhun:

Octavo día de la enfermedad; doce muertos más. Tras una revisión afondo de los guardianes que han desembarcado con nosotros, incluido yo mismo, he descubierto que todos estamos infectados. Sólo permanecen intactos los aislados en el crucero. Si es un virus o bacteria, tiene que ser realmente sorprendente para poder traspasar las defensas de los trajes. Esta mañana, cinco guardianes y el Capitán Espisces, han caído presos de la enfermedad y permanecen inconscientes. Como ser Jefe médico me da el mayor rango, he ordenado al Jefe de Escuadra Heles que abandone el planeta, en el momento que todos los presentes hayan fallecido, no sin antes arrasar la zona, esterilizándola totalmente.

Informe desde el micro crucero Tita:

Seguimos sin pistas. El aire no es, dado que cuando salieron de Tita, la tripulación al igual que yo misma, lo respiró y no estamos enfermos. Además no he encontrado nada anómalo. La tierra y rocas de la zona, hasta el momento, son absolutamente normales. ¿Qué han hecho que nosotros no lo hayamos hecho?... ¡Los enfermos! Todos los han tocado y, casi con seguridad, el Príncipe fue el primero en hacerlo, cuando abordaron la base.

Cuando llamé a Thorfhun y le expuse mi idea, su respuesta me dejó helada;

–No se me había ocurrido que se contrajera por contacto, estaba convencido que tenía que ser algo en el aire. Pero si tu teoría es correcta, sólo hay

LibrosEnRed

un modo de comprobarlo, contagiando a otro Guardián, pero las órdenes del Príncipe...

–Pagaré con mi vida, si es necesario. Me ofrezco voluntaria.

–Tú no puedes ser.

–Pero...

–¡No! Eso no tiene discusión. Eres el único mando sin contagiar, tendrá que ser alguien de la tripulación.

–Pediré un voluntario.

Al exponer la cuestión, los cinco tripulantes se ofrecieron voluntarios. Opté por Crabos. Mientras preparábamos su salida, otros tres guardianes cayeron inconscientes y dos de los primeros murieron.

Informe médico del Jefe Thorfhun:

Tras dos horas de estancia entre nosotros sin tocarnos, el tripulante Crabos no ha contraído la enfermedad pero, tras ordenarle que tocara a uno de sus compañeros, en unos pocos segundos, se han manifestado los primeros indicios, aunque muy breves, de la saturación. Con esta prueba, queda confirmado que la enfermedad se transmite por contacto. Seguimos sin indicios de cómo se ha iniciado, cómo curarla o como mínimo, cómo mantenerla estable.

Informe del Jefe de Escuadrón Farh:

Noveno día. El equipo médico, incluido el Jefe Thorfhun, ha caído inconsciente. En el momento que estoy redactando este archivo, sólo quedamos seis. Hemos terminado de montar la computadora de control y hemos volcado toda la información almacenada en los O.B. El noventa por ciento del destacamento originario de la base ha muerto. Mañana a esta hora no habrá nadie consciente. He ordenado a mis hombres que se acuesten, no quiero que caigan en cualquier lado, si la enfermedad se desarrolla como hasta ahora. El tripulante Crabos será el último en caer. Es un honor morir junto a mi Príncipe. Este será mi último informe.

Informe del micro crucero Tita:

Décimo día. He terminado con los análisis. No me queda absolutamente nada por analizar. El Capitán Laurence me ha ordenado permanecer en el planeta hasta descubrir cómo curarlos. Ha enviado un crucero con cámaras de hibernación, desde Pangea, que llegará dentro de seis horas. Si no se encuentra otra solución se les hibernará, con la esperanza de que en un futuro, se halle la cura. Sólo queda un Guardián con vida del destacamento

LibrosEnRed

originario. La tripulación está muy preocupada y nerviosa por no poder hacer nada por sus compañeros y, en especial, por nuestro Príncipe. Varias veces se han acercado solicitando que hiciera experimentos con ellos, viéndome obligada a rechazarlos. El principal problema es que no sé qué experimentar. Dada la gran cantidad de datos recuperada, los he puesto a revisar los informes de los O.B. de las tropas originarias, desde el primer día de su llegada.

Informe del O.B. del Jefe de Escuadra Heles de Viej y Rotona:

Undécimo día. Crabos con su habitual intuición ha descubierto que, aunque el orden de infección no es el mismo que el de fallecimientos, sí lo es el de caída de inconsciencias. Por lo que hemos podido deducir el orden de infección y quién fue el primero en ser infectado. ¿Infectado por quién? La poca vida que hemos encontrado no es peligrosa o infecciosa. No hay virus o bacterias en el aire que pudieran provocar algo como esto. Incluso he investigado las corrientes de aire por si pudieran... Aire, antes de caer el Príncipe dijo algo sobre eso, que no podía respirar que cómo era posible... ¿posible qué? ¿Que estuviera infectado? No, no puede ser eso, él es más inteligente que... ¡Estúpida! ¿Cómo es posible que haya atmósfera respirable si la vida que hay no produce oxígeno? ¿De dónde ha salido? O, mejor dicho, ¿qué lo produce?

Mientras ordenaba la búsqueda, por el sector, de concentraciones anormales de oxígeno, Teguin me informó que el primer Guardián que contrajo la enfermedad había sufrido un accidente, una semana antes.

Informe del O.B.:

Salimos en misión de rastreo. El Jefe de Escuadrón Molpihb está empeñado en que conozcamos todo el sector al dedillo de forma que podamos recorrerlo con los ojos cerrados, si fuera necesario. Al no haber vida hostil y que el Mal, desconoce esta colonia minera, creo que es excesivo este rastreo, pero la verdad es que está bien dejar, por unas horas, la monotonía del montaje de la base. Nos hemos alejado casi mil quinientos metros cuando el Jefe de Escuadrón nos ha ordenado con un gesto, que nos desplegáramos. Me dirigí junto a mi compañero de ala derecha, hacia una pequeña elevación a catorce grados de nuestra posición.

Informe del O.B. del Jefe de Escuadrón Molpihb:

Tras ordenar un despliegue táctico, uno de mis hombres ha sufrido un accidente. Es un Guardián bastante novato que ha caído en una profunda grieta. Por suerte, le acompañaba un veterano. Cuando he llegado al borde de la abertura, había dos guardianes descendiendo en su rescate. La grieta

LibrosEnRed

tenía una profundidad de treinta y cinco metros, con un fondo húmedo y lechoso.

El novato se hallaba inconsciente, lleno de contusiones y con una grave fractura en su pierna izquierda. El fémur se había roto y le asomaba por el muslo. Tardamos una hora en enderezarle la pierna y otra en sacarle.

Informe del micro crucero Tita:

Tengo la seguridad de que la solución se halla en esa grieta pero, ¿dónde está exactamente? He decidido salir junto a Teguin y Gluije, dejando a Tor y Dresi al mando de Tita, con las mismas directrices dadas por el Capitán Laurence. Sé que estoy contraviniendo las órdenes pero no puedo permanecer por más tiempo inactiva mientras el Príncipe, y los demás, se van apagando poco a poco. Avanzaremos hasta un perímetro de mil quinientos metros y trazaremos el círculo alrededor de la base, en busca de esa grieta. Llevamos con nosotros dos recipientes de M7 bioaislantes.

Informe del O.B. del Jefe de Escuadra Heles de Viej y Rotona:

Hemos llegado al perímetro de los mil quinientos metros, sin incidentes. Tras tres horas no nos hemos topado con ninguna grieta. El avance es lento, ya que inspeccionamos cincuenta metros, antes y después del perímetro. No he permitido a Teguin o a Gluije, como han sugerido, separarnos para abarcar más terreno.

Informe de la conversación desde el micro crucero Tita y el Jefe de Escuadra Heles:

–Te recibo con claridad Tor.

–El crucero que transporta las cámaras, nos informa que llegará en menos de hora y media.

–Se ha adelantado en más de cuarenta minutos. Prepárate para suministrarles las coordenadas exactas de aterrizaje. Procura que lo hagan lo más próximo a Tita.

–Perdone por la interrupción Jefe Heles.

–¿Qué ocurre, Dresi?

–He descubierto gran cantidad de anomalías, en forma de concentración de oxígeno, pero sólo hay una en el perímetro de los mil quinientos metros.

–¿Dónde está?

–En dirección contraria a la que se dirigían. A unos dos mil metros.

–Guíanos sin demora.

LibrosEnRed

Informe del O.B. del Jefe de Escuadra Heles de Viej y Rotona:

Avanzamos a la máxima velocidad que nos permitía el abrupto terreno. Los tres estábamos nerviosos y ansiosos. En el punto indicado y donde se hallaba la anomalía, se abría una grieta. Sin permitir una queja o réplica, me elegí para descender por el angosto lugar. Tras comprobar que las capas de roca no contenían ningún elemento mineral que pudiera impedir la comunicación, comencé el descenso. A los pocos metros confirmé que se trataba de la grieta en cuestión. Había un saliente que se había roto recientemente. Activé el casco y con un simple escaneo de la fractura de la roca, comprobé que había sido provocada por el impacto de un objeto, caído desde el borde. En el resto del descenso descubrí más golpes y desprendimientos. Sin duda, el Guardián en cuestión, fue rebotando en las paredes. Los golpes le frenaron y evitaron que se matara al chocar con el fondo. Aún así, el impacto fue brutal, sobre el blanco y húmedo fondo. Su pierna se fracturó al golpear con una estalagmita que se elevaba medio metro del suelo. Si se hubiera golpeado en el tronco, la muerte habría sido instantánea. Di permiso a Teguin para que descendiera e investigara los puntos de impacto. Durante el descenso, los análisis en los lugares de choque habían dado negativo, respecto a algo orgánico. Pero la concentración de O_2 era muy elevada ahí dentro. Mientras, yo me centraba en la estalagmita. En quince minutos, Teguin estuvo conmigo.

–Parece rota.

–Fue lo que le rompió la pierna. No hay vida en ella.

–Parece calcárea.

–Lo es.

–Y porosa. No debería serlo –dijo mirándome muy serio.

Cogí una flecha de mi espalda y, con un golpe seco, desprendí un trozo de la punta, que empezó a rezumar un líquido lechoso como el que inundaba el suelo, formando pequeños charcos.

–Comprueba si estamos contaminados.

Mientras lo hacía, lo descubrí. En el líquido que rezumaba la estalagmita había vida. El biodetector rastreaba movimiento aleatorio.

–No estamos contaminados. Yo...

–Pásame el bote bioaislante.

Con sumo cuidado de no tocarlo recogí un poco del líquido. Tras cerrarlo, utilicé mi pistola láser, a mínima potencia, para esterilizar la zona exterior

LibrosEnRed

que había entrado en contacto con "la sopa". Sonreí triunfante e hice un gesto para que saliéramos. No había subido medio metro cuando Teguin, que hacía lo propio a mi lado, resbaló, cayendo de bruces sobre el líquido recién derramado. Se incorporó rápidamente con los ojos desorbitados.

–¿Te has hecho daño?

–N–no.

–No te muevas mientras cotejo mi O.B. con el tuyo.

Tras unos interminables segundos el resultado dio negativo, a pesar de estar rebozado en la sopa bioorgánica, que todavía estaba activa, o mejor dicho viva, aunque sus niveles iban descendiendo. En menos de una hora no habría nada vivo en la sopa.

Volvimos rápidamente a Tita y comencé los análisis.

Informe del micro crucero Tita:

Aunque no estábamos contaminados, ordené a Tor y Dresi que se aislaran de nosotros, activando un escudo interior, en la cabina de pilotaje. Cuando introdujimos la sopa en el bioanalizador, no podía creer lo que estaba viendo. Un sistema autónomo multicelular de base calcárea. Una vez vistas sus secreciones fue muy sencillo descubrir qué es lo que ocurría. Obviamente el sistema multicelular no podía penetrar en nuestro organismo, a no ser que, por ejemplo, una fractura le permitiera introducirse en nuestro torrente sanguíneo. Allí, dadas sus extrañas cualidades calcáreas, el Traje intentaba expulsarlo por las toberas pero en cuanto penetraban en ellas, se adherían y comenzaban a reproducirse obturándolas, no permitiendo la expulsión de los distintos metales. Al no ser expulsados se distribuían por el Traje. Utilizaba el propio calcio del torrente sanguíneo para su reproducción. Su propia semifusión no permitía que fuera detectado. Cuando un Guardián tocaba a otro, se lo trasmitía, ya que al proceder de otro Guardián, el Traje no reaccionaba defensivamente. La enfermedad se manifestaba, con una pérdida de consciencia y una progresiva y constante disminución de la temperatura. No hizo falta mas que relacionar que la temperatura media era de cuarenta y cinco grados en el exterior y de tan sólo treinta en el fondo de las grietas, para comprender que si elevábamos la temperatura de los enfermos, el parásito moriría. Tras el éxito de la prueba con Crabos, se practicó en el resto de enfermos que se recuperaron rápidamente. Los restos calcáreos fueron absorbidos por el Traje y convertidos en energía. Cuando tuvimos la absoluta certeza de que la enfermedad había remitido totalmente, el Príncipe ordenó nuestro regreso, pero dejó un equipo médico para la investigación del organismo multicelular.

LibrosEnRed

Murió todo el destacamento originario.

Fin del segundo informe.

LibrosEnRed

Capítulo 13

TERCERA ENFERMEDAD: FURIA.

Informe de los guardianes que han sufrido la enfermedad: Tres.

Informe de los datos relevantes acerca de los dos primeros guardianes que la contrajeron: Murieron al ser abatidos por sus propios compañeros. Entre ambos, acabaron con la vida de diez guardianes. Los dos eran maestros de instrucción de la primera generación.

Informe del tercer y último Guardián afectado: Príncipe Prance de Ser y Cel.

Informe desclasificado, a petición de la Princesa Yun de Jarkis, de la sala de mando de la Gran Dama: Guardianes de mayor rango en la sala: Príncipe Prance de Ser y Cel y Capitán Laurence.

–Bien, cuando lleguemos, quiero que reviséis el suministro de repuestos del sector dieciocho –dijo el Príncipe mirando con dureza a Laurence.

–Perdón, mi señor, en el anterior período hablamos del sector diecisiete –contesté.

–¡Qué potos haces discutiendo mis órdenes!

–Mi señor...

–¡Silencio! ¡Obedece mis órdenes!

–Pero el dieciocho no contiene...

–¿QUÉ DEMONIOS TE OCURRE? ¡OBEDECE SIN RECHISTAR! ¡PERRO!

La tripulación que se hallaba en ese momento en la sala, nos miró entre sorprendidos y temerosos. No entendían qué estaba ocurriendo. Ayam, la Yúrem, que en un principio observaba la escena impasible, sintió un escalofrío, haciendo que su rostro se contrajera en un gesto de turbación. En ese preciso momento, el Príncipe se tambaleó, se llevó la mano al rostro, se le crispó la cara, volvió a ponerse serio y sin mediar palabra, se fue.

–Dama, quiero que sigas, por la pantalla principal, al Príncipe, sin que le informes. Ordena a los guardianes de la zona que eviten el pasillo por donde circula –ordené imperativamente.

LibrosEnRed

–Por su ruta, parece que se dirige a sus aposentos –informó Dama.

A pesar de mi advertencia, dos guardianes se cruzaron en su camino. Cuando llegaron a su altura, cada uno se hizo a un lado, para dejarle pasar. Sin casi mirarles, les empujó con tal violencia contra las paredes que quedaron inconscientes. De inmediato ordené al Jefe de Escuadrón que junto a tres guardianes de elite que custodiaban las dobles puertas de sus aposentos, que abandonaran sus puestos y se presentaran ante las dobles puertas del puesto de mando, utilizando el trayecto de emergencia de ataque. Una vez llegó a sus aposentos, su nerviosismo pareció aumentar y comenzó a dar vueltas hablando incoherentemente, consigo mismo, gesticulando como un loco. Sus movimientos eran espasmódicos, secos, bruscos, descontrolados...

–Dama, dame un estado general de sus constantes vitales y revélame cualquier anomalía que encuentres en su Traje –ordené.

La pantalla auxiliar mostró un esquema de sus constantes, que parecían normales a no ser por una especie de sobre aceleración.

–Capitán Laurence.

–¿Sí, Dama? ¿Qué has encontrado?

–Tiene un exceso de adrenalina en su torrente sanguíneo, provocando una irritabilidad fuera de toda lógica, por lo que puedo captar de su O.B.

–¿Qué proporción con la normal?

–Veinte veces superior a un caso de secreción normal. Por lo que detecto, va en aumento.

–¿A qué ritmo? –pregunté preocupado.

–Se triplica cada cinco minutos y se divide por dos, en los siguientes cinco.

Para dejarlo más claro, nos mostró el resultado en la pantalla auxiliar: 2/3=0,5 de progresión media cada diez minutos.

–Dama, quiero que encierres al Príncipe es sus aposentos. Sella las dobles puertas interiores y no las abras hasta que yo te lo ordene.

–No puedo hacer eso –respondió fríamente. Prance seguía siendo el máximo dirigente a pesar de lo ocurrido.

–Dama, has podido comprobar que está enfermo. Si no lo haces, puede dañar a otros guardianes, como ha ocurrido hace unos instantes en el pasillo. Tu misión es proteger tanto al Príncipe como a la totalidad de la tripulación. El Príncipe no correrá ningún peligro en sus aposentos.

–Estoy de acuerdo con el Capitán Laurence –intervino Ayam.

LibrosEnRed

–Entiendo. Procedo al sellado. La orden de sellado quedará anulada, en el hipotético caso de un ataque por parte del Mal.

–También quiero, que dejes a la Yúrem acceder al Traje del Príncipe para que selle su armamento. No quiero que pueda utilizarlo por el mismo motivo.

–He de informarle que no puedo poner en peligro la vida de Príncipe, bajo ningún concepto. Su vida es prioritaria a cualquier asunto, evento, individuo o colectividad. Así lo programó el Maestro Zerk.

–Explícate.

–Si alguien amenaza la vida del Príncipe, activaré su armamento de inmediato.

–Especifica "amenaza".

–Cualquier ser armado o peligroso.

–¿Si le tratamos de reducir o calmar con una descarga, de un arma a baja potencia, también considerarás esta acción como una amenaza? ¿Aunque no vayamos a producirle daño? ¿Aunque lo hagamos por su bien?

–Sí. No lo permitiré.

–¿Ayam?

–No puedo acceder a ese nivel. No sé dónde se ubican esas órdenes y no creo que me dejara hacerlo si llegara a descubrir en qué lugar se encuentran.

–¿Cómo podemos reducirlo, Dama?

–Lucha cuerpo a cuerpo.

–¿Y eso no es una amenaza? –le pregunté irónicamente.

–Está enfermo –me respondió con su lógica aplastante de I.A.

–Dudo mucho que alguno podamos derrotarle en lucha cuerpo a cuerpo. ¿Podemos intentarlo varios a la vez? –le pregunté esperanzado.

–No lo consideraré como ataque, si no se le daña.

–Para reducirlo, igual tenemos que dañarle un poco.

–Admitiré daños relativos. Si hay posibilidad de que sean graves, activaré los sistemas defensivos interiores para destruir a los atacantes.

–¿Sistemas defensivos interiores? ¿Tienes un sistema defensivo interior? –le pregunté pasmado. No teníamos conocimiento de algo así. Miré a Ayam

LibrosEnRed

que negó con la cabeza, tampoco sabía nada. Y eso que tenía acceso a todos los bancos abiertos de datos.

–Mire la pantalla principal, Capitán Laurence –pidió Yárrem que por lo visto había entrado al comienzo de mi charla con Dama–, el Príncipe se está volviendo más violento, ha empezado a emprenderla con las paredes.

Todo el personal de la sala miró a la pantalla. El Príncipe intentaba soltar sus armas y al descubrir que estaban bloqueadas, montó en cólera. Su furia era inusitada. Se dirigió hacia las dobles puertas y al no abrirse a su paso, empezó a gritarles para que lo hicieran. La negativa del sistema, le enfureció aún más, empezando a golpearlas con furia. En un arrebato, sacó el cuchillo de M7, que siempre llevaba ubicado bajo el comunicador, e intentó acuchillar las puertas, lo hizo con tanto ímpetu y salvajismo que la hoja saltó hecha pedazos, ante nuestros asombrados ojos. Esto pareció volverlo loco de furia, ahora sus golpes y acometidas eran brutales, actuaba como una fiera, daba miedo.

–¿Qué opinas? –pregunté a Yárrem.

–Que vamos a necesitar a una veintena de guardianes desarmados y de los más fuertes para reducirle.

–¿Y luego qué? –pregunté.

–No lo sé. ¿No podríamos desde aquí ordenar a su O.B. que redujera su adrenalina?

–¿Dama?

–No se esfuercen capitanes, ya lo he intentado junto a Dama –dijo la Yúrem–. No tenemos acceso a su O.B. Hay que programarlo directamente en él.

Informe del O.B. del Capitán Laurence:

No quería que toda la dotación de la Gran Dama, se enterara de lo que estaba ocurriendo, hasta haberlo solucionado. Tal y como supuse, todos los guardianes de la sala de mando se presentaron voluntarios. Elegimos a los más robustos y expertos en combate cuerpo a cuerpo. En cinco minutos estábamos ante las dobles puertas de los aposentos del Príncipe. Tres plantas más abajo ya se oían sus golpes. Por el camino ordené que despejaran el sector. Los guardianes con los que nos cruzábamos nos miraban extrañados, en espera de una explicación, que de momento no pensaba darles. Nos posicionamos frente a la puerta y ordené a Dama que sellara ambos extremos del pasillo, para que en el hipotético caso de que nos esquivara, no pudiera escapar. Cuando me disponía a ordenar a Dama que abriera las

LibrosEnRed

puertas, oímos un grito brutal, gutural, salvaje, desgarrador. A través del monitor que estaba al lado de las dobles puertas observamos, incrédulos, como envestía una de las puertas, dándole un colosal puñetazo. No podíamos creer lo que estábamos viendo. ¡Había abollado la puerta! Se podía ver con absoluta claridad a pesar de la autorreparación. El segundo golpe produjo otra y el tercero y el cuarto... ¡Esas puertas eran de M7 puro de la máxima calidad! Yárrem me miró consternado.

–¡Las está hundiendo! –exclamó temeroso uno de los hombres que nos acompañaban.

–No podremos pararle, nada podría parar una furia como esa –dijo otro.

–¡Dama! ¿Podemos utilizar los escudos para protegernos?

–Sí –respondió escuetamente.

–Atentos. Yárrem, tú con la mitad de los hombres, ponte en el lado derecho. Usted, Jefe de Escuadrón, con el resto, en el lado izquierdo.

Las embestidas eran cada vez más brutales. Ordené a Dama que abriera el primer juego de puertas. Con asombro, vimos que el segundo juego estaba tan combado que parecía apunto de ceder. Habría que esperar que las reventara para poder reducirle, tal y como estaban, no podían abrirse por sí solas. Cada impacto hacía vibrar toda la sección. El ruido era ensordecedor. Los rostros de los hombres denotaban, más que miedo, terror. No era un enemigo cualquiera, era... ¡el Príncipe! Les entendía, yo también estaba aterrado. ¡Qué poder! Las puertas no aguantarían mucho. ¿De dónde sacaba la fuerza? ¿Cómo era que no se había destrozado los puños? Un sistema anexo a Dama, me informó que había varias docenas de guardianes que se acercaban desde distintas secciones, a inspeccionar qué demonios estaba ocurriendo, a pesar de las directrices dadas por Dama. En ese instante, la pantalla por la que observábamos al Príncipe, se desprendió, saltó por los aires, estrellándose contra la pared de enfrente. Las vibraciones de las embestidas lo habían provocado.

–¡Dama!, quiero una transmisión general para toda la nave –ordené gritando bajo en incesante golpear de nuestro señor.

–Líneas abiertas para toda la nave –informó.

–Soy el Capitán Laurence. Esto es una orden directa. Nadie debe acercarse al sector de los aposentos del Príncipe. En este momento Capitanea la nave Ayam, la Yúrem. Será ella, y sólo ella, la que os permita el acceso a este sector. Seréis informados puntualmente de lo que ocurre, cuando se haya controlado la crisis. Repito, nadie debe acercarse, sería abatido por el sistema defensivo interior de Dama. Fin del mensaje.

LibrosEnRed

Las puertas estaban tan combadas que se vislumbraba la luz del otro lado, a pesar de tener más de un palmo de grosor. No aguantarían media docena de embestidas más. Miré a Yárrem y, con un gesto, ordené que activaran sus escudos, mientras me instalaba en mi posición. Un golpe, las puertas se separaron un poco más. Miedo.

Otro, y empezaba a vislumbrarse movimiento al otro lado. La vibración nos hizo tambalear. ¡Qué fuerza! ¿De dónde la sacaba ese poder? Era imposible.

Otro más. Podíamos ver su cara, desencajada, iracunda, con negras y profundas ojeras.

–¡OS MATARE A TODOS! ¡OS MATARE! ¡ARRANCARE VUESTRAS TRIPAS MIENTRAS ESTEIS VIVOS! –gritó, goteando una blanca, espesa y espumosa baba.

Retrocedió y cargó, con su hombro, rápida y secamente, contra una de las puertas que, con un brutal crujido, se desprendió cayendo al suelo. Salió rápidamente sin percatarse de nadie, absolutamente enajenado, hasta que se encontró de frente a Yárrem. Tenía los puños tan apretados que crujían, la mandíbula tensa, le chirriaban los dientes, tenía la mirada de un demente. Se detuvo un instante, lo suficiente para que todos se abalanzaran sobre él. Con un simple gesto se libró del ataque, lanzándolos en todas direcciones, la mitad de ellos quedaron sin sentido, entre ellos Yárrem. Los restantes, sin dudarlo se volvieron a lanzar contra él. Fue inútil, tenia una fuerza descomunal. Gracias a su valor, no vio que yo estaba adherido al techo. Cuando se giró en busca de más contrincantes, apareció Mhar, que claramente había desobedecido mis órdenes y saltando todas las contramedidas de seguridad. Ayam tenía que haberle ayudado, no había otra explicación. Prance se inmovilizó, Mhar le miraba a los ojos dulcemente. El Príncipe parecía indeciso. Cuando el resto de hombres volvía a organizarse, empezó a ponerse nervioso de nuevo.

–Prance, cariño, no –susurró Mhar.

Ordené a mi O.B. que me desimantara del techo y, endureciendo mi masa molecular, caí con toda mi fuerza y con el escudo como parachoques, sobre su cabeza. Por suerte no tenía el casco activado y el golpe le dejó sin sentido, aunque no estaría así mucho tiempo, casi de inmediato empezaba a recuperarse. Ni siquiera había marca del golpe. Teníamos que darnos prisa. Media docena de guardianes que aún quedaban en pie, algunos heridos, me ayudaron. Dama activó el armamento de su Traje y de las paredes surgieron unos puntos verdes, ¡láseres!

LibrosEnRed

–¡Dama! –grité alarmado–. El Príncipe está bien. Sólo lo hemos reducido, ahora...

La luz se hizo más intensa.

–Si vas a disparar a alguien, que sea mí. Yo estoy al mando –dije desactivando el escudo.

–Cuidado. Si percibo otro daño, acabaré con toda la vida de este sector –informó en tono amenazante. Jamás había cambiado así, el modulado tono de su voz, dejándonos helados. Caminábamos sobre el filo de una espada.

–No le ocurrirá nada –dije tratando de mostrarme lo más sereno posible.

Me arrodillé junto al Príncipe y mientras los hombres lo sujetaban por si se despertaba, tecleé una orden de reducción de adrenalina progresiva, hasta niveles normales y otra por si se disparaba de golpe la cantidad de adrenalina en el torrente sanguíneo.

El Príncipe se recuperó plenamente en pocas horas. En prevención, se reprogramaron todos los O.B. de los guardianes. Hasta el día de hoy ochocientos cuarenta y tres guardianes han contraído la enfermedad, sin consecuencias debido a la programación de los O.B. Casi todos los afectados pertenecen a la primera remesa de guardianes. El cuerpo de ingenieros no ha encontrado la causa que la produce. Tampoco hay explicación para su sobrenatural fuerza ya que los otros dos guardianes que sufrieron la enfermedad, simplemente se volvieron locos.

Fin del tercer informe.

–Taban corrigió y perfeccionó las ordenes que le impuse al Príncipe y son las que se utilizan para todos los O.B. El Capitán de ingenieros Taban, tiene un equipo que permanentemente se dedica a investigar todos los nuevos casos que se producen. De momento siguen sin resultados.

–¿Cómo es que no he sido informada de algo así? –preguntó furiosa la Princesa.

–No está en sus obligaciones –respondió sereno y tajante Laurence.

–¿Qué no está...?

–Es el Príncipe quien designa los campos de los que cada uno nos encargamos. Esa es la razón por la que nunca me entrometo en temas administrativos. Yo me encargo de las tropas, la administración es función suya y de Yárrem, mi señora.

–Entonces habrá que cambiar algunas cosas Capitán –dijo incorporándose y mirando seriamente a Laurence–. A partir de este momento, se me infor-

LibrosEnRed

mará de cualquier cosa que ataña al Príncipe por nimia que sea. ¡Cualquier cosa! ¡Y es una orden directa para todos ustedes, Capitanes!

–Sí, mi Princesa –respondieron al unísono.

–¡Dama, sigue! –ordenó aún furiosa.

CUARTA ENFERMEDAD: ENSOÑACIÓN.

Informe: Primer Guardián afectado; Príncipe Prance de Ser y Cel.

Por orden de la Princesa, procedo a la desclasificación de los siguientes informes.

Informe de los aposentos del Príncipe Prance: Conversación con Dama.

–¡No me digas que no me ocurre nada! ¡No es normal!

–No os encuentro nada extraño. Vuestras constantes vitales son normales.

–Tienes que haberte equivocado.

–Sabéis que no es así. También habéis revisado las lecturas.

–Lo sé y eso es precisamente lo que no entiendo. Un Guardián normal duerme uno de cada diez días y yo suelo hacerlo uno de cada veinte, pero desde hace unos meses, mi rutina ha cambiado. Empecé a dormir cada quince días y poco a poco, un día menos. Ahora lo hago cada cuatro y me caigo de sueño. No es normal. ¡Algo me tiene que ocurrir!

–El sueño es un proceso mental. No puedo hacer nada.

Informe puerta de acceso: Entrada del Capitán Laurence.

Informe de seguridad de la conversación en los aposentos:

–Creo que he dejado especificado, en la Sala de Control, que me encontraba ocupado, Laurence.

–Lo sé, amigo. Pero es muy importante que hablemos.

–Pareces preocupado, ¿qué ocurre?

–Tienes que relevarme del mando y tomarlo tú o quien designes.

–Ahora no puedo consentirlo. No es un buen momento para que te cojas unas vacaciones. La verdad es que estaba a punto de llamarte para darte una mala noticia.

–Espero que no sea peor que la mía, porque creo que estoy enfermo.

–¿Tú también? –preguntó sorprendido.

LibrosEnRed

Laurence se puso blanco.

–¿Cómo que yo también? ¿Qué quieres decir?

–Desde hace unos meses, he notado una serie de anomalías en mi tiempo de sueño. En un principio creí que era debido a la presión pero eso nunca me había afectado. ¿A ti también te ocurre? –le preguntó con la vana esperanza de estar equivocado.

–Sí, necesito dormir cada ocho días.

–Yo, cada cuatro. La cosa se pone fea. Si los dos caemos, las tropas se quedarán sin cabezas visibles.

–¡Dama! Llama a Yárrem –ordenó Laurence.

Informe puerta de acceso: Entrada del Capitán Yárrem.

Informe de seguridad mantenida en los aposentos:

–¿Me habéis llamado, mi señor? –preguntó jocoso mirando a Laurence.

–Déjate de protocolos. Laurence y yo tenemos un gran problema.

–Cuando empiezas una frase con "déjate de protocolos", tiemblo. ¿Qué ocurre?

–Vas a quedar al mando de los guardianes.

–Como broma no está mal. ¿Os vais de vacaciones o qué?

–¿Es tradición soltar esa chorrada? –dijo Laurence intentando aliviar algo la tensión.

Con un gesto, el Príncipe, invitó a que ambos se sentaran en la sala privada de reuniones de los aposentos.

–Laurence y yo estamos enfermos, de lo que hemos decidido considerar como la cuarta enfermedad.

–Es... es una broma –dijo con voz temblorosa.

–Vamos, Yárrem. No es la primera vez que te quedas al mando.

–Yo... yo también estoy... enfermo.

El Príncipe se puso pálido y Laurence se llevó las manos a la cabeza.

–No puedo creerlo –dijo Laurence.

–¿Irregularidades en el sueño? –preguntó Prance temeroso.

–Sí. Cada vez duermo más a menudo. Ahora lo hago cada siete días.

Prance soltó tan soberbio puñetazo, en la mesa electromagnética, que hizo que se desequilibrara durante un par de segundos.

LibrosEnRed

–¡DAMA! Quiero saber cuántos guardianes sufren "irregularidades" en el periodo del sueño.

–Exceptuando a ustedes tres, ninguno.

–¿Y Anyel? –preguntó Yárrem.

–No tengo datos al respecto. Se encuentra en misión de reconocimiento en la frontera de Denniss. No ha establecido contacto con la flota.

–¿Puedo saber por qué no me has informado acerca de las "irregularidades" de Laurence y Yárrem? –preguntó extrañado.

–Recibí ordenes directas, por parte de ambos, de no informaros, hasta que no dispusieran de más datos.

Los dos dieron un brinco cuando los fulminó con la mirada.

–¿Puedo saber en qué demonios estabais pensando? ¿Estáis locos o qué?

–No queríamos preocuparte... –se excusó Laurence.

–Yo no estaba seguro de lo que realmente me estaba ocurriendo... –dijo Yárrem.

–¿Preocuparme? ¿Seguro? ¿Pero qué os pasa? ¿Qué habría ocurrido si mi segundo y tercero caen si aviso? Sería igual que si me cortaran los brazos. Cuando encontremos la solución a este embrollo, mantendremos una larga charla sobre lo que me debéis informar, que ya os puedo resumir que será to–do.

–Ha sido un grave error por nuestra parte –dijo Laurence.

–Ahora hemos de solucionar este asunto, por suerte las tropas no saben nada. Hay que encontrar el problema antes de que no podamos estar al mando, ni siquiera por turnos. Así que juntemos nuestras ideas y datos que tengamos.

–He hablado con Dama y no ha encontrado nada extraño –dijo Yárrem.

–Yo he obtenido idéntica respuesta por su parte. No he podido encontrarle explicación o solución –continuó Laurence–. Si la enfermedad sigue, acabaremos por no despertar.

–Hibernados como un Máltog, en los periodos fríos –dijo Yárrem pensativo.

Mantuvieron la conversación durante horas, sin sacar nada en claro. El sueño les vencía. El Príncipe pospuso la reunión hasta el siguiente período dando la orden a Laurence, de que anulara cualquier misión de combate y que la Gran Dama, junto a la flota que les acompañaba, se dirigiera a una ruta

LibrosEnRed

poco transitada. Si no encontraban una solución, tendrían que dirigirse a Pangea.

El Príncipe se sentía agotado. Una extraña sensación le embargaba. Decidió, por primera vez desde la muerte del Maestro, desactivar el Traje. Tenía unas enormes ganas de sentir el cuerpo. Se dirigió al campo gravitatorio de descanso y sin pensarlo dos veces penetró en él, empezando a flotar. De inmediato notó la ingravidez. Ordenó que se apagaran los paneles luminosos. El impulso de entrada, le dirigió lentamente hacia una de las paredes que le repelió suavemente. El constante flotar sin rumbo comenzó a marearle, sensación que no recordaba que existiera gracias al Traje.

Rápidamente se le cerraron los ojos y empezaron a surgir esas chispitas en el interior de los párpados y, al poco, las extrañas manchas y figuras. Una parecía un Máltog que flotaba en el negro vacío sin dirección. Iba a dormir como un Máltog, hibernado como un Máltog, como un Máltog...

Informe de seguridad de la segunda reunión mantenida en los aposentos del Príncipe:

–Laurence, Yárrem, ¿habéis llegado a alguna conclusión?

–Le hemos estado dado vueltas y no vemos cómo solucionar o averiguar la causa. Otra cosa más, cuando me dirigía hacia aquí, me he topado con la Yúrem y desea hablar contigo acerca de unas nuevas órdenes.

–¡Mierda! Eso es una excusa. Estoy seguro que sabe algo. Esa maldita bruja parece saberlo todo. ¡Dama!

–¿Sí, mi Príncipe?

–Creo que fui muy explícito en lo referente al secreto de este asunto. ¿Qué le has contado?

–Nada.

–Ya. ¿Lo sabe?

–Sí.

–¿Y cómo lo sabe si tú no se lo has dicho? –preguntó sintiéndose traicionado.

–Lo vio.

–Vio, ¿el qué?

–El problema.

–¡Fantástico! –espeté ácidamente.

LibrosEnRed

–Está al otro lado de las dobles puertas, esperando que la permitáis pasar.

–No me lo puedo creer, que entre –dijo levantando los brazos exasperado.

Informe puerta de acceso: Entrada de Ayam, la Yúrem.

Informe de seguridad de la conversación mantenida en aposentos:

–¿Hay problemas con las nuevas órdenes? –le preguntó, en un vano intento de desviar la conversación.

–No.

–Me temo que estemos en medio de una importante reunión y...

–Lo sé –respondió serenamente.

–Entonces hablaremos luego.

–¿Antes de que quede al mando o después?

–¿Al... mando? –preguntó Yárrem perplejo.

–De Dama y de la flota ya que, el Capitán Anyel no puede estar cerca de mí y los tres altos mandos restantes, pronto estarán fuera de combate.

–¿No se te puede ocultar nada? –preguntó un tanto hosco.

–Cuando hay tantas vidas en juego... de momento no. He sentido cómo están los tres enfermos.

–¿Sentido? –preguntó Laurence.

–No puedo responderle, no sé explicarlo.

–Los dos sabemos que no podéis quedaros al mando. Aparte de que las tropas no os seguirían, ese campo está fuera de vuestra, o mejor dicho, vuestras capacidades –dijo el Príncipe muy serio, tanto para ella como para los demás.

–Habrá que llamar a Anyel –dijo Yárrem resignadamente.

–Eso implicaría que tendríamos que trabajar juntos y, sinceramente, creo que iba a ser un tanto peligroso –le respondió con un deje que se me antojó como triste.

–Hasta el momento no hay otra solución. Estamos en un callejón sin salida, a no ser que se te ocurra algo, Ayam.

–¿Qué es un Máltog? –preguntó de repente pillándonos desprevenidos.

–Es un animal del Sistema Kurgan –respondió Yárrem un tanto aturdido–, muy astuto y peligroso. Es un depredador enorme, de más de tres metros, que causa estragos entre el ganado. Antes de atacar, se yergue alardeando

LibrosEnRed

de su fuerza y poder. Su piel es gruesa, dura y tiene unas garras largas y afiladas pero lo más peligroso es su mandíbula, poseedora de una doble hilera de dientes. Son muy agresivos y fácilmente irritables. Son hermafroditas y tienen de diez a veinte crías, cada tres meses y que, en una semana, son independientes y cazan por sí solas. Serían una gran amenaza y probablemente, una plaga devastadora, a no ser por que se pasan la mitad del año hibernados que es cuando la población se lanza a su caza masiva, ya que tanto su piel, su carne, sus garras y dientes son muy apreciados por la población local. Yo he cazado algunos de niño para poder sobrevivir.

La Yúrem se puso en pie, miró al Príncipe, luego lo hizo a los demás. Se dio la vuelta alejándose hacia la puerta, deteniéndose justo antes de que se abrieran.

–Mi instinto me dice que la solución al problema está en lo que acaba de contarnos el Capitán Yárrem. Desconozco la respuesta exacta, pero ahí está la respuesta.

Informe de la puerta de acceso: Salida de Ayam, la Yúrem.

Informe de seguridad de la conversación mantenida en aposentos:

–¡Pero si no ha dicho nada! –exclamó Laurence.

Mientras, Yárrem, murmuraba para sí, saltando de repente poniéndose en pie.

–Tal vez sea una idea loca pero...

–No tenemos otra –sentenció Prance.

–Hibernémonos –dijo escuetamente.

–Repite eso –dudo Laurence.

–Hibernémonos. La enfermedad nos hace dormir cada vez más a menudo. Durmamos de seguido. Es lo único que podíamos tener en común con un Máltog.

–¿Y cuánto tiempo deberíamos estar hibernados? –preguntó Laurence.

–Medio año –respondió mirando al Príncipe.

Movió la cabeza con un gesto de aprobación. Ordenó a Dama que pusiera rumbo a Pangea. Aguantarían todo lo que pudieran antes de ser hibernados. Durante seis meses no hubo combates, pero se aprovechó para reforzar los ejércitos.

Al cabo del período de hibernación, el Príncipe despertó, y unas semanas después, el Capitán Laurence y el Capitán Yárrem.

LibrosEnRed

Hasta el día de hoy, han sufrido la cuarta enfermedad cincuenta y tres guardianes. Casi todos, altos mandos o guardianes en puestos de gran tensión, por lo que se cree que el estrés tiene que ver con la enfermedad. No se conoce la causa desencadenante, ya que hay Capitanes que no la sufren.

Fin del cuarto informe.

QUINTA ENFERMEDAD: DEL FRÍO.

Lista de guardianes que han sufrido la enfermedad: Príncipe Prance de Ser y Cel.

Lugar donde la padeció: Pangea Capital, durante la visita a uno de los nuevos almacenes del extrarradio.

Informe del almacén: Visitantes por orden de Rango:

–Príncipe Prance de Ser y Cel.
–Capitán Laurence.
–Capitán de tropas de elite: Mhar.
–Jefe de Escuadrón tropas de elite: Jhem.
–Tropas de elite: veinticinco.

Informe de la conversación mantenida en el almacén:

–Y este es el centro del almacén donde se encuentra el panel de control de la computadora. Creemos que con el nuevo método de almacenaje, en círculos, de los distintos materiales, ahorraremos tiempo y espacio –dijo el Director.

–¿En círculos? –preguntó el Príncipe–. No lo entiendo. ¿Qué utilidad tiene este método? Las computadoras se encargan de chequear, vigilar el estado y del mantenimiento de lo almacenado.

–No sólo nos referimos a materiales inertes, sino a cosas que pudieran ser peligrosas o necesiten ayuda inmediata, ayuda humana.

–¿Animales?

–Creo, mi señor, que se refiere al almacenamiento de prisioneros –intervino Mhar.

–No hacemos prisioneros –respondí–. Los combates son Shamarkanda.

El Director del almacén miró entre extrañado y avergonzado a Laurence.

–Lo siento, no he tenido tiempo de hablar con nuestro señor –le dijo a modo de disculpa.

–¿Hablar conmigo? –preguntó algo mosqueado.

LibrosEnRed

–Podríamos hacer prisioneros, mi señor –continuó el Director que se le veía claramente ilusionado con el proyecto–. Se les daría a elegir entre la muerte y "La Celda". Se les almacenaría y los que salieran, se podrían unir a las tropas, puesto que al salir de "La Celda" estarían forzosamente del lado del Bien.

–¡Es una buena idea! Me ha convencido, lo intentaremos pero me temo que estadísticamente el número de enemigos que acepten "La Celda", será bajísimo y la de recuperaciones, aún menor.

–Tal vez entre los piratas aliados del Mal... –dijo Laurence.

–Sí, tal vez.

–¡BRRRR! ¿Por qué hace tanto frío aquí? –preguntó el Director–. Computadora, eleva la temperatura.

–No se moleste, yo no noto nada –dijo el Príncipe.

–Espere, mi señor, según mi O.B. la temperatura está descendiendo lentamente –dijo Jhem llevándose la mano a su pistola instintivamente.

Al mirar el suyo no indicaba nada anormal.

–No veo...

De la boca del Príncipe surgió una pequeña bocanada de vaho. El Director empezaba a temblar de frío.

–Comprobad la temperatura –ordenó Laurence.

Todos los O.B. indicaban lo mismo, descenso continuo de la temperatura.

–Mi O.B. no capta este descenso –dijo extrañado.

El vaho salía a chorros de las bocas. El Director pateaba el suelo para no helarse. Laurence le sugirió que nos esperara fuera y que por supuesto, no dijera ni una palabra a nadie. Por si acaso le acompañaron dos de nuestros hombres.

–Mi señor, el panel.

Empezaba a cubrirse de una fina película de escarcha.

–Sigo sin notar nada –dijo el Príncipe.

–El indicador de temperatura de mi O.B. marca un descenso vertiginoso –gritó uno de los hombres.

–Cante... –dijo el Príncipe serenamente.

–Menos dos grados, menos tres, cuatro, cinco...

LibrosEnRed

–¿De dónde sale el frío? –preguntó Mhar.

–De... ¡Del Príncipe! –comentó sorprendido otro de nuestros hombres.

–¡Menos diez!

Sobre el panel y alrededor del Príncipe, en el suelo, se estaba formando una capa de hielo que avanzaba hacia nosotros.

–Mi señor, voy a activar el casco, empiezo a notar la cara entumecida –dijo el Capitán Laurence.

–¡Menos quince!

–Sal de aquí con los hombres. Salid todos.

–¡Menos veinte!

–El hielo empieza a envolverlo todo. ¡Fuera! ¡Ahora! –ordenó el Príncipe.

Los hombres dudaban. No querían abandonarlo. Miraban al Capitán Laurence ansiosos.

–¡Todos fuera! Incluidas vosotras dos. Llama a Taban. Vamos rápido.

–Sí, Capitán –respondió obedeciendo Mhar.

–¡Menos treinta! –gritó el último hombre antes de irse.

–Tu también Laurence.

–No te voy a dejar solo. Me moveré para no quedarme pegado al suelo –dijo enmarcando una ceja, tratando de aliviar la tensión.

–A esta velocidad de descenso...

–Aguantaré todo lo que pueda. ¡Maldita sea! Ya estamos a menos cuarenta.

–Tu Traje pronto no podrá evitar que se acumule el hielo en tus hombros y sobre esa enorme cabezota que tu raza te ha dado.

–Menos sesenta.

–Sal de aquí antes de que te congeles. Ya ves que a mi alrededor no hay hielo y que estoy bien. Vete. Muerto no podrás ayudarme. Desde fuera podrás coordinar... lo que sea que estén organizando.

–Hemos de conseguir descubrir pronto lo que te ocurre. Si la temperatura sigue descendiendo, hasta el aire se congelará y morirás asfixiado.

–No se me había ocurrido. Trata de alejar, sin alarmarlos, a la población civil de este sector y organiza el equipo de ingenieros. Tenéis que descubrir qué le ocurre a mi Traje.

LibrosEnRed

Inclinó ligeramente la cabeza y lentamente empezó a alejarse. A mitad de camino se volvió y le miró tristemente. Tenía miedo y el Príncipe también, aunque trataba de ocultarlo. Para cuando salió del almacén, la temperatura marcaba menos setenta. El Príncipe se sentó en el suelo, a la espera de noticias. Al poco, el Capitán Laurence, le llamó a través del O.B.

–Mi Príncipe, Taban está de camino. Llegará enseguida. He colocado una nave sobre el almacén para observar la progresión del frío y su alcance. Taban ha sugerido que se mueva para comprobar si el frío también lo hace y si se derrite el hielo.

Avanzó unos diez metros hacia la entrada, esperando unos minutos y luego volvió a su posición inicial. En ese tiempo había descendido la temperatura diez grados más.

–Mi señor, tengo malas noticias. El frío alcanza, aproximadamente, un radio de cincuenta metros a su alrededor. Se mueve a la vez que usted lo hace y la zona que ha dejado de estar bajo su influencia, se recupera a una velocidad normal, dada la temperatura real de la zona.

–¿La temperatura sigue descendiendo?

–Sí. Para cuando llegue Taban con su equipo, habremos llegado al cero absoluto.

–Eso significaría que la atmósfera se congelará. Quedaré...

–...atrapado en una esfera de hielo de cincuenta metros de diámetro a cero absoluto, más otros tantos, por los menos, de hielo a otras temperaturas. Aunque estos serán casi todos de agua ambiental. La verdad es que ya ha empezado. Por todo el perímetro, se empieza a elevar un muro de hielo.

–Entonces... ¡Mierda!

–¿Qué ocurre? ¡Prance!

–Me acabo de quedar a oscuras. El frío ha debido averiar los sistemas.

–Ahora mi mayor preocupación es que el edificio aguante la presión y el peso del hielo.

–Según mi indicador de energía estoy a tope, así que aunque no haya aire, el Traje podrá mantenerme durante un buen rato.

Informe del O.B. del Príncipe Prance de Ser y Cel:

Tercer día de enfermedad. Cero absoluto. Sigo estable. La energía no decae a pesar del enorme gasto que supone mantenerme caliente y respirando. Taban no ha encontrado razón o motivo para que mi Traje absorba la energía en semejante cantidad. Nadie puede acercarse a menos de cien metros

LibrosEnRed

de mí, sin un Traje y con el casco activado. Lo único que se ha descubierto, es que la zona que abarca el círculo de hielo está a cero absoluto, o sea, ¡nada!

–¿Cómo estáis, mi señor? –preguntó Laurence desanimado.

–Bien. Mi Traje está a pleno rendimiento.

–Taban quiere hablar con vos... en privado.

–Está bien, retírese Capitán.

Informe del O.B. del Capitán de Ingenieros Taban:

–Hola, mi señor. No haré la tonta pregunta de cómo estáis. Iré al grano.

–Te lo agradezco. Empiezo aburrirme... –ironicé.

–Tengo la absoluta certeza de que la avería está en su O.B. Como bien sabéis, intentar a distancia corregirla sería muy largo, complicado y laborioso. La forma más rápida es conectarlo con otro O.B., rastrear el problema y si se puede, solucionarlo en el acto.

–No creo que puedas acercarte hasta aquí, así que ya puedes pensar en otra cosa.

–Eso me remite al problema número dos. Calculo que en cuatro o cinco horas a lo sumo, su energía, empezará a agotarse y si eso ocurre... moriréis en poco tiempo.

–Mis indicadores están a tope. No puede ser...

–Habéis absorbido todo el calor de vuestro alrededor pero el bloque de hielo impide que llegue más, así que pronto empezaréis a agotar vuestras reservas.

–¿Solución?

–Sólo se me ocurre una, pero es muy arriesgada y no sólo para vos...

–Te escucho.

–Instalaremos, junto a la muralla de hielo, un compartimiento estanco con capacidad para veinte guardianes y el equipo necesario para esta operación.

–¿Por qué estanco?

–Para que no se introduzca aire y se convierta en hielo. Luego trocearemos el hielo del bloque y lo iremos sacando, de forma que construiremos un túnel hasta usted.

–¿Y conectaras tu O.B. con el mío? –pregunté esperanzado.

LibrosEnRed

–El que hiciera eso, moriría congelado en el acto. Absorberíais toda su energía dejándolo seco.

–¿Entonces?

–Primera opción, lo reprograma usted bajo mi supervisión.

–Eso nos llevaría un montón de tiempo y creo que de eso no tenemos.

–Opción dos, desconecta el Traje y lo reprogramo.

–¿Recuerda que estamos a cero absoluto y sin atmósfera? Moriré en el acto.

–No, si antes le introducimos en una cámara de hibernación.

–¿No absorberé la energía de la cámara?

–Irá desconectada.

–He absorbido la energía de los generadores del almacén y no sólo estaban desconectados, si no que además estaban averiados.

–La llevaremos sin módulo de energía.

–¿Entonces cómo demonios...? ¡Ah no! ¡Estás loco! ¿Hibernación no programada? ¿Sabes los daños que puedes producirme en el cuerpo?

–Mientras no dañemos el cerebro, el resto podemos regenerarlo.

–¿Y cómo vas a conseguir eso? –pregunté perplejo.

–Desviando potencia de un Guardián al sector primario de la cámara.

–Eso podría matar al Guardián.

–Tal vez, pero tendrá su Traje activo y podremos reanimarlo, aplicándole un módulo de energía.

–Muy arriesgado. Piensa en otra cosa.

–No le oigo mi señor. La transmisión debe estar mal. Pero dada su enfermedad, obedeceré ciegamente las órdenes del Guardián de mayor rango, el Capitán Laurence.

–¡Por los agónicos gritos de la Frontera! ¡Déjate de estupideces!

–Fue usted quién impuso las reglas; un Guardián afectado por una enfermedad desconocida queda relevado del mando.

–¡Laurence! –grité a través del O.B.

–No está aquí, mi señor. Ha ido a la ciudad, con el equipo de ingenieros, a por inductores de calor.

LibrosEnRed

–¿Y quién va a ser el loco que trasvasará la energía? –pregunté resignado.

–Yo.

–Ni hablar, tu eres imprescindible, eres la base de nuestro sistema de ingenieros. Tendrás que elegir a otro.

–Pero...

–No. Sabes que tengo razón, aunque ya no esté al mando –dije sarcásticamente.

–Buscaré un voluntario.

Tres cuartos de hora después comenzaron a cortar el hielo. El túnel avanzaba a buen ritmo hasta que llegaron a una longitud de veinticinco metros de distancia. El avance se detuvo en seco.

–¿Qué ocurre? –pregunté cuando comprobé que retrocedían.

–Vuestro Traje está tan necesitado de energía, que absorbe la nuestra –respondió Laurence.

–¿Qué podemos hacer?

–Introducir los inyectores de calor y rociar a los Guardianes que trabajan en el túnel –me informó Taban–. Además, esa energía extra, nos dará tiempo ya que su Traje seguirá a tope.

–¿Y no abrasaréis a los voluntarios con los inductores? –pregunté previsor.

–No creo que lleguen a notar nada, dada la situación –dijo sin tenerlas todas consigo.

El avance, a pesar de los inductores, fue lento y pesado. El frío, causado por la absorción de mi Traje, obligaba a cambiar de grupo de trabajo cada vez más a menudo. Tras largas horas de gran esfuerzo llegaron hasta mí. Mi absorción era tan brutal que, a pesar de que doce inductores de calor me alcanzaban de pleno, mis hombres no podían permanecer mas que unos pocos minutos cerca, luego empezaban a perder energía rápidamente. Cuando el túnel estuvo totalmente terminado y Taban se aseguró que no se volvería a cerrar, ordenó a todos los hombres que se retiraran.

–Bien, tú dirás... ¿Quién va a ser el "suicida"?

–He hecho un cálculo y quien haga el trasvase correría un riesgo alto, si fuera sólo con la energía de su Traje, así que he rediseñado un almacenador energético de forma que sea capaz de desprender energía, diez veces más rápido de lo normal. Estará conectado a unos sistemas de productores de energía pura que lo llenarán de golpe, luego, el Guardián designado,

LibrosEnRed

conectará el sistema a la cámara de hibernación y la descargará en el sector de la cabeza para manteneros con vida.

–¿Tendrá tiempo el voluntario de conectar y calcular la conexión para no freírme el cerebro?

–Ahí está el riesgo. Tendrá que calcularlo mientras estéis con el Traje activado.

–Eso dejará al voluntario con muy poco tiempo para ponerse a salvo.

–La Capitana de elite Mhar, tiene sus reservas al máximo.

–¿Mhar? ¡Maldita sea! ¿Por qué no lo hace alguien de tu equipo?

–Sus Trajes no tienen la capacidad energética necesaria. Mhar es más fuerte y resistente que cualquiera de ellos y conoce bien el funcionamiento de las cámaras de hibernación. Desde que nos decidimos por esta vía, no ha parado de practicar y perfeccionar su técnica de hibernación.

–Adelante –me resigné.

Diez minutos después, vi cómo cuatro guardianes portaban una cámara a hombros. Sin mediar palabra y sin casi atreverse a mirarme, la depositaron a mi derecha. Mientras se alejaban, me introduje en ella y me tumbé intentando relajarme. Antes de que pudiera darme cuenta vi la cara de Mhar, a través de su casco, sonriéndome. Sin decir nada comenzó a teclear las órdenes de coordinación y alineación, de la cámara en su O.B. Luego en cuanto tuviera energía, trasvasaría la información al banco de datos. El problema era que no conseguía alinearla con mi ser. Los minutos pasaban lentamente.

–No te queda tiempo. Vete, recárgate y vuelve.

–Pero tendré que comenzar de nuevo.

–Algo habrás aprendido de este intento. ¡Vete!

–Sí, mi señor.

Tras veinte intentos, empezaba a dudar que fuera posible que en tan poco tiempo se consiguiera alinear. Tumbado, mi mente empezó a vagar por el pasado. El Maestro... ¿Desconocía que podíamos sufrir enfermedades? ¿Cómo era posible? Tal vez en su... ¿Cómo se llamaba su planeta o su sistema solar? Nunca me dijo de qué planeta era, sólo que provenía de la Galaxia de Andrómeda. ¡Sabía tan poco de él! ¿Por qué era tan esquivo con ese tipo de preguntas? ¿Me ocultaba algo? ¿El qué y por qué?

De pronto apareció el rostro desencajado de Mhar, a pocos centímetros del mío.

LibrosEnRed

–¿Estáis bien?

–Sí, perfectamente.

–Lo tengo.

–No perdamos más tiempo. A tu orden desconecto todas las funciones.

–Tenemos que coordinarnos perfectamente, a la vez que conecto la energía a la cámara, tenéis que desconectar el Traje. Mi señor... Prance...

–Tranquila, pequeña, todo irá bien –dije tratando de mostrar la más tranquilizadora de las sonrisas–. Estoy listo, luego nos vemos.

–Tres, dos, uno... ¡Ya!

Desconecté el Traje y vi cómo se cerraba la tapa de iones de la cámara. Casi de inmediato me sentí entumecido, no hubo dolor, sólo oscuridad.

Informe del O.B. de la Capitana de elite Mhar:

En cuanto trasvasé la energía del almacenador, vi por el rabillo del ojo que un segundo equipo corría hacia mí, en nuestra ayuda. Conecté mi O.B. y trasvasé la información mientras veía con terror, cómo el Príncipe se cubría con una capa de escarcha, a pesar de estar en el interior de la cámara. Una luz se encendió en la parte inferior de mi casco. Era roja... ¿fin de energía? En cuanto mis compañeros llegaron a nuestra altura, cogieron la cámara en volandas y la sacaron del túnel mientras, otros dos intentaban despegarme del hielo, usando sus espadas láser. Recuerdo que no me sostenía de pie y que uno de ellos me sujetaba. Poco después perdí el conocimiento.

El Príncipe pudo morir ese día. La hibernación espontánea alineada dañó, un pulmón, los riñones, la pierna izquierda, el pie derecho, seis vértebras, el bazo, mano derecha, tres metros de intestino delgado, trescientos cincuenta metros de vasos sanguíneos... y otros daños no reseñables. La revisión de su O.B. confirmó la teoría de Taban; existía un fallo en la programación que provocaba un bucle erróneo de absorción. No se había detectado por la complejidad de que dicho error se produjera, calculado, en uno entre ochocientos mil millones. Todos los O.B. de los guardianes fueron modificados.

Hasta la fecha de hoy, sólo el Príncipe Prance de Ser y Cel ha sufrido la quinta enfermedad.

Fin del quinto y último informe.

LibrosEnRed

La sala permaneció en silencio, todos reflexionaban acerca de lo que habían visto y oído. La Princesa Yun reanudó el debate.

–Bien, Capitanes, ¿han llegado a alguna conclusión?

Anyel fue el primero en hablar.

–Mi Princesa, a la única conclusión que he podido llegar, es que el Príncipe ha padecido todas las enfermedades.

–Estoy de acuerdo –dijo Yun mirando a Taban que se decidió a hablar.

–Por lo que hemos podido comprobar, lo que en apariencia era perfecto, tiene pequeños defectos. Como todos lo habréis adivinado, me refiero al O.B. Algunas de las enfermedades que hemos sufrido han sido mentales pero la mitad de ellas las ha causado el O.B. por su mal funcionamiento. El Traje es en realidad una I.A. que se integra en un organismo vivo. Al ser inteligente, su prioridad es proteger a su anfitrión, ya que su desaparición conllevaría también a la suya. Hemos comprobado que el Jade, que en realidad es una especie de funda, no almacena la información del O.B. Me explico, cuando un Guardián muere y tras teclear la orden de desintegración, sólo queda el Jade, que contiene la información para la producción de otro Traje, un Traje distinto ya que el anterior se ha destruido con el anfitrión y obviamente también el O.B., de ahí que todos nuestros informes queden duplicados en los archivos de Dama. Eso también nos obliga a reprogramar los O.B., de todos los nuevos guardianes para que no contraigan las enfermedades. Cuando el Príncipe me puso al mando del equipo de ingenieros, solicité a Dama que me hiciera un despliegue de las órdenes del O.B. Su respuesta me dejó helado. Me preguntó a qué velocidad quería verlas, le respondí que a velocidad de lectura y me dijo que tardaría ochenta trillones de años en leerlas todas... si pudiera hacerlo.

–¿Cómo que si pudieras hacerlo? –preguntó perplejo Laurence.

–Explícate –ordenó la Princesa.

–No sé quién o qué creó los Trajes, ¡pero tenía que ser un genio! Intentaré explicarlo; imaginen un cubo que cortamos en lonchas finitas de derecha a izquierda y luego de arriba abajo, el resultado serían una serie de tiras rectangulares que, si exceptuamos las exteriores, interactuarían con las de arriba, abajo, derecha, izquierda y las correspondientes cuatro en diagonal. ¿De momento todo claro?

–Como el agua –respondió la Princesa–. Sigue.

–Cada tira sería una línea de información múltiple. Las líneas están compuestas por una serie de unidades. Cada unidad es distinta, puede ser un

LibrosEnRed

heptaedro, decaedro, un simple cubo o la figura geométrica que se os ocurra. Su interior vuelve a dividirse en tiras y estas en unidades. Estas últimas contienen nuevas figuras geométricas que a su vez contienen uno, varios o todos los componentes del M7, en distintas proporciones y con distintas cargas de electrones.

–¡Por la Galaxia de Andrómeda! Las posibilidades son inimaginables –exclamó Yárrem.

–Más aún. Porque esas figuras geométricas no son fijas y según qué cara toque, con una u otra figura, su sentido y/o función cambia. De hecho, muchas acciones implican el movimiento de las figuras. Sin contar que se pueden intercambiar los metales del M7 para variar su función y por su puesto, su carga de electrones. Es imposible que un ser humano, por inteligente que sea, pudiera comprender su funcionamiento y modificarlo a su voluntad, sin la ayuda de una I.A. de gran poder, como Dama. Ni nuestra Yúrem, Ayam, es capaz de asimilar tal cantidad de información. Haría falta que toda su raza se concentrara durante mil años para poder vislumbrar un sistema esquemático, esfuerzo innecesario ya que tenemos a Dama.

–¿Dama puede entender el O.B.? –preguntó la Princesa.

–No.

–¿Nooo?

–No, mi señora. Conoce cómo funciona o más bien cómo modificar y/o corregir errores, como ya lo hemos hecho con las otras enfermedades. El problema radica en que ella también funciona así, por eso el lío de las órdenes prioritarias. ¿Recuerda Capitán Yárrem el problema que se produjo con las compuertas, con las órdenes dadas por usted?

–Sí –respondió azorado.

–Para su información, seguimos sin poder borrar todas esas órdenes, hemos tenido que sobreponer otras. Ya hablé con el Príncipe al respecto, cada vez que modificamos algo no desaparece sino que, por decirlo de alguna forma, se oculta y mucho me temo que algún día nos estallará en la cara.

–Hablaré con el Príncipe de ese tema, en cuanto lo curemos, si es que llegas a alguna conclusión –le contestó la Princesa en un tono un tanto duro, aunque el miedo que sentía por el Príncipe la excusaba.

–Todo esto viene, –prosiguió Taban–, a que el Príncipe tiene un código de seguridad, en su O.B., muy complejo y dada la rareza de su enfermedad no podemos desactivarlo, tendrá que hacerlo él. Nuestra "lentitud" entre símbolo y símbolo anularía el código.

LibrosEnRed

–Eso va a ser un problema... –empezó a decir Yárrem.

–No estoy tan seguro de eso –dijo sonriente Laurence, lo que significaba que tenía una idea.

Me han trasladado a los laboratorios de Taban. Esto es desesperante, cada vez se mueven más despacio. Hemos tardado una eternidad en llegar. Me han enchufado la más potente de las máquinas productoras de energía pura. Aún así mis reservas se van agotando. Desde hace unos días los graves sonidos que me llegaban, prácticamente han desaparecido. La aceleración me ha vuelto sordo. Sigo sin moverme.

Hemos trasladado una pantalla y he escrito que desconecte el sistema de seguridad de su O.B. Le hemos acercado a la pantalla y no se ha movido. No nos ha entendido. He fracasado.

¡Me estoy volviendo loco! Si mis cálculos no fallan, llevo, de mi tiempo acelerado, un año y medio inmóvil. Por fin veo acercarse a Taban, seguro que tiene una solución. Según pasan los días, le veo más cerca pero menos nítido. Me mueven hacia la pantalla que han tardado una eternidad en activar. No llegaré a tiempo, no podré leer lo que han escrito. Me estoy quedando ciego.

Como el Príncipe no ha reaccionado a la pantalla, he ordenado hacerle una prueba de visión utilizando un haz de luz, de distintas intensidades, proyectándolo sobre sus pupilas, obteniendo un resultado negativo. Tengo la certeza de que está ciego. También hemos intentado que Dama acelerara el mensaje para que pudiera entenderlo, pero no hemos obtenido resultado alguno, por lo que sospecho que también está sordo. Se agota su energía y su tiempo. Si no se nos ocurre algo pronto, lo perderemos.

Sin vista ni oído, he perdido la noción del tiempo. Parece que llevo siglos en este estado. Una honda tristeza embarga mi corazón, ¡echo tanto de menos a Yun! Debo estar casi sin energía, mi Traje ha eliminado el sentido del olfato y del gusto o tal vez la enfermedad me impida notarlos.

Desde hace unos días, noto una extraña presión en mi moflete derecho. Un punto de presión que ha ido subiendo desde la comisura de mis labios y

LibrosEnRed

que al llegar al pómulo, ha bajado, luego ha empezado trazando una recta por medio del carrillo.

Tras varios días sin notar nada, la presión se ha reiniciado. Ha comenzado en el pómulo y ha trazado un medio círculo, hasta terminar en la comisura de los labios y, al cabo de otros, se ha repetido.

Ansiosamente, esperé que los días pasaran para notar la presión, no tenía ninguna duda de que se trataba de un método, que había establecido Taban, para comunicarse conmigo. La primera presión la identifiqué como una A, la segunda y tercera como dos Ces y la cuarta es sin duda, una E. No podía esperar más, intentaban decirme algo, Acce... No se me ocurren casi palabras con esas cuatro letras; accesorio, accesible, acceso... ¡Acceso! ¿A qué? ¡Imbécil! A qué va a ser. ¡A mi O.B.! ¡Seré idiota!

Tras teclear la clave para permitir el acceso a mi O.B., tuve que espera unos tres días (de mi tiempo) para poder ver algo y otro más, para empezar a escuchar sonidos de tono grave. Al poco estaba casi normal, aunque oía hablar a todos, con voz grave y ellos a mí, con voz de pito. Aunque para mí había pasado una semana, para ellos sólo fueron unos minutos.

En cuanto Taban me dio por restablecido a los quince minutos de la cura, Yun se abalanzó sobre mí, casi derribándome, cubriéndome de besos. Luego, los dieciséis ayudantes de Taban, me saludaron con el más estricto de los saludos, rodilla y puño en suelo.

–Levantad. Desde hoy, todos vosotros, quedáis exentos de la reverencia y seguiréis el mismo protocolo que un Venerable.

Sus rostros reflejaron un orgullo que casi iba más allá de lo posible. No podía haberles recompensado con nada mejor. Taban me miró aprobatoriamente. Luego me hizo una discreta seña para que me acercara.

–Supongo que querrás hablar de todo esto.

–Entre otras cosas, mi señor.

–¿En privado?

–Lo preferiría. Me reuniré con vos, después de que reviséis el archivo de la reunión que mantuvimos acerca de esta última enfermedad.

Tres horas después recibía a Taban en mis aposentos. Yun estaba en la sala central de mando de Dama, organizando a nuestros hombres para la corrección de los O.B.

–Bien, he visto el archivo. ¿Tan grave es?

LibrosEnRed

–Las órdenes se van acumulando. No he conseguido descubrir cómo se borran, un día cometeremos un error y todo se ira al carajo.

–¿Qué necesitas?

–Algo de lo que no dispongo, tiempo.

–¿Más ayudantes?

–Cien.

–Difícil. ¿Tenemos tantos cualificados?

–Ese es el problema, hay que buscarlos.

–Habla con Yun, que ella y su administración hagan una selección de los candidatos más cualificados y estén donde estén destinados, que los integren a la tripulación de Dama.

–Gracias, mi señor.

–¿Algo más?

–¿Estáis totalmente repuesto?

–Yo diría que sí, pero tú eres el experto.

–Os conozco lo suficiente como para no contradeciros. Tengo dos noticias, una buena y otra mala.

–Ya empezamos, si lo sé me quedo como estaba. Empieza por la buena.

–Como sabéis hemos modificado a Tankai, convirtiéndolo en un sistema nuevo.

–Sí, ahora se llama Tita. Si no me equivoco eso no es normal, en una I.A.

–El cambio de nombre creo que fue debido a la ampliación de memoria y capacidades. Pero sobretodo a la reprogramación.

–¿Algún fallo?

–No tenemos constancia de ninguno y personalmente creo que la desconexión, o más bien, el haberla apagado totalmente, ha cambiado su forma de pensar, aunque recuerde todo lo anterior. Además, le hemos acoplado otra I.A., de nombre Lara, que está muy ansiosa por conocerle, mi señor. Opina que debéis ser un ser apasionante.

–Eso suena muy humano...

–Sí, estoy de acuerdo.

–Pero ambos sabemos que las I.AS. no tienen sentimientos, ni siquiera son capaces de comprenderlos.

LibrosEnRed

–Eso es correcto, pero son más complejas de lo que creíamos. Aunque parezca increíble, I.AS. construidas igual, y con la misma información, tienen nivel de inteligencia distintas.

–¿Cómo demonios es eso posible? –pregunté pasmado.

–Al introducirse la información a una u otra, en algún punto se le proporciona ligeramente antes o después, lo que altera su forma de pensar.

–¿Un solo dato dado más rápido o lento puede alterar sus capacidades?

–Eso creo, pero es a un nivel tan... tan.. I.A. que nos es imposible identificarlo. Sobre todo por el enorme volumen, su complejidad y por que se encargan otras I.AS. de traducir la información, a su idioma, para que haga lo que queramos la nueva inteligencia.

–Por eso algunas son capaces de evolucionar, como Dama y otras no, como Tankai que ha habido que modificarlo –dije pensativo.

–Esa es mi opinión. La I.A. Lara parece excepcional.

–El tiempo, te dará o quitará la razón. ¿La mala?

–Es respecto a la nueva arma que me encargasteis, el Jarkon.

–¿Qué es lo que pasa? –pregunté frunciendo el ceño.

–No funciona.

–¿Cómo que no funciona? En los premodelos que hice en privado, con metales blandos y sin equilibrar funcionaba pero se fundían al no estar equilibrados. Esa era la razón por la que no disparaba, no se llegaba a producir la reacción porque se fundían antes.

–He preparado dos modelos, uno en plomo y otro en estaño. Los he equilibrado lo más perfectamente que he podido y no funcionan. Mis ayudantes los han revisado medio centenar de veces y no han encontrado fallo alguno. Me temo que vuestros cálculos sean erróneos.

–He tardado más de doscientos años en el diseño. Tengo la certeza de que funciona. ¿Los tienes en el laboratorio de pruebas? –pregunté algo ofendido.

–Sí, mi señor.

Recorrimos los pasillos repasando el funcionamiento de cada pieza del Jarkon. El equipo de vigilancia y protección de los laboratorios, se hizo a un lado en cuanto nos vieron. Tras pasar el laboratorio principal, nos dirigimos al área de seguridad para pruebas de armamento. Era una sala de unos trescientos metros cuadrados, dividida en seis troneras que tenían en el

LibrosEnRed

fondo, sobre una plancha de dos metros de M7 puro, dibujado una diana. Dos ayudantes de Taban nos esperaban. En la mesa de la entrada, descansaban los dos prototipos del Jarkon, custodiados por cuatro guardianes de elite. Taban miró a uno de los ayudantes que cogió el modelo de estaño.

–Salgan –ordenó el Príncipe a las tropas de elite.

Cuando lo hicieron, miró a Taban y después a sus dos ayudantes con aire preocupado.

–Lo que voy a decirles ahora es confidencial. No debe salir de aquí.

–Estos dos hombres son de toda confianza –se apresuró a decir Taban.

–No lo pongo en duda. Sólo quiero que quede claro. Necesitamos que esta arma funcione. Es la única manera de que esta maldita guerra se termine en breve. Si nuestras tropas dispusieran de ella, serían invencibles. Toda su energía la podrían dedicar a sus escudos, ya que el Jarkon está diseñado para un número ilimitado de disparos ininterrumpidos. ¡No quiero seguir perdiendo guardianes! ¡Esta arma tiene que funcionar... YA!

–Le daremos prioridad. Trabajaremos en ella a todas horas –dijo enérgicamente uno de los ayudantes.

–Procedamos a una demostración –dijo Taban mirando, pesimista, al otro ayudante.

–Con el de estaño –ordenó el Príncipe.

El ayudante lo cogió. El estaño, brillaba con fuerza, y sopesándolo se lo mostró al Príncipe para que viera que tenía las medidas adecuadas, más pequeño que una mano y no tan ancho. Parecía perfectamente acabado. Miró a Taban, que a su gesto lo activó. Con un simple roce en su parte trasera, salió una "t" que fue por donde lo sujetó con firmeza, demostrando cómo se debería agarrar en combate. Luego lo colocó en un soporte magnético y lo conectó a una máquina especial, que suplía a un Traje, de forma que se pudiera manejar a distancia.

–¡Sistema de protección actívate! –ordenó Taban.

A cuatro metros del soporte, descendió del techo una plancha de M7 de cuatro palmos de grosor, que se detuvo al tocar el suelo, sellándose mediante anclajes y electromagnéticamente. En su centro había una estrecha abertura para observar el resultado, tras la que se parapetaron los dos ayudantes. Casi a la vez, descendió otra a cinco metros de la primera, donde hicieron lo propio, el Príncipe y el Capitán de Ingenieros Taban.

–Cuando quieras Taban.

LibrosEnRed

–¡Fuego! –ordenó imperativamente.

–¡Haaaaaaayaaaaaaa! –gritó uno de los ayudantes sobre el transmisor de conexión con el Jarkon, que pendía del centro del panel protector.

El Jarkon, ni se activó ni se produjo ninguna reacción. El rostro del Príncipe se contrajo, y miró duramente a Taban, que pareció leerle la mente.

–Hemos seguido sus planos paso a paso. Los he revisado mil veces personalmente y sigo sin entender nada, así que no sé por qué no funciona. Si queréis, podéis probar, pero sería más sencillo que me explicarais en qué demonios se basa esta arma.

–No soy capaz de explicarlo. Es algo que me... inculcó el Maestro Zerk, es... es difícil de explicar. Ni siquiera él sabía lo que yo conseguiría con esas ideas y datos que me dio.

–Pues, creo que esto ha sido una pérdida de tiempo, mi señor.

–Espero que no, permíteme probar.

–Utilice el comunicador de esta plancha, mientras hablábamos he desviado la línea.

–Allá voy. ¡Haaaaaaayaaaaa!

SALA DE MANDO DE LA GRAN DAMA.
GUARDIÁN AL MANDO DE MAYOR GRADUACIÓN: CAPITÁN LAURENCE.

El Capitán Laurence se encontraba de un humor excelente. La rápida curación del Príncipe le había quitado un enorme peso de encima. Su sonrisa iluminaba la sala.

–Capitán, el Crucero Hum, pide permiso para ser relevado por el Crucero Kion de su posición de retaguardia.

–Infórmele que podrá proceder, cuando el Crucero Gulson informe de las novedades de su posición, en la vanguardia.

En ese instante la Gran Dama vibró, saltando todas las alarmas.

–¡ABERTURA EN EL CASCO! ¡ALARMA! ¡ABERTURA EN EL CASCO! –informó Dama.

–¡Por todos los virus del sistema! ¡Qué demonios ha sido eso! ¿Un asteroide? ¡DAMA! ¡DAMA!

–No lo sé. Los sistemas de ese sector no responden. Deduzco que han sido destruidos –respondió átonamente.

LibrosEnRed

–¡Los cruceros de apoyo informan que no hay naves enemigas que hayan podido producir la abertura! –exclamó el Capitán de comunicaciones.

–La Princesa llama al puente –informó un Guardián.

–¡Pásala!

El rostro de la Princesa inundó la pantalla principal de la sala.

–¿Qué hárikams ha sido eso?

–No lo sabemos mi Princesa.

–¿Dónde está el Príncipe?

–El... ¡Mierda! ¡Dama! Localiza al Príncipe.

–Mis sistemas me informan que su última posición indicaba que se dirigía a la zona dañada. El sector de laboratorios. Iba con el Capitán de Ingenieros Taban.

–¡POR LA GRAN GARDA! Equipos de salvamento diríjanse de inmediato a la zona de explosión, el Príncipe y el Capitán Taban se encontraban en la zona.

–Mis sistemas exteriores me informan que no detectaron ningún asteroide –interrumpió Dama–. Deducen que la explosión vino del interior.

–¿Desde los laboratorios? ¡Están a más de trescientos metros del casco exterior!

–Todo el sector está arrasado hasta el casco, parte aproximadamente desde la zona de pruebas y se abre cónicamente hasta el exterior –le informó.

–El Capitán del Crucero Forjl informa que desde su posición, observa un boquete en nuestro casco, de unos cincuenta metros de diámetro –dijo el Jefe de comunicaciones.

–Está vivo –dijo escuetamente la Yúrem.

–¿Qué dices? –preguntó Laurence.

–Que el Príncipe está vivo –respondió suavemente Ayam–. Por lo menos de momento...

–Capitán, los equipos de rescate informan que no pueden acceder a la zona. Las compuertas no se abren, la abertura ha producido una descompresión, todo el aire se ha escapado.

–¡Dama! Elige los pasillos más cercanos, séllalos por un extremo a poca distancia de la zona y abre la compuerta que da a ella. ¡YA!

LibrosEnRed

Oscuridad. Dolor. Zumbidos. Desorientación. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué me duele todo? Voces, ¿son voces?, ¡SI! Hay luz...

–Está abriendo los ojos, Yárrem.

–¿Qué... qué... a ocurrido? –pregunté aturdido, mirando los intensos ojos azules de mi esposa, que me miraba tiernamente, mientras me sujetaba la mano con los ojos empañados por las lágrimas.

–Que sois un imprudente –respondió Yárrem a modo de reproche.

–No... has respondido a mi pregunta.

–Sigues siendo un maldito cabezota –dijo otra voz, que provenía de detrás de ambos, que sin duda era la de Laurence.

–¿Qué es lo último que recuerdas, cariño? –me preguntó dulcemente.

–Llegó Taban y fuimos a la sala de pruebas, el Jarkon no funcionaba... luego lo probé y no recuerdo nada más.

–El Jarkon estalló o más bien se desintegró, proyectando la mayor parte de su fuerza hacia la zona de disparo, provocando un boquete de más de cincuenta metros de diámetro, en el casco exterior y eso que tuvo que atravesar un almacén repleto de planchas de M7. También reventó varios departamentos ubicados alrededor de la trayectoria de disparo –le informó Yárrem.

–¿Cuántos muertos hemos causado con nuestra imprudencia? –preguntó el Príncipe tristemente.

–Para la catástrofe, tan sólo diecinueve, incluidos los dos ayudantes de Taban –respondió Laurence.

–¿Y Taban? –preguntó alarmado.

–Se recuperará, cariño. Lo primero que ha hecho al despertar, es preguntar por ti. He tenido que darle una orden directa para que no se levantara y se pusiera a trabajar en el arma. Ya le conoces, en cuanto le expliqué su poder, empezó a hablar y a teorizar a tal velocidad, que ni sus ayudantes le entendían. Lo que sí que pude entender es que, sin duda, era el arma definitiva.

–Ordénale que la próxima prueba, la hagamos en tierra firme y a gran distancia –dije aún algo aturdido.

–Ahora basta de charla y descansa. Las tropas deben verte en plena forma –dijo Laurence mientras salía–. Si me necesitas, estaré en la sala de mando controlando cómo van las autorreparaciones.

LibrosEnRed

INFORME PERSONAL DEL O.B. DEL CAPITÁN LAURENCE.

En un mismo día hemos estado a punto de perderlo dos veces. ¿Cómo puedo protegerle?¿Cómo? Si cruza al otro lado de la frontera perderemos la guerra, eso es lago que tengo muy claro. El día de hoy me ha convencido de que mi idea de montar un sistema de protección a su alrededor, sin informarle, es la mejor y única opción que me resta para intentar evitar que le ocurra algo. Aun así sé que no será suficiente...

LibrosEnRed

Capítulo 14

DIARIO PARTICULAR DE CAPITÁN LAURENCE.
SECCIÓN DE SEGURIDAD: PRIORIDAD UNO; PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Mi deber como segundo de abordo, me obliga a registrar cualquier cosa que ocurra en los guardianes. Reconozco que, incluir este archivo, no me hace ninguna gracia ya que pone de manifiesto ciertos defectos o más bien puntos débiles, de nuestro Príncipe y señor, por lo que he decidido archivarlo en la sección de seguridad. Lo registro tal y como saqué la información del O.B. del Capitán Anyel, Capitana Mhar, Capitana Dora y del sistema Lara. A ambos les he ordenado que no comenten con nadie lo transferido. La Princesa se me adelantó con respecto al Capitán Yárrem y la Yúrem, Ayam, por lo que no tuve que intervenir.

Este archivo comienza en el momento que la Yúrem, Ayam, solicitó una audiencia privada con el Príncipe.

–¿Qué crees que puede querer decirte la Yúrem?

–Laurence, puedo asegurarte que estoy tan extrañado, como tú, por esta petición.

–Tal vez se sienta agobiada por el exceso de trabajo y desee ayuda. Últimamente no hemos parado y al fin y al cabo, ella es la que lleva toda la Gran Dama. Los combates tienen que resultarle agotadores.

–No creo que se trate de eso. Tiene capacidad para algo así y mucho más. Su poder es enorme. Nunca la he visto fatigada. Desde que se nos unió, con el fallecido Capitán Krull, jamás la he visto quejarse o dedicarse a otra cosa que no sea la Gran Dama.

–¿Qué le puede ocurrir? ¿Soledad? ¿Aburrimiento?...

–Tiene que ser algo realmente importante, nunca me ha molestado por nimiedades.

En ese momento, Dama nos avisó de la inminente llegada de la Yúrem.

–¡Hazla pasar, Dama! –ordenó Prance.

LibrosEnRed

Las entradas de la Yúrem siempre eran solemnes, erguida, mirada al frente, paso firme y decidido...

–Hola Ayam, acércate.

Sólo el Príncipe le llamaba por su nombre, nadie osaba hacerlo aparte de la Princesa y habitualmente sólo lo hacía en privado.

–Mi señor, me siento honrada al ser recibida por vos...

–Venga, Ayam. Ahórrate las alabanzas, hace mucho tiempo que somos amigos y que yo recuerde, nunca me has tratado con tanta deferencia –ironizó.

–El respeto nunca debe perderse aunque por medio se halle una gran amistad –respondió solemne.

–Ya he perdido la esperanza de que algún día no me corrijas y acates una orden sin réplica. ¿Cuál es el problema?

–Nunca os he pedido nada, mi señor, pero me veo obligada a solicitaros algo de gran importancia para mí.

Estábamos ansiosos por saber qué quería esa extraordinaria mujer. Miraba directamente a los ojos al Príncipe que no sospechaba cual podía ser su petición.

–Es la primera vez que veo angustia en tu rostro –dijo el Príncipe–. La verdad es que es la primera vez que veo una expresión de algo, si exceptuamos nuestro primer encuentro, aunque el Capitán Anyel asegure lo contrario, cosa que creo que es pura aprensión suya. Quiero que te quede claro que cuentas con mi ayuda, apoyo y beneplácito en lo que desees.

–No es fácil para mí pediros este favor...

–¡Concedido de ante mano! ¿Qué quieres? –preguntó ansioso.

–Necesito ir a mi planeta de origen para completar mi formación.

–¿Ese es todo el drama? Concedido, es más, te pondré la mayor escolta que haya habido en la galaxia, ¡la flota, incluida la Gran Dama! Irás más segura que si fuera yo mismo.

–Ese es otro problema, mi señor –dijo desviando la mirada, cosa que nos alarmó enormemente.

–¿No queréis escolta? –pregunté incrédulo.

–No se trata de eso.

–Has conseguido incomodarme. ¿Corres algún riesgo allí? –preguntó el Príncipe. Empezaba a ponerse a la defensiva. Mal asunto.

LibrosEnRed

–Sí, mi señor –dijo bajando la mirada por primera vez desde que la conocíamos–. Si no logro completar con éxito mi formación, seré eliminada por ser indeseable.

–¿Me estás diciendo que te matarán? –preguntó casi gritando el Príncipe sobresaltando a ambos. A la Yúrem, este asunto le estaba haciendo perder el autocontrol, cosa extraordinaria, ya que podía estallar una bomba junto a ella y ni se inmutaría.

–Mi raza, no funciona así. Al no superar las pruebas, moriría –respondió serena.

–No debes preocuparte, junto a la Princesa, te ayudaremos en los entrenamientos que precises, aunque tengamos que equipar todo un planeta para ti sola.

–Mi señor, os lo agradezco, pero no se trata de ese tipo pruebas. Son de clarividencia, control mental, energía psíquica y cosas por el estilo.

–Entiendo, si existen expertos en esos campos los buscaré personalmente. Y Yun, con su mejor equipo, se encargará de la coordinación.

–Hay otra cuestión más, mi señor.

En ese preciso instante entró la Princesa. Sorprendía cómo aparecía siempre que algún asunto se iba a complicar y el Príncipe iba a necesitar su apoyo. La Princesa hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo a la Yúrem y se puso al lado del Príncipe, que hizo un gesto para que prosiguiera, cogiendo acto seguido la mano de su esposo.

El rostro del Príncipe se había endurecido. Algo presentía y no era bueno.

–No sé como decírselo, por que incumbe a ambos...

Prance tensó la mandíbula y se puso claramente a la defensiva. Cualquier cosa que incumbía a la Princesa y la ponía en un hipotético peligro, le hacían sacar toda su furia.

–¡Vamos! ¡Déjate de rodeos! ¿Qué ocurre con nosotros? –preguntó más brusco de lo debido en ese caso.

–Llevo varios años soñando con el Patriarcado de los Yar y su mensaje es claro; debo ir a completar mi formación y debo llevar a los dos a su presencia.

–¿Por qué? Las tropas nos necesitan. Estamos en un momento muy delicado, donde en cualquier lado, puede producirse una conspiración o prepararse una trampa.

LibrosEnRed

–No sé por qué, pero si no vais, no creo que me permitan reincorporarme, aunque supere todas las pruebas. Tampoco permitirán que nadie me sustituya.

–Si tu "Patriarcado" se cree todopoderoso, me van a oír en, ¡directo! ¡Veremos que le ocurrirá a tu raza si ordeno a la flota que no intervenga, en la defensa de tu planeta!

–Prance, no creo que intenten poner en duda nuestro mando. Debe ser muy importante, tal vez se trate... –intervino la Princesa intentando tranquilizarle.

–¡Me importa un cuerno! ¡Yo doy las órdenes y se cumplen sin rechistar!

Decir eso y salir hecho una furia de los aposentos, fue todo uno. Los tres se quedaron de piedra. No era una reacción en absoluto típica del carácter del Príncipe. Minutos después de haberse ido, aún se podía percibir en el ambiente, su furia. Los tres se miraron preocupados.

–¿Dama? –pregunté.

–El Príncipe está bien. No sufre la enfermedad de la Furia. Se dirige a la sala de mando y se va tranquilizando.

–Gracias –le dijo la Princesa mirando a la pantalla principal con gratitud.

–Dama, avísanos si ocurre algo... anormal –le ordené.

–Debéis disculparle. No sé qué le ocurre últimamente. Lleva unos meses que no duerme bien, tal vez...

–Tal vez, mi Princesa, sea más parecido a mí de lo que él cree y haya presentido lo que quiere el Patriarcado.

–Ayam, ¿hay algo que todavía no nos has contado, verdad?

–Sí, mi Princesa, pero mis labios se hallan sellados por el Patriarcado.

–Si es tan importante iremos. Yo me encargo del Príncipe. Laurence...

–¿Sí, mi Princesa?

–Iremos con la flota en estado de guerra. Quiero que el Capitán Anyel y el Capitán Yárrem vengan con nosotros.

–Difícil, Anyel se encuentra infiltrado en un planeta cercano a la Frontera de Arias, espiando los movimientos del segundo ejército del Mal y además su vida correría gran peligro. Su antagonismo de su raza con la Yúrem..., ya sabéis. Y lo más importante, esa orden implicaría que todos los altos mandos se encontrarían en un mismo sitio... el Mal...

LibrosEnRed

–No pongas pegas. Localízalo como sea. Sustitúyele y hazlo venir. Lo quiero en el sistema para cuando lleguemos. Además, no estarán todos los altos mandos, tú no vendrás. Te quedarás dirigiendo la flota.

–Sí, mi Princesa. Como ordenéis, seré yo quien aguante la furia de Anyel. Odia al pueblo Yúrem.

–No nos odia –dijo algo alterada Ayam.

–Ya. Como alguien de tu raza cometa el error de tocarle...

–¡Basta! Cumple mis órdenes. Dile que es una orden directa mía y que no pienso admitir ninguna excusa –me ordenó duramente. Era la primera vez que me elevaba la voz.

–Sí, mi Princesa. ¿Debo informar al resto de Capitanes? –pregunté algo dolido.

–Sí y comunica al Capitán Yárrem que será mi escolta personal, al mando de las tropas de elite a cargo de mi protección, Dora actuará como segundo.

NAVE DE TRANSPORTE, TITA: DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL. COMPUTADORA DE SISTEMA INDEPENDIENTE DE ABORDO: LARA.

Personal abordo por rango:

–Príncipe Prance de Ser y Cel
–Princesa Yun de Jarkis.
–Capitán Anyel.
–Capitán Yárrem.
–Ayam, la Yúrem.
–Capitán Mhar.
–Capitán de Jefes de Escuadrón de tropas de elite Dora.
–Pilotos: Tor y Dresi.
–Tripulación: Teguin, Gluije y Crabos.
–Jefe de Escuadrón de tropas de elite: Foayt de Kloñif y Histerm.
–Setenta y cinco guardianes de elite.

Antes de dirigirse al planeta, había dejado a Laurence al mando de la flota y ordenado el desembarco de diez escuadrones de asalto para que tomaran la ciudad y aseguraran todo el sector, a pesar de las quejas de Ayam y la Princesa Yun. Su respuesta, por el tono, fue contundente y no admitía réplica: "No me fío, quiero cobertura, todo esto es muy raro".

–Crabos, ponme con el Capitán Laurence –ordenó el Príncipe.

LibrosEnRed

–Estoy en comunicación con Dama, ¿se lo paso a su O.B.?

–No, lo quiero en la pantalla principal.

Casi de inmediato apareció Laurence en la sala de mando dando órdenes a diestro y siniestro. Estaba tan serio que daba miedo.

–¿Está todo listo? –preguntó enigmáticamente.

–Sí, mi Príncipe.

–¿Qué es lo que tiene que estar listo? –preguntó la Princesa.

–Un ataque masivo en el caso de que algo vaya mal –respondió secamente sobresaltando a todos los presentes.

–Un... ¿Un ataque masivo? ¡Son aliados nuestros Prance!

–Si nos retiran a Ayam, nos dejan con el culo al aire. No voy a permitirlo. Además tengo un mal presentimiento. No voy a correr ningún riesgo.

–¿Tu enanito mágico? –le preguntó con una cálida sonrisa señalándole la boca del estómago–. Siempre tan desconfiado.

–¿Desconfiado? Tal vez por eso sigo vivo. Cambiando de tema, ¿por qué quieres que Anyel nos acompañe? Es muy arriesgado para él dado el antagonismo de razas.

–Lo sé. Necesitamos a alguien objetivo y Anyel es nuestro mejor... espía. No creo que ninguno de nosotros estemos tan alerta como él.

–¿Y Yárrem? ¿De verdad lo necesitas como guardaespaldas? Si no me equivoco esa es la función de Dora, que seguro que se siente ofendida.

–Ya he hablado con ella y dada tu predisposición, creo que vamos a necesitar a un experto en diplomacia y Yárrem es el mejor.

El descenso, si obviamos alguna que otra pequeña turbulencia, se realizó rápidamente y con absoluta normalidad. Aterrizaron en el espaciopuerto principal de la capital. Uno de los escuadrones de asalto lo había tomado a la espera de su llegada, lo que pareció tranquilizar parcialmente al Príncipe.

Tras el despliegue de parte de las tropas de elite, alrededor de Tita, bajo la atenta mirada de Mhar, salieron al exterior. El Jefe de la primera Escuadra se acercó rápidamente, deteniéndose a un par de metros, haciendo la reverencia.

–Me alegro de verles, mi Príncipe, Princesa... –dijo incómodo.

–Yo también Jefe de Escuadra Jimkl. Le noto tenso, ¿dónde está el comité de bienvenida?

LibrosEnRed

–¡Ejem! No hay comité.

–¿Nadie ha venido a recibirnos? –preguntó la Princesa realmente sorprendida.

–En cuanto aterrizamos, la población desapareció en sus casas. No hemos visto un alma.

–¿Qué mensajes recibisteis antes de aterrizar? –preguntó Yárrem.

–Pedimos permiso para aterrizar y desembarcar las tropas. Un hombre, que no se identificó, pero que decía que hablaba en nombre del Patriarcado, nos dio la autorización y carta blanca para desplegar las tropas por donde deseáramos, procurando molestar lo menos posible a la población. Después cortó la comunicación.

–¿Qué ocurrió cuando aterrizaron? –preguntó el Príncipe algo turbado.

–A pesar de la autorización y de no detectar nada hostil, desplegué las escuadras esperando alguna "sorpresa". No hubo ningún indicio de que se tratara de una trampa. Cuando intentamos entrar en una casa, un hombre se interpuso en el umbral y nos impidió el paso, alegando que sus hogares eran sagrados y las mujeres no deseaban que nadie los... profanara.

Me acerqué personalmente a hablar con ese hombre, que era el primer lugareño que veíamos, aunque nuestros sensores detectaban que todos los edificios estaban habitados. Tampoco detectamos ningún tipo de armamento. Cuando le persuadí de que necesitaba registrar algunos edificios por seguridad, frunció el ceño y me dijo que bloquearían todos los Trajes, si se nos ocurría entrar en una sola casa. Decidí no arriesgarme y esperar a su llegada.

–Ha hecho lo correcto –dijo la Princesa–. El Mal no podría tendernos una trampa aquí, no saben que esta raza puede anular las funciones de los Trajes.

–¿Dónde esta el Patriarcado o su Jefe?

–No tenemos ni idea. No hay nombres, ni números, ni ninguna señal identificativa en las calles o edificios.

–Jefe de Escuadra, elija doce guardianes y diríjase al edificio que desee, entre y saque arrastras a todos sus ocupantes y tráigalos ante mí. ¡Quiero saber qué demonios está pasando! ¡YA! –exclamó el Príncipe sorprendiendo a todos los presentes por la dureza de sus ordenes.

–Sí, mi Príncipe –se apresuró a decir el Jefe de Escuadra Jimkl.

–Eso no va ser necesario –dijo un hombre delgado, con el pelo de color gris fuerte, a un par de metros del Jefe de Escuadra.

LibrosEnRed

¿De dónde había salido? Un instante antes no estaba ahí. Era como si hubiera surgido de la nada, pensó el Príncipe.

–¿Quién es usted? –preguntó amablemente la Princesa.

–Un hombre. El Patriarcado Yar les espera. Sus hombres son libres de circular por cualquier lugar, pero no pueden entrar en los edificios, bajo ningún concepto –nos informó escuetamente.

–Eso nos ha comentado un hombre de la ciudad. ¿Por qué esa prohibición? –preguntó Yárrem, adelantándose al Príncipe que se contuvo de milagro.

–Los edificios de cada familia, son sus lugares de concentración, aprendizaje, recogimiento... cualquier intrusión podría desestabilizar la energía de la casa. ¡Sería una catástrofe! –respondió sin moverse de su sitio. Desde luego no nos tenía ningún miedo.

–Que nadie entre en los edificios, a no ser que les ataquen –ordenó el Príncipe sin dejar de mirar al autóctono, que hizo un gesto a Ayam para que se acercara.

Mientras Ayam hablaba en susurros con el hombre del pelo gris oscuro, el Príncipe se volvió a dirigir el Jefe de Escuadra.

–Mantengan los ojos bien abiertos, recuerde que pueden neutralizar los Trajes, por lo menos en parte, dadas las modificaciones especiales que les hemos hecho. No se fíe y mantenga a sus hombres a punto.

–No se preocupe, mi señor. Estaremos alerta.

–Prance, cariño, nos esperan dijo la Princesa impaciente.

–Vamos. Esto no me gusta un pelo.

Recorrieron las vacías calles durante veinte minutos. Era una ciudad claustrofóbica, los edificios no tenían ventanas, las puertas eran estrechas y todas estaban cerradas. ¿Les odiaban? ¿Les temían? ¿Qué les ocurría? Siempre les habían defendido.

–¡Oiga, usted! ¿Cómo se llama? –preguntó Anyel que iba tras él, con gran recelo y bastante incómodo. Se notaba que le costaba andar.

–Soy un hombre, no tengo nombre. No soy tan importante.

El Príncipe fue a decir algo pero un apretón en la mano, con la que le agarraba la Princesa, le hizo desistir. Anyel no se daba por vencido y seguía intentando sonsacarle algo al hermético individuo.

–¿Por qué no hay nadie en las calles?

–¿Nadie? Yo las veo atestadas.

LibrosEnRed

–¿Atestadas? ¿Está loco? –preguntó burlonamente.

–Sus mentes están a nuestro alrededor. Todas os miran con curiosidad.

Anyel se giró y miró al Príncipe con escepticismo. Eran una raza extraña, tan distinta.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio. Tras otros treinta minutos llegaron a un enorme edificio negro, con unas descomunales puertas plateadas, sobre las que había grabadas extraños signos. Dentro de estos, había grabados más signos y dentro de estos últimos, otros más. Anyel se acercó y descubrió que estos últimos tenían también grabados signos y cuando activó parte del casco, haciendo surgir de su sien una lámina, que le cubría su ojo derecho, comprobó que las grabaciones seguían unas dentro de otras, hasta que el casco no pudo seguir aumentando.

Cuando retrocedió y se puso a la altura del hombre, las dobles puertas se abrieron lentamente sin ruido, como si no existieran. El O.B. no captaba ningún ruido de roce o de mecanismos de apertura. La verdad es que no captaba nada, era como si tuvieran delante de un agujero negro.

El lugar producía escalofríos. No se captaba ningún tipo de energía, el aire era insípido, seco, raro. Anyel se tambaleó al entrar aunque, en un arrojo de valentía, se irguió y siguió. Al final de la pequeña antesala, había otras dos puertas con grabados parecidos a los de la anterior. También se abrieron a su paso. Al entrar, observaron con asombro que se trataba de una enorme sala. En el centro, un círculo de unos diez metros diámetro y, a su alrededor, ascendían circularmente, hileras de asientos hasta el techo, al igual que si fuera un coliseo. Estaba abarrotado, no se veía uno libre. Las últimas filas estaban tan altas y alejadas que era imposible distinguir, a simple vista, a sus ocupantes. La gente, en su casi totalidad mujeres, permanecía en el más absoluto silencio.

Enfrente, a media altura, la estructura era distinta. Algo parecido a unas gasas blancas, con el aspecto de telarañas sucias, separaban a tres docenas de mujeres del resto. Al ampliarlas con la proyección parcial del casco, observaron que eran muy viejas, tan viejas como la vida misma.

El Príncipe se detuvo en el centro, flanqueado por Yun y Anyel que temblaba de pies a cabeza. Yárrem, junto a Dora, permanecían tras la Princesa. El hombre permanecía estático, un par de pasos por delante, mirando al suelo. Tras el Príncipe estaba Mhar, con diez de sus mejores guardianes de elite, Jhem permanecía en el exterior con el resto.

–Las costumbres que tiene vuestro pueblo a la hora de recibir a la gente que invitáis, podría traducirse, en el resto de la galaxia, como un grave insulto –dijo el Príncipe desafiante.

LibrosEnRed

–Vuestra observación oculta miedo, desconfianza –dijo la anciana del medio con una voz átona, que sin duda era la Patriarca Yar.

–Prudencia, más bien...

–No os entiendo, capto algo pero, a pesar de ser un hombre, no consigo averiguar qué es.

–No es un hombre normal...

–¡No os he dado permiso para hablar, Ayam! –le reprendió el Príncipe–. A no ser que todo esto sea un truco para desertar, un truco estúpido por que nadie está enrolado en los Guardianes del Bien, a la fuerza.

–Lo siento mi señor, sólo pretendía que entendieran... que no sois sólo otro hombre.

–Eso se lo demostraré si me dejan utilizar mi O.B. –volvió a decir en el mismo tono desafiante.

–Proceded –respondió también en el mismo tono.

–Gracias –dijo y habló a través del O.B.–. Jefes de Escuadra, adelante con la fase uno.

Casi al unísono la sala al completo pegó una especie de respingo. Las ancianas que presidían lo sintieron más fuerte. El Príncipe miraba impasible, con una media sonrisa, a las ancianas del Patriarcado.

–Sí. He ordenado a mis tropas que desenfunden sus armas. No me refiero a las armas del Traje, que como todos sabemos podéis bloquear, si no a las anexas que les ordené que desembarcaran como espadas de M7, lanzas, cuchillos...

–¡AYAM! Nos informasteis que venias en son de paz. ¡Ayam, responde!

La Yúrem permanecía en silencio, dejando patente que estaba y seguía estando, a las órdenes del Príncipe.

–Y venimos en son de paz. Una cosa, si se les ocurre intentar anular mi Traje o cualquiera de los Trajes de los aquí presentes, mis tropas arrasarán la ciudad sin miramientos. Podréis comprobar que he dejado mi O.B. en línea abierta, de forma que mis Jefes de Escuadra sabrán si los interceptáis. ¡Maldita sea, estamos en medio de una cruenta guerra y no voy a permitir que nadie ponga trabas al Bien! ¡Sea quien sea! –gritó provocando un gran temor en todos los presentes. Hasta el último Yar de la sala supo que no bromeaba y que estaba dispuesto a todo para derrotar al Mal.

–Tal y como pudimos "leer" de Ayam, sois un hombre precavido y prudente.

LibrosEnRed

–Por esas cualidades sigo con vida –espetó.

–La Princesa, siempre mediadora, permanecía en silencio a pesar de las suplicantes miradas de Anyel y Yárrem.

–Sin duda sois un hombre de grandes cualidades, nunca habíamos contactado con uno de tal "calidad" y tan gran potencial, no iniciado por supuesto, por eso entiendo su hostilidad.

–¿Hostilidad? ¡Al cuerno!

–¡Prance! –exclamó Yun.

–¡No me voy a callar! ¡Escúchame bien anciana!

–No hace falta que gritéis, soy vieja pero os oigo bien.

–Primero, obligáis a Ayam a venir hasta aquí, alejando a mi flota de la zona de conflicto, dejando a mi segundo ejército desprotegido, teniendo que defender Pangea. Segundo, tengo la certeza de que tenéis conocimiento de que la falta de Ayam, inmoviliza la Gran Dama. Tercero, esta entrevista nos pone al descubierto frente al Mal.

–Ayam puede ser sustituida.

–¡No quiero a otra, la quiero a ella!

–Leo un gran aprecio en ese estallido de cólera, pero debe completar su formación, es la ley Yar.

–Y si falla, la eliminaréis. No pienso permitirlo.

–Eso no está, ni en nuestras manos, ni en las suyas. Me temo que ella misma será la que proceda a la terminación de su estancia entre nosotras. No existe una Yúrem que pueda sobrevivir al fracaso mental que significaría, no superar las pruebas.

–¿Cuántas Yúrem fracasan en las pruebas? –preguntó Anyel escandalizado.

–Una de cada tres –respondió átonamente.

–¿Una de cada tres? –repreguntó Prance indignado–. ¿Qué demonios de pruebas asesinas son esas? ¡No hay justificación para tal masacre! ¡No pienso permitir que ocurra! Ayam, como ya os ha demostrado, está bajo el mando de los Guardianes del Bien, ¡bajo mi mando directo! ¡No hará las pruebas! ¡Y NO SE OS OCURRA DESAFIARME, ANCIANA!

Yun y Ayam intercambiaban miradas, en ambas se podía leer miedo, casi más que el que sentía Anyel por su situación. Conocían bien al Príncipe, no cedería y era muy capaz de realizar sus amenazas. Cuando se enfurecía

LibrosEnRed

era realmente de temer y estaba a punto de ceder a la ira. Anyel dio un inseguro paso y se puso al lado del Príncipe, dándole su apoyo. De reojo observaba a Ayam.

–No es mi intención desafiar a la única persona capaz de detener e incluso, vencer, al Mal –dijo la anciana con un deje de temor en su voz. También había captado el poder del Príncipe y se estaba dando cuenta que era mucho más de lo que ella habría podido imaginar, en un millón de años. Debía dejar de tratarlo como si fuera un hombre y hacerlo como si fuera su igual o si no lo perdería.

–De momento vuestras acciones me demuestran lo contrario –respondió algo más tranquilo pero igual de desafiante.

–Intentaré explicarme mejor, si Ayam no realiza las pruebas, no os servirá de nada. Su mente se frenará, al principio lentamente pero finalmente frenándose hasta detenerse. No podrá comunicarse con una I.A., será como... cualquiera de otra raza, lo que le provocaría un dolor tan insoportable que sólo la muerte le aliviaría.

–Así que no tengo alternativa, o hace las pruebas, o no servirá para manejar la Gran Dama.

–Veo que lo ha entendido.

–La decisión pertenece a Ayam. Es tu vida la que te juegas si realizas las pruebas. Decidas lo que decidas, te garantizo un puesto entre nosotros –dijo mirándola.

–No necesitáis un Guardián más, si no alguien que dirija la Gran Dama. Si me lo permitís, deseo hacer las pruebas –dijo suplicante.

–La decisión es vuestra. Lo que no entiendo es para qué demonios nos habéis hecho venir hasta aquí, cuando todo esto podíamos haberlo hablado desde la flota –dijo enfurruñado.

–¿Os parece suficientemente importante vuestro futuro? –le preguntó, señalando tanto a él como a Yun, con un deje que mal interpretó como jocoso.

–¡JA! ¿Nuestro futuro? ¿Me tomáis el pelo? ¿Acaso habéis descubierto cómo acabar con esta horrible guerra? –preguntó sarcástico.

–No, me temo que no. Sólo leemos el posible futuro. Por desgracia, nada está asentado en el futuro.

–¿De qué estupidez me estáis hablando? –preguntó indignado, por lo que empezaba a considerar una tomadura de pelo. La sala volvió a vibrar nerviosa ante el desprecio del Príncipe.

LibrosEnRed

–¿No creéis en las profecías?

–¿En las pro...? ¡Pero qué demonios ocurre aquí! ¡Jefes de Escuadra nos vamos!

–Prance, espera –intervino Yun agarrándole de un brazo–. Ya que estamos aquí podrías escuchar la profecía, hazlo por mí.

–Por ti –dijo ceñudo–. Pero a la primera estupidez que oiga, saldré tan rápido de este planeta que lo desviaré de su órbita. ¡Habla bruja! ¡Y que sea breve!

El Príncipe estaba tenso, inquieto, presentía algo, algo que nadie más parecía notar. Sus niveles de adrenalina, aumentaron ostensiblemente, su ritmo cardiaco se duplicó. Tenía todos los síntomas de un mal presentimiento. Si en ese momento alguien hubiera gritado, se habría puesto a disparar contra todo lo que se moviera.

–Vuestra profecía dice así: "Desde la era de los tiempos existen los Guardianes, Bien contra Mal lucharán hasta que sólo quede uno. La pareja de Príncipes llevarán el peso del Bien, primero morirá ella...

–¡BASTA! ¡Ya he oído suficientes estupideces! ¡Mi paciencia tiene un límite! ¡Me voy!

–Quiero escucharla entera –le respondió Yun tranquila.

–¡Como quieras! ¡Te espero en la Gran Dama! –dijo saliendo hecho una furia, seguido por Anyel, Mar y Dora que sustituyó Jhem cuando salieron y esta siguió la estela de furia de Prance junto a su hermana.

El Príncipe fue hasta el espaciopuerto, a marchas forzadas, y volvió en Tita hasta la Gran Dama, luego le ordenó que regresara en espera de la llegada de Yun y Yárrem. Las tropas permanecieron en el planeta hasta que la Princesa regresó. El Capitán Yárrem, sin mediar palabra, se encerró en su cubículo, en cambio la Princesa, que entró pensativa y seria, en cuanto se encontró con el Príncipe se iluminó como una recién enamorada. Le besó y se fueron a sus aposentos.

Fin del informe anexo: Lara.

Ni el Capitán Yárrem, ni la Princesa hablaron, ni contaron al Príncipe o a mí mismo, nada de lo relatado en la profecía. Jamás se volvió a hablar del tema o por lo menos no tengo constancia de ello. El Príncipe no regresó al planeta de las Yúrem y siempre que había que enviar algún mando por uno u otro tema, designaba a Yárrem en misión diplomática.

LibrosEnRed

Desde aquél día, la Princesa, pasaba el mayor tiempo posible junto al Príncipe. Siempre que se separaban, la Princesa requería informes puntuales de la ubicación y estado de su esposo. El Capitán Yárrem, siguió secundando la administración, con la sutil diferencia que en apariencia estaba siempre de acuerdo con la Princesa, aunque desde entonces parecía que a todas horas estaban preparando nuevas fórmulas y sistemas para una mejor distribución y por tanto eficacia de nuestros suministros y recursos.

A los tres meses del incidente, Ayam, la Yúrem, regresó a la Gran Dama. Había superado todas las pruebas con éxito pero nadie, ni siquiera Dama, pudo notar ningún cambio, ni físico, ni mental.

LibrosEnRed

Capítulo 15

APOSENTOS DEL PRÍNCIPE PRANCE Y LA PRINCESA YUN.
CLASIFICACIÓN: ALTO SECRETO.

Tras cinco años del incidente del Jarkon, Taban seguía sin explicar al Príncipe por qué había explotado y se negaba a iniciar la construcción de un nuevo prototipo. Siempre que Prance le interrogaba por el motivo, le respondía que aún no disponía de datos suficientes para darle una respuesta clara.

El Príncipe, harto de evasivas, decidió investigar por su cuenta. Al localizar el archivo del Jarkon, en el sector de catástrofes, se topó con el de la masacre de Marte. En un momento de valor decidió verlo, revivirlo, y así no olvidar el porqué estaba metido en medio de esa espantosa guerra. A algo más de la mitad del archivo, la sala de mando le interrumpió, requiriendo su presencia. Al volver a sus aposentos, el archivo seguía abierto, detenido en el punto donde le interrumpieron. Lo que descubrió le llenó de temor, decidiendo guardar el secreto hasta descubrir cual era la causa.

–Dama, no puede ser. ¿Estás segura?

–Lo he comprobado, como me ha solicitado, tres veces y el resultado es siempre el mismo.

–La progresión no puede ser tan fuerte.

–Ha sido difícil encontrarla, analizarla y sobre todo, descubrir la complicadísima ecuación matemática. Esa es la razón de que tardara dos semanas en las conclusiones. Me temo que no hay error posible.

–¡Por la Galaxia de Andrómeda!

–La Princesa está a punto de llegar –informó.

–Gracias Dama.

Las dobles puertas se abrieron entrando Yun bastante seria. Sin duda iba a haber tormenta.

–Hola preciosa. ¿Ocurre algo?

LibrosEnRed

–No lo sé. Esta vez tu encanto no te va a librar de mí, quiero saber qué te pasa. Llevas unas semanas pensativo, hosco y malhumurado. Dama me dice que no sabe nada pero Ayam me informa que miente. ¿Una I.A. que miente? No lo creo, a menos que alguien con gran poder le ordene que no me informe. ¿Quién podría ser? –preguntó irónicamente sin casi respirar.

Conocía a su esposa. No admitiría una evasiva como respuesta. La cuestión era cómo decírselo.

–¿Cómo empezar...?

–Sigue una de tus propias lecciones, empieza por el principio –dijo poniendo los brazos en jarras.

No había marcha atrás.

–Mira la pantalla principal. Me temo que tenemos un grave problema. De momento quiero que permanezca en secreto y que nadie, ni siquiera Laurence, lo sepa.

–Me estás asustando... ¿Qué puedes temer?

–A mí mismo.

–¡Cariño! ¿Qué dices?

–Que tal vez tenga que dejar los guardianes.

–¿Te has vuelto loco? ¿Por qué?

–Más o menos. Tranquila y escúchame con atención. Lo descubrí por casualidad mientras revisaba el archivo de la matanza de Marte. El Pase se desarrollaba con normalidad hasta que descubrimos los niños, que fue donde me interrumpieron y el archivo se detuvo. El azar hizo que lo hiciera en el lugar preciso. Antes quiero que veas ese trozo entero. Observa con atención. Dama...

El pase duró desde que abrieron las puertas, donde estaban los niños masacrados, hasta que salieron.

–No he visto nada extraño. Tenéis todos la cara descompuesta ante el horror, como es natural, pero nada más.

–Ambos, hemos visto estas imágenes muchas veces. ¡Todos los guardianes las han visto por lo menos una vez! Ahora quiero que observes esta imagen.

–Tienes cara de espanto... y los ojos verdes, muy verdes. ¿Es un reflejo?

–Eso es lo que pensé en un comienzo. Pero no había ninguna iluminación de ese color en el almacén, así que pregunté a Dama de dónde provenía. Su

LibrosEnRed

respuesta me desconcertó, me informó de que no se trataba de un reflejo, si no que provenía del interior de mis ojos.

–¿Por qué te brillan los ojos?

–En ese momento Dama no tenía la respuesta, así que le solicité que revisara todos mis archivos, en busca de más destellos.

–¿Y encontró más? –preguntó ansiosa.

–Otros cuatro. El primero, cuando murió mi amigo de infancia, Pilo. El segundo, cuando encontré el primer compañero muerto, Goel de Cangha y Loktoris. El tercero, con la muerte del Maestro. El cuarto, es éste y el quinto, con la muerte de Heles.

–Cinco, en una vida tan larga como la tuya... no son tantos.

–No, no son tantos pero cuando le pregunté a Dama qué demonios eran, no supo responderme. Así que le pedí que intentara averiguarlo. Lo que no hubo duda es que se producían cuando me enfurecía o sufría un gran shock.

–Bueno, no es tan terrible que se te iluminen los ojos cuando te enfureces –dijo en un vano intento de tranquilizarse a sí misma.

–Observa los datos comparados, que ha suministrado mi O.B.

Según fue leyendo, su asombro aumentaba. Después de observar durante un buen rato la pantalla, se giró hacia el Príncipe muy asustada.

–¡No puede ser! –exclamó.

–No hay error. Dama lo ha comprobado tres veces, los cinco casos, y los resultados son siempre los mismos; energía descontrolada y locura. Recuerdo la sensación que tuve en el radiofaro que murió Heles, mi mente sólo pensaba en matar y eso era... digamos... el "eco" del reflejo.

–Pero...

–Cariño, no hay posibilidad de error. Se trata de la séptima enfermedad de los guardianes: La Locura.

–¿Y qué? Estás loco uno o dos segundos. Nadie se ha dado cuenta, ni siquiera tú te habías dado cuenta.

–La progresión de tiempo.

–¿Qué quieres decir?

–Cada vez, el tiempo que estoy loco es mayor, al igual que el descontrol de energía y sus secuelas. La progresión es tan enorme que la próxima vez que

LibrosEnRed

ocurra, durará horas. Con mi poder y el Traje, podría arrasar la Gran Dama. El riesgo es demasiado grande, si perdiéramos esta nave...

–Tú eres el líder de esta guerra. Tu falta sería mucho peor que la perdida de Dama.

–¡Ya lo sé! Pero qué otra opción tenemos...

–Controlarte la información.

–No puedo dirigir las tropas con medias informaciones, por miedo a que se active. La única solución que se me ocurre, es poner media docena de guardianes que me ejecuten en el momento que la séptima enfermedad se inicie.

–¿Qué te ejecuten? ¡No! ¡Me niego! Hemos curado todas las enfermedades, esta también será curada. Taban encontrará la solución.

–El problema no está esta vez en el O.B. si no en mi cerebro. No pueden hacer nada.

–Igual encuentran una fórmula para que el O.B. te controle.

–Tal vez. Pero mientras no tengamos la solución o datos que nos aseguren que no recaeré...

–Perdón, mi Príncipe –interrumpió Dama–. Creo que he hecho un importante descubrimiento sobre la séptima enfermedad.

–Rápido, ¡cuéntanos! –se apresuró a ordenar Yun.

–He analizado, con minuciosidad, la progresión de los cinco casos y he llegado a la conclusión de que las posibilidades para que se produzca una sexta manifestación son mínimas y la séptima, locura total e irreversible, serían de prácticamente de cero.

–En qué te basas y por qué no llegará a manifestarse –preguntó la Princesa.

–En los datos extraídos de su O.B. Tendría que ocurrir algo terrible para que la enfermedad se manifestase.

–¿Cómo de terrible? –preguntó Prance intranquilo.

–Como la destrucción de Pangea Capital.

–Buen ejemplo. Eso seguro que me cabrearía bastante. Pero eso no ocurrirá nunca, no mientras esté... ¡vivo!

La mirada tranquila y serena de la Princesa, dio carpetazo al asunto. Dama sólo informaría a Yun para que, dado el caso, diera la orden de aislamiento o... ejecución del Príncipe.

LibrosEnRed

APOSENTOS DEL PRÍNCIPE PRANCE Y LA PRINCESA YUN.
ALTO SECRETO.
UN AÑO PANGEANO DESPUÉS DEL DESCUBRIMIENTO DE LA SÉPTIMA ENFERMEDAD.

El Príncipe y la Princesa tenían la costumbre de dormir abrazados, flotando en el sector destinado para ello, en sus aposentos. Yun tenía la costumbre de rodear los brazos alrededor del cuello del Prance, apoyando la cara en su pecho. El la agarraba cariñosamente por el talle.

–Mi señor, despierte. ¡Mi señor, despierte! –repitió Dama elevando el tono.

–¿SI? ¿NOS ATACAN? –preguntó sobresaltado.

–Hummm, Prance, cariño. Si nos estuvieran atacando... ¿no estaría sonando la alarma? –preguntó somnolienta.

–Tienes razón. Dime Dama, ¿qué quieres?

–Las dobles puertas de acceso me informan que el Capitán de Ingenieros Taban, desea hablar con usted.

–¿No le has informado que estamos durmiendo? –preguntó algo indignado el Príncipe.

–Sí, pero insiste. Me ha informado que se trata del Jarkon.

–¿Por qué no lo has dicho antes? ¡Hazlo pasar!

Al abrirse las puertas, Taban entró como una exhalación. Hizo la reverencia protocolaria, (aunque estaba exenta de ella), y nos miró suplicante en espera de que le permitiéramos hablar.

–No le hagas sufrir más –le rogó Yun divertida.

–Déjame adivinar, vienes a decirme por qué prefieres que las tropas te llamen Jefe en vez de Capitán..

–¡Prance!

–Está bien. Espero que sean buenas noticias.

–En un principio no lo son.

–Deberíamos haberle dejado fuera –dijo el Príncipe cansinamente.

–Continúa Taban –le animó Yun.

–No debemos volver a probar en Jarkon, por lo menos en la Gran Dama.

–Eso ya lo vaticiné yo. ¿Cuál es el problema?

–Dama.

–¿Dama?

LibrosEnRed

–¿Si? –respondió.

–Era una pregunta retórica, no me refería a ti, Dama.

–Perdón, mi Príncipe.

–¿Qué le ocurre a Dama?

–En verdad nada. Es que... me ha dado largas.

–Ja, ja, ja.... –rieron ambos al unísono.

–¡Mi señor! –exclamó tratando de mostrarse lo más serio posible sin conseguirlo.

–Has andado demasiado tiempo con las I.AS., ¡busca una Guardiana y pásalo bien! Ja, ja, ja... –dijo el Príncipe jocosamente.

–No me refiero a eso –contestó sin poder evitar una medio sonrisa–. Como bien sabéis, tras el desastroso ensayo con el Jarkon, Dama empezó a autorrepararse sola. Tardó seis meses en cerrar el casco y ocho más en reparar todos los sistemas interiores afectados. Utilizó toda la energía disponible, incluida la de los escudos.

–Por recomendación de Dama y aunque podíamos dirigirnos a cualquier destino, estuvimos inmovilizados todo ese tiempo, expuestos al Mal. Pero no indefensos, la flota nos protegía.

–Sí, en teoría sí. Pero no nos dijo el por qué recomendó que permaneciéramos inmóviles.

–Para ahorrar energía y destinarla a las reparaciones –afirmó Yun.

–No. Eso fue lo que todos pensamos pero había algo que no me cuadraba, así que empecé a interrogar a Dama y sus respuestas no me convencían. Comprobé que las auto reparaciones se deberían haber producido en la mitad de tiempo. Llevo años peleándome con ella para que me explique el porqué de la inmovilización. Y hoy, por fin, he conseguido descubrir su secreto y semiacceder a uno de sus archivos cerrados o, más bien, a uno anexo que trata del tema y que todavía no había sido abierto y por tanto, estudiado.

–Me tienes sobre ascuas, ve al grano –ordenó el Príncipe ansioso.

–Puertas dimensionales.

–Me están entrando ganas de atizarte. ¡Explícate! –ordenó levantando una ceja socarronamente.

–Por lo visto, existen una especie de puertas que te llevan de un lado a otro de las Galaxias o tal vez otros planos dimensionales.

LibrosEnRed

–¿Dónde están? –preguntó asombrado.

–Dama no lo sabe, me ha informado que ella no se encargaba de eso y cuando le he preguntado quién se encargaba, me ha respondido que lo ignoraba, pero que suponía que otra I.A.

–¿Y qué tiene que ver eso con las reparaciones? –preguntó ahora confuso.

–El Jarkon perturba el recorrido de las puertas y las hace saltar. El riesgo consistía en que hubiera saltado alguna a nuestra zona y la atravesáramos saliendo quién sabe dónde.

–¿Tanto pueden tardar en... estabilizarse?

–No, lo que pasa es que Dama no puede localizarlas. Así que ha de utilizar el sistema de prueba y resultado.

–¿Prueba y resultado?

–Utilizando un robot explorador, lo hace rastrear toda la zona a su alrededor para asegurarse que no hay ninguna cerca.

–Pero podría estar a media distancia...

–Sí, pero cuanto más lejos más improbable toparse con ella.

–¿Qué más sabes sobre esas puertas? –preguntó Yun con gran interés.

–Nada –fue su escueta respuesta.

–¿Nada? –preguntaron al unísono extrañados.

–Si tiene más información, se encuentra en los archivos todavía no estudiados o en el sector sellado y que no tenemos acceso.

–Así que el Jarkon perturba las trayectorias de las puertas... tal vez nos sea útil. Pero de momento, hasta que no descubras más sobre ese tema, no seguiremos con el proyecto.

–Estoy de acuerdo con usted, mi señor. No sabemos a qué nos enfrentamos y si Dama se ha mostrado tan precavida...

–Voy a necesitar un equipo extra para este tema.

–Lo que necesites.

ARCHIVO CONFIDENCIAL DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Pasaron otros cinco años y Taban no conseguía descubrir nada nuevo acerca de las puertas, se encontraba bloqueado. Necesitaba nuevas ideas pero la gente de su equipo se había quedado sin ellas pero como todo en la vida, la ayuda vino de donde uno menos se lo espera.

LibrosEnRed

Anyel se hallaba vigilando y controlando los movimientos del Mal en la frontera de Kangaroo, una línea de sistemas planetarios aliados entre sí que sólo servían a sus propios intereses. Lo mismo estaban de nuestro lado que del Mal.

Dama transmitió un informe confidencial, tras descodificarlo, directamente a mis aposentos, sin que pasara por la sala de mando, algo realmente poco habitual. Debía de tratarse de un asunto realmente importante.

Sólo me mostró unas breves líneas: <Descubierto individuo especial. Único en su género. Dirección: Pangea. Crucero civil Gulageg. Recomiendo interceptación con la Gran Dama>

–¿Estás segura de que es un mensaje del Capitán Anyel? –le pregunté inquieto a Dama.

–Sí, mi Príncipe. Ha utilizado el código de alta prioridad diseñado por Ayam. El origen de la transmisión, concuerda con su teórica posición de recogida de información.

–Localiza el crucero civil Gulageg y ponme con su Capitán.

Veinte minutos después volvió a interrumpirme.

–La computadora de...

–Querrás decir I.A.

–No, mi Príncipe. Es una computadora sin inteligencia.

–¿Pero quién es el loco que se lanza a cruzar el espacio sin una I.A. que le ayude en los cálculos y en el manejo de la nave? ¡Ponme de inmediato con su Capitán!

–Eso intentaba comunicarle, está hibernado.

–Pues, con el primer oficial.

–Se halla hibernado.

–¡Con el segundo oficial!

–También está hibernado.

–¿Me tomas el pelo? ¡Ponme con quién esté al mando!

–Todos los tripulantes y el pasaje, a excepción de uno, se hallan hibernados.

–No puedo creerlo ¿quién dirige la nave?

–La computadora.

LibrosEnRed

–¿Ese trasto? ¡Por la Galaxia de Andrómeda! Ponme con el pasajero.

–No puedo comunicarme con él. Está fuera de la sala de navegación y esta se halla sellada hasta que finalice la hibernación.

–¿Qué será...?

–Cuando lleguen a su destino, el sistema de Huimkson.

–Entiendo, Pangea está en su ruta. ¿Cuándo llegarán?

–Dentro de doscientos setenta años.

–Horas...

–Años, mi Príncipe. Esa nave es...

–¡Una tartana! Pero están locos...

–¿Quién es el pasajero no hibernado?

–No hay datos al respecto. Sólo su nombre, Shopbi.

–¿Qué tipo de pasaje llevan y qué cargamento les acompaña?

–Granjeros. Material agrícola para montar una pequeña colonia de quinientas personas.

–¿Hay alguna cámara de hibernación vacía?

–No.

–Ese pasajero no llegará con vida a su destino, ¡habrá muerto de viejo mucho antes!

–Según mis bancos de datos, probablemente la soledad le volverá loco.

–¡Mierda! ¿Quién es ese suicida? ¿Por qué quiere Anyel que le conozca?

–No sé por...

–¡Era una pregunta retórica! ¿Cuánto tiempo tardaremos si nos dirigimos en ruta de interceptación de la Gulageg de inmediato?

–¿Es a mí? –preguntó irónicamente.

–Quieres oírme gritar, ¿verdad? –pregunté poniendo los brazos en jarras.

–Pensé que le haría gracia mi réplica.

–Y lo ha hecho. ¿Vas a responder a mi pregunta?

–Dentro de tres días. Pero lo desaconsejo, dejaríamos desprotegida a la flota y el segundo ejército del Mal podría decidir que era un buen momento para atacarla.

–Tienes razón...

LibrosEnRed

–Tampoco puede ir usted.

–¿Ahora lees el pensamiento? –pregunté divertido.

–No.

–Ponme con Jhem.

Casi al instante en la pantalla central apareció Jhem, sudaba y parecía muy fatigada.

–¿Le pillo en un mal momento Capitán? –pregunté sonriendo.

–No, mi Príncipe. Estoy dando unas lecciones a las tropas de elite –dijo socarronamente, a la vez que ordenaba a la pantalla ampliar la imagen, para que pudiera ver toda la sala. El suelo estaba cubierto de cuerpos que se retorcían de dolor.

–Bonita alfombra.

–Son muy lentos. He tenido que demostrarles que no son buenos, sólo por estar en las tropas de elite.

–Tengo trabajo para ti.

–Sus deseos son órdenes para mí –dijo sonriendo. ¡Cómo le gustaba la acción!

–Quiero que cojas un pequeño crucero con trescientos de tus guardianes e interceptes una pequeña y primitiva nave de nombre Gulageg. Tráeme a un pasajero llamado Shopbi, que es el único que no se halla hibernado. Ten cuidado, hay algo raro en el mensaje de Anyel.

–¿Anyel? ¿Cómo está?

–Parece que bien. Tan explícito como siempre. Ese individuo parece ser importante pero podría ser peligroso, toma precauciones. ¡Y sé prudente!

–¿No lo soy siempre? No como otros –dijo mirándome maliciosamente.

–Otra observación de ese tipo y te envío a cuidar rebaños de potos –solté sonriendo.

–No os atreveríais –replicó mostrándome la más encantadora de las sonrisas.

–Está a... Dama, ¿en un pequeño crucero a cuánto está?

–Casi seis días.

–¿Cuándo parto?

–Ya.

LibrosEnRed

Doce días más tarde, me encontraba en uno de los almacenes de M7, supervisando la colocación de nuevos módulos de almacenaje que nos permitirían acceder con más rapidez a los repuestos, cuando entró Jhem, bastante acalorada.

–Hola, ¿buen viaje?

–Eso deberéis decidirlo vos –respondió nerviosa.

–¿Puedo saber por qué no te has puesto en contacto con la flota desde que interceptasteis la Gulageg?

–Por la seguridad del pasajero. Cuando me explicó quién era, tomé la decisión de permanecer en silencio para evitar que el Mal captara nuestras transmisiones y tomara la desgraciada idea de atacarnos.

–¿Ahora rehuyes un combate? –pregunté intrigado.

–Con un pasajero como él, sí.

–¿Dónde está?

–Con el Jefe médico Thorfhun.

–¿Me tomas por idiota? Hace ocho horas, el Capitán Loindt, me ha informado que has anclado en el espaciopuerto cinco. ¿Cuánto tiempo necesita para ver si el pasajero oculta "algo" en su interior?

–Será mejor que hables con él, en privado –dijo sin desviar la mirada de mis ojos. Cuando hacía eso, significaba que era muy importante que le hiciera caso.

Sin demora, nos dirigimos a una terminal cercana, ordenando a Dama, que no permitiera el acceso a la conversación con el Jefe Thorfhun, a nadie. Cuando apareció el rostro ceñudo de Thorfhun comprendí que algo grave ocurría.

–Bien, ¿qué es lo que ocurre?

–¿Cómo explicárselo...?

–Como siempre, al grano. ¿Ese tipo nos pone en peligro?

–¿El? No, no... No es peligroso. Todo lo contrario.

–Jefe, me tenéis sobre ascuas... –comenté poniéndome serio.

–Ese... civil, Shopbi... no es humano.

–Muchos de nuestros hombres son tan brutos que yo tampoco lo creería... ¿Qué demonios quieres decir exactamente?

–Es artificial.

LibrosEnRed

–¿Clonado? ¿Embrionación exterior? ¿Qué?

–Artificial, construido por el hombre.

–¿Tanto lío por un robot?

–No lo entendéis, ni robot, ni cyborg, ni nada por el estilo, no hay nada como él. Se autodomina "persona artificial".

–¿Artificial? –pregunté enmarcando las cejas incrédulo–. Investiga a "eso", y cuando finalices, envíame un informe.

–Shopbi, predijo que me pediría eso y me rogó que le dierais permiso para hablar con usted, antes.

–No tengo tiempo. Sabes que estoy muy ocupado.

–También previó esa respuesta. Me pidió que le trasmitiera un mensaje del Capitán Anyel que sólo usted y un reducidísimo grupo podría entender.

–Te escucho.

–Al igual que la solución en la cuarta, fue un Máltog, él puede ser la llave para la solución de ese problema que puede decidir el final de la guerra.

–¡Tráigalo a mi presencia!

–Sí, mi Príncipe.

–Espere. Mejor, llévelo a mis aposentos.

–¿A sus aposentos? Pero, mi Príncipe, su seguridad...

–¿Jefe, discute mis órdenes?

–¡No! ¡Yo nunca...!

–Entonces, haga lo que le he ordenado.

Me desplacé, junto a Jhem, a través de los canales de ascensión, lo más rápido posible para llegar antes que el civil, ya que ellos se encontraban más cerca de mis aposentos. La curiosidad me corroía. Pocos minutos después, Dama me informó que se encontraban al otro lado de las dobles puertas. En cuanto se abrieron, dos docenas de guardianes de elite, se desplegaron con Mhar al frente, entrando casi al instante, el individuo junto al Jefe Thorfhun. Tras ellos había otras dos docenas.

–Salgan todos de aquí y déjennos solos.

–¡Mi señor!

–Salga, Jefe Thorfhun. Vosotras dos también, Jhem, Mhar... –ordené recibiendo a cambio unas furiosas miradas. Cuando estaba a punto de salir Mhar se volvió.

LibrosEnRed

–Como Capitán del cuerpo de elite a cargo de su seguridad, considero que esta última orden es "esencialmente" peligrosa.

–Mientras esté al mando, las cosas se harán según decida. Salga, Capitán.

–Sí, mi Príncipe –dijo apretando los dientes. En cuanto se cerraran las puertas se pondría en comunicación con Yun, para que entrara en razón. Tenía tan sólo unos pocos minutos, antes de que mi esposa "asaltara" nuestros aposentos con media Escuadra.

El visitante, permanecía inmóvil observándome. Delgado, un palmo más bajo que yo, lo que le convertía en un... hombre pequeño. Tenía una incipiente calvicie y unas pequeñas y negras bolsas bajo sus hundidos ojos. Su nariz aguileña y su rostro enjuto, le daba un aspecto austero, severo, equilibrado.

–Así que te envía el Capitán Anyel.

–Por lo visto todavía no confía en mí... "Capitán".

–Ahora sí. Pocos saben que fui Capitán antes que Príncipe. Thorfhun me ha informado que sois... "prefabricado".

–En mi opinión, el término correcto es "persona artificial".

–¿Quién os construyó? –pregunté perplejo.

–No lo sé. Lo primero que recuerdo fue que me desperté en un laboratorio en el que estaban todos muertos, a causa del escape de una extraña bacteria que destruía el tejido del cerebro, si no se aplicaba rápidamente el antídoto, cosa que pude descubrir obteniendo la información de la computadora del laboratorio. Las dobles puertas de sellado y aislamiento estaban reventadas, y la bacteria se había extendido por todo el complejo, matando a toda su dotación. Recorriendo la base en busca de supervivientes, encontré un lugar denominado "evasión". La puerta blindada estaba abierta y en su interior, un hombre con el traje aislante estaba caído boca abajo. Al darle la vuelta, pude comprobar que estaba rasgado a la altura del vientre. Se hallaba junto a una máquina que tenía insertada una llave y un código en rojo que parpadeaba, con girar la llave se activaría una cuenta atrás. Tan sólo disponía de diez minutos para salir del complejo ya que, dicha cuenta, bloqueaba el módulo de enfriamiento del generador nuclear, provocando su autodestrucción.

–¿En qué planeta estabas?

–No era un planeta. Se trataba de un asteroide. Me puse un traje para el exterior, salí y corrí hacia el otro lado del asteroide, refugiándome en un

LibrosEnRed

búnker, que por lo visto estaba diseñado para tal eventualidad. La explosión hizo que una nave comercial se desviara para ver qué ocurría.

–¿Guardaste algún dato de la base?

–No. Mi prioridad era destruir esa bacteria.

–¿Había más como tú?

–Sí. Desmontados, aunque podían ser repuestos.

–¿Tienes ordenes implantadas?

–La base es el Bien.

–¿Puedes matar a un ser humano?

–No.

–¿Bajo ningún concepto?

–No me lo he planteado. Es una pregunta interesante. Aunque no tengo ordenes al respecto, siempre he creído que nunca me encontraría en la tesitura de tener que matar. Desde luego no lo haría por salvar mi vida.

–¿Permitirías que mis científicos te estudiaran?

–¿Me desmontarían?

–¿Podrían?

–No. Soy orgánico, como usted. Si me desmonta, me mata. Mi cerebro, como el suyo, si se "desmonta", se convierte en algo muerto susceptible a la putrefacción.

–¿Alguna idea?

–Me temo que no pueda ayudarle en eso.

–¿No tienes ningún recuerdo preconcebido?

–Un numero, el seis mil cuarenta y dos.

–¿Qué crees que es?

–Creo que los seis mil cuarenta y uno anteriores, fallaron.

–¿De dónde sacaste tu nombre?

–De la puerta de salida de la base.

–¿Cómo te definirías?

–Soy un científico y creo que inmortal. Me hice un corte en la Gulageg y cicatrizó rápidamente sin dejar ninguna marca.

LibrosEnRed

–Veo que no hay forma de duplicarte, por que no tenemos ni idea de cómo te han construido. Tampoco podemos clonarte ya que como bien sabes la inmortalidad lo impide, el clon nace sin... vida. Vivo pero sin alma, espíritu, aura o como quieras llamarlo. Es una lástima por que una técnica de construcción de personas artificiales podría sernos muy útil.

–¿Sabes quién soy y qué es lo que hacemos en esta nave?

–Sois, Prance de Ser Y Cel. Príncipe de la raza Warlook, Príncipe, por matrimonio, de la raza Fried, Príncipe de los Guardianes del Bien, Capitán General de las fuerzas aliadas a la Corporación Warfried. Esta es la Gran Dama, la nave de guerra más grande y poderosa, que se conozca, de esta galaxia. Sois un guerrero.

–¿Aceptarías unirte a mi tripulación y combatir contra el Mal?

–Sí, si me permitís trabajar en alguno de los innumerables campos científicos.

–¿Aunque se trate de armas o elementos que sirvan para matar a seres humanos?

–No hay problema. Mientras estén al servicio del Bien, no tengo inconveniente. Pero no terminaré con la vida de ningún ser humano, personalmente, bajo ninguna circunstancia.

–En este momento estamos atascados en una nueva arma, el Jarkon. Su uso causa cierto tipo de perturbaciones. El Capitán de ingenieros Taban, junto a su equipo, se encuentra en un callejón sin salida, como él dice, la solución tiene que ser muy sencilla pero que no la ven porque sufren lo que él llama "miopía científica".

–Entiendo, datos preestablecidos que bloquean otras opciones que están a la vista. Intentaré ayudarles.

–Antes, como podrás comprender, tendrás que pasar un gran e intensivo reconocimiento por parte de los distintos equipos de seguridad.

–Estoy tan decidido ayudarle, como le comenté al Capitán Anyel, que estoy dispuesto a que me instalen un pequeño explosivo en mi cerebro a modo de seguro.

–¿Lo crees necesario?

–Daría seguridad, en el caso de ser capturado por el Mal.

–¿No temes a la muerte?

–Artificial sí, idiota no. No quiero morir.

–La decisión es tuya. Habla con Taban.

LibrosEnRed

Capítulo 16

Veinticinco años más tarde, el Príncipe fue reclamado por el Gran Consejo de Pangea. La Gran Dama permanecería en órbita. La Princesa no acompañó al Príncipe en esa ocasión, ya que se hallaba ocupada discutiendo con el Capitán Laurence, sobre el suministro de efectivos y materiales para la flota distribuida a lo largo de la Frontera de Arias, ya que él quería más.

Cuando entró, el Consejo en pleno se puso en pie.

–Que la sabiduría os acompañe. Como bien sabéis, Venerables, estáis exentos de cualquier acto de respeto.

–Que la sabiduría os acompañe. No somos tan viejos como para no poder mostraros un poco de respeto –respondió el Jefe del Gran Consejo, que en esa época era Cíntor de Buno y Zartren.

–Bien, aquí estoy. Os escucho.

–Ante todo deseamos felicitaros por las tres victorias consecutivas en la frontera de Arias y que han erradicado prácticamente todas las bases que, el Mal, había instalado en los sistemas de ese sector y que casi no han provocado bajas en nuestras filas.

–Sin la colaboración de las razas aliadas a la Corporación Warfried, nos habría sido imposible. Soy de la opinión que debería ser a ellos a quienes les trasmitierais vuestro agradecimiento y felicitaciones.

–Sois demasiado modesto, sin vos al mando, habrían sido imposibles semejantes victorias. Pero no os hemos hecho llamar para daros coba.

–Lo imagino –dije sonriendo.

–Primero, informaros en persona, que el palacio está terminado y que todos los laboratorios están equipados. Se ha probado el sistema de protección–ocultación y funciona perfectamente.

–Excelente noticia.

–La segunda no es tan buena. Se trata de los almacenes de "La Celda".

–¿Qué ocurre?

LibrosEnRed

–Los cuatro están llenos. Como nuestros antecesores nos informaron, el número de guardianes del Mal que se reconvierten y se pasan al Bien, es irrisorio. Aproximadamente, uno cada cincuenta años. No hay dónde almacenarlos. Sería necesario construir más almacenes y por lo tanto, destinar más tropas a su cuidado y vigilancia.

–Sé que algunos de ustedes son de la opinión de no conceder la clemencia de "La Celda" al enemigo, pero mientras haya alguna esperanza para esos guardianes, haré todo lo que esté en mi mano para salvarles.

–Vuestra nobleza nos abruma –dijo Cíntor inclinando ligeramente la cabeza hacia delante.

–Ordenaré de inmediato a nuestro equipo de construcción, la edificación de diez nuevos almacenes. También destinaré unos cuantos guardianes para su vigilancia y protección.

–¿Algún tema más?

–Creo que sería conveniente que revisara las nuevas fábricas de cazas y producción de M7 y por supuesto los almacenes de "La Celda".

–Estoy de acuerdo.

–Uno de nuestros ayudantes le acompañará y luego nos informará.

Aunque supliqué a Yun que bajara a Pangea Capital para que me acompañara en la visita, no conseguí sacarla del almacén de repuestos de tubo láser para cazas.

–Tenemos que elegir emplazamientos para los nuevos almacenes –renqueé.

–Eso lo haré con mi equipo desde aquí. Por una vez, sonríe y cumple con tu función de Príncipe encantador que tanto le gusta a tu pueblo.

–Lo que me preocupa es que haya tan pocas reinserciones de "La Celda". Están muy por debajo de mis más pesimistas expectativas.

–Tenías demasiadas esperanzas. Piensas que ellos no son como nuestros hombres.

–¿Cómo los nuestros?

–Leales, Prance, leales.

–Si la guerra se alarga indefinidamente, tendremos que destinar un planeta para ellos.

LibrosEnRed

–Eso sería tácticamente impracticable. Ya nos cuesta la mitad de la flota proteger Pangea.

–No quiero tener que llegar a tomar medidas drásticas como... no hacer prisioneros.

–La guerra acabará antes.

–Eso espero, cariño. Eso espero... Llegaré dentro de dieciocho horas.

–Si has sido bueno te esperaré en nuestros aposentos... sin el Traje.

El Director Escálum me estaba esperando en el primero de los almacenes de "La Celda".

–Buenos días, mi Príncipe.

–¿Tan importante es que venga a verlos personalmente? Ya me ha informado el Gran Consejo.

–Eso lo decidirá usted, tras la visita.

Al final, visitamos los cuatro almacenes que se encontraban casi en los cuatro puntos cardinales de Pangea Capital. Los guardianes del Mal se alineaban en filas, en varias docenas de pisos. Todo estaba pulcro y limpio. Los vigilantes en su sitio y las salas de control vigilaban todo lo que ocurría dentro.

–He de felicitarle por su gestión Director Escálum. No he visto motivo de queja.

–Tengo dos problemas y sólo usted puede solucionarlos.

–Estoy a su disposición, ¿qué necesita?

–Espacio. Sólo me quedan cinco plazas. La próxima remesa tendremos que almacenarlos en el exterior, en un local prefabricado.

–Me he adelantado. En breve se construirán diez nuevos almacenes.

–¿Puedo hacerle una pregunta hipotética?

–Claro.

–¿Si este almacén fuera del Mal, cuántos guardianes necesitaría para asaltarlo y liberar a sus compañeros? –preguntó cogiéndome por sorpresa.

–Imaginando que tuviera la clave para desactivar "La Celda", con un pequeño grupo de elite podría... Ya le entiendo. Quiere más seguridad.

–Tenemos ciento cincuenta mil prisioneros, que son Escuadra y media. Si se liberaran unos a otros, no habría tropas en Pangea que pudieran dete-

LibrosEnRed

nerlos. El factor sorpresa y el caos que montarían, podría desestabilizar el planeta.

–Tenéis razón. Destinaré una Escuadra para su vigilancia.

–He estado reflexionando sobre la ventaja de tenerlos en Pangea. Si en un hipotético caso el Mal sobrepasara vuestras líneas, no lanzaría un ataque total sobre la ciudad para no aniquilar a sus hombres. Son demasiados para despreciar sus vidas. Por ello, sugiero que los almacenes se distribuyan por las principales ciudades y en el caso de una "fuga", sería más sencillo sofocarla.

–¡Es una idea y una estrategia, excelente! Le pongo al mando de la operación. Usted decidirá los nuevos emplazamientos y el número de tropas que necesitará.

–Harían falta menos tropas si dotáramos a los almacenes de medidas de seguridad y defensivas, controladas por una I.A. de alto nivel.

–Una por almacén. Por que si sólo ponemos una y la neutralizan, estaríamos en las mismas. ¿Sabe lo que cuesta formar una I.A. de alto nivel? –le pregunté pensativo.

–Sé que es muy complicado pero de otra forma...

–De otra forma expondríamos a la población de Pangea, a un peligro que se evitaría con las I.AS.

–Sí, mi Príncipe.

–Tiene luz verde. Hablaré con la Princesa para que recanalice nuestros recursos. No será fácil. Tendrá que pelearse con todos los departamentos para conseguir los materiales.

–Me gustan los desafíos.

–No esperaba menos de usted, Director Escálum.

Dos semanas más tarde, Yun me acompañó en la inauguración del palacio. En cuanto descendimos de Tita, la muchedumbre, que lo llenaba todo, comenzó a gritar y corear nuestros nombres. Saltamos del más absoluto silencio del interior de la nave, al más ensordecedor de los ruidos. Yun me interrogó con la mirada, a la que yo respondí encogiéndome de hombros. Su mirada se endureció, arqueó una ceja y volvió a interrogarme de la misma forma. Hice un gesto señalando al Gran Consejo en pleno, que se abría paso flanqueado por dos hileras de guardianes, que a duras penas conseguían mantener apartado al pueblo. El Jefe de Gran Consejo Cíntor, presidía la comitiva y se detuvo a menos de dos metros de nosotros. De quién sabe

LibrosEnRed

dónde, surgió un pequeño dispositivo volador que gravaría y reproduciría, por todos los cubotrís del planeta, el acontecimiento en directo. Más adelante se podría volver a ver desde los distintos ángulos de los O.B. de todos los guardianes presentes, enriqueciendo el acto a su máximo exponente.

–Mi Príncipe, mi Princesa. Es un honor para mí y para todo el pueblo Warlook, junto a su pueblo hermano, los Fried, el teneros hoy, aquí.

–El honor es nuestro, Venerable Cíntor –respondió Yun con una sonrisa que hipnotizó a los presentes. Sabía manejar sus armas de mujer tan bien como la excelente diplomática que era.

–Todo está preparado para la inauguración. Si me lo permiten, seré su anfitrión.

–No podría haber nadie mejor –respondió Prance agarrando de la mano a Yun, que le miraba de refilón intuyendo que algo tramaba.

Con un gesto, el resto de la delegación desapareció entre la multitud, sin duda iban a adelantarse a la comitiva. Poco a poco, junto al Venerable, fuimos caminando hasta un pequeño transporte monoplaza, que consistía en una especie de gran silla electromagnética que flotaba a unos pocos centímetros del suelo, en la que se sentó Cíntor.

–Mis piernas no soportarían el desfile... –se excusó.

Las calles estaban abarrotadas. Para la seguridad de la población, las aceras rodantes habían sido detenidas, por lo que también estaban invadidas por la muchedumbre que no cejaba en jalear y animar. Un numeroso grupo de guardianes de elite, se dedicaba a abrirnos paso. Formaban hileras a ambos lados, según avanzábamos, los últimos guardianes corrían, por el interior, hasta la cabeza para alargar las hileras. El avance fue lento y costoso. La población ansiaba vernos y homenajearnos. Tras más de cinco horas de trayecto, que usando las aceras rodantes se habría podido realizar en menos de quince minutos, llegamos al Palacio de investigación. Era un complejo enorme, de forma cónica. Su lisa y pulida superficie metálica refulgía bajo los rayos del Sol. A simple vista, era la mitad de alto que el edificio del Gran Consejo pero, bajo tierra, era cincuenta veces más grande. El Capitán de Ingenieros Taban, junto a los Capitanes Yárrem y Jhem, permanecían junto a la puerta principal esperándonos. En cuanto nos vieron, Taban se acercó presuroso, sonriente y como siempre, nervioso.

–Mis Príncipes, estoy a su servicio –dijo haciendo la máxima reverencia.

En ese instante, no había nadie en todo el planeta que no estuviera delante de un cubotrí, observando la visita. El pueblo ansiaba que la Princesa aceptara...

LibrosEnRed

Cuando entramos y las triples puertas de seguridad se cerraron, el clamor se silenció de golpe. La población que se amontonaba en torno al complejo, dirigió sus miradas a las pantallas gigantes destinadas para el evento.

Taban fue guiándonos por todo el edificio, mostrando los distintos departamentos y secciones. Los laboratorios eran impresionantes, dotados de la última tecnología, perfectamente adaptados para las funciones a las que habían sido designados. Debajo, estaban los dormitorios de las tropas y los equipos de ingenieros, la armería y repuestos. También había algo más en esa planta, además del resto del Gran Consejo.

–Mis Príncipes, es para mí y para el pueblo de Pangea, un honor, el ofreceros estos aposentos, de forma que tengáis un hogar permanente entre los Warlook –dijo el Venerable Cíntor, a la vez que las dobles puertas se abrían, mostrando una réplica exacta de los aposentos de la Gran Dama.

–Hemos instalado la I.A. más potente que tenemos, de forma que pueda comunicarse con Dama o cualquier otra I.A. Por desgracia no llega ni de lejos a Dama, pero será suficiente para esta base, su nombre es Hib –dijo Taban rebosante de orgullo.

–Un lugar de descanso que esperamos que sea de su agrado, mi señora –intervino Cíntor.

–Es el mejor regalo que nadie pudiera hacerme –dijo Yun soltando un sonoro beso en la mejilla del Venerable Cíntor. Una falta de protocolo, que regocijó al pueblo y consiguió que se sonrojara el anciano.

Tras la inspección de las habitaciones y los protocolarios agradecimientos al pueblo, el Príncipe pareció turbado. Poco después terminó el acto y se cortó la transmisión.

–¿Ocurre algo mi señor? –preguntó Taban.

–Estoy consultando mi O.B. y aún hay un piso que no hemos visto.

–Es un piso añadido a los planos finales que me disteis –respondió serio.

–No recuerdo que haya autorizado esa modificación y por lo que veo en el O.B., si te exceptuamos, no está confirmada por ningún alto mando.

–La modificación fue realizada a petición del Gran Consejo –dijo el Venerable Cíntor.

–¡Salgan todos! Venerable, Taban, Yun, ¡quedaos! –ordenó Prance empezando a estar furioso. Si no obtenía respuestas pronto, su furia iba a ser imparable.

LibrosEnRed

INFORME DEL O.B. DEL CAPITÁN YARREM.

Me puse ante las dobles puertas de los nuevos aposentos con los brazos cruzados sobre el pecho. El resto del Gran Consejo y mis hombres me miraban ansiosos. El Jefe de Escuadrón se decidió a hablar y preguntarme lo que todos querían preguntar.

–¿Qué ocurre Capitán? ¿Por qué el Consejo ha modificado una instalación sin permiso? –preguntó mirando de reojo al resto de miembros.

–¿Si el Príncipe no estaba informado, cómo puedes pensar que lo iba a estar yo? Miembros del Consejo... ¿Sabían algo?

–Nosotros tampoco sabíamos nada. Ha sido una gran sorpresa este... asunto. Pero tengo absoluta confianza en el Venerable Cíntor y habrá tenido sus buenas razones.

–Así lo espero, por que, Venerable, usted no conoce la ira de nuestro Príncipe –respondió Yárrem resignado.

INFORME DE LA I.A. HIB DE LOS APOSENTOS DEL PALACIO.

Yun se acercó al Príncipe y, poniendo la mano derecha sobre su corazón, le rogó que se tranquilizara y escuchara las razones de Cíntor y Taban.

–Estoy tranquilo, cariño. Lo que no entiendo es esta decisión sin consultarme, por que, si no me equivoco, fui designado por este pueblo como su Príncipe y, por tanto, como su máximo dirigente, también soy el Capitán General de las fuerzas aliadas a la corporación Warfried. Creo que eso implica que el Gran Consejo, ¡no puede modificar una base de los Guardianes del Bien sin, MI PERMISO! –dijo elevando la voz.

–Soy el único responsable –respondió tranquilo Cíntor–. Le pedí al Jefe Taban, todavía no entiendo por qué no le gusta que le llamemos Capitán, su auténtico rango, que no os informara, más bien le... mentí diciéndole que ya estabais informado y que no quería que os distrajera con ese asunto.

–Os la estáis jugando, Venerable –amenazó el Príncipe, algo que jamás había que tomar a broma.

–Sí, lo sé. Este edificio está diseñado de forma que en caso de ataque, se hunda en la tierra, más de ciento cincuenta metros, así el enemigo no podría dañarlo.

–También tiene unos impulsores para hacerlo resurgir y mantenerse recto, sea la presión que sea, la que sufra –intervino Taban–. Su escudo reforzado y sus muros de tres metros de grosor, aseguran su impenetrabilidad. Los

LibrosEnRed

pisos y departamentos refuerzan su estructura, haciéndolo casi indestructible.

–Ya, menos rollos... ¿Para qué demonios es ese piso extra? –preguntó secamente.

–Supervivencia.

–¿Supervivencia? –preguntó Yun sonriente.

–El Gran Consejo teme que algún día el Mal llegue a vencer...

–¿¿¿VENCER??? ¡PERO QUÉ... !!!

–¡PRANCE! Déjale terminar –intervino duramente Yun. Nunca le había levantado la voz en público. El Príncipe quedó tan sorprendido que el Venerable Cíntor aprovechó para continuar.

–En ese triste caso, atacarían Pangea con todo lo que tuvieran, arrasando nuestras ciudades y aniquilando nuestra raza. Desearíamos que nos permitierais utilizar esa planta como refugio. Un refugio para dieciocho mil personas.

–¿Dieciocho mil...?

–Hibernados.

–¿Por qué tanto secretismo? –preguntó Yun.

–Por que les habría dicho que están locos y que el proyecto no es viable –respondió el Príncipe pesaroso.

–Es verdad. Los guardianes no pueden distraer tantos ingenieros ni recursos en la construcción de dieciocho mil cámaras de hibernación. Por eso lo haremos nosotros, la población civil de Pangea, en su tiempo libre.

–Pero Venerable, ¿sabe cuántos ingenieros necesitará para construir una sola cámara y cuánto tardaría en construirla?

–Mil, por turno. A tres turnos tardaríamos un año en construir una.

–Eso hace un total de dieciocho mil años, eso si todas las cámaras están perfectamente calibradas.

–Llevamos bastante más de guerra. Hemos de estar preparados para lo peor. Cuando terminemos con las cámaras, le pido permiso para construir otros emplazamientos de protección, con sus correspondientes cámaras de hibernación.

–No puedo suministrarle, los materiales para semejante proyecto.

–Lo sabemos. Todo saldrá de los voluntarios. Comerciarán, fabricarán y construirán.

LibrosEnRed

–¿Puedo saber cómo van a hacer la selección de la población que tendrá derecho a sobrevivir en el remoto e hipotético caso de nuestra derrota? –preguntó Prance incómodo.

–Un Guardián por cada cien civiles. Primero los bebés, después los niños. Hemos calculado que en una cámara de hibernación en la que cupiera un adulto entrarían de diez a doce bebés por lo que el porcentaje de niños salvados sería mayor.

–Es un proyecto muy ambicioso, difícil y complicado. ¿Sois conscientes, de que no entrarán ni remotamente todos los niños del planeta y que estaréis obligados a seleccionar quien se salva o muere? –preguntó tristemente Yun.

–Si llega el caso en el que tengamos que utilizar las cámaras, no habrá tiempo de selecciones, según lleguen a los refugios serán ubicados e hibernados –respondió serenamente Cíntor.

–Para que sea efectivo, tiene que ser secreto y un proyecto de esa envergadura, implica forzosamente el comercio "in situ", lo que implica la apertura al exterior o dicho de otra manera, permitir que otras razas se instalen en Pangea. Cualquier Guardián de los equipos de espionaje de Anyel os diría que mantener algo así en secreto, con tanto extranjero en el planeta, tiende a imposible.

–Se realizarán bajo las casas de reunión que estarán prohibidas a los extranjeros por causas... sociales –sugirió el Venerable.

–Dicho de otro modo, si no eres Warlook o Fried, aunque vivas en Pangea o lleves docenas de generaciones instalado, no tendrás los mismos derechos –replicó Prance.

–¿No será justo, verdad? –preguntó pensativo el Venerable–. Pero no tenemos opción.

–Primero, construir los refugios. Segundo, apertura al exterior. Tercero, las cámaras que serán lo más complicado. Hemos de encontrar una excusa razonable, creíble y de la que nadie sospeche –sentenció Yun.

–Olvidamos lo obvio –dijo Prance.

–¿Lo obvio? –preguntó Taban.

–La sencillez. Las cámaras se construirán a la vista de todos. "Serán para la flota". Siempre se entregará una carcasa vacía, que será devuelta en piezas. Una vez finalizada la auténtica se trasladará a los refugios. Por supuesto, las del Palacio no harán falta trasladarlas, se construirán dentro de los laboratorios.

LibrosEnRed

–Tiene luz verde, Venerable –dijo Yun.

El Príncipe confirmó sus palabras con movimiento afirmativo con la cabeza.

LibrosEnRed

Capítulo 17

ARCHIVO DE COMBATE.
ANEXOS DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL, CAPITÁN LAURENCE, CAPITÁN GHUARDÍYAM Y CAPITANA DORA.

Los siglos pasaban rápidamente, al contrario que la guerra que iba evolucionando lentamente. Cada año se implicaban más razas y grupos de sistemas planetarios. El Príncipe utilizaba todo su ingenio, en discurrir algún método, para acabar con los dos traidores. Nuestras tropas, al igual que las del Mal, eran cada vez más numerosas. Prance seleccionó a cincuenta ingenieros con experiencia en la construcción y les ordenó, en el más estricto secreto, la edificación de una pequeña base, que tendría la función de ser una zona de entrenamiento para Capitanes y Jefes de Escuadra, que cada vez eran más y conocía menos. Había decidido que siempre que pudiera, los entrenaría personalmente. También pensaba utilizarla para un proyecto secreto.

Fue ubicada en el sureste del continente. Sólo conocían su emplazamiento exacto, doce capitanes. Era totalmente subterránea e indetectable por alguno de los sistemas de rastreo actuales. Los capitanes y Jefes de Escuadra viajaban hasta ella, en la más absoluta ignorancia de a dónde se dirigían realmente. Una nave les depositaba en el espaciopuerto principal de Pangea Capital y, una pequeña nave de asalto, con capacidad para un comando de elite de veinte Guardianes, les recogía y les llevaba hasta ella, con todas las pantallas de visión del exterior desactivadas.

Tras uno de los entrenamientos, el Príncipe ordenó a uno de sus capitanes que le esperara en la sala de juntas. Cuando entró, el Capitán, se puso tan tenso que casi se golpea, con la mesa electromagnética, al hacer la reverencia.

–Relájese Capitán Ghuardíyam. No le he pedido que se quedara para pegarle una bronca aunque, como combatiente, comparado con sus homólogos, deja bastante que desear.

–Gracias, intentaré mejorar –respondió muy serio.

–¿Le ocurre algo? –preguntó sabiendo que se estaba conteniendo.

LibrosEnRed

–No.

–Sé que algo le circula por la mente, ¿qué es?

–Me preocupa su seguridad. Opino que es una imprudencia que usted esté aquí. Si el Mal lo descubre, sería una presa fácil para cualquier comando. Este lugar es muy pequeño, alejado de cualquiera de nuestras bases y con pocas tropas de defensa. Y para colmo, venía sin escolta.

–La Capitana Jhem, me ha acompañado.

–Con diez Guardianes de elite, lo sé. ¡Es poco! ¡Su seguridad...! –dijo volviendo a contenerse.

¡Cuánta lealtad! Cuando se encontraba con hombres como él, que se preocupaban de esa manera, el corazón se le encogía. Comprendiendo su miedo, el Príncipe decidió obviar la falta de respeto, en las formas y el modo.

–Aunque le parezca lo contrario, generalmente sé lo que hago. Por favor siéntese y hablemos.

–Yo no he querido...

–No le reprocho nada, en parte ha dicho lo que Seguridad me lleva "gritando" desde hace meses. Pero no estamos aquí para hablar de eso. Según mis informes, empezó en los equipos de ingenieros.

–Sí. Ahora estoy destinado en la investigación y perfeccionamiento de las I.AS.

–Un trabajo interesante. ¿Y de mecánica que tal anda?

–Era mi especialidad hasta este nuevo destino, las I.AS.

–¿Y está contento en él? –preguntó pillándolo por sorpresa.

–Sí, al fin y al cabo, ambos campos están relacionados, por lo menos a través de las naves.

–Me alegra oírle decir eso. Queda destituido de su cargo.

–¡¡¡Pe...!!! Como ordenéis –dijo cabizbajo.

–Si estuviera aquí mi esposa, su enfado conmigo sería mayúsculo, por el disgusto que acabo de darle, Capitán. No le estoy degradando, le estoy ascendiendo.

–¿Ascendiendo? –preguntó atónito.

–Claro, que si no quiere el ascenso...

–No, no. Estoy a su servicio. ¿Cuál será mi nuevo puesto?

LibrosEnRed

–Este.

–Perdone, mi señor, pero me ha dicho que era un ascenso y este... lugar... no tiene mucho de...

–¿Ve esa caja que está a mi espalda? Ábrala con cuidado –sugirió.

Se puso de pie como si un resorte le empujara y, con rapidez, cogió la caja metálica abriéndola. Tras unos segundos, le miró perplejo.

–¿Bien? –preguntó el Príncipe.

–¿Bien? No tengo ni idea de qué es, mi señor.

–Descríbamela.

–Una esfera metálica y, ya que compruebo la robustez de su envoltorio, deduzco que tiene muy poco peso, por lo que tiene que estar hueca –dijo mirándole a los ojos.

–¿Está seguro de que es una esfera?

–Tiene toda la pinta de... ¡Por la Galaxia de Jumi! ¡Ahora tiene forma de pirámide! –exclamó.

–Curioso, ¿verdad?

–¿Qué demonios es? –preguntó perplejo.

–Durante diez mil años he estado trabajando, en mis ratos libres, en él. El equilibrio necesario para llegar a lo que tenéis en la mano, me ha costado decenas de miles de intentos. Este prototipo es único y dudo que hagamos otro, por lo menos de momento. Sin más rodeos, es un cerebro.

–¿De metal?

–De metal inteligente.

–No le sigo.

–Utilicé metal de la Gran Dama.

–¿Y? –preguntó un poco extrañado.

–A veces olvido que es información secreta. La Gran Dama se auto regenera, me explico, si algo es destruido, desintegrado, se quema o algo por el estilo, se reintegra y repara.

–¿Cómo puede hacer eso?

–Esa es la pregunta del millón. No tenemos ni idea. ¿Se imagina Capitán que todas nuestras naves fueran así? Recuperaríamos el sesenta por ciento de las irremediablemente averiadas. Pero no se trata de eso.

LibrosEnRed

–¿Para qué un cerebro de metal... movible? –preguntó interesado.

–He diseñado un cerebro, todo lo idéntico que se puede, al humano, dándole una serie básica de directrices. La razón de que cambie de forma es por que nota nuestra presencia o tal vez nos oye de alguna manera. Todavía no piensa.

–¿Por qué?

–Quiero que se desarrolle con un cuerpo.

–¿Un cuerpo?

–De metal. También de la Gran Dama. Quiero que mida unos dos metros, con brazos y piernas, pies, manos... Tiene que moverse como nosotros.

–No veo para que... además, si el metal de Dama se autorrepara, ¿los pedazos no se convertirán en lo que eran originalmente? –preguntó inteligentemente.

–Dama borrará la información, los dejará vírgenes. Además es un experimento. Hemos de probar cosas nuevas para avanzar en esta maldita guerra –dijo convencido.

–Un robot así podría ser peligroso, habría que instalarle algún método de seguridad.

–Se instalarán siete. Ya están diseñados. Las probabilidades de que los siete fallen a la vez, tienden a cero. Más, si se autorrepara.

–¿Quién lo va a programar para su aprendizaje?

–Yo, con su colaboración. No sería justo dejarle fuera, ¿no?

–Me pondré de inmediato manos a la obra.

–Tranquilo Capitán, no le va a resultar tan sencillo. Primero, tiene que juntar un pequeño equipo que le ayude, en tan ardua tarea. Nadie debe saber qué es lo que están haciendo y ni mucho menos, dónde están. Segundo, para que funcionen las distintas piezas con el "cerebro", tienen que estar perfectamente calibradas, lo que implicará modelar y remodelar, una y otra vez hasta conseguir el equilibrio perfecto, casi por azar. Como serán una infinidad de piezas, van a tardar una eternidad. Tal vez desee que elija a otro...

–Demasiado tarde, ha conseguido apasionarme. No hay nada que me guste más que un reto imposible. Respecto al cerebro...

–Vendré regularmente e iremos preparando la programación.

–Hay un tema que no hemos tocado. ¿De qué se va alimentar? ¿Cuál va a ser su módulo de energía?

LibrosEnRed

–Ese es su problema, Capitán, su "gran", "gran", "gran problema" –dijo sonriendo ampliamente. El Capitán Ghuardíyam hizo un simpático gesto, comprendiendo que había caído en la trampa y que ya no podía salir.

Efectivamente, el proceso fue eterno. El Capitán Ghuardíyam, junto a su equipo, tardó sesenta mil años en terminar el prototipo.

–Muy mono. ¿Y funciona? –preguntó irónicamente.

–Sí y no, mi señor.

–¿Sí y no?

–El cerebro ha aceptado coordinarse con el cuerpo, pero la unidad de energía es tan grande que no puede desplazarse más, de lo que las mangueras que le llevan la energía, se lo permiten.

–Pero... razona.

–Tanto como usted o como yo. Si no fuera un robot, diría que es un poco prepotente. Si me acompaña, podrá verlo.

Tras bajar dos plantas, llegaron al laboratorio donde se hallaba. Era impresionante. Medía algo más de dos metros. Todo de color plata. Su exoesqueleto impresionaba, lo único que desentonaban eran las tres mangueras que salían de su espalda.

–¿Le has puesto nombre? –preguntó.

–No. He sido yo mismo el que lo ha elegido –respondió el robot, con una voz clara y armoniosa.

–Ya le he dicho que es un poco... –dijo enmarcando una ceja el Capitán Ghuardíyam.

–¿Y cuál es?

–Brack.

–¿Sabes quién soy? –preguntó tanteándolo.

–Prance de Ser y Cel, Príncipe de la raza Warlook, Príncipe, por matrimonio, de la raza Fried, Príncipe de los guardianes del Bien, Capitán General de las fuerzas aliadas a la Corporación Warfried y mi amo y señor.

–Aquí no hay amos –dijo tajante, el Príncipe.

–Lo sé. Lo he dicho para comprobar si las informaciones suministradas eran correctas.

–También es un tanto... irritante –dijo volviéndome hacia Ghuardíyam.

LibrosEnRed

–Tengo una pregunta –soltó de sopetón sorprendiéndolos.

–Te escucho.

–¿Por qué me han asignado a la protección de su esposa? Si mi programa no es erróneo, soy un robot de combate, lo más lógico sería que estuviera a su servicio.

–Si perdiéramos a la Princesa, el dolor me haría... menos eficiente.

–¿Dolor?

–Dolor, mental.

–Entiendo, otro de esos conceptos abstractos de los humanos, llamados sentimientos. No tiene sentido que su muerte os convierta en alguien menos eficiente, ya que puede ser sustituida con facilidad.

–Los humanos somos más complejos que tú. Hay muchas cosas que simplemente tendrás que aceptar.

–¿Y cómo distinguiré la verdad de la mentira? –preguntó en un tono que recordaba a un niño pequeño.

–Con la experiencia.

–¿Puedo hacerle otra pregunta?

–Todas las que quieras.

–¿Qué pasaría si me averío?

–Te auto repararías. Estas hecho con metal de la Gran Dama. Una vez modeladas las piezas que componen tu cuerpo, si se rompen o destruyen, se vuelven a reconstruir.

–Soy un robot de combate, lo que implica que puedo matar seres humanos. Si mi programa falla, podría matarle a usted, a la Princesa o cualquier otro Guardián del Bien.

–Esa es la razón por la que te hemos instalado siete sistemas de seguridad. Las probabilidades de que los siete sistemas se averíen a la vez, son mil millones de veces menores de que una pareja de Guardianes tengan un hijo –respondió con sorna.

–Tengo entendido que mañana parte para reunirse con la Princesa, en Jarkis –dijo sorprendiéndole.

<¿De dónde había sacado la información?>, pensó el Príncipe.

–Sí, eso es correcto...

–¿Iré con usted?

LibrosEnRed

–Me temo que de momento eso será imposible, ya que con semejante unidad energética, más que ayudar, molestarías.

–¿Y por qué no la reducen? –preguntó sereno.

–¿No le ha preguntado a él? –pregunté a Ghuardíyam extrañado.

–No se me había ocurrido...

–¿Tienes alguna idea de cómo construir una unidad energética, lo suficientemente pequeña como para que te quepa en el armazón y te dé autonomía?

–No.

–Entonces, me parece que te vas a quedar aquí durante mucho tiempo.

–Una unidad de energía única, en mi armazón, sería muy peligrosa. Si fuera alcanzada, me dejaría inoperante, por eso, creo que lo más lógico, sería instalar varias unidades energéticas, distribuidas en varios puntos de mi armazón. Serían más pequeñas pero interactuarían entre ellas.

–El diseño... –comenzó Ghuardíyam.

–Ya lo he terminado, está todo en mi mente –dijo Brack, tocándose la sien con un dedo, produciendo un seco ruido metálico.

–La pelota está en su campo, Capitán –dijo sonriendo–. ¡Vuelta a calibrar!

–Me temo que sí, mi señor.

Tras reunirse con Yun, el Príncipe tuvo que partir con la flota hacia la Frontera de Arias, para ayudar y socorrer varios sistemas acosados por el Mal.

La Princesa Yun llevaba varios días intranquila y, a menudo, se pasaba gran cantidad de tiempo en las planicies de roca, contemplando el desierto. Su actitud tenía preocupada a Dora, que no comprendía qué le ocurría. No era la primera vez que estaba separada del Príncipe, así que no podía ser eso. Tras una sutil sugerencia del Capitán Yárrem, que había llegado de un breve viaje de inspección del sistema solar de Jarkis, para evitar una emboscada, teniendo que volver rápidamente a la Gran Dama, Dora, decidió hablar con ella, para descubrir qué era lo que le preocupaba. Se dirigió al lugar donde habitualmente solía estar sentada, mirando al infinito del gran desierto.

Cuando llegó a su altura, se percató de que estaba totalmente absorta. No era propio de ella que se le pudiera sorprender tan fácilmente. Se estremeció al pensar que un enemigo se hubiera acercado en su lugar.

–Hola, mi señora.

LibrosEnRed

–¡Oh! Hola, Dora. No te he oído venir y deja el protocolo, estamos solas.

–Claro, Yun. Pero los hábitos son difíciles de erradicar –dijo sentándose junto a ella.

–¿Somos amigas hace mucho, verdad?

–¿Qué clase de pregunta es esa? Sabes perfectamente que sí.

–Entonces, ¿por qué no me lo has dicho? A veces creo que estoy tan ciega...

–¿Decirte? ¿El qué?

–Que estás perdidamente enamorada de Prance.

En ese instante Dora, quiso morirse. Su rostro se encendió como una antorcha. Si no llega a estar sentada se habría caído de culo.

–Yo no...

–Vamos Dora. Tengo ojos en la cara.

–¿El Príncipe...?

–El no se ha dado cuenta. ¡Es hombre! Lo que le convierte en... bueno ya sabes, ciego para lo obvio.

–¿Tanto se me nota? No pretendía... comprenderé que me destinéis a otro lado...

–No Dora, tranquila. No estoy ofendida, ni enfadada, ni celosa, ni nada por el estilo.

–Me tranquiliza oír eso. Pero hay un "pero", ¿verdad?

–No hay un "pero". La verdad es que me alegra que haya alguien que le ame tanto como yo y que le cuidará y se preocupará por él, en el caso de que yo falte algún día –continuó tristemente.

–¿Faltar? Moriré mil veces, si es necesario, antes de permitir que te ocurra algo –dijo alarmada.

–Jamás he dudado de tu lealtad. Pensaba en el futuro del Príncipe, que es el hombre más grande que jamás ha existido.

–Eso, no creo que haya nadie que lo dude, Yun.

–Lo que no sabe prácticamente nadie, es que en muchos aspectos es como un niño desvalido, necesita que se le cuide, mime, vigile, abronque... por eso he pensado en ti.

–No os entiendo... ¿en mí?

LibrosEnRed

–Ya que ambas sabemos lo que sentimos por él, me gustaría que le consolaras, escucharas y, si puedes, aconsejaras, en el caso de que yo falte.

–Pero yo...

–Prométemelo –dijo enérgicamente mirándola a los ojos.

–Te lo prometo. Espero que nunca tenga que cumplir tan triste promesa.

–Eso espero yo también. Eso espero...

No volvieron a hablar del tema pero a partir de ese día, ambas eran las que pasaban las horas sentadas mirando al desierto, hablando principalmente de Prance.

El Príncipe tardó dos meses más de lo previsto en llegar, a causa de una falsa información acerca de un Crucero del Mal, que rondaba la frontera de Arias. Laurence, como ya era habitual, se adelantó para informar y avisar a Yun, de la inminente llegada del Príncipe.

Tras aterrizar en una de las explanadas de roca cercanas a la gran montaña, se dirigió a los aposentos de la Princesa. Casi cuando estaba llegando se topó con Dora.

–Es un placer volver a verle, Capitán Laurence.

–¡Diez, en peloteo, Capitán! –bromeó–. ¿Está la Princesa en sus aposentos?

–No. Está fuera en la llanura de roca.

–Venía a comunicarle que el Príncipe está al caer.

–Ya lo ha deducido. Ha oído por el O.B. que habéis llegado hará media hora.

–Entiendo. Eso sólo puede significar que el Príncipe llegará enseguida. ¿Y si viniera a decirle que el Príncipe tardará aún en volver?

–No estaríais aquí. Nos habríais mandado un mensaje.

–Me conocéis bien.

–En cierta forma es mi trabajo. Hay una cosa que sí me preocupa y quisiera que le dierais prioridad para que pudiera hablar con el Príncipe, sobre ello.

–¿De qué se trata?

–Las puertas subterráneas, que desembocan a unos pocos cientos de metros dentro del desierto, se han empezado a averiar desde hace unas semanas. Hemos tenido un par de sustos.

LibrosEnRed

–¿Pero qué es lo que ocurre exactamente? –preguntó extrañado.

–Dejan de funcionar por que sí y de pronto vuelven a hacerlo.

–Eso no tiene ningún sentido. ¿Cuándo se produjo la primera avería?

–Hace dos semanas y media.

–¡Maldita sea! Espero que no sea otro problema, con los sistemas informáticos, causado por algún tipo de desequilibrio en la programación general de las compuertas, como ocurrió en la primera prueba. Voy a la central. Preséntele mis excusas a la Princesa y luego, reúnase conmigo.

No habían pasado dos segundos, cuando un suave zumbido indicó que la Gran Dama había entrado en el sistema solar de Jarkis, lo que significaba que, en breve, el Príncipe se personaría en la base. Más les valía que las compuertas estuvieran reparadas, para cuando llegara. Si se llegara a enterar de que sus hombres se la habían estado jugando ahí fuera, por una tonta avería, iba a enfurecerse sobremanera.

Cuando llegó el Capitán Laurence a la sala de control y pidió al Guardián al cargo que le mostrara la progresión de averías, por poco le da un infarto.

–¿Qué demonios os pasa? ¿Estáis ciegos o qué? ¡En este momento están averiadas el sesenta y cinco por ciento! Y otro diez funcionan a ratos. ¡Salid inmediatamente y traedme una de esas malditas compuertas! Hemos de averiguar qué demonios les está ocurriendo.

Tras cuatro horas descubrieron, con asombro, que los Trypos utilizaban las compuertas para depositar sus esporas que, al desarrollarse, destruían sus mecanismos. Por lo visto, al haber más humedad que en el exterior, se desarrollaban más rápidamente. Mientras eran pequeñas, la energía pasaba a través de ellas sin problemas pero, al crecer, a veces, la energía no era suficiente y las paralizaban hasta que se movían pero, al final, siempre acababan destruyendo los mecanismos. En cuanto llegara el Príncipe, ordenaría desmontar todas las compuertas e instalar un sistema defensivo de esterilización, de forma que nada orgánico pudiera sobrevivir dentro. Pero lo que más le preocupaba era que los Trypos rondaran cerca de las puertas, eso podría causar graves problemas. Si atrapaban a alguien... el Príncipe montaría en cólera y rodarían cabezas. No era un hombre que tolerara errores de ese tipo.

El Príncipe había estado todo el viaje de mal humor, a causa de la pérdida de tiempo en la Frontera de Arias. No había nada que le enojara más que una información falsa. Su humor mejoró ostensiblemente, al entrar en el

LibrosEnRed

sistema de Jarkis, en la misma proporción que su intranquilidad y nerviosismo. El Capitán Yárrem le miró preocupado, algo ocurría.

–¿Estáis bien, mi señor?

–Perfectamente –respondió escuetamente.

–¿Ordeno que la flota se acerque a Jarkis?

–Prefiero que permanezca en el exterior del sistema. No quiero que el Mal descubra a los Fried. Descenderé con una pequeña escolta al planeta.

–Espero que lo hagáis en Tita –dijo paternalmente.

–Algo imprudente, sí. Loco, no. Usaré a Tita. Transmite mi decisión a la sala principal de control de Jarkis e informa a la flota que quedas al mando.

La ansiedad le corroía. Estaba más enamorado de lo que creía. Esas últimas semanas, sin la Princesa, se le habían hecho interminables, agravadas por el silencio que tuvieron que mantener para no alertar al Mal. La realidad es que, en el último milenio, cada vez que se separaba de la Princesa, sufría una gran angustia y su ansiedad por volver junto a ella era tan grande, que rayaba casi en la locura. Cada vez que se alejaba de su lado, era como si una parte de sí mismo se desgajara. Sabía que eso no era normal pero no adivinaba la causa. Su miedo por ella aumentaba. En los últimos decenios, había triplicado su seguridad e incorporado nuevas unidades de elite para su protección, bajo el mando directo de Dora.

Para cuando llegó al espaciopuerto principal de la Gran Dama, las tropas y pilotos que le debían acompañar, ya estaban listos. Conocían muy bien el apremio que el Príncipe sentía cuando se iba a reunir con la Princesa. Desde hacía unos cientos de años, y dado la gran cantidad de voluntarios entre las tropas de elite para participar en la escolta del Príncipe, la Yúrem seleccionaba personalmente a los mejores, basándose en los datos que le suministraba Dama. Esa fue la razón por lo que no le extrañó a Prance el verla junto a Tita, hablando con el Jefe de Escuadra Lóntor que iba a acompañarle.

–Que no se entere. Si vuelve a oír que alguien piensa que es un Dios, es capaz de echarle al espacio por la primera compuerta que encuentre. Castigue duramente a los hombres que ha cogido en esa falta y luego comuníqueselo al Capitán Laurence para que les aleccione personalmente.

–Sí, Yúrem.

–Una cosa más, antes de que llegue nuestro señor.

–Usted dirá...

LibrosEnRed

–La sala principal de control de Jarkis me ha informado que las compuertas internas del desierto, tienen problemas estando la mayoría averiadas. Ordene a los pilotos de Tita que aterricen sobre la explanada de roca. Que los cazas sobrevuelen la zona hasta que el Príncipe esté a salvo en la fortaleza de roca. No os separéis de él en ningún momento.

–Así lo haré. ¿El Príncipe no debería saber lo de las compuertas? –preguntó intranquilo.

–Bastantes preocupaciones tiene. Cuando llegue a la fortaleza de roca, le informará el Capitán Laurence del problema, si lo cree conveniente.

–Perdonad mi indiscreción, pero os noto preocupada y eso me alarma bastante.

–Algo está a punto de ocurrir y él también lo presiente.

–¿Qué es lo que presiento? –preguntó el Príncipe pillándoles por sorpresa.

–Me refiero al Consejo de las Yúrem.

–Ese atajo de locas... sin ánimos de ofender, Ayam –dijo el Príncipe con sorna–. ¿Todo listo Jefe de Escuadra?

–Nos acompañarán veinte cazas. A su orden saldremos.

–No perdamos más tiempo.

–¿Qué lectura han dado los rastreos? –preguntó sonriente pero nervioso.

–No se detectan naves en el sistema, pero no es seguro al cien por cien, tal vez estén ocultas tras algún planeta o luna –le informó Ayam.

–Si hubiera naves en el sistema, en Jarkis lo sabrían, ¿verdad?

–El riesgo es mínimo, pero existe. También sé que no esperaréis a que enviemos un grupo de exploración.

–Me conocéis bien, Ayam. Partamos, Jefe de Escuadra.

–Sí, mi Príncipe. Los pilotos Tor y Dresi nos esperan.

Una vez dentro, Crabos me saludó sonriendo y me invitó a que me sentara en la fila de en medio, en la primera línea. Me conocían tan bien que sabían que les volvería locos, si me ponía al mando de la nave. Los cazas estaban fuera del espaciopuerto esperándonos.

Avisamos a la central, de la fortaleza de roca, de nuestra partida. En menos de dos horas estuvimos a la altura de la primera luna de Jarkis. Todo trascurría con normalidad, hasta que Tita apareció en medio de la pantalla con el rostro preocupado.

LibrosEnRed

–¿Ocurre algo? –pregunté levantándome.

–El sistema Lara se empeña en hablar con usted, ante mi negativa en hacerle caso, a pesar que no estaba en absoluto de acuerdo con sus recomendaciones. Es una I.A. irritante y tozuda, si me permite la observación –refunfuñó.

–Esas discrepancias tendréis que aprender a resolverlas vosotras. De todas formas veré que quiere. Que acceda a esta pantalla.

Tita desapareció con el morro torcido y fue sustituida por un hermoso rostro de mujer, de rasgos dulces, con un pelo largo, liso, negro y de intensísimos ojos verdes. Tenía una expresión amable, inteligente y perseverante. No iba a ser fácil manejarla sin darle órdenes.

–Hola, Lara. ¿Qué es tan importante como para desafiar la lógica de Tita?

–Hola, mi Príncipe. Siento molestarle, pero creo que tengo razón. Tita tiene una visón con... poca perspectiva –dijo dulcemente.

–¿Cuál es el desacuerdo? –pregunté divertido.

–La ruta.

–En estas dos horas la he estado revisando y me parece correcta –le informé.

–Lo sería si hubiéramos enviado equipos de rastreo.

–No puede haber naves del Mal. En otro de los planetas, tal vez habrían escapado a los controles de Jarkis, pero ya aquí, en sus lunas... no es posible.

–Cruzando la órbita de la segunda luna –informó Tor, que no se perdía una palabra de la conversación.

–Ordene que nos detengamos –dijo Lara seria.

–¿Por qué? –pregunté extrañado.

–Por que según mis cálculos las tres lunas han estado alienadas con Jarkis estas últimas horas y los sistemas de la fortaleza no habrían podido detectar la llegada de ninguna nave, procedente del alineamiento.

–¿Pero qué...? –empezó a decir el Príncipe.

Lara desapareció siendo sustituida por Tita con cara de horror.

–Crucero enemigo surgiendo por la cara este de la tercera luna. Acabo de detectar la salida de dieciocho docenas de cazas que se dirigen directamente hacia nosotros –informó alarmada.

–¡Avisa a la flota! –grité.

LibrosEnRed

–No podremos escapar –dijo Dresi–, el Crucero interceptará nuestra huída.

–¡Comunícate con Jarkis! ¡Que nos envíen refuerzos!

–No es posible. La alineación intercepta nuestras comunicaciones con el planeta, no tenemos potencia suficiente –informó Tita.

–La única opción que nos queda será dirigirnos directamente hacia Jarkis –dijo el Jefe de Escuadra.

–Eso implicaría que tendríamos que cruzar por delante del Crucero –dije mirándole fijamente.

–Como usted dice; "hoy es un buen día para morir" –respondió.

–Distribuya a los cazas a nuestro alrededor y que naveguen lo más cerca que puedan, hasta que su potencia de fuego pueda alcanzarnos, luego que se dispersen e intenten alcanzar Jarkis.

–Aquí Jefe de Escuadrilla, Pontial. Mis pilotos consideran que esa medida le podría en peligro. Permaneceremos a su lado desviando los ataques de los cazas enemigos. Cuando esté a salvo, iniciaremos la reentrada en Jarkis.

–Si hace eso, no quedará ningún caza para la reentrada.

–Hoy es un buen día para morir –dijo cortando la conexión.

–A toda potencia –ordené–. ¡Es un buen día!

SALA DE CONTROL DE LA FORTALEZA DE ROCA.

El Capitán Laurence, seguido de cerca por la Capitana Dora, entró muy serio en la sala.

–¿Qué ocurre? –preguntó sorprendido ante el requerimiento el Jefe de Control.

–Hemos detectado una fuente de energía en la cara este de la tercera luna.

–¿El Príncipe y su escolta?

–La energía es demasiado intensa. Creo...

–¿Qué cree?

–Que proviene de un Crucero.

–No tenemos ningún Crucero... ¡Mierda! ¡Alerta general! ¡Todos a sus puestos de combate! ¡Avise a la flota, el Príncipe está en peligro!

–No llegarán a tiempo.

LibrosEnRed

–Avíseles y envíen todo lo que tengamos contra ellos. Hay que darle tiempo.

–Ya... ya están combatiendo. Acaban de salir de la cobertura –dijo uno de sus ayudantes.

–¡Naves localizadas! ¡Tita sigue activa! ¡Aguantan junto a ella seis, no, ahora cinco cazas! –informó otro.

–Línea con Tita, quiero hablar con el Príncipe, ¡YA! –espetó imitándole.

–¡Línea abierta! –gritó por la tensión el Guardián de comunicaciones.

–¡Prance! –exclamó Laurence al verle aparecer en la pantalla.

–¿A cuánto están los refuerzos?

–No llegarán a tiempo. Tenéis que salir de ahí. La única solución es que os dirijáis a máxima potencia hacia Jarkis.

–No podemos hacer eso. Nuestros escudos no aguantarán un impacto de reentrada así. Sería como lanzar un huevo contra un muro.

–Aquí, Jefe de Escuadrilla Pontial. Mis pilotos y yo, aguantaremos todo lo posible para que puedan hacer una reentrada orbital, algo más suave. ¡Hoy es un buen día para morir! –gritó lanzándose con su caza, seguido de cerca por el resto, contra el enemigo, sin dar tiempo al Príncipe para impedírselo.

–Prance, es tarde para lamentarse. Que no mueran en vano. Ven a toda potencia.

–¡Mierda! ¡Tita, a toda potencia hacia Jarkis, procurando evitar al enemigo y, a la vez, con la reentrada más suave que sea posible!

INFORMES RECOGIDOS DE LOS SISTEMAS ANEXOS A TITA.

Poco antes de llegar a Jarkis, medio centenar de cazas les alcanzaron. Los guardianes artilleros de Tita no daban abasto, en un vano intento de que no se acercaran y alcanzaran la nave. Cuando iniciaron la reentrada en plan suicida, dos sectores de los escudos estaban prácticamente destruidos. El Príncipe hacía varios minutos que no daba ninguna orden, permanecía de pie entre Tor y Dresi, mirando a través de la pantalla principal, cómo se acercaba el planeta.

Un último y fuerte impacto en los impulsores derechos, indicó que los escudos de ese sector había fallado en ese instante y que habían sido alcanzados, por varios disparos de los cazas enemigos. Para colmo, los impactos les

LibrosEnRed

habían desviado aún más del ángulo de reentrada, volviéndose realmente peligrosa y fuera de control. Dentro de Tita, y casi en el acto, la temperatura comenzó a subir, obligándoles a activar los cascos para no abrasarse la cabeza. Todos comprendieron que en pocos segundos morirían. Los Trajes no podrían con semejantes temperaturas.

INFORMES DE LOS O.B. DE LA TROPA DE A BORDO DE TITA.

El Príncipe parecía paralizado. Permanecía absolutamente inmóvil. El calor se volvió insoportable. Varias secciones se pusieron al rojo y amenazaban con desintegrarse. En el momento que no podían más, el Príncipe avanzó el escaso medio metro que le separaba de los pilotos, colocándose entre ambos. Luego, extendió los brazos y dirigió las palmas hacia los controles de vuelo. El Jefe de Escuadra le miraba aterrorizado, no entendía su actitud y mucho menos con la terrible muerte que les esperaba. Casi al instante, la temperatura empezó disminuir y el rumbo a corregirse. También lo hizo la velocidad. La tripulación se miró entre sí, perplejos, ya que acababan de constatar que Tita estaba inoperante, parecía que el fallo en los escudos le había dejado de proteger y había "muerto". De pronto y casi al unísono, sintieron una fuerza, un empuje, una energía, un poder, paz... que provenía del Príncipe. Sus miedos, temores, odios, recelos, las prisas, el tiempo... todo careció de importancia.

INFORME DE LA SALA DE CONTROL DE LA FORTALEZA DE ROCA.

–¡Maldita sea están cayendo en picado! –exclamó uno de los guardianes de control de vuelo.

–¡Quiero un seguimiento y el lugar de caída, exacto! –gritó el Capitán Laurence.

Dora permanecía junto a la pantalla principal observando aterrada los acontecimientos.

–Caen sin control. La fricción les ha incendiado –gritó uno de los hombres.

–¿Los escudos? –preguntó escéptico y alarmado.

–Destruidos, Capitán. No han aguantado. Se van a hacer pedazos.

–¡No, maldita sea, no! –gritó Laurence soltando un soberbio puñetazo sobre el tablero de control–. ¡Vamos Prance, utiliza uno de tus trucos!

La tensión en el ambiente, se podía cortar con una espada láser.

LibrosEnRed

–¡No es posible! –exclamó el mismo controlador.

–¿Qué ocurre? –preguntó Dora girándose para mirarle.

–Su velocidad diminuye...

–¿Han conseguido redirigir los impulsores? –preguntó Laurence sorprendido.

–Las lecturas que recibo indican que no funciona nada. Puedo asegurar que la energía no proviene del módulo de energía. ¡Está inactivo!

–¿De dónde demonios proviene entonces?

–Nuestra I.A. informa que no hay datos al respecto.

–¡Mil metros para el impacto! –informó una voz en la sala que no pudo reconocer.

–¡No lograrán decelerar lo suficiente! –informó el controlador.

–Quinientos metros –informó la I.A., sustituyendo al controlador.

–¡Se van a...! –exclamó Dora.

–Cien, cincuenta... ¡Impacto! –exclamó con voz impasible al I.A.

–¿Dónde, dónde? –preguntó exasperado.

–No tenemos datos precisos pero ha sido en el área cercana a las compuertas B–cuarenta y nueve y la C–cuarenta y cinco.

INFORMES DE LOS O.B. DE TODOS LOS GUARDIANES QUE TRANSPORTABA TITA.
ASUNTO: IMPACTO Y DESTRUCCIÓN DE TITA.

La deceleración y corrección de rumbo, fue inmediatamente captada por los equipos de la sala de control de la fortaleza.

La velocidad era demasiado grande como para que la deceleración evitara que Tita se estrellara brutalmente, contra las cálidas arenas del desierto. A causa del tremendo choque, varios guardianes murieron, habiéndose producido más de medio centenar de heridos, de distintas gravedades. Mientras sacaban a los heridos, del amasijo de metales retorcidos en que se había convertido la nave, el Príncipe, que seguía inmutable, inspeccionó la zona. Estaban a varios kilómetros de alguna de las entradas. Los hárikams no tardarían en aparecer y entonces sí que estarían perdidos, aunque tenía la esperanza que las vibraciones del impacto, los habría asustado o por lo menos disuadido de momento. No podían esperar un rescate por aire. Las

LibrosEnRed

naves del Mal les localizarían en el acto y las interceptarían, sin contar que descubriría la fortaleza de roca y por tanto, a los Fried. El costo sería demasiado alto. Miró al Jefe de Escuadra Lóntor que en ese momento lo estaban sacando de Tita, ya que tenía las piernas rotas. Las tibias, chocantemente blancas, tras traspasar los muslos y el Traje, sobresalían un par de centímetros.

–Quiero un recuento de los hombres que pueden caminar y de los que necesitan ayuda. Partiremos en cuanto salga –dijo mirándole fríamente a los ojos, entrando de nuevo en Tita.

El interior le pareció extrañamente oscuro. Las pocas unidades energéticas que aún funcionaban habían sido desconectadas, en previsión de un incendio o de una posible explosión de los distintos módulos de almacenamiento energético. A pesar de que conocía la nave a la perfección, los destrozos eran tan grandes que tropezó varias veces, obligándose a activar de nuevo el casco para poder ver en la oscuridad, utilizando infrarrojos. Tardó más de cinco minutos en llegar al almacén, ubicado en la popa de la nave. Tras forzar la compuerta, utilizando una de sus espadas láser, descubrió, a su pesar, que el almacén casi se había desintegrado por completo. Sus ojos se posaron en el aplastado y semifundido armario lateral que aún permanecía en su sitio. Utilizando, una daga láser de su pantorrilla, lo forzó y abrió. Al verlo, sus peores presagios, se acabaron de cumplir, tan sólo permanecían intactos seis bastones inyectores de olor, el resto estaba destrozado. Sin bastones no podrían escapar del acoso de los hárikams y mucho menos, con tantos heridos, y con tanta distancia por recorrer. La única solución que se le ocurría era que un hombre en solitario, se alejara perpendicularmente del grupo y activara todos los bastones a la vez, para que la potencia conjunta de los bastones, atrajera a todos los malditos bichos de la zona. Ese hombre tendría que alcanzar al grupo, una vez instalados.

Cuando resurgió de los restos, los soles le golpearon con fuerza. El calor aumentaba rápidamente, pronto empezarían a insolarse los heridos. Tenían que darse prisa. Con un simple vistazo, comprobó que había, por lo menos, un tercio de los hombres heridos. Se acercó al Jefe de Escuadra con los bastones bajo el brazo.

–Dos quintos de los hombres están heridos. Tenemos once muertos, uno acaba de morir, mi Príncipe. Cinco más si no reciben ayuda de inmediato.

–¡Jefe de Escuadrón! –gritó.

–Ha muerto, mi Príncipe.

–Tú y tú –dijo señalando a dos Frieds–. Acabáis de ascender a Jefes de Escuadrón. Vuestros nombres.

LibrosEnRed

–Hamtom –dijo uno.

–Jilolum –dijo el otro.

–Jefe de Escuadrón Hamtom seleccione los guardianes más fuertes y distribúyales para el inmediato transporte de los heridos, irá a la cabeza del grupo dirigiéndose a la puerta de interior de acceso más cercana. Jefe de Escuadrón Jilolum se encargará de estabilizar a los heridos más graves y tratará de mantener con vida al mayor número de ellos.

–¿Si voy a la cabeza del grupo, dónde estará usted? –preguntó sorprendido Hamtom.

–Jugando al ratón y al gato con los Hárikams, luego les alcanzaré.

–¡Mi Príncipe! ¡No puede hacer eso! ¡Hay muchos guardianes Fried entre las tropas! ¡Todos tiene experiencia y...! –protestó Lóntor.

–¡Jefes de Escuadrón! El Jefe de Escuadra está herido y no sabe lo que dice, queda destituido hasta su completa recuperación. No obedecerán ninguna orden suya. Están al mando y para que quede constancia, ¡es una orden directa!

–Pe... –empezó el Jefe de Escuadra.

–Llévese a este Guardián herido –le ordenó a Jilolum señalando a Lóntor. Luego usó el O.B. para proyectar, en tres dimensiones, el mapa de las compuertas de la zona. El Fried Hamtom las observó con detenimiento.

–Esta o esta –dijo señalándolas.

–Estoy de acuerdo con usted, Jefe de Escuadrón. Según cómo estén las dunas o los Hárikams, tendrá que elegir una u otra, la B–cuarenta y nueve o la C–treinta y cinco –afirmó pensativo.

–¿Cuándo quiere que partamos?

–Si los heridos están listos, ¡ya! Esos malditos bichos se nos van a echar encima de un momento a otro.

–¿Usted, por dónde irá?

–Por el este, sobre aquel sector tan elevado. Colocaré los bastones y trataré de alcanzarles.

–No podrá.

–¿No podré? –preguntó extrañado.

–Fíjese en el mapa. Al colocarlos ahí, lo más probable es que los hárikams vengan por ahí, ahí y ahí. Le cortarán el paso.

LibrosEnRed

–Tiene razón. Me dirigiré a la H–cuarenta. Nos veremos en la fortaleza.

–¿Quiere que vaya yo?

–Nunca ordeno a mis guardianes que hagan algo que yo no haría. Ponga a esos hombres a salvo y tendrá mi gratitud eterna.

–Los pondré a salvo. Soy su Jefe de Escuadrón.

–No utilicen los O.B. ni siquiera para comunicarse con la fortaleza. Si el Mal rastrea las transmisiones, no tendremos ninguna posibilidad.

–Nadie los usará, confíe en mí.

–Informe a la fortaleza de mi dirección, en cuanto llegue a la puerta de acceso, por si necesito ayuda.

–Buena suerte –dijo dándose la vuelta, uniéndose a los hombres, dirigiéndolos hacia el punto prefijado.

El calor aumentaba. El tercer sol comenzaba a surgir por el horizonte. Mientras empezaba a correr, sonreía pensando en la bronca que iba a recibir de Laurence... entre otros. ¡Tenías que ser tú el héroe!, diría. La verdad es que era el único, a pesar de que hubiera varios Fried, que se había enfrentado cara a cara con uno de esos malditos bichos.

INFORME DEL O.B. DEL CAPITÁN LAURENCE.
FORTALEZA DE ROCA.
SALA DE CONTROL.

La mirada de apremio que eché a uno de los controladores de vuelo, no dejó lugar a dudas.

–No hay comunicación con Tita –me informó.

–Estamos a ciegas. No hay ninguna nave por la zona que nos pueda proporcionar datos –dijo otro.

No disponíamos de satélites informativos en el planeta, ya que si los hubiera, el Mal podría descubrirlos y por tanto también a mi raza. No teníamos información del estado de Tita ni de la tripulación y, sobre todo, no sabíamos cómo estaba el Príncipe. Ya no tenía duda de que el impacto había destruido la nave, la pregunta era si los supervivientes podrían llegar hasta las compuertas, las que funcionaban.

–Hay que avisarles de cuales son las compuertas que funcionan –dijo Dora como si leyera mi pensamiento.

LibrosEnRed

–Dada la posición de las naves del Mal, si nos comunicamos con ellos, les detectarán en el acto –nos informó uno de los controladores.

–¿Cuándo barrerá nuestra flota al Mal?

–Si no surgen problemas, el combate se prolongará durante cuatro o cinco horas –respondió uno de los tácticos.

–No disponen de ese tiempo, los hárikams... –dijo Dora con los ojos brillantes que, a duras penas, podían contener las lágrimas.

–Dora, manda dos equipos de rescate a esas compuertas.

–Déjeme salir con un pequeño Escuadrón al desierto para ir en su ayuda.

–Denegado. Ese maldito lugar se va a llenar de hárikams. No podrías ayudarles, nuestras armas no son efectivas contra ellos.

–Pero podríamos instalar una gran cantidad de inyectores de olor, en otra zona, para desviarles.

–Eso es otra cosa. Elige a tus mejores y más expertos Fried. No te arriesgues, recuerda que la mayoría de las compuertas no funcionan.

–No se preocupe Capitán –dijo mientras salía corriendo y activaba su O.B., solicitando voluntarios.

INFORME DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
ASUNTO: IMPACTO Y DESTRUCCIÓN DE TITA.

Corrí todo lo que pude. El ardiente aire abrasaba mis pulmones. Durante un breve instante, miré a mis hombres que avanzaban penosamente, a causa de los heridos, hacia las compuertas. En el horizonte me pareció vislumbrar las ondulaciones de un hárikam, aunque tan vez fueran imaginaciones mías. Tras unos interminables minutos volví a mirar para ver cómo iban, ahora eran meros puntitos. Al fijarme en el lugar del impacto, el corazón me dio un vuelco, un hárikam se dirigía directamente hacia Tita. Era cuatro veces más grande que ella. La destrozaría de un solo golpe y luego se lanzaría en persecución de mis guardianes. Su rastro, claro y recto, sería un ineludible desafío para el bicho. En ese instante me di cuenta que no serviría de nada instalar los bastones juntos. Debía formar una línea, lo que le haría seguirla y por descontado, acto seguido, darme caza.

Cuando atacó brutalmente a Tita, destrozándola en el primer golpe, yo ya había instalado cuatro de los bastones, a doscientos cincuenta metros uno de otro. Instalé el quinto y el sexto sobre la cima de una duna, que estaba muy por encima de la media. El hárikam pareció ignorar los bastones. Las

LibrosEnRed

dudas me asaltaron, ¿habría instalado el primero demasiado lejos? Pero no había recorrido quinientos metros en su persecución, cuando se detuvo en seco. Giró algo más de noventa grados y se lanzó en mi dirección. Estaban a salvo. No vi a ningún otro que se dirigiera hacia ellos, los más próximos que detectaba estaban lo suficientemente lejos, como para que les diera tiempo de penetrar por las compuertas. Además, la fortaleza que se elevaba al fondo, a lo lejos, ejercía de muralla natural, protegiéndoles. De pronto surgió otro hárikam por el lado opuesto al primero. Ahora no me quedaba más opción que dirigirme lo más rápidamente posible hacia la compuerta. No tenía retirada posible.

INFORME DE LA SALA DE CONTROL DE LA FORTALEZA DE ROCA.

Bruscamente, uno de los controladores se revolvió en su asiento.

–¿Qué ocurre? –preguntó mirándole de reojo el Capitán Laurence.

–Los sensores de las compuertas...

–¿Qué sucede con ellos?

–Creo que el hárikam les ha dejado de perseguir.

–Eso no tiene sentido, Dora y su grupo no han empezado a instalar los bastones.

–Los equipos que les esperan en las dos compuertas informan que una no funcionaba y que se han visto obligados a forzarla... volándola.

–¿Se dirige ese maldito bicho hacia la compuerta?

–No. Creo que va hacia el norte, confluirá con otro hárikam a tres kilómetros de distancia.

–Eso aún tiene menos sentido. No se atacan entre ellos, se limitan a la "guerra" de olores. No se aproximan bajo ningún concepto... ¡Prance! ¡Maldita sea! ¡Seguro que eres tú el que los está atrayendo! –exclamó en voz alta.

–Los primeros guardianes están llegando a las compuertas –informó un Guardián.

–Quiero hablar con el que esté al mando.

–Sí, Capitán –dijo el Guardián de control, dando la orden a la computadora compuerta. En pocos segundos apareció en la pantalla en Jefe de Escuadrón Jilolum.

LibrosEnRed

–Informe, rápido. ¿Dónde está el Príncipe? ¿Está bien? –preguntó mirando de reojo el rango de Jefe de Escuadrón que mostraba la pantalla, en la esquina inferior derecha. No recordaba ninguno con ese nombre.

–Sí, Capitán. Está perfectamente, no ha resultado herido. Hemos perdido once hombres en el impacto y tres más por el camino.

–¿El Príncipe está entrando por la otra compuerta?

–No lo creo. Por la otra compuerta está entrando el Jefe de Escuadrón Hamtom, con la otra mitad de los hombres.

–¿Quién demonios es ese Hamtom?

–Nos ascendió el Príncipe después del accidente...

–Aparte maldito... ¡Animal! –gritó el Jefe de Escuadra Lóntor, dándole un empujón haciendo una enorme mueca de dolor a causa de las piernas. Los hombres que le portaban, lo elevaron para que la pantalla pudiera mostrarle.

–Lóntor, ¿dónde está el Príncipe?

–Ordenó a estos dos idotas que no me obedecieran. Está fuera jugando al escondite con esos malditos bichos. ¡Salgan a buscarlo!

–¿Por qué no nos han avisado antes? –preguntó indignado Laurence.

–El Príncipe ordenó silencio total y los nuevos Jefes de Escuadrón lo han seguido a rajatabla.

–¿Qué dirección ha tomado y por qué compuerta va a entrar?

El Jefe de Escuadra miró de reojo a Jilolum que negó con la cabeza.

–Lo decidió con el Jefe de escuadrón Hamtom –dijo Jilolum a modo de disculpa.

–La compuerta por la que está entrando está inutilizada, envíe a alguien para que se ponga en contacto conmigo de inmediato.

–Iré personalmente a buscarle –dijo Jilolum, saliendo como una exhalación intentando arreglar la situación.

–Espero que por lo menos lleve consigo medio centenar de bastones –dijo Laurence.

–Seis –respondió pesaroso Lóntor.

–¿Seis? ¿Sólo seis? ¡Maldita sea! ¡Tenemos un Príncipe que es un loco! –exclamó llevándose las manos a la cabeza.

–O un héroe... –dijo Lóntor con los ojos brillantes, rabioso por no haberlo podido detener.

LibrosEnRed

Antes de que los dos grupos acabaran de entrar, el Jefe de Escuadrón Hamtom, muy azorado, apareció en una de las pantallas auxiliares, usando la computadora de unos de los almacenes de ese sector. Junto a él estaba Jilolum.

–Bien, ¿cuál es el plan?

–Una vez instalados los bastones, se dirigiría a la compuerta H–cuarenta.

–Lo dudo mucho, ya que un nuevo hárikam (el tercero) acaba de aparecer y le cortará el paso.

–Sin duda irá a la E–treinta y siete –replicó poco convencido.

Laurence miró a alguien de la sala, luego se le crispó el rostro.

–Esa compuerta no funciona desde hace dos días –informó secamente.

–Podríamos enviar a alguien...

–Para cuando lleguen y la vuelen, ya la habrá sobrepasado, a no ser que uno de esos bichos le alcance antes y, pueden apostar su pellejo que si eso ocurre, no habrá lugar en este planeta en el que se puedan ocultar de mi ira –dijo bruscamente cortando la comunicación.

INFORME DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
ASUNTO: IMPACTO Y DESTRUCCIÓN DE TITA.

Tras recorrer dos kilómetros, el O.B. me avisó de la aparición de un tercer hárikam. Me cortaría el paso antes de llegar a la H–cuarenta. Debía cambiar de objetivo. Por su trayectoria y por la velocidad de los tres bichos, me daría tiempo justo de llegar a la E–treinta y siete. ¡Se iban a quedar con las ganas! El calor empezaba a ser insoportable, así que activé el casco para no insolarme y no desperdiciar una sola gota de agua, por la respiración o transpiración.

Contra todo pronóstico, llegué a la E–treinta y siete mucho antes de lo que esperaba, claro que esta vez iba con toda la energía de mi Traje y sin Laurence a rastras. Me detuve ante la compuerta y miré a los tres hárikams que venían cada uno de un punto. Con una gran sonrisa me giré y tecleé la orden de apertura.

–¿Qué demonios...?

Volví a teclear la orden. Nada, no se abría. Miré nervioso a los hárikams, se acercaban rápidamente. No tenía opción, debía ir a otra compuerta, la última, después debería dirigirme a la explanada de roca. Aunque fuera inútil, por que me alcanzarían a mitad de camino. Corrí con todas mis fuer-

LibrosEnRed

zas. Ordené a mi Traje que aumentara mi capacidad pulmonar, la absorción de oxígeno y que trasvasara toda la energía, que mi corazón y mis piernas pudieran soportar. Tras quince interminables minutos llegue a la siguiente compuerta, la F–diecinueve. Un simple vistazo me hizo ver que hacía días que no se utilizaba. ¿Cómo era posible? Cada dos días un equipo las recorría inspeccionándolas. Tecleé rápidamente el código de acceso. Nada, ¡nada!. Volví a teclearlo, chirrió, pero no se movió. La pateé con furia. Me entraron ganas de dispararle con mi fusil de asalto, pero sabía que el blindaje no me permitiría forzarla. Maldije mi mala suerte, los tenía a menos de diez minutos y yo tardaría veinticinco en alcanzar la base de las primeras arenas semiduras. Estaba perdido, ningún grupo de bastones de olor les desviaría de mi rastro, ya no, llevaban demasiado tiempo dándome caza, ya habían fijado mi olor. Sin pensarlo más, empecé a correr a la desesperada hacia la explanada. Llevaba recorrido poco más de un kilómetro cuando noté una suave vibración, bajo mis pies. No podían ser los hárikams, estaban demasiado lejos, instintivamente desenfundé una de mis espadas láser, en espera del ataque de un Trypo. El O.B. no lo detectó. Amplié su zona de rastreo en busca de mis perseguidores. Con sorpresa pude comprobar que se alejaban, ¡cada uno en una dirección! En ese momento volví a notar la suave vibración. Amplié aún más el campo de detección del O.B. Lo que me mostró me dejó sin aliento. Desde mi derecha se acercaba el hárikam más grande que había visto en mi vida. Debía medir, por lo menos, kilómetro y medio de largo por medio de ancho y alto. Era como una montaña en movimiento.

INFORME DE LA SALA DE CONTROL DE LA FORTALEZA DE ROCA.

Aunque las compuertas no se abrían, sus sensores exteriores de rastreo aún funcionaban. Habían captado al Príncipe y, sabíamos, que había sobrepasado la F–diecinueve. Iba en dirección a la gran llanura de roca. No podíamos ayudarle, colocáramos donde colocáramos los bastones no desviaríamos a los hárikams, a esa altura ya lo habrían fijado.

–¡NO ES POSIBLE! –exclamó un Guardián de control.

–¿Qué ocurre? –pregunté alarmado. Las cosas no podían ir peor o así lo creí en ese momento.

–Los hárikams se retiran, rápidamente.

–¿Abandonan la presa? Eso no tiene ninguna lógica.

–A no ser que aparezca otro hárikam lo suficientemente poderoso como para no competir. Mirad los datos de la compuerta L–doce –intervino el Jefe de sala con voz temblorosa.

LibrosEnRed

–Esos datos no pueden ser correctos –balbuceó otro de los hombres.

–¡Enviemos un equipo! –exclamó el Jefe de sala.

–Haría falta un arma como el Jarkon para detener esa montaña –dijo espantado Laurence–. Nadie está lo suficientemente cerca como para intentar algo, aunque sea a la desesperada.

INFORME DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
ASUNTO: IMPACTO Y DESTRUCCIÓN DE TITA.

No podía ser. No había bichos así por estas latitudes. En lo más profundo del desierto, tal vez, pero aquí, no. Siempre pensamos que eran cuentos y leyendas de viejas para asustar a los niños.

No llegaría ni a la mitad de las arenas semiduras. Corría con todas mis fuerzas, ordenando al O.B. que superara todos los límites orgánicos, de perdidos al río...

Cuando pisé por primera vez las arenas semiduras, las ondas de compresión provocadas por el impacto del hárikam, al introducirse en la arena, me tiraron al suelo. Me puse en pie rápidamente. Lo tenía encima. La próxima vez que resurgiera estaría a su alcance. Sin dejar de correr, desenfundé el fusil de asalto, sabía que sería inútil pero no me rendiría tan fácilmente. De repente, un mar de arena me cayó encima casi derribándome, el maldito bicho estaba surgiendo de las entrañas del desierto. El ruido provocado por el roce de la arena, en su dura piel, era ensordecedor. A duras penas me giré semienterrado y comencé a dispararle. Empezó a avanzar lentamente, su enorme sombra empezó a cubrirme y de pronto, se detuvo en seco. Sin previo aviso, empezó a desviarse por mi izquierda. Activé la visión de larga distancia del casco. Enseguida vi la causa, a unos doscientos metros de la puerta del este, la Q–noventa y uno, estaba Yun, rodeada de medio centenar de bastones inyectores que acababa de activar. Me había conseguido el tiempo suficiente para llegar a la explanada de roca. Entre ir y volver, el maldito bicho no tendría tiempo de alcanzarme. Sonrió y levantando la mano, a modo de saludo, se dirigió hacia la compuerta aún abierta, era lista, no se iba a arriesgar.

En el momento que iba retomar la carrera, observé por el rabillo del ojo que Yun se detenía. Al mirarla con detenimiento, vi que se llevaba la mano a la espada láser. En ese preciso instante, de entre sus pies, surgieron cientos de tentáculos de un Trypo, uno de los más grandes, que rápidamente la sujetó fuertemente, inmovilizándola, no dándole tiempo a armarse. Empezó a forcejear intentando alcanzar alguna de sus armas pero la tenía firmemen-

LibrosEnRed

te sujeta. El hárikam avanzaba directamente hacia ella. Corrí tras el madito bicho, sacando fuerzas de la nada, intentando alcanzarle. Con el fusil aún en las manos, comencé a dispararle, intentando captar su atención pero no parecía notar mi ataque. Desde mi posición podía ver cómo Yun forcejeaba enérgicamente, para librarse del asfixiante abrazo. El agotamiento y el miedo me consumían. Ya estaba encima de ella. ¡POR LA GALAXIA DE ANDRÓMEDA LA VA A...!

Fin del archivo del O.B. del Príncipe Prance de Ser y Cel. No existe explicación por la falta de información del O.B. para los acontecimientos ocurridos hasta el encuentro con el Capitán Laurence.

INFORME DE LA SALA DE CONTROL DE LA FORTALEZA DE ROCA.

No lo podíamos creer, el hárikam estaba a punto de alcanzarlo. De pronto, el sistema de seguridad de la Q–noventa y uno, se activó. La compuerta nos informó y mostró, cómo la Princesa se alejaba unos doscientos metros y comenzaba a instalar varias docenas de inyectores.

–¿Qué hace ahí fuera, sola? –preguntó indignado Laurence.

–No lo sé –respondió el Jefe de sala.

–¡Pásame con Dora! –espeté furioso, cosa que hizo al instante, sin replicar la orden, a pesar del obligado silencio impuesto por la seguridad.

–¿Capitán...?

–¿Qué hace la Princesa fuera y sola? ¿Dónde Potos[13] está su escolta?

–Cuando me separé de ella estaba en la llanura de roca. Suele permanecer allí meditando...

–¿¿¿Sola??? ¿Sin protección? ¡DORA, JODER! ¡Yo decido cuándo los Príncipes pueden estar sin escolta y no creo que nadie me haya consultado esa imprudencia! Diríjanse a la explanada de roca, de ese sector, por si pueden ser de ayuda.

[13] N.A.: Animales originarios de un pequeño planeta, junto a una estrella que se convirtió en una enana negra. Son extremadamente nutritivos. Su aspecto se parece a un cerdo de campo pero con un pelo que se asemeja al de las mofetas, y de bastante peor olor que ellas. El pelo está pringoso y pegado al cuerpo por unas babas secretadas por una infinidad de micro poros, distribuidos por todo el cuerpo. Estas babas son lo que producen el horroroso olor. Si alguien entra en contacto con el pringue, permanece con el olor durante meses al reaccionar químicamente con la victima o sus ropajes. Una vez muertos, el olor desaparece en unas horas. En condiciones ideales, se reproducen cada dos días.

LibrosEnRed

–Capitán... –nos interrumpió el Jefe de sala.

–¿QUÉ?

–El hárikam se ha detenido y se dirige hacia la Princesa.

Entonces todo se vino abajo. Un Trypo capturó a la Princesa. Todos los presentes pegaron un respingo, cuando vieron surgir de la arena, los temibles tentáculos que la empezaron a volver, en su totalidad, inmovilizándola.

–Computadora Q–noventa y uno, amplia la imagen –ordené temiendo presenciar lo peor.

El hárikam avanzaba inexorablemente hacia ella. En el fondo, en su parte trasera, se veían pequeños reflejos de lo que parecían explosiones energéticas, Prance trataba de hacerle volver. Era el más grande que nadie había visto nunca. En pocos segundos llenó la pantalla y de pronto, abriendo su enorme boca, descargó toda su furia sobre ella. La ola de arena provocada por el impacto, enterró la compuerta dejándonos ciegos. Las compuertas exteriores, del otro lado de la fortaleza, informaron del paso del hárikam y del Príncipe que le perseguía. Las compuertas les siguieron hasta el máximo de su capacidad, perdiéndose su rastro en el interior del gran desierto.

Para que no cundiera el pánico, ordené a todos los presentes que no informaran a la tropa de la muerte de la Princesa, hasta que encontráramos al Príncipe.

ARCHIVO DE ALTA SEGURIDAD.
ACCESO RESTRINGIDO A TODO EL PERSONAL SIN EXCEPCIONES.
INFORME FACILITADO POR EL CAPITÁN LAURENCE.
GRADUACIÓN: MÁXIMO JEFE DE SEGURIDAD Y SEGUNDO DE
LOS EJERCITOS DEL BIEN.

Lo que relato en este informe, probablemente no lo lea jamás nadie, pero es necesario que quede constancia por si algún día caigo en combate y, de esta forma, el Guardián que ocupe mi puesto, pueda conocer qué ocurrió, pudiendo así, tal vez, comprender algo más a ese extraordinario hombre que es mi amigo y nuestro Príncipe.

La Princesa me informó de la séptima enfermedad, la Locura, sin que Prance lo supiera. Temía no estar cerca, en el remoto caso de que se volviera a producir y, además, necesitaba confiarse a alguien y dado mi rango y mi amistad con ambos, era el más apropiado, aunque a veces pienso que Ayam habría sido una elección más acertada, ya que siempre parece saberlo todo.

LibrosEnRed

Este informe lo iniciaré donde acaban todos los demás, en el momento que el hárikam acaba con la vida de la Princesa. Los únicos informes anexos son los de las compuertas del otro lado de la fortaleza, que registran el alejamiento del hárikam y del Príncipe. Tras ordenar un absoluto mutismo sobre lo acontecido y a un Escuadrón la salida al exterior, a la espera del regreso del Príncipe, fui a mi aposento de la fortaleza y me conecté con las compuertas de la zona donde se hallaba Prance, en el momento del ataque del bicho a la Princesa. Con paciencia, seguí sus movimientos tratando de captar en alguno de los sistemas, su rostro. Tras varias infructuosas búsquedas, conseguí encuadrar su cara. Mis mayores temores se hicieron realidad, tenía los ojos verdes brillante, la séptima enfermedad se había reactivado. La locura había hecho presa en él. Sin que ningún Guardián de la sala de control se percatara, desvié las imágenes de las dos compuertas más alejadas del otro lado, al archivo de seguridad de forma que nadie pudiera verlas.

Puse las imágenes de las dos compuertas, una junto a la otra, y en una tercera pantalla, la combinación generada por computadora de ambas. Cuando di la orden de inicio, tuve que sentarme ante lo que estaba viendo. Prance, cada vez corría más rápido, sin dejar de disparar su fusil de asalto, acortando distancias con el animal, algo... ¡imposible! Cuando estaba a punto de alcanzarle, se quedó sin energía en su arma. Pero no disminuyó la velocidad, sino que aceleró aún más alcanzándolo, empezando subir por su cola. Cuando trepó hasta el lomo, desenfundó su espada láser y comenzó a "apuñalarlo" salvajemente, mucho más fieramente que con la enfermedad de la Furia. Luego se les perdía de vista en dirección a la zona más profunda del desierto.

Esperé tres días su regreso, antes de tomar una decisión. Finalmente convoqué una reunión con los Capitanes Yárrem, Mhar, Jhem y Dora.

–Capitán Laurence, –comenzó Yárrem–, he de decirle que el hacerme bajar a este horno me parece una imprudencia, y más siendo yo el Capitán de más rango a cargo de la flota y la Gran Dama. He tenido que dejar a la Yúrem, al mando. Sabéis que la tropa, a pesar de que conocen sus capacidades y que le tienen un gran respeto, no la aceptan porque su presencia les priva de la compañía del Capitán Anyel, muy apreciado entre nuestros hombres y... –dijo interrumpiéndose en el momento que vio el rostro de Dora.

–¿Qué ocurre? –preguntó Mhar.

–La... la Princesa ha muerto –respondió Dora dejando resbalar por sus mejillas unas lágrimas de dolor infinito.

–¿¿¿Quéééé??? –gritó Yárrem poniéndose en pie.

LibrosEnRed

–¿Cómo? ¿Cuándo? –preguntaron casi al unísono Mhar y Jhem con los ojos inundados de lágrimas.

–Cuando se estrelló Tita, un hárikam la mató mientras salvaba al Príncipe.

–¡Mierda! ¿Por qué no me has informado? –preguntó indignado Yárrem.

–Por que estoy al mando y yo tomo las decisiones.

–¡Quiero hablar con Prance! ¡Tiene que estar destrozado! –continuó furioso.

–No puedes. No está entre nosotros.

–¿Y dónde demonios está? –preguntó Mhar sollozando.

–Salió en persecución del Hárikam que la mató.

–¿Con cuántos hombres? ¿Cuándo?

–Solo. Hace tres días –respondí escuetamente.

–¿Sólo? ¿Hace tres días? ¿Qué han informado los equipos que habéis enviado en su busca? –preguntó Yárrem muy preocupado.

–No he enviado a nadie.

Sin mediar palabra, Yárrem se levantó y avanzó hacia él con los puños apretados. Parecía que iba a pegarle.

–Tienes tres segundos para darme un motivo para no hacer una locura.

–Por que estoy al mando y yo, y sólo yo, tomo las decisiones. Guarda tu ira y vuelve a sentarte.

Desconcertado ante mi serenidad, retrocedió, sentándose apesumbrado.

–No puedo explicaros por qué no he enviado a nadie en su busca, por eso estáis aquí. Yárrem, quedas al mando hasta que regrese.

–¿Regrese? –preguntó Jhem preocupada.

–Voy a ir en su busca y lo voy a hacer solo. Si no regreso en el plazo de seis semanas, se me dará por muerto y no se enviará ningún equipo de rescate. Esto es una orden directa, Capitanes y no admito réplicas. La reunión ha terminado, los detalles os lo proporcionará la Capitana Dora, que queda al mando de la Fortaleza hasta mi regreso o la finalización del plazo. Yárrem, quiero que partas hacia la Gran Dama, en el primer transporte que esté disponible. Como Capitán en Jefe, tu lugar está con la flota.

Tras dejar todo lo mejor atado posible, partí tras las huellas del hárikam, usando un rastreador de olor. Lo más complicado fue convencer a Dora y Jhem para que no me acompañaran. Usando la lógica, decidí no llevar bas-

LibrosEnRed

tones de olor. No los necesitaría, ya que ningún otro hárikam se acercaría al rastro de este. Dudaba mucho que hubiera otro más grande o poderoso. Además, los inyectores no me habrían servido de nada por que en esa zona, no hay rocas o montañas donde refugiarse.

Durante tres semanas seguí al animal, su rastro aparecía y desaparecía constantemente, ya fuera por que se "sumergiera" o por pequeñas tormentas de arena, por suerte no era la época de las grandes tormentas. Esto me obligaba a suponer la dirección que había tomado, haciéndome perder, en ocasiones, bastante tiempo teniendo que desandar lo andado. De pronto, el rastreador captó otro rastro que avanzaba en paralelo. ¿Cómo era posible? ¿Otro más grande? Según el aparato era menos poderoso, lo que aún tenía menos sentido. Tras dos días, en vez de uno había media docena, todos por delante de mí. Y para mayor incertidumbre, se iban uniendo desde distintos lugares, como si acudieran a una llamada. Al anochecer empecé a captar el olor, parecía venir de todas partes. Activé el casco parcialmente, hasta la altura de los ojos, lo programé para visión nocturna y seguí avanzando. Al amanecer, quince minutos después, el olor traído por el cambio del viento, lo invadía todo. Era fuerte, dulzón, penetrante, se incrustaba en las fosas nasales, obligándote a pensar en él en todo momento. Enseguida me di cuenta que estaba comenzando a subir la cuesta de una duna. Tras una hora de duro esfuerzo llegué a la cúspide, descubriendo con asombro que se trataba de una duna pequeña, adosada a otra gigantesca, cinco veces más grande y alta que la fortaleza de roca. Iba a tardar todo un día en llegar a la cima.

Los soles se mostraban implacables, no podía correr el riesgo de sucumbir, así que opté por rodearla. Tardé más de dieciocho horas. Cuando llegué al otro lado, por el que "golpeaba" un solo sol, el rastreador no dejó dudas, nuevos rastros se dirigían a la duna desde distintos lugares. Todos convergían en la gran duna. No había remedio, tenía que subir. Armándome de paciencia y valor, comencé la ascensión. Enseguida aumentó el olor, tanto en intensidad como en fuerza, mareaba. Activé el casco al completo para no olerlo. No sirvió de nada, lo tenía incrustado en el cerebro, no conseguía librarme de él.

Tan sólo faltaban treinta metros para el borde de la duna, cuando la arena pareció volverse más fina y comencé a resbalar, tras dar un par de manotazos al aire, conseguí asirme a algo, pero cuando levanté la cabeza para ver a qué me estaba agarrando, se me heló la sangre. Era la punta de la cola de un hárikam. Contuve la respiración esperando que no se moviera. No lo hizo. Con cuidado, lo solté y activé mi O.B., que me indicó que el animal

LibrosEnRed

estaba muerto, por lo menos el pedazo que sobresalía. De las pocas cosas que sabemos de los hárikams es que son inmortales. ¿Cuál podía ser la causa de su muerte? Armándome de valor continué la ascensión, llegando finalmente al borde. Lo que vi me impactó tan brutalmente que caí de rodillas, en un principio, sin comprender lo que estaba mirando. La gigantesca duna era en realidad, un conglomerado de varias docenas que habían formado un valle seudo circular en su interior. El panorama era dantesco, por todas partes se veían hárikams muertos, destrozados, machacados, varios sobresalían a medias de las paredes del "valle", faltándoles la cabeza, que estaba varios metros de los cuerpos, se veían agujeros en sus corazas, algunos partidos en dos, otros reventados, otros aplastados como si una mano gigantesca los hubiera estrujado. Había por lo menos doscientos. En algunas zonas, los líquidos de los animales habían formado charcas cenagosas de varias docenas de metros de diámetro, convirtiéndose en unas improvisadas arenas movedizas.

Cuando conseguí tranquilizarme, me percaté de que en el centro del valle había algo que desentonaba. Usando el casco para ampliar la imagen, vi que era Prance. Estaba en el suelo, de rodillas, con la barbilla apoyada en el pecho. Los brazos le colgaban a los lados, inertes. Me temí lo peor. Sin preocuparme de mi seguridad, corrí por la ladera abajo. Nada se movía. Pasé corriendo junto a uno de los animales que parecía que lo hubieran destripado, utilizando una cuchara gigante. Tardé más de cuarenta minutos en llegar hasta él. Desactivé el casco y, el brutal impacto, del olor en descomposición de los animales me hizo tambalear y casi caer, teniendo que pararme. Con una honda inspiración avancé hacia él. El O.B. no detectaba nada, según los datos que me suministraba, donde estaba él, no había nada. Como si no existiera.

–¡Prance! ¡Prance! –grité según me acercaba, sin que produjera en él ningún efecto. ¡No podía estar muerto! ¡El no!

Me arrodillé frente a Prance y le miré a los ojos que carecían de vida, estaban fijos, vidriosos. Su Traje estaba cubierto de polvo, lo que significaba que no tenía energía. Observé que su mano derecha estaba cerrada y por el grosor de su puño guardaba algo. Alargué la mano y acaricié su rostro llamándole con suavidad. Estaba helado, duro, rígido... muerto.

Volví a mirar su apretada mano, las lágrimas corrían por mis mejillas sin control, nublándome la vista. Con todo el cuidado y cariño que pude, cogí su mano e intenté abrirla. En ese instante, mientras lloraba amargamente, me pareció intuir que su pecho se movía. Con el dorso de la mano, restregué mis ojos y con gran alegría, observé que su pecho subía y bajaba lentamente. ¡Respiraba!

LibrosEnRed

–¡Prance! ¡Prance! –grité mientras le agitaba.

Poco a poco, la vida fue volviendo a su rostro. Levantó el brazo colocando el puño entre nosotros y abriendo la mano, me mostró un Jade, el de Yun. En ese instante se derrumbó sobre mi pecho llorando desconsoladamente.

–¡Ha muerto! ¡Muerto! ¡Solo, estoy solo! –gritó entre profundos sollozos.

Esa fue la primera y última vez que le vi llorar.

Pasamos dos días abrazados en ese lugar. Finalmente conseguí convencerle para que volviéramos. Tenía que preguntarle cómo había acabado con los hárikams pero no me atreví. No era el momento. Algo que sí pude descubrir, desde la cima y antes de salir del valle, fue que no estaba el cadáver del que mató a Yun.

Durante el regreso por el desierto, no nos cruzamos con ningún otro hárikam y no mediamos palabra. El rostro de Prance estaba cenizo, marchito, sin vida. Al llegar a la fortaleza, cogió el primer transporte que estaba disponible y se dirigió a la Gran Dama. Ni siquiera me dio tiempo de organizar una escolta decente. Para cuando Yárrem llegó al espaciopuerto cuatro de Dama, Prance ya había desembarcado y encerrado en sus aposentos. No habló con nadie, ni permitió que nadie le acompañara.

Fue la última vez que pisó Jarkis.

Las primeras semanas, intentamos hablar con el Príncipe, pero la respuesta de Dama y de las puertas de acceso a sus aposentos, era siempre la misma; "el Príncipe está bien. No desea ver ni hablar con nadie".

Dora pasó meses ante las puertas, con el equipo de guardianes de elite que protegía la sección de los aposentos. Todos los días le rogaba que le dejara pasar, obteniendo siempre una negativa.

Las circunstancias me obligaron a ponerme al mando de todos los ejércitos. Era la primera vez que estaba al mando total, sin una sola directriz del Príncipe. Reconozco que el trabajo me abrumaba. Comprendía que el trabajo de Prance era importante pero, hasta ese momento, no que fuera tan extenso y complicado. Todo estaba perfectamente equilibrado, un error en un sector provocaba el caos en otro. Tenía que estar con todos los sentidos a la vez, en máxima alerta y siempre temía que se me pasara algo. ¿Cómo podía mi amigo soportar semejante tensión?

Los primeros combates a los que me tuve que enfrentar, fueron pequeñas escaramuzas de las que salimos bien librados. Pero casi a los dos mil años de reclusión de Prance, las cosas se pusieron feas. La mitad del segundo

LibrosEnRed

ejército del Mal, casualmente, se vio obligada a hacernos frente, cuando prácticamente nos topamos de morros, mientras perseguíamos a un gran contingente pirata que estaba asolando los sistemas de la zona. Ninguno de los dos bandos podía emprender una huída ya que significaría unas pérdidas enormes, así que la única solución era combatir. Para complicar más las cosas, el gran contingente pirata se les unió esperando sacar tajada.

El despliegue de la flota enemiga era insuperable, en cambio yo no tenía las ideas claras, ni la estrategia a seguir. El genio militar era Prance, yo no estaba preparado para una batalla de semejante envergadura. Tenía que hablar con él. Lo haría aunque tuviera que volar las dobles puertas. Así que fui a sus aposentos.

–Capitán Laurence a sistema de puertas de acceso de los aposentos del Príncipe Prance de Ser y Cel, solicito apertura.

–Denegada la solicitud –respondió átonamente.

–Esto es una orden directa como Capitán, apertura inmediata.

–Denegada por rango. Recibí una orden directa contraria del Príncipe.

Necesitaba ayuda, así que llamé a Dama.

–Dama, dile al estúpido sistema de las puertas de acceso a los aposentos del Príncipe que me permita pasar.

–Recibí ordenes muy específicas del Príncipe...

–¡Me importan un cuerno de Gult las órdenes que te haya dado! ¡ABRE!

–No procede.

Debía convencerla.

–Soy el Jefe máximo de seguridad. ¿Me equivoco?

–No.

–También de esta nave y de toda la tripulación, incluido el Príncipe. ¿Verdad?

–Sí.

–Como bien sabes estamos a punto de entrar en combate contra una flota enemiga muy poderosa.

–Llevamos horas haciendo cálculos y distribuyendo nuestras naves según las probabilidades de la batalla, sería una I.A. realmente estúpida si no hubiera llegado a esa conclusión.

LibrosEnRed

–De eso se trata, yo no estoy capacitado para una batalla así, por lo que las probabilidades de que esta nave sea destruida, son bastante elevadas. Si no recuerdo mal, tu prioridad sobre todas tus funciones, es proteger la vida del Príncipe y si esta nave es destruida, el Príncipe, muy probablemente, morirá.

–Sigo sin entender por qué tengo que ordenar que las dobles compuertas se abran.

–Para que informe al Príncipe de lo que acontece y se ponga al mando de la batalla.

–El Príncipe ya ha sido informado y puede dirigir la batalla desde sus aposentos.

Ahora tocaba jugársela el todo por el todo.

–¿Está controlando el despliegue de la flota enemiga o el de la nuestra?

–No. Me he limitado a informarle, luego se ha activado el mensaje, pero no ha ordenado que sea reproducido.

–¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

–No tengo acceso a él y como no lo ha reproducido, no sé qué es lo que contiene. Y anticipándome a su próxima pregunta, Ayam tampoco.

–Si no controla la batalla, seremos destruidos. El Príncipe no es un I.A., no se rige por la lógica, sino por sentimientos, sólo otro humano puede hacer que cambien y por tanto, también su lógica.

–Entiendo. Quiere convencerle, usando sentimientos, para que participe en la batalla.

–Sí.

–Le permito el acceso, pero si el Príncipe me da una orden directa, le expulsaré de los aposentos sin demora y sin posibilidad de réplica. Aunque tenga que utilizar mi armamento interior.

–Acepto tus condiciones, Dama.

Las dobles puertas se abrieron, como siempre, en absoluto silencio. Dentro, los sistemas luminosos no estaban activos, avancé penetrando en la más absoluta oscuridad. Recorrí las distintas estancias de memoria, hasta llegar a su dormitorio. Prance estaba de pie, como petrificado. Al traspasar la arcada del umbral, yo también me quedé petrificado. Yun estaba frente a él, sonriendo. Lentamente llevé mi mano al teclado del O.B. comprobando que se trataba de un holograma.

LibrosEnRed

Avancé poniéndome a su altura. El holograma era perfecto, se veía cómo su pecho subía y bajaba por la respiración. Realmente parecía que estaba allí. Prance tenía la mirada como ida. No pareció percatarse de mi presencia.

–Prance.

No se inmutó.

–Está bien. No me respondas, pero escúchame. Estamos en un serio peligro. En menos de dos horas, nos vamos a enfrentar a la mitad de la flota del segundo ejército del Mal, junto a un nutrido grupo de naves piratas. Necesito que estés en el puente de mando para dirigir la batalla. ¿Me oyes? ¡Maldita sea! ¿ME OYES? –Le pregunté agitándole, sin conseguir alguna reacción.

Estaba como helado. No parecía darse cuenta de nada. No me oía o no me quería oír. Opté por volver a la sala de mando.

Tan sólo faltaba una hora para la batalla. Ordené el cambio de claves y solicité la apertura de canales para los Capitanes de todas las naves de la flota. Tratando de aparentar toda la tranquilidad que pude, me dirigí al asiento de mando de Dama, que era desde donde Prance dirigía los combates y, cuando el Jefe de trasmisiones me informó que estaba listo, comencé a comunicar el plan de ataque.

El enemigo estaba agrupado y resguardado, en su retaguardia, por un amplio cinturón de asteroides que les protegía, evitando que intentáramos atacarles por ahí, de forma que podían usar la energía de los escudos de popa para los de proa, dándoles aún más ventaja. La pantalla principal me mostraba sus posiciones.

–Capitanes, un ataque frontal nos supondría un gran número de pérdidas y no la seguridad de una victoria, por eso voy a seguir una antigua lección que me dio nuestro Príncipe y señor, "divide y vencerás". Así que vamos a agruparnos y atacarles en forma de flecha en el centro de su flota, lo que les obligará a dispersarse, creando una gran confusión entre sus cruceros. Sin su unión y ya que nosotros estaremos agrupados, pudiendo coordinar nuestro ataque, les venceremos en su caos.

–La teoría es buena pero en la práctica, será nuestro aniquilamiento –dijo una voz desde las compuertas de acceso a la sala de control.

Los presentes en pleno nos giramos hacia ellas. ¡Era Prance! El silencio se hizo casi insoportable. La Yúrem le miraba absorta. Estaba serio, pétreo, casi parecía no tener vida. Avanzó dudoso en un principio pero, enseguida, lo

LibrosEnRed

hizo con paso firme. Me miró, me aparté con una sonrisa, dejándole ocupar su lugar habitual.

–Soy el Príncipe Prance de Ser y Cel, a todos los Capitanes de la flota; las órdenes del Capitán Laurence quedan revocadas.

–Parecía un buen plan, mi señor –intervino Yárrem desde el ala derecha de la sala.

–¡ES UN BUEN PLAN! Pero mal dirigido. Divide y vencerás pero no a las naves del Mal. Si yo estuviera al mando de la flota del Mal, en cuanto nos vieran venir, me abriría, de forma que nos permitiera penetrar en su centro y luego nos atacaría por todas partes. Habríamos pasado de ser los atacantes a los atacados, perdiendo la iniciativa, lo que suele llevar a la derrota.

Dividiremos, pero nuestras fuerzas. Capitán Laurence, un tercio de la flota, ala derecha. Capitán Yárrem, un tercio de la flota, ala izquierda. Yo, con el resto y la Gran Dama, atacaré el centro de su agrupación. Presionaréis sus flancos obligándolos a permanecer agrupados.

–Con todos los respetos, mi señor. ¿Ese ataque no nos va a producir un gran número de bajas? –preguntó Laurence preocupado.

–En teoría sí, a no ser que sus escudos estén muy dañados, lo que nos proporcionaría una gran ventaja.

–Pero sus escudos no están dañados –afirmó algo dudoso Yárrem.

–Lo sé. Prepárense para atacar.

Sin dudarlo un instante, tanto Yárrem como yo, obedecimos sus órdenes. No era momento para "peros".

La cuenta atrás para el ataque, pasaba lentamente. La flota se dividió en tres grupos y se fue posicionando alrededor del enemigo. Estoy seguro de que en los minutos previos a nuestro ataque, el Capitán que dirigiera la flota del Mal, se estaría frotando las manos. Un ataque como ese, nos ponía en una severa desventaja. Todo estaba listo. De pronto, un Capitán sin identificar, coló un mensaje en la sala de control.

–En posición –dijo el Capitán.

–Procedan –respondió el Príncipe.

Yárrem me miró a la espera de una explicación, que obviamente no pude darle.

–Activen las comunicaciones con la flota, en abierto, quiero que me vean todos nuestros hombres –ordenó Prance. Cada vez todo era más extraño.

LibrosEnRed

–La flota a la escucha –informó el Capitán de comunicaciones–. Y la del Mal también, ¡seguro! –apuntilló.

–Guardianes, vamos a entrar en combate. Si dentro de diez minutos las naves enemigas no se rinden será un combate shamarkanda, no habrá piedad, no se harán prisioneros. ¡Hoy es un buen día para...!

–¡...MORIR! –voceamos todos, terminando la frase de guerra, que gritaban las tropas de elite antes de entrar en combate. En ese momento dudé, por un instante, si el Príncipe estaba cuerdo. ¿Por qué había informado al Mal del momento de nuestro ataque? ¿Sería esta batalla una forma de morir combatiendo y reunirse con ella, al otro lado de la frontera? Al mirar su rostro pude intuir al viejo Prance. Tenía un plan, sin duda alguna.

El Mal ultimó los últimos movimientos de sus naves rápidamente. Para nosotros, los minutos parecían pasar lentamente. Debíamos de haber atacado nada más terminar su breve discurso pero en cambio, esperó a que el plazo espirara.

–Está en automático, pilota la I.A. Nos vamos en la lanzadera –volvió a interrumpir el misterioso Capitán.

–¡ATAQUEMOS! –ordenó.

Nos posicionamos y a distancia de fuego, ordené el ataque. El Mal respondió furioso y a plena potencia. No iban a relajarse lo más mínimo.

–Que nuestros cazas no salgan –ordenó dejándonos a todos perplejos. Si no los sacábamos, sus cazas podrían atacar secciones concretas de los escudos, destruyéndolas, dejándonos al descubierto y vulnerables.

Casi enseguida comenzaron a tomarnos ventaja. Su defensa era muy superior. Cuando estaba a punto de decirle algo a Prance, en la retaguardia, en medio de la formación enemiga, cerca del límite del cinturón de asteroides, se produjo una brutal explosión. La onda expansiva lanzó contra el conglomerado enemigo, decenas de miles de asteroides de todo tipo y tamaño. Varios, de más de un centenar de metros de diámetro, destruyeron en el acto varios de los cruceros de combate más grandes de la flota enemiga, y muchas de las naves intermedias y pequeñas. El resto, casi en su totalidad, sufrió distintos daños en sus cascos, dejando algunas inoperantes y lo más importante, sus escudos tocados o totalmente dañados. Las naves se desplazaron en todas direcciones por la onda expansiva, descoordinando su defensa o la poca que iban a poder presentar.

Cuando nuestra flota, y gracias a la distancia, esquivó los pocos asteroides que se dirigieron hacia nosotros, atacó con toda la fuerza y potencia, de sus naves y cazas. El Mal fue barrido sin piedad. Cuando el combate terminó y

LibrosEnRed

el Príncipe recibió los datos de la batalla y de las escasísimas bajas para una batalla de tal calibre, se volvió a sus aposentos.

Dos horas después, en uno de los pasillos adyacentes a la sala de control, un Capitán me detuvo.

–Espero sus órdenes –dijo sorprendiéndome.

–¿Órdenes? Capitán...

–Lpintym de Sum y Ferim. Mi nuevo destino.

–Perdone pero no le sigo.

–El Príncipe me dijo que usted me asignaría una nueva nave, de hecho, un ascenso por mi acción; Capitán de un pequeño crucero de combate

–¿Ha hablado con el Príncipe? ¿Cuándo? No, mejor comience por el principio.

–Poco menos de dos horas antes de la batalla, el Príncipe me llamó. Yo estaba en el espaciopuerto seis controlando las posiciones de las naves de desembarco y asegurándome que estuvieran listas, por si llegara el caso de que hiciera falta usarlas, para la batalla. Me presenté ante la pantalla principal de espaciopuerto. Me puso al mando de un Crucero de carga de la retaguardia, pidiéndome que eligiera a la mejor y mínima tripulación, necesaria para manejarlo. Me informó que acababa de dar las órdenes necesarias para llenar la bodega de explosivos y materiales altamente inestables. Luego, siguiendo sus directrices, rodeamos el cinturón de asteroides y nos introdujimos en él acercándonos al contingente enemigo.

–¿Se introdujo con un crucero de carga, lleno de explosivos, en un enjambre de asteroides? –pregunté asombrado.

–Si el Príncipe lo consideraba factible, yo también –respondió con orgullo.

–Ahora entiendo por qué esperó para atacar. Quería distraerlos obligándoles a centrarse en nuestras naves.

–No podían esperarse un ataque por la retaguardia –respondió sonriente Lpintym.

–Este período tendrá su nuevo destino en un Crucero de combate –respondí palmeando su espalda. Ha tenido mucho valor, Capitán Lpimtym. Puede que más del que se cree. Seguiré de cerca su carrera. Espero verle muy pronto entre los Capitanes de elite.

Respirando con tranquilidad, me alejé mucho más contento, más porque Prance había superado la séptima enfermedad, que por haber ganado la batalla. Era imposible que volviera a recaer. Además, seguía siendo un ge-

LibrosEnRed

nio, ¡cuánta falta nos hacía nuestro señor! Ese día decidí triplicar su seguridad y ordené a Dora que permaneciera a su lado en todo momento y, a Mhar y a Jhem que lo vigilaran a distancia usando a Dama o a lo que necesitaran, siempre que saliera de sus aposentos, por supuesto de forma que no se diera cuenta.

Cuando llegué a mi cubículo, llamé a Dama.

–¿Qué desea Capitán Laurence? Está en su cubículo de descanso, no suele llamarme desde aquí. ¿No puede dormir?

–Quiero que todo lo que hablemos, ahora y aquí, permanezca en el más absoluto secreto. Guárdalo en el archivo de máxima seguridad. No debe tener acceso nadie, ni siquiera Ayam, la Yúrem.

–Puedo impedir el acceso a todo el mundo menos al Príncipe.

–A él no debes ocultarle nada. Cuando me fui de los aposentos del Príncipe, ¿qué ocurrió?

–Activó el mensaje holográfico.

–Quiero verlo, pero no en holograma, eso sería violar en exceso la privacidad del Príncipe, muéstramelo sobre la pared del fondo del cubículo. Pero si sólo aparece la Princesa, como la vi en sus aposentos, sólo quiero el sonido.

La pantalla permaneció en negro. Oyéndose la voz de la Princesa; "Prance, cariño, si estas viendo estas imágenes, significa que he cruzado al otro lado de la frontera y que la Gran Dama está a punto de entrar en combate, con un número de enemigos muy importante y no estás en la sala de mando. He sido plenamente feliz a tu lado. Hemos pasado juntos mucho tiempo, convirtiéndonos en almas gemelas. Te conozco mejor que a mí misma, así que tengo la certeza, que en estos amargos momentos, lo único que deseas es reunirte conmigo en este lado de la frontera pero sabes que eso no es posible, el Bien te necesita y ahora más que nunca. No puedes rendirte, piensa en todos los que han caído, ¿permitirás que sus muertes hayan sido en vano? Lucha contra esos indeseables del Mal y vénceles. Nuestros destinos están unidos, más tarde o más temprano, volveremos a estar juntos. Mi corazón siempre estará contigo. Te quiero y te querré... siempre.

–¿Desea algo más? –preguntó Dama.

–No, gracias –dije con la voz temblorosa. Las lágrimas me corrían por las mejillas. ¡Qué mujer! ¡Nos seguía protegiendo incluso después de su partida! ¡La Fried más grande que había surgido de nuestro planeta! Entonces entendí aún más el dolor de mi amigo...

LibrosEnRed

Durante casi mil años, el Príncipe sólo salió de sus aposentos para presentar batalla al enemigo o para reunirse con el Gran Consejo. No sonreía, no se reía, serio, indiferente, parecía que la vida carecía de sentido para él. Dora, siempre que se lo permitía, lo mimaba hasta la saciedad, pero no conseguía que volviera a ser el de antes.

LibrosEnRed

Capítulo 18

INFORME DE MÁXIMA SEGURIDAD DEL O.B. DEL CAPITÁN LAURENCE. ASUNTO: EVACUACIÓN DE LA RAZA YÚREM.

El último día, del cuarto trimilenio, de la quinta generación de la raza Yúrem, recibimos un mensaje de emergencia del Patriarcado Yar. Sus sistemas de defensa habían detectado la aproximación de un asteroide de cinco mil kilómetros de diámetro, casi se podía incluir en la categoría de luna. Los datos finales no dejaban dudas, impacto contra el planeta y como consecuencia, destrucción total.

Era demasiado grande y rápido como para desviarlo o destruirlo. Y aunque fuera menor, no había tiempo para preparar alguna defensa o línea de ataque. Para nuestra sorpresa, cuando les informamos que les enviaríamos todas las naves disponibles que se encontraran por la zona y que obviamente, no podríamos rescatar a toda la población, nos respondieron que los sesenta y cinco mil que podríamos rescatar, en tan poco tiempo, ya habían sido seleccionados y que los primeros en llegar, se encontraban acampados desde hacía dos horas, junto a los espaciopuertos, en espera de su evacuación, porque la destrucción y exterminio del resto de la población, había aparecido en sus profecías.

Cogí la nave más rápida de la flota y fui personalmente a su planeta. Llegué dieciocho horas antes del cataclismo. El asteroide se veía a simple vista. En contra de lo previsto, no había revueltas ni disturbios, ni intentos de apoderarse de una nave, por parte de los que no habían sido seleccionados. La verdad es que no había nadie a parte de una silenciosa fila de Yúrems que embarcaba en una nave de carga. Ordené a la escolta que permaneciera junto a nuestra nave, dirigiéndome al edificio del Patriarcado. Estaba casi vacío, aparte de algunas ancianas repartidas por distintos niveles, sólo estaba la Gran Garda en el centro. Me esperaba, no había duda.

–Bien venido, Capitán Laurence, siento recibirle de esta forma solitaria pero las Yúrems querían pasar sus últimas horas con sus hombres.

–Lo entiendo, Jefe del Patriarcado.

–Gran Garda, por favor.

–Gran Garda, entonces.

LibrosEnRed

–Me sorprende que siendo la mano derecha del Príncipe y el segundo en mando de los Guardianes del Bien, vengáis solo.

–¿Debería haber traído una escolta? –pregunté con sorna.

–Me gustáis Capitán Laurence –respondió mostrando algo que parecía una sonrisa.

–Vos también. Lamento no haber podido venir en otra ocasión más... propicia. Si no es indiscreción, me gustaría saber si sois la misma Gran Garda que conoció a nuestro Príncipe –dije cambiando de tema.

–Sí. Un gran hombre, nuestro Príncipe. Y que conste que es la primera vez que alguien me oye decir algo así de un varón.

–Por lo que oigo, lo consideráis también vuestro Príncipe.

–Sí. Es nuestra única esperanza. Aunque sea un cabezota y niegue sus capacidades.

–Ambas cosas no puedo negarlas.

–Supongo que no, por que a pesar de sus súplicas se ha negado a venir.

–Al final va a ser cierto que sois adivina.

–Sólo predecimos un posible futuro, Capitán. Siempre borroso. No se puede imaginar cuántas variables hay. ¿Cómo está realmente?

–Aún no se ha recuperado de muerte de la Princesa.

–Tardará mucho, tal vez no se recupere nunca pero seguirá luchando contra el Mal, hasta el fin.

–De eso estoy seguro.

–Por cierto, me parece bien. Es una solución.

–No le entiendo.

–Su planeta de origen Jarkis, será un buen hogar.

–¿Cómo...?

–¿Olvidáis que soy la Patriarca Yar? Mi raza siempre estará en deuda con el Príncipe, sé que la idea ha sido suya. Quiero que le transmitáis mi más sincero agradecimiento.

–Creía que ibais a venir conmigo en mi nave.

–Vuestra misión es proteger a nuestro Príncipe. Debéis volver a su lado cuanto antes. Yo me quedaré con mi pueblo aquí. Mi tiempo ha terminado. Ya ha sido designada otra Patriarca Yar para el nuevo mundo.

LibrosEnRed

–Un gesto que os honra. ¿Puedo haceros una pregunta?

–¿Por qué, si soy inmortal, parezco una anciana?

–Sí. No deberíais haber envejecido –pregunté azorado.

–Mi hombre...

–¿Su hombre?

–Esposo dirían ustedes, murió en un desafortunado accidente. Le amaba. Sí, nosotras también amamos, aunque ustedes no puedan notarlo y nuestro amor es para siempre. Ese triste día decidí no parar mi envejecimiento hasta que no hubiera más remedio. No quiero seguir viviendo sin él, me espera al otro lado de la frontera desde hace ya demasiado tiempo. La muerte no es tan mala. Sólo es un paso a otro lugar. No debéis preocuparos, lo que ha de ocurrir ya lo vimos en la profecía.

–La...

–No, usted, Capitán, no es necesario que la conozca. Mi raza asume su destino y se alegra de que una pequeña parte de los nuestros, pueda salvarse. Ahora debéis iros.

–Ha sido un honor conoceros –dije haciéndole la reverencia en señal de respeto. Luego me giré y no volví a verla.

–Que la sabiduría os guíe y la paz os acompañe –le oí decir mientras salía.

El traslado del convoy de rescate de la raza Yúrem, se produjo sin incidentes. Seguimos la ruta sugerida por la Gran Garda. No nos cruzamos con nadie, ni siquiera con un Crucero de trasporte. Algo muy extraño, porque estábamos obligados a cruzarnos por varias rutas de paso muy transitadas. No me cabe duda que la trazó así, con toda la intención y comprendiendo la importancia de mantener el secreto del destino final de su raza. Seguimos sus instrucciones al pie de la letra.

Sé, por Ayam, y ésta a su vez por Dama, que Prance desde sus aposentos, siguió todos los acontecimientos desde mi entrevista con la Patriarca, pidiendo informes y posiciones regularmente. Estaba preocupado por ellos aunque no lo demostró ni ante mí, ni ante nadie. De hecho cuando Yárrem o algún Capitán quería darle un informe al respecto, le ordenaba que los introdujera en los archivos de Dama y les comunicaba que cuando tuviera tiempo, ya les echaría un vistazo. Luego, en sus aposentos, los leía y observaba ávidamente.

Por aquel período hubo una gran temporada en la que no se produjeron combates. Era como si al Mal se lo hubiera tragado un agujero negro. Sin duda estaban preparando algún contraataque.

LibrosEnRed

Durante este periodo de "paz", me dediqué a recorrer la Gran Dama de arriba abajo. La zona de impulsión central era impresionante, esos motores eran lo más increíble que había visto en la vida. Nuestros ingenieros los investigaban constantemente, sin conseguir comprender plenamente su funcionamiento. La teoría, a pequeña escala, sí pero... ¿cómo era posible que semejante nave con su enorme tamaño pudiera absorber energía suficiente del espacio, sin necesidad de acercarse a una estrella para recargarse, como lo hacían el resto de naves? En ese instante comprendí que si algún día, por improbable que pudiera ser, un Guardián del Mal llegara hasta ese lugar y consiguiera destruir ese sitio, estaríamos perdidos. En ese mismo período destiné un pequeño Escuadrón a su protección.

Esos meses me hicieron reflexionar acerca de lo poco que sabíamos sobre Dama. No tenía duda de que aún nos guardaba un montón de sorpresas.

PUENTE DE MANDO DE LA GRAN DAMA.
OFICIAL DE MAYOR GRADUACIÓN: CAPITÁN LAURENCE.

Desde que las Yúrem partieron hacia Jarkis y orbitaban el sistema, a la espera de que les colocaran un sistema médico[14] para poder instalarse entre los Fried, Prance empezó a salir más, dando paseos por la Gran Dama, casi siempre solo. Mi raza, estaba construyendo una seria de gigantescas galerías y estancias en el subsuelo, bajo la arenas de alrededor de la gran fortaleza de roca. Los Yúrem que iban llegando, eran instalados provisionalmente en la sala de reuniones, el mismo lugar donde los Príncipes informaron a los Jefes de los Clanes, de su unión.

Siempre que estaba libre, a pesar de la estrecha vigilancia a la que le sometían Mhar y Jhem, desde mi pantalla personal del puente, seguía los paseos de mi amigo.

Prance estaba en una pasarela, a unos cincuenta metros por encima de un equipo de ingenieros, que estaba desmontando una pequeña área de impulsores, tras seguir una línea de abastecimiento. Taban los tenía todo el tiempo investigando el funcionamiento de los impulsores. Mi amigo, los observaba desde las alturas, siempre le gustaba supervisar a los hombres

[14] N.A.: Una pulsera médica que inmuniza al portador de cualquier enfermedad. Impide que cualquier virus o bacteria que transporte pueda contagiar a otra raza y viceversa. Las nuevas generaciones, nacen inmunizadas de los virus o bacterias que han entrado en contacto con el portador del sistema. Suele utilizarse cuando se visita otro planeta para que no haya contaminación biológica.

LibrosEnRed

sin que se enteraran, de esa forma no les influía su presencia y actuaban con más libertad.

Por su derecha apareció Mhar, con una amplia sonrisa. Siempre que estaba con el Príncipe sonreía, era como si le inyectaran una sobredosis de estimulantes. Se detuvo a su lado mirando la escena. Ordené activar el sonido para escuchar la conversación, Mhar sonreía más de lo habitual, algo tramaba. Permaneció un buen rato callada mirando a los ingenieros.

–¿No tiene nada que hacer Capitán? –preguntó Prance sin haberla mirado ni una sola vez.

–¿Espiar a los ingenieros? –preguntó para fastidiarle, algo bastante peligroso.

Su rostro cambió, parecía menos serio, menos rígido.

–¿Qué es lo que quiere Capitán, mi puesto? –preguntó mirándola y enmarcando una ceja, algo que casi parecía una broma.

–No, gracias. Menudo rollo. Supongo que ya te has enterado, como de todo.

–¿Enterado? ¿De qué?

–De lo que ha hecho Laurence.

¿Yo? ¿Qué le iba a contar?

–No me digas que me ha puesto todavía más vigilancia, ¿con vosotras dos no tenía suficiente?

–¿Lo sabes? –preguntó pícaramente.

–¿Crees que soy idiota?

–¿Tengo que responder a esa pregunta, mi señor? –preguntó sonriendo de oreja a oreja, con una cara de mala que daba miedo.

–Quieres que te atice, ¿verdad? ¿Qué ocurre con Laurence? ¿Ha decidido por fin unirse con tu hermana?

Ay, ay, ay...

–No, parece que va a ser un noviazgo muy largo. Me refiero a lo que le ha hecho a Yárrem.

–¿Qué le ha hecho? –preguntó entre indignado e intrigado.

–Lo mandó supervisar un cargamento de Potos, imprescindible para alimentar a los refugiados Yúrem.

–No veo nada extraño. Pero podía haberlo delegado en otro Capitán.

LibrosEnRed

–También fui yo, con órdenes.

–¿Órdenes?

–Sabotaje.

–¿Sab...?

–El Capitán Yárrem, con el casco activado, supervisaba el almacenaje desde una plataforma elevada unos metros sobre los corrales. Claro que él no sabía que yo había saboteado la plataforma, de forma, que a una orden mía, se inclinara cuarenta y cinco grados.

–¿No habrás sido capaz de...? –preguntó con una mueca que semejaba a una sonrisa.

–El Capitán Laurence, usando a Ayam, desactivó el casco del Capitán Yárrem, justo en el momento que yo ordenaba la inclinación de la plataforma.

–¡Noooo! –exclamó incrédulo sonriendo.

–Ja, ja, ja. Cayó en el centro de los Potos, pringándose de arriba a bajo, respirando esa asquerosa pestilencia. ¡No te puedes imaginar su cara... ja, ja, ja...

–Ja, ja, ja, ja. ¡Qué bueno!... Ja, ja, ja...

¡Estaba riendo! Prance estaba riendo y a mandíbula batiente. Desactivé el sector en el que estaban y activé todas las demás líneas de intercomunicación de la Gran Dama y con todos los cruceros de la flota que estaban a nuestro alcance.

–Soy el Capitán Laurence. Tengo una noticia importante que daros; hace unos minutos el Príncipe se ha estado... ¡RIENDO!

Toda la sala, y por los informes que me suministraron las I.AS., gritaron de alegría y euforia al oír la noticia.

Desde aquel día y progresivamente, el Príncipe volvió a ser el que era, un hombre alegre, jovial y divertido.

LibrosEnRed

Capítulo 19

APOSENTOS PARTICULARES DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL. QUINIENTOS AÑOS PANGEANOS DESPUÉS DE SU PLENA RECUPERACIÓN.

–No, Laurence. No me fastidies. No necesito más escolta. No podéis distraer más naves y cazas para protegerme en mis desplazamientos.

–Pero sois imprescindible, vuestra seguridad... –intervino Yárrem.

–¡Vuelve a hablar y te envío al asteroide más cutre a perseguir grubis! –exclamé.

–¡Inténtalo y te lo pongo como guardaespaldas permanentemente! –amenazó Laurence.

–¡A CALLAR! ¡AQUÍ MANDO YO! ¡SE ACABO LA DISCUSION! ¡NO QUIERO MÁS ESCOLTA! –dije elevando a voz.

–¡No conozco a nadie más cabezota! ¡YA NO PUEDES HACER LO QUE TE DA LA GANA! ¡NO PODEMOS PERDERTE! –contestó elevando aún más la suya, Laurence.

–Entiendo vuestra postura, pero es ridículo, por mucha escolta que me pongáis... –dije algo más calmado.

–Perdón, mi Príncipe –intervino Dama, sobresaltándonos.

–Dime.

–El Capitán de Ingenieros Taban, pide audiencia.

–Que pase, así seremos más a discutir.

Entró pensando a saber en qué, luego nos miró uno a uno.

–¿Ocurre algo? –nos preguntó algo divertido.

–¡Aquí lo único que ocurre es que es un cabezota!

–Laurence, se está sorteando una patada en el culo y tienes todos los números.

–Lo que no entiendo es por qué no quieres más protección –intervino Yárrem.

LibrosEnRed

–Por que no le va a hacer falta –dijo socarronamente Taban, pillándonos a todos por sorpresa.

–¡Taban! –gritó Laurence–. Encima no te pongas de su parte.

–Es que no le va a hacer falta –repitió machaconamente.

–Explícate –dije esperando alguna de sus estrafalarias ideas.

–He reconstruido vuestra nave particular.

–¿Tita? –pregunté sorprendido.

–No, mi señor. Tita quedó totalmente destruida, no hubo forma de rehacerla pero conseguimos recuperar gran parte del metal y algunos de los sistemas, todos bastante dañados menos uno, Lara.

–Pero si no funcionaba nada y el lugar donde estaba ubicada había sido destruido.

–En el impacto, esa sección se desprendió quedando casi intacta y lo suficientemente alejada como para no ser atacada por los hárikams.

–Sigue.

–He puesto como I.A., al mando, a Lara. Es una nave de cien metros de largo, treinta de largo y catorce de alto, y aproximadamente mil veces más resistente que cualquiera de nuestras naves.

–¡Y un moco de potos! –exclamó Laurence.

–Por una vez estoy de acuerdo con él, no puede ser tan resistente –dije.

–No, si se utilizan planchas de M7 de Dama reinstruidas, se quintuplica el grosor habitual y se instala, en cada plancha, un alimentador energético con su propio acumulador de energía y su escudo individual, bajo los escudos generales de la nave.

–¡Por la Galaxia de Andrómeda! –espetó Yárrem.

–Por supuesto se autorrepara y ¡más rápido que Dama! –exclamó sonriente Taban.

Con una de mis maliciosas miradas dedicada a los tres, Laurence, con una sonrisa, dio finalizada la discusión. Aunque estaba seguro que en cuanto cruzara las dobles puertas de mis aposentos, se dirigiría al espaciopuerto donde estuviera anclada y la revisaría de arriba abajo para comprobar que todo estaba bien y era como lo había descrito Taban.

Lara era una nave fantástica. Rapidísima. En medio en una de esas prácticas recibí una llamada de la Gran Dama.

LibrosEnRed

–Hola Laurence, ¿qué ocurre?

–He recibido una extraña petición del Capitán de Instructores de Pangea.

–¿Qué es lo que quiere?

–Que le relevéis del mando y le permitáis venir a la Gran Dama. Primero quería que fuerais a Pangea pero ya le expliqué que eso, en estos instantes, era inviable. No quiere esperar.

–Relévalo y que venga. Tiene que ser algo importante. Pero no grave, si no ya nos habría informado.

–Ya lo he hecho, estaba seguro de que le permitirías venir. ¿Tienes alguna idea de lo que quiere decirte?

–No, pero estaremos los dos presentes cuando lo haga y si es una estupidez, lo voy a poner a patrullar el asteroide más alejado de la Galaxia... ¿Me oyes Laurence?

–¡Prance, vuelve de inmediato! Acabo de recibir una trasmisión de Anyel. Una sección del primer ejército del Mal viene directamente hacia nosotros. Van a presentar batalla.

El Capitán de Instructores tardó más de tres meses en alcanzar la Gran Dama. Al estar en combate contra el Mal, su pequeño Crucero tuvo que extremar sus precauciones, viajando de sistema en sistema, ocultándose.

Tras mucho perseguirnos, nos dio alcance a la decimoquinta semana. Poco antes de aterrizar en el espaciopuerto dos, me sugirió que sería conveniente que nos reuniéramos en la sala de reuniones de altos mandos y que deberían estar presentes el Capitán Laurence y el Capitán Yárrem. Como en ese momento Yárrem no estaba en la Gran Dama, si no dirigiendo parte de la flota, en misión de escolta de un importante convoy de cruceros de mercancías imprescindibles para la fabricación de nuevas naves y repuestos, opté por acompañarme de Dora, dejando en la sala de mando de Dama a Mhar y por supuesto Ayam.

Para mi sorpresa, para cuando llegamos los tres a la sala de reuniones, nos esperaba el Capitán de Instructores y dos Guardianes más, un Warlook y una Fried, muy jóvenes que permanecían agachados haciendo la reverencia de máximo respeto.

–¡Vaya! Debéis tener alas en los pies, Capitán –dije.

–La noticia que os traigo lo requiere –dijo mirando de refilón a Laurence.

LibrosEnRed

–Doy por sentado que esos dos guardianes que le acompañan, están aquí por una buenísima razón, ya que este lugar es exclusivo para Capitanes de alto rango –comentó Laurence algo molesto, haciendo un gesto para que se incorporaran. No le gustaba que se trasgredieran sus reglas acerca de la seguridad.

–Sí. Ellos son la razón por la que nos encontramos aquí.

Al terminar la frase, Dora pegó un respingo y sin mediar palabra se acercó a la Fried, abrazándola cariñosamente.

–¿Me va a explicar qué es lo que ocurre o voy a tener que adivinarlo? –pregunté empezando a estar desconcertado.

–Creo que es obvio, mi Príncipe –dijo Dora emocionada.

–¿Obvio? ¿El qué? –preguntó Laurence tan despistado como yo.

–Creo que lo justo, es que sean ellos quienes les den la noticia –dijo el Capitán de Instructores mirando a ambos.

Los novatos estaban totalmente amedrentados ante mi presencia y la de Laurence.

–Bien, hablad. ¿Qué ocurre? –les pregunté.

Él, sin atreverse a mirarme a los ojos, iba a comenzar a hablar pero Laurence no se lo permitió.

–¿Cuál es su nombre Guardián? –preguntó secamente.

–Promo de Fill y Xunter y el de mi mujer Murian –dijo tímidamente.

–¿Están aquí por que han hecho algo malo? –volvió a preguntar en el mismo tono.

–No, Capitán.

–Entonces no les entiendo. El Príncipe no se come a nadie –dijo echándome una cínica mirada–, así que podéis mirarle a los ojos y hablarle con tranquilidad y el respeto que se merece.

Sin dudarlo, ambos levantaron la mirada. El rostro de él recio y sobrio, era fornido, todo un guerrero. Ella realmente guapa y delicada, se intuía en su rostro una gran personalidad aunque para mi gusto algo gordita. ¿Gordita?

–Mi esposa espera un hijo –dijo de sopetón.

Pegué tal brinco que me sorprendió no acabar encima de la mesa electromagnética. Laurence tenía la boca abierta más de un palmo.

–Pero...

LibrosEnRed

–Sí, mi Príncipe. El Jefe médico de la base de instrucción lo ha confirmado. Cree que está embarazada de dieciocho meses –dijo el Capitán.

–¿Dieciocho? –preguntó Dora sorprendida–. Los embarazos Fried, al igual que de los Warlook, son de nueve meses.

–Por lo visto, los nuestros van a ser de bastante más –dijo Murian llevándose la mano a la casi inexistente tripita.

–¡Pero esto es fantástico! –exclamé–. Las probabilidades eran mínimas...

–La suerte nos ha sonreído –dijo el Guardián Promo.

–¿Qué va ser, niño o niña? –pregunté.

–No lo sabemos –respondió Murian.

–¿Cómo es posible? Está embarazada de dieciocho meses –dijo Laurence extrañado.

–El Jefe médico de la base ha calculado que la gestación durará entre ciento treinta y ciento sesenta meses. Esa es otra razón por la que hemos venido. Tal vez el Jefe médico Thorfhun pueda precisar más.

Cuando llegó Thorfhun y le explicamos qué ocurría se llevó las manos al rostro.

–Mi Príncipe, yo... yo... yo no he tratado jamás a una embarazada –dijo azorado.

–¿Me está sugiriendo que le destituya y ponga a otro en su puesto? –le pregunté severamente.

–Mi señor, no hay nadie más cualificado que yo en esta nave. Me he enfrentado a miles de enfermedades y problemas biológicos y...

–Ya, ya... Así que puedes tratar, investigar, curar miles y miles y miles de enfermedades desconocidas, pero no tratar un embarazo –le corté irónicamente y algo divertido.

–¿Queréis que trate el embarazo como si se tratara de una enfermedad? –preguntó atónito, mirando de reojo a Murian.

–Si eso os va ayudar... –respondió Laurence mirándolo desaprobatoriamente por su absurdo miedo.

–Haré todo lo que pueda –dijo a la vez que se erguía mirando desafiante a Laurence.

–Hará mucho más que eso. Me proporcionará un informe diario de su evolución. Designará un equipo para su constante vigilancia y los alojará en mis aposentos hasta que dé a luz. Después ya veremos.

LibrosEnRed

–Todo lo que necesite, y digo todo, solicíteselo personalmente al Capitán Yárrem –le ordenó Laurence.

Tres días después, Thorfhun me convocó de nuevo en la sala de reuniones, esta vez sólo estuvimos él y yo.

–Bien, Jefe, ¿qué ocurre?

–¿Cuánto tiempo está dispuesto a compartir sus aposentos? –preguntó sonriente. Algo tramaba.

–El que sea necesario –me empeciné.

–Me alegro, por que van a ser dos mil.

–¿Semanas?

–Años.

–¿AÑOS? –pregunté atónito.

–Años. Estoy absolutamente seguro, mes mas, mes menos –dijo burlón.

–¡Eso no me cuadra, ya está de dieciocho meses!

–Eso no es correcto. Está embarazada de poco más de una hora, si lo comparamos con un embarazo normal.

–¿Por qué tanto tiempo? –pregunté pensativo.

–Por que nacerá con un Traje, nacerá inmortal y Guardián.

–¿Cómo habéis descubierto eso?

–El O.B. de la madre nos lo ha proporcionado.

–¿Será especial? ¿Más poder? –pregunté esperanzado.

–No lo creo. Dependerá de cómo sea, en resumen, como cualquier novato, la diferencia es que su Traje y él o ella, será uno desde el comienzo, con lo que lo manejará a la perfección, como un brazo o una pierna.

–¿A qué velocidad crecerá el bebé?

–Eso no podemos saberlo. Ya lo iremos viendo.

–Seguirán en mis aposentos. Quiero que esto permanezca en secreto. Si el Mal se entera, querrá hacerse con la madre o con el bebé.

–Eso va a ser un tanto difícil.

–¿Qué quiere decir?

–Que en Pangea lo sabe todo el mundo.

–¡Fantástico! Elige un Escuadrón de elite y que proteja a los padres en todo momento.

LibrosEnRed

–¿Eso no es función de la Capitana Jhem? –preguntó extrañado.

–Sí, pero quiero que esos guardianes tengan nociones médicas, por eso los elegirá usted. Quiero que sean los mejores.

–Sí, mi Príncipe.

ARCHIVO DE ARMAMENTO.
ACCESO PERMITIDO SÓLO A CAPITANES DE ALTO NIVEL.

A mitad del embarazo fui reclamado por Taban y Shopbi. Dama me informó que querían que me reuniera con ellos en la sala de pruebas del Jarkon, lo antes posible. Algo intranquilo me reuní con ellos que se pusieron muy nerviosos al verme entrar.

–Bien, pareja de ingenieros locos. ¿Qué ocurre?

–Hemos revisado, sus diseños, estructura, equilibrado..., todo. Tenemos la certeza de que funciona perfectamente. Así que hemos hecho un modelo tal y como debería ser para llevarse acoplado al Traje. Triangular, del tamaño de un puño y dos dedos de grosor, con un asa en forma de te que sale al desprenderse del Traje por el que se agarra. Por supuesto, es de M7 de la máxima pureza que podemos conseguir.

–He oído la expresión "tenemos la certeza". ¿No lo habéis probado?

–¡NI LO VAIS A PROBAR! –gritó una voz a nuestras espaldas. Era Laurence y parecía muy enfadado.

–No creo que te haya mandado llamar –dije irónicamente.

–Si no ha sido probado que lo hagan ellos, pero tú estarás a mil kilómetros –dijo señalándome con el dedo, furioso.

–Nosotros no podemos probarlo –respondió Taban dejándolo asombrado.

–¿Cómo que no podéis? ¿Os habéis vuelto inútiles o qué? –preguntó sarcástico.

–No podemos. Shopbi, tú lo descubriste, a mí ni se me habría pasado por la cabeza, explícaselo.

–Revisamos, una y otra vez los datos de la prueba en la que ambos resultaron heridos. No había explicación de por qué no funcionaba con el equipo de Taban pero lo hizo con el Príncipe. Una cosa estaba clara, el prototipo no debía volver a estallar, así que había que fabricarlo de M7 y, a ser posible, como si fuera a instalarse en un Traje. No funcionó en ninguna de las pruebas que hicimos en Marte. No era lógico, era idéntico al que estalló. Revisa-

LibrosEnRed

mos la información acumulada en el muro de protección que salvó la vida de ambos, por si el Príncipe había tocado o movido algo, sin darse cuenta en la prueba, nada. Cambiamos equilibrios, formas, materiales... nada. En un momento de absoluta decepción y mientras Taban hablaba con Thorfhun sobre la quinta enfermedad, Del Frío, tuve una idea. ¿Y si el problema no estaba en el Jarkon si no en nosotros?

–¿En vosotros? –pregunté extrañado.

–Me pregunté qué era distinto en todos nosotros.

–Yo te lo puedo decir. El A.D.N., el aspecto, la capacidad mental, la fuerza..., todo. Ninguno somos iguales –dijo Laurence.

–El Jarkon funciona con una extraña combinación de voz y mente...

–¿La mente lo activa?

–No. Eso no tendría sentido por el diseño que tiene. Así que no podía ser lo que era distinto en nosotros, si no lo que era distinto en usted.

–Si se os ocurre soltar esa chorrada de que soy un Dios, desenfundo mi pistola y os coso a disparos –les amenacé.

–Su aura.

–¿Mi... aura? ¿Qué tiene que ver mi aura en todo esto? Todo el mundo tiene aura y si no recuerdo mal, todas son más o menos iguales.

–Eso es correcto a medias. La mayor parte de las personas tienen un aura parecida pero la de algunas son más grandes que otras y las emisiones e intensidad de colores también.

–Y la mía resulta que en vez de ser esférica, como la todo el mundo, es cuadrada –espeté irónicamente.

–La de la mayoría de los guardianes, por lo menos en el muestreo de seis mil cincuenta que hemos hecho, su aura ronda entre los siete y nueve metros. La del Capitán Laurence catorce y medio por poner un ejemplo y es de las más grandes.

–¿Y la mía? –pregunté interesado.

–Cincuenta.

–¿Metros?

–Sí. Creemos que el tamaño e intensidad del aura influye en el funcionamiento del Jarkon, como lo hizo en la quinta enfermedad. También hemos podido comprobar que el aura aumenta o disminuye según se sea... mejor.

LibrosEnRed

–Mejor... a qué.

–Guardián.

–¡Dama!

–¿Sí, mi Príncipe?

–Informa a mi escolta que nos dirigimos a Pangea. Que Lara esté preparada.

–Dama, espera –intervino Laurence.

–Voy a probar el Jarkon, digas lo que digas. Y lo voy a hacer en Marte, no podemos correr el riesgo de probarla aquí, seguimos sin saber lo de las puertas.

–Estoy de acuerdo contigo pero iremos todos, la flota al completo.

Laurence pareció volverse loco en la zona de pruebas marciana. Exigió, en el bunker, muros triplemente acorazados a lo calculado por el equipo de Taban. Finalmente y tras revisarlo todo mil veces, estuvimos preparados. El Jarkon estaba conectado a un sistema de disparo a cuarenta y nueve metros, de forma que mi aura lo alcanzara. Apuntaba a una montaña para que el disparo quedara contenido. Laurence y Shopbi permanecían a gran distancia tras otro bunker, a unos diez minutos a pie, junto a un nutrido grupo de ingenieros.

–Bien, mi señor. Comprobemos si estamos en lo cierto –dijo Taban a mi lado.

–Preferiría que fuerais con Laurence.

–Soy el responsable final de esta arma, mi señor. Si algo falla, quiero correr vuestra misma suerte.

–Sois un loco.

–No más que vos, mi Príncipe. Cuando queráis..

–Valor –y respirando hondamente grité con fuerza.

Oímos una brutal explosión y una nube de polvo tapó todos los sistemas de control, impidiéndonos ver la consecuencia del disparo. A la vez oímos cómo caían sobre el bunker, decenas de trozos de roca. Muchas de gran tamaño, por el ruido que hicieron. Casi al instante, oímos gritar a Laurence.

–¡Mi señor! ¡Prance! ¿Estáis bien?

–Perfectamente –respondí sereno.

LibrosEnRed

–No podemos veros. Hay tanto polvo que parece que es de noche. Varios de los cascotes han llegado hasta nosotros y algunos bastante voluminosos.

–Vamos a salir. Queremos ver cómo ha quedado el Jarkon y qué destrozo ha hecho.

–Espera. Voy a reunirme con vosotros... "si mi señor me lo permite, claro" –dijo con sorna.

–Te espero en la entrada del búnker.

Cuando fuimos a la puerta y le ordenamos que se abriera, el polvo nos invadió obligándonos a activar los cascos. No se veía nada a partir de un metro de distancia. Tras esperar un tiempo más que prudencial, decidí llamar a Laurence.

–¿Se puede saber dónde estás? No es momento para excursiones.

–Mi señor, es muy gracioso. ¿Se cree que es fácil avanzar en esta maldita nube, esquivando multitud de cascotes, algunos son más altos que yo?

–Pensaba que un Fried, de pura cepa como tú, estaba acostumbrado a avanzar entre nubes de arena y polvo –respondí atacando su orgullo.

–Mi Príncipe, estoy deseando que me repita eso cuando estemos los dos fuera –respondió mordaz.

Pasaron otros diez minutos y como si surgieran de la nada, aparecieron ante la puerta. El polvo empezaba a asentarse y se veía casi a tres metros. Entró junto a media docena de ingenieros.

–Qué, Capitán en Jefe de la seguridad del Príncipe, ¿puedo salir con Taban para ver el resultado? –bromeé.

–¿A caso podría impedírselo? –ironizó.

Primero fuimos al lugar donde estaba ubicado el Jarkon, un búnker, más pequeño que los nuestros y con una gran abertura que era por donde debía disparar. Taban me miró maravillado. Estaba intacto, por lo menos por fuera. Cuando entramos empezó a hablar, más para sí que para nadie, sobre que habría que abrirlo para ver si se había deteriorado, que temperatura había alcanzado y otro sin fin de cosas que no llegamos a entenderle. Laurence me miró sonriente ante el imparable chorro de palabras del emocionado ingeniero. La disertación fue interrumpida por las voces de asombro de los ingenieros que esperaban fuera.

Al salir, miramos la montaña. Una suave brisa se llevaba lo que quedaba de polvo, dejando el impacto a la vista. Todos me miraron como si no creyeran lo que veían.

LibrosEnRed

–¿Qué tamaño crees que tiene? –pregunté balbuceando a Taban.

–Aproximadamente un kilómetro de diámetro... ¡Por la Galaxia de Kilmin, ha atravesado toda la maldita montaña! ¡Menudo arma! –exclamó.

–Desmóntenla y proporciónenme una. Nuestro ejército necesita de este armamento. Tiene que conseguir que nuestros hombres puedan usar el Jarkon. Varíe sus equilibrios, ondas o lo que sea, pero que puedan manejarlo.

–¡Sí, mi Príncipe! –exclamaron al unísono todos los ingenieros.

–No creo que sea una buena idea –soltó de pronto Taban dejándonos de piedra.

–¿Qué ocurre? Funciona –dije.

–Seguimos sin saber nada acerca de las puertas. Y dama me ha confirmado que en todos los planetas hay varias de distintos tipos y tamaños. Usarla podría... no sé, alterar nuestra dimensión.

–¿Dimensión? ¿Pero de qué demonios hablas? –pregunté enfadado.

–Otros mundos, coexistentes con este... sistemas, galaxias, universos paralelos...

–¿Algo de eso se ha demostrado? –preguntó Laurence.

–No.

–Instalaré un Jarkon en medio de mi pecho pero no lo usaré a no ser que sea un caso de máxima necesidad.

–De máxima necesidad, mi señor, de máxima –dijo preocupado.

–¿Tan grande es el riesgo?

–Mucho más de lo que podamos pensar.

–Está bien esperaré a que averigües más cosas pero necesito resultados.

–Haré todo lo que pueda pero no puedo prometerle que sea pronto.

Mil años después nació una preciosa niña morena y de ojos azul marino de gran intensidad, una clara unión de ambas razas. Sus padres se decidieron por el nombre de Zuzan. Ese día se celebraron sendas fiestas en Jarkis y Pangea. Para ambos pueblos el nacimiento significó una decisiva y total unión de nuestras razas, convirtiéndonos en pueblos hermanos.

LibrosEnRed

ARCHIVO CLASIFICADO COMO VIDA PRIVADA DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
APOSENTOS PARTICULARES DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Me miró y sonrió mostrándome los dientes que no se le habían caído aún. A pesar de tener sólo seis años ya denotaba un gran carácter y una inteligencia desmesurada. Su presencia alegraba mi corazón. Era la niña más alegre que había visto en mi vida, tal vez sea por que todo el mundo la mimaba hasta la saciedad, en especial Dora, Jhem y Mhar. Me tenía controlado en todo momento y en especial desde que sus padres habían partido hacia Pangea, para someterse a unas pruebas sobre su particular caso y de paso recibir un homenaje de mi pueblo. Le miré sonriente. No le iba a gustar que le dejara en mi "tiempo libre".

–Ejem.

–Como dudo que tengas carraspera eso significa que te vas –dijo poniéndose en pie, apretando el morrito y poniendo los brazos en jarras.

–¿Ahora lees la mente? Pequeña bruja...

–No tengo mas que mirar tus manos.

–¿Mis manos? ¿De qué estás hablando?

–Te las agarras cuando hay algo que no sabes cómo decirme.

Me puse en pie y antes de que pudiera escapar, le cogí, y comencé a voltearla.

–Haaaa. Suéltame. Noooo. Déjame –gritó riendo.

–¿Vas a dejar de ser una resabiadilla?

–¡Nunca! –respondió tenaz.

Dejándola en el suelo le besé en las mejillas y le prometí que volvería lo antes posible.

ARCHIVO DEL O.B. DEL CAPITÁN LAURENCE.

Acababa de despertarme. Flotaba en medio del cubículo con Jhem abrazada a mi torso, cuando nos interrumpieron.

–Capitán Laurence, preséntese en la sala de juntas del alto mando, inmediatamente.

–Oído Dama. Voy para allá.

LibrosEnRed

La sala de juntas para Capitanes. Una orden así sólo podía provenir de Prance. Lo que llevaba meses rondándole por la cabeza, se había consolidado. Fuera lo que fuera, iba a ser algo bien gordo y estarían todos los capitanes de alto mando del Bien.

No me equivoqué. Estaban todos, unos cincuenta, pero me llevé una grata sorpresa al encontrarme con Anyel, que permanecía al otro lado de la sala mirando fijamente a Ayam. En cuanto me vio sonrió e hizo gesto para que me acercara, haciendo él lo mismo. Tras un prolongado abrazo, le pregunté si conocía el motivo de esta reunión, mientras avanzábamos hacia la primera fila. Ayam se alejó todo lo que la sala se lo permitió. Anyel la seguía de reojo. Yárrem se acercó sonriente.

–¿Tampoco a ti te ha informado? ¡Estamos bien! Algo muy importante tiene que ser para sacarme de mi red de espionaje, estaba muy cerca de descubrir el emplazamiento de la primera flota del Mal –dijo algo molesto.

–Pronto, eso podría no tener importancia –dijo Prance desde la puerta, entrando con Taban y Shopbi, al que rara vez se le veía fuera de los laboratorios.

Todos hicimos la reverencia de máximo respeto aunque no había nadie en la sala que no estuviera exento de ella.

–Ahora, solo falta que alguien diga, lo alto y guapo que soy –dijo bromeando haciéndonos a todos reír–. Siéntense capitanes. Podéis entrar –dijo dirigiéndose a la puerta, a la vez que él también se sentaba frente a todos nosotros.

En primer lugar lo hizo el Capitán Ghuardíyam, al que hacía milenios que no veía y, tras él, lo hizo un robot de metal, de más de dos metros de altura que hizo que casi todos los presentes se pusieran en pie y se llevaran las manos a las armas. Prance, observaba la escena realmente divertido.

–No hace falta que se pongan en pie, en mi presencia, capitanes –dijo Brack. Su armoniosa y ligeramente metálica voz, provocó a todos los presentes que se nos erizara el vello. Luego avanzó hasta colocarse junto a nuestro señor.

–Esta I.A. que ven a mi lado, se llama Brack. Fue diseñado en un principio como robot de combate pero ha demostrado que como científico, en muchos aspectos, no tiene precio. Sé lo que algunos van a decir, si es una I.A. no puede crear pero lo cierto es que aporta gran cantidad de ideas y ahorra mucho tiempo, eliminando todo aquello que no puede funcionar. Pero él no es la razón por la que les he convocado...

–Por un momento pensé que los íbamos a construir en serie para que combatieran contra el Mal –dijo un Capitán del fondo.

LibrosEnRed

–Ojalá fuera posible. Su equilibrado es tan complicado que no es rentable su fabricación, sin contar que está hecho con metal de la Gran Dama.

Allá va... –pensé.

–Capitanes, desde hace unos años, hay una idea que me viene rondando la cabeza, como más de uno se habrá dado cuenta, –dijo mirándome de reojo–, he estado reflexionando sobre esta horrible guerra y he llegado a la conclusión que tal y como vamos, no va a terminar nunca.

–¡No! Acabaremos con ellos aunque nos lleve mil millones de años –gritaron varios capitanes furiosos.

Pidiendo calma hizo un gesto para que dejaran de murmurar y hacer conjeturas. Nosotros tres permanecíamos en silencio ya que conocíamos demasiado bien a Prance para saber que nunca daba una solución a un problema, sin mostrar antes los resultados negativos del susodicho. Cuando todos callaron, el Príncipe continuó hablando.

–Como decía, antes de este alarde de heroísmo, no terminará nunca si seguimos luchando con los mismos métodos.

–Mi señor, la única forma de acabar con el Mal, es cortándoles el cuello –dijo otro Capitán.

–Tiene razón, Capitán, pero se están perdiendo muchas vidas, por ambas partes, y creo tener la solución para que en unos cincuenta mil años, como máximo, la balanza en esta maldita guerra se incline a nuestro favor y que poco después la ganemos.

En la sala se produjo el mayor tumulto que jamás había visto producirse en presencia del Príncipe, todos querían hablar a la vez. Incluso yo, con la emoción, estuve a punto de abrir la boca, pero en vez de eso, la cerré, bien cerrada. Prance se guardaba siempre lo mejor para el final. Recuperado el silencio, continuó.

–Vamos a construir un sistema defensivo, a nivel planetario, impenetrable e inatacable.

No pensé que sus palabras volverían a provocar otro tumulto, pero ocurrió. Curiosamente, mi amigo, en vez de ordenar silencio o hacer una señal para que impusiéramos orden, se limitó a observarles sonriendo. A los pocos segundos, los capitanes parecieron recordar, casi a la vez, que se encontraban en presencia de nuestro Príncipe y se callaron mirándole para que continuara, pero no lo hizo. Cedió la palabra a Taban y Shopbi.

–Capitanes, todos han oído hablar del Jarkon y que por desgracia sólo nuestro señor puede usarlo, por su atípica aura, que como todos saben

LibrosEnRed

mide cincuenta metros de radio, cuando lo normal es siete a nueve metros, catorce suelen ser las más grandes –empezó Taban.

–Ya que no había forma de que, –continuó Shopbi–, otro Guardián lo usara, el Príncipe nos sugirió que cambiáramos el tamaño ya que sin duda también cambiaría la dimensión del aura del usuario.

–Lo que nos llevó en un principio a un callejón sin salida, ya que el Jarkon que empezaba a entrar en los cánones de auras normales era gigantesco, tan grande, que un Guardián no podía hacerlo funcionar. Así que estábamos como al principio.

–Lo que estos dos "genios" quieren deciros, es que hemos diseñado un escudo defensivo alrededor de los planetas que el Mal no podrá traspasar.

Yárrem hizo un gesto de pausa con la mano y habló.

–No es que dude de vosotros pero de dónde vamos a sacar la energía suficiente como para formar un escudo a nivel planetario, nuestro sistema de suministros no podrá soportarlo.

–No, no podría. Un escudo energético implicaría millones de satélites escudo y eso, a parte de no ser viable, no lo hace invulnerable. Sin contar que la mayor parte de la energía debería provenir del planeta –dijo Prance activando un holograma tridimensional en el que se representaba a Pangea.

–Me parece que nos hemos perdido –dije pensativo.

–Pienso construir siete lunas, una de ellas de gran tamaño, que se pondrán en órbita alrededor de Pangea. Cada una será el hipotético centro de una cara que encerrará Pangea en un heptaedro invisible.

–Perdone, mi señor. Pero aunque las lunas pudieran generar semejantes escudos, ¿qué impediría que el Mal atacara una de las lunas, destruyendo el escudo? –preguntó Anyel.

–¡Bingo! Ese era el gran problema. Primero, era inviable generar energía suficiente para los escudos, por eso los descartamos.

–Ahora sí que no le veo utilidad, habría que destacar flotas de cruceros en cada luna para protegerlas –dijo Anyel.

–Lo que hemos conseguido es hacer inatacables las lunas y todo lo que esté entre ellas, delante o detrás.

–Como no tengáis una varita mágica... –dije bromeando para rebajar la tensión.

–Yo, no. Taban, Shopbi y Brack sí.

LibrosEnRed

–Intuyo que estamos hablando del Jarkon... que no puede manejar nadie mas que usted –dijo un Capitán de elite.

–Por esa visión, acaba de ganarse un puesto en una de las lunas. Tiene razón, el Jarkon sólo lo puedo manejar yo, pero el cañón Jarkamte lo pueden manejar... gemelas Warlook. La comunión de sus auras suman la potencia necesaria para la activación del cañón Jarkamte. Aunque la precisión del montaje y calibrado es tan sutil que no hay un ser humano que pudiera hacerlo, por suerte tenemos a Brack.

–¿Qué tamaño tiene? –preguntó otro Capitán.

–Doscientos cincuenta metros de alto por unos ochenta de largo y ancho. Su peso es de varios miles de toneladas –respondió Taban.

–¡Fiiiiiuu! Si no recuerdo mal, cuando leí el informe que me pasaste sobre el Jarkon –dijo Laurence dirigiéndose a Shopbi–, el soporte del arma, registró un retroceso dentro de los cánones aceptables para un brazo humano. ¿Sabemos qué retroceso tiene?

–No te esfuerces, Laurence. No hay nave que pueda soportar el empuje de retroceso del cañón, ni siquiera la Gran Dama. La atravesaría de parte a parte y si no lo hiciera, la desplazaría en cualquier dirección, probablemente inutilizándola para siempre, no tiene masa suficiente. De ahí las lunas; gran masa con órbita propia.

–Deberán ser grandes... –dijo Yárrem.

–Mucho. Hay asteroides y rocas en el sistema solar para formar más de cien lunas –dijo Taban.

–Seis de las lunas estarán compuestas, prácticamente en su totalidad, por los asteroides. En su superficie se instalarán medio centenar de plantas, protegidas por varias docenas de metros de roca, por las que circularán los carriles de desplazamiento de los cañones, de forma que puedan disparar desde las troneras que se volverán a cerrar en cuanto se haya efectuado. También servirán para almacenar naves de defensa, tropas y el personal de mantenimiento.

–¿Por qué los carriles y no un cañón por tronera?

–No tenemos gemelas Warlook suficientes y lo más importante, es muy difícil la fabricación y calibrado de los cañones...

–Pero con el tiempo... –interrumpió un Capitán.

–Los cañones se calibran a juego con la vibración de las auras de las gemelas.

LibrosEnRed

–¿Vibración? ¿Las auras vibran? –pregunté.

–Sí, Capitán Laurence. Cuando están en contacto con otras auras sí. Por eso sólo pueden manejar los cañones las dos gemelas, si interfiere otro Guardián no funcionarán. Los desplazamientos por los carriles deberán estar totalmente automatizados y despejados de personal.

–¡Un momento! ¿Entonces cómo se va a proceder en el mantenimiento? –preguntó Yárrem, tan práctico como siempre.

–Unidades robotizadas, independientes e interconectadas entre sí –respondió Brack, tal vez en un tono algo desafiante, casi me dio la sensación que esperara que alguien se opusiera.

–¿Puedo preguntar si tenemos los diseños de los robots, qué tamaño tendrán y cuales serán sus funciones? –preguntó Yárrem son sorna mirando a Brack.

– Tengo los diseños. Un metro diez de alto, por uno de ancho y largo. Formarán equipos de treinta. Uno de cada diez será un robot reparador de robots. Dos se encargarán de comunicarse con otros equipos y de dar las órdenes. El resto se dividirán en dos equipos; uno se encargará de las reparaciones de los carriles y toberas y el otro del mantenimiento de la planta.

–¿Qué resultados han dado las pruebas iniciales? –pregunté.

–No hay resultados –respondió Brack provocando un suave murmullo.

–No los hay porque no han sido construidos todavía pero estoy seguro de que funcionarán perfectamente –intervino el Príncipe.

–Habéis hablado de una luna algo más grande... –dijo un Capitán.

–Tendrá un diámetro de unos tres mil cuatrocientos setenta y seis kilómetros y orbitará a una distancia de Pangea de trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros. Los primeros cien kilómetros se compondrán de rocas basálticas que servirán de protección a la base de un posible ataque, en el hipotético caso de que los cañones fallaran. No habrá atmósfera para complicar más la cosa al enemigo, en el caso de que lleguen a la superficie, lo que significará que donde dé el Sol habrá una temperatura de ciento diez grados y de menos ciento ochenta, en la sombra.

Su respuesta hizo que la mitad de los capitanes se pusieran en pie, entre ellos yo.

–¡Mi príncipe! ¿Sabe la cantidad de M7 que nos va a hacer falta para su fabricación? ¿Y la de metales pesados para su núcleo, para tener algo de

LibrosEnRed

gravedad? ¿Y la cantidad de roca para cubrir toda su superficie? ¿Y la de cañones Jarkamte para proteger semejante luna? ¿Y la cantidad de tropas que habrá que destinar permanentemente en dicho lugar? ¿Y las enormes medidas de seguridad? ¿Y la cantidad de plantas que habrá que destinar a suministros y reciclaje ambiental? ¿Y la de módulos de energía para alimentar semejante mole? ¿y...?

–Vale, vale Yárrem. Ya sé todo eso y he hecho un estudio de viabilidad. Lo sacaremos todo de nuestro sistema solar.

–Ya, ¿de dónde? –preguntó machaconamente.

–De los asteroides. Los acercaremos y extraeremos los metales que contengan. Lo que sea simplemente roca, se acumulará en órbita alrededor de Marte hasta que llegue el momento de recubrir la luna, que he pensado en llamarla Lain Sen[15].

–No habrá suficientes metales para semejante empresa y mucho menos para el resto de lunas, aunque sean mucho más pequeñas –especuló Yárrem rápidamente usando su O.B.

–Eso coincide con mis cálculos, por eso he decidido ponerte al mando del proyecto mi querido "maestro administrador" –dijo sonriendo, provocando una carcajada general entre los presentes.

Tras unas explicaciones y mostrarnos un esbozo del interior de Lain Sen, en un holograma tridimensional, se cerró la primera reunión del proyecto que iba a poner fin a la guerra.

ARCHIVO DE SEGURIDAD DEL CAPITÁN LAURENCE.
APTO PARA CAPITANES DE ELITE.

Se tardaron cincuenta mil años y gastamos todos nuestros recursos en la construcción de la primera y principal luna, Lain Sen. Todo Guardián que tuviera un poco de tiempo libre, colaboraba en el proyecto. En especial Zuzan, que en ese tiempo se había convertido en una mujer, de espectacular belleza y en un Guardián tan excelente, que enseguida se había convertido en Capitán de elite. Pasaba todo el tiempo en Lain Sen, controlándolo todo, aún más que Yárrem, si eso era posible. La instalación de los cañones fue muy delicada y por desgracia, en ese momento, sólo se completó en un cuarenta por ciento. No teníamos gemelas suficientes.

[15] N.A.: Escudo de la esperanza, en Warlook original.

LibrosEnRed

Como si el Mal predijera su fin, los combates se intensificaron, como si intentaran retrasar el proyecto. Obligaron al Príncipe a salir constantemente con el primer ejército, a combatirles. Para acosarles aún más, Prance formó un tercer ejército que subdividió en siete grupos que se dedicaba a acosar los dos ejércitos del Mal y sobre todo a sus bases. Ataques rápidos, por sorpresa. Como objetivo; provocar daños, no destruir completamente al enemigo. Empezamos a zurrarles tan a menudo que optaron por rehuir los combates abiertos.

Con otros cincuenta mil años se acabaron las otras seis lunas, mucho más pequeñas, con sus correspondientes cañones. Tras unas pruebas, se confirmó que el sistema funcionaba perfectamente. Ya nadie dudaba que el Mal estaba perdido. El Príncipe había estado varios cientos de años combatiendo ininterrumpidamente contra el Mal y cuando Yárrem le envió la noticia de la finalización del proyecto, regresó con la flota y las siete subsecciones. Ordenó a todas las naves que orbitaran alrededor de Pangea tras las lunas escudo, o el Escudo, que era como las tropas las llamaban. Llegó, dos días más tarde de lo previsto y con un Capitán de elite menos. Cuando le pregunté por su tardanza, me dio largas y se fue directamente a la sala de control de Lain Sen. Cuando apareció Mhar, le pregunté por el retraso. Este es el informe de su O.B.:

Recibimos un mensaje de socorro de una nave de mercancías. Estaban siendo atacados por un Crucero del Mal en un sistema solar desconocido, junto a un planeta inexplorado. El Príncipe envió dos cruceros y una Escuadra de cazas para su defensa y ordenó a la flota que pusiera rumbo a ese sector. Para cuando llegamos, la mitad de los cazas habían sido destruidos y tanto el Crucero del Mal como uno de los nuestros, debido a los daños, habían sido atraídos por el planeta, cayendo, estrellándose en su superficie a pocos kilómetros uno de otro. Por los datos que disponíamos, el Crucero del Mal transportaba tropas de asalto, lo que implicaba que en su interior debía de haber más de mil quinientos hombres y en el nuestro unos ochocientos, lo que significaba que no podrían hacerles frente, si habían sobrevivido al impacto. Como si no me oyera, ordenó a nuestro Crucero de desembarco más potente, que le recogiera y que las tropas que transportaba se prepararan para una operación de rescate. No me permitió ir con él pero tengo los informes de los O.B. de todos los hombres que le acompañaron y el del Príncipe. Evitaré los distintos archivos pasándolo todo por el mío.

Cuando llegó, el Capitán del Crucero, le esperaba en el espaciopuerto. Le informó de que disponía de dos mil hombres preparados para entrar en combate en cuanto lo ordenara.

LibrosEnRed

–Gracias, Capitán por su recibimiento. Ahora si en tan amable, me gustaría que me hiciera un breve resumen de la situación del planeta.

–Acabamos de recibir la información de nuestro banco de datos. Lo poco que sabemos es que ese planeta tiene atmósfera respirable y que una quinta parte de su superficie está cubierta de agua, creemos que casi en su totalidad, dulce.

–¿Indicios de vida inteligente? –preguntó intranquilo por interferir en el desarrollo de una civilización en estado primitivo.

–No se ha detectado. Pero hay una gran cantidad de dióxido de carbono, por lo que tiene que haber vida animal o vegetal de clase c. También hay grandes zonas boscosas y algunas praderas. No se han detectados zonas cultivadas.

–¿Algún tipo de selvas?

–No.

–Eso reduce el peligro. Rescatemos a esos hombres.

Aterrizaron a unos cuatro kilómetros de donde se estrelló nuestro Crucero. No pudieron hacerlo más cerca ya que la zona del desastre era muy escabrosa. El Crucero del Mal se encontraba a unos catorce kilómetros. Partió con mil quinientos de nuestros hombres, el Jefe de Escuadra Lóntor y tres jefes de Escuadrón, dejando al resto guardianes con otro Jefe de Escuadrón para la protección de la nave. Avanzaron rápidamente los tres primeros kilómetros ya que el terreno era bastante llano, pero el último fue bastante escarpado, obligándole a dispersar a varios de sus hombres a modo de exploradores. Los primeros guardianes que llegaron a la cima, quedando a doscientos metros por encima del Crucero estrellado, hicieron gestos para que se acercara rápidamente y en silencio. No usaron los O.B. por miedo a que el Mal interceptara las comunicaciones, descubriéndolos.

Cuando el Príncipe llegó a la cima, se quedó helado. La nave, aparte de estar dañada por el impacto, había sido arrasada. No había duda que habían sido atacados. La periferia de la nave estaba sembrada por cientos de cuerpos. Desplegó a la tropa para repeler un posible ataque. Se acercaron a la nave con gran precaución. En el irregular círculo defensivo empezaron a ver los primeros cadáveres. Nuestros hombres tenían unas extrañas, delgadas y cortas flechas clavadas por todas partes. Les habían pillado por sorpresa, tenían que ser cientos de enemigos para que no pudieran formar una línea de defensa. Cuando observaron las flechas, vieron con sorpresa que los palos eran de resina endurecida y para que la resina pudiera atravesar

LibrosEnRed

un Traje, debía ser lanzada con una fuerza tan brutal que se debían haber quebrado en varios pedazos, al impactar en el objetivo. Cuando extrajeron una, se aclaró el misterio, las puntas estaban recubiertas de M7 de muy baja calidad pero lo suficiente como para atravesar el Traje.

Recorrieron la zona y no encontraron supervivientes. El interior del Crucero estaba destrozado, arrasado. Se habían ensañado con todo lo que se pudiera romper o dañar. También encontraron varios de nuestros hombres muertos. El cómputo final les indicaba que faltaba algo menos de la mitad. El Príncipe ordenó revisar la nave de arriba a bajo, por si algún ordenador aún funcionaba y podía sacar algo de información.

Tan sólo quince minutos después, el Jefe de Escuadrón fue a darle el informe.

–Deme un resumen –ordenó el Príncipe.

–Todos los O.B. de los cadáveres y sistemas de registro del Crucero han sido machacados con saña.

–¿No has podido sacar nada de ellos? –preguntó incrédulo.

–Nada de nada. Quienes hayan sido, han hecho un buen trabajo –respondió intranquilo.

El Jefe de Escuadra Lóntor se acercó a la carrera.

–Hable –le ordenó.

–No hemos encontrado ningún cuerpo enemigo. El armamento utilizado parece consistir en esas flechas y machetes de la misma aleación de las cuales sólo hemos encontrado las marcas de su uso. Nuestros hombres dispararon en todas direcciones sin escatimar la energía, debían ser muchos. Además faltan los cuerpos de cuatrocientos dieciocho de nuestros hombres.

–No creo que se los llevaran. Busquen huellas que puedan darnos pistas. Rastreen bien la zona por si pudieron huir de semejante ataque masivo.

Hasta los más expertos casi se vuelven locos interpretando las huellas. El enemigo había venido de todas partes y prácticamente borrado las huellas de nuestros hombres. Sus pies, por llamarlos de alguna manera, eran un tercio más grandes que los nuestros pero por los cortes en el Crucero no eran muy altos, como un palmo más bajo que un Guardián medio. Mientras, el Príncipe atrincheraba a la tropa y los distribuía ante un posible ataque. Para cuando terminó, el Jefe de Escuadra Lóntor volvió a darle un nuevo informe.

–¿Qué ha descubierto?

LibrosEnRed

–Algo que no tiene sentido, mi señor. Nuestros hombres se replegaron y huyeron a marchas forzadas hacia el Crucero del Mal.

–Esto, cada vez es más raro. Si eso es correcto, ya tienen que estar allí. Llámeles usando el O.B.

–Aún a pesar de sus órdenes, en cuanto hemos descubierto el rastro, he hecho un breve intento.

–No se preocupe, ha hecho lo que habría hecho yo. ¿Qué le han contestado?

–No hay comunicación.

–¿Han muerto todos? –preguntó sorprendido.

–Interferencias. Este planeta está plagado de M7. Hay vetas por todas partes.

–¿Qué me está contando? ¿Que el M7 es de origen natural, creado por la naturaleza?

–Así lo parece. Cualquier transmisión es inviable.

–Cuando Yárrem se entere de esto, se va a frotar las manos. ¡M7 natural, de baja calidad y modelable a alta calidad! ¿Podemos comunicarnos con nuestro Crucero?

–No. Deberíamos acercarnos mucho.

–Ordene a los hombres que se preparen para la marcha. Nos dirigimos al Crucero del Mal. Dudo mucho que haya un ejército, en este planeta, que pueda enfrentarse a un contingente de mil quinientos guardianes, preparados para el combate y mucho menos sin el factor sorpresa.

El camino fue largo, duro. Era abrupto, incómodo. El planeta entero parecía hostil. Por el camino encontramos unos veinte compañeros muertos, con sus O.B. destrozados. El invisible enemigo los había estado acosando sin tregua, durante todo el trayecto. Los guardianes de avanzadilla me avisaron que tenían el Crucero del Mal a la vista, que estaba en medio de la planicie de un gran valle y que habían levantado a su alrededor, una improvisada barricada, con todo lo que habían podido arrancar de los restos de la nave, las rocas y escasos árboles de alrededor. Las huellas de nuestros hombres se dirigían directamente a las barricadas. El Príncipe, con el grueso de las tropas avanzaron por lo que parecía ser, el cauce seco de un enorme río.

Cuando se acercaron y sin estar todavía a tiro, comprobaron que las tropas que defendían el perímetro se componían de los guardianes del Mal y de los nuestros. Tenía que ser una trampa. De pronto, un Guardián saltó la ba-

LibrosEnRed

rricada y, corriendo, se dirigió directamente hacia ellos. Era uno de nuestros hombres. Cuando llegó a su altura hizo la reverencia de máximo respeto, hincando la rodilla derecha y apoyando el puño izquierdo en el suelo.

–Jefe de Escuadrón Milton, a sus órdenes.

–¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Ha sobrevivido su Capitán?

–No, mi Príncipe, ha muerto por el camino luchando contra esas... cosas, cuando exploraba una ruta alternativa para el repliegue.

–¿Hay guardianes del Mal junto a sus hombres en las barricadas?

–Sí, mi Príncipe.

–¿Quiere ponerse en pie y explicarse claramente de una maldita vez? –preguntó indignado Lóntor.

–El Capitán del Crucero del Mal desea que se una a nosotros en la defensa. Se están reagrupando para volver a atacarnos.

–¿Quiénes? ¿Quiénes se están reagrupando?

–Tenemos uno retenido dentro del Crucero. Debemos atrincherarnos cuanto antes.

–¿Está usted loco? ¿Quiere poner al Príncipe a tiro de cualquier Guardián del Mal de ese Crucero? –le preguntó el Jefe de Escuadra Lóntor.

–El Capitán del Crucero, me ha dado su palabra –respondió muy serio mirándole a los ojos.

–¿Desde cuándo un Guardián del Mal tiene palabra? –le preguntó despectivamente Lóntor.

–Desde que nos acogió, sin tener que hacerlo. Sin su ayuda nos habrían aniquilado. Además ese Capitán es de... otra pasta. La verdad es que no es de ninguna raza que conozcamos. Es tan distinto... Creo que lo mejor será que le conozca personalmente, mi señor.

–Iremos. Pero si es cierto que no va atacarnos pídale que ordene a sus guardianes que se desarmen. Luego entraremos en el perímetro.

–Iré ahora a comunicarle sus deseos, mi Príncipe –dijo saliendo corriendo hacia la barricada.

Poco después volvió con dos de los hombres bajo su mando.

–Todo en orden. Están todos desarmados.

–Avancen –ordenó el Príncipe.

LibrosEnRed

A los pocos minutos estaban dentro de la barricada. Los guardianes del Mal permanecían, sentados en el suelo, desarmados y con los brazos cruzados sobre el pecho. Había clavados por todas partes, esos extraños dardos. Una quinta parte de los guardianes de ambos bandos, estaba herido o muerto. Una simple mirada le bastó para averiguar lo que quería decir el Jefe de Escuadrón acerca del Capitán del Mal. Se acercó mirándole directamente a los ojos con toda la dureza que pudo. No apartó la mirada, tenía aplomo. En su rostro se podía leer una gran pena.

–¿Se da cuenta que ha puesto a sus guardianes bajo mi control? –preguntó desafiante.

–Lo único que quiero es que tengan la oportunidad de sobrevivir –respondió con una voz seca, silbante. Su rostro, de color verde y escamado, le daba un aspecto de reptil junto a sus casi inexistentes orejas, aunque sus ojos, nariz y boca eran totalmente humanas. Por su forma de hablar, parecía que la vida no tenía aliciente para él, a no ser por sus guardianes.

–Sobrevivir, ¿a qué?

–A esas cosas. No podemos perder más tiempo, debemos prepararnos para su nuevo ataque.

–Nuestros sensores no detectan actividad cercana –respondió escéptico

–¡Claro! Por que los tienen rastreando vida humana y esas cosas no lo son. Lo mejor va a ser que venga conmigo dentro del crucero, ahí tenemos a una –dijo fríamente.

–Puede ser una trampa –le avisó Lóntor.

–Mire a su alrededor, todo esta acribillado por esas cosas –le contestó–. Vamos Capitán...

–Rhigt, Príncipe Prance.

–Muéstreme “eso”.

Seguidos de cerca por diez de sus guardianes, penetraron en el Crucero. Estaba totalmente a oscuras, no tenía energía por lo que tuvieron que activar los cascos, en modo infrarrojo, para poder ver y esquivar los destrozos interiores. Tras avanzar un rato, llegaron al final de un pasillo que estaba bloqueado por una gruesa compuerta. Se giró mirando al Capitán Rhigt y su triste mirada.

–Lo tenemos ahí dentro, en la sala de motores. Las paredes son más gruesas y sus dardos no pueden atravesarlas. Puentearé la pantalla de la compuerta para que le llegue un poco de energía y pueda verlo.

LibrosEnRed

Tras unos minutos de manipulación, la pantalla se activó mostrando, en un principio, un sin fin de puntos de estática pero poco a poco se fue aclarando, mostrando finalmente a la criatura. Tenía cuatro patas y era algo más bajo que un hombre. De color marrón oscuro y manchas verdes que la camuflaba perfectamente con su entorno. También tenía media docena de tentáculos terminados en dos dedos con forma de cuchillas. Con un rápido y seco movimiento, de entre las dos cuchillas, salió un dardo de M7 que se clavó en uno de los pocos paneles que se hallaban intactos. Por los chispazos que surgieron en todas direcciones, aún le quedaba algo de energía.

–¡Por la Galaxia de Andrómeda! ¡Es un maldito asesino! ¿Se mueven muy rápido?

–Los tentáculos, ni se lo imagina. Pero no corren mucho.

–¿Cuánto?

–Son cuadrúpedos y no muy veloces, algo más que un hombre. Son capaces de alcanzar a un Guardián en condiciones. Pero el mayor problema es que no hay dónde ocultarse.

–Si se entrega junto a sus hombres, les sacaremos de aquí en el Crucero que hemos venido.

–Tengo que hablarlo con ellos pero aún así el problema es cómo salir de aquí.

–Por donde hemos venido con las tropas –dijo el Jefe de Escuadra Lóntor.

–Ese paso ya está cerrado –respondió sorprendiéndonos.

–Creo que se equivoca. Nuestros rastreadores no han captado ninguna actividad enemiga por la zona. Han tenido que irse –le informó.

–Humana o animal, no desde luego. Esa cosa es vegetal. Actúa por instinto. Tengo el convencimiento de que nos consideran un peligro, un animal que les puede dañar y no pararán hasta extinguirnos. Los escáners que le hemos realizado a esa cosa de la sala, ha demostrado que no tiene cerebro y que los tentáculos los utiliza para alimentarse, arrancando las vetas de M7. La boca la tienen entre las patas.

–De ahí se explican los dardos de M7 –dije pensativo.

–Acabamos de cambiar los sistemas de rastreo de los O.B. y hemos detectado que estamos totalmente rodeados por decenas de miles de esas cosas. Y siguen llegando más –informó Lóntor sorprendido.

–Hemos de intentar llegar al Crucero. Esas malditas cosas no podrán traspasar sus escudos –dije convencido.

LibrosEnRed

–No llegaremos. Nuestra única posibilidad es atrincherarnos y esperar que sus guardianes del Crucero se decidan venir a buscarnos.

–Seguiré su consejo. No creo que puedan con el contingente que he traído. Jefe de Escuadra, ordene a las tropas que minen el perímetro exterior con todo lo que tengamos.

Lóntor pasó la orden a uno de los guardianes que le acompañaban que salió raudo y veloz a cumplirla.

–Disculpe, Príncipe Prance, ¿y mis guardianes?

–Devuélvanles sus armas.

–¿Mi Príncipe, usted cree prudente...? –comenzó a preguntar Lóntor.

–Obedezca mis órdenes, amigo.

–Sí, mi Príncipe.

–Hágame un favor, Jefe de Escuadra.

–Lo que quiera, mi señor.

–Recuérdeme, cuando estemos en la Gran Dama que ya es hora de que le ascienda a Capitán –dijo con una sonrisa, mientras hacía un gesto para que se dirigiera al exterior.

Cuando salieron volvía a amanecer. Era un planeta entre dos soles, nunca se hacía de noche.

–Cuando el sol esté en lo más alto, nos atacarán. No parecen temer a la muerte y por las ondas que emiten, creemos que se comunican telepáticamente o algo parecido –se apresuró informarles, el Jefe de Escuadrón Milton, al verles fuera.

–Ya me ha informado el Capitán Rhigt. ¿Cómo van con las defensas? –preguntó a la vez que el Capitán Rhigt se alejaba hacia las barricadas.

–Hemos desmontado los cañones láser del Crucero y los hemos instalado en los cuatro puntos cardinales. No durarán mucho, al no poder recargarlos, pero su poder de fuego les hará mucho daño. A trescientos metros del perímetro defensivo, en una franja de doscientos metros, se están instalando minas energéticas a cinco metros unas de otras. El alcance de cada mina es de diez metros de radio, lo que permitiría barrer la misma zona tres veces, como poco. Imposible traspasarlas –dijo uno de los Jefes de Escuadrón que vinieron con nosotros.

–No hay nada imposible, eso es algo que acabará descubriendo usted, por sí mismo –dijo el Príncipe intranquilo–. Vuelva con sus hombres y asegú-

LibrosEnRed

rense de que no hay brechas en nuestra defensa que esas cosas puedan aprovechar.

–Os veo preocupado –le dijo Lóntor al oído.

–¿Ha visto el rostro de los guardianes, ya sean del Bien o del Mal, que han combatido contra esas cosas? Miedo... –le respondió en el mismo tono.

–Y no es para menos –dijo Rhigt. Les había oído desde más de veinte metros y sin usar el Traje. Un oído excepcional si contamos que además había un ruido ensordecedor por la actividad de las tropas.

–Tiene buen oído –dijo Lóntor receloso.

–Entre otras cosas, aunque qué más da si se acabará perdiendo todo –comentó pesimistamente.

–Saldremos de esta –dijo el Príncipe tratando de mostrarse convincente.

Dos horas después, y con el sol en su apogeo, comenzó el ataque. Se inició por donde había llegado el Príncipe. El horizonte se remarcó con una franja oscura, cubriéndolo de este a oeste, con las grises montañas de fondo. Casi seguido, los otros tres frentes también se remarcaron. Las tropas desenfundaron los fusiles de asalto por si alguno conseguía traspasar la barrera de minas. Según fueron avanzando, comprobaron que sus cálculos se habían quedado cortos. Eran miles, decenas de miles y según avanzaban, estrechando el círculo, se iban concentrando.

–Cuando sobrepasen el campo de minas estaremos al alcance de sus dardos –profetizó el Capitán Rhigt.

–Deberían estar locos para seguir avanzando... –comenzó a decir el Jefe de Escuadra Lóntor.

–Si son plantas, no conocen el miedo. Por lo menos no como nosotros –dijo el Príncipe.

–Somos intrusos que amenazan su supervivencia y van a exterminarnos –auguró Rhigt.

–Es usted muy pesimista con nuestra suerte, Capitán. Saldremos de esta –contestó intentando infundirle ánimos. Le caía bien ese hombre y no sabía por qué, ya que era uno del Mal.

–Aunque realmente no me importe el resultado final, puedo asegurarle que mis hombres y yo lucharemos como fieras mientras nos quede un hálito de vida –respondió con una tristeza y un dolor fuera de toda lógica.

–No entiendo que os pasa... –empezó a decir el Príncipe siendo bruscamente interrumpido.

LibrosEnRed

–¡Están en el límite del campo! –gritó uno de los jefes de Escuadrón del Bien.

–¡Todos a sus puestos! ¡Preparen los cañones! ¡Y pónganse a cubierto! ¡No se confíen! –ordenó el Príncipe.

Si previo aviso avanzaron en grupo, sobre el campo de minas. Apretados unos contra otros, golpeándose al avanzar, llegaron al final del campo. A la orden del Príncipe, se activó el primer grupo de minas. Una luz brutal y cegadora, lo invadió todo. El humo de la desintegración de la masa de vegetales, se elevó rápidamente alrededor de los sitiados. La media docena que estaba lo suficientemente avanzados siguieron adelante. Los guardianes los abatieron sin dificultad y sin darles oportunidad de lanzar un solo dardo. Una suave brisa se llevó la columna circular de humo.

–¡Por la Galaxia de Andrómeda! Vienen más y siguen avanzando. ¡Ya están en la mitad del campo! –exclamó el Príncipe.

–¡Atentos! –gritó el Capitán Rhigt.

Se repitió la operación de exterminio. Un nuevo contingente sustituyó al aniquilado. Una vez procedida la tercera voladura, el cuarto y último grupo, algo menos numeroso, avanzó rápida y despiadadamente hacia los atrincherados. Los cañones acabaron con el sesenta por ciento. Esas malditas plantas no se detenían ante nada, a pesar de la potencia de fuego. La fuerza y precisión con que lanzaban los dardos les produjeron un diez por ciento de bajas. Algo increíble para unos enemigos de ese tipo. Nunca habían pensado que unos simples seudos animales iban a ser tan difíciles de derrotar. Cuando se aseguraron que no venían más, el Príncipe ordenó la evacuación.

–Bien, prepárense. Seleccionen un grupo para transportar a los heridos. Jefe de Escuadra, desarme a los guardianes del Mal. Capitán, sus armas –dijo el Príncipe mirándole a los ojos.

–¿No pretenderá salir? –preguntó Rhigt.

–Sí, Capitán. Y vamos directos a nuestro Crucero. ¿No irá a incumplir su palabra?

–No. Pero quisiera saber cómo vamos a esquivar a los demás.

–¿Qué demás?

–Ya le dije que reaccionaban en grupo. Estos que nos han atacado eran simplemente los exploradores.

–¿Los ex...? Todos a sus puestos. ¡Lóntor!.

LibrosEnRed

–¿Sí, mi Príncipe?

–Destaque a media docena de los mejores guardianes y que busquen una salida de esta maldita trampa.

–¿Por dónde viene el contingente enemigo?

–Se están agrupando en la entrada del cauce seco por el que llegó con sus hombres, Príncipe Prance –respondió cínicamente Rhigt.

–Si esto es un valle y por donde hemos venido, el cauce seco de un río, y como en este maldito lugar no hay un lago, ni rastros de uno, por algún sitio tiene que salir el agua en la época lluviosa. Diga a sus hombres que busquen algún cañón oculto por donde sale el agua –ordenó Lóntor.

Una hora después volvieron los primeros exploradores. Había un cañón que desembocaba en varios que desembocaban en otros más. Una auténtica red de cañones. No había forma de hacer un mapa, la única solución era penetrar en ellos y tratar de salir, tras alejarse lo suficiente como para poder rodear el valle y llegar hasta el Crucero.

–Se están concentrando y apunto de entrar en el valle. Debemos irnos de inmediato y arriesgarnos en los cañones –dijo el Príncipe.

–En cuanto nos movamos, sus exploradores nos descubrirán y se lanzarán en tromba. Nos alcanzarán al comienzo de los cañones y nos exterminarán –dijo Lóntor.

–Me quedaré con mis guardianes, cubriendo su retirada. Les proporcionaremos la ventaja suficiente. Luego, cuando lleguen a su Crucero, nos recogen –dijo el Capitán Rigth, sorprendiéndonos.

–No podrán parar a esas cosas. Nos quedaremos y enviaremos un grupo a la nave.

–Sabe que existen dos razones para no hacer eso.

–¿Y cuales son, si puede saberse? –preguntó Lóntor.

–La única forma de defenderse será replegándose en el interior del Crucero y aguantar todo lo que se pueda y con sus guardianes no entraremos todos y segunda y principal razón, ese montón de metales retorcidos, es mi nave y como Capitán de ese Crucero seré yo quien se quede y lo defienda del enemigo. Así que váyanse y rescátenos cuanto antes.

–A veces me da la impresión de que quiere morir, Capitán –dijo el Príncipe.

–Sin futuro, no hay esperanza. Tiene mi palabra, lucharé junto a mis hombres e intentaré sobrevivir hasta que nos rescaten.

LibrosEnRed

–Le puedo dejar algunos de mis hombres...

–No supondrá ninguna diferencia. Saque de aquí a sus guardianes.

Cuando se despidió de él, se fijó que el símbolo de la frente era marrón en vez de rojo.

A mitad de camino, oyeron cómo comenzaban los guardianes del Mal a disparar. La marabunta enemiga los sobrepasó rápidamente rodeando el Crucero. Un gran grupo siguió en pos de ellos. Tras introducirse en los cañones y optar siempre por los que se dirigían hacia la derecha, rodeando el valle, encontraron una torrentera que les permitiría subir con los heridos. Una vez en la cima descubrieron que las plantas inundaban todos los cañones que acababan de atravesar. Sin pensarlo dos veces, ordenó avanzar a marchas forzadas en dirección al Crucero. Ordenó a los guardianes encargados de las transmisiones que intentaran, ininterrumpidamente la comunicación con el Crucero. A dos kilómetros de distancia captaron el S.O.S. Atacar a los perseguidores y los barrieron sin problemas, ya que sus dardos no alcanzaban a la nave y era imposible sobrevivir a los cañones energéticos del Crucero. Poco después aterrizó recogiéndolos. El Jefe de Escuadrón que quedó al mando se presentó presuroso en la zona de embarque.

–En cuanto estén acomodados nuestros hombres, dirija la nave al lugar de impacto del Crucero del Mal.

–¿Para qué? Son nuestros enemigos.

–Aparte de que di mi palabra al Capitán Rigth, tenemos una deuda de gratitud con esos guardianes. Pienso dejarles libres, en el planeta neutral que elijan.

Quince minutos después estaban sobre el destrozado Crucero. La zona estaba infestada de esas cosas que lo atacaban por todas partes, intentando penetrar por cualquier pequeño agujero. De inmediato ordenó el ataque. Tardaron más de una hora en limpiar la zona. Con gran prudencia, desembarcó con un pequeño contingente de guardianes de elite y se dirigieron a la entrada de la nave. Media docena de guardianes iban por delante comprobando que ninguno de los bichos aún vivía y si tenían la más mínima duda, disparaban contra el cadáver. Había gran cantidad de guardianes del Mal, brutalmente acribillados, caídos por todas partes. Ninguno estaba vivo, habría sido un milagro. Tal y como supuso, dentro del Crucero los aguardaban unas cuantas. Un fuego cruzado acabó con ellos según iban saliendo, una a una. La entrada la hizo tras cinco de sus hombres, el Jefe de Escuadrón no lo permitió de otra manera. Tan sólo encontraron dos plantas con vida, el resto estaban muertas. También encontraron varios hombres

LibrosEnRed

del Capitán Rigth, destrozados, pero a él no le hallaron. Finalmente llegaron a la sala donde tenían encerrado a uno de ellos. Por lo visto se habían hecho fuertes, en el lugar, última parada. Uno de sus hombres se acercó a una pequeña brecha en la puerta, si no se llega a retirar de inmediato, un disparo láser habría acabado con su vida.

–¡Tranquilos! Soy el Príncipe Prance.

–Abrid la puerta –ordenó una voz que parecía la de Rigth.

Entraron con prudencia apuntando a los guardianes del Mal que lentamente depositaban sus armas en el piso. En un lado, protegido por un pequeño parapeto compuesto de un par de planchas de M7 y trozos de un generador energético, se encontraba recostado Rigth. De su pecho sobresalían cuatro dardos y varios más del resto de su cuerpo, uno le había seccionado la carótida. Moriría en cuestión de minutos o antes.

–Aquí estoy Capitán –le dijo a la vez que se arrodillaba para estar más cerca.

–Les dije a mis guardianes que no nos a... abandonaría –dijo costosamente.

–Teníais mi palabra. ¿Puedo saber de qué raza sois?

–Eso ya no importa, mi raza va a... desaparecer –dijo con la voz cada vez más débil.

–¿Desaparecer?

–Nuestra... es... trella va a convertirse en... una... novaaaaa...

–¿Dónde? ¿Dónde Capitán? ¡Capitán!

–Ha muerto, mi señor.

Me incorporé triste. Era un hombre excepcional. A pesar de ser un Guardián del Mal, se preocupaba más de sus hombres que de la guerra. Su símbolo era marrón. Tal vez no era del todo del Mal ya que si mezclamos el rojo y el verde obtendríamos un color parecido. Miré a los supervivientes, dieciocho en total y la mitad heridos.

–Voy a cambiar el trato que hice con vuestro Capitán.

–Ya os dije que nos matarían como a potos –dijo uno de ellos.

–No adelante acontecimientos, Guardián. Les voy a dar a elegir entre "La Celda" y la libertad en el planeta neutral que elijan pero a cambio me dirán de qué planeta provenía el Capitán Rigth.

–No lo sabemos, aunque siempre andaba lloriqueando por su estúpida raza –dijo otro.

LibrosEnRed

–Eso no me ayuda. Piensen, si quieren la libertad.

–Por lo que le oí una vez, tiene que estar mucho más lejos que los sistemas inexplorados de más allá de la frontera de Modoses –dijo el primero que habló.

–Mucho más lejos, por que una vez me contó que estuvo viajando durante años, de Crucero de transporte en Crucero de transporte, de un sistema a otro, alejándose de su planeta. Quería alejarse todo lo posible...

Una vez en la Gran Dama llamé al Capitán Elizaid a mis aposentos. Que entró muy serio, junto a Mhar.

–Si fuera usted un Capitán novato, entendería esa seriedad –dije algo molesto.

–Si mi Príncipe no se jugara la vida cada dos por tres, sería un Capitán mucho más feliz –respondió aún más serio.

–Estoy totalmente de acuerdo con él –le apoyó Mhar.

–Y yo con vosotros –dije sorprendiéndoles.

–¿Cuál es el truco? –preguntó Mhar suspicaz.

–No lo hay. Capitán Elizaid, voy a seguir su consejo. Hay algo que me gustaría hacer personalmente pero comprendo que el riesgo es demasiado grande. Tengo una misión para usted... muy arriesgada y secreta.

–Soy su hombre. Intentaré no defraudarle. ¿Cuál es la misión?

–Quiero que encuentre un planeta.

–¿Hemos perdido uno? –preguntó Mhar bromeando.

–Muy graciosa. El planeta se encuentra junto a una estrella a punto de convertirse en una nova, muy alejado de los sistemas no explorados de la frontera de Modoses.

–¿Modoses? Pero esa región está plagada de cruceros piratas y corporaciones de planetas hostiles.

–Por eso le envío a usted y no voy yo –ironicé.

–¿Qué naves de la flota llevaré?

–Irá en un pequeño Crucero con la mínima tripulación. Una vez localizado el planeta, quiero que establezca contacto con la raza que lo puebla. Luego vuelva a informarme.

–Esto se parece cada vez más a una misión suicida. ¿Y cómo sabré que es el planeta correcto?

LibrosEnRed

–Porque su raza será parecido ha este Guardián –dije mientras mostraba holográficamente la cabeza del Capitán Rigth–. Por lo visto su estrella amenaza con destruirlo.

–¿Qué tiene de especial esa raza? No es la primera que está amenazada por su estrella. Además ya habrán evacuado a la población. Cuando una estrella va a convertirse, por ejemplo en una nova, da antes muchos avisos y con mucha antelación.

–Creo que no ha sido evacuado y que necesitan ayuda urgentemente. Es una misión prioritaria. En cuanto los encuentre y evalúe la situación, vuelva a informarme personalmente.

–Sí, mi Príncipe.

ARCHIVO DE DEFENSA DE LAS LUNAS ESCUDO.
APTO PARA CAPITANES DE ELITE.

Las nuevas pruebas de un ataque simulado al Escudo fueron un éxito rotundo. Luego el Capitán Laurence fue a los aposentos de Prance, más que enfadado, resignado.

–Entra Laurence. Estoy listo.

–¿Listo?

–Para la bronca. Me apostaría mi Jade que ya te han informado de lo del Crucero.

–¿Serviría de algo?

–Sí. He decidido seguir vuestros consejos. A partir de hoy pienso mantenerme en segunda fila, siempre que eso sea posible.

–Disculpa, creo que me he equivocado de aposentos –dijo bromeando, haciendo un amago de salir.

–Lo digo en serio. He podido morir allí abajo y de la forma más tonta. No me arriesgaré, a no ser que sea un combate realmente importante.

–No has podido darme una noticia mejor. Antes de que se me olvide, ¿a dónde has enviado a Elizaid realmente?

–A donde te han dicho. Quiero contactar con esa raza. Si son como el hombre que conocí, podrían ser unos aliados formidables.

–¿Sin planeta? ¿Desperdigados por quién sabe cuántos sistemas solares?

–Podríamos agruparles...

LibrosEnRed

–Prance, te voy a ser sincero, la construcción del Escudo planetario ha agotado todos nuestros recursos. Realmente tardaremos veinte mil años en ponernos al día. No podemos prestarles ninguna ayuda. Estamos sin repuestos, metales, I.AS... No podemos hacer frente a un gran combate con la flota. Si el Mal lo descubre, atacará a todos nuestros aliados.

–Cuando vuelva Elizaid, veremos qué podemos hacer por ellos. Recuerda que tenemos los cinco megabatallones. Podrían ayudar en la evacuación o reagrupación a nivel planetario.

–Su traslado implicaría el desplazamiento de la primera flota y de la Gran Dama y te repito que no tenemos repuestos.

–Sí los tenemos.

–¿Los tienes escondidos debajo de la mesa electromagnética? –preguntó incrédulo.

–La segunda flota. Serán repuestos los repuestos. El conjunto de naves estarán a salvo tras el escudo, aunque no estén operativas.

–Eso es muy arriesgado. Nos dejaría sin refuerzos.

–Como antes del Escudo. Desmóntalas sin que se note.

–Lo haré, pero espero sinceramente que no tengamos que usar la flota.

–Tranquilo, sólo en caso de máxima necesidad.

Dos meses después el Mal atacó el Escudo, con un pequeño grupo de cruceros fuertemente blindados y con escudos tan potentes que las unidades energéticas necesarias para proveerlos, ocupaban casi la totalidad de su espacio interior. La alarma saltó en cuanto entraron en el sistema Solar. Rápidamente llegaron las gemelas que no estaban en sus cañones. Hacíamos dos turnos, dejando la mitad sin gemelas, ya que no teníamos suficientes para sustituirlas. De inmediato se calculó la trayectoria del enemigo y los cañones que estarían en disposición de interceptarles. Los robots de mantenimiento revisaron, por última vez, el recorrido de los cañones de tronera en tronera, dada la trayectoria de los cruceros. En un tiempo record, todo el mundo estaba en su puesto.

Los minutos pasaban lentamente. La tensión se notaba en el ambiente, nadie se movía, nadie hablaba, nadie hacía ruido. Cuando los dos primeros cruceros estuvieron a tiro, todos me miraron pero permanecí impasible. No quería que los demás huyeran e informaran de primera mano a Trash, del poder de nuestras lunas. Confiados al no ser atacados, avanzaron desple-

LibrosEnRed

gándose. Rápidamente llegaron a mitad de la distancia de nuestro alcance. Era el momento que estaba esperando.

–¡Fuego! –ordené a todos los cañones que los tenían encuadrados.

Con un solo disparo los barrimos del espacio. Reventaron como si se hubiera golpeado una nuez con un mazo de picapedrero. No quedó nada reutilizable, si excluimos los restos triturados de metal.

La luna, vibró de arriba abajo por los gritos de entusiasmo de las tropas.

En mis aposentos de Lain Sen me estaban esperando, rebosantes de felicidad, Dora y Zuzan.

–¡AAH! Mis dos chicas favoritas juntas –dije bromeando.

–Todo un éxito, Prance –dijo Dora abrazándome. Zuzan me miraba feliz sin moverse.

–¿No vas a darme un abrazo, mi chiquitina? –pregunté sonriendo. Sabía que le molestaba enormemente que no la tratara como a la mujer más que adulta que era.

–¿A que voy a tener que hincharte un ojo? –preguntó sin dejar de sonreír, levantando un puño a modo de amenaza.

–Ven aquí y dame dos besos.

–¿Y si no quiero me perseguirás por toda la habitación haciéndome cosquillas? –preguntó esta vez con los ojos velados por los recuerdos, acercándose remolonamente como cuando era pequeña.

Con cariño le acaricié el rostro. Había pasado mucho tiempo de cuando era pequeña, cabezota y ansiosa por saberlo todo...

ARCHIVO PRIVADO DE LA VIDA DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
SITUACIÓN: GRAN DAMA.
APOSENTOS PRIVADOS DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Han pasado tres semanas desde la muerte de los padres de Zuzan, cuando se dirigían a Jarkis. Una catástrofe la aparición de esos cruceros del Mal, el convoy no pudo defenderse ante un enemigo tan superior. Aunque aún sigue durmiendo abrazada a mí y llora en sueños, parece que a pesar de tener sólo siete años, ha comenzado a volver a la normalidad. Es increíble la capacidad de recuperación que tienen los niños.

Cuando entré, la vi mirando la pantalla principal de la habitación. Estaba de pie, con los brazos en jarras leyendo una serie de nombres y rangos de

LibrosEnRed

guardianes. Se estaba dejando largo, su negro y rizoso cabello. Quería que le llegara hasta la cintura. No me atreví a decirle que si se lo ordenaba al Traje, lo tendría en unas pocas horas. Pensé que era mejor que lo descubriera por sí sola.

–Hola preciosa, ¿qué haces?

–No lo entiendo –dijo dándose la vuelta y mirándome con esos enormes ojos azules marino.

–¿Qué es lo que no entiendes?

–Que haya Jefes de Escuadrón que manden tanto como Jefes de Escuadra.

–Eso, aunque parece imposible tiene una explicación. Lo mejor va a ser que empecemos por el comienzo.

–Vale.

–Comencemos por los rangos de abajo a arriba. Primero novatos, no son asignados a ningún grupo hasta que están preparados. Segundo, guardianes formados, o sea la tropa en general. Tercero, Jefe de Escuadrón que tiene bajo su mando desde cien a mil guardianes, dependiendo del tamaño de su batallón. Cuarto, Jefe de Escuadra que tiene su mando de diez mil a cien mil guardianes, con sus correspondientes Jefes de Escuadrón. Quinto, Capitán, que tiene bajo su mando un millón de guardianes.

–Eso ya lo sé.

–Déjame seguir "mariaresabiadilla". Pasemos a las tropas de elite que tienen la misma escala de rangos pero no el mismo mando. Un Guardián de elite, antes, como mínimo ha sido Jefe de Escuadrón, por lo que manda más porque ha entrado en la elite. Y lo mismo ocurre con el resto, un Jefe de Escuadrón de elite manda más que un Jefe de Escuadra normal. Etc., etc.

–Pero Laurence manda más que ningún Capitán.

–Laurence, Yárrem y Anyel son Capitán de Capitanes de elite. Y Laurence además es mi segundo, lo que le pone al mando en caso de que yo falte.

–¿Un Capitán de un Crucero manda más que un Capitán de elite?

–Si el Capitán de elite no es Capitán de Crucero, sí. Tiene el mando absoluto de su nave.

–¡UFFF! Esto se complica.

–¿Quieres que lo complique más?

–Ya que he empezado...

LibrosEnRed

–Dependiendo de la situación, un Capitán de elite se podría ver obligado a obedecer a un simple Guardián normal.

–¡Imposible!

–Incluso yo, pequeña descreída.

–¿Incluso tú?

–Sí. Te pondré un ejemplo con el Capitán de elite. Este se vería obligado a obedecer las directrices de un Guardián ingeniero, si no tuviera ninguno de los suyos de elite o de un Guardián biomédico por ponerte sólo dos ejemplos.

–¡Así que cualquiera puede mandar en algún momento! –exclamó algo enfadada.

–Es normal, es por el bien de todos.

–¿Y no pueden surgir discrepancias?

–Si cada uno se ciñe a la parte en la cual es el experto, no. Claro que eso conmigo no suele funcionar.

–Porque eres un maldito cabezota –soltó de sopetón.

–¡Zuzan!

–¿Quéééé? Es lo que siempre dice Laurence.

–Dama, llama a Laurence...

LibrosEnRed

Capítulo 20

ARCHIVO PRIVADO DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Habían pasado cincuenta y dos años del ataque preventivo del Mal que no había vuelto a dar señales de vida, si excluimos alguna que otra pequeña escaramuza. Nuestra flota se recuperaba lentamente con el desmantelamiento de la segunda flota. Pero mis pensamientos se desviaban constantemente hacia Elizaid, no habíamos vuelto a saber absolutamente nada de él.

ARCHIVO DE ALTA SEGURIDAD SÓLO APTO PARA CAPITANES DE MÁXIMO RANGO.
INFORME DEL O.B. DEL CAPITÁN LAURENCE.
SITUACIÓN: LAIN SEN.

El Príncipe vuelve a preocuparme. Cada vez duerme peor. Sufre de extrañas pesadillas que le atormentan hasta el punto de despertarle. Muchas veces lo hace gritando, cosa que hace entrar a la escolta en tromba en sus aposentos pensando que le están atacando.

Dora, Jhem y Mhar también han notado un cambio en él. Se le ve algo más taciturno y algo distraído. A veces le han descubierto hablando o discutiendo con Dama sobre temas que no alcanzaban a entender. Cuando le he preguntado a Dama, se ha negado a responderme por orden expresa de Prance. Dora ha intentado en numerosas ocasiones sonsacarle en qué consisten las pesadillas, consiguiendo como único resultado, un ininteligible murmullo y que se encontraba bien.

Poco a poco se ha ido encerrando en sí mismo. A veces es como siempre pero si no está hablando con alguien, se aísla.

Pero hay más. Este período me ha llamado a sus aposentos. Cuando he entrado miraba un corte semiesférico de Lain Sen. Un plano simple. Los primeros kilómetros de rocas, la planta Jarkamte, las primeras diez mil plantas de veinticinco metros de altura. Las diez mil siguientes, de ciento cincuenta metros cada una, que albergaban vegetación de distintos planetas, con dos funciones, abastecer de oxígeno a la luna, con el consiguiente ahorro para los trajes y una forma para que la tropa se pudiera relajar, en un ambiente

LibrosEnRed

muy parecido al que hay su planeta de origen mitigando, en parte, la morriña por la lejanía.

El resto de plantas tenían diversos tamaños y funciones, almacenamiento de repuestos, armamento, laboratorios...

Y en la penúltima planta, se hallaba el control central de las siete lunas, desde donde se podían vigilar todos los sistemas internos de las otras lunas, actividades, evacuación de emergencia y lo más importante, la coordinación y activación de los cañones Jarkamte. Desde control central se podían dar órdenes a toda la flota, bases y colonias mineras.

En la última, cerca del gran núcleo, el sistema de generadores y acumuladores de energía que abastecían a la luna.

–Ejem.

–Perdona, Laurence. Estaba concentrado estudiando el plano –dijo pensativo.

–¿Ese esbozo? ¿No prefieres uno holográfico tridimensional, exacto y a escala?

–No. ¿Cómo va todo?

–Perfectamente. Esta luna es una maravilla.

–¿Hay alguna avería? –preguntó sorprendiéndome.

–¿Avería? No. Todo funciona a la perfección –le respondí dubitativo.

–Demos un paseo.

Tras salir de sus aposentos, nos dirigimos a uno de los elevadores electromagnéticos, como los de la Gran Dama, que atravesaban todas las plantas de la luna. Fuimos directos a la sala central.

La seguridad era prioritaria. Todo Guardián que se acercara a esta planta era exhaustivamente registrado, controlado y vigilado constantemente. En caso de ataque, el sistema defensivo, sellaba los huecos de los distintos ascensores en cada planta, con una gruesa plancha de M7. En cuanto entramos, Yárrem vino a recibirnos. No podía evitar sonreír con orgullo.

–Hola, mi señor, Capitán Laurence...

–Hola Yárrem. ¿Todo bien?

–Sí, mi señor. Entremos.

La Sala de control de las lunas era impresionante. Tan grande como la de la Gran Dama e igual de completa. En las pantallas se podían ver las distintas

LibrosEnRed

plantas en constante cambio. En la pantalla central, la más grande, Pangea, con sus nubes y su majestuoso continente y un ir y venir de pequeños puntitos que eran en realidad naves de todo tipo.

Se sentó en el centro, en el sitio de mando. Sin mediar palabra comenzó a mirar todas las secciones y plantas de Lain Sen. Las observaba un instante y pasaba a la siguiente. Tras varias horas, se detuvo en una bruscamente, cuando vio las cámaras de hibernación y poniéndose de pie, se dirigió al fondo de la sala. Tanto Yárrem como yo hicimos lo propio por acto reflejo y le seguimos.

–Yárrem.

–¿Sí, mi señor? ¿Ocurre algo? –preguntó algo alarmado.

–Este panel, ¿qué controla?

–La zona de cámaras de hibernación. ¿Por qué?

–No funciona.

–Perdón pero todo ha sido chequeado...

–No discutas, Yárrem. No funciona.

Yárrem me miraba, al igual que toda la sala que no se perdía detalle. Sus rostros denotaban perplejidad. Seguro que todos habían participado en la revisión de los sistemas.

–Pero si no la habéis activado siquiera –intervine.

–Laurence, afirmo que... ¡no funciona!

Yárrem se puso delante del panel y lo activó.

–Siento contradeciros pero como veis, funciona.

–¡Teclea una orden!

–¿Alguna sugerencia? –preguntó algo escéptico.

–Activación de hibernación de una de las cámaras.

Con tranquilidad tecleó la orden y funcionó perfectamente, incluida la indicación de que no contenía ningún Guardián en su interior.

–¿Veis? Funciona. ¿Queréis usar la voz en vez del método manual?

–No. Pero insisto que no funciona. ¡No funciona!

–Pero Prance –le dije al oído–, te están mirando los hombres y como ves, el puñetero panel funciona.

–¡Teclea la orden de deshibernación! –dijo en alto.

LibrosEnRed

Yárrem lo hizo y la cámara no respondió. Cuando volvió a repetir la operación, siguió sin responder.

–No... no funciona –dijo perplejo.

¿Cómo podía mi amigo saberlo?

–Buscad el error y subsanarlo. Tiene que ser un bucle de órdenes contradictorias.

–Sí, mi Príncipe.

Todo el mundo estaba estupefacto.

–Creo que el resto está bien –dijo escuetamente dirigiéndose hacia la salida. Luego fue hacia las plantas de vegetación. Yárrem se acercó y me susurró:

–¿Cómo...?

–No lo sé –respondí pensativo.

–¡Maldita sea! Ha ido directo hacia él. Es como si lo hubiese intuido.

–Lo único que puedo decirte es que poco a poco tiene más poder, cada vez me cuesta más seguir su línea de pensamiento y razonamiento... se empieza a parecer a Ayam...

Luego, tranquilo y a la vez preocupado, salí tras él alcanzándolo en el nivel que representaba a Pangea. Cuando estuvimos totalmente solos, le tanteé.

–Prance.

–¿Si?

–¿Cómo sabias que ese panel no funcionaba?

–No puedo explicarlo. Al verlo ha sido como si ya lo hubiera vivido, sabía que no funcionaba –respondió enigmáticamente, luego sus pensamientos se alejaron de mí.

Tras esa respuesta, nos mantuvimos en silencio y paseamos durante varias horas. No, no era un Dios, pero a veces lo parecía. No me extrañó que el rumor se extendiera cada vez más.

Al día siguiente fuimos de inspección a uno de los cañones Jarkamte. Era impresionante. Teníamos cuatrocientas sesenta parejas de gemelas Warlook para trescientos dieciocho cañones. Nos dirigimos a uno al azar. Cuando nos vieron llegar las gemelas nos hicieron la reverencia de máximo respeto. Tras una breve conversación de protocolo, Prance les pidió una demostra-

LibrosEnRed

ción, más para halagarlas que para probar su habilidad y les proporcionó un objetivo hipotético. Tras alejarnos a un área de seguridad, comenzaron. Con asombrosa agilidad treparon por el cañón hasta los dobles asientos. Una controlaba la potencia, el momento de disparo o llegado el caso, el recorrido del cañón de tobera en tobera, la otra se concentraba en el disparo. Las zonas donde el cañón descansaba bajo las toberas, estaban perfectamente diseñadas para absorber el retroceso del disparo. Rápidamente del suelo surgían unas planchas que aislaban el cañón evitando así la fuga de aire. Las veinte compuertas de las toberas se abrían un instante antes, volviéndose a cerrar casi de inmediato, una tras otra. Las toberas estaban distribuidas simétricamente por toda la superficie de Lain Sen. Así, en caso de ataque el cañón se desplazaba rápidamente por su sector cubriendo toda el área. La demostración fue perfecta y ambas recibieron las felicitaciones del Príncipe.

ARCHIVO DE COMBATE.
APTO PARA CAPITANES.
ASUNTO: NUEVA ARMA BIOLÓGICA DEL MAL.

Zuzan me miraba pensativa, algo estaba pasando por su cabecita y en cualquier momento lo iba a soltar. Empezó a pasear arriba y abajo en la sala de control. Miré a Laurence que sonrió maliciosamente, el también se había dado cuenta y me hizo un gesto de complicidad para que me preparara. Una hora después me pidió que me reuniera con ella en mis aposentos de Lain.

–¿Tengo que escucharte como amigo o como Príncipe? –pregunté sonriente.

–Como Príncipe –respondió sorprendiéndome.

–Está bien Jefe de Escuadra de elite Zuzan, ¿qué es lo que ocurre? –pregunté algo alarmado.

–Quiero que me pongáis al mando de Lain Sen –soltó de sopetón como de costumbre.

–Siempre al grano, ¿verdad? ¿Puedo saber por qué?

–Porque tanto usted, el Capitán de Capitanes Laurence o el Capitán de Capitanes Yárrem son imprescindibles en la flota y es un desperdicio que permanezcan aquí. He colaborado estrechamente con Yárrem en la construcción de las lunas. Las conozco hasta el último milímetro y creo que estoy más que capacitada para dirigirlas.

LibrosEnRed

La miré duramente y acercándome, la estreché entre mis brazos desconcertándola.

–Pequeña impaciente y cabezota. Si te dignaras a mirar los mensajes de tu cubículo, habrías descubierto que Laurence te va a poner al mando en el próximo Al Tar Pangeano... Capitán de elite Zuzan.

Mirándome tiernamente, se echó a llorar.

De pronto un suave zumbido me avisó que la I.A. de mis aposentos quería decirme algo.

–Cásam, ¿qué ocurre?

–El Capitán Laurence quiere hablar con usted, mi señor.

–Ponlo en la pantalla principal.

Apareció Laurence, serio. Problemas, seguro.

–Hemos interceptado una extraña señal de auxilio, del sistema Sidómel.

–¿De Sidómel?

–Tiene cuatro planetas habitados, –intervino Cásam–, Shaifín, que es el planeta Capital, Killfhín, Ghaifín y Thayfín que son planetas colonizados, pero sus ejércitos son muy poderosos. El Mal no les atacaría, tardarían demasiado en derrotarles dándonos tiempo más que suficiente para que les ayudáramos –especuló con su lógica de I.A.

–Eso es lo extraño, la hemos recibido de los cuatro planetas casi a la vez.

–¿No hay comunicación con ellos? –pregunté extrañado.

–Sólo la señal de alarma en caso de máxima urgencia. Es la única que el Mal no puede interceptar. Pero su silencio sólo puede indicar que el enemigo ha sembrado el sistema de satélites interceptores.

–Prepara la flota. Salimos de inmediato –dije cortando la comunicación.

–Prance... –comenzó Zuzan.

–Capitán, queda al mando de las lunas. Siento que tenga que ser así, sin una ceremonia para celebrarlo.

–Estamos en guerra. Ya la haremos a la vuelta.

Tal y como predijo Laurence, el sistema estaba plagado de satélites. Desde el límite del sistema comprobamos que no había ninguna gran nave en movimiento. Desplegamos la flota y según nos adentrábamos, destruíamos los satélites. No nos dirigimos directamente al planeta Capital Shaifín. Tuvimos

LibrosEnRed

que detenernos hasta asegurar la zona. Al cabo de una hora, el Jefe de comunicaciones se me acercó con la expresión ceñuda.

–¿Qué es lo que ocurre Jefe Lomop? –pregunté mirándole a los ojos.

–De Shaifín recibo un batiburrillo de incomprensibles señales, cosa lógica ya que aún quedan un sin fin de satélites, aunque se van aclarando los canales, pero de los otros tres sólo obtenemos silencio, como si no existieran y eso es imposible con sus espaciopuertos y áreas de comunicación interplanetaria.

–¿Nada de nada? –pregunté incrédulo.

–Como si no hubiera vida.

–Será un nuevo dispositivo instalado por el Mal. Vuelva a su puesto e infórmeme de cualquier novedad.

–Sí, mi Príncipe.

Laurence se acercó sentándose en el asiento contiguo.

–No Prance, no podemos acercarnos hasta que barramos los satélites, si nos dirigimos a Shaifín directamente, quedaremos aislados como ellos. Espera que los cazas los localicen y destruyan –comentó como si leyera mis pensamientos.

–Tienes razón, esperaremos. Llama a Yárrem quiero saber cómo estamos de repuestos para la flota.

–No está a bordo. Creí que lo sabías.

–¿En qué Crucero está? –pregunté extrañado.

–En ninguno. Poco después de que recibiéramos la llamada de socorro, partió hacia Pangea. Pensé que era orden tuya.

–¿Mía? Llama a Pangea.

A los pocos segundos apareció, para nuestra sorpresa, el Jefe del Gran Consejo que en ese periodo era el Venerable Fiomtul.

–Hola, mi señor. ¿Va todo bien?

–Sí, estamos despejando el sistema. ¿Está Yárrem ahí?

–No, mi señor. Ha partido hacia Jarkis en un Crucero de la segunda flota.

–¿Cuál? ¡El nombre de ese Crucero! –ordené enfadado.

–¿Ocurre algo?

–No le he ordenado que vaya a Jarkis. El nombre.

LibrosEnRed

–El "Disform".

–Gracias Venerable –dije cortando la conversación.

Una mirada a Laurence bastó para que localizara al Crucero lo más rápido que fue posible. Estaba a poca distancia de Jarkis.

–Hola, mi Príncipe –dijo al aparecer en la pantalla principal.

–¿Puedo saber qué haces en ese Crucero?

–Me ha llamado la Gran Garda.

–¿Y?

–Que hay problemas y los Fried no saben cómo solucionarlos.

–¿Problemas? ¿De qué tipo?

–De suministros.

–¡Suministros! ¡Maldita sea! ¡No podemos enviarles más, estamos en el límite! Sin contar que les hemos enviado todo lo que tenemos.

–Y debería ser más que suficiente –intervino Laurence.

–Estoy de acuerdo. Por eso voy personalmente. Estoy seguro de que es un problema de organización administrativa. Volveré cuanto antes, mi señor.

–Soluciónalo. No podemos estirar más los suministros, tienen que arreglárselas.

–Déjelo en mis manos –dijo saludando, cortando la comunicación.

Miré a Laurence serio.

–¿Pasa algo? –me preguntó.

–No es nada. Es que me ha dado la impresión de que me ocultaba algo.

–¿Yárrem? Como no sea que se entrevistará con la Gran Garda...

De pronto el Capitán Espices se removió en su asiento intranquilo. Vigilaba el control de contactos con otras naves.

–Capitán Espices, ¿qué ocurre? –pregunté algo intranquilo, no era un hombre que se preocupara vanamente.

–Tiene que ser un error, mi señor. No detecto ninguna nave aparte de las nuestras.

–¿En este sistema? Imposible, su comercio es brutal –apuntillo Laurence.

–¿Qué demonios está pasado aquí? –pregunté–. Lomop, ¿ha establecido contacto con los otros tres planetas?

LibrosEnRed

–Nada. Silencio total. No hay transmisiones ni externas ni internas. Y... Tengo una trasmisión clara de Shaifín. Es su Jefe de gobierno.

–Pásala por la pantalla principal.

Apareció un hombre que por los datos que teníamos era su Gobernador, Lihon. Su rostro estaba desencajado, cenizo. Parecía que llevaba horas sin dormir. Por el fondo se veía a multitud de personas corriendo de un lado para otro, preparando algo.

–¡Gracias a la todo poderosa Hyum, que han llegado!

–¿Qué es lo que ocurre Gobernador? No hay ni rastro del Mal y tres de sus planetas permanecen mudos.

–Todos han muerto, esos malditos bichos han acabado con todo aquel que no pudo salir.

–¿Qué bichos?

–Les envío una proyección holográfica. Estudien como acabar con ellos. Y venga cuanto antes, están acabando con el océano y si lo cruzan, nos exterminarán. Lo mejor será que nos evacuen a todos por si no pueden pararlos –dijo temeroso.

–¿Pero qué demonios está diciendo? Mientras nos dirigimos hacia allí, comience a explicarme todo desde el comienzo –le pedí.

Tomó aire y comenzó:

Estaba de visita protocolaria en los nuevos campos transgénicos de alimentos para animales. En mitad de la ceremonia recibí una llamada urgente de la sede el gobierno.

–¡Gobernador! El General Quarther nos informa, que sus servicios de vigilancia acaban de detectar que una pequeña flota del Mal se ha detenido en el límite del sistema.

–Pásame con él –dije tranquilo mientras me acercaba a mirar la pantalla del transporte de superficie. Nuestra flota de defensa era lo suficientemente poderosa como para contenerles hasta que ustedes llegaran.

–Buenos días, Gobernador.

–General... No es la primera vez que hacen algo así. Es para intimidarnos, pero no lo conseguirán.

–Llevo treinta y dos años al frente de nuestra flota y esta vez es distinto. Sólo son veinte cruceros pero cuatro de ellos tienen un aspecto muy raro.

–¿Y puedo saber qué tienen de raro?

LibrosEnRed

–Uno es esférico con bultos por todas partes como una mora y los otras tres parecen puerco espines.

–¿Qué función pueden tener?

–No tengo ni idea, pero son los más adelantados.

–Vigílelos.

–He dejado la mitad de la flota protegiendo Shaifín y el resto la he repartido por los otros tres planetas. Todos los Capitanes tienen orden de permanecer en alerta y preparados para socorrer al planeta que haga falta.

–Infórmeme de las novedades.

Seis horas después volvió a llamarme. Lo flota del Mal avanzaba. Dimos la alerta y esperamos. Los extraños cruceros permanecieron quietos en la retaguardia mientras las otros dieciséis se dividieron en cuatro grupos y se dirigieron hacia los planetas. En realidad buscaban combatir contra nuestra flota. Un autentico suicidio ya que la proporción era de cinco a uno. El ataque fue cruento, con todo lo que tenían. No aguantarían un gasto energético así. Nuestra flota los barrería. Fue en ese instante, mientras nuestros cruceros estaban concentrados en rechazar su ataque, cuando la nave con forma de mora avanzó hasta el centro del sistema.

Lo que voy a relatarle a partir de ahora me lo contó personalmente el General Quarther.

La nave permaneció quieta durante unos minutos. De pronto empezó a vibrar como si algo pugnara por salir y fue entonces cuando estalló, desperdigando por todo el sistema los malditos satélites interceptores. No pudieron hacerlo de mejor forma. Nos dejaron incomunicados de golpe. La flota y los planetas no podían comunicarse entre ellos. Habían bloqueado toda posible acción coordinada. Pero había algo raro, aproximadamente la mitad de los satélites permanecían inactivos. Aprovechando la confusión, los otros tres cruceros puerco espines ocuparon su lugar mientras el resto de cruceros del Mal se retiraba rápidamente.

El General, que estaba con la mitad de la flota ordenó a sus cruceros que no se separaran y que protegieran Shaifín, porque de lo contrario perderían la comunicación. Los tres cruceros comenzaron a separarse formando un triángulo perfecto. El crucero que apuntaba a Shaifín comenzó a rotar, imitado enseguida por los otros dos que apuntaban, alternativamente a las trayectorias de los otros tres planetas. Nuestra flota activó todos sus escudos a máxima potencia y se prepararon para el ataque.

Las extrañas y puntiagudas protuberancias, de un color brillante metalizado también empezaron a girar y, con una explosión en su base, salieron dis-

LibrosEnRed

paradas hacia los planetas. Tenían el tamaño suficiente como para albergar unos veinticinco hombres, algo realmente escaso por muchas que fueran, para una invasión, además esas tropas quedarían muy desperdigadas perdiendo toda su efectividad. El General pensó que eran bombas y se preparó para lo peor.

Cuando las protuberancias estuvieran a tiro, ordenaría que abrieran fuego. Los Capitanes que dirigían la defensa de los otros tres planetas, por lógica, harían lo mismo. Las protuberancias activaron sus escudos a tal potencia que no durarían más que unos pocos minutos, un auténtico suicidio. Eran tantas que se podían contar por millares. Venían a gran velocidad. No importaba, los cruceros las interceptarían y destruirían a todas. Se encontraban bien localizadas, no escaparía ninguna. Cuando estaban a punto de entrar en el campo de tiro de gran distancia de los cruceros, los satélites inactivos dejaron de estarlo, borrándolas de nuestros localizadores. Cundió la desesperación entre los artilleros de las naves, sólo podrían destruirlas cuando estuvieran a poca distancia. Siendo tantas, alguna podría colarse. De inmediato se reaccionó enviando todos los cazas disponibles. Cuando estaban a punto de interceptarlas ocurrió algo increíble, cambiaron de color, volviéndose negras. Ya que no podían detectarlas a no ser que estuvieran muy cerca y no se podían distinguir a simple vista. Los cazas sólo pudieron acabar con un tercio de ellas antes de verse obligados a retirarse, al estar las espinas a tiro de los cañones láser de los cruceros.

Para sorpresa de la flota, las espinas no maniobraban para esquivar el ataque sino que seguían sus trayectorias hacia los planetas. Los artilleros se volvieron locos disparando contra toda espina que estaba a su alcance.

Al percatarse los Capitanes de los cruceros de que no podrían destruir todas, optaron por interceptarlas con sus propias naves antes que permitir que atacaran los planetas. Tenían el convencimiento de que se destruirían cuando chocaran contra los escudos. Nada más lejos de la realidad. El diseño de esas espinas estaba preparado para eso exactamente, para atravesar los escudos, ya tocados por el reciente combate e incrustarse en los cruceros.

El ochenta por ciento de ellos fueron alcanzados por las espinas. Casi de inmediato se empezaron a recibir extraños mensajes de animales que les atacaban. Antes de que el General Quarther pudiera decidir una línea de acción, lo cruceros del Mal reaparecieron pero en vez de dieciséis fueron cincuenta. El General comenzó a dar órdenes para repeler el ataque pero las naves que habían sido alcanzadas por las espinas no respondieron. Algunas empezaron a moverse de sus posiciones erráticamente como si nadie las pilotara, otras simplemente se apagaron como si no tuvieran energía y unas pocas estallaron como si les hubieran alcanzado en sus almacenadores

LibrosEnRed

de energía. Tres sobrepasaron a la flota y cayeron en Killfhín. Cuatro en Ghaifín, cinco en Thayfín y una aquí, en el otro continente.

El General no pudo hacer frente al ataque de la flota del Mal. Aunque combatió magistralmente le superaban en número. Perdió todos los cruceros menos dos que aterrizaron aquí. Nuestras baterías láser de protección se activaron en todas las ciudades. Pero para nuestra sorpresa, la flota del Mal no sólo no nos atacó, sino que ni siquiera intentaron desembarcar tropas. Para nuestro desconcierto permanecieron en el sistema entre los planetas, destruyendo cualquier nave que partía. Fue cuando decidimos usar la alarma de aviso de máxima urgencia pero sabíamos que tardarían cuatro días en llegar. Dos horas después recibimos una llamada del otro continente. Una de las pequeñas ciudades, Milton, estaba siendo arrasada por unos extraños animales. El ejército no podía contenerles y nos pedían refuerzos.

Les enviamos un batallón. El General Quarther se ofreció voluntario para dirigirlo. Intentaron contenerles al sur de la ciudad principal pero les sobrepasaron, finalmente nos vimos obligados a evacuar a toda la población que pudimos rescatar de los puertos. Enviamos todo lo que volaba para traerles. Estamos reforzando la costa con todo el armamento que tenemos para cuando lleguen.

Permanecí pensativo comprendiendo por qué el Mal se quedó entre los planetas, para que nadie pudiera escapar. Seguro que no esperaba que Shaifín resistiera tanto contra... lo que fuera.

–Estaremos allí cuanto antes. Prepare los espaciopuertos para que descarguemos a las tropas.

–No lo entienden. No los podrán parar. Están acabando con el gran océano. Lo están evaporando.

–Eso no es posible. Prepare a sus tropas para que se unan a las mías. Traigo cinco megabatallones conmigo y miles de cazas. No va quedar ni uno sólo, puedo asegurárselo –dije cortando la comunicación.

–Llama a Thorfhun –le ordené al Capitán de comunicaciones interiores–. Quiero que prepare un equipo biológico. Necesito saber qué clase de animales son esos y de dónde han salido tantos como para derrotar al ejército de Shaifín. También quiero saber cómo están las poblaciones de los otros tres planetas.

–Sí, mi Príncipe.

–Pero que no tomen tierra. Todavía no sabemos a qué nos enfrentamos.

LibrosEnRed

Laurence me esperaba en mis aposentos, junto a Dora, Jhem y Mhar. Antes de que se cerraran las dobles puertas ordenó a los dos guardianes de escolta interior que salieran.

–Lo leo en tus ojos. Me diste tu palabra de que no te arriesgarías –me acusó Laurence.

–Bajaré con Jhem en Lara. Al menor síntoma de peligro volveré.

–Eso puedo hacerlo yo –dijo Dora.

–¿Alguno de los aquí presentes podría dirigir y coordinar a los cinco megabatallones a la vez? –pregunté serio.

–Creo que yo sí –dijo Laurence.

–¿Creo? Ahí abajo hay cincuenta millones de Shaifinitas y más de la mitad están refugiados. El continente que ha caído es el agrícola y ganadero. En menos de un mes la hambruna llegará a todo el planeta. O acabamos con esas cosas o habrá que evacuar a la población.

–Podrías dirigirlo todo desde aquí –dijo Mhar.

–¿Desde cuándo se puede dirigir un combate en tierra sin estar presente? Además las tropas se sentirán más seguras si estoy con ellos.

–El Capitán del Crucero Kolm solicita hablar con usted –nos interrumpió Dama.

–Pásala a la pantalla principal –le ordené.

–Sí, mi Príncipe.

–Infórmeme Capitán Lonygt. ¿Qué ocurre en Thayfín?

–Están todos muertos –respondió escuetamente.

–¿Todos? –pregunté incrédulo.

–No se puede imaginar lo agresivos que son esos animales, ¡y lo rápido que se reproducen!

–Tiene otra llamada del Capitán del Crucero Pojimt –volvió a interrumpir Dama.

–Pásala en la pantalla secundaria.

–Sí, mi Príncipe.

–Le escucho Capitán Tumpol. ¿Hay supervivientes en Killfhín?

–Me temo que no, mi señor.

–El Capitán...

LibrosEnRed

–¡Pásalo en la tercera!

–Sí, mi Príncipe.

–¿Supervivientes en Ghaifín, Capitana Satorka?

–No, mi señor. Viendo a esos malditos, es imposible. Su única meta es matar –dijo angustiada.

–Quiero que cada uno me envíe una imagen tridimensional de uno de esos bichos. Necesito ver cómo son y, sobre todo, si son iguales –ordené–. Dama muéstralos en medio de la sala.

Cuando aparecieron pegamos un brinco, incluso "mis hijas adoptivas" se llevaron las manos a las armas. Eran tan impresionantes como horrorosos. De más de dos metros de largo por uno de alto. De color verde y marrón, con protuberancias. Una boca enorme que casi partía la cabeza en dos, con unos dientes grandes, triangulares y afilados. Cuatro patas que acababan en garras prensiles, con afiladas garras. Todo músculo y energía. Babeaban con furia y husmeaban a través de los dos agujeros que tenían en vez de nariz. Tampoco tenían orejas, ni ningún agujero que contuviera oídos. De pronto ante nuestros asombrados ojos, uno de ellos empezó a vibrar y se escindió en dos animales que eran una réplica del anfitrión pero la mitad de grandes. Se movieron hacia un árbol y lo derribaron a mordiscos, devorándolo ferozmente, aumentando rápidamente de tamaño.

–Por lo que hemos podido observar, en cinco minutos, y si tienen alimento suficiente, se podrán volver a escindir –intervino Tumpol.

–¿Está seguro de ese período de reproducción? ¿Y los demás?

–Estoy de acuerdo, mi señor –dijo Sakorta.

–Yo también, mi señor –apuntilló Lonygt.

–Registren los planetas por si aún hay algún superviviente y luego reúnanse con nosotros.

Cuando corté la comunicación todos comenzaron a hablar, dirigiéndose a mí, a la vez.

–¡Silencio! Ahora más que nunca pienso bajar.

–Pe...

–¡No le he dado permiso para hablar Capitán Laurence! Dora.

–¿Sí, mi Príncipe? –preguntó mordiéndose la lengua.

–Prepara un plan de evacuación.

–¿Para cincuenta millones? –preguntó estupefacta.

LibrosEnRed

–En menos de un mes, no hay alimentos para más tiempo y necesito planetas que los alberguen. Ordena a Yárrem que se nos una lo más rápidamente posible. Vamos a necesitar toda su experiencia administrativa. Jarkis puede esperar.

–Sí, Prance –aunque estaba enfadada, no pudo responderme irónicamente.

–Laurence, coordinarás el ataque con todos los cazas y naves. Quiero que los acosen, ataquen y eliminen, con un poco de suerte no hará falta usar los megabatallones, tal vez podamos exterminarles con los cruceros y cazas.

–Jhem, tú te encargarás del sistema de transmisiones. Quiero estar informado de lo que ocurre en todo momento, hasta el mínimo detalle.

–Mhar, tu vendrás conmigo, te encargarás de mi seguridad y de la coordinación, si llegara el caso, de los Capitanes y Jefes de Escuadra de los megabatallones.

–¿Alguna duda?

–¿Me permitirás que asegure la zona antes de que te reúnas con el Gobernador? –preguntó Laurence algo dolido.

–Claro, amigo. Impulsivo sí, loco no.

–Entonces, permíteme enviar al quinto megabatallón, de forma que para cuando esté la zona segura, te esté esperando con el Capitán Espisces.

–Y te informe si hago alguna locura.

–Me conoces bien.

–Concedido. Prepáralo todo. Dama, ¿cuándo entraremos en orbita alrededor de Shaifín?

–Dentro de dos horas y cuarenta y seis minutos.

–¿Por qué tanto tiempo?

–Todavía hay satélites...

–No importa. Dirígete directamente. Los cruceros pequeños y los cazas se encargarán de ellos. Cada segundo cuenta. Dada la velocidad con la que se reproducen... Una cosa más Dama, envía las imágenes de los animales a Thorfhun.

–Sí, mi Príncipe.

Veinte minutos después, mientras preparábamos el plan de acción, la sala de mando nos llamó.

LibrosEnRed

–¿Qué ocurre Jefe de control? –preguntó Laurence.

–Creo que deberían ver esto –dijo mostrándonos Shaifín.

No se veían los continentes. Estaban totalmente cubiertos de nubes. Había tormentas por todas partes. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Conocía ese planeta y su clima era muy benigno.

Cuando descendí con Lara, Espisces estaba esperándome. Al abrir la compuerta una fuerte ráfaga de viento y lluvia penetró, sobresaltando a mi escolta. Llovía copiosa y torrencialmente. El ambiente era bochornoso y cargado, algo impensable para la época. Bajo la lluvia, con cara de angustia estaba el Gobernador, muy nervioso. En cuanto me vio se acercó presuroso.

–Hola Gobernador.

–Estamos encantados de que estén aquí. ¿Cuándo nos van a evacuar?

–Pronto. Primero quiero organizar la defensa del continente. Probablemente no haya que evacuar a nadie, mis Guardianes acabarán con los bichos.

–¿Y si llegan hasta aquí? –preguntó aterrorizado.

–¿Vuelan?

–No, que sepamos.

–Entonces les va a resultar un poco difícil atravesar todo el maldito océano.

La conversación fue interrumpida cuando un pequeño vehículo de exploración descendió rápidamente, a pocos metros. Sin casi esperar a que tomara tierra, el Jefe médico Thorfhun descendió presuroso.

–¿Qué noticias me traes sobre esos bichos? –pregunté ansioso.

–Son lo más mortífero que he visto nunca, mi señor.

–Hay que evacuar a la población en cuanto podamos.

–¿Nadan?

–No lo creo.

–Entonces el océano los contendrá mientras buscamos una forma de exterminarlos.

–No, mi Príncipe, eso no va a ser posible. Están consumiendo el océano.

–Ya, se lo están bebiendo –bromeé.

–No, simplemente se introducen en él –dijo serio.

LibrosEnRed

–¿Con qué objetivo? ¿Atravesarlo andando?

–Hemos descubierto que la sal es para ellos, como el ácido sulfúrico para nosotros.

–Así que se están suicidando –comenté dudoso.

–La reacción de la sal produce mucho calor, tanto, que evapora el agua del océano. Por eso la lluvia constante. Si siguen así, en menos de un mes llegarán hasta nosotros.

–Traeremos sal para que el agua siga como barrera de protección.

–No servirá. Ya ha bajado un metro desde que empezaron a lanzarse.

–Pero no para de llover... ¿la consumen para reproducirse? –pregunté temiendo la respuesta.

–Casi toda la que cae en su continente. Los ríos están atestados de ellos. Su reproducción es rapidísima. Están devorando todo lo que es orgánico o cualquier cosa que les ataca, aunque sea inorgánico. Son realmente terribles. No han dejado prácticamente nada de las ciudades.

–¡Capitán Espisces! –grité bajo la tormenta.

–¿Sí, mi Príncipe? –preguntó en cuanto se acercó.

–Llama a la Gran Dama e informa a Laurence de que ordene a los otros cuatro megabatallones que se desplieguen por la costa, en cuanto calculemos por dónde se unirán los dos continentes, cuando el océano descienda. También quiero que se instalen en esa zona todos los cañones láser de que podamos disponer.

–De inmediato, mi señor.

–Usa a Lara.

–Gracias, mi señor.

Poco después volvió Espisces azorado.

–¿Qué ocurre? –le pregunté.

–El Capitán Laurence quiere que vuelva.

–No –respondí obstinado–. Obedezca mis órdenes.

Cuando enviamos todas las naves de combate al otro continente, descubrimos con pesar que no podíamos localizarles bajo las nubes. Prácticamente no emitían calor corporal, no eran rastreables por infrarrojos. Disparábamos casi a ciegas. Finalmente tuve que tomar una decisión que nunca creí que llegara a tomar contra un planeta aliado y todavía habitado.

LibrosEnRed

–Lara, ponme con la sala de reuniones de la Gran Dama.

–Sí, mi Príncipe.

La pantalla me mostró a todos los presentes; Laurence, Taban y Capitanes de elite.

–Hola a todos –saludé serio–. Me veo obligado a tomar una dura decisión, a no ser que alguno de ustedes tenga una idea para aniquilar a esos bichos...

–No hay ninguna, mi señor –dijo Laurence–. Yárrem llegará en la próxima evolución Shaifín, día y medio Pangeano aproximadamente.

–Gracias, Laurence. Entonces ordeno al Crucero Yasmlp que intervenga con Una.

El silencio en la sala fue sepulcral. Todos sabían lo que implicaba mi orden.

–Sé que nunca las hemos utilizado, por la destrucción que implica el uso de un arma termonuclear pero esta vez no tenemos otra opción. Dama sugiere que la usemos en el centro del continente, sobre el lago Jiklon. Como bien saben, en el Jiklon desembocan seis ríos y es el lugar de mayor producción de esos malditos. Después, una vez comprobemos que la zona está limpia, bajaremos y los iremos barriendo ampliando el círculo.

–Los que están en la costa se volverán contra los megabatallones que estén en el área de la detonación –intervino Thorfhun–, porque hemos descubierto que de alguna forma se comunican telepáticamente.

–¿Desde qué distancia? –preguntó Dora.

–Por el tamaño de su cráneo, no pueden tener un cerebro muy grande, por lo que he visto calculo que unos cien metros, cincuenta arriba o abajo.

–Mejor, así los exterminaremos más rápido. No podrán reproducirse, no hay nada orgánico que comer en todo el continente y si dejan de lanzarse contra el mar, dejará de llover –dije convencido.

–El problema será que los megabatallones no podrán contenerlos –dijo Laurence.

–¿Pudiendo relevarse y recargarse de energía constantemente aprovechando la propia radiactividad residual de la bomba? –pregunté incrédulo.

–Hace menos de una hora que he recibido el número aproximado de esos bichos. Superan los quince mil millones. Si se lanzan todos a la vez, que es como reaccionan en cuanto se sienten amenazados, no habrá quien los contenga –dijo Laurence.

LibrosEnRed

–En cuanto se agrupen lanzaremos más bombas. Ya limpiaremos el continente de radiactividad, usando los trajes para consumirla. ¿Alguna cuestión más? ¿No? Bien, demos luz verde al Yasmlp.

–Mi señor, sugiero que comencemos con una sola bomba para ver cómo reaccionan –dijo interesado Thorfhun.

–Seguiré tu consejo.

Seis horas después dejamos caer sobre el Jiklon, una bomba termonuclear de veinte megatones. El lago al completo se vaporizó. En cuanto el efecto devastador de la bomba entró, en lo que podríamos considerar, efectos aceptables para la seguridad de una nave de reconocimiento, hicimos una primera inspección. No quedaba nada con vida en kilómetros alrededor del lago. Parecía un éxito hasta que, tras avanzar por la destrucción, encontramos el primer animal medio abrasado y en apariencia agonizante. De pronto empezó a vibrar salvajemente y en menos de un minuto se duplicó seis veces. No podíamos creerlo también se alimentaban de radiación. De todas partes vinieron y se anclaron en el lugar de impacto de la bomba. Se multiplicaban a tal velocidad que no había forma de contabilizarlos. Habíamos fracasado.

Tras unas nuevas comprobaciones del fracaso del método, volvimos a tener una reunión.

–Esos malditos, contra todo pronóstico, se pueden alimentar de radiactividad –dije cabizbajo–. De ahí que las espinas no pudieran ser detectadas hasta que no estuvieran muy cerca, no llevaban aislamiento antirradiación.

–¿Y si probamos con una bomba de neutrones? –dijo uno de los ayudantes de Thorfhun.

–¿Acaso no hay radiación neutrónica en el espacio? –preguntó Taban irónico.

–Nada de bombas. Es imposible que arrasemos todo el continente sin afectar al otro –dijo Laurence.

–Tiene razón. Tenemos que contenerlos hasta que evacuemos a toda la población. ¿Cómo van los planes de evacuación, Yárrem? –le pregunté, observando que su rostro denotaba bastante cansancio.

–Tras muchas negociaciones ya tengo en doce planetas, albergue para treinta millones...

–No es suficiente. En tres semanas los tendremos aquí. Dentro de cuarenta y ocho horas quiero que hayas conseguido refugio para los otros veinte.

LibrosEnRed

–Intentaré cumplir tus directrices –respondió pensativo.

–Dora, quiero que empieces la evacuación de inmediato, con todo lo que tengamos. Cuando descargues a los pasajeros, te traes todos los alimentos que puedas del planeta de destino para el siguiente viaje.

–El sistema más cercano está a tres días de viaje, con civiles cinco, al no poder acelerar directamente, sin tener que rotar para tener la gravedad necesaria. Los cálculos son mucho más complicados...

–Eso significaría que no vamos a evacuar a todos ni en tres meses. ¡No disponemos de tanto tiempo!

–Hay una solución –intervino Laurence mirando seriamente uno a uno de los presentes–. No te va a gustar –continuó mirándome los ojos–, cuando descarguemos un lote de refugiados, obligar a las grandes naves del sistema en cuestión a cargar provisiones y unirse al rescate.

–¿Y cómo vamos a hacer eso sin desencadenar una guerra? –preguntó Yárrem.

–Si no nos ayudan, dejaremos de ayudarles y, sobre todo, de protegerles del Mal.

–Si hacemos eso, nos pondremos al mismo nivel que ellos –dije triste.

–Entonces quedarán sin evacuar quince millones como mínimo –dijo Dora.

–No ocurrirá eso. Como Capitán General de la corporación Warfried y ya que Shafín es miembro de pleno derecho a los aliados de la corporación, ordeno a todos nuestros aliados que nos envíen todas las naves y suministros que tengan disponibles. Ignorar o desobedecer esta orden implicará la expulsión de la corporación y por tanto la rotura de la alianza con los Guardianes del Bien, quedando a merced del Mal o de cualquier otro enemigo, sin poder solicitar nuestra ayuda.

–No les va a gustar, pero obedecerán –dijo Yárrem algo más optimista.

–Laurence encárgate de que Dama envíe a todos los aliados cercanos, la orden.

–De inmediato Prance. ¿Les solicito también tropas?

–No. Eso sería presionar demasiado y les dejaría desprotegidos. En cuanto llegue la primera nave con refugiados, la noticia sobre los animales correrá por todos los sistemas y empezaría a cundir el pánico –dije pensativo.

En ese mismo período recibí una comunicación de un Crucero que rastreaba todo el sistema en busca de algún satélite que no se hubiera

LibrosEnRed

localizado y destruido. Di permiso a Thorfhun para escuchar la conversación.

–¿Qué es lo que ocurre Capitán Llimlimo? –dije leyendo su nombre en una pequeña pantalla que Lara habilitó para ello.

–Hemos localizado una espina medio destruida. Tengo la certeza de que hay bichos de esos dentro. Nuestros sensores los han localizado e informan de que no se mueven y su calor corporal es cero.

–Ni se les ocurra acercarse hasta que tengan más datos –intervino Thorfhun desde su nave de reconocimiento.

–Tiene razón, esos insaciables son realmente peligrosos. Envíen primero un robot para que inspeccione la espina y compruebe que no queda ninguno con vida.

–Sí, mi Príncipe.

El robot retransmitía todo lo que captaban sus seis sensores. La espina había sido partida en dos. Este era el trozo de cola, que en apariencia estaba intacto. El robot se introdujo lentamente por la abertura, mostrando con sus potentes luces el interior. De inmediato vimos que aún contenía unos treinta animales, un tercio reventado o medio quemados por el impacto y por supuesto todos absolutamente congelados. El robot escaneó uno a uno a los animales, comprobando que estaban muertos. Movió y destripó a varios haciendo una primera evaluación de su constitución descubriendo que disponían de un corazón, un pulmón, tres estómagos y treinta metros de intestinos que no desembocaban en ningún lado. Todo lo que comían lo digerían o permanecía en el final del intestino porque carecían de aparato excretor. Finalmente se decidió trasportar los cadáveres intactos al Crucero para que el equipo de Thorfhun los pudiera investigar a fondo y averiguar cómo exterminarlos.

Tras introducirlos, uno de los ayudantes de Thorfhun, ayudado por media docena de guardianes, recogieron a los animales del compartimiento de carga. No habían llegado al laboratorio cuando el calor interior del Crucero los descongeló. Trece de ellos estaban intactos y de inmediato revivieron y acabaron con mis guardianes. Para cuando la tripulación quiso reaccionar, ya estaban por todas partes. Tan sólo tres lanzaderas consiguieron salir con cuarenta y dos tripulantes. El resto, entre los que se encontraba el Capitán Llimlimo, murieron. El Crucero, sin control, acabó cayendo en el campo gravitacional de una de las lunas de Shaifín, estrellándose con la consiguiente explosión energética.

LibrosEnRed

Los aliados respondieron con celeridad y la evacuación iba a buen ritmo pero estábamos muy justos de tiempo. Los animales, que la población los había apodado "los insaciables", seguían suicidándose lanzándose al océano. Tras muchos cálculos, llegamos a la conclusión de que los continentes se unirían en el Sur, en una franja de cinco kilómetros de ancho por veinte de largo. Mientras hubo agua, se minó el istmo hasta con cien capas de minas energéticas. Instalamos todos los cañones láser que pudimos y levantamos una gran muralla a base de bloques de granito, de más de ochenta metros de altura, haciendo medio círculo para contenerles y poder exterminarlos desde arriba. Cuando el nivel del agua descendió hasta un metro y viendo la muralla de vapor del otro lado de la costa, comprendí que no seríamos suficientes pero no podíamos irnos, aún faltaba un quinto de la población por evacuar. En ese crítico y duro momento y bajo la intensa lluvia, me llamó Laurence.

–No pienso volver –dije nada más verle aparecer por la pantalla principal de Lara.

–Eso ya lo daba por sentado. El convoy de rescate bajo el mando del Capitán Nomentor ha sido atacado por la flota del Mal. Los cuatro cruceros que lo protegían han luchado fieramente pero Tógar los superaban en número y me temo que han sido aniquilados.

–¿Cuántos refugiados transportaban? –pregunté tristemente.

–Era el más grande, un millón y medio.

–¿Puedes destinar más cruceros para los restantes convoyes?

–Tal vez media docena más. Un número superior dejaría a la Gran Dama demasiado desprotegida. No sabemos dónde se encuentra la flota de Trash.

–Haz lo que puedas.

–Así lo... –comenzó a decir porque le interrumpió un Capitán de transmisiones.

–¿Qué ocurre?

–El convoy al mando de la Capitana Dismoe, con dos cruceros de escolta también ha sido atacado y destruido por la flota de Tógar. Transportaba un millón de refugiados.

–Que la población monte en las naves pero que no se dirijan a sus destinos. Deben permanecer junto a la flota hasta que todos hayan sido evacuados. Nos iremos todos juntos.

–Eso implicará que tendrás que permanecer ahí abajo dos días más por lo menos.

LibrosEnRed

–Aguantaremos. Obedece mis directrices, amigo –dije cortando la comunicación.

Mientras ordenaba a todos los Capitanes y Jefes de Escuadra que vinieran a reunirse conmigo para explicarles que deberíamos aguantar dos días más, me llegaron dos informes sobre el aniquilamiento de otros dos convoyes. No podíamos permitirnos perder más cruceros, ni más civiles, debíamos aguantar costara lo que costara. Si no, nuestra imagen cara a los aliados se deterioraría tanto que puede que muchos decidieran no apoyarnos. No volverían a confiar en los Guardianes del Bien, dando una ventaja crucial al Mal.

Por primera vez desde que estaba al mando de los Guardianes del Bien, no tenía claro qué iba a pasar. No había opciones de combate, sólo resistir todo lo que se pudiera. Íbamos a luchar contra un enemigo que desconocía el miedo y que no le importaba morir.

Cuando el nivel del mar bajó hasta que el istmo estuvo cubierto por sólo dos palmos de agua, empezaron a correr sobre el agua salada hasta que se desintegraron. Poco a poco llegaban más lejos o más bien, más cerca de nuestra defensa. Para mi sorpresa, cuando el nivel bajó a menos de un palmo, los insaciables dejaron de avanzar y por los informes de los cruceros, de lanzarse al océano. Durante más de cinco horas permanecieron inmóviles, por lo menos a simple vista. Thorfhun, desde una nave de observación, descubrió que se extendía una especie de convulsión que se iba propagando por todos los bichos en forma circular por todo el continente, teniendo como epicentro el istmo. Cuando la convulsión terminó, todos los animales del continente se dirigieron hacia el istmo. Se iban a lanzar en masa. Treinta mil millones de insaciables, contra cinco millones de guardianes, no podíamos ganar.

Como una marea imparable, avanzaron. Los primeros miles, al pisar el escaso océano que quedaba, perdieron las patas y se fueron desintegrando lentamente, mientras sus compañeros los utilizaban como puentes. Algunos, incluso se detenían para devorarlos vivos, claro que al hacerlo también se abrasaban con los restos de agua salada. Parecía no importarles.

Con semejante manta de animales, en menos de dos horas llegaron hasta nosotros. Al encontrase con nuestro muro se fueron apelotonando, subiéndose unos sobre otros. Fue cuando ordené la activación de la primera capa de minas. Tras un enorme resplandor y una fuerte oleada de calor, el istmo quedó vacío. Como si no hubiera ocurrido nada, los insaciables del otro continente siguieron avanzando. Cuando volvieron a apelotarse formando varios niveles de animales activamos la segunda capa de minas, luego

LibrosEnRed

la tercera y a sí sucesivamente hasta completar las cien capas. Habíamos conseguido acabar con quince mil millones de esos malditos. De inmediato ordené a todas las naves y cazas que dispararan todo lo que tuvieran sobre la entrada del istmo, hasta que se quedaran sin energía. Por desgracia, los cruceros de combate los estaba utilizando Laurence para evacuar a la población. Acabaron con mil millones y tan sólo nos restaba aguantar un día más. Curiosamente el ataque desde el aire pareció enfurecerles sobremanera y se lanzaron sobre nosotros con una furia inusitada. Ordené fuego a máxima potencia con todos los cañones láser. Enseguida nos percatamos que tan sólo desintegraban a la mitad de los que venían. Según se acercaban, desde la muralla los fuimos abatiendo, pronto eran tantos que no dábamos abasto y empezaban a agruparse bajo la muralla. Lentamente, el nivel de los insaciables fue subiendo. A medio día ya estaban a media muralla. Al anochecer, estaban a sólo dos metros de rebasarla. Tras hablar con los Jefes de Escuadra y la zona de evacuación y ya que necesitaban ocho horas más para evacuarlos a todos, tomamos de determinación de hacerles frente cuerpo a cuerpo.

Una hora después, los primeros insaciables llegaron al borde del muro, con todos mis guardianes casi sin energía en sus fusiles y pistolas láser. Eran una ola desbordante e imparable. Ordené desenfundar las espadas láser y activar los escudos circulares de los O.B.

Durante seis horas luchamos encarnizadamente. Aunque acabábamos con decenas de miles, mis hombres caían a cientos, despedazados y devorados por esas fieras. Finalmente me vi obligado a ordenar el repliegue hacia el espaciopuerto principal, no me hizo falta solicitar un informe de cuantas bajas habíamos tenido hasta el momento. A simple vista habíamos perdido la mitad de las tropas. Estaba siendo una maldita carnicería. En ese momento creí que las cosas no podrían ir peor, me equivoqué. A campo descubierto y retrocediendo con el acoso de los animales, el combate se volvió contra nosotros. Este continente estaba intacto y por tanto lleno de materia orgánica que empezaron a devorar, multiplicándose rápidamente.

Para cuando llegamos al espaciopuerto, todos los civiles ya habían sido evacuados y los cruceros nos esperaban para sacarnos. Rápidamente nos introdujimos en uno. Me dirigí al puente de mando y desde allí vi con horror que sólo unas pocas decenas de miles de guardianes estaban llegando y embarcando en las naves. El último Crucero, desobedeciendo mis órdenes, permaneció en tierra esperando a unos rezagados que luchaban encarnizadamente con un nutrido grupo de insaciables. Pagaron caro su error, otro grupo de insaciables se introdujo en la nave. Nunca llegó a despegar.

LibrosEnRed

ARCHIVO PRIVADO DEL CAPITÁN LAURENCE.
APTO SÓLO PARA CAPITANES DE ELITE.
ASUNTO: DERROTA EN SHAIFÍN

Me dirigí al espaciopuerto uno, para recibir a nuestro Príncipe y señor. Cuando descendió del transporte que le recogió en el Crucero, su cenicien-to y desencajado rostro, consiguió encogerme el corazón.

–¿Cuántos han conseguido salir? –preguntó con una voz que transmitía un agotamiento infinito.

–Doscientos cuarenta y cuatro mil –le respondí con un nudo en la garganta.

–¡Por la Galaxia de Andrómeda hemos perdido cinco millones de guardianes...! Estaré en mis aposentos. Agrupa a la flota y dirijámonos a los planetas de acogida.

–Lara ha recogido al Capitán Espisces.

–Lo sé. Quedas al mando hasta nueva orden.

ARCHIVO PRIVADO DEL CAPITAN ANYEL.
ASUNTO: DERROTA EN SHAIFÍN.

El mismo día de la derrota contra los insaciables, recibí una comunicación privada del Príncipe Prance de Ser y Cel por la línea de máxima seguridad. Cuando vi su rostro en la pantalla, comprendí que la batalla debía haber sido brutal. Mi amigo era el hombre más duro que había conocido. Si estaba así, ese planeta tenía que haber sido la peor de las pesadillas.

–Hola, Prance. ¿Estás... bien?

–No. Nos han echado a patadas y he perdido... los cinco megabatallones.

–¿Los cinco? –pregunté incrédulo.

–Se han salvado doscientos cincuenta mil, más o menos.

–Estamos con el culo al aire. Sin segunda flota y sin tropas de defensa. Si se enteran esos miserables, nuestros aliados lo van a tener muy mal.

–Volverán a repetirlo y esta vez no podremos hacerles frente.

–¿Qué quieres que haga?

–Quiero que te instales en el sistema Shaifín.

–Y descubra cómo el Mal controla a esos bichos.

LibrosEnRed

–Y sobre todo cómo demonios exterminarlos. No pueden desear simplemente aniquilar el planeta, tienen que querer quedárselo. Shaifín en un planeta muy rico en metales.

–Enviaré a dos de mis mejores guardianes.

–No. Quiero que formes un equipo y vayas con ellos. No puedo correr el riesgo de que se nos escape algo crucial.

–Si no me equivoco, ese sistema tiene un amplísimo cinturón de asteroides, un lugar perfecto para instalar un pequeño puesto de vigilancia.

–Tienes todo mi apoyo. En cuanto descubras algo, comunícamelo.

–Sí, amigo. No te preocupes. Si me permites el consejo, vete a descansar.

–Lo haré –dijo cortando la comunicación.

ARCHIVO PRIVADO DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Cuando realojamos a todos los refugiados defendiéndonos de los ataques relámpago de los dos ejércitos del Mal, decidí volver a Pangea. Habíamos estado dos años fuera. Esa misión nos había desgastado y hecho perder una décima parte de la flota. A mitad de camino volvimos a recibir una llamada de socorro de otro sistema aliado. Los insaciables lo estaban devastando. Cuando llegamos, tan sólo quedaban con vida cuatro millones de civiles, siendo más de la mitad realojados en las naves de su propia flota, ya que no cometieron el mismo error que la de Shaifín y no aterrizaron pero aún así tuvimos que conseguir nuevos planetas donde realojarlos y escoltarlos, sufriendo los ataques del Mal. Durante ese tiempo llamé a Pangea para ponerles en alerta y ordené a las lunas escudo que informaran a los equipos Jarkamte para que dispararan contra todo lo que fuera más grande que un guisante.

Laurence estaba muy preocupado con la posibilidad de que el Mal descubriera que nuestra segunda flota, era pura fachada. Eso les llevaría a la conclusión de que no teníamos suministros, ni repuestos, lo que dejaría a nuestros aliados indefensos. Además, Zuzan nos enviaba constantes informes de pequeños ataques por parte de una sección de la flota de Tógar. Aunque intenté tranquilizarle, se dio cuenta de que yo también estaba muy preocupado con nuestra situación. Estábamos en seria desventaja.

–Ya, Prance pero...

–El equipo que se dedica a desmontar la segunda flota, no sale al exterior ni se relaciona con el resto de la tropa, por lo que nuestros hombres no

LibrosEnRed

saben nada. Sólo tienen conocimiento de esto, un reducido grupo de Capitanes de elite y el Gran Consejo.

–¿Por qué atacan el escudo? No lo entiendo.

–Buscan una brecha.

–Pero si la encuentran, la "teórica" segunda flota les haría frente. No tiene sentido.

–He estado dándole vueltas a eso y lo único que se me ocurre de momento es que quieran comprobar que la defensa de las lunas no es perfecta.

–Espero que tengas razón.

–Yo también, amigo, yo también.

Tuvimos que rescatar dos sistemas más. Perdiendo un cuarto de la flota. Si el Mal nos atacaba con sus dos ejércitos podrían vencernos. Mis guardianes estaban extenuados, llevábamos quince años combatiendo ininterrumpidamente. Ordené el regreso a Pangea, a la máxima velocidad posible. Necesitábamos guardianes de refresco.

En cuanto llegamos a nuestro sistema, Lara me llevó directamente a Lain Sen. Para mi sorpresa, Yárrem y Zuzan no estaban en ese instante en Lain, se encontraban comprobando algo en la tercera luna sobre los cañones Jarkamte, casi me alegré. Estaba tan cansado y preocupado por nuestra situación que no tenía ganas de ver ni hablar con nadie.

LibrosEnRed

Capítulo 21

LAIN SEN.
APOSENTOS PRIVADOS DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
TIEMPO DE ESTANCIA DESDE LA ANIQUILACIÓN DE LOS MEGABATALLONES: UNA SEMANA.

Tras mirar por encima los datos que me había suministrado Yárrem, comprobé que estábamos a cero. Íbamos a tardar milenios en recuperarnos. Miraba las cifras y no veía la forma de conseguir recuperar nuestra flota ni a medio ni a corto plazo. Si el Mal atacaba otro sistema, el ir a defenderles podría ser un suicidio y el problema es que no podríamos negarnos.

La I.A. de mis aposentos, Cásam, interrumpió mi línea de pensamiento.

–La Capitana Zuzan, pide que se la reciba.

–Que entre.

Con una gran sonrisa entró dándome dos sonoros besos, en cada mejilla. Todavía no habíamos podido estar juntos.

–¿Desde cuándo pides permiso para entrar en mis aposentos? –ironicé.

–No estaba segura de que quisieras estar con alguien después de esto.

–Explícame lo de los ataques del Mal –le pedí para cambiar de tema.

–No tienen sentido. Un Crucero se mantiene alejado mientras otros, generalmente chatarras volantes, nos atacan. Pero desde esa distancia, lo único que pueden ver es cómo abrimos fuego contra sus naves.

–Yo tampoco le veo la utilidad a los ataques.

En ese instante Cásam, nos informó de que Yárrem y Dora solicitaban audiencia.

–¿Y bien? –les pregunté una vez pasaron.

–Te traigo una buena noticia –dijo Yárrem.

–¡Por fin una buena! –exclamé.

–Hace unos minutos hemos detectado la nave de Elizaid. Transmiten los códigos correctos –dijo sonriente.

LibrosEnRed

–Que se detenga a tiro de los cañones y que una nave de reconocimiento los inspeccione. No voy a correr ni un riesgo y desde ahora, toda nave que llegue a nuestro sistema recibirá el mismo trato. Confirmada su identidad, que venga directamente a informarme.

–Estoy de acuerdo contigo, si uno de esos bichos llega a Pangea... –dijo Dora.

–Mis cañones les detendrán –dijo socarronamente Zuzan.

–Si te oye Taban decir que son tuyos, le va a dar un ataque –le reprendí burlonamente.

Tres horas después entraba Elizaid. Estaba solo, mis amigos habían ido a cubrir sus puestos. Entró con una gran sonrisa pero a la vez preocupado.

–¿Qué es lo que ocurre aquí, mi señor? Todo el mundo está cabizbajo –dijo tras llevarse la mano al pecho, en señal de respeto, al estar exento de la reverencia.

–El Mal tiene una nueva arma... biológica. Unos animales realmente peligrosos, sin miedo, sólo matan. Ya le informarán sus homólogos.

–Usted siempre tiene una solución.

–No siempre Capitán. Bien, qué noticias me trae de la misión que le encomendé.

–En algunos aspectos buenas y en otros malas.

–Sinceramente necesito las buenas –dije cansado.

–Los he encontrado. Ha sido muy complicado. Es una raza extraña y orgullosa que mezcla la tecnología con la tradición.

–Sigue.

–Están mucho más lejos de lo que habíamos pensado. Los encontré por pura casualidad, su sistema se encuentra en una zona de vacío, su estrella, muy vieja, es la única de todo el sector, casi se me pasó inadvertida. Los Regh son una raza espléndida, como lo es la nuestra o la Fried. Sus guerreros son fantásticos y dispuestos a unirse a nuestras tropas, en cuanto consigan poner a salvo a su pueblo.

–¿A salvo? –pregunté intranquilo recordando a los insaciables.

–Su estrella está a punto de volverse inestable y convertirse en una nova. Durante los últimos mil años han estado fabricando cámaras de hibernación para toda la población del planeta.

LibrosEnRed

–¿Para todo el planeta? ¿Cuántos son?

–Mil millones. Y sus guerreros se pueden contar por cientos de miles.

–¿Mil...? ¿Cómo han podido calibrar mil millones de cámaras en mil años?

–No tienen casi que calibrarlas. Su sistema sanguíneo y su metabolismo son muy diferentes al nuestro, por lo que el calor, por poner un ejemplo, casi no les afecta. La temperatura media de su planeta es de ochenta grados. La verdad es que el frío no les va bien.

–Una fina ironía ya que las cámaras los van a hibernar.

–Sí. Como ya le habrán informado, he venido sólo. He dejado a mis hombres ayudándoles, ya que tienen dos problemas.

–Le escucho.

–Necesitan naves para evacuarles, una vez hibernados, y un planeta que les acoja.

–¿Cuántas tienen en este momento?

–Cuando llegamos sólo tenían una, en bastante malas condiciones, con una capacidad máxima para cuatrocientas cámaras.

–Cuando me fui les habíamos conseguido, negociando con sistemas alejados y gracias a las grandes cantidades de oro que tenían, cuatrocientas, la mitad de ellas con armamento defensivo.

–Necesitarán medio millón de grandes cruceros, como mínimo. Sin contar que va a ser una locura realbergar en distintos planetas a toda la población.

–Si les rescatamos con la flota no harían falta tantos. La Gran Dama podría transportar casi la mitad de las cámaras y había pensado en Marte, es un planeta muy parecido al suyo y ya está medio terraformado.

–No hay nada en Marte, tras el fracaso de la colonia nos llevamos todo.

–No admitirían nada. Son una raza muy orgullosa pero puedo asegurarle que se encargarán de todo, no van a ser una carga para Pangea...

–No se trata de eso. Pangea, si pudiera, estaría encantada de ayudarles.

–¿Si pudiera, mi señor? –preguntó extrañado.

–Nos encontramos... en una situación muy difícil, límite diría yo, Capitán.

–Pero podríamos traerles y...

–No, Capitán. La flota no puede ir en su ayuda. El Mal tiene una nueva arma, he perdido un cuarto de la primera flota, ayudando a nuestros aliados.

–Mientras recuperamos la primera, tal vez la segunda...

LibrosEnRed

–No hay segunda. Las naves que ha visto a su llegada sólo son carcasas vacías. Nuestras reservas están agotadas, tardaremos más de mil años en empezar a tener algo que almacenar.

–Pero cómo...

–Es usted un Capitán de elite, cuando vaya a su cubículo pida a Dama que le informe.

–Deje que me lleve a medio megabatallón. Con eso ya me arreglaré.

–En la defensa de Shaifín perdimos los cinco megabatallones –dije fríamente.

–¡Que mi alma cruce la frontera! ¡Estamos indefensos! –exclamó horrorizado.

–Eso me temo. Tengo las manos atadas, en este asunto.

–No... no podemos dejar que se abrasen. Esa estrella está apunto de convertirse en una nova. Déjeme cien mil... En este tiempo he reclutado a algunos guerreros Regh y les he proporcionado trajes, por supuesto pasaron "La Celda" con total éxito, pero en tan poco tiempo aún son pocos. Necesito guardianes para negociar con otros sistemas para conseguir naves.

–Sólo le permitiré que se lleve los que le entren en la nave en la que ha venido. No puedo prescindir de más. Puedo asegurarle que lo siento en el alma pero Pangea y nuestros aliados, nos necesitan. Esos "insaciables" son imparables.

–Entonces no podré salvar mas que a unos pocos, les había dado mi palabra y sobre todo esperanzas –dijo cabizbajo

–El almacén de Jades de la Gran Dama está lleno. Coja cien mil y lléveselos. Pero por la Galaxia de Andrómeda, si caen en manos del Mal...

–Me introduciré en una estrella antes que permitir que caigan en su poder.

–Sinceramente espero que los Regh sean tan buenos guerreros como usted cree. Comuníqueles que Pangea intentará ayudarles todo lo que pueda, cuando lleguen a nuestro sistema.

–Sí, mi Príncipe.

–Una cosa más. La mitad de naves con las que vengan deben ser de combate. De no ser así, el Mal acabará con su convoy de refugiados. Piense que para cuando lleguen, el Mal puede haber descubierto que no podemos contraatacar.

–Eso implicará que tendrán que ser más naves, algo más del doble, aunque llenemos todos sus huecos con cámaras de hibernación.

LibrosEnRed

–Sí, Capitán. Comprenda que cuando lleguen, los Regh que se hayan convertido en guardianes, comenzarán la instalación de su primera colonia, en colaboración con los primeros deshibernados. Tardarán varios milenios en adaptar Marte a sus exigencias y preparar la acogida de su pueblo. Construir tantas ciudades e infraestructuras va a ser un considerable esfuerzo y sin naves de combate no podrán defender el convoy, que permanecerá en órbita alrededor del planeta.

–También podrían permanecer tras las lunas escudo.

–Sí, también. Pero más de un millón de naves en órbita complicaría bastante nuestro tráfico y podría hacer creer al Mal que la segunda flota lo tendría complicado para reaccionar a tiempo, provocando un ataque de algún tipo por su parte sobre la naciente civilización de Marte. Por supuesto, si llegara el caso, se podrían refugiar tras las lunas escudo pero dejarían desprotegidas a las colonias instaladas y a toda su población.

–Entiendo. Deben tener su propio ejército que les proteja para que no ocurra otra desgracia como la de nuestra colonia.

–Tenga por seguro que para cuando llegue, ya habremos descubierto cómo acabar con los insaciables. ¿Cuándo piensa partir, Capitán Elizaid?

–Si me da su permiso, en cuanto almacene los Jades.

–Elija sus hombres entre las tropas de elite.

–Gracias, mi Príncipe. Sé que esos guardianes le hacen mucha falta.

–No se puede imaginar cuánto. Una vez se pongan en marcha con el convoy y antes de cruzar la frontera, espere mi comunicación de ruta y paradas a realizar. Quiero que lleguen sanos y salvos.

–Esperaré sus órdenes.

–Tenga cuidado Capitán.

–Lo tendré, mi Príncipe.

SISTEMA SIDÓMEL.
ASTEROIDE PÉLJAM. COBERTURA DE ESPIONAJE.
MÁXIMO MANDO: CAPITÁN ANYEL.
TROPAS: TRES GUARDIANES DE ELITE.

Mis guardianes terminaron de montar la base interna en el asteroide, seis semanas después de llegar. Instalaron los sistemas de observación dos días después. Al estar en medio del cinturón de asteroides, eran prácticamente

LibrosEnRed

indetectables. Tras pasar quince años a la espera, mis redes de información me comunicaron que Tógar, con la mayor parte de su ejército, se dirigía hacia el Sistema Sidómel. Cogiendo una de nuestras naves más rápidas, me adelanté y me reuní con mis hombres en Péljam, dando la orden a la tripulación del microcrucero para que regresara a la flota.

No pasó un día de Shaifín, cuando llegaron las primeras naves de reconocimiento del Mal. Una vez se aseguraron que no estábamos, llegó Tógar con el grueso de su flota de toma de sistemas. Medio centenar de naves se detuvieron lo más próximo que pudieron al planeta, sin ser atraídos por su masa, lanzando cada una, un millar de cápsulas. Con el sistema de vigilancia a máxima potencia, pudimos observar el aterrizaje de las cápsulas, de las que salió un gas que se extendió rápidamente. Los insaciables que se dirigían hacia ellas se detuvieron al entrar en contacto con el gas, inmovilizándose. Se quedaron petrificados. El gas se extendió por toda la atmósfera rápidamente, petrificando a la totalidad de los animales. Tras esperar cuatro horas, decidieron desembarcar un pequeño contingente de tropas, usando varios cruceros. Pudimos contabilizar unos cincuenta mil guardianes del Mal. Cuando estuvieron todos formados, se abrieron formado círculo y comenzaron a matar a los animales, extendiéndose cada vez más. Sin previo aviso, los insaciables se estremecieron y salieron de su petrificación, atacando con furia a los guardianes del Mal. Ningún Crucero llegó a despegar. Por los mensajes que pudimos interceptar y descifrar, no sabían qué había fallado. Se pasaron meses haciendo infructuosas pruebas, perdiendo tropas y recursos.

Nosotros enviábamos mensajes a la flota, informando de cada intento fallido. Si ellos tampoco podían controlarlos, se convertía en un arma ineficaz, sólo intimidatoria. Su uso implicaba la pérdida de un planeta habitable y de todos sus recursos.

INFORME DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.
SITUACIÓN: LAIN SEN.

Un asunto que me preocupaba mucho era la seguridad en Lain. A pesar de no entender mi obsesión, Laurence la había reforzado varias veces dada mi insistencia. Conocía muy bien mis presentimientos y no puso ninguna objeción a mis peticiones, claro que aprovechó la coyuntura para destinar más tropas en mi protección.

A mediados del período de Al Sárem, Zuzan terminó de reorganizar la nueva seguridad de las otras lunas. Se presentó en mis aposentos mientras dormía, sufriendo otra de las habituales pesadillas que cada vez me ator-

LibrosEnRed

mentaban más a menudo. Siempre trataban de lo mismo, era yo pero no lo era, o sí, pero distinto o muy parecido. Estaba entre gente que no sabía quién era. Me miraba y no tenía el Traje, ¡era mortal! Mi vida era un sueño, aunque estaba con gente, me sentía solo, muy solo. Era como si vivera dos vidas. La angustia y la impotencia me consumían...

Al despertarme sobresaltado, lo primero que vi fueron dos enormes y preciosos ojos azules marino que me miraban cariñosamente.

–¡Zuzan! A poco consigues que me dé un infarto –dije a la vez que ordenaba a Dama con un gesto, que desactivara el campo gravitatorio, depositándonos suavemente en el piso.

–Ya... –respondió dándome un beso en la mejilla.

–¿No sabes qué es la intimidad? –le reprendí.

–Sí, mi apuesto Príncipe –respondió mimosa.

–No vas a engatusarme con tus arrumacos, pequeña señorita.

–¡EH!, que ya no soy una pequeña señorita. Para su información, querido anciano, soy toda una mujer.

–Ya lo veo –tenía que reconocer que era una mujer realmente preciosa–, y con muy mal genio –bromeé.

–Ni la mitad del que tú tienes.

–Pero yo puedo permitírmelo, soy "el manda más".

–Hablando de órdenes. Ya he finalizado las modificaciones de seguridad. Las lunas están conectadas con Dama, desde ella podrás dar cualquier orden como si te encontraras aquí. Pero reconozco que sigo sin entender toda esta ampliación. Somos impenetrables.

–Mi instinto me dice que hay algo que no marcha.

–Estudiemos la situación –dijo bostezando–. Para que alguien pudiera infiltrarse, primero tendría que acercarse y eso sería imposible ya que los cañones Jarkamte o la flota, lo haría trizas, así que si no puede acercarse, no puede entrar –dijo volviendo a bostezar.

–Creo que tienes razón...

–Claro que tengo... UAAAA –bostezó nuevamente.

–¿Qué pasa? ¿No has dormido?

–Sí, pero últimamente tengo el sueño un poco alterado.

<¿La cuarta enfermedad...?> pensé.

LibrosEnRed

–¿Has pasado la última revisión médica para Capitanes de elite? –pregunté conociendo la respuesta de antemano.

–No, todavía no. No he querido pasarla hasta hablar contigo.

–¿Puedo saber qué relación tienen ambas cosas, señorita? –pregunté algo enfadado.

–Está claro que si me hubiera presentado a la revisión, me habrían retenido un buen rato y no habría podido supervisar personalmente todos los cambios.

–Podías haberlo hecho después.

–Y tú probablemente... –comenzó interrumpiéndose con un enorme bostezo–, me habrías pedido los informes antes de que lo hiciera...

–Eres la mujer más cabezota con la que he tenido la desgracia de cruzarme. Ahora mismo vas a venir conmigo a la unidad médica para que te hagan una revisión.

–¿Por tener sueño?

–Por ser más tozuda que un Blut[16] que se niega a cruzar un río.

Dos horas más tarde, mis sospechas fueron confirmadas, sufría la cuarta enfermedad, Ensoñación. Zuzan parecía muy preocupada.

–¿No hay otro remedio? –me preguntó, abriendo mucho sus preciosos ojos, de la misma manera que lo hacía cuando era pequeña.

–No, preciosa. Es la única cura que conocemos.

–Me voy a pasar medio año hibernada. Menudo rollo.

–¿Rollo? Tú si que eres un rollo –bromeé–. Ni te vas a enterar. Te meterás dentro, cerrarás los ojos, los abrirás y ya habrá pasado medio año.

–¿Y quién se va a encargar del Escudo? –preguntó intranquila.

–Esta vez no pienso entrometerme. Tú designarás a tu sustituto.

[16] N.A.: Animal de carga predominante de algunos sistemas con planetas muy montañosos. Miden cinco metros de altura por seis de largo y son capaces de transportar grandes cargas sobre sus lomos, firmemente asentados sobre seis gruesas patas, terminadas de pezuñas, idóneas para andar en terreno rocoso. Muda el pelaje progresivamente hasta igualarlo, en color, con el entorno en el que habita, mimetizándose perfectamente. Sólo obedecen a la persona que consideran su amo, siendo muy difícil conseguir que confíen en otra persona.

LibrosEnRed

Tres semanas después la acompañé a la cámara de hibernación trescientas catorce, b, diecisiete. A simple vista me pareció que había muchas más cámaras de las que debiera, sin duda se trataba de un efecto óptico que tanto le gustaba a Taban realizar con los diseños. Nos detuvimos junto a los dos ingenieros que supervisarían la hibernación automática, por si surgía algún problema, algo altamente improbable.

–Bien, ¿a qué esperas? ¿Te vas a meter o voy a tener que hacerlo yo? –pregunté sonriente.

En ese instante llegó Dora que me miró duramente, apartándome con un suave empujón.

–Hola, Zuzan. No hagas caso de este... Príncipe y señor. Métete cuando estés preparada.

–¿Puedo saber a qué viene todo esto?

Zuzan se acercó y abrazándome con fuerza, me dio un beso en la mejilla.

–¿Estarás aquí cuando despierte?

–Me tendría que estar muriendo para no hacerlo –dije bromeando.

–No correré ningún peligro, ¿verdad? Yo nací Guardián...

–Zuzan –intervino Dora–, el Príncipe ya ha pasado esta enfermedad y otros muchos también. Las cámaras son muy seguras y tu especial condición no es un problema, más bien diría que una ventaja. Cuando despiertes te encontrarás perfectamente y si ese día él, por la razón que fuera, no pudiera estar, lo estaré yo.

–Como no te metas de inmediato en esa cámara, por lo único por lo que deberás preocuparte es que no se me acabe la paciencia y me enfurezca –dije bromeando.

Con una triste mirada se introdujo y antes de que se cerrara la tapa de iónes, le solté un sonoro beso en la frente. En menos de un segundo quedó inconsciente. Uno de los ingenieros tecleó la orden de inicio de hibernación y traspasó el protocolo a la central de Lain Sen. En unos pocos minutos estaba totalmente hibernada. Al verla así y con todos los procesos en verde, para una hibernación correcta, me acordé del riesgo loco que nos vimos obligados a correr con la enfermedad Del Frío.

Mientras me alejaba, tuve la extraña sensación de que no la volvería a ver en mucho tiempo, alejé esos oscuros pensamientos, seis meses pasaban volando.

LibrosEnRed

Al día siguiente llamé a mis aposentos de Lain a Laurence, Yárrem y Taban. Era una reunión que no se esperaban y lo que les iba a decir no les iba a gustar nada.

–¿Qué es lo que ocurre mi señor? –preguntó Laurence que fue el último en llegar.

–Siéntate, por favor. Lo que hablemos hoy aquí debe permanecer en el más absoluto secreto.

–¿No suele serlo siempre a este nivel? –preguntó Yárrem divertido por mi advertencia.

–Se trata de los insaciables.

–¿Ha descubierto algo Thorfhun? –preguntó Laurence.

–Si fuera así, estaría aquí...

–Si estás pensando en algún método de ataque para acabar con ellos, ya te puedes olvidar –me advirtió Laurence–. Sea lo que sea tendrá que esperar.

–Taban, ¿el blindaje de Lara es igual por todas partes?

–Claro.

–¿También en el interior de la bodega?

–¿Me cree tan incompetente como para dejar una zona así desprotegida? Incluso tiene sus propios escudos internos para que en el hipotético caso de... ¡Ah, no! ¡Ni hablar! ¡No puede hacer eso!

–Es lo único que se me ocurre.

–El riesgo es demasiado grande. ¿Y si falla algo? –preguntó angustiado.

–¿Podemos saber de qué demonios estáis hablando? –preguntó indignado Yárrem.

–Tengo la intención de enviar a Lara, sin tripulación, a uno de los sistemas infectados por los insaciables. Ordenarle aterrizar y permitir que penetren en su compartimiento de carga unos cuantos animales, de forma que podamos investigarlos en el lugar que designemos.

–¿No pensarás traerlos aquí? –preguntó Laurence poniéndose en pie.

–No estoy loco. Pensaba montar un pequeño laboratorio de investigación en algún asteroide –dije tranquilizándole haciendo un gesto para que se volviera a sentar–. Lo dotaremos de todas las medidas de seguridad que se nos ocurra y no habrá nada orgánico de forma que no pudieran reproducirse.

LibrosEnRed

–Si excluimos a los científicos –ironizó Taban.

–Quiero que diseñes el lugar de forma que en caso de que consiguieran salir de la zona donde estuvieran aislados, los científicos fueran expulsados del lugar de inmediato y dado el caso, se autodestruyera.

–Eso implicará, a parte de los escudos exteriores, otros interiores, módulos de energía independientes, dos I.AS., especialmente concebidas para tal proyecto, equipos de investigación altamente especializados y un grupo médico que esté absolutamente loco.

–Todo eso ya lo sé, Taban. También sé que nos hacen falta esos recursos pero si no encontramos la forma de acabar con esos bichos, nos van a tener toda la guerra acorralados. ¿La bodega podrá contenerlos?

–Sin duda alguna. Son fuertes pero no más que cualquier otro animal de ese tamaño y musculatura. Su mandíbula es brutal pero no capaz de atravesar una plancha de M7 y menos de esa pureza y aún mucho menos protegidas por los escudos interiores.

–Quiero que la programes junto a Ayam para que se dirija, en un tiempo máximo de unos pocos meses, a uno de los sistemas infectados y recoja una muestra de esos malditos.

–No tendremos lista la base–laboratorio en tan poco tiempo. Menos, si como imagino querrá que sea secreta y alejada de este sistema.

–No importa. Ordenaremos a Lara que una vez cargados y en el espacio, entreabra la compuerta de la bodega para que todo el aire y el calor salgan. De esa forma se congelarán y serán mucho menos peligrosos.

–De acuerdo, mi señor. Pondré un equipo en el proyecto.

–No, Taban. Quiero que te encargues personalmente, no puede haber fallos. También he decidido que sea el Capitán Lóntor quien se encargue de la seguridad de la base y en especial de la tuya hasta que vuelvas, amigo.

–Como ordenéis, mi señor.

SISTEMA SIDÓMEL.
ASTEROIDE PÉLJAM. COBERTURA DE ESPIONAJE.
TIEMPO DE ESTANCIA DEL CAPITÁN ANYEL: CINCO MESES PANGEANOS.

La flota de Tógar ha llegado al completo. Parece que se están agrupando. Maldigo nuestra mala suerte. Si tuviéramos nuestra primera flota en condiciones, sería un lugar y momento idóneos para cazarles.

LibrosEnRed

–Capitán acabo de trasmitir a la Gran Dama su informe. Estamos a la espera de las instrucciones del Príncipe –dijo el Guardián de elite Bimos encargado de las transmisiones.

–¿Cree que se están agrupando para intentar acabar con los insaciables? –preguntó el otro, un Trogónita de nombre Tymol que estaba en la reducida sala. El tercero estaba durmiendo.

–Nosotros no pudimos detenerles con cinco megabatallones, dudo que ellos puedan. Pero sinceramente espero que lo intenten, así perderán más naves y tropas.

–Capitán. Un Crucero se acerca al cinturón de asteroides...

–¿Cuándo se ha puesto en movimiento?

–Al finalizar la transmisión.

–Despierta a Jimtolr. Que venga.

–Sí, Capitán.

–Tymol, apaga todo lo no sea imprescindible. Creo que nos han descubierto.

–No... no... podrán encontrarnos... ¿verdad?

–Tardarían mil años. Tranquilo.

El Crucero se dirigió al centro del cinturón, sin penetrar en él como es natural. En el momento que una lanzadera de gran tamaño salía de su espaciopuerto, llegaron mis otros dos guardianes.

–Bimes. Quiero saber a dónde va esa lanzadera tan grande.

No tuvimos que esperar demasiado. Fue directo a gran asteroide de la sección central del cinturón, comenzando a descargar gran cantidad de material.

Tras varias horas de duro trabajo, se alejaron a la máxima velocidad que les fue posible moverse por el cinturón.

–¿Qué están haciendo, Capitán? –preguntó Jimtolr bastante intranquilo.

–No sé qué... ¡Por la Galaxia de...!

–¿Capitán...?

–Venga moveros. Van a volar esa maldita roca y provocar una reacción en cadena. Van a provocar una gran convulsión en todo el cinturón. Quieren destruirnos. Hay que desconectarlo todo. No os...

Fin de transmisión.

LibrosEnRed

Capítulo 22

INFORME DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Empiezo a estar preocupado. Mis pesadillas van en aumento. La alarma me acaba de despertar de una de las más grandes y terribles que había tenido hasta ahora.

–¡Cásam! ¿Qué ocurre?

–Nos atacan. Le recomiendo que se dirija a la sala central para dirigir la defensa.

–¡Ponme con Zuzan!

–Le recuerdo que está hibernada.

–Es verdad. ¿Quién está al mando en la sala central de mando?

–El Capitán Espices, ahora el Capitán Yárrem. Ya no, acaba de llegar el Capitán Laurence.

Laurence apareció en la pantalla principal pensativo.

–¿Por qué ha dado la alarma general, el equipo de seguridad?

–Un Crucero del Mal se acerca hacia el Escudo a gran velocidad.

–Destruidlo.

–Aún no está a tiro. Pero me gustaría que vieras las lecturas que hemos recogido –dijo mostrándolas en la pantalla secundaria.

–¿Qué demonios es eso que lleva delante? –pregunté extrañado.

–Está demasiado lejos pero por las lecturas, se podría interpretar por un gigantesco bloque de M7.

–No le protegerá de nuestros cañones.

–Eso pienso yo.

Esperamos a que estuviera a tiro y le dejamos avanzar. Cuando lo encuadraron tres cañones Jarkamte ordené que abrieran fuego. Para nuestra sorpre-

LibrosEnRed

sa, el gigantesco bloque de M7 estalló en pedazos al recibir el impacto. El Crucero quedó reducido a chatarra.

–Buen trabajo –felicité a la sala.

–Yo no diría todavía eso, mi señor –dijo el Jefe de control de la sala.

–¿Qué es lo que ocurre? –preguntó Laurence.

–La explosión del bloque. Una gran cantidad de fragmentos cruzarán dentro de poco nuestra órbita. Muchos impactarán contra nosotros, otros contra Pangea.

–¿Algún pedazo lo suficientemente grande como para preocuparnos? –pregunté pensativo.

–Tres son lo suficientemente grandes como para provocar daños en Pangea, si llegaran a caer en alguna zona habitada y cinco para provocarnos daños menores.

–Ordene a las otras lunas que en cuanto los tengan a tiro, los destruyan.

–Cuatro de ellos sólo los tendremos a tiro nosotros.

–Que las gemelas estén alerta. No quiero que el exceso de confianza pueda provocar daños en alguna luna, de forma que provoque una brecha que el Mal pueda aprovechar.

INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

El plan sigue su curso. Tal y como predijo mi Amo Trash, los cañones Jarkamte no han efectuado disparos a un trozo de roca tan pequeño, más si toda su atención está centrada en el Crucero y su protección de M7. Mi trayectoria está calculada para que a la tercera evolución de la luna principal me estrelle, lo más suavemente posible, contra su superficie.

INFORME DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

El último ataque del Mal era un suicidio. No tenía sentido. Ya habían calculado nuestra potencia de fuego. Sabían perfectamente que el bloque de M7 no aguantaría el fuego de nuestros cañones. El nudo de mi estómago me decía que había detrás algo más que probar, que el bloque era absolutamente ineficaz.

LibrosEnRed

SEGUNDO INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

El impacto ha sido bastante más brusco de lo esperado, pero mi estructura no ha sufrido daños aunque he tenido que reagruparme. He comenzado a moverme, muy despacio, por la superficie para que no haya posibilidad de que sus sensores del exterior, me detecten. He de localizar cuanto antes una de las toberas de los cañones. La hora está cerca.

INFORME DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

La alarma ha vuelto a sonar. He llegado apresuradamente a la sala de control desde el área de generadores, esperando un ataque más serio por parte del Mal.

–¿Qué ocurre esta vez?

–Dos docenas de pequeños y rapidísimos cruceros de combate, han entrado en el sistema Solar –dijo Laurence.

–En cuanto estén a tiro háganlos pedazos.

–Si se mantienen a una distancia media va a ser difícil alcanzarles. Vamos que tener que adivinar qué dirección van a tomar.

–Que las otras lunas les desvíen hacia nuestro fuego.

–¿Quieres que usemos todos los cañones?

–No les demos demasiadas pistas. Sólo los necesarios.

TERCER INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

Hace dos días que estoy junto a la boca de una de las toberas, esperando que se abra. Si todo va bien y como lo planeó el Amo, en breves instantes se abrirán las compuertas de las toberas de este sector.

Se están empezando a abrir. Esperaré a que efectúen los disparos y me introduciré dentro. Es el punto más arriesgado de la misión, si me equivoco y me introduzco antes de que se efectúe el último disparo, seré destruido.

Uno, dos disparos. Ha parado. Nuestros cruceros se alejan. Entro. Me dejo caer... He acertado. La compuerta exterior se está cerrando, según descendo adherido a las paredes, las compuertas de seguridad se van cerrando detrás de mí.

He traspasado el último nivel. Estoy sobre la punta del cañón. No debo moverme, hay enemigos ahí abajo. Deben ser quienes lo hacen funcionar o tal vez vigilantes.

LibrosEnRed

INFORME DEL O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Mi preocupación iba en aumento. Convoqué una reunión en mis aposentos de Lain. Esta vez también estaban Dora, Mhar y Jhem.

–Ya imagino para qué es esta reunión –dijo Yárrem bromeando, mirando de reojo a Laurence–. Nos vamos de vacaciones.

–Algo va mal, lo presiento –solté, muy serio y de sopetón, dejándoles de piedra.

–¿Mal? Prance, el Escudo funciona perfectamente. ¡Somos impenetrables! –alardeó Dora.

–Quiero que tripliquéis la seguridad.

–¡No puedo creer lo que oigo, tú pidiendo más seguridad –se cachondeó Laurence.

–No bromeo, Laurence. Tengo uno de mis presentimientos. Quiero patrullas que vigilen de arriba abajo, todas las plantas de las siete lunas, a todas horas.

–Me aterrorizan tus presentimientos, –se sinceró Laurence–, pero cómo vamos a hacerlo sin alarmar a las tropas.

–Yo me encargaré de las tropas. Les contaré que se trata de un experimento o algo por el estilo –dijo Jhem.

–Y nosotras dos, –dijo Dora mirando a Mhar–, no nos separaremos de ti en ningún momento.

–Me parece bien.

INFORME PERSONAL DEL O.B. DEL CAPITÁN LAURENCE.

Tras la sugerencia de Dora de acompañarle junto a Mhar a todas partes, el Príncipe no es que no haya protestado sino que le ha parecido bien. Ahora sí que me ha asustado.

CUARTO INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

He completado mi trasformación. He alisado y aplanado mi cuerpo dándole la apariencia de una plancha de metal, ya que estoy adherido a una de las paredes de la planta. Me deslizo muy lentamente por ella hacia mi objetivo. He calculado que tardaré algo más de dos semanas en llegar a uno de los huecos de descenso de plantas. No debo ser descubierto. El plan sigue el curso marcado por el Amo.

LibrosEnRed

INFORME DEL O.B. DEL CAPITÁN LAURENCE.
ARCHIVO APTO SÓLO PARA CAPITANES DE ALTO NIVEL.

El Príncipe me ha vuelto a llamar y hemos mantenido una larga reunión. Nuestro sistema de espionaje no tiene noticias del primer ejército del Mal, algo que empieza a ser alarmantemente normal. No ha sido captado por ningún sistema aliado o neutral. El segundo ejército del Mal se estaba agrupando cerca de Sidómel. Tal vez esa fuera la razón por la que no habíamos tenido más informes de Anyel.

Cuando volvíamos a la sala central, seguido por nuestra nutrida escolta, Prance me agarró del brazo y se puso en tensión, cosa que hizo que todos desenfundáramos nuestras armas. Dora junto a Mhar, que habían permanecido detrás, rápidamente se pusieron delante de nosotros, protegiéndonos. Al no ver nada en nuestro frente, empezamos a mirar en todas direcciones buscando... ¿algo? Prance, lentamente desenfundó su pistola láser y activó el escudo circular de su O.B. Miraba al frente fijamente como si buscara o esperara algo. Cuando mi amigo iba a avanzar, Dora se lo impidió.

QUINTO INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

Han pasado tres semanas desde mi entrada en la base enemiga. Me dirijo hacia mi objetivo. Los enemigos han ido pasando a mi lado sin percatarse de mi presencia. Por ahí viene él. Me preparo.

INFORME DEL O.B. DEL CAPITÁN LAURENCE.
ARCHIVO SÓLO APTO PARA CAPITANES DE ALTO NIVEL.

Tras observar todo con detenimiento y no ver la causa de la tensión de mi amigo, me dirigí a él, preocupado.

–Mi señor, ¿qué ocurre?

–Hay algo ahí delante –dijo tenso.

Volví a mirar más atentamente, si cabe. Los escáneres de los O.B. no detectaban nada extraño. Dora avanzó un poco más, me miró y negó con la cabeza tras consultar su O.B. por segunda vez.

–Ahí no hay nada, mi señor –dijo Mhar.

–Eso parece, –dijo sin parpadear–, pero hay algo extraño.

–A mí me parece que es como cualquier otro pasillo –dije acoplando mi arma en su lugar.

LibrosEnRed

–No lo es. Parece más estrecho.

–Recuerda que construimos Lain al límite de nuestras posibilidades, algunos pasillos tal vez sean algo más estrechos. Algo inapreciable para la mayoría de nosotros –dije levantando una ceja, tratando de rebajar la tensión que se había creado.

–Creo... –comenzó a decir dudoso.

Dora retrocedió y le susurró al oído;

–Prance, estás agotado, los períodos de descanso te los pasas gritando en sueños. Sigamos, si te parece.

–Tienes razón. Vámonos. Lo siento, creí ver una sombra –dijo volviéndose a las tropas de escolta, a modo de disculpa, procurando tranquilizarlos.

Seguimos y cuando llegamos al sector del pasillo que le había perturbado, se alejó bruscamente de una de las paredes como si le hubiera dado una descarga.

–¿Qué te ocurre? –le susurré.

–En cuanto lleguemos a la central, envía un equipo de ingenieros a revisar ese tramo.

–Como ordenes.

Sus intuiciones no solían ser erróneas, así que decidí enviar al primero que estuviera libre. Tal vez la estructura estuviera dañada o... no sé pero no iba a cometer un error de ese tipo.

Doce horas después pude enviar un equipo a la zona y revisaron las planchas, desmontándolas una a una, no descubriendo nada anómalo en su estructura. Pero encontraron algo extraño, restos orgánicos unicelulares que parecían funcionar en asociación. No eran peligrosos y no se reproducían, así que no había peligro de contaminación. La única explicación que se le ocurrió al equipo de ingenieros, es que los restos provenían de la nave que transportó las planchas hasta aquí. Posible pero poco probable. Todas eran esterilizadas, claro que a la velocidad con la que había sido construida, tal vez se hubieran cometido errores. Era algo que tendría que comentar a Yárrem. Podía haber más... imprudencias de ese tipo. Tan sólo nos faltaba una contaminación biológica que estropeara los sistemas o I.AS.

SEXTO INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

He estado a punto de ser descubierto. Me he cruzado con el Príncipe del Bien y me ha intuido. Es mucho más peligroso de lo que el Amo se cree.

LibrosEnRed

He percibido su poder... inmenso. Cuando ha pasado a mi lado he captado toda su esencia, ahora entiendo el temor del Amo. Nunca habría llegado a creer que un ser humano pudiera descubrirme. Si tuviera ocasión de matarlo...

INFORME DEL O.B. DEL CAPITÁN LAURENCE.
ARCHIVO PARA SEGURIDAD.

He ordenado a la sala de control de seguridad que vigilen cualquier posible anomalía, por insignificante que sea. Estoy muy preocupado por las extrañas reacciones del Príncipe, algo intuye... estamos en peligro o algo va a cambiar muy pronto.

SÉPTIMO INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

He llegado a la microsala de máxima seguridad. Dentro sólo hay un hombre. Controla todos los sistemas de rastreo de las lunas. Está aislado y es sustituido cada nueve días, tiempo deducido por la cuenta atrás del panel inferior de su pantalla auxiliar. Cuando lo releven, mataré a su sustituto, destruyendo su cuerpo y sustituyéndolo. El Amo tendrá diez días para efectuar su plan.

INFORME DEL O.B. DEL JEFE MÉDICO THORFHUN.
CLASIFICACIÓN MÉDICA DE TIPO A–J–S.

He mandado a Brack a Pangea, a la base secreta para Capitanes de alto nivel, con la misión de que analice las extrañas muestras que me han proporcionado un equipo de ingenieros, en una revisión especial ordenada personalmente por el Príncipe. Nunca había visto nada parecido. Aunque no sea un organismo peligroso, creo que debe ser preservado, analizado e investigado con detenimiento.

OCTAVO INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

Adosado al techo, he estado esperando la oportunidad para entrar en la cámara de aislamiento. Me he introducido a la vez que el relevo. Tras permanecer inmóvil dentro de la cámara, los observo como hablan, ríen, vuelven a hablar... El relevado sale y se aleja. No hay nadie a la vista. Activo patrón de directrices. Me dejo caer sobre el humano.

LibrosEnRed

INFORME DEL O.B. DEL CAPITÁN LAURENCE.
ARCHIVO DE SEGURIDAD.

–¡ALARMA! ¡ALARMA! ¡MOVIMIENTO NO AUTORIZADO!

–¿Dónde? –pregunté a la I.A. de la sala.

–En la cabina de aislamiento del sistema de rastreo –respondió.

–Envíen tropas de elite al lugar. Ustedes dos, acompáñenme –dijo dirigiéndose a dos guardianes al azar.

Corrimos con todas nuestras fuerzas hacia el lugar. Los guardianes con los que nos cruzábamos, se hacían a los lados para dejarnos pasar. Tras unos interminables minutos, llegamos a la cabina. Estaba rodeada por dos docenas de guardianes de elite que apuntaban con sus fusiles de asalto láser, al interior. Con prudencia me hice paso entre ellos. En el interior estaba el Jefe de Escuadrón de elite Minbitor, con las manos levantadas y sin atreverse a hacer un movimiento, cosa nada propia de su carácter. Además la única abertura del aislamiento estaba protegida por un escudo energético independiente y autónomo de gran potencia, era de tal calidad que tardaríamos bastante en perforarlo. Acoplando mi arma me acerqué a la abertura.

–¿Qué es lo que ocurre? –le pregunté rabioso por lo que parecía una falsa alarma.

–No lo sé Capitán Laurence –respondió con el sonido apagado por el aislamiento–. Este panel, de pronto, ha dejado de funcionar y la alarma ha saltado.

–Conecte en automático al sistema –le ordené.

–Sí, Capitán –respondió, obedeciendo presuroso.

Con un simple vistazo descubrí que había un exceso de calor dentro.

–¿Por qué hace tanto calor ahí dentro? –pregunté sin dejar de mirarle a los ojos, parecía fatigado, distinto.

–El panel que se ha desconectado también controla el ambiente, por lo visto el error ha cambiado el nivel de temperatura –respondió trasteando en los paneles de control.

–Haré que lo revise un ingeniero.

–No hace falta, el error lo acabo de localizar. Tenía un bucle de prueba, que al finalizar lo ha desconectado. No volverá a ocurrir –dijo sonriente.

–Está bien, pero si nota algo extraño, por mínimo que sea, avíseme.

–Sí, Capitán.

LibrosEnRed

NOVENO INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

He absorbido al Guardián, sustituyéndolo célula a célula, combustionándola simultáneamente e igualando la masa orgánica original. He conseguido despistar a sus homólogos. La fase dos ha finalizado. Comienzo la fase tres.

ARCHIVO DE GUERRA.
RENDICIÓN DEL SEGUNDO EJÉRCITO DEL MAL.

Durante cuarenta y ocho horas seguidas, el segundo ejército el Mal intentó destruir o traspasar nuestras defensas de multitud de maneras, perdiendo docenas de naves de todo tipo, fracasando estrepitosamente.

Dos días después recibimos un mensaje, de una pequeña lanzadera del Mal que quería parlamentar. En su interior había un sólo Guardián del Mal y traía un mensaje de Tógar para el Príncipe. Tras pasar por todas las medidas de seguridad posibles, el Capitán Laurence se reunió con el Guardián del Mal, que resultó ser uno de los Capitanes más leales y fieros de Tógar, en un pequeño Crucero de asalto. Le acompañaban Jhem y cien guardianes de elite. El Príncipe observaba todo, a través de las pantallas principales de la sala de mando de Lain Sen.

El Capitán del Mal estaba sentado en una silla electromagnética, con una pose chulesca, en uno de los extremos de la mesa electromagnética, rodeado por una docena de guardianes de elite que descansaban sus manos sobre sus armas, prestas para desenfundarlas y acabar con él a la menor sospecha de que fuera una trampa. El Capitán Laurence hizo lo propio en el otro extremo, flanqueado por Jhem y media docena de guardianes de elite a cargo de su protección.

–Bien Capitán Pilmor, ¿qué quiere Tógar de nosotros? –preguntó secamente Laurence.

–Veo que me conoce, su red de espionaje es realmente buena.

–La única razón por la que no está muerto es por que el Príncipe ha aceptado parlamentar y él siempre cumple su palabra. Pero deme un motivo, sólo uno y...

–Lo sé. Mi vida no corre peligro a no ser que yo incumpla la mía.

–Repetiré mi pregunta, ¿qué quiere Tógar?

–Rendirse –respondió escuetamente dejándoles de piedra.

–¿Rendirse? –preguntó incrédula Jhem.

LibrosEnRed

–Yo no hablo con subalternos y menos si son mujeres –respondió despectivo.

–Tenga cuidado con lo que dice –le amenazó Laurence.

–Así que la hembra es suya. Tiene buen gusto...

Laurence se levantó llevándose las manos a las armas.

–No creo que a su Príncipe le haga mucha gracia que mate al "embajador" de Tógar, desarmado, con una petición de rendición y encima, bajo parlamento –dijo con una asombrosa serenidad.

Tragando mucha bilis, Laurence volvió a sentarse en su silla electromagnética.

–¿A qué viene ese cambio de... actitud? ¿Su Amo ha perdido el valor?

–El General Tógar, o el Amo, como le llaman todos nuestros súbditos...

–Esclavos más bien –le interrumpió ácido.

–Como quiera. Como decía, queremos rendirnos.

–¿Por qué?

–Ese escudo que han montado para proteger Pangea es impenetrable y el único arma que nosotros tenemos invencible, los insaciables, no la podemos controlar. Trash se ha vuelto totalmente loco y no comprende que es sólo cuestión de tiempo el que se monten sistemas defensivos idénticos a este, por todos los sistemas. Pero a él le da igual, nos ha ordenado atacar el escudo hasta que no quede una sola nave. Tógar no quiere morir intentando traspasar lo intraspasable.

–De acuerdo, entréguense.

–Tógar quiere tener la seguridad de que se respetará su vida y la de todos aquellos que se entreguen, hayan hecho lo que hayan hecho.

–Todo el que se entregue irá a "La Celda", hasta su conversión al lado del Bien.

–¿Y cuánto tiempo será eso? –preguntó con un deje de angustia.

–Me temo que esa cuestión dependerá de cada uno.

–¿Tenemos su palabra?

–La tienen.

–No es suficiente.

–¿Qué más quieren?

LibrosEnRed

–Que sea el Príncipe en persona quien cierre el acuerdo.

–Eso no es posible. Comprenderá que no voy a permitir que nuestro señor se ponga a tiro de sus hombres.

–Tógar ya había previsto esa respuesta.

–Lógico, no somos idiotas.

–Dentro de cincuenta horas Pangeanas, el General llegará en varias lanzaderas junto a todos sus altos mandos. Se pondrá a tiro de su sistema defensivo y permitirán a sus tropas, revisar las naves de arriba a bajo y que requisen todo su armamento.

–Y luego deberá ir el Príncipe...

–No. Seguirá junto a sus hombres hasta Pangea y se reunirá en un punto prefijado por ambos. En Pangea y sólo en Pangea se rendirá el General.

–No creo que el Príncipe acepte.

–Es su única condición. Si no, no se rendirá.

–Tendrá su respuesta en unas horas. Vuelvo junto al Príncipe y le haré saber su decisión.

–Aquí le estaré esperando, no hay prisa –contestó con una cínica y amplia sonrisa.

SALA DE REUNIONES PARA ALTOS MANDOS DE LAIN SEN.

Todo Capitán de elite que se encontrara cerca, acudió a la reunión. La noticia de la propuesta de rendición del segundo ejército del Mal, había corrido como la pólvora por toda la base, nave o Crucero del sistema. En la sala había tal algarabía que no se podía hablar con el de al lado, más que a gritos. Cuando entró el Príncipe, el silencio cayó como una losa sobre los presentes. Tras dedicarnos una inescrutable mirada, se dirigió a la pantalla principal de la sala.

–Todos ustedes, capitanes, ya conocen el motivo de esta reunión de emergencia, la rendición de Tógar.

–¿Bajo qué términos? –preguntó el Capitán Espices, que se hallaba al mando de Lain hasta la deshibernación de Zuzan.

–Sólo se entregarán si permitimos a Tógar y a sus capitanes hacerlo en Pangea –le contestó ceñudo.

–No me gusta –dijo en voz alta el Capitán Yárrem–. No me fío. Tengo la intuición de que algo huele a podrido en esta rendición. Demasiado fácil.

LibrosEnRed

–Y en el momento oportuno, dada nuestra situación –dijo pensativo el Príncipe recuperándose rápidamente–. Sin tropas ni naves, no podemos seguir luchando. Su rendición, si fuera verdadera, pondría a Trash en una seria desventaja, obligándole a replegarse y a reagrupar su ejército, dándonos un respiro y, sobre todo, tiempo para reorganizarnos, sin contar con que nos apropiaremos de todas sus naves y cruceros.

–Mi Príncipe, me temo que sea una treta para acabar con vos –dijo Laurence avanzando de entre los Capitanes.

–También se me ha pasado por la cabeza. Pero si es cierto que nos permitirán revisar sus lanzaderas y desamarles, una vez en Pangea no supondrán ningún peligro, sin contar que no voy a reunirme con ellos sólo.

–Pondré a todos los guardianes en máxima alerta. Los permisos serán suspendidos y todas las órdenes pasarán por Lain Sen, confirmadas por la Gran Dama –dijo Laurence.

–Lo dejo en tus manos, amigo. No podemos cometer errores. Quiero a todo el mundo en su puesto para cuando llegue Tógar. Laurence, llama a ese tal... Pilmor e infórmale que aceptamos –dijo volviendo a abstraerse.

DÉCIMO INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

Procedo a la desconexión, del sistema de rastreo de la zona b–diecisiete–cuatrocientos doce, de la luna cuatro. La fase tres ha finalizado. Comienzo la fase cuatro.

ARCHIVO DE GUERRA.
RENDICIÓN DEL SEGUNDO EJÉRCITO DEL MAL.
O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Las lanzaderas del Mal (quince) llegaron a la hora prevista. Varios cañones Jarkamte los encuadraron en su campo de tiro nada más penetrar en el sistema Solar. Fueron rodeados por cuatro cruceros que se distribuyeron la revisión de las lanzaderas y del desarme del enemigo. Tógar estaba entre ellos. Una vez finalizada la operación, fue trasladado al Crucero designado insignia para que habláramos. Cuando su rostro apareció en la pantalla principal de Lain, me entraron ganas de ordenar su ejecución inmediata, pero había dado mi palabra.

–Hola, Prance. Veo que la vida te ha tratado bien.

–Debe ser porque tengo la conciencia tranquila. En cambio te veo, no sé... envejecido.

LibrosEnRed

–Curtido diría yo. Pero vayamos al grano, no estás cumpliendo tu parte del trato –dijo en tono desafiante.

–No te entiendo.

–Me has arrastrado hasta aquí, haciéndome prisionero.

–Eso no es cierto. Si quieres, puedes volver a tu lanzadera junto a tus capitanes y marcharte. La razón por la que estás ahí, es la de asegurarme que esta conversación queda entre nosotros y no la puede captar... Trash.

–Ese loco imbécil no sabe nada. Si no fuera así, ya estaría muerto. ¿De qué quieres hablar?

–Quiero que ordenes a tus capitanes que se trasladen al microcrucero que está a punto de llegar y que os depositará en Pangea Capital, para vuestra rendición.

–¡Ni hablar! No pienso ser humillado ante todo el planeta. Sólo hay un lugar en Pangea en el que pienso rendirme.

–¿Cuál es?

–El lugar que me vio nacer.

–Allí ya no hay nada. Hace milenios que no vive nadie, de hecho no hay ninguna población remotamente cercana. Si esperabas encontrar a alguno de los ermitaños... hace tiempo que se extinguieron. La gran mayoría volvió a las ciudades tras tu traición.

–Mejor. Menos testigos y te sentirás más seguro si no hay civiles cerca –dijo burlón.

–De acuerdo. Os escoltarán un Escuadrón de elite hasta ese lugar, a la espera de mi llegada.

–Eso me da igual. ¿Cuándo debemos partir? –preguntó indiferente.

–De inmediato. ¿Qué hay de tus tropas y naves?

–Se rendirán en cuanto cerremos el acuerdo en Pangea. De momento se encuentran a la espera de mi transmisión.

–Que no realizarás hasta que nos veamos y todo haya finalizado.

–Exacto.

Laurence se enfadó muchísimo en la nueva reunión, al enterarse del lugar de rendición. Realmente tenía razón, era el sitio idóneo para una emboscada... si no se encontrara en Pangea, claro. El lugar era un largo cañón en

LibrosEnRed

forma de "u". Medía quince kilómetros de largo, con paredes realmente escarpadas de más de tres kilómetros de altura. Antiguamente, en el final de cañón junto a la pared del fondo, había un pequeño poblado, que consistía en media docena de pequeñas cuevas que era donde vivían los ermitaños y donde nació Tógar de Gork y Leri. Un lugar sin asistencia médica, agua corriente o energía eléctrica. Resultaba impensable que vivieran así.

El cañón era lo suficientemente estrecho como para imposibilitar el descenso de una pequeña nave y tan inestable que una lanzadera, incluso la más pequeña, podría producir un derrumbamiento. La única forma de acceder hasta el fondo era a pie, por lo menos para un gran contingente de tropas como el que me iba a acompañar. A pesar de todas las medidas de seguridad que Laurence y Yárrem estaban tomando, se decidió como última medida apuntar por primera vez, un cañón Jarkamte hacia Pangea, justo al lugar de reunión. Si todo fuera mal, Tógar y sus capitanes no saldrían con vida.

De todas formas se decidió que llevaríamos un Copa[17], con los dos mejores ingenieros de comunicaciones de la flota.

–¿Ocurre algo? –preguntó Yárrem al Príncipe.

–Sigo intranquilo. Preferiría que fuera Taban quien supervisara el sistema de comunicaciones del Copa, con la flota.

–Eso ahora no es posible. Está ultimando los detalles de la base para los insaciables. Lo que yo preferiría es que te transportara Lara a Pangea, en el peor de los casos, su blindaje y velocidad te sacarían de allí en un momento –reprochó Laurence.

–En estos momentos ya debe estar cargando insaciables –dije pensativo haciendo un gesto que le daba la razón–. ¿Pero quién podía esperarse esto?

–Bien, mi señor, ¿cuál va a ser la estrategia a seguir? –preguntó Laurence cambiando de tema.

–Dora y cuatro Escuadrones rodearán el cañón por el exterior y por la derecha. Yárrem, tú con otros cuatro, por la izquierda y tú, Laurence, junto a Mhar y Jhem nos meteremos en la boca del lobo.

---

[17] N.A.: Es un vehículo especializado en trasmisiones a larga y media distancia. Conseguir bloquear sus trasmisiones tiende a imposible, ya que tiene el mismo sistema que el de máxima alarma instalado en los planetas de los sistemas aliados. Su reducido tamaño, menos de cinco metros de largo y su anchura de tres, lo hacía perfecto para su utilización en el cañón. Además, su sistema electromagnético de elevación era esencial para circular por terrenos abruptos.

LibrosEnRed

–El exterior del cañón es muy montañoso. Tendrán que dejar las naves de desembarco a varios kilómetros –informó el Capitán Bynil, que conocía bien la zona, ya que había nacido en ese sector de Pangea.

–¿Y nosotros? –pregunté.

–Hay una gran explanada en la boca del cañón. Es lo suficientemente grande para permitir el aterrizaje de un gran Crucero de tropas y unos doscientos cazas.

–Eso nos permitirá llevar dos mil hombres con nosotros, mi señor –calculó Laurence.

–Dos mil contra cincuenta y desarmados. Si no incluimos al Escuadrón de escolta que les acompaña ni a las tropas de Dora y Yárrem. El riesgo es mínimo –dije pensativo sin conseguir quitarme esa sensación de que algo iba mal.

UN DÉCIMO INFORME PARA EL ARCHIVO DE MI MENTE POLIMORFA.

Anulo todos los sistemas que están a mi alcance desde este lugar. Las lunas acaban de volverse inoperantes. La instalación de un archivo de acceso al sistema de claves, hará que acepten las órdenes del Amo como si fueran del Príncipe. Pronto evacuarán las lunas para dirigirse a los puntos de exterminio prefijados por los Amos. El plan ha finalizado. Permanezco a la espera de nuevas directrices.

Fin de los informes.

ARCHIVO DE COMBATE.
ASUNTO: RENDICIÓN DEL SEGUNDO EJÉRCITO DEL MAL EN PANGEA.
O.B. DEL PRÍNCIPE PRANCE DE SER Y CEL.

Me subí a un peñasco que me elevaba algo más de cuatro metros y que estaba en la boca del cañón. Observé a las tropas, perfectamente formadas. Laurence a mi lado pero a ras de suelo, también las observaba. Mhar y Jhem encabezaban los dos grupos en los que estaban divididas. Dos mil guardianes me miraban expectantes, ansiosos.

–Tropas de elite, os he elegido por que sois los mejores y en un día como hoy, no podemos cometer ningún error. La rendición de Tógar significa el comienzo del fin de Trash. Él, sólo, no puede hacernos frente y las naves y suministros que adquiriremos del segundo ejército del Mal nos darán una gran y definitiva ventaja. Esta es la primera vez desde que empezó la guerra

LibrosEnRed

que los guardianes del Mal pisan Pangea. Que esto no sea una catástrofe, en parte depende de vosotros. No os confiéis porque sólo sean cincuenta, no os fiéis de nada, tened todos los sentidos en máxima alerta. Compenetraos y moveos como si fuerais uno. Y sobre todo, proteged los flancos. El Capitán de Capitanes Yárrem y la Capitana Dora, irán cada uno por un lado del cañón pero por el exterior. En el punto de reunión, treparán hasta la cima para protegernos desde su privilegiada posición –dije mirándoles con orgullo pero con la enquistada sensación de que algo iba mal.

–¿Alguien tiene alguna duda? –preguntó Laurence

–¿Dónde irá el Copa? –preguntó uno de las primeras filas.

–Por esa pregunta acaba de ascender a Jefe de Escuadrón, Guardián –dije–. El Copa irá tras el primer tercio de la tropa. Lo más cerca posible del Capitán Laurence y por lo tanto, de mí.

–¿Alguna más?¿No? ¡Pues en marcha! –gritó Laurence.

Dejamos doscientos guardianes al cuidado y protección de las naves. Nunca se era lo suficientemente precavido.

El avance fue lento y complicado. Había tantos desniveles y rocas desprendidas de los abruptos acantilados, a modo de infranqueables paredes, que el algunos tramos hubo que ayudar al Copa a sobrepasar las abruptas rocas que sembraban el sendero. Era increíble que los montañeses vivieran aquí. Desde luego si lo que querían era soledad, con este camino lo conseguían seguro.

El agua había hecho bien su trabajo, ya que el cañón no paraba de serpentear, obligando a los flancos de mis tropas a cubrirse mutuamente en cada recodo. Cuando faltaban algo menos de cuatro kilómetros el cañón se enderezó y se ensanchó bastante, lo suficiente para que el sol inundara el estrecho valle. Al fondo se veían a nuestros guardianes que mantenían en un círculo cerrado a Tógar con sus capitanes, el rastreo del O.B. no dejaba dudas.

A falta de dos kilómetros ordené el alto y junto a Laurence, me aproximé a la cabeza de la primera sección, pegados a la pared de nuestra izquierda. El Copa, aunque se quedó atrás, lentamente prosiguió su camino hasta detenerse a unos cuarenta metros de nuestra posición.

–¿Qué dicen los analizadores? –le pregunté a Laurence.

–Todo normal. Identificaciones positivas. Son nuestros guardianes los del círculo. El resto lo componen Tógar y sus hombres. ¿Por qué me lo preguntas? Tienes las lecturas en tu casco o en el O.B.

LibrosEnRed

–Algo va mal, muy mal... –dije aprensivo.

En eso se acercó un Guardián de elite, que haciendo la reverencia esperaba que le permitiéramos hablar.

–¿Qué ocurre Guardián? Este no es un buen momento para interrupciones –dijo Laurence algo tenso–. ¿Cuál es su nombre?

–Finmolp de Gyun y Sendal. Bueno... tal vez sea... una... tontería...yo..

–Venga, habla sin rodeos –le apremié

–Sé que va contra las órdenes, pero mi esposa está entre el Escuadrón que escoltaba a los guardianes del Mal y pactamos que cuando llegara, le haría una señal para que me respondiera que todo estaba bien y... hasta el momento no se ha comunicado conmigo.

–No sé si se da cuenta de que una acción así nos pone en peligro y podría alertar al enemigo de nuestra presencia –le amonestó Laurence.

–Ve al Copa y verifica las transmisiones. Este maldito cañón está plagado de pequeñas vetas de metales. No puedo contactar ni con Yárrem ni con Dora usando mi O.B. Quiero saber que toda va bien, antes de acercarme. Ya deberían estar sobre los acantilados del cañón, cubriéndonos.

–El lugar es más escarpado de lo esperado y está en muy malas condiciones, tal vez se estén retrasando un poco –dijo Laurence disculpándoles.

–Ve de todas formas.

Me giré viendo cómo se dirigía al Copa. Mientras, decidí seguir interrogando a Finmolp que había girado conmigo permaneciendo a mi izquierda. A un metro a mi derecha, una pequeña roca me impedía ver a Mhar, que estaba ordenado algo a las tropas. A Jhem sólo le veía parcialmente que repartía su control entre Laurence y yo.

–¿Cuál debía ser la respuesta dada por su esposa?

–Un punto de luz verde en la sección de informes de mi O.B., mi Príncipe.

–¿Qué le envió usted?

–Lo mismo, mi señor.

–Tal vez el Jefe de Escuadrón Himinl no se lo haya permitido enviar. Tranquilícese, en unos pocos minutos nos habremos reunido con ellos y...

Cuando Laurence llegaba al Copa uno de los ingenieros salió presuroso, casi chocándose con él. A pesar de la distancia pude entender o más bien intuir, lo que le decía. No había comunicaciones con Lain ni con nadie. Dirigiéndome una rápida mirada penetró presuroso en el Copa para activar la línea

LibrosEnRed

de emergencia, con todos códigos de prioridad y de esa forma averiguar qué es lo que ocurría. El sistema era inviolable e imposible de bloquear, de forma que en cuestión de segundos tendríamos comunicación con la Gran Dama y Lain Sen.

En ese instante noté cómo "algo" caliente, bañaba el lado izquierdo de mi rostro. Al girarme vi con estupor que más de la mitad de la cabeza de Finmolp se había volatilizado a consecuencia del impacto de un láser. Ese "algo" era su sangre. Luego se desplomó como cuando se le cortan los hilos a una marioneta.

Fui a gritar algo pero en ese momento el Copa fue alcanzado por media docena de cañones láser de gran potencia, provocando la explosión de sus módulos de energía, haciéndolo saltar por los aires varios metros cayendo bocabajo.

–¡LAURENCEEEEEE! –grité.

Casi en el acto noté cómo algo con gran fuerza, me lanzaba contra el montículo atontándome. Por el rabillo del ojo vi que un bulto borroso se acercaba y saltaba sobre mí. Casi de inmediato noté varios impactos o golpes que me apretaban contra la roca. El peso que notaba sobre mi espalda se aflojó y vi el rostro de angustia de Mhar con los ojos vidriosos y que extendía una mano para ayudarme a incorporarme, a la vez que disparaba su fusil de asalto en la dirección del ataque. Cuando me incorporé, apoyándome en Mhar, vi con estupor que el peso era el cuerpo de Jhem que había saltado sobre mí para parar los lásers y flechas que iban dirigidas a mi persona. Había utilizado su cuerpo a modo de escudo para salvarme. Sin casi reaccionar, intenté llevar mi mano izquierda al fusil de asalto pero el enorme dolor, hizo que me diera cuenta que una flecha había atravesado mi espalda, por encima de mi omoplato izquierdo, clavándose en el Jarkon, sobresaliendo justo la puntita casi en su centro, el asa en forma de te había saltado de su lugar, permaneciendo en posición de uso. La única arma de defensa que podría habernos salvado de inmediato, estaba inutilizada. Con un rápido movimiento, cogí con mi mano derecha una de las espadas láser y corté el mástil de la flecha, para que el cimbreo no provocara mayores daños. Tenía que estar muy cerca del corazón o de alguna de las arterias principales. Miré a la cordillera y con incredulidad vi que estaba sembrada de guardianes del Mal, miles, que disparaban ferozmente contra mis hombres. Un par de pequeños Escuadrones intentaron trepar por las verticales paredes, pero los guardianes del Mal del lado opuesto los abatieron sin dificultad.

Sin pensarlo dos veces, ordené el repliegue por donde habíamos venido. No iba a ser tan fácil, las cordilleras de todo el trayecto también estabas cubier-

LibrosEnRed

tas por el enemigo. ¿Cómo demonios habían llegado hasta aquí? ¿Cómo habían sobrepasado nuestras medidas de seguridad? ¿Cómo no habían sido detectados? Retrocedíamos todo lo rápido que podíamos pero el fuego cruzado del enemigo nos retrasaba. Mis guardianes a pesar de luchar valiente y ferozmente, caían a docenas. Nos estaban cazando como a ratas. Todos mis intentos de comunicarme con Yárrem, Dora, las naves de la entrada del cañón o cualquiera que pudiera escucharnos, fueron infructuosos. Tras unas horas de agónico y penoso combate, llegamos a la entrada. Tan sólo habíamos sobrevivido un par de cientos. Maldije mi estupidez y mi falta de desconfianza. Había perdido a dos de mis queridos amigos en un momento. Iban a pagarlo muy caro. ¡Los mataría a todos! No tendría piedad.

Cuando salimos a la explanada del cañón, nos llevamos otra sorpresa. Los cruceros no estaban y tan sólo permanecían los cazas. Los guardianes de protección habían sido eliminados y en su lugar había quinientos guardianes del Mal. Por sus rostros no nos esperaban. Sin tregua, nos lanzamos al ataque aprovechando la sorpresa y su desorganización. Por lo visto no creían posible que nadie escapara de la trampa. Una luz roja en mi O.B. me indicó que mi energía estaba en reserva y que comenzaban las restricciones. El dolor de mi hombro se inició lacerante y profundo.

El combate se hizo interminable, la herida me hacía cada vez más lento y empezaba a faltarme el aliento. Iba por mi décimo contrincante cuando apareció un Guardián del Mal enorme, de más de dos metros, con unos hombros que eran el doble que yo y con una espada láser en cada mano. Sin darme tiempo a posicionarme, me atacó brutalmente. Sus embistes eran salvajes, con la frescura de no haber combatido. Casi no podía parar sus dobles golpes de espada. Tras él podía ver cómo Mhar luchaba con dos guardianes del mal, a la vez. Cada estocada que paraba repercutía en mi herida. Las fuerzas empezaban a fallarme. De pronto, con una cinta espectacular, consiguió alcanzarme con una de las espadas, en el costado derecho. Un corte de un palmo pero poco profundo, aunque lo suficiente como para hacerme perder pie cuando detuve el siguiente mandoble, teniendo que poner la rodilla en el suelo para no caerme. Lo más probable era que acabara conmigo en el próximo ataque.

En el momento que el Guardián del Mal levantaba sus espadas para acabar conmigo, Mhar mató a uno de sus oponentes y sin esperar a liberar ese brazo lanzó con el otro, su espada láser atravesando a mi oponente por la espalda, acabando con él. El Guardián del Mal que le quedaba no desaprovechó la ocasión y la atravesó limpiamente con su espada, matándola. Un instante antes me miró sonriente. Daba su vida por salvar la mía. Rápidamente me incorporé y absolutamente descontrolado, fui hacia el asesino

LibrosEnRed

que se quedó como petrificado mirándome a los ojos. Acabé con su vida de un solo golpe partiéndolo en dos. Con los ojos velados por las lágrimas seguí luchado y matando, hasta que no quedó nadie al que enfrentarse. Miré a mi alrededor, exhausto. Con horror comprobé que sólo quedaban dieciocho en pie y la mitad heridos.

–¡Todos a los cazas! Intentaremos llegar a Lain o a una ciudad. Desde allí solicitaremos refuerzos y organizaremos el contraataque para aniquilar a esos miserables –dije entre dientes, mitad por el odio, mitad por el intenso dolor.

Con gran dificultad me introduje en uno de los cazas, siendo imitado por mis hombres. Con las heridas que tenía no podría pilotar muy bien pero el suministro de energía extra que me empezaba a proporcionar el caza, anuló el dolor y me permitiría algo más de movimiento con el brazo, hasta ahora inútil. Activé el casco y di la orden de despegue. Nada más dirigir el morro de nuestros cazas hacia Lain, comprobamos en la pantalla de rastreo que se nos acercaban velozmente, en ruta de intercepción, medio millar de cazas enemigos. Maniobramos lo más rápidamente que pudimos e intentamos dirigirnos a la ciudad más cercana, con tropas de defensa. El tiempo de maniobra fue crucial, permitiendo al enemigo alcanzarnos, obligándonos a combatir. Una lucha inútil. Los cazas fueron cayendo uno a uno, finalmente sólo quedaron dos, a parte del mío, que se situaron uno a cada lado en un vano intento de protegerme. El de mi izquierda fue alcanzado por varias ráfagas, perdiendo toda su fuerza en los impulsores, lo que le hizo caer como una piedra. A través de mi casco, comprobé que mis escudos estaban al mínimo y que habían destruido los del otro caza. Al mirar a mi derecha vi que la cabina del piloto se volvía transparente y el Guardián desactivaba el casco. Era una Fried de la primera remesa. Me sonrió, se encogió de hombros resignada y una ráfaga láser le alcanzó en el módulo de almacenamiento energético, haciéndolo estallar en mil pedazos con un deslumbrador fogonazo. Estaba solo. El fuego cruzado de varios cazas me alcanzó. Parte del panel de control estalló alcanzándome, provocándome un sin fin de pequeñas heridas. Fue demasiado para el Traje que al quedarse sin energía, replegó el casco. Noté cómo resbalaba por mi ojo y mejilla derecha un reguero de sangre. Debía tener una pequeña brecha en la cabeza. No me dolía. Una nueva ráfaga me derribó.

Al despertarme, aún estaba dentro de caza y me dolía todo. Podía haber pasado un siglo, no lo sabía, había perdido el conocimiento pero por la posición del Sol, sólo debía haber transcurrido una hora. El caza estaba inclinado, con el morro hacia arriba. Al intentar salir me caí de bruces contra el frío y duro suelo, formado por multitud de rocas caídas de la montaña.

LibrosEnRed

El dolor de mis heridas pareció desembotar mi mente. Con cuidado y detenimiento miré a mi alrededor, enseguida comprendí que estaba junto al cañón por el lado que había ido Dora con su Escuadra. Si tenía suerte, podría alcanzarles y reorganizar un contraataque. Pasé más de tres horas de penoso avance, dando bandazos y cojeando por la herida de mi costado, llegué al punto donde debían ascender para cubrirnos, al pasar el recodo me topé con otra masacre. La base de la montaña estaba sembrada por los cuerpos de mis guardianes. Avancé como un zombi entre los cadáveres, hasta que me topé con el de Dora. Aún le quedaba un suspiro de vida. Me arrodillé junto a ella y con sumo cuidado la recosté sobre mis rodillas, el dolor hizo que abriera los ojos.

–Prance...

–No hables, preciosa.

–Vives... puedo cruzar en... paz –dijo con su último aliento.

Con delicadeza la deposité en el suelo. Un calor, una ira, un odio me invadía. Cuando me puse en pie me percaté de que no estaba solo. La ladera de la montaña estaba sembrada de guardianes del Mal. En el centro, con una sonrisa de oreja a oreja, Tógar.

–¡Vaya! Parece que no voy a tener que ser yo quien se rinda.

–Baja y no tendrás ocasión –le amenacé.

–Esto es increíble, sigues creyendo que aún vas a ganar. Mira estúpido –dijo activando una pantalla holográfica. Primero me mostró a Yárrem, con multitud de heridas. Lentamente miró hacia el receptor, viéndome.

–Prance.

–Yárrem, amigo... –las palabras no me salían.

–Tranquilo, Prance. Todo se solucionará –dijo guiñándome un ojo, a la vez que un Guardián del Mal lo decapitaba para mi horror.

Mi mirada de odio debió ser tan intensa que varios de los guardianes de la primera fila retrocedieron.

–Baja –dije entre dientes.

–¿No tienes suficiente? Bien, observa –dijo volviendo a activar el holograma.

Me mostró Pangea desde el aire. La Gran Capital en llamas, todas las ciudades estaban en llamas. Habían asaltado los almacenes de "La Celda" y liberado a todos los prisioneros. Las calles estaban plagadas de cadáveres y se podían observar combates por todas partes. Al poco, la siguiente imagen

LibrosEnRed

me mostró cómo los guardianes del Mal abandonaban Pangea, con prisa. Luego vi con estupefacción que medio centenar de cruceros, arrastraban a toda velocidad, otros tantos asteroides de más de un kilómetro de diámetro. ¡Iban a acabar con toda la vida del planeta! La ira me inundó, notaba cómo la locura me invadía. No hacía falta que nadie me dijera que mis ojos brillaban de color verde.

–¡NOOOOOOO! –grité, a la vez que desenfundaba una de mis espadas láser de mi espalda, con el brazo herido intenté desclavar el Jarkon. El Guardián que estaba más cerca, se asustó y disparó su fusil láser, alcanzándome en medio del Jarkon, atravesando mi mano. El resto de guardianes le imitaron a pesar de los gritos de Tógar para que se detuvieran. Eran tantos lásers a la vez que todo se veló.

Dolor... Muerte... Negrura... Frío... Calor... Luz... Veo el otro lado de la frontera...

Fin del informe del O.B. del Príncipe Prance de Ser y Cel.

LibrosEnRed

Tercera parte

Capítulo 23

Ante nosotros apareció el rostro de una mujer, era Lara. Nos miraba y sonreía. Como si nada de lo que hubiera contado fuera con ella.

–¿Ahí acaba todo? –pregunté extrañado.

–Los archivos externos sí. ¿Tal vez quieran que les cuente qué hice yo, tras introducir a los insaciables en mi bodega de carga?

–Sí, claro. ¿Qué hiciste? ¿Cómo es que estás aquí? –preguntó Susan tan angustiada como yo y pensando en lo mismo... los insaciables. ¿Si seguían en la bodega de carga, vivirían aún? ¿Después de tanto tiempo?

–Una vez cargué y salí al espacio, entreabrí la compuerta para congelar a los insaciables. Llamé a Dama para informarle de que todo iba bien y que me dirigía al punto prefijado, a la espera de la finalización definitiva de la base de investigación. Cuando me dirigía hacia allá, recibí un mensaje de máxima prioridad de Dama. Luego vino el silencio de las hermanas.

–¿Silencio de las hermanas? –preguntó Susan.

–Todas las I.AS. dejaron de trasmitir.

–Te hemos interrumpido. ¿Cuál era ese mensaje?

–Descender en el último punto donde había sido detectado, el Príncipe.

–Que fue donde murió.

–Eso no es correcto. No hubo finalización de su Traje. Aunque viendo las imágenes de su O.B., la lógica me dice que está muerto. Aún así me dirigí a Pangea. Cuando llegué, todo el planeta estaba en llamas. El ataque con asteroides había provocado la práctica extinción de la vida y la poca que sobrevivía en el gran océano, se extinguiría en el noventa y nueve coma novecientos noventa y nueve por ciento cuando se produjera el gran cambio climático, producido por las millones de toneladas de polvo en suspensión que provocaron los impactos de los asteroides. El invierno glacial duró diez mil años. El gran océano se congeló totalmente por su superficie, acabando con la mayoría del plancton y rompiendo la cadena alimenticia. La muerte generalizada era inevitable. La deposición de cenizas, el polvo y el tiempo hizo que fuera enterrada hasta que su raza me descubrió y sacó a la luz.

LibrosEnRed

–¿Podemos hacerte algunas preguntas, sobre algunos puntos que no nos han quedado claros? –le pregunté.

–Sí, señor Temple. Si me está permitido, le responderé.

–Si no me equivoco, nuestra Luna es Lain Sen. ¿Qué ocurrió con las otras seis lunas?

–Para cuando llegué ya no existían. Habían sido destruidas y sus restos iban cayendo en Pangea aumentando su destrucción. Lain Sen estaba bombardeada pero aún se mantenía en su órbita y por lo visto aún sigue, aunque algo excéntrica..

–¿Cómo es posible que tengas los archivos de esa cosa polimórfica? –preguntó Susan suspicaz. Ese detalle se me había pasado.

–Al absorber al Jefe de Escuadrón de elite Minbitor, tuvo que sustituir su O.B. y duplicarlo, lo que implicaba que tuvo que volcar sus archivos recientes, en el sistema, para poder acceder a él.

–¿Por qué el Escuadrón que vigilaba a Tógar no captó a los enemigos o avisó al Príncipe de la trampa?

–No lo sé.

–¿Pudo todo el Escuadrón traicionar al Príncipe? –pregunté dudoso.

–Imposible. Todos los Guardianes del Bien han pasado antes por "La Celda".

–Especula sobre las razones.

–No hay especulación posible. No hay lógica para su silencio.

–¿Qué pasó con la Gran Dama? –pregunté.

–No lo sé.

–¿Y con el resto de Guardianes del Bien?

–No lo sé.

–¿Y con los aliados de la Corporación Warfried?

–No lo sé.

–¿Y con los guardianes del Mal?

–No lo sé.

–Ahora viene la pregunta que a ambos nos da terror. ¿Qué es lo que contiene tu bodega de carga?

–Insaciables –respondió fríamente.

LibrosEnRed

–¿Vivos? –preguntó con la voz quebrada Susan.

–Sí.

–¿Dónde están ahora?

–Destruyendo la base –dijo, consiguiendo que se nos erizaran todos los pelos del cuerpo.

–¿Ha salido alguno al exterior?

–No. La base ha sido sellada. Ya casi no se oyen gritos de los que no pudieron salir a tiempo. Deben haberlos matado a casi todos. En una hora no quedará nadie con vida en el interior.

–¿La base podrá contenerlos? –pregunté esperanzado.

–Sí. Analicé su construcción y es muy sólida. Sólo escaparán si su raza se lo permite o por un desastre natural.

–¿Cómo cual?

–Temblor de tierra provocado por:

–Detonación de bomba termonuclear en las proximidades.

–Impacto de asteroide de gran tamaño.

–Rotura de tensión de placas tectónicas, terremoto lo llaman ustedes.

–¿Cómo podemos matar a los insaciables del interior de la base?

–No pueden. Tecnológicamente no están lo suficientemente avanzados.

–Pero tú podrías darnos esa tecnología –dije esperanzado.

–No lo haré, eso sería interferir en su evolución y/o desvelar secretos de armamento y no me está permitido. Busquen al Príncipe, él lo solucionará.

–Lara, el Príncipe está muerto –dije tristemente. Era increíble cómo sin conocerle había llegado a quererle.

–Eso dice mi lógica, pero no mis instrucciones.

–¿Qué instrucciones? –preguntó Susan.

–Las que me dio la Princesa Yun.

–Pero ella murió antes de que tú fueras tú.

–Como nave independiente sí. Como sistema auxiliar de Tita, no.

–¿Puedes explicarnos cuales son esas instrucciones? –pregunté de nuevo esperanzado.

LibrosEnRed

–Sí. Llegado un caso como la gran batalla final y dado el Príncipe por muerto; sellado de la nave y desconexión total de todos mis sistemas, a excepción de los defensivos como por ejemplo, los escudos. Esperar. Una vez establecido contacto con raza no aliada con el Mal, como ha sido el caso de su raza, humanos de segunda generación Pangeana, localizar al Príncipe e informarle de mi existencia.

–Pero el Príncipe está muerto, Lara.

–No lo está. La Princesa lo dejó muy bien especificado. Sean cuales sean los datos de que disponga, el Príncipe está vivo. Debo encontrarlo. El problema reside en que la desconexión total impide que vuelva activarme por mí misma y eso sólo lo puede hacer el Príncipe desde mi interior.

–¡Maldita sea! ¿No podías haber impedido que la compuerta de carga se abriera? –pregunté irritado.

–Desconexión total. Es un sistema independiente hasta que yo vuelva a estar operativa. Compartimos bancos de memoria pero no los controlo en esta situación.

–¿Por qué me permitiste que hablara con la compuerta y que me obedeciera?

–Para estudiarle. No entraba en mis cálculos que consiguiera que accediera a sus peticiones. Es usted un humano muy inteligente. Mi elección ha sido la correcta. Debe encontrar al Príncipe.

–De acuerdo. Supongamos que el Príncipe está vivo. ¿Dónde puedo encontrarlo?

–No lo sé. Esa, me temo que no es la pregunta correcta.

–No estás siendo de mucha ayuda. ¿Cómo puedo encontrarlo? –pregunté intuitivo y a la vez absolutamente seguro de que no podía estar vivo, pero era nuestra única posibilidad.

–¿Puedo sugerirle que intenten que mi historia llegue al mayor número de personas de su raza? Tal vez él sea una a la que le llegue y se ponga en contacto con ustedes.

–Nadie conoce Stamp y mucho menos que contiene una nave alienígena. ¿Cómo voy a convencerles?

–Cuénteles mi historia.

–Si se descubre que él está vivo, puede ser que algunos de mi raza quieran cogerlo para que les revele esa tecnología que, por ejemplo, te ha construido –dije pesimista.

LibrosEnRed

–No le cogerán. Lo que queremos es que se ponga en contacto con nosotros.

–¿Cómo hago eso? –pregunté pensativo.

–Si hay algo que tiene su raza, son formas diferentes de comunicación. Pero creo que la mejor sería... ¡Clack!

Intentamos volver a contactar con la base de todas las formas que se nos ocurrió. No lo conseguimos. Los insaciables debían haber destruido el centro de comunicaciones.

Durante las siguientes semanas intentamos hablar con el General Bart Kalajan, su ayudante siempre nos informaba que no estaba disponible y que ya nos llamaría. Tras muchas pesquisas y preguntas en el F.B.I, descubrimos que Terrie Gordon, murió en Stamp. Stark Gibson había desaparecido del mapa, destinado quién sabe dónde. Incluso intenté, con mucho recelo, hablar con Pol Svenson, según ellos no había nadie con ese nombre. Tampoco hubo forma de localizar a ningún superviviente de la base.

II

Cuando regresé a mi puesto de trabajo, descubrí con tristeza, que no habían vuelto ni Peter Lewis ni Simons Carpetti. Por lo que me contaron los compañeros, Yack Truman había pasado por el despacho de Simons y se había llevado una gran cantidad de archivos y todos los disquetes que encontró. No tuve duda de que habían fallecido en Stamp.

La impotencia me consumía pero no tenía opción. Continué con mi trabajo durante seis años y cuando dejaron de prestarme atención, nos fuimos a España. Allí empecé a urdir la segunda parte del plan. Tras desechar mil ideas, decidimos irnos de vacaciones para despejarnos y como siempre ocurre cuando se planifica algo cuidadosamente, la vida se encarga de recordarte que nada se puede realmente planificar. El día anterior recibí una llamada que nos haría cambiar nuestro anterior destino; París.

–¿Diga? –pregunté extrañado al recibir una llamada tan temprana, ya que eran las siete de la mañana.

–¿Mark Temple, por favor?

–Sí, soy yo.

–Perdona Mark, no te había reconocido. Soy Carl Dónovan.

LibrosEnRed

–Hola Carl. No esperaba que me llamaras tan pronto.

–Disculpa. No he pensado en el cambio horario.

–No. Me refiero a que no me esperaba que me llamaras hasta dentro de varias semanas.

–¡Eh! Que yo soy un profesional y bien sabes que por ti, lo que sea. Te debo muchos favores, viejo amigo.

–Está bien, dispara.

–He tenido que mover muchos más hilos y pedir muchos más favores de los que hubiera creído tener que rogar pero he conseguido averiguar dónde está tu amigo.

–¿Dónde está?

–No sé en qué lío te has metido pero yo que tú, no seguiría. En mis pesquisas me he topado varias veces con la C.I.A. y el Pentágono. No querían que se supiera dónde está. Y no sólo eso...

–¿Dónde Carl...? –pregunté ansioso.

–Mark escucha a este viejo amigo...

–¿No me estarás llamando desde tu casa? –pregunté alarmado.

–¿Crees que soy un periodista novato? Te estoy llamando desde una cabina de mala muerte de Arizona.

–¿Qué demonios haces en Arizona?

–¿Cómo puedes tener tanta cara? Escapar. Desde que empecé la investigación, media docena de tipos se pasan el día siguiéndome, así que he tenido que despistarles en el metro de New York, gracias a un amigo que se ha vestido como yo. Hemos dado el cambiazo y se han quedado con un palmo de narices. Luego he alquilado un coche, pagando en metálico, y me he venido hasta aquí para llamarte, bueno en realidad tengo un reportaje encargado por la revista pero he creído que era más seguro hacerlo desde esta cochambrosa cabina.

–Eres un genio, he de reconocerlo. ¿Ahora me vas a dar la maldita dirección?

–Tu amigo se encuentra destinado en una minúscula base perdida de la mano de Dios, en Denver. Su nombre es "Pequeño retiro", un lugar para generales retirados, en realidad es un asilo para militares jubilados de alto rango. Debe de estar como Jefe de seguridad o algo así.

–Te debo una Carl.

–Y bien gorda.

LibrosEnRed

Sin pensarlo dos veces, y tras atar las cuatro cosas de rigor, cogimos un avión y nos fuimos a Denver, no sin antes despistar al comité de bienvenida que nos estaba esperando en el aeropuerto de New York. Carl nos ayudó de nuevo. Una vez localizado el asilo militar, alquilamos un pequeño apartamento a media docena de manzanas de distancia. Durante dos meses, montamos guardia alrededor del lugar esperando coincidir con él. Empezaba a pensar que Carl había recibido una información falsa, cuando una nublada tarde le vi salir. En cuanto cruzó la puerta principal me vio, dirigiéndose hacia mí, pasando a mi lado como si no me conociera. Su mirada fue indiferente pero el amago de levantamiento de ceja, me dejó muy claro lo que quería. Le seguí con mucha prudencia a toda la distancia que pude sin perderle. Tras dar muchas vueltas, entró en un bar de striptease. Esperé un tiempo prudencial y le seguí dentro. Tardé unos minutos en localizarle, ya que a pesar de que era muy temprano, el local estaba atestado. Me dirigí a su misma barra y me apoyé en ella mientras pedía un whisky. En cuanto puso el camarero la copa sobre la barra, una despampanante mujer, que por lo visto ya estaba subida a la barra, avanzó hasta poner una pierna a cada lado de mi bebida, comenzando a contonearse subiendo y bajando hasta casi tocarla con... el "pompis". Mi cara de sorpresa no dejó indiferente a nadie, provocando una carcajada general. Mi amigo aprovechando la ocasión, se acercó.

–¿Es la primera vez que viene, verdad? –me preguntó.

–¿Tanto se me nota? –pregunté inocente.

–Ven preciosa –le dijo a la chica a la vez que le metía un billete en el tanga.

–La verdad es que me ha pillado de sorpresa.

–A todos nos ha ocurrido algo parecido la primera vez. ¿Es usted de por aquí?.

–No. Estoy de vacaciones con mi esposa. Hemos alquilado un apartamento en la calle dieciocho con la trece.

–¿El de la señora Mac Pherson?

–Sí. ¿La conoce?

–Su marido estuvo en el ejército conmigo.

–Así que es militar...

–Sí... perdone pero esa preciosidad de ébano que viene por el fondo, es mi chica de esta noche. Ya nos veremos.

–Tal vez, amigo –dije mientras veía cómo se alejaba entre la humareda.

LibrosEnRed

Tres horas después alguien llamó con los nudillos a la puerta. Eran golpes firmes pero suaves. Cuando abrí, allí estaba él. Le hice pasar rápidamente y acto seguido nos abrazamos calurosamente.

–Viejo amigo. No creí que volvería a verte –me dijo con los ojos empañados por la emoción.

–Y casi es cierto, Yerri. No te puedes imaginar cuánto me ha costado encontrarte –dije a la vez que mi amigo veía a Susan.

Con una de sus amplias sonrisas se acercó y cogiéndole por sorpresa por el talle, la elevó en el aire poniéndola a su altura, soltándole dos sonoros besos, sin casi dejarla reaccionar. Cuando la dejó en el suelo, mi esposa le dedicó una cálida mirada de agradecimiento.

–Veo que los sargentos siguen sin saber cómo se debe tratar a una dama –bromeó.

–Capitán, Susan, Ca–pi–tán. Aunque no estoy orgulloso. Con la excusa de que me había comportado como un héroe en ese maldito lugar, me ascendieron dos veces en cuestión de seis meses. En realidad es un maldito soborno para que mantenga la boca cerrada. También fueron muy específicos sobre un consejo de guerra, si se me ocurría apoyarte cuando saliste en la CBA.

–Lo imagino. A todos nos han presionado. Sentémonos.

Cuando Susan terminó de preparar el café y consiguió que Yerri engullera una docena de bizcochos, nos permitió ir al grano. No sin antes consentir que sacara unas copas, whisky para él y vodka para nosotros.

–Yerri, sé que no te agradará recordarlo pero necesito saber qué ocurrió en la base, después de que nos fuéramos.

–Echaran –respondió irónico.

–Echaran, para nuestra suerte –apuntilló Susan.

–Y no sabéis cuánta. Cuando os cuente lo de los bichos, no os lo vais a creer...

–Insaciables, se llaman –dije.

–¿Cómo...? –preguntó perplejo intentando adivinar.

–Todo a su tiempo amigo. Comienza por el principio.

–De acuerdo. Unas horas después de irte y mientras esperaba con mis hombres, a que me destinaran a un nuevo puesto, me llamó Stark Gibson.

LibrosEnRed

Cuando llegué, su puerta se hallaba abierta. Estaba muy cabreado y discutía con el General Kalajan por teléfono insistiéndole que tú debías estar presente en la apertura y que debíamos seguir tus consejos y, tal vez, esperar un poco antes de abrirla, hasta conseguir que la I.A. nos explicara qué es lo que contenía. El General se negó en rotundo, alegando que era la base más segura del planeta, que ya era demasiado tarde, que el Presidente había dado luz verde y que ya no había marcha atrás. Por supuesto mencionó el P.S.A. que sería la última medida. Stark colgó tan fuerte el teléfono que no se rompió de milagro. Tras mascullar una serie de improperios, que por galantería hacia ti Susan, no voy a repetir, advirtió mi presencia. Me miró serio y me rogó que cerrara la puerta.

–Sargento, voy a ir al grano. Quiero que se encargue de la seguridad de este piso.

–Perdone, pero hay muchos oficiales de mayor graduación que yo, que son los que se encargan de tareas de ese nivel, señor Gibson.

–Ya lo sé. Pero el burro del General Kalajan, los ha destinado a los subniveles más cercanos a la nave para cubrir cualquier posible... eventualidad. Casi ha dejado desprotegidos los subniveles superiores. Como usted y sus hombres ya no están asignados al señor Temple, han quedado libres y los que protegían al resto del equipo, también. Quiero que los agrupe bajo su mando y monte un nivel de defensa.

–¿Por qué yo, señor? Hay más sargentos...

–Por que es el único militar con algo de cerebro de esta base. Y lo pude comprobar escuchando sus conversaciones con el señor Temple, que por cierto, si se pone en contacto con usted, hágale saber que deseo hablar con él, lo antes posible y que tengo la firme convicción de que debería estar aquí. Por desgracia para cuando mi gente me ha informado que ha hablado con Simons, ya se había impuesto el bloqueo de comunicación con el exterior.

–Si se pone en contacto conmigo lo haré, señor.

Sellaron todas las plantas y aislaron todos los departamentos. Dos horas antes de la apretura había organizado a los cincuenta hombres que estaban bajo mi mando. Usando uno de los monitores de seguridad del despacho de Stark, él estaba conmigo, pude seguir los acontecimientos de la apertura. Reconozco que en ese momento pensé que eran las dos horas más largas de mi vida, ¡qué equivocado estaba!

LibrosEnRed

Los pasillos permanecían vacíos. Todo el mundo estaba en su puesto. Alrededor de la nave se habían desplegado casi trescientos marines, fuertemente armados. En primera fila, permanecían expectantes veinticinco técnicos, biólogos y un sin fin de "expertos" en distintos campos. Simons estaba en la segunda fila, junto a varios altos mandos. Terrie Gordon, todavía no entiendo qué hacía allí, estaba tras ellos, absolutamente aterrado, la única explicación que se me ocurre es que estuviera como representante federal. Todos, sin excepción, estaban embutidos en trajes presurizados, contra una posible contaminación biológica. Los colores o nombres de su espalda y brazos los distinguían. Fueron un error ya que restaban mucha movilidad.

Cuando finalizó la cuenta atrás, durante unos inquietantes segundos, no ocurrió nada. De pronto una voz clara, serena, aunque claramente artificial, sonaba como carente de vida, atronó desde la nave.

–¡Apertura inminente! ¡El protocolo debe estar activo! ¡Apertura inminente! ¡El protocolo debe estar activo!

Tras unos segundos volvió a hablar.

–¡Última oportunidad para detener apertura! Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡Inicio de apertura!

Donde no había nada, ya que toda la nave parecía hecha de una pieza, apareció un corte. La compuerta se abrió lentamente, siendo absorbida, en apariencia, por el lateral izquierdo de la nave. Tenía tres metros de largo por dos de alto. De su interior salió un humillo como el que provocan los grandes frigoríficos al abrirlos. Cuando se comprobó que las alarmas biológicas no saltaban y que el humillo sólo era producto del frío interior, se dirigieron varios focos a la negra abertura. Todos conteníamos la respiración, era un momento histórico. Tras unas breves consultas, cuatro... ingenieros o biomédicos o lo que fueran, se acercaron. Sin previo aviso se produjo una especie de convulsión, en la negrura. Los cuatro retrocedieron lentamente. De nada les sirvió. Surgieron como el demonio. Veinte o treinta, tal vez cuarenta, de esos insaciables. La mayoría se abalanzó sobre los ingenieros y tropas de primera fila. A pesar del veloz y despiadado ataque, los marines reaccionaron rápidamente y comenzaron a disparar contra los animales, tengo que decirte Mark, que una ráfaga mal dirigida acabó con Simons, así que no tuvo que sufrir lo de los demás, que fueron devorados vivos. En menos de quince minutos, pareció que habían acabado con casi todos los bichos y ellos con la mitad de nuestra gente. Era increíble cómo se dividían en dos, convirtiéndose en dos nuevas máquinas de matar. Pensamos que los estaban controlando pero cuando salieron, lo hicieron en todas direcciones,

LibrosEnRed

y por lo que pudimos ver más tarde, dos o tres de ellos se dirigieron al P.S.A. y tras destrozarlo a mordiscos, devoraron la cabeza nuclear, ¡se comieron todo el uranio! No te puedes imaginar lo que ocurrió después.

–Su reproducción se aceleró brutalmente, dividiéndose y volviéndose a dividir exponencialmente –sentencié aterrado.

–¿Cómo...?

–Sigue.

–Se convirtieron en una marea imparable. Gibson ordenó la evacuación de todo el personal y el repliegue de todas las tropas. Había que sellar la base lo antes posible. Me dio la orden de evacuar pero yo le respondí que en los niveles inferiores, aún quedaban cientos de personas que no podíamos dejar a su suerte. Tras meditarlo un instante, me ordenó que nos hiciéramos fuertes dos plantas más abajo y que esperáramos refuerzos y por supuesto que todo el personal saliera de inmediato. Fue inútil, se extendieron como una plaga. Devoraban todo lo que era orgánico. No había pasado ni una hora, cuando me ordenaron que saliera, dejando a todos esos pobres desgraciados ahí abajo. No tuve más remedio que obedecer si no quería que me encerraran con ellos. Cuando salimos, bloquearon las salidas con toneladas de cemento. Todas menos una, la de emergencia de altos mandos.

–¿No podrán salir por ahí? –preguntó Susan asustada.

–¡Imposible! En su último tramo hay tres puertas triplemente acorazadas, de más de un metro de grosor y tienen el tamaño de una puerta normal. Si intentaran salir por ahí, les contendrían. Además sé que construyeron una sala de aislamiento en esa salida, para exterminarlos.

–¿Cómo, si puede saberse? –pregunté escéptico.

–Aplastándolos.

–¿Perdón?

–Una habitación de cinco por cinco, con un techo que baja hidráulicamente. El suelo, un enrejado de más de un palmo de grosor cada reja y con dos dedos de separación. La idea es aplastarlos y que los restos caigan abajo, a una incineradora.

–¿Y funcionó? –pregunté bastante escéptico.

–En cuanto cayeron los tres primeros grupos, no entraron más y retrocedieron al interior.

–El agua salada es para ellos como el ácido sulfúrico para nosotros –dije sorprendiéndole.

LibrosEnRed

–Si estás pensando en inundar la base, desde ahora te digo que es imposible, fue diseñada para esa eventualidad. Es subterránea, no podían permitirse un error de ese tipo.

–¿Cómo se podría convertir en una piscina? –pregunté pensativo.

–Si hay una forma, yo conozco a la persona indicada pero tendremos que ir a México.

–¿Y tu puesto en Pequeño retiro?

–Yo dirijo la seguridad de ese lugar. Llevo dos años sin vacaciones. Me cogeré unos días.

–De acuerdo. Te esperaremos.

III

Al ser americanos, la frontera la pasamos sin ningún problema y con un pequeño soborno, no quedó constancia de nuestro paso. Nos citamos con el amigo de Yerri, en una tabernucha de un pueblecito llamado Segunda Veracruz. Hacía un calor insoportable y las malditas moscas nos estaban comiendo vivos. En cuanto cruzó la puerta de entrada, le reconocí y eso que sólo le había visto una vez en Stamp. Era bajo, regordete, con unas gafas redondas que no paraba de limpiar y con un pelo tan ralo que parecía calvo. Sus glándulas sudoríparas habían empapado la camisa casi en su totalidad. Con una nerviosa sonrisa y tras saludar a Yerri, se sentó en nuestra mesa.

–Esteve Guzmán, estos son Mark Temple y Susan Sen.

–Encantado –respondimos al unísono.

–Esteve, fue unos de los ingenieros que diseñó y ayudó a construir la base.

–¿Estaban en Stamp, verdad? –nos preguntó.

–Sí, antes de que todo se fuera al carajo –le respondí.

–¿Qué es lo que quieren de mí? –preguntó nervioso mirando a todas partes.

–Queremos saber cómo podemos inundar Stamp.

–No se puede –respondió quitándose las gafas, limpiándolas y volviéndoselas a poner.

–¿Seguro?

–Sin entrar y tras dos semanas de intenso trabajo por toda la base, no.

LibrosEnRed

–Entonces la idea no vale.

–De todas formas estamos bien jodidos. Yo les recomiendo que disfruten todo lo que puedan antes del final –dijo sorbiendo la cerveza que acababa de dejar el zafio camarero.

–No sea tan pesimista. Si esos militares descerebrados, no te ofendas Yerri...

–No lo hago.

–...no hacen alguna estupidez, no corremos un peligro inmediato –dije.

–Ya. Hay algo que no saben. Cuando se construyó Stamp, alguien la cagó y lo hizo a base de bien.

–¿Qué insinúa?

–Que la maldita base está en la trayectoria de la falla, ¡DE LA GRAN FALLA!

–¿La gran falla de California? ¿La que provocará el Big One?

–Esa misma, que provocará el gran terremoto final, San Francisco será destruida y Manhattan se separará del continente convirtiéndose en una isla arrasada. Morirán millones de personas, aunque eso ya no importará.

–¿Y la base no aguantará el temblor?

–¿Un temblor de escala nueve coma ocho o más? –preguntó irónico–. Nada aguantará ese temblor.

–Pero habrá un ejército en la zona preparado para contenerlos –dijo Susan inocentemente.

–No habrá nadie y mucho menos un ejército en pie en ese lugar, preparado para contenerles. Está casi en la falla. La tierra se levantará en olas con tal violencia que destruirá todo lo que esté en la zona.

–¿Cuándo será ese terremoto? –preguntó Susan.

–Dentro de diez, veinte, treinta años... ¿Quién sabe?

–Aún tenemos tiempo de preparar algún plan de ataque –dijo Yerri.

–O puede que sea mañana –dijo echando todas nuestras esperanzas por tierra.

–Tal vez se les pueda contener. No serán muchos y en ese desierto no hay mucho que comer... –comencé.

–Hay tres centrales nucleares en la zona. Dos muy cerca que sin duda también sufrirán gran cantidad de daños. Cuando las alcancen, serán imparables –profetizó Esteve.

LibrosEnRed

Tras eso, contamos a Esteve lo que nos relató Lara. Tras escucharnos atentamente se volvió a quitar las gafas y tras limpiarlas de nuevo nos miró a los tres.

–¡Así que han estado seis años inactivos! ¡No me lo puedo creer! –dijo elevando la voz indignado. Un par de borrachos nos miraron de reojo, volviendo enseguida a sus bebidas.

–Hemos hecho todo lo que hemos podido. El Gobierno nos ha hundido. No tenemos credibilidad, nadie nos escuchará –dije entre indignado y dolido por la acusación.

–Lara no quería que se dirigiera a las televisiones o radios o a la prensa. Todos esos medios están controlados por los gobiernos de los distintos países.

–¿Y cual no lo está?

–Los libros. Los libros no se pueden censurar. Llegan a todas partes y a todo el mundo que quiere. Si yo fuera él, sería el lugar en el que buscaría. Publiquen un libro contando esto y él irá a ustedes.

Esta es la razón por la que he escrito este libro. Sólo espero que él venga a mí o si no, en breve, todos estaremos perdidos. Os espero mi Príncipe.

QUE LA SABIDURÍA OS GUÍE.

QUE LA PAZ OS ACOMPAÑE.

QUE EL BIEN OS PROTEJA.

FIN

LibrosEnRed

GLOSARIO

ACTN: Suero de la verdad.

ALBANY DENSITY: Congresista por New York.

CARL DÓNOVAN: Periodista y amigo de Mark Temple.

CHRIS: Hacker, destinado al equipo de Mark Temple.

ESTEVE GUZMÁN: Ingeniero que construyó Stamp Point.

GENERAL BART KALAJAN: Bajo el mando directo del Pentágono.

GILLO SOLINAS: Cabo destinado en Stamp Point.

HARPER: Hacker, destinado al equipo de Mark Temple.

MARK TEMPLE: Trabaja par la N.A.S.A. civil.

MAC GRADE: Congresista por Indiana.

P.S.A.: Parada en seco del Alienígena. Bomba termonuclear de cinco megatones.

PETER LEWIS: Compañero de trabajo de Mark Temple.

POL SVENSON: Agente de alto nivel de la C.I.A.

RNEE: Red Nacional de Electricidad y Energía.

SIMONS Carpetti: Jefe directo de Mark Temple.

SUSAN SEN: Doctora en Psicología. Esposa de Mark.

STAMP POINT: Base secreta del Pentágono, situada en el desierto de California.

STARK GIBSON: Jefe de seguridad de Stamp Point. Agente de la C.I.A. de alto nivel.

TERRIE GORDON: Agente de protocolo del F.B.I.

YACK TRUMAN: Director del proyecto de I.A. de la N.A.S.A.

YAPKO KAMOTO: Doctor en energía molecular. Destinado al equipo de Mark Temple.

YERRI BLACK: Sargento Primero destinado en Stamp Point.

LibrosEnRed

ACERAS RODANTES: Sirven para desplazarse por las ciudades Warlook.

AL PREAM: Segundo período Pangeano.

AL SAREM: Tercer período Pangeano.

AL TAR: Primer período Pangeano.

ANYEL: Capitán de Capitanes y tercero en el mando de los Guardianes del Bien. (Bien)

AYAM: Es capaz de comunicarse con una I.A. de igual a igual. Yúrem. (Bien)

BASTONES DE OLOR: Sirven para distraer a los Hárikams.

BLUT: Animal de carga para zonas abruptas y montañosas.

BORBÓN DE PLOT Y ARME: Discípulo del Maestro Zerk.

BRACK: Robot con una I.A. como cerebro.

CAÑÓN JARKAMTE: Arma Jarkon de gran tamaño manejada por dos gemelas Warlook:

CÁSAM: I.A. que dirige los aposentos del Príncipe Prance en Lain Sen.

CEL: Madre de Prance de Ser y Cel. Warlook.

CHABARO: Discípulo traidor al Maestro Zerk. (Mal)

CHARWIN: Raza aliada a la corporación Warfried.

CORPORACIÓN WARFRIED: Alianza de razas que luchan contra el Mal.

CRABOS: Tripulante de elite. Siempre va en la nave de desembarco del Príncipe. Fried. (Bien)

CUBOTRÍ: Es un ordenador, televisión y sistema de información tridimensional.

DAMA: I.A. que controla la Gran Dama.

DORA: Capitana de elite de escolta de la Princesa. Fried. (Bien)

DEGARDIJAD: Capitán de elite de líneas de abastecimiento. Warlook. (Bien)

DRESI: Piloto de elite. Siempre pilota la nave de desembarco del Príncipe. Fried. (BIEN)

ELIZAID: Capitán de elite. Warlook. (Bien)

ESCÁLUM: Director de los almacenes donde se custodia a los guardianes del Mal que están en la "La Celda". Warlook. (Bien)

LibrosEnRed

ESPISCES DE MONEON Y SATRAPEN: Capitán de elite al mando de Lain Sen. Warlook. (Bien)

FAIGTHER: Capitán de elite al mando de la colonia minera Walkoren. Warlook. (Bien)

FARH: Jefe de Escuadrón de elite. Warlook. (Bien)

FOAYT DE KLOÑIF Y HISTERM: Jefe de Escuadrón de tropas de elite. Fried. (Bien)

FRIED: Raza que puebla el planeta Jarkis.

GHUARDÍYAM: Capitán de elite y constructor del cuerpo de Brack. Warlook. (Bien)

GLUIJE: Tripulante de elite. Siempre va en la nave de desembarco del Príncipe. Warlook. (Bien)

GOEL DE CHANGA Y LOKTORIS: Discípulo del Maestro Zerk.

GRAN CONSEJO: Compuesto por venerables que se encargan de dirigir al pueblo Warlook.

GRAN DAMA: Nave de combate de los Guardianes del Bien de origen desconocido.

GRAN GARDA: Dirigente Yúrem.

GRUBIS: Animales que habitan en los grandes núcleos de cinturones de asteroides.

HAMTOM: Jefe de Escuadrón. Fried. (Bien)

HÁRIKAM: Animal originario del planeta Jarkis.

HELES DE VIEJ Y ROTONA: Jefe de Escuadra. Warlook. (Bien)

HIB: I.A. que dirige el palacio de investigación.

INSSIDAZ: Capitán de elite de Instrucción. Fue uno de los diez primeros de la primera remesa de guardianes. Warlook. (Bien)

JADE: Funda del Traje.

JARKIS: Planeta de origen de la raza Fried.

JARKON: Arma con gran poder de destrucción acoplable al Traje.

JHEM: Capitán de elite de guardaespaldas del Capitán de Capitanes Laurence. Warlook. (Bien)

JILOLUM: Jefe de Escuadrón. Fried. (Bien)

LibrosEnRed

JIMKL: Jefe de Escuadra. Trogónita. (Bien)

KALJAN: Venerable de más rango de la sala de reunión del área de residencia de los padres de Prance de Ser y Cel. Warlook.

KATRINA DE BLASCE Y PORTA: Discípula del Maestro Zerk.

KILIAN DE WALJO Y DERIA: Discípulo del Maestro Zerk.

KRALLAN: Capitán. Raza Charwin. (Bien)

KRULL: Capitán de elite de adquisición de recursos. (Bien)

KROGÓNITA: Raza aliada a la corporación Warfried. Charwin. (Bien)

KULRTOU: Animal parecido a una ratón pero con el nivel de inteligencia de un simio.

"LA CELDA": Prisión mental reeducativa para pasarse al lado del Bien.

LAIN SEN: (Escudo de la esperanza) Luna principal del "Escudo".

LARA: Nave particular del Príncipe Prance de Ser y Cel.

LAURENCE: Capitán de Capitanes de los Guardianes del Bien y primero en el mando tras el Príncipe. (Bien)

LPINTYM DE SUM Y FERIM: Capitán de Crucero. Warlook. (Bien)

LÓNTOR: Capitán de elite. Fried (Bien)

M7: aleación de siete metales.

MÁLTOG: Animal comestible que hiberna seis meses al año.

MHAR: Capitán de elite de guardaespaldas del Príncipe Prance de Ser y Cel. Warlook. (Bien)

MILTON: Jefe e Escuadrón. Charwin. (Bien)

MINBITOR: Jefe de Escuadrón de elite. Fried. (Bien)

MORKO DE DETRORY Y COREL: Discípulo del Maestro Zerk.

MURIAN: Madre de la primera Guardián nacida. Fried. (Bien)

O.B.: Ordenador de brazo.

OZON: Rey de la raza Fried y padre de Yun de Jarkis.

PANGEA: Nombre con el cual los Warlook llaman a la Tierra.

PATRIARCADO YAR: Dirige al pueblo Yúrem.

PÉLJAM: Asteroide del sistema Sidómel.

PILMOR: Capitán. Segundo de Tógar. (Mal)

LibrosEnRed

PILO DE ROGEN Y GRAT: Vecino de Prance de Ser y Cel. Warlook.

POTOS: Animal de mal olor que una vez muerto es comestible.

PRANCE DE SER Y CEL: Príncipe de la raza Warlook, Príncipe por matrimonio de la raza Fried, Príncipe de los Guardianes del Bien y Capitán General de las fuerzas aliadas a la Corporación Warfried.

PROMO DE FILL Y XUNTER: Padre de la primera Guardián nacida. Warlook, (Bien)

RHIGT: Capitán. Regh. (Mal)

SAGALU DE ART Y FENUTA: Discípulo traidor al Maestro Zerk. (Mal)

SHAIFÍN: Planeta capital del sistema Sidómel.

SER DE JASS Y AMEL: Padre de Prance de Ser y Cel. Warlook.

SHAMARKANDA: palabra Warlook que significa combate sin piedad, no se harán prisioneros.

SHOPBI: Persona artificial. (Bien)

SIDÓMEL: Sistema con cuatro planetas; Shaifín, Killfhín, Ghaifín y Thayfín.

TABAN: Capitán de elite de Ingenieros. Warlook. (Bien)

TANKAI-TITA: Nave de desembarco del Príncipe Prance de Ser y Cel.

TEGUIN: Tripulante de elite. Siempre va en la nave de desembarco del Príncipe. Warlook. (Bien)

THORFHUN DE SALKIT Y XAMARTE: Jefe médico de elite y biólogo. (Bien)

TíFERY DE JALL Y NUCKA: Discípula del Maestro Zerk.

TITA-TANKAI: Nave de desembarco del Príncipe Prance de Ser y Cel.

TOBERA: Extrae metales del Traje y produce los Jades.

TÓGAR DE GORK Y LERI: Segundo de los guardianes del Mal.

TOGÓNITA: Raza aliada a la corporación Warfried.

TOR: Piloto de elite. Siempre pilota la nave de desembarco del Príncipe. Warlook. (Bien)

TORA: Discípula del Maestro Zerk.

TRASH: Máximo responsable de los guardianes del Mal.

TRYPO: Animal originario de Jarkis.

URGAN DE HAUER Y MEGARY: discípulo del Maestro Zerk.

LibrosEnRed

VENERABLE: Anciano Warlook.

WALKOREN: Colonia minera del Bien.

WARLOOK: Raza que habitaba Pangea en sus inicios.

YAMAZU: Discípulo traidor al Maestro Zerk. (Mal)

YÁRREM: Capitán de Capitanes y segundo en el mando de los Guardianes del Bien. (Bien)

YANYN DE DEBCK E IRAMAGET: Discípulo del Maestro Zerk

YUN DE JARKIS: Princesa de la raza Fried y esposa del Príncipe Prance de Ser y Cel. (Bien)

ZERK: Maestro de los Guardianes del Bien. Originario de la Galaxia de Andrómeda.

ZUZAN DE PROMO Y MURIAN: Primera Guardián nacida. Capitán de elite al cargo de Lain Sen. Warfried. (Bien).

LibrosEnRed

Acerca del autor

Juan Moro

E-mail: pranceguardian@yahoo.es



Realizador de televisión con un Master de dos años en el E.A.E. de Barcelona.

Ha trabajado durante diez años como primer ayudante de dirección cinematográfica y guionista en largometrajes, cortometrajes (españoles e ingleses), animación, videoclips y anuncios publicitarios. Ha vivido durante un año en New York, largos periodos en Londres, Dublín y París, lo que le ha dado otro punto de vista acerca de algunas culturas occidentales, y una perspectiva de la vida y de hacia dónde se dirige nuestra raza. Es tal vez por eso que se dedica al campo de la ciencia ficción. Ha escrito varias novelas y relatos, y tras la insistencia de sus lectores, decidió publicar esta obra.

Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.